

4322

80 2 80

3838(II)

EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO FLORES.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

TOMO II.

MADRID:—1865.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-LITERARIO DE MANINI HERMANOS,
Ancha de San Bernardo, 9.

LIBRO SÉTIMO.



CAPITULO LXXXII.

Una mirada retrospectiva.

El arresto de Adelaida, y la prision de sor Clotilde y de Fernando, habian dado al Duende grandes ventajas sobre sus enemigos, ó hablando con mas propiedad, sobre sus víctimas. Pero tambien á estas les habia obligado esa misma persecucion á quebrantar las exageradas consideraciones de una caridad mal entendida, y que sin dificultad podemos calificar de escesiva.

La rapidez con que han ido pasando los últimos sucesos, y la precision con que los hemos narrado, sujetándonos en cuanto nos ha sido posible á su verdad histórica, no han permitido que discurriéramos sobre su índole y circunstancias, ni que diésemos otra esplicacion que la que naturalmente se ha desprendido de las mismas escenas de la obra, y de las palabras de los personajes de la novela.

Antes de pasar adelante en la relacion de los graves su-

cesos que siguieron á los que quedan referidos, nos permitirá el lector que volvamos la vista atrás para recordarle algunas circunstancias que conviene tener presentes para lo sucesivo.

Esta será la primera mirada retrospectiva que el autor ha dirigido á los personajes de su novela, y una de las pocas digresiones que ha hecho en el largo discurso de la obra.

Pero semejante exámen le es indispensable, y cree que no le ha de ser de todo punto inútil al lector. Modere, pues, este su impaciencia por saber el resultado de los sucesos ocurridos en el palacio de la condesa de Baza, donde dejamos reunidos á los principales personajes de la obra, y convierta su atencion breves momentos á la lectura del presente capítulo.

Hemos dicho que las ventajas que el Duende habia obtenido logrando apartar á sor Clotilde y á Fernando del lado de Adelaida, y alcanzar el depósito judicial de esta, eran inmensas, y estamos seguros de que el lector lo creerá del mismo modo que nosotros.

Desbaratados sus funestos designios al intentar el robo de las hermanas de la Caridad, y mas aun, con no haber logrado apoderarse de ellas en la Peña-Sacra, se habia resuelto á cambiar la táctica de sus operaciones renunciando á una persecucion abierta y franca para adoptar un sistema engañador y diabólico.

El elevado carácter de su sagrado ministerio, del que, como hemos dicho, rara vez habia abusado, favorecia sus nuevos designios; y la ropa talar era la muralla donde confiaba que se estrellasen los esfuerzos de sus víctimas.

Investido con la dignidad sacerdotal por ceder á las absurdas exigencias de su familia, creyó que la violencia con que habia pronunciado los votos religiosos le daba derecho á anularlos, considerándose libre para obrar con entera independencia de ellos. Pero esta resolucion, que solo ha-

bria hecho de él un mal sacerdote, y de ninguna manera un hombre indigno, ni menos un criminal depravado, estaba ligada al aborrecimiento instintivo que sentia hácia su familia por haber nacido el tercero de los varones de ella. Su ambicion de honores y de riqueza era tan desmedida, que si hubiese sido el primogénito de su casa, no habria dudado en reclamar judicialmente la absurda nulidad de su investidura sacerdotal, para heredar á la muerte de su padre el título y los grandes estados del ducado de Alcira.

Pero no sucedió así por su mal, y dispensándose por sí propio de los votos pronunciados al pié de los altares, concibió el horrible proyecto de acabar con todos los indivíduos de su familia que pudiesen tener derecho, por remoto que fuera, á su codiciada herencia.

En los primeros años de su desordenada juventud, y cuando ya se hallaba revestido con el carácter sacerdotal, el lector sabe cómo procuró la deshonra de la hija de su hermano, duque entonces de Alcira, y á qué precio la devolvió el fruto de su deshonra. Casada la infeliz Margarita con don Lorenzo, renunciaba para siempre los lazos que la unian con la casa de Alcira, y la noticia de su muerte aseguró los funestos planes de su tio el abad de Maqueda.

Pocos años sobrevivió el duque al supuesto fallecimiento de su hija Margarita y al de su esposa, acaecido en Paris, como el lector sabe, y habiendo contraido nuevo matrimonio con una jóven de oscuro linaje, dióle esta á luz un hijo, á quien el Duende incluyó bien pronto en el gran catálogo de sus víctimas.

Antes del nacimiento del niño Enrique, y desembarazado ya de su sobrina Margarita, pensó en incapacitar para la herencia del ducado al segundo de sus hermanos, que era á quien correspondia á la muerte del padre de Enrique.

Ocurrió esta antes de lo que el Duende esperaba; pero como se habia prevenido, haciendo pasar por loco al presunto heredero, aunque el duque le instituyó tutor de Enrique,

no pudo dársele posesion de este cargo, que debia desempeñar en semejante caso el Duende. Afortunadamente, el conde de San Fabian desbarató semejantes planes, y aunque como testamentario del duque de Alcira se opuso á que la duquesa viuda fuera la tutora, atendida su oscura procedencia, no permitió tampoco que lo fuese el abad, y logró convencer á los jueces que entendieron en tan ruidoso pleito, de que el segundo de los varones de Alcira no padecia la enagenacion mental que se le achacaba.

El Duende sufrió en silencio esta nueva derrota, grabando en su corazon con caractéres siniestros el nombre del virtuoso conde de San Fabian, y entonces fué cuando se retiró á la sierra de Segura, abrazando el infame género de vida de que ya el lector tiene algunas noticias.

Encargóse el supuesto loco de la tutela de su sobrino Enrique, cuya desgraciada suerte llevó al sepulcro á la duquesa viuda, y el título de Alcira pasó á la persona á quien legítimamente correspondia.

Desde esta época fueron inútiles todas las gestiones del Duende para probar la incapacidad de su hermano, y muchas veces, llevado de su ciego instinto de hacer mal, se arrepentia de haber mandado asesinar á su sobrino Enrique. Si él hubiera sabido que la persona á quien encargó el asesinato del inocente niño le habia salvado la vida, le habria presentado de nuevo á la familia para privar á su hermano del ducado.

Pero el miedo que su valor personal y sus crueldades inspiraban á su gente, no le dejaban sospechar siquiera que se hubiesen atrevido á faltar á ninguno de sus mandatos; y así, privado de toda nueva tentativa judicial, y alejado de la casa de su hermano por las consecuencias naturales en los pleitos de esta naturaleza, pasaba una vida enojosa y triste, encerrado en la Torre, como la fiera que vuelve al fondo de la caverna despues de haber corrido en vano el bosque sin hallar una sola presa.

Su hermano, el duque de Alcira, fiel á las prácticas y hábitos de sus antecesores, no habia cambiado un solo criado de la servidumbre, y con ninguno de los antiguos podia contar el Duende para la realizacion de sus infames proyectos.

Renunció, por lo tanto, á la venganza, y desahogando su ira contra aldeanos pacíficos, armó gente de guerra, á la que llegó á dar una organizacion enteramente militar, titulándolos, en mas de una ocasion, parciales del ejército carlista, para disculpar en algun modo sus fechorías, y conseguir mas fácilmente la impunidad de sus crímenes.

Así pasó algunos años, sin que su investidura sacerdotal pareciese á los ojos de todos otra cosa que un título vano, y los que le llamaban abad de Maqueda consideraban la abadía como un señorío de la casa de Alcira, cuyas rentas estaban adjudicadas al Duende sin condiciones de ningun género.

En este tiempo, que pasó ejercitando sus depravados instintos en las entrañas de la sierra de Segura, y estendiendo alguna vez sus correrías hasta las gargantas de Sierra-Morena, una carta que recibió de París vino á llamar su atencion sobre un suceso del que parecia haberse olvidado ya.

El autor de la deshonra de Margarita, que, preocupado con su desordenado libertinaje, se habia alegrado al saber la boda de aquella infeliz con don Lorenzo, y que jamás pensó en averiguar el paradero del fruto de sus amores, decidió entonces reconocer á su hija, é instituirla heredera del ducado de Mont-Marsan, uno de los mas poderosos de la nobleza de Paris.

Dirigióse al abad de Maqueda para informarse de lo que no habia querido saber hasta entonces, y el abad se llenó de alegría al encontrarse con otro medio de causar nuevos males á una jóven inocente.

La desdichada Adelaida, ignorando quiénes eran los au-

tores de su existencia, y recibiendo una educacion para ella mercenaria, fué la víctima elegida por su implacable tio para vengar las contrariedades que habia sufrido en sus diabólicas maquinaciones contra los demás indivíduos de su familia.

Una circunstancia fatal para la inocente jóven, y de la que el mismo Duende no habia pensado nunca sacar ventaja alguna, aseguraba su plan: un lujo de tiranía era lo único que le habia movido á imponer á su sobrina Margarita y á don Lorenzo la condicion de entregarle á Adelaida apenas cumpliese los veinte años.

Pero quizá el Duende no habria pensado nunca en aprovecharse de esta circunstancia, si la resolucion del duque de Mont-Marsan no le hubiese despertado la ambicion de poder manejar aquellas rentas, apoderándose de Adelaida, y obligándola á contraer matrimonio con quien él quisiera.

Hasta que el duque entró en España, entretuvo su tardío, pero imperioso cariño paternal, con vanas promesas, y cuando el padre de Adelaida se decidió por fin á penetrar en la sierra de Segura, el lector sabe lo que sucedió por las noticias que ha oido á Cabezota, al duque en los últimos momentos de su vida, y á la misma Adelaida.

La carta que el duque escribió al Duende, demandándole el paradero de su hija, fué el orígen de todas las desgracias de esa jóven, á quien el cielo quiso dar un alma capaz de resistir y triunfar de los mas bárbaros suplicios.

No nos cansaremos de repetir lo que tantas veces hemos dicho ya:

Adelaida era una de esas creaciones sublimes que la mente humana no alcanza á comprender en todo su valor, y que patentizan el supremo poder de la Divinidad, contra los designios de los hombres.

Ni la mancha con que sus padres quisieron marchitar su inocencia al darla á luz; ni el abandono á que al nacer la condenaron; ni el privarla de las caricias de su madre

por un sentimiento liviano de mal entendida honra, nada fué bastante para estinguir la luz perenne de la mas sublime de las virtudes que ardia en su alma.

Una confianza sin límites en el poder divino, y una esperanza ciega en la misericordia del Supremo Hacedor, la hicieron soportar con fé, y con verdadera resignacion cristiana, los tormentos á que la condenó su implacable verdugo.

Al hombre que la habia dado el sér, como fruto de una liviandad desenfrenada y entre los placeres de un libertinaje procaz y desmedido, aun le reservaba el destino el remordimiento de causar una nueva desgracia á su inocente hija.

El arrepentimiento tardío de aquella alma estraviada, los gritos de aquel corazon aturdido, que buscaba el sosiego en los perdidos halagos del amor filial, y el anhelo, en fin, con que el duque queria entregar á su hija el nombre que la habia negado al nacer, no sirvieron de otra cosa que de labrar de nuevo la desgracia de la inocente huérfana.

No le sirvió entrar en España decidido á dar su vida por rescatar la *suya propia*, y la horrible relacion que le hicieron en los alrededores de la Torre del Duende de los tormentos que sufria Adelaida, no le permitió ahorrarse en los últimos momentos de su vida el dolor de sentir los padecimientos de su pobre hija.

No quiso el cielo que aquel desdichado padre pudiese reparar por sí propio la falta cometida, devolviendo á su hija los honores y las riquezas que la habia usurpado al nacer.

Pero las virtudes sublimes con que Dios habia adornado el alma de Adelaida eran un tesoro inapreciable, superior á todas las riquezas con que pudiera brindarle la fortuna.

¿De qué le habrian servido los inmensos bienes del ducado de Mont-Marsan, cuando, encerrada en la Torre del Duende, se veia privada de las noticias del único hombre que habia comprendido las raras virtudes que adornaban su

alma?... ¿Le hubiese dado el título de duquesa, que la sociedad le concedia, la fé necesaria para resignarse á sufrir los bárbaros martirios á que se veia condenada?... En los tesoros con que le brindaba la fortuna, ¿habria hallado alguna vez un rayo de la esperanza inmortal que cada dia brillaba mas pura en su corazon de ángel?

Estamos seguros de que no habria sucedido así, y de que el interés y la caridad que la inspiraban sus verdugos no hubiese sido mayor, aun cuando las rentas de su familia la hubieran procurado los medios de ejercer esa misma caridad en mayor escala.

Pero el lector, que la ha visto en diversas situaciones animada siempre de sentimientos generosos, sufriendo resignada el mal, y pronta en todos los momentos de su vida á perdonar á sus enemigos, nos dispensará de continuar estas reflexiones, reclamándonos, por el contrario, la continuacion de la mirada retrospectiva á que hemos dedicado este capítulo.

Y deber nuestro seria hacerlo así, porque queremos mantener viva en su imaginacion la memoria de los sucesos referidos hasta aquí, si no bastase lo dicho para recordar el orígen de los desastres que forman la base de nuestra historia.

Las incalificables é inmotivadas maldades del Duende son el principal fundamento de las desgracias que aquejan á los primeros personajes de esta novela.

Sin la odiosa oficiosidad de ese hombre, Eugenia habria sufrido el infortunio y la miseria á que la condenaban la desgracia de los principios políticos que profesaba su familia; pero no hubiera visto á su anciano padre imposibilitado en los últimos momentos de su vida, ni al perder á su amante, y cuando ya no le quedaba otro apoyo que el de su hermano, habria sido este encerrado en una cárcel. El Duende fué la causa de la acusacion de robo que hicieron contra ella, y que si no se llevó á término por la mediacion

del Vizco, fué suficiente á ocasionarla graves disgustos.

Fernando no hubiese encontrado obstáculos para contraer matrimonio con Adelaida, si los papeles que atestiguaban su orígen no hubieran sido estraidos por el Duende de la caja de marfil.

Si él no hubiese procurado en Paris la seduccion de su sobrina, la hija de los condes de Baza no habria sido cómplice en la ocultacion de la recien nacida Adelaida; ni arrebatada mas tarde del seno de las hermanas de la Caridad sufriria las consecuencias de un proceso, en el que los tribunales civil y eclesiástico se disputaban la competencia.

Y finalmente, ninguno de los personajes restantes hubiese empleado sus fuerzas contra aquellas inocentes víctimas, si el Duende no hubiera comprado su voluntad á fuerza de amenazas ó promesas.

Doña Inés Montilla, el padre Romualdo, la Peregrina, y los bandidos con quienes esta vivia, eran sus principales agentes. Ayudado por ellos, pudo lograr la realizacion de sus mas infames proyectos; pero á medida que se iban haciendo públicas sus maldades, y que el valor y la resignacion de sus víctimas iba rasgando la máscara hipócrita que ocultaba sus crímenes, el miedo en los unos y el arrepentimiento en los otros, iba ofreciéndoles cada dia nuevas decepciones.

El número de sus enemigos iba en aumento, y desde que intentó robar á las hermanas de la Caridad, parecia que la justicia divina se habia propuesto premiar la fé de sus víctimas, dándoles armas para pelear con ventaja.

El ascendiente que siempre habia tenido Adelaida sobre Cabezota, granjeó al Duende un enemigo formidable, de quien podia temerlo todo; la pasion que el Vizco sentia hácia Eugenia, le valió la guerra de todos los indivíduos de la Partida del Trueno; la revelacion que el duque de Mont-Marsan hizo á Fernando, le granjeó la enemistad de este militar valiente y pundonoroso; el conde de San Fabian le

odiaba hacia mucho tiempo; y por último, el médico que asistió á Adelaida en su estraño parasismo, se habia unido á todos para desbaratar los planes del Duende.

Es cierto que la fortuna parecia serle propicia en los últimos sucesos que dejamos referidos; pero el inteligente doctor, fiel al encargo que le habia hecho sor Clotilde de velar por la suerte de Adelaida, organizó los elementos de defensa, con que le brindaban el importante auxilio de Cabezota y el de los amigos del Vizco, y su fé, poco comun en los hombres de su profesion, le aseguraba felices resultados.

CAPITULO LXXXIII.

El conde de San Fabian y el médico.

Una de las personas que mejor instruyeron al médico de quién era el abad de Maqueda, de su parentesco con Adelaida y de los criminales proyectos que tenia formados contra esta inocente criatura, fué el conde de San Fabian, que llegó al palacio de la condesa, llamado por sor Clotilde, momentos despues de la salida de esta en el carruaje de la autoridad.

El conde, á quien vimos por última vez en un calabozo del cuartel de Guardias, habia recobrado su libertad antes de que las hermanas de la Caridad volviesen á la córte, y visitándolas de contínuo, pudo enterarse de todo lo ocurrido, interesándose vivamente en la suerte de Adelaida y en la de los hijos de don Lorenzo.

Al presentarse en casa de la condesa, le dieron cuenta los criados de la prision de su querida amiga sor Clotilde, encargándole que nada dijese á su prima, porque estaba ignorante de todo.

Semejante noticia no podia dejar de afectarle en estremo, y aunque conocia mejor que todos la perversidad del

Duende, la nobleza de sus sentimientos no le permitió sospechar que él fuese la causa de aquella nueva desgracia. El conde habia desaprobado á las hermanas de la Caridad el que no hubiesen vuelto al Hospital en el momento de llegar á Madrid, aunque, para hacerlo así, hubieran tenido necesidad de delatar á la justicia la criminalidad del Duende, y la pesadez propia de sus muchos años, le hizo esclamar al oir la noticia:

—Era preciso que sucediese así... ¡Lo he estado diciendo todos los dias!... ¡Pero no han querido hacerme caso!... Se empeñaron en dar la callada por respuesta, y no tenia remedio... la justicia habia de tomar parte en el negocio...

—No ha sido la justicia,—le replicó doña Mónica, que era la que le habia enterado de lo ocurrido,—sino el vicario eclesiástico el que...

—¡Tanto peor!—interrumpió el conde.—Ahora podrán pensar lo que quieran de las dos hermanas, y especialmente de la superiora... Se lo he dicho á Clotilde un millon de veces: «Mire usted, señora, que en cuanto sepan que están ustedes en Madrid, y que no vuelven al Hospital, ni dan parte de que fueron robadas violentamente, pensarán lo que no es, y tendrán ustedes un disgusto! Vuélvanse ustedes allá, y anulen sus votos enhorabuena, si quieren; pero que conste siempre que las arrancaron á la fuerza de Madrid...» Pero se empeñaron en que para obrar así seria preciso acusar al abad, y que Adelaida no queria semejante cosa... y...

—¡Es tan buena la señorita!...—dijo doña Mónica.

—Esa es ya demasiado bondad,—replicó el conde:—á mí nadie me gana á generoso con mis enemigos, y creo que la principal virtud de un corazon cristiano consiste en el perdon de los que le han ofendido; pero todo tiene sus límites, y cuando para perdonar al prójimo es necesario sacrificar la propia honra, esa virtud, lejos de ser agradable

á los ojos de Dios, viene á ser una ofensa que hacemos á su divinidad.

Doña Mónica, acostumbrada por razon de su destino á tratar diariamente con los indivíduos de la grandeza española, no ponia gran atencion á las palabras del conde, y viendo el pesado giro que tomaba su discurso, *creyó* que la llamaban en las habitaciones interiores, y le dejó, como suele decirse, con la palabra en la boca.

Pero ya le habia dicho que podia pasar á ver á su señora cuando quisiera, y el conde lo hizo así, guardando un profundo silencio sobre la prision de sor Clotilde.

La condesa le habló únicamente del arresto de Adelaida, consultándole sobre lo que deberia hacer en el caso de que insistieran en llevarla á depositar á la embajada de Francia.

—Mi opinion, señora,—dijo el conde,—seria la de denunciar inmediatamente al abad, porque sospecho que él ha de ser la causa de este nuevo conflicto.

—¿Quién lo duda?—replicó la condesa.—Nos lo acaban de decir ahora positivamente.

—Pues entonces, ¿á qué aguardan?

—¿Qué sé yo?... ¡Como Adelaida ignora aun lo que ocurre!...

—¿Que lo ignora?... ¿Pues cómo?

—Porque así lo ha querido el médico que vino á visitarla anoche... Porque anoche... ¡usted no lo sabrá!... anoche tuvimos un disgusto muy grande antes de que viniera la justicia.

—¿Pues qué sucedió?—dijo el conde alarmado.

—¡Es mucho cuento!—continuó la condesa.—¡Cuando empiezan las desgracias en una casa, no acaban nunca!...

—¿Pero qué fué lo que ocurrió?—preguntó el conde impaciente, al ver la pesadez de la condesa.

—Que Adelaida se volvió loca.

—¡Dios mio!... ¿Es posible?

—Lo que usted oye.

—¿Y ahora?—dijo el conde levantándose de su asiento.

—Ahora,—replicó con su acostumbrada calma la condesa;—ahora ya está mejor.

—¿Pero no ha recobrado el juicio aun?

—Sí tal... no le habia perdido...

—¡Pues entonces!...—dijo el conde, asombrado al ver la contradiccion en que incurria la condesa consigo propia.

—Yo le diré á usted... fueron aprensiones de Clotilde... ¡Como la quiere tanto!... Apenas la vió un poco trastornada, nos asustó á todos diciéndonos que estaba loca...

—Con permiso de usted, condesa,—repuso el conde,—voy á verla... ¿Está en el gabinete ochavado?

—Sí.

—Pues voy allá.

—Dificulto mucho que le dejen á usted entrar allí, porque han prohibido la entrada á todos... Yo no la he visto aun hoy...

—En ese caso...—dijo el conde.

—El médico,—continuó la condesa,—parece un sujeto muy entendido; pero tan raro, que no quiere que entre nadie allí mas que Clotilde y Eugenia... Y á estas horas no las deja venir á mi cuarto... Cualquiera diria que lo que tiene Adelaida es el cólera ó la fiebre amarilla.

—¿Y qué médico la asiste?

—No le conozco... El de casa no pudo venir anoche, porque no le encontraron, y trajeron uno cualquiera...

—¿Cómo le llaman?

—No me acuerdo,—dijo la condesa;—pero ahora se lo diré á usted.

Y esforzando la voz cuanto pudo, gritó:

—¡Mónica!... ¡Mónica!...

—¿Qué manda vuecencia?—preguntó doña Mónica, entrando en el gabinete de su señora.

—Díme, tú, que tienes tan buena memoria de todo, ¿te

acuerdas?... Y por cierto que te has olvidado de mandar á las monjas de Santo Domingo por la tierra del pozo del santo... ¡y si me dá la jaqueca!...

—Aun tiene vuecencia muchas pastillas...

—No importa; dí que me traigan mas, que tú tambien necesitas tomar algunas... Y... oye... díme... ya no me acuerdo de lo que te queria preguntar.

—Siempre sucede lo mismo, —replicó doña Mónica.

—El nombre del médico, —dijo el conde.

—¡Ah... sí... el médico! ¿Cómo se llama el médico que vino anoche?

—¡Se llama... se llama... no me acuerdo!... Pero importa poco saberlo, porque es ni mas ni menos que todos los de su profesion... Y cuidado, que yo lo mismo digo una cosa que otra; anoche me encantó oirle hablar... pero me acuerdo del desprecio con que rechazó mi receta, sin dignarse examinarla ni saber lo que contenia, y creo con razon que es uno de tantos.

—Sí; pero no te acuerdas cómo se llama, que es lo que deseaba saber el conde... De poco tiempo á esta parte vas perdiendo la memoria.

Al pronunciar estas últimas palabras la condesa, el reloj de su antecámara dió las doce, y haciendo rápidamente la señal de la cruz sobre sus lábios, dijo:

—*Angelus Domini nuntiabit Maria...*—con permiso de usted, conde: —*et concepit ex Spiritu Sancto... Dios te salve, María, llena eres de gracia...* etc.

El conde, puesto en pié, contestó, acompañado de doña Mónica, al rezo de *la oracion del mediodia*, que habia empezado la condesa, y al terminar la religiosa práctica se presentó allí el médico, cuyo nombre habia olvidado doña Mónica.

—¡Querido doctor!—le dijo el conde, tendiéndole afectuosamente la mano.

—¡Señor conde! —esclamó el médico, devolviendo á su vez un afectuoso saludo al de San Fabian.—¡Usted por aquí!

—Sí, querido doctor; y me alegro que haya usted llegado á tiempo de que pueda yo decir á la condesa cuánto vale el ilustrado médico á quien ha tenido la honra de recibir en su casa.

—Caridad, señor conde, caridad...—dijo el médico sonriendo.—No se burle usted de este pobre estudiante.

—Pobre estudiante,—repitió el conde,—que ha asombrado con sus cartas sobre *los deberes del médico práctico* á los grandes maestros de Alemania.

—¡El señor!...—dijo la condesa asombrada.—¿Con que tiene tanto talento?

—Es el primer médico del mundo,—repuso el conde.

—Soy el último de todos,—replicó el médico;—pero la señora condesa sabe que es usted muy amigo de sus amigos, y muy galante, por añadidura.

—Seré lo que usted quiera; pero en lo que acabo de decir no hay galantería ninguna.

—Con razon le llaman al señor conde el caballero de la edad media,—repuso el médico.

—Por mis muchos años tal vez...—replicó el de San Fabian, indicando con la alegría de su semblante que no rechazaba el cumplido del doctor.

—Lo mismo digo yo, señor conde; me llamarán el primer médico, para indicar que soy el que mata mayor número de enfermos... Esto me recuerda una pregunta agudísima de un amigo mio en una ocasion semejante. Oyendo á un aficionado á toros, que, para elogiar á un profesor de medicina, decia que era el Montes de los médicos, le preguntó con mucha gracia: ¿Lo dice usted por que es el que mata con mas habilidad los enfermos?

—El cuento es muy lindo,—dijo el conde;—pero muy mal aplicado... Aunque usted tuviera la desgracia de que se le muriesen todos los enfermos que pulsa, nunca seria el que matase mas gente, porque apenas visita á nadie... Otras obras mas importantes para la humanidad doliente

son el objeto de su estudio y de sus ocupaciones diarias. Hace un momento que yo preguntaba á la condesa el nombre del médico que asistia á Adelaida, y jamás hubiese sospechado que era usted.

—Una casualidad, señor conde, una casualidad, que bendeciré toda mi vida, es la qué me ha proporcionado la satisfaccion de hallarme aquí ahora... Y si logro la cooperacion de usted, como me ha ofrecido sor Clotilde, podré llevar á cabo una empresa que en este momento preocupa toda mi atencion.

—¿Sor Clotilde le ha hablado á usted de mí?

—Si la señora condesa nos dá su permiso, —dijo el médico, —acompañaré á usted á su casa, y en el camino le enteraré de todo... Yo entraba aquí á saludar á esta señora para retirarme, porque tengo bastante que hacer fuera de aquí.

—Ustedes son muy dueños...—respondió la condesa.— Pero antes quisiera saber cómo sigue Adelaida.

—Bastante aliviada, aunque la cabeza está muy débil aun.

—¿Es decir, que no podré entrar á verla?

—Cuando yo vuelva, —repuso el doctor.

—Lo mismo me dijo usted esta mañana...

—Y no he faltado á mi palabra.

—¿Pues cómo?

—Porque no he vuelto aun.

—¿Está usted aquí desde esta madrugada?

—Sí, señora.

—En ese caso, tiene usted razon para irse á descansar... ¡Pero supongo que habrá usted levantado el arresto á Clotilde, y que podrá venir á verme!

—Cuando yo vuelva, haremos todo lo que usted quiera... Hasta entonces, dispénseme usted, condesa...

—Como usted guste.

—Yo bien sé que es demasiada tiranía la que me per-

mito ejercer sobre usted... pero los médicos tenemos carta blanca para todo.

—Así es la verdad, —dijo el de San Fabian, alargando la mano á la condesa; —y al doctor Espinosa es preciso concederle mas libertad que á ningun otro.

—¡Mónica!...—dijo la condesa, llamando de nuevo á su doncella.—Mónica, —añadió al verla entrar allí, —pon cuidado en el apellido del señor médico... Espinosa... ¿Se te olvidará?... El doctor Espinosa.

El médico se sonrió de la estraña advertencia de la condesa, y sacando una tarjeta del bolsillo, se la entregó, diciéndola:

—*Damian Espinosa.*

—¡Hola! —interrumpió la condesa. —Se llama usted Damian... De ese mismo nombre hubo un médico santo.

—Sí, señora; mi padre era facultativo tambien, y quiso bautizarme con el nombre de uno de los patronos de la ciencia.

—Pues oye, Mónica, —dijo la condesa, —toma esta tarjeta, y no la pierdas.

—La pondré en el cuadro de la Vírgen del Pilar, —repuso doña Mónica, cogiendo la tarjeta.

—No tal, —replicó la condesa; —allí pusiste la oracion para los truenos que me dió el padre Romualdo, y se ha perdido... Yo no sé qué haceis cuando limpiais el polvo... Mira, ponla debajo de la peana del Santo Cristo, ó sobre la pila del agua bendita... Pero acuérdate luego de dónde la dejas, porque si no es cosa perdida... Y si no, mejor será que yo la guarde... Tráela... la pondré de señal en el *Año Cristiano*, y así no se perderá.

El conde de San Fabian saludó de nuevo á la condesa, y cogido del brazo del médico, salieron ambos del gabinete.

—¿Ya sabrá usted lo que ocurre con sor Clotilde? —dijo el doctor Espinosa apenas se halló á solas con el conde.

—Sí, ya lo sé, y no me ha cogido de susto. Se lo estaba diciendo todos los dias... y nada... no quiso hacerme caso... Yo la decia...

—Tiene usted razon, —interrumpió el doctor; —pero lo que ahora hace falta, es ver cómo arreglamos ese negocio.

—Ya... pero si se hubiese hecho lo que yo decia...

—De todos modos, lo que es preciso es librarnos del abad de Maqueda...

—¡Pero si eso es cosa del vicario eclesiástico y de la Junta de beneficencia, y...

—¡Qué inocente es usted, conde! Aquí no hay mas vicario ni mas junta que la maldad de ese hombre... El ha pedido el depósito de Adelaida, él ha hecho prender á Fernando, y él es el que ha fraguado la prision de sor Clotilde.

—¿Lo cree usted así?

—No lo creo, lo sé... Aun no hace veinticuatro horas que tengo el gusto de conocer á esta desgraciada familia, y ya estoy al corriente de todo... Sin embargo, sor Clotilde me dijo que usted podia enterarme mas por estenso, y que no hiciera nada sin contar con usted.

—¿Con que la desgracia de mi pobre amiga la ha causado el abad?

—Sí, señor; el mismo que tuvo á usted encerrado en el calabozo del cuartel de Guardias.

—Pues será preciso denunciar sus crímenes á la justicia para que le prendan...

—No estamos conformes... Pienso en este asunto lo mismo que un hombre generoso y valiente á quien tuve el gusto de conocer ayer noche, y con cuya ayuda no necesitamos de nadie para salir triunfantes.

—¿Qué hombre es ese?

—El que salvó á las hermanas de la Caridad cuando las quiso robar el Duende.

—¿Paco Serrano?...—dijo el conde con alegría.

—El mismo.

—¿Y dónde está?...—preguntó con ansiedad el conde.

—En mi casa.

—¡Ah!... Vamos allá corriendo, porque deseo abrazarle y ofrecerle cuanto poseo en premio del servicio que me hizo, librándome de la horrible conjuracion que habian movido contra mí.

—¿Qué dice usted?—esclamó el médico.—¿Ese hombre es el que usted me dijo que deseaba conocer, y de cuyo paradero nadie habia sabido darle razon?

—Sí, amigo doctor; me dijeron que una persona desconocida habia destruido las falsedades de mis enemigos, y yo no podia sospechar que fuese el hombre á quien solo conocia por haberme entregado una carta de sor Clotilde en el calabozo... Mi amiga no lo sabia tampoco; hace muy poco tiempo que me lo han dicho, y estoy impaciente por abrazarle...

—No me sorprende lo que usted me dice, querido conde; dos cortos momentos he hablado con él; pero lo que luego he sabido, y la bondad que se advierte en su ruda fisonomía, me hacen creerle capaz de todo.

—¡Usted no sabe aun todo lo que ha hecho por mí!—dijo el conde.

—Luego me lo contará usted,—replicó el médico;—ahora es preciso que yo vaya á mi casa para ver si ha podido llegar allí sin obstáculo.

—¿Corre algun peligro?—preguntó el conde asustado.

—Ya no,—contestó el médico;—le prendieron aquí hace dos horas, y me dijo que se iba á escapar cuando le trasladasen al juzgado.

—¿Y lo habrá conseguido?

—Desde el balcon le ví en libertad, y presumo que habrá podido llegar del mismo modo á mi casa... Yo le dí

una carta para que mi criado le condujera á mi gabinete secreto, y confio en que estará allí.

—Vamos allá corriendo, —dijo el conde; —abajo tengo el carruaje.

El médico se apartó del conde al llegar á la antesala, y acercándose á uno de los porteros de estrados, le dijo:

—A la autoridad, y á cualquiera otra persona que venga aquí que no sea visita diaria de la casa, díganla ustedes que tenga la bondad de esperar en una sala de las mas distantes del cuarto de la señorita enferma, y avísenme al momento... Para las demás personas, las señoras no reciben.

—Descuide usía,— contestó el portero, creyendo que no podia dejar de tener tratamiento la persona que sor Clotilde les habia presentado como jefe de la casa durante su ausencia.

Volvióse el doctor á reunir con el conde, y ambos entraron en una berlina que estaba parada delante del portal, despues de haber dicho al lacayo:

—A la calle de Amaniel, número 4.

Los pocos curiosos que habia aun diseminados por la plazuela quedaron haciendo comentarios sobre la salida del conde de San Fabian y del doctor Espinosa, y vieron con pena alejarse la berlina, que parecia arrancarles el último pretesto para continuar allí.

Ni el Vizco, ni los artesanos, ni los burlados alguaciles estaban allí ya cuando partió el carruaje.

CAPITULO LXXXIV.

La casa del doctor Espinosa.

La casa de la calle de Amaniel, donde paró el carruaje del conde de San Fabian, no tenia mas que un solo piso; pero bastante elevado, y en medio de las cuatro rejas que adornaban la modesta fachada, se veia una puerta pequeña, pintada de verde, en cuyo quicio pendia el cordon de una campanilla.

Cuando bajaron de la berlina, primero el médico y luego el conde, el lacayo habia tirado del cordon de la campanilla, y un criado abrió el postigo que reducia la entrada de la casa.

El médico se inclinó para que el conde pasára el primero, y apenas hubieron entrado ambos en el portal, se dirigió al criado, preguntándole:

—¿Está en el gabinete?

—En el gabinete no hay nadie...—replicó el criado.

—¿No ha venido un hombre con una carta mia?...

—No, señor.

—¿Qué le habrá sucedido?—dijo el conde asustado.

—¿Tú no te has movido de aquí desde que yo salí de casa?

—Sí, señor; fuí á llevar la yegua á la Veterinaria, y á casa del maestro de coches á saber cuándo estaria compuesto el *birlocho*.

—¿Quién quedó á la puerta mientras tanto?

—Braulio... pero no me ha dicho que hayan traido carta ninguna, sino tres recados...

—¿Dónde está Braulio?—interrumpió el médico, subiendo con el conde los cuatro escalones que elevaban el piso de la habitacion sobre el de la calle.

. . . . . .

La puerta por donde entraron el doctor Espinosa y el conde de San Fabian estaba á la derecha de una sencilla verja de hierro, que cruzaba el fondo del portal, dando paso á un jardin de bastante estension, atendida la poca superficie de la casa, y la que ordinariamente suelen tener casi todas las de Madrid.

Los jardines particulares en el centro de la poblacion son muy raros, y aun puede decirse que no existen desde que la moderna arquitectura, inventada por la ambicion de los propietarios, construye jáulas en vez de casas, y tiene á los habitantes de Madrid encerrados en altísimas anaquelerías, como están las piezas de tela en un almacen de lienzos.

Convertidos todos los edificios particulares en casas de vecindad, los inquilinos de ellos gozan en vida pocos palmos de terreno mas que los que les ofrecerá al dejar el mundo el nicho del cementerio.

En los barrios estremos van siendo tambien bastante raros esos sitios de recreo, de esparcimiento y de vida, y uno de los mayores que se han salvado de la invasion de la codicia es el jardin de la casa número 4 de la calle de Amaniel.

Como edificio de la propiedad del doctor Espinosa, y aunque este no habia hecho innovacion alguna en la fábrica de como la encontró á la muerte de su padre, el jardin

no era solo un sitio de recreo, sino que era al mismo tiempo un lugar de estudio, al que, con sobrada razon, se le podia llamar jardin botánico.

Era el estudio de la historia natural uno de los que con mayor predileccion cultivaba nuestro Esculapio, y aunque hubiera sido difícil decidir cuál de los tres reinos, si el mineral, el animal ó el vegetal, tenian la preferencia, preciso es confesar que el último le era deudor de mayores vigilias.

Poseia una riquísima coleccion de séres inorgánicos, en la que no el número de los ejemplares que la formaban, sino el mérito especial de cada uno de ellos, constituia el gran valor del conjunto. Era mas fácil encontrar en su gabinete objetos raros y únicos que revelaban los fenómenos y las llamadas aberraciones de la naturaleza, que piedras de gran valor intrínseco, mas útiles al lujo y á las artes que al estudio y la ciencia.

En su coleccion de animales no habia tampoco modelos, cuyo valor principal redundára en beneficio del artista, que conservó los esqueletos ó las pieles de los animales, sino individuos de especies poco conocidas. Por eso, en vez de adornar su gabinete de zoología vistosos grupos de pájaros de pintada pluma, tigres de Bengala, ni esqueletos de grandes mamíferos, se veian multitud de insectos raros, y era inmensa su escogida conchología.

Del mismo modo que habia procedido en la formacion de esos gabinetes, que diariamente se ocupaba en reponer, habia obrado en la plantacion y cultivo del jardin, en cuyo costado derecho, situado al Mediodía, se elevaba un espacioso invernáculo, cubierto de cristales.

A pesar de que el doctor Espinosa no se habia propuesto que su jardin sirviera de lugar de estudio á los principiantes, ni menos de modelo para los jardines botánicos que el gobierno tiene destinados á la enseñanza, la distribucion que habia hecho del terreno, y la clasificacion de las plan-

tas era tan clara, que fácilmente hubiera podido servir para ambos objetos.

Dividido en multitud de cuadros, perfectamente dispuestos para recibir el riego, en la clasificacion de los vegetales habia seguido estrictamente el sistema de las afinidades naturales. Como el objeto del jardin no era el recreo, sino el estudio, ni los colores, ni la forma, ni el órden alfabético de los nombres habian influido para la clasificacion. Las virtudes medicinales de las plantas, y la mayor semejanza que tenian entre sí, habian presidido y determinado su colocacion.

El curtidor de pieles y el tintorero hubiesen puesto á un lado las plantas de que habian de servirse para dar tal ó cual color á sus artefactos; la coqueta habria plantado las azucenas entre los claveles encarnados, y frente al cárdeno lirio; y el jardinero especulador no habria atendido á otra cosa que á sacar del terreno el mayor aprovechamiento posible.

El doctor Espinosa solo pensaba en reunir las plantas con arreglo á la mayor semejanza que tenian entre sí, no para estudiar los elementos ni las aplicaciones de la ciencia, porque sus años de estudio le habian emancipado ya de esta tutela, sino para mejor observar su desarrollo, propagacion y puntos de afinidad, desconocidos hoy.

Semejante trabajo, tenia un objeto de la mayor importancia para la ciencia, porque se dirigia á simplificar el estudio de la botánica, reduciendo las familias en que hoy se dividen los diversos sistemas que clasifican las plantas.

Estamos seguros de que si fuera propio de este lugar el detenernos á describir el jardin botánico del doctor Espinosa, los naturalistas no desdeñarian nuestra recomendacion, y los que, como nosotros, han tenido el gusto de verle, hallarian justos nuestros elogios.

Bastará decir, respecto á la claridad y al órden que reinaban en él, que todas las plantas tenian su correspondiente

etiqueta, en la que estaba escrita una estensa filiacion. Y en cuanto á los diversos colores de que suelen estar pintadas esas mismas etiquetas en los jardines públicos para señalar sus propiedades generales, solo podemos decir que estaban reducidos á tres: el *negro*, que indicaba ser planta venenosa; el *encarnado*, medicinal; y el *verde*, alimenticia. El azul, el amarillo y el blanco, que designan las que son útiles á las artes ó al lujo, no tenian entrada allí.

Sin embargo, habia árboles y plantas de adorno, aunque sin otro objeto que el de defender las mas predilectas de la accion de los elementos, ó el de procurarlas esta misma modificada y con método.

Como complemento del jardin, y para el verdadero estudio de los vegetales, tenia el doctor un gabinete destinado al efecto, en que habia reunido el *herbario* y la *galería botánica*. En esta última seccion, que llenaba el cuerpo bajo de la estantería que cubria las paredes del gabinete, habia reunido multitud de raíces estrañas y maderas, la mayor parte exóticas, y una preciosa coleccion de frutos, semillas y productos anómalos del reino vegetal, naturales los mas, y de cera algunos.

Pero en lo que habia puesto especial cuidado, era en la reunion de plantas, recogidas la mayor parte por sí propio en las diferentes espediciones que hacia para *herborizar* dos veces al año. Todas las conservaba hábilmente disecadas entre papeles de estraza, y sobre las carpetas habia consignado todas las noticias necesarias al estudio, inclusas el sitio y la fecha, hasta de la hora en que las habia arrancado de la tierra, con un sinnúmero de curiosas observaciones.

Tenia en otra habitacion, situada en medio de los tres gabinetes, una escogida y poco numerosa biblioteca, en la que los objetos para el estudio de la geografía ocupaban un lugar preferente, y en la mesa que llenaba el centro se veia una gran coleccion de atlas anatómicos y de cirugía.

Por último, la gran sala destinada á los esqueletos del cuerpo humano, á los modelos de cera y á los instrumentos de cirugía operatoria, era de la mayor importancia, y digna de una descripcion prolija, con la que no nos atrevemos á molestar al lector.

No le hemos conducido á la casa del doctor Espinosa para que asista á ningun acto científico, ni para que vea al dueño de ella entregado al estudio, en que consumia la mejor parte de su vida, y será justo que respetemos la division que habia establecida allí entre el hombre social y el hombre de la ciencia.

Todo lo que dejamos indicado solo lograban verlo los jóvenes estudiosos ó los amigos íntimos del doctor, que entraban en el interior de la casa por la puerta de la izquierda. Los profanos á la ciencia, que, como el conde de San Fabian, penetraban por el lado opuesto, no hallaban nada que les indicára la profesion del dueño de la casa.

Por un fenómeno raro, y casi único en su género, el doctor Espinosa no participaba de la idea comun en los sábios, que creen incompatible la ciencia con el aseo de la persona y del aposento en que viven.

El doctor Espinosa era soltero, y sin embargo, en el sencillo, pero ordenado mueblaje de sus habitaciones, no habria hallado la mas leve falta ninguna de las mujeres *hacendosas*, que, envanecidas con este título, quieren hacer de él una ciencia de la mayor importancia.

Limpio y bien adornado estaba el gabinete donde el conde de San Fabian, precedido del doctor, entró en busca de Braulio, el ayuda de cámara de este último, que, con la mayor compostura, se presentó á recibir á su amo.

—¿Quién ha venido mientras ha estado fuera de casa Perico?—preguntó el doctor.

—¿A buscar á usted?—dijo el criado.

—¿No ha venido un hombre con una carta mia?

—No, señor... No he recibido carta ninguna, sino tres

recados para visitas; uno de ellos muy urgente... Han venido dos veces con una berlina negra, y han dicho que volverian.

—¿Para dónde?

—Para la calle del Nuncio, en la casa chica del señor duque de Alcira.

El médico se volvió á mirar al conde, y este le dijo sorprendido:

—¡Allí vive el abad!...

—¿Sabes quién es el enfermo?—preguntó el médico al criado.—¿Trae recomendacion de algun amigo?

El doctor Espinosa no asistia de otro modo á nadie, fuera de las curas gratuitas que hacia diariamente.

—No quisieron decir nada,—repuso el criado.

Y parándose á escuchar el ruido de un carruaje, añadió:

—Pero ya está ahí otra vez... ¿Qué digo?

—Que estoy en casa, y que entre la persona que trae el recado.

Braulio corrió á cumplir las órdenes de su amo, y este tomó asiento en el sofá junto al conde de San Fabian.

CAPITULO LXXXV.

El criado del Duende.

—¿Conocia usted antes de ahora al abad de Maqueda?—dijo el conde, apenas hubo quedado solo con el médico.

—Ni le conozco aun,—replicó este:—solo sé de él lo que me refirió sor Clotilde, y lo que usted me ha dicho al venir aquí.

—¿Será casual el dirigirse á usted ahora?

—No lo sé; pero creo que no... ¿Está enfermo?

—¡Ayer estaba bueno!—repuso el conde.—¡Demasiado bueno!—añadió, suspirando.

—¿Siente usted que no esté enfermo?—dijo el médico riendo.—Pues cualquiera que nos viese aquí á los dos, diria que el médico era usted... Segun dice el vulgo, el mejor barómetro para conocer la mortandad de las poblaciones, es el semblante de los médicos... cuando están alegres, mala señal.

—¡Ojalá fuera esa la causa de mi dolor!

—Pues qué, ¿preferiria usted ser médico á ser conde?... *Nemo sua sorte contentus est.*

—Usted, querido doctor, sabe bien cuál es la causa de

mi tristeza al hablar del Duende, y por eso procura distraerme...

—No lo crea usted; yo solo sé lo que he dicho.

—¿No le ha contado á usted Clotilde lo de mi hija?

—¿La marquesa de Santa Rita?

—La misma.

—¡Nada me dijo la superiora!

—Pues sí, amigo mio: ella ha sido la intermediaria entre el Duende y el baron del Arfil, y por una de sus acostumbradas estravagancias, se ha asociado á esos hombres para causar la ruina de nuestras amigas... Por eso le he dicho á usted que ayer estaba el Duende demasiado bueno... Comió en casa de mi hijo, á quien en vano he querido instruir de lo que pasaba... Su mujer le tiene sorbidos los sesos, y no cree mas que lo que ella le dice.

El médico oyó asombrado las palabras del conde, y antes de que pudiera contestarle, volvió allí Braulio, diciendo:

—Señor, en la sala pública espera ese caballero.

—¿Ha dicho quién es, ó quién le envia?

—Su amo, el señor duque de Alcira.

—¡El duque de Alcira!—repitió el médico asombrado.

—Así se titula,—replicó el conde,—desde el reciente fallecimiento de su hermano; pero aun vive en la casa chica, porque están ocupados con la testamentaría.

—¡Bueno seria que cuando estuviese todo corriente se presentára el legítimo heredero!—dijo el médico.

—El niño Enrique,—replicó el conde.—Yo lo dudo mucho, á pesar de lo que le ha dicho á usted Paco.

—Pues yo tengo mas confianza que usted en ese hombre, y lo único que sentiria es que le hubiese sucedido alguna desgracia.

—¡Si yo supiera que le habian preso!...—repuso el conde,—iria á la cárcel á ver lo que podiamos hacer para sacarle de allí.

—No me parece mal pensado,—dijo el médico.—Vea

usted de tomar algunos informes, y hágame el obsequio de esperarme luego en casa de la condesa, á la que conviene que usted distraiga, para que no se entere de lo que ocurre.

—¿Y usted piensa ir á ver al abad?

—No sé lo que haré; veremos cómo se esplica su emisario.

—Si vá usted allá, vaya usted prevenido, porque es muy malo... Ese recado indica que ha sabido que usted fué el que se opuso á que sacáran á la infeliz Adelaida de casa de la condesa.

—Puede ser... ya veremos.

Despidiéronse el médico y el conde, entrando el segundo de nuevo en su carruaje, y dando órden al cochero de que le condujese á la cárcel de córte, pero parando para apearse en la Plazuela de Santa Cruz; y el primero cruzó un pasillo, entrando en el aposento donde esperaba el emisario del Duende, que no era otro sino su confidente íntimo, especie de secretario particular, á quien vió el lector haciendo las veces de ayuda de cámara.

La *sala pública*, como habia llamado Braulio á la habitacion donde entró el médico, formaba un cuadrilátero de bastante estension, que recibia la luz por tres anchas ventanas, que daban al jardin, y en las que, á pesar de ser entonces la época del sueño anual de la vegetacion, se descubrian algunas señales de ella.

Los muebles de la sala se reducian á unas banquetas de cuero encarnado, corridas en derredor de las paredes, y el adorno de estas consistia únicamente en haberlas teñido de un blanco-perla charolado.

En el centro, y delante de una de las rejas, habia una tarima de nogal, sobre la que descansaban tres mullidos colchones, asimismo forrados de cuero carmesí. En esa cama tendia el doctor á los pobres pacientes cuando el reconocimiento que habia de practicar en ellos lo exigia así.

El color de los asientos, la vegetacion que asomaba á través de las vidrieras, y la dulzura de la luz que se vertia en las paredes, preparadas de intento, daban á aquel lugar un aspecto bien distinto del que parecian prometer las escenas de que era teatro diario.

Al destinar aquella sala para las consultas gratuitas, el doctor habia querido alejar de los enfermos toda idea triste, infundiéndoles, por el contrario, una alegría de resultados completamente satisfactorios.

El risueño y consolador aspecto de la sala pública era el primer remedio que el doctor Espinosa aplicaba á los enfermos pobres, que, faltos de recursos, acudian á consultarle á su propia casa.

Antes de propinarles la dieta de alimentos para asegurar el reposo y la calma en todos los órganos de la economía animal, les imponia la dieta de la tristeza y del dolor para restablecer la tranquilidad del espíritu.

La alegría de aquella sala era la sonrisa de la ciencia, que infundia fé en el alma de los pacientes, y que les brindaba con la esperanza de aliviar sus dolencias.

Semejantes preparativos daban al doctor Espinosa grandes ventajas sobre la enfermedad que venia á desafiar sus conocimientos en la ciencia de curar.

Podia decirse que al partir el sol y al elegir las armas, el médico habia ganado la mejor parte del terreno, y que suyo debia ser el éxito del combate.

Si á tan halagüeño descubrimiento se agrega la amabilidad y la dulzura con que el doctor Espinosa recibia á los enfermos, se comprenderá cómo empezaba á curarlos antes de conocer sus dolencias.

Esas disposiciones *conservadoras*, que, como todas las que en medicina llevan este nombre, servian para restablecer la energía de las propiedades vitales del enfermo, valian tambien para conservar el espíritu y enervar las fuerzas morales del paciente. Por esto el doctor las consideraba de tan-

ta urgencia moral, como hubiese considerado otro médico cualquiera la prescripcion del ópio para calmar una tos pertinaz que produjera síntomas trastornadores y peligrosos.

Pero hemos dicho en el capítulo anterior que no nos lleva á casa del doctor Espinosa el afan de presenciar ninguno de los actos con que diariamente aliviaba las aflicciones de la humanidad doliente, y no queremos abusar por mas tiempo de la paciencia del lector.

La persona que, sentada sobre una de las banquetas de cuero de la sala pública, se puso de pié al ver entrar allí al doctor, nos está esperando para que oigamos el recado con que le envia su amo.

—Señor doctor,—le dijo,—su escelencia mi amo, el señor duque de Alcira, me manda suplicar á usted que se digne pasar inmediatamente á visitarlo.

—¿Quién le ha dirigido á mí?—preguntó el doctor, acercándose al ayuda de cámara del Duende.

—La fama de la ciencia de usted.

—Pero yo no asisto á nadie mas que á los pobres y á mis amigos.

—Su escelencia lo sabe así, y ruega á usted que le considere en cualesquiera de ambos casos.

—Los primeros,—repuso el doctor,—vienen á mi casa, ó voy yo á la suya cuando el mal que padecen no les permite salir á la calle; á los segundos les sucede lo mismo; pero con la diferencia de que, siendo mis amigos, casi no necesitan avisarme de que están enfermos.

—¿Y qué es lo que digo á su escelencia?—preguntó el ayuda de cámara, indicando en su semblante que no se habia resuelto aun á salir de allí sin que el médico le acompañára.

—Repítale usted lo que le acabo de decir.

—Pero y si mi amo no puede venir á ver á usted, ¿qué le digo?

— Déme usted las señas de la casa, y yo iré allá si él no puede venir.

El semblante del criado se cubrió de gozo al oir estas palabras, y replicó:

— He traido la berlina de casa para llevar á usted, y esperaré con ella, si gusta, lo que sea necesario.

— ¿Pero su amo de usted está en la cama?

— No, señor, — contestó algo turbado el ayuda de cámara.

— ¿Pues qué enfermedad es la que padece?

— No sé decir á usted, porque allí nadie entiende de medicina, y yo ni le he visto siquiera... pero cuando me han hecho venir tres veces en poco mas de dos horas, puede usted conocer que es cosa urgente.

— Sin embargo, habrian llamado otro facultativo... el de la casa tal vez...

— Su escelencia le mira con horror desde que murió en sus manos el difunto señor duque (Q. E. P. D.).

— Mis enfermos se mueren tambien, — dijo el doctor.

— ¡Ya lo creo!... — replicó el ayuda de cámara, esforzándose por sonreir; — pero de tejas abajo, el talento de usted puede mucho.

— Yo no soy ni mas ni menos que los demás médicos, y siento que el señor duque se haya acordado de mí en el caso presente.

— No lo sienta usted, señor doctor, porque todos los de casa se lo agradeceremos á usted mucho... Cuando se dijo que su escelencia estaba malo, aquello era un valle de lágrimas.

— ¿Y desde cuándo está malo?

El ayuda de cámara no supo qué responder, á pesar de que su cara revelaba sobrada inteligencia y malicia para dejarse sorprender tan fácilmente.

El médico, que no cesó de observarle desde que entró en la sala, comprendió que la enfermedad del Duende no

era mas que un pretesto; pero deseoso de ser útil á sus nuevos protegidos, se dispuso á aprovechar la ocasion que se le ofrecia de conocer al enemigo contra quien habia empezado á luchar.

Las prevenciones que le hizo el conde no le impusieron temor alguno, y como sabia, bien á pesar suyo, la mala opinion que de hombres venales gozan algunos de sus compañeros, sospechó que el Duende se habia propuesto sobornarle para que diera su voto conforme con el del médico que, de órden de la autoridad, habia de reconocer á Adelaida.

Esto le decidió á marchar inmediatamente con el criado del Duende, despues de haber dado sus órdenes á Braulio para en el caso de que llegára allí Cabezota.

CAPITULO LXXXVI.

El doctor Espinosa.

No era el doctor Espinosa ni suspicaz ni tímido, y precisamente una de sus mejores cualidades era la de conservar mayor presencia de ánimo cuanto mas difíciles eran las situaciones en que se encontraba; pero á pesar de esto, al entrar en la negra berlina del Duende, no pudo menos de inmutarse, recordando lo que le habian referido del dueño de ella.

Y natural era que sucediese así, si se atiende á la estraña manera con que se habia encontrado en aquella posicion. Entregarse á merced de un hombre acusado de la deshonra de su sobrina, del asesinato de un hermano de esta, de los bárbaros martirios que habia hecho sufrir á una pobre jóven, y señalado, en fin, como uno de los mas terribles criminales, hubiese sido un negocio harto sério, no ya para un hombre entregado al estudio, sino hasta para cualquier otro, cuyos hábitos y carácter fuesen á propósito para semejantes escenas.

Para comprender el arrojo y la decision del doctor Espinosa, son necesarias algunas breves noticias acerca de su carácter, de sus inclinaciones y de su método de vida.

Hijo de un médico práctico de los que mas celebridad supieron alcanzar á fines del siglo anterior, habia recibido una educacion brillante, recorriendo despues de sus primeros estudios las principales universidades y escuelas de medicina de Europa, y deteniéndose principalmente en Alemania. Adquirió en este país grandes conocimientos en la ciencia de curar, y cobró una gran aficion á los estudios filosóficos: resultado casi seguro en todos los hombres estudiosos que viven algun tiempo en el país clásico de la filosofía.

En Francia hubiese adquirido una tintura superficial de todos los conocimientos humanos, sin conocer ninguno de ellos, y habria aprendido cien mil nombres técnicos, sin saber nunca el orígen de la tecnología. Los alemanes, por el contrario, no le habian enseñado nada; pero le inspiraron la aficion de aprenderlo todo, haciéndole dueño de la verdadera clave para conseguirlo. Entre los primeros le habrian reputado por un sábio cuando hubiese conocido el forro de los libros; los segundos le llamaban estudiante despues de haber penetrado en el fondo de las obras. Mas claro aun: los franceses le habrian enseñado á conocer el árbol por el simple aspecto de la corteza, y los alemanes le hicieron penetrar en el corazon, rasgando el velo de los diversos tejidos que oculta el fundamento de la vegetacion.

Los unos se paran satisfechos de su ciencia al contemplar los colores del arco iris; y los otros, sin extasiarse, mirándolos, no descansan hasta averiguar las causas que los producen.

Si el doctor Espinosa no se hubiera hallado al volver á España dueño de una gran herencia que le habia dejado su padre, la aficion á los estudios profundos que le inspiraron los alemanes le habria sido perjudicial y nociva á sus intereses ó á la ciencia á que se habia consagrado desde los primeros años de su vida.

O cedia al tiránico influjo del hambre, y con un *formu-*

lario en el bolsillo y un baston en la mano derecha se lanzaba á ser médico de aldea, ó la cabeza triunfaba del estómago, y encerrado en una boardilla, filósofo de sí mismo, estudiaba la filosofía de los demás.

En ninguno de ambos casos hubiera podido satisfacer los deseos que habia concebido en Alemania, y llegar á ser algun dia uno de los hombres mas eminentes en su profesion.

Era preciso que el edificio de la ciencia se alzára sobre las ruinas del empirismo, y así fué, en efecto.

El padre del doctor Espinosa, de quien era en su tiempo pública voz y fama que tenia una muy *buena mano* para los enfermos, ganó á la cabecera de estos sendos doblones; y su hijo, despues de una larga práctica de hospitales, y cuando le hubiese sido harto fácil heredar con ventajas la fama de su padre, buscó otra mas sólida y mas útil á la humanidad doliente.

Pero preciso es consignar aquí una observacion de la mayor importancia en justo obsequio del doctor Espinosa. Ordinariamente se cree, y algunas veces sucede así, por desgracia, que los médicos consagrados á la investigacion de los principios teóricos de la ciencia, desatienden la práctica y abandonan los enfermos que tienen á su cargo, ó les hacen servir de modelos para un estudio despiadado y cruel. Muchos de ellos se niegan á practicar su profesion, dejando que perezca la humanidad, mientras que se afanan por descubrir las verdaderas causas de las enfermedades que la afligen, y otros se obstinan en imponer tenazmente y de una manera absoluta sus imperfectos sistemas.

Nada de esto le sucedia al doctor Espinosa; y si en vez de fijar su residencia en la córte, donde habia muchos médicos para la asistencia de los enfermos, se hubiese hallado en una aldea, donde hubiera sido necesaria su ciencia, no se habria negado á practicarla constantemente.

Buen ejemplo de esta distincion que hacemos en favor

de sus sentimientos humanitarios y benéficos nos ofrece la conducta que observó, cuando, afligida España por la presencia del cólera-morbo, recorrió todos los pueblos donde eran mayores los estragos, llevando en pos de sí las bendiciones de las gentes.

Despues de haber perseguido al funesto viajero, hasta verle abandonar nuestro horizonte, y cuando ya habian cesado los efectos del mal, se encerró con él en su gabinete, para estudiar detenidamente las causas que lo habian producido, los síntomas con que se anunciaban, su duracion, sus estragos y los medios de combatirlo.

Para la apreciacion de estos últimos, formó una minuciosa estadística, base constante de todas sus observaciones en las diferentes enfermedades que se proponia estudiar.

Amante de la perfecta exactitud de la ciencia, marchaba siempre de lo conocido á lo desconocido, y jamás quiso adivinar los resultados por las causas, sino estas por aquellos. Así, al buscar la verdad de la teórica, se apoyaba siempre en la práctica.

No de los síntomas del mal, ni de las causas que parecian haberlo producido, se fiaba para establecer sus teorías; de su observacion á la cabecera de los enfermos, y de los resultados de los medicamentos, era de donde pretendia sacar las verdades de la ciencia.

Proceder de otro modo, al inventar fórmulas para el tratamiento de las enfermedades, habria sido aumentar el cúmulo de utopias risueñas, de que tan triste alarde puede hacer la medicina. El doctor Espinosa estaba persuadido de que, obrando así, no estableceria reglas libres de escepciones; pero sabia que de otro modo no haria mas que escepciones en vez de reglas.

Conocia perfectamente todos los sistemas médicos, y persuadido de que no hay ningun descubrimiento humano que no merezca tomarse en consideracion, siquiera sea para

aprender los errores y huir de ellos, todas las escuelas le merecian igual atencion, y las estudiaba todas con el mismo empeño.

Sus amigos no tenian, por lo tanto, el liviano placer de censurarle por que fuese esclusivamente homéopata, ni de aplaudirle por que creyera que no existia mas medicina que la alopática. Habia mas aun: el doctor Espinosa no creia que fuesen dos cosas absolutamente distintas ambas escuelas: eran para él la una y la otra dos caminos por donde el médico estudioso podia dirigirse á buscar la verdad de la ciencia, que nunca será mas que una en poder de los partidarios del *similia* y del *contraria*.

La guerra de mala ley con que una y otra escuela se disputan, no la preferencia, sino el omnímodo imperio, no turbaron nunca la calma de sus observaciones, ni á su gabinete llegaron jamás esos gritos bastardos con que los unos maldicen de los principios de los otros, sin conocer que se arrastran á sí propios en la ruina de sus contrarios, y que la victoria imposible de uno de los bandos hundiria la ciencia, causando males sin cuento á la humanidad.

En su estudio no tenian entrada mas que la enfermedad, precedida de su historia desde los primeros tiempos de la medicina, y la observacion que él propio habia hecho de los enfermos.

Como el naturalista, que se retira con el mineral arrancado de las entrañas de la tierra para estudiar en su estructura y en sus menores caractéres la influencia de los agentes que le rodeaban en la roca, así se ocupaba el doctor en examinar los síntomas del mal, por la suma de los diversos diagnósticos que tenia escritos; y la influencia de los medicamentos y de los agentes físicos y morales, por los resultados de una estadística estensa y razonada.

Firme siempre en su propósito de hacer de la medicina una ciencia exacta, la ley de las mayorías en la curacion de las enfermedades era su único norte.

Así habia pasado la mayor parte de su vida, dando siempre una importancia inmensa á la accion de los agentes morales en la alteracion de la salud. Por eso, al encargarse de la curacion de un enfermo, deseaba conocer el estado de su espíritu, para mejor indagar las causas que habian producido la lesion en los órganos de la economía animal. Sin la desaparicion de las lesiones morales, creia, con sobrada razon, imposible volver la máquina enferma al estado natural que tenia antes de haber cedido á aquel funesto influjo.

En las enfermedades de los séres inorgánicos, sabia que no podian intervenir sino los agentes físicos, y que la cristalizacion de una piedra seria regular y perfecta si á su debido tiempo se la procuráran las condiciones materiales que necesita para su desarrollo, crecimiento y hermosura.

Los vegetales, á pesar de su analogía orgánica con los animales, y de las poéticas utopias con que algunos escritores han querido *espiritualizar* su existencia para la mayor belleza de los idilios y de los cuadros pastoriles, tampoco se hallan sujetos á otras influencias que las piedras. Exigen, sí, mayores cuidados que estas, pero sus agentes son los mismos: la posicion geográfica, la luz y el agua. Es muy cierto, decia el doctor, que una piedra no pierde la vida aun cuando se la reduzca á polvo, y que el vegetal, por el contrario, perece cuando se le despoja de algunos de sus miembros; pero no es por eso menos cierto que unos y otros están libres de la influencia de los agentes morales.

Estos poderosos enemigos atacan únicamente al hombre, siendo muchas veces presa de ellos los animales irracionales, por razon de su instinto. Pero los grandes trabajos que el doctor habia hecho sobre la distincion del instinto y del raciocinio, los ocultaba á todos sus amigos, y nosotros no podemos permitirnos el revelarlos ahora.

Para justificar su reserva y la nuestra, bastará decir que en los tiempos del absolutismo le ocasionó graves dis-

gustos el haberse aventurado á decir que á los animales no les faltaba otra cosa para concederles el raciocinio, sino que el hombre estudiára su lenguaje.

Sin embargo, la justa apreciacion que hacia de los mas delicados sentimientos del alma, y lo mucho que enaltecia los deberes de la conciencia, son una prueba de que no se le podia acusar, legitimamente, como materialista pertinaz de los que todo lo conceden á la materia y nada al espíritu.

Y tan cierto es que el doctor Espinosa daba gran valor á ese signo sublime de la divinidad, con que el Criador quiso asegurar la supremacía del hombre sobre los demás animales, que no se borraba nunca de su imaginacion esa creencia, y ella era la base de sus estudios.

El modo con que conciliaba la humanidad de la materia, con la divinidad del espíritu, la esclavitud en que tenia aquella de esta, hubiese hecho á los teólogos del oscurantísmo levantar el anatema que fulminaron en los siglos pasados sobre la libre investigacion de los secretos de la naturaleza.

Si hubieran visto al doctor Espinosa buscar la causa de una fiebre en la impresion de un afecto que habia perturbado los sentidos, y hacer depender la mayor parte de nuestros padecimientos de la influencia que sobre nosotros ejerce el estravío del raciocinio, no se habrian atrevido á proclamar sus erróneos principios.

La fisiología de las pasiones era su estudio predilecto, y convencido de que las enfermedades del cuerpo humano deben precaverse mas bien que curarse, se remontaba siempre al orígen de ellas.

Los vicios, en el órden moral de las sociedades, eran para él la causa de las mas peligrosas enfermedades y de los vicios crónicos en el órden físico de sus indivíduos.

Sobrada razon tenia el doctor para pensar así, y fácil nos seria demostrarlo con cien ejemplos prácticos, si cre-

yésemos que hay quien pueda dudar de lo que decimos.

Si no existiera la pasion del juego, el hombre, que trastorna su método de vida por ella, que come de prisa por no perder la ocasion de lograr una jugada, que sueña con el oro que ha de ganar al dia siguiente, y que se despierta sobresaltado, porque teme haberlo perdido todo, no veria enfermar sus órganos, porque los ha sacado violentamente de las condiciones ordinarias que constituyen la vida.

La temprana muerte del hombre estudioso, que sostuvo la escitacion constante del cerebro á costa de su propio organismo; la del avaro, que negó el reposo á sus sentidos por miedo de que le robáran sus tesoros; la del criminal, que privó del sosiego á sus semejantes á costa del suyo propio, y otros muchos resultados funestos, que la esperiencia ofrece siempre que las pasiones y los efectos morales quieren vivir á costa de la materia, eran las pruebas en que el doctor apoyaba su doctrina.

Descendiendo luego de los grandes efectos innatos en el alma, y que no han podido ser modificados por la voluntad del indivíduo, y á otros mas pasajeros, ó por mejor decir, escitantes de esas grandes pasiones, el doctor tenia una larga série de casos que ofrecer á los que dudáran de sus observaciones.

El suceso que, despertando las pasiones, causaba alguna lesion en los órganos vitales, era asimismo objeto de su estudio. Esto le hará comprender al lector cuáles eran sus tendencias al visitar á los enfermos, y cuán lejos iba en sus observaciones el famoso Esculapio.

Los que le oian espresarse del modo que lo hizo en casa de la condesa al hablar con Adelaida, solian decir que era mas bien médico del alma que del cuerpo, lo cual era exacto.

Frecuentemente decia que en la mayor parte de las enfermedades, antes importa curar el espíritu que la materia. Así se esplica que el estudio de la demencia le hubiese me-

recido particular atencion, haciendo adelantos en él, de que quizá nos ocupemos en otra ocasion.

Basta, á nuestro juicio, en la presente, con lo que hemos dicho, mientras el doctor, llevado de sus generosos sentimientos, y vivamente interesado por la suerte de Adelaida, cruzaba desde su casa á la del Duende en la berlina de este último.

Persuadido de que la enfermedad de la desdichada jóven estaba mas en el alma que en el cuerpo, y consecuente en su sistema de apoderarse del mal, para encerrarse luego con él en su estudio, puede decirse que al apearse del carruaje al pié de la escalera de la casa chica de Alcira iba á examinar la enfermedad de Adelaida.

Despues de subir la escalera, atravesó, precedido del criado, la estensa galería que el lector conoce, y á la puerta de la antecámara, donde estaba el portero de estrados, el ayuda de cámara se inclinó para que el doctor pasára adelante, y le dijo:

—Sírvase usted sentarse y esperar un momento, que voy á pasar recado á su escelencia.

El doctor lo hizo sin replicar una sola palabra, y dirigiéndose al portero de estrados, que se alzó en pié al verle entrar allí, le dijo:

—Siéntese usted.

Oportuna y de resultados ventajosos hubiera sido esta deferencia con otros criados que con los del Duende; pero el portero se sentó sin dar las gracias ni con un simple movimiento de cabeza.

—¿Cómo está su escelencia?—dijo el doctor, sin querer notar la falta de urbanidad del criado.

—Ya han ido á avisarle de que usted le espera,—contestó secamente el portero.

—Él es el que me espera á mí,—dijo el doctor.

Y como estas palabras no pedian contestacion, guardó silencio el adusto portero.

—¿Qué enfermedad es la que padece?—añadió el médico.

—Ahora vendrá el ayuda de cámara,—contestó el portero, eludiendo la respuesta que le pedia el doctor.

—¿Pero usted no sabe si está mejor ó peor?—dijo Espinosa, comprendiendo que el portero rehusaba comprometerse.

—Ya han ido en busca del médico,—fué lo único que respondió el portero.

—El médico soy yo.

Nada dijo el silencioso portero, y á los pocos momentos volvió el ayuda de cámara, dirigiéndose al doctor con estas palabras:

—Que no se detenga usted, dice su escelencia.

Y abriendo la mampara, hizo pasar al médico al mismo gabinete donde dias antes recibió el Duende al padre Romualdo y al Vizco.

CAPITULO LXXXVII.

Hipocresía.

Cuando entró el doctor en el gabinete que servia de despacho al Duende, estaba este sentado en uno de los sillones que habia al rededor de la mesa, con el gorro morado caido sobre las cejas, y rebozado en el balandran de paño negro con que cubria sus hombros.

No se puso en pié para recibir al médico, y solo hizo un ligero movimiento, acompañado de estas palabras:

—Siéntese usted, y dispense que no me levante á saludarle como es debido.

—¿Está usted enfermo?—dijo el doctor.

—Cuando le he molestado á usted haciéndole venir...

—Creí que seria para alguna otra persona.

—¿Pues no le ha dicho á usted el criado que era para mí?

—Sí, señor; pero el portero me ha dicho que no sabia nada, y como he visto á usted aquí sin apariencias de estar enfermo, creí que se trataba de alguna persona de su familia.

—¡Mi familia!...—replicó el Duende suspirando.—¡Yo no tengo familia!... La muerte se ha dado prisa á dejarme sin ella.

—¡Cómo ha de ser!...—repuso el doctor.—Lo que mas debe afligir á usted ha sido la horrible manera con que han ido desapareciendo todos ellos.

—¿Usted los conocia?

—No, señor; pero ciertos sucesos se hacen siempre públicos, y adquieren una funesta celebridad. ¿Quién ignora en Madrid el asesinato del primogénito de esta casa; el estraño fallecimiento de su madre y su hermana en Paris, y la locura que ha llevado al sepulcro al último duque?

El Duende se mordió los lábios, sintiendo que el doctor supiese mas de lo que él deseaba, y con voz débil y triste respondió:

—Tiene usted razon, doctor; semejantes desgracias hacen tristemente célebres á las familias.

—Yo supongo,—dijo el doctor sonriendo,—que usted no querrá aumentar ese árbol necrológico, y su semblante me indica que el mal que le aqueja no es por fortuna de gravedad.

—Un médico cualquiera me declararia en completa salud; pero usted, que profundiza tanto las enfermedades, no pensará del mismo modo; mis padecimientos son morales.

—¿Morales?—repitió el doctor.—Pues estraño mucho que haya usted pensado en mí para curaciones de esa especie... ¿De cuándo acá los médicos del alma acuden para las enfermedades de esta á los del cuerpo? Nosotros, cuando no hay alteracion en el estado ordinario de la vida, declaramos que el indivíduo goza de una perfecta salud.

—¿Y cuándo esa alteracion existe?

—Entonces decimos lo contrario; pero usted me ha dicho que los médicos le declararian completamente sano y bueno.

—Verdad es; pero he aludido á esos médicos rutinarios, que no conocen las enfermedades sino cuando se presentan todos los síntomas que las caracterizan.

—Pues yo soy uno de tantos rutinarios, señor abad.

—Usted no.

—Sí tal; yo no puedo sospechar que á un indivíduo le duele la cabeza, si él no se queja, ó no aparecen en el semblante alguno de los síntomas que revelan esa alteracion del cerebro.

—Pero sabe usted adivinar que la inapetencia, por ejemplo, es producida por una tristeza estremada, ó por una afeccion moral cualquiera.

—Cuando esa inapetencia ha producido alteracion en los órganos de la economía animal, quizá lo adivino... de lo contrario, es imposible.

Veia el Duende en la escesiva modestia del médico una prevencion hostil contra sus palabras, y en la agitacion de su semblante se descubria cuánto contrariaba sus planes esta circunstancia.

Sabia la gran reputacion de que gozaba el doctor Espinosa, y creyó que, halagando su orgullo, podria prepararle á oir con benevolencia lo que pensaba decirle, y para lo que le habia llamado á su casa.

Pero empezaba á conocer su error por la desdeñosa indiferencia con que el doctor escuchaba sus palabras, y temia que sus víctimas le hubiesen instruido de quién era el hombre con quien hablaba. Al avisarle su ayuda de cámara de que el doctor estaba esperando, le habia dicho que el carruaje del conde de San Fabian estaba á la puerta de la casa número 4 de la calle de Amaniel, y esta circunstancia le hizo temer que el médico no vendria á su presencia sino bien enterado de todo.

El doctor, por su parte, como era la primera vez que veia al Duende, le examinaba con impertinente, pero disimulada curiosidad, para estudiar en su semblante la verdad de lo que le habian referido.

Queria apreciar hasta los mas pequeños síntomas del mal que se preparaba á combatir, y disfrazaba su investigacion á los ojos del Duende, como habria hecho con un

enfermo al reconocerle un órgano cualquiera de cuya lesion no quisiera enterarle.

Su celo por aliviar las dolencias de sus semejantes, y las simpatías que sentia hácia Adelaida, eran los únicos móviles que le habian llevado á casa del Duende; pero una vez entrado en ella, y á la vista del autor de tantas maldades, lo habia olvidado todo por acordarse únicamente de la ciencia.

La ciencia era la pasion dominante de Espinosa, y en ella cifraba todos sus goces y todas sus aspiraciones. Afortunadamente sirviendo á la ciencia era útil á sus semejantes. Su mancebía con el estudio no le embargaba ninguno de los afectos del corazon, y en su alma, siempre jóven y sencilla, se reflejaban bien los mas delicados sentimientos y las mas esquisitas afecciones. Sus libros no le pidieron nunca celos de las caricias que prodigaba á los desgraciados, ni estos tuvieron que reprenderle su abandono, por el entrañable amor que aquellos le inspiraban.

Estudiando en los libros habia sentido la necesidad de hacer el bien á sus semejantes, y leyendo en el corazon de estos habia aprendido la utilidad del estudio.

Por eso al apoderarse con la vista del semblante del Duende, haciendo un detenido análisis fisionómico, cumplia á la vez con la ciencia, y con las víctimas á quienes se habia propuesto defender contra la tiranía de aquel hombre.

Al enumerar las que la codicia del Duende habia hecho en su propia familia, no lo hacia como el juez capcioso que busca la confesion del reo, sino como el hombre científico que quiere medir el grado de criminalidad del acusado, por el efecto que en su rostro produce el recuerdo de sus crímenes.

Sin introducir la sonda en la llaga, queria saber el doctor la profundidad de la herida.

El Duende, por su parte, se creia dispensado de hacer igual observacion sobre el semblante del doctor Espinosa,

porque, á pesar de su habitual desconfianza y de su refinada malicia, eran para él iguales todos los hombres dedicados al estudio, y le parecia imposible temer nada del que tenia delante de sí.

Le sorprendió, sin embargo, la manera con que rechazaba sus elogios; pero no dió á esto gran importancia, y continuó diciendo:

—Mucho le honra á usted esa modestia, y no en vano he oido tan justos elogios de su talento. El mérito y la humildad son dos virtudes inseparables; pero me permitirá usted que le diga que todo tiene sus límites, y que cuando la modestia hace negar los hechos, es una abnegacion estremada y perjudicial.

—¡Perjudicial!... ¿Y por qué?... Suponiendo que yo mereciera esos elogios, ¿qué mal habria en que los rehusára?

—Quitar á los enfermos la fé que les inspira su ciencia.

—Cuando los enfermos son personas que por su carácter sacerdotal pueden inspirarse á sí propios una fé mayor que la del facultativo, nada hay que temer de la modestia de este.

—Sin embargo, usted me dispensará que no apruebe esa negacion absoluta que me hace de la vasta estension de sus conocimientos y de la manera especialísima que tiene de tratar las enfermedades. Personas amigas de usted me han citado ejemplos, á los que nada puede usted oponer.

—Si usted tuviera la bondad de citarme el nombre de alguna de esas personas, quizás sabria quién le ha dirigido á mí para curar una enfermedad que con asombro oigo decir que no existe.

—Con síntomas visibles, —repuso el Duende, —no existe; pero usted...

—Yo, —interrumpió el doctor, —no puedo valerme de otros medios para conocer las enfermedades, sino de los que me enseñan los maestros de la ciencia... Pero no me ha di-

cho usted aun quién es la persona que me ha hecho el honor de prodigarme tantos elogios.

—¿Conoce usted al conde de San Fabian?

—Sí, —contestó el doctor, —y precisamente acabo de verle; pero no me ha dicho...

—No, no ha sido el conde, —se apresuró á decir el Duende, —el que me dijo que me dirigiera á usted, sino su hija.

—¿La marquesa de Santa Rita?

—Justamente.

—Creo que es una señora muy apreciable; pero no tengo el gusto de conocerla.

—Ya lo sé... y sin embargo, ella le conoce á usted, porque, como dije antes, la fama de los hombres públicos...

—Presenta de ellos unos retratos equivocados, —se apresuró á decir el doctor. —En fin, yo quisiera, puesto que estoy aquí, que usted se sirviese esplicarme la enfermedad que sufre.

—No es una cosa tan fácil como usted cree, —dijo el Duende afectando sonreirse, —y temo mucho que usted me abandone, calificándome de enfermo de aprension.

—Pierda usted cuidado, porque no admito semejante dolencia.

—En ese caso...

—No la admito, —continuó el doctor, —porque no existe en ningun caso. Cuando una persona sospecha que padece tal ó cual enfermedad por una simple cavilosidad, ó porque cree que existe la causa de ella, la privacion que se impone de ciertos hábitos que conservan su salud y la escitacion de su mente, producen mas tarde ó mas temprano la enfermedad temida ú otra cualquiera, y entonces la aprension es una realidad. Mientras esto no sucede, la aprension es un fantasma; no hay mal ninguno.

—Pues bien, doctor, —dijo el Duende, —mi aprension no es un fantasma.

—Lo creo; pero sírvase usted decirme qué es lo que siente, para que yo pueda buscar el remedio: enséñeme usted los efectos, y yo indagaré las causas.

—Estas últimas son precisamente las que yo conozco,—repuso el Duende.

—Pues entonces me permitiré darle á usted un consejo para que sea en esta ocasion y en otras análogas el médico de sí mismo. Prescinda usted de esas causas, aíslese de ellas, y cesarán los efectos.

El doctor Espinosa se puso en pié al pronunciar esas palabras, como para obligar al Duende á que le esplicára el motivo de haberle llamado á su casa, sin darse por resentido, como lo habria hecho en otra ocasion cualquiera, de lo que, sin los motivos que el lector conoce, tenia todo el carácter de una burla.

Pero el Duende le invitó á que se sentára de nuevo, y le dijo:

—Cuando sepa usted el verdadero motivo de haberle rogado que viniese aquí, no estrañará ni el recado que dí á mi ayuda de cámara, ni el recibimiento que he hecho á usted en su presencia, ni el preámbulo de nuestra conversacion. Hay revelaciones que cuesta gran trabajo hacerlas, y es demasiado grave lo que voy á decirle para que no usára de grandes precauciones. Yo no he engañado á usted al noticiarle que estoy enfermo moralmente, y que le buscaba para que tuviera la bondad de curarme. Sin embargo, aunque yo soy el indivíduo enfermo, no es á mí á quien debe aplicarse la medicina.

El doctor Espinosa miró al Duende asombrado, y este continuó:

—Comprendo perfectamente el asombro de usted; pero confio en que cesará cuando le diga que mi mal consiste en una persecucion injusta que se está haciendo á una jóven, á quien usted puede salvar, y cuya suerte me interesa infinito. Yo bien sé que á los hombres de conciencia y de prin-

cipios rectos como usted, les es violento declarar contra sus propias convicciones; pero cuando se trata de dar un dictámen favorable á una persona virtuosa, sin que de ello resulte perjuicio de tercero; cuando, por salvar á una jóven inocente, se libra á toda una familia respetable de una mancha que puede deshonrarla, creo que es permitido atreverse á implorar la indulgencia del hombre benéfico, que emplea su vida en hacer el bien de sus semejantes.

Desconcertado quedó el médico con el exordio que le hacia el Duende, y no cesaba de examinarle el semblante, en el que veia reflejarse una engañosa sinceridad, que habria seducido aun á los que mejor conocian sus maldades. Pero cuando su admiracion y sus dudas llegaron al último estremo, fué cuando le oyó continuar, diciendo:

—No crea usted, doctor, que lo que me atrevo á rogarle menoscaba en lo mas mínimo los sagrados deberes de la profesion que tan dignamente ejerce... Todo lo contrario. Verdad es que usted vió ayer por primera vez á la señorita Adelaida en casa de la condesa de Baza; pero á su penetracion no ha podido ocultarse que el estado de su salud es muy delicado, á causa de sus muchos padecimientos morales, y que lo que ahora intentan hacer con ella, al arrancarla de los brazos de sus amigas, seria un golpe cruel...

—Bien... ¿y qué?—preguntó el doctor, sorprendido de las palabras del Duende.

Este bajó los ojos con refinada hipocresía, y dando á su semblante el aspecto de timidez y de vergüenza, que habria engañado á las personas mas entendidas en achaques de fingimiento y falsedad, dijo:

—No me atrevo á proponer á usted lo que me ha ocurrido para librar á esa jóven de la desgracia que hoy la rodea.

—Diga usted sin reparo; á mí no me ofende el que me propone una cosa, por infame que sea... Si es indigna de mí, lo seria mas aun de la persona que me la propusiera, y

en ese caso, suya solo seria la infamia. Yo no quiero que los villanos cuiden de mi honra; me basta hacerles saber que está demasiado alta, y que no puede caer jamás al mismo tiempo que la suya.

La intencion con que Espinosa pronunció estas palabras era una arma que ponia en juego para librarse de la fascinacion que sobre él iba ejerciendo el Duende; pero el semblante de este se mantuvo impasible, y con un gesto de aprobacion, acabó de fascinar al doctor.

—Lo que yo queria proponer á usted, —dijo, —rogándole de nuevo que me dispense la franqueza, es que se oponga á que Adelaida sea trasladada al depósito pedido por los testamentarios de su padre.

—¿Y es eso todo lo que usted no se atrevia á decirme? —dijo el doctor, sin poder disimular su alegría.

—Nada mas que eso, —repuso el Duende; —supongo que la autoridad mandará un facultativo para que la reconozca, y espero que usted certifique que es imposible semejante traslacion.

—Le doy á usted mi palabra de hacerlo así, —dijo el doctor, sospechando, á pesar de la ingenuidad que le parecia descubrir en las palabras del Duende, si seria artificio para averiguar lo que pensaba hacer la familia de Adelaida.

—Mucho le agradeceré á usted ese favor, —dijo el Duende, —porque esa jóven, de quien me tienen apartado deberes bien penosos de cumplir por cierto, me interesa mas de lo que usted cree. Su padre me nombró al morir tutor suyo; pero circunstancias que no puedo revelar á usted me impiden encargarme de esa tutela.

—¿Con que usted renuncia? —dijo el doctor alborozado.

—Sí, señor, renuncio; porque estoy persuadido de que con nadie podrá estar mejor esa jóven que con su amiga la superiora de las hermanas de la Caridad.

—¿Con sor Clotilde?

—La misma.

—Pero eso no es posible, porque la llevaron presa esta mañana.

—No importa... Quizá á estas horas estará en libertad... El delito no es de importancia: en vez de renunciar simplemente sus votos, como previenen los estatutos de esa hermandad, se salió sin despedirse de nadie, y...

—La robaron, —interrumpió el doctor.

—Así se dijo, —replicó el Duende sonriendo. —De todos modos, aun cuando no pueda estar ahora con sor Clotilde, en realizando su matrimonio con Fernando Vargas...

—Es imposible tambien, —repuso el doctor; —le han llevado preso.

—¿De veras? —preguntó el Duende, logrando engañar completamente al doctor, que casi dudaba ya de cuanto le habian dicho sor Clotilde y su amigo el conde de San Fabian. —Pues ahora, —añadió, —le ruego á usted, con mas empeño que antes, que no abandone á esa jóven... Déme usted este gusto, aunque bien conozco que no tengo derecho á exigirlo; y ya que yo, por un sentimiento de honra de familia, de que no puedo prescindir, estoy imposibilitado de usar de mis derechos de tutor, defienda usted á esa pobre criatura de las contrariedades de su destino.

El tono con que continuó hablando el Duende era sobrado artificioso para engañar al doctor, de quien ya hemos dicho que no era ni suspicaz ni malicioso.

La desconfianza con que llegó á la presencia del Duende le habia durado largo rato, y no la hubiese perdido nunca si hubiera podido traslucir la hipocresía de su lenguaje. Pero como este le parecia sencillo, no sospechó lo que de seguro hubiese creido, á no ser tan ducho el Duende en materias de fingimiento.

Por otra parte, ¿qué interés podia tener aquel hombre en negarle que sabia la prision de Fernando, dándose por entendido de la de sor Clotilde?

¿Por qué en vez de exigirle que accediera á la traslacion de Adelaida á la embajada francesa, le rogaba, por el contrario, que no consintiera en su salida de casa de la condesa?

Si el Duende habia sido la causa de aquellas prisiones por apartar del lado de Adelaida á las personas que pudieran defenderla de sus maquinaciones, ¿por qué, lejos de desviar asimismo al médico, le escitaba á que se pusiese de su parte?

Si sus palabras eran artificiosas y falaces, ¿no era mas natural que hubiese empleado esa falacia y ese artificio en protestar de los crímenes que le imputaban, acriminando á sor Clotilde, y rogando al doctor que le ayudase á librar á Adelaida del poder de aquella gente?

Del parentesco que con ella tenia, ¿no pudo haber creido sacar un gran partido para sincerarse á los ojos del médico, haciéndole instrumento de sus crímenes? ¿No aparecia tambien como tutor de la jóven?...

Así discurria el doctor Espinosa mientras seguia hablando el Duende, y en su mente luchaban esas ideas con las que le habian inspirado los sucesos de casa de la condesa, su conversacion con el conde, y principalmente las pocas palabras que habia oido á Cabezota.

Cabezota era, entre todos los personajes que habia conocido el dia anterior, el ídolo de Espinosa.

Era cierto que sor Clotilde habia desaparecido del Hospital, y que no se habia presentado allí espontáneamente, y el doctor podia pensar que ella exageraba las maldades del Duende, por encubrir quizá una liviandad de que se avergonzaba á los ojos del mundo.

Al conde de San Fabian, hombre fanático y ciego en sus opiniones, le bastaria quizás saber que el Duende profesaba distintos principios políticos para acusarle y suponerle capaz de todo género de crímenes.

Tambien el abatimiento de Adelaida podia ser produci-

do por las dudas que la asaltaban al tener que decidir entre el tio de su difunta madre y las personas que merecian su cariño, porque halagaban su pasion hácia Fernando. Acaso la virtuosa jóven se imponia el sacrificio de no salir á la defensa del Duende por no disgustar á su amiga, y esto lo sospechaba el médico, en vista del empeño con que se negaba á que se le hiciese el menor daño.

Cabezota era el único testigo de los que deponian contra el Duende, á quien el doctor no hallaba medio de recusar. La nobleza de su semblante, la ruda veracidad que se advertia en sus palabras, el entusiasmo desinteresado con que adoraba á la virtuosa jóven, y la franqueza con que aborrecia al Duende, no le dejaban duda de que era cierto cuanto le habian dicho del hombre en cuya presencia se hallaba.

Sin la acusacion de Cabezota, el doctor se habria sentido dispuesto á absolver al Duende de los crímenes que le imputaban. Fascinado por la hipocresía del reo, habia repasado en su memoria el proceso que le formó antes de ir allí, y estuvo á punto de declararle inocente; pero al hallarse en ese mismo proceso con la declaracion de Cabezota, no vaciló en condenar al acusado.

Sin embargo, la impasible fisonomía del Duende no le permitia una completa seguridad de haber acertado en el fallo, y su conciencia no estaba tranquila.

Penosa era la lucha que sostenia el doctor Espinosa entre lo que le hacian sospechar los antecedentes que le habian referido de aquel hombre, y lo que de su semblante, de sus palabras y de sus maneras podia inferirse.

Distintos eran los juicios que resultaban de esta competencia, y el doctor, á pesar de haber arrojado en el fiel de su conciencia la declaracion de Cabezota, no estaba tranquilo.

El Duende parecia conocer las dudas que agitaban al médico, cuando sin dejar un momento el aire de inocencia y el tono de engañosa ternura con que habia hablado hasta

entonces, continuó, procurando fascinarle con una relacion franca, en la apariencia, de los crímenes que le imputaban sus detractores.

Y no dejó de sincerarse de ellos afectando una mansedumbre evangélica, detrás de la cual le habria sido fácil al doctor ver la suspicacia y la hipocresía, sino que, cubriéndose con la honra de su familia, indicaba que á ella habia sacrificado su tranquilidad, y que estaba pronto á hacer igual sacrificio con su propia reputacion.

—Pero para dejar á mis enemigos libres y desembarazadas las rentas de mi casa, que al parecer codician,— dijo con aparente humildad,—he resuelto retirarme del bullicio de la córte, y apenas se hayan terminado los negocios de la testamentaría de mi difunto hermano, pienso trasladarme á mi abadía, donde espero hallar la tranquilidad que aquí me falta... Estas son, señor doctor, las dolencias morales que, enfermando mi espíritu, me harán sentir bien pronto los padecimientos corporales, y usted... que puede aliviarlas, me disculpará que haya implorado su auxilio en tan graves momentos... Déme usted palabra de hacerme el favor que ahora le pido, y yo en cambio le ofrezco un eterno reconocimiento. No puedo ofrecer á usted otra recompensa... Aunque mi estado no me prohibiera disponer de riquezas terrenales, sé muy bien que las acciones generosas, ni tienen precio, ni se pagan bastante nunca.

Cada vez mas fascinado el doctor Espinosa; pero recordando sin cesar las palabras de Cabezota y el decidido aborrecimiento que, segun le dijo, le inspiraba el Duende, trató de indagar el fondo de sinceridad que tenia su lenguaje.

Refirióle al efecto su vida en la Torre del Duende, las escenas de la Peña-Sacra y cuanto de él sabia, para observar la impresion que le causaban semejantes revelaciones. Pero el Duende, que desde que su criado le habia dicho que en casa del médico estaba de visita el conde de San Fabian, no ignoraba que venia á su presencia impuesto de

todo, le desconcertó de nuevo con su sangre fria, y poco á poco fué fascinando su razon hasta un punto casi increible.

Gran conocedor del corazon humano, el doctor Espinosa no podia sospechar que existiese un hipócrita tan sagaz como el Duende, sobre todo cuando no alcanzaba ni la razon ni el fin que se proponia con aquel fingimiento.

Comprendia fácilmente el lujo del asesino, que sin causa de ningun género ni otro móvil que el de adquirir una celebridad funesta, amontona víctimas y convierte la sociedad en un lago de sangre; no se le resistia tampoco creer que hubiera un hombre que pasára toda su vida encubriendo sus propios instintos, para adquirir una fama que en realidad no merece; pero la hipocresía del Duende le parecia innecesaria, oficiosa, estéril, y finalmente, imposible.

El Duende no fingia al decirle que no deseaba otra cosa sino la felicidad de Adelaida. El doctor Espinosa lo creia así.

Sor Clotilde, Fernando, la condesa de Baza y el conde de San Fabian le habian engañado; quizá, cediendo á resentimientos privados, no habian temido comprometer con sus delaciones la honra del abad de Maqueda.

El Duende estaba inocente de los crímenes que le imputaban.

Pero ¿y las palabras generosas de perdon y de olvido, que, pronunciadas por Adelaida al hablarla de su verdugo, se habian grabado de una manera indeleble en el corazon del médico? Las protestas de un hombre acusado por tanta gente respetable, ¿tendrian mas valor que la acusacion tácita de una jóven inocente, modelo de virtud y de resignacion? ¿Tan fácilmente habia podido olvidar las sublimes palabras que oyó en sus lábios la primera vez que tuvo ocasion de verla?...

Pero hagamos justicia á la prudencia y al buen juicio del doctor, declarando que no se le ocultaban ninguna de esas razones, y que la relacion imperfecta que le habian hecho de todo lo ocurrido fué la causa principal de sus dudas.

Si él hubiera podido recibir instrucciones del Vizco acerca del Duende, fácilmente habria descubierto su hipocresía; pero las escenas que le habian referido le hicieron concebir la idea de un hombre desalmado, iracundo y feroz.

El doctor buscaba al bandolero que asaltó la casa del guarda en la Peña-Sacra, y se halló con el hombre intrigante y suspicaz, que, lejos de irritarse al arrojarle en cara los crímenes de que le acusaban, se compadecia de sus detractores. No era, por lo tanto, difícil que se engañára en el juicio que de él iba formando.

Pero antes de abandonar la casa chica de Alcira, y cuando quizá el Duende mismo le iba á suministrar datos para que cambiára la buena opinion que de él habia formado, el doctor quiso hacer la última tentativa, poniendo en juego un resorte que le habia suministrado Cabezota: la existencia del niño Enrique.

—«Con una palabra,—le habia dicho Paco Serrano,—mato yo á ese hombre.»

El doctor quiso pronunciar la palabra, y pronunciarla de una manera solemne, que le arrancára la máscara de la hipocresía, ó que proclamase su inocencia. El resultado de esta tentativa era decisivo. Espinosa trató de asegurar bien el golpe, y mirando con atencion al Duende, para que no se le escapára ni la mas leve contraccion de su fisonomía, le puso la mano con estraña familiaridad en el hombro, y con voz grave le dijo:

—Ya que ha bautizado usted nuestra amistad, revelándome algunos secretos, yo tambien quiero solemnizarla á mi vez del mismo modo; pero con un secreto que vale bien una docena de los que usted me ha confiado.

—¿Un secreto?—dijo el Duende sonriendo.

—Un secreto,—respondió el doctor.—Usted sabe que su sobrino Enrique fué asesinado en la carretera de Andalucía...

El Duende no pudo disimular su turbacion; pero componiendo con presteza su semblante, contestó:

—No me hable usted de esa desgracia...

—¡Desgracia!...—dijo el doctor.—No tal... ¡Usted está en un error, amigo mio!... Enrique vive.

Un estremecimiento, que en vano quiso reprimir, fué la única contestacion que dió el Duende á la importante revelacion que le hizo el doctor; pero reponiéndose con presteza, dijo:

—Prefiero creer que ha sido usted víctima de un error, que no sé cómo esplicarme, á sospechar que me quiere hacer sufrir con una burla tan indigna... Permitido les está á los médicos luchar con los enfermos hasta asesinarlos; pero de ningun modo jugar con ellos despues de muertos.

Afortunadamente la visible alteracion del semblante del Duende no tenia mas esplicacion que una; la de que pretendia alejar con sus palabras la acusacion de asesino que le hacia el doctor, y así lo comprendió este cuando le replicó con dignidad y energía:

—Enrique no habia sido sentenciado á morir en las manos de los médicos, sino en las de los asesinos; pero felizmente la Providencia le libró de los segundos... y no le ha entregado aun á los primeros... Enrique vive, y vive tambien el hombre á quien se le mandó que le asesinára.

El tono de verdad con que el doctor pronunció estas últimas palabras produjo tal efecto en el Duende, que, levantándose de su asiento, y dejando caer sobre el sillon el balandran que cubria sus hombros, arrojó lejos de sí el gorro que llevaba á la cabeza, y quiso hablar, pero no pudo.

En su semblante habia estallado una esplosion terrible, en la que el médico pudo leer todo lo que acerca de las maldades y del carácter de aquel hombre habia ignorado hasta entonces.

Su agitacion era estremada, y se advertia bien el esfuerzo que habia hecho para contenerse al oir una noticia que desbarataba todos sus planes, y de la que no podia dudar en vista del tono con que se la habian comunicado.

Nada podia prometerse yá despues que se hiciera público aquel crímen, y podia dar por perdida la codiciada herencia del ducado que acababa de obtener despues de tantos crímenes y tantos esfuerzos.

Así lo pensó, y decidido á jugar el todo por el todo, y no pudiendo prometerse por la calidad de la persona comprar el silencio de tan grave suceso, tiró del cordon de la campanilla, y al entrar allí el ayuda de cámara, le dijo:

—El cómplice en el asesinato del primogénito de la casa de Alcira no puede salir de aquí... avisa corriendo á la justicia.

Esta órden fué acompañada de un gesto que solo el criado pudo comprender, y el doctor replicó con la mayor sangre fria:

—El hombre que ha logrado averiguar la existencia del niño Enrique aguarda tranquilo á la justicia para denunciar al asesino.

CAPITULO LXXXVIII.

Una traicion.

La situacion en que el Duende se habia colocado al ultrajar la honradez y la inocencia del doctor Espinosa, no tenia mas solucion que una: la de abusar inícuamente de la superioridad que le daba el haber provocado la escena en su propia casa, hollando el sagrado derecho de la hospitalidad y todas las leyes del honor y de la confianza.

El gesto que cambió con el criado indicaba que su ánimo era abusar de la que le habia dispensado el doctor al dirigirse á su casa, sin la menor reserva, ni preparativos de ninguna especie.

Si otra persona que el doctor le hubiese dicho que sabia la existencia del niño Enrique y la del hombre que le habia librado del asesinato, amenazándole con la justicia, podria abrigar la esperanza de intimidarlo, obligándole á guardar el secreto, ó á decirle dónde estaba el viejo que así habia burlado sus mandatos, perdonando la vida á Enrique y salvando á Adelaida de los martirios que sufria en la Torre.

Con el doctor no debia prometerse el Duende ninguna de ambas cosas, y al amenazarle con avisar á la justicia, no podia llevar otra intencion que la de probar hasta qué

punto le constaba la verdad de lo que habia referido, ó la de inspirarle confianza hásta preparar lo necesario para ejercer con él una venganza ruin y cobarde, cuya impunidad le aseguraba el haber venido el doctor á su casa sin otro testigo que el ayuda de cámara.

Para pensar así habia una razon que no se habrá escapado á la penetracion de nuestros lectores, y era la de que el Duende conocia la calidad de la persona á quien acusaba, y que viviendo Enrique y el viejo á quien habia dado la órden de asesinarle, su crímen no podia quedar impune, y él propio se entregaba confeso y convicto en poder de la justicia.

La intencion del Duende debia de ser por lo tanto traidora, y la desaparicion del doctor parecia un designio irrevocable.

De todos modos, preciso es confesar que si él hubiera logrado dominarse, no habria tomado una resolucion que no podia dejar de serle funesta.

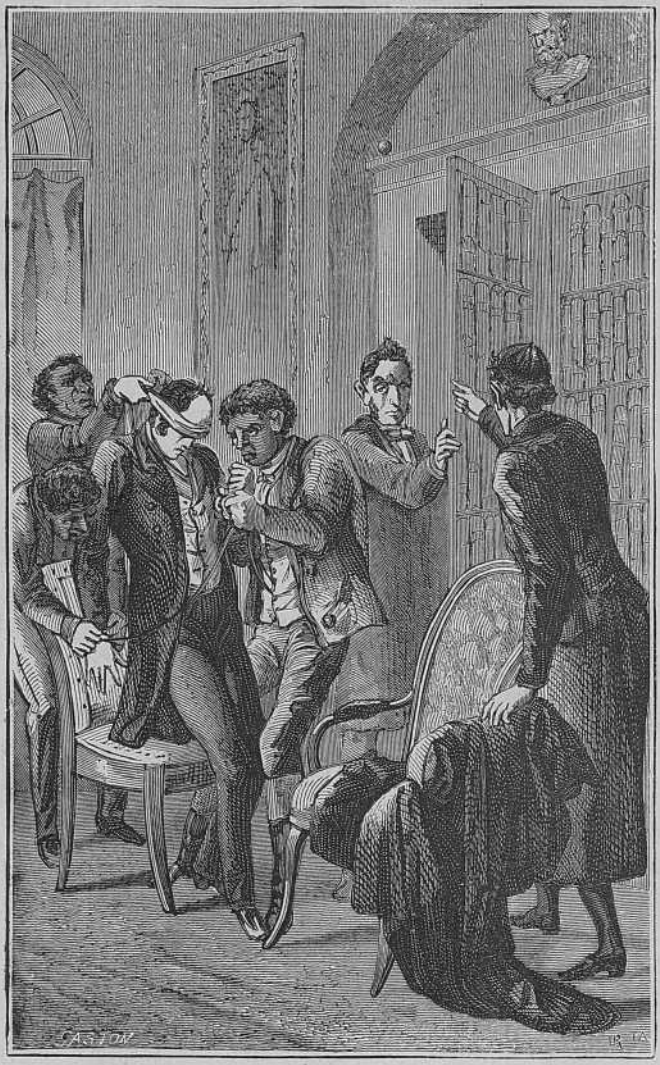
Comprar el silencio del médico, le costaba por lo menos renunciar á la posesion de sus víctimas y abandonar el ducado, buscando la vida en la emigracion.

Librarse de él, por cualquier medio que lo intentára, era escitar la ira de sus enemigos y abreviar el plazo de una muerte afrentosa, cuya sentencia vendria á firmar el legítimo heredero del ducado de Alcira.

Si el Duende hubiera sido tan impetuoso como malvado, se habria arrojado sobre el doctor, dándole la muerte por su propia mano. Tal era el estremo de desesperacion á que le conducia el estado en que se hallaba despues de lo ocurrido.

Pero á pesar de las frecuentes esplosiones de ira, que no le permitian conservar en ciertos momentos la sangre fria que tanto le habia valido en muchas ocasiones, tenia gran facilidad para moderar sus arrebatos, mientras meditaba con sagacidad sus criminales empresas.

La idea de hacer una confesion franca de sus crímenes



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—Atáronle las manos despues de haberle tapado la boca y los ojos con unos pañuelos...

al doctor preocupó mas de una vez su mente; pero sabia lo que habia de costarle su arrepentimiento, y la rechazó decidido.

Lanzarse de lleno en una lucha desesperada, era el único partido que le quedaba, y decidió hacerlo así, aunque para ello fuese necesario cometer nuevos crímenes.

El primero de estos era el de librarse del doctor Espinosa, y así lo hizo.

Pocos minutos despues de haber salido del gabinete el ayuda de cámara, y sin que en este tiempo hubiesen vuelto á hablar nada el doctor ni el Duende, volvió allí el criado, seguido de tres hombres, que, arrojándose bruscamente sobre el médico, lograron sujetarle, sin que le fuese permitida defensa alguna.

Atáronle las manos, despues de haberle tapado la boca y los ojos con unos pañuelos, y agarrándole por los brazos dos de los hombres, marchó detrás el otro, y siguiendo todos al ayuda de cámara, entraron por una puerta pequeña, oculta detrás de la librería.

Atravesaron un largo y estrecho corredor, bajando luego cincuenta y ocho escalones de una espiral de piedra, al fin de la cual se sentia una humedad tíbia, que le hizo conocer al doctor el sitio donde se hallaba, que no era otro sino los profundos sótanos del palacio.

Los hombres se retiraron, y el ayuda de cámara, que quedó el último desatándole las manos, dijo, al ganar de nuevo la escalera, y cerrando detrás de sí una puerta pequeña, pero gruesa y cubierta de hierro:

—Si te estorban las vendas de la cara, te las quitas; pero te advierto que es escusado, porque ni tendrás con quien hablar, ni nada que ver.

Así era en efecto.

Apenas tuvo el doctor libres las manos, cuando arrancó el pañuelo que le cubria los ojos, y se halló en la mas completa oscuridad. Creyó al principio que su vista se acostum-

braria á recibir la impresion de la luz, que, por escasa que fuese, no podria dejar de haber allí, pero pronto se convenció de que era imposible ver nada.

Ni un grito de rábia, ni una esclamacion de dolor, ni una palabra pidiendo socorro salió de los lábios del médico.

Ninguna de las protestas estériles que habria hecho una persona cualquiera en semejante caso, hizo el filósofo doctor, á quien sentimos abandonar en tan crítico momento; pero lo hacemos cediendo á la necesidad de dejarle repasando en su memoria el orígen y las causas de aquella desgracia, cuyo término, que desde luego le pareció funesto, no le era fácil prever.

El Duende, que se habia retirado del gabinete al entrar sus criados, estaba allí cuando volvió el ayuda de cámara con una llave en la mano, diciendo:

—Tiene agallas el mozo.

—¿Pues qué ha hecho?—preguntó el Duende.

—Nada... no ha hecho nada, y por eso digo que es hombre de fibra. Ha bajado por su pié como si tal cosa le sucediera, y cuando le he desatado las manos me he parado á la puerta á oir lo que decia...

—¿Y qué?

—Nada... ni Jesús siquiera... ni un suspiro... ni nada... Ha empezado á pasear como si estuviera en su gabinete.

—¿No le habeis puesto luz?

—No, señor.

—Pues es preciso ponerle una lámpara de agua y un colchon.

—¿Y de comer?

—Lo que pida.

—Está bien.

—Dáme una de las llaves, y la otra te la guardas para cuando se te ofrezca entrar allí... nadie mas bajará á verle.

—Descuide usted, que así se hará; pero yo quisiera que

viniese siempre uno conmigo, aunque se quedára en la escalera.

—¿Tienes miedo?

—Sí, señor... miedo de no poderme contener si me dice una palabra mas alta que otra.

—Tu deber es oirle y nada mas; pero si quieres valerte de alguno para que te acompañe, mira bien á quién eliges... Ya sabes lo que me ha sucedido con Cabezota y con el viejo Gregorio.

—¿Quién es Gregorio?

—El que sacó á la Perla de la Torre,—dijo el Duende suspirando.

—¡Ah! Ya me acuerdo... el que despachó al señorito Enrique.

—Enrique vive.

—¡Que vive! Sí, como mi abuela.

—¿Le viste tú asesinar?

—No, señor; pero lo vieron otros.

—¿Quiénes lo vieron?—preguntó con ansiedad el Duende.

—La Lechuza y Pestaña.

—Buen testimonio darán los muertos... ¿No sabes que los mataron en la Peña-Sacra?

—Verdad es; pero Enrique tambien murió.

—No lo creas... vive.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El viejo Gregorio.

—¿Está en Madrid?... ¿Y usted le ha visto?

—¡Ojalá!—replicó el Duende, con acento de horrible desesperacion.—Ya sabes que cuando se escapó con la Perla ofrecí veinticinco onzas de oro al que me lo entregára vivo, y doce al que me presentára su cabeza: pues bien; ahora doy ciento al que me averigüe su paradero.

—Pues eso es muy fácil.

—¡El decirlo!—replicó el Duende, queriendo escitar

con sus dudas la vanidad de su confidente para que le ayudára en su criminal intento.

—Si está en Madrid,—replicó el ayuda de cámara,—y no sabe su paradero la Peregrina, me dejo cortar la cabeza... Siempre fueron uña y carne...

—Tienes razon,—dijo el Duende.—No me habia ocurrido semejante cosa.

—Sospecho que hoy mismo me entregará usted cien onzas de oro.

—Ya será algo menos.

—Usted me dará lo que quiera.

—Yo te daré lo que te he ofrecido; pero tú no cumplirás lo que ofreces.

—Antes de lo que usted piensa.

—Pues ya estás perdiendo el tiempo.

—¿Ha sabido usted la prision de Cabezota?...—dijo el ayuda de cámara, deteniendo al Duende, que se disponia á salir del gabinete.

—¿Cuándo le han preso?

—Hoy mismo.

—¿De veras?—esclamó el Duende, lleno de alegría el semblante.—¿Y por qué?

—Por haber atropellado á los centinelas que habia á la puerta del palacio de Baza.

—Pues mala causa tiene,—dijo el Duende.

—A corbatin de hierro le huele el gaznate,—replicó el ayuda de cámara.

—Dí que me pongan la berlina al momento, y cuidado lo que te he dicho del preso.

—Descuide usted, que si no sale del sótano hasta que se muera, no ha de estrañar luego la soledad del cementerio.

El ayuda de cámara salió á cumplir las órdenes de su amo, y este se dispuso á disfrazarse con su ordinario traje seglar y negro.

En su semblante, visiblemente alterado por la revela-

cion que le hizo el médico, brillaba una alegría siniestra desde que supo la prision de Cabezota.

Presos sor Clotilde y Fernando, y libre de un enemigo formidable, por su talento y su reputacion de hombre honrado, no le quedaba otro rival de accion que Paco Serrano, y su arresto dejaba indefensa y sola á Adelaida.

Algo podia temer del Vizco; pero aunque conocia todo su empeño en defender á Adelaida y á Fernando, confiaba en la mala reputacion que gozaba en la córte.

Satisfecho con el resultado de sus maldades; pero preocupado, sin embargo, con la existencia de Enrique, entró en la berlina, despues de decirle al lacayo:

—*Allá.*

El ayuda de cámara se asomó á los cristales del gabinete para ver partir el carruaje, y llamando á uno de los hombres que le habian ayudado á apoderarse del doctor, le dijo:

—Ven acá, Richano; ya tienes destino fijo en esta casa... Te nombro carcelero del *Sótano de la nieve.*

—¿A mí?

—Sí.

—¿Cuántos presos vas á poner á mi cargo?

—A tu cargo esclusivamente, ninguno... Serás mi ayudante para asistir á ese mata-sanos que hemos encerrado allí.

—¿Es médico?

—¡Y de los mas célebres!... Figúrate tú cómo estarán en las casas que visite todos los dias cuando vean que pasa una hora, y otra, y que no parece... Yo te aseguro que si ahora no aprende á curar los dolores de reuma, no aprende nunca... Antes de dos horas se queda baldado en ese pícaro sótano.

—En este tiempo,—replicó el Richano,—no hay sitios mas abrigados que las cuevas.

—Sí; pero no como esa, que precisamente es la mas

fria de la casa... Y no es estraño, porque tiene un padrastro terrible... Aquella gota de agua que cae de media en media hora es atroz.

—¿Y qué cosa se le ha indigestado al doctor?—dijo el Richano.

—Atreverse á decir que no ha muerto aquel niño que cogísteis en la carretera de Andalucía.

—¡Y dice bien, que no ha muerto!

—¿De veras?

—Pues qué, ¿no lo sabias tú?... Ahí está Gregorio, que fué el que le libró de la muerte.

—¿Y tú sabes dónde para ese viejo?

—¡Vaya si lo sé!... Esta mañana le he visto.

—¿Quieres que nos ganemos cincuenta onzas entre los dos?...

—¿Qué si quiero?... Quieres se les dice á los muertos, á los vivos se les dice, toma... Cabalmente me vendrian como peluca en cabeza calva, porque no tengo un ochavo partido por en medio.

—¿Pues y el dinero que te dió ayer el amo?

—¿Y el escribano de la causa, que no se harta nunca?

—Tienes razon... nosotros seríamos muy ricos si no hubiese escribanos.

—Ni verdugos...—replicó el Richano.

—El *buchi* no dice nada hasta que se lo mandan... Es una llave que no abre ni cierra, si no hay quien la introduzca en la cerradura... Yo siempre he considerado al verdugo como el último tornillo de la máquina infernal de la justicia... El atornillador es el magistrado que echa la bola negra. Los romanos dicen que mataban á los reos arrojándolos en una jáula con los leones, y por eso digo yo que el verdugo no es mas que una máquina que pudiera muy bien ser de hierro ó de madera... Se mueve por que le dan cuerda los jueces, si no estaria siempre parada.

—Es muy cierto lo que dices; pero eso no quita que el

verdugo esté siempre en acecho para que no se le escape ningun parroquiano... Yo sé de un amigo mio que se las lió desde la capilla, y para que el verdugo no le delatára, le estuvo pasando, por espacio de dos años, diez reales diarios.

—¿Y le ahorcaron luego?

—No... se escapó á Orán... Pero, díme: ¿es de veras lo de las cincuenta onzas?

—¿Te he propuesto yo nada en broma nunca?

—¿Y qué hay que hacer?

—Agarrar al viejo Gregorio, y traerle aquí.

—Eso vale mas de cincuenta onzas.

—¿Por qué razon?

—Porque es una cabeza tras de la que hace mucho tiempo que anda el amo, y debe de comprarla mas cara.

—¿Y si te dan á tí solo ese dinero?

—Hablaremos.

—No hay que hablar, sino ahora mismo: ¿te atreves? Sí ó no.

—No...—contestó el Richano, despues de haber reflexionado un momento.

—¿Por qué?

—Porque él se ha fiado de mí, y seria una mala partida... Si otro le coge, ¡cómo ha de ser! Pero yo no le echo el guante.

—¿Ni le avisarás de que le buscan?

El Richano no contestó nada, y el ayuda de cámara le dijo:

—¿Le avisarás?... ¿No respondes?

—¿No has oido decir que á palabras nécias oidos sordos? Pues yo digo ahora lo mismo: á preguntas tontas, respuestas mudas.

—Bravo, Richano, eres todo un hombre.

—Lo sé desde mucho antes que tú me lo dijeras.

—Ea, no te incomodes, y vamos á ponerle luz y cama al preso. Así me lo ha mandado el Duende.

CAPITULO LXXXIX.

Crispina y su marido.

En la casa número 75 de la calle de Leganitos, adonde no hemos vuelto ni una sola vez desde la muerte de don Lorenzo, no han quedado ya otros personajes pertenecientes á nuestra historia, sino la vieja María, Crispina la zapatera y su marido Trifon.

A las dos mujeres las dejamos en casa de la condesa de Baza maldiciendo del Duende, y solicitando entrar á visitar á Adelaida y á Eugenia, cuya gracia les fué concedida, y de la que, si no abusaron, les faltó poco. Con las dos amigas estuvieron todo el tiempo que el doctor Espinosa pasó en su casa, y en la del Duende, en cuyo horrible calabozo le pensamos dejar por ahora.

No hemos visto desde la época arriba citada al honrado zapatero carlista, y aunque su habladora, y no menos honrada mujer, nos dijo que estuvo entre los curiosos de la Plazuela del Duque de Frias, nosotros no le vimos, ni al atropellar Cabezota á los centinelas, ni al insurreccionarse los artesanos para salvar al preso. Al señor Trifon no se le vé nunca fuera del reducido y desabrigado taller donde remonta las botas y zapatos de sus parroquianos, y justo será que nos lleguemos á hacerle una visita.

Bajo el pendon de la independencia del gremio, que consiste en una bota vieja enarbolada en una caña de escoba, sentado delante de una mesilla de pino de quince pulgadas en cuadro, en un taburete de la misma madera, pero con un almohadon de cuero, obra de sus manos, estaba el señor Trifon pocos dias despues de los sucesos que dejamos referidos en los anteriores capítulos.

En una silla mediana, de las llamadas de Vitoria, se hallaba su inseparable *costilla*, la señora Crispina, ocupada en ayudar á su marido en la noble tarea de calzar al prójimo; y no era la labor que entonces tenia entre manos la de ribetear zapatos, sino la de hacer calceta de estambre azul, que luego vendia á un comerciante en géneros de Cataluña.

No era ella de las mujeres habladoras que dicen *ande la lengua y las manos quietas*, sino que su lengua andaba siempre sin que por eso estuviesen paradas las agujas. Apenas habia labor que la impidiese hablar, ni por hacer esto último abandonaba lo primero. No era, por lo tanto, una habladora holgazana, sino una mujer trabajadora que hablaba mucho. Su escelente corazon no la permitia calumniar á nadie, y á menudo solia decir que se podia hablar todo el dia sin ofender á Dios ni al prójimo.

El zapatero era el reverso de su mujer en ese punto: si no le preguntaban no decia nada, y aun muchas veces esquivaba contestar á las preguntas.

Machacando suela estaba en el momento de llegar nosotros al portal de la casa, y su mujer, cansada de hacer gestos de impaciencia por hablar, aprovechó el primer momento en que cesó el martilleo, y dijo:

—Parece que te has propuesto atormentarme por lo mismo que me hace daño... ¿No tienes otras horas para machacar la suela?

—No, mujer,—contestó el zapatero sonriendo.

—Sí... ríete... porque es una gracia... ¡Imbécil!... Me quemas la sangre con tu silencio.

—Pues mira tú lo que son las cosas... En el regimiento me tenian por hablador.

—Serian mudos tus compañeros, y en la tierra de los ciegos, el que tiene un ojo es rey.

—No lo creas, habia algunos casi tan habladores como tú.

—Para hablar tanto como yo poco se necesita... Si estuviera mucho tiempo á tu lado, se me habia de olvidar mover la lengua.

—Si llegára ese caso, no tendrias precio, Crispina.

—Sí... ¿eh?... Pues te llevas chasco, porque de hoy en adelante he de hablar todo lo que pueda.

El zapatero volvió á comenzar el martilleo, y la Crispina le sujetó el brazo, diciéndole:

—Tengamos la fiesta en paz, Trifon... Si te has propuesto aburrirme, dílo de una vez.

—Pero, mujer,—replicó con dulzura el zapatero,—¿quieres que no cumpla con los parroquianos, ó que les ponga las suelas sin machacar?

—Sí.

—¡Estarian buenas!... Mucho les duraria el calzado, sobre todo ahora que el ayuntamiento tiene tan perdido el empedrado de las calles.

—¡Gracias á Dios que te oigo murmurar de alguien!—esclamó entusiasmada la zapatera.—Pero eres un tonto en trabajar tanto el material, porque así dura demasiado, y los parroquianos creen que dura poco por que son las suelas delgadas.

—¡Mira qué mal les viene que sean delgadas!... Cuando se adelgazan á fuerza de puños las suelas, resisten mucho tiempo.

—Pues bien; deja de machacar ahora, y díme quién ha venido mientras he estado yo en la compra.

—Nadie.

—No puede ser.

—Pues créelo; no há venido nadie.

—¿Nadie, nadie?... ¿Absolutamente nadie?

—Absolutamente nadie.

—Míralo bien, Trifon. ¿No ha salido ni entrado ningun vecino?

—Eso sí.

—¡Pues mira como no es verdad lo que dices!... Solo que tú, por no hablar, eres capaz de dejar que te ahorquen. ¡Jesús qué hombre! ¡Mejor inquisidor que habrias hecho!...

—¿Y qué nos importa de que los vecinos entren ó salgan?... Como que están en su casa, hacen lo que quieren.

—¿Y digo yo que no salgan ni entren?... Pero tú tambien estás en tu casa, y debes de poner cuidado con lo que ocurre.

—Yo estoy ocupado en mi trabajo, y no me importa nada de nadie.

—¿Y no se puede repicar y andar en la procesion?

—No.

—Pues sí; y estate seguro de que si hubiese sabido que el echar punteras y tapas era oficio de mudos, no me caso contigo. Cabalmente dejé yo el novio que tenia desde que supe que era memorialista. Me pareció que habria de estar siempre á vueltas con los números y los papeles, y que no me dejaria abrir la boca ni para respirar, y contigo me sucede dos cuartos de lo mismo.

—Yo no te quito que hables lo que quieras...

—¡Pues no faltaba mas!... Pero no me oyes, que es peor aun.

—Tambien te oigo, mujer; habla hasta el dia del juicio si quieres; pero no la vuelvas á tomar con doña Inés, porque me has hecho ya una doña Inés y un Duende en la cabeza.

—Pues déjalo estar, que ahora empiezo. Se han de acordar de mí ese par de tunos. Creyeron asustarme citándome en la causa; pero yo les aseguro...

—Crispina, no seas tonta, y créeme; no te metas en nada; ellos son ricos y tú no.

—No importa; aunque supiera perderme para toda mi vida, he de hacer lo que pueda contra esa canalla.

—No digas esas cosas, Crispina... Si doña Inés fuera lo que tú dices, no la irian á ver á la cárcel unas personas tan principales.

—Esa no es razon, porque en Madrid hay muchos tontos, y empezando por el juez que interviene en la causa, los tiene embaucados á todos... El escribano tambien queria jugarme una trastada en la declaracion; pero le he fastidiado...

—¿En qué declaracion?

—En la que presté ayer... ¿Pues no te la dije?

—Me dijiste que ibas, pero no supe lo que declaraste... Te encargué que dijeras... la verdad: que solo la conocias de verla entrar y salir, y que en la casa no tenias noticia de que hubiese dado motivo nunca para que hablasen de ella... Eso fué lo que yo declaré.

—¿Sí?... Pues yo todo lo contrario.

—¿Qué has hecho? ¡Nos has perdido!...

—No lo creas... Al bribon del escribano todo se le volvia decir: «¿Con que usted nada sabe de lo que se dice de esta señora, y antes, por el contrario, la consta á usted que ha observado una conducta ejemplar, y...» Yo me desesperaba, replicando: «No, señor, me consta que es muy mala, y que ha hecho trato con el Duende, que es otro bribon como ella, para perder á la señorita Adelaida, y á don Fernando, y á doña Eugenia.»—«Nada se habla en la causa de esas personas,» interrumpió tres ó cuatro veces el escribano; y yo le decia: «Pues no importa; póngalo usted, porque yo lo digo, y quiero que lo sepa el señor juez y los señores de la Audiencia.» Por fin, despues de mucho batallar, lo escribió como yo se lo dictaba; pero no quiso poner que me constaba, sino que lo sabia por oidas... Y aun me temo

que hemos de tener historia cuando vaya á firmar la declaracion. La señora María irá conmigo para leérmela, y si falta un ápice de lo que dije, se la hago escribir de nuevo.

—¡Crispina!...—dijo el zapatero con voz grave, y soltando la lezna que tenia en la mano.

—¡Trifon!...—replicó la zapatera, clavando en su escasa trenza de pelo la aguja de la calceta.

—Es preciso,—añadió el zapatero,—que vuelvas al juzgado á declarar lo mismo que yo... Las palabras de las mujeres casadas no valen en los tribunales sin en el consentimiento de sus maridos.

—Tú me has autorizado á dar la declaracion, y yo he de decir siempre la verdad, aunque me ahorquen.

—Pues la verdad es que doña Inés es una santa, y que la persiguen por carlista.

—Me irrita oirte decir esas cosas, despues de lo que has visto estos dias.

—Yo no he visto nada.

—¿Con que no has visto prender á don Fernando?

—Sí; ¿y qué?

—¿Y no sabes que era oficial en el ejército de don Cárlos?

—Sí.

—Pues doña Inés y el Duende son los que han hecho que le prendan... Con que mira tú qué carlistas serán.

—Le han preso,—dijo el zapatero,—porque se habia metido en una conspiracion... Bastante lo siente doña Inés; pero es lo que ella dice: «Esos jóvenes y otros son los que pierden la causa del rey, por conspirar fuera de tiempo.»

—¡Con que has estado á ver esa bruja!...—dijo la zapatera, soltando la labor sobre las rodillas y cruzando las manos en señal de desesperacion.

Y viendo que su marido callaba, añadió:

—¡Qué vergüenza... Dios mio!... ¡Qué dirán los que te hayan visto entrar allí á visitar á una bruja envenado-

ra!... ¿Y tú dices que eras amigo del pobre general Ayamonte?

—Sí que lo era, y me consta que es una mentira lo que dicen de que murió envenenado... Además de que si tú hubieras visto lo que yo, no hablarias lo que estás hablando ahora.

—¿Qué has visto?—dijo con sorna la zapatera.—Cuéntamelo, hombre, á ver si soy de los que adoren á esa señora.

El señor Trifon guardó silencio, y la Crispina continuó:

—Pruébame que no ha sido presa sor Clotilde, ni la señorita Adelaida, ni don Fernando, y díme dónde para ese pobre médico, que no parece hace ya cuatro dias, y creeré que esa mujer es una bendita y el Duende un santo.

—¿Y qué tienen que ver todas esas desgracias con el envenenamiento del general? La prueba de que es inocente de esas prisiones, es que ella tambien está presa.

—¡Cabalito!... Eso se llama tirar la piedra y esconder la mano... Pero déjalo estar, que *al freir será el reir*, y *mas hace el que quiere que el que puede*... Me parece á mí que toda la rábia que yo tenia á ese Vizco que andaba detrás de la señorita Eugenia, se vá á cambiar en cariño, si es verdad lo que me han dicho de él.

—¿Qué te han dicho?

—¿Para qué lo quieres saber? ¿Para decírselo á la bruja?

—Crispina,—replicó el zapatero,—Crispina, no me insultes.

—Yo no te insulto; pero como os habeis hecho uña y carne, y tú eres tan tonto, que ya te figuras que te vá á hacer archipámpano de Sevilla...

—Pero soy incapaz de llevar ni traer chismes, y mucho menos de contar lo que me dicen en confianza.

—Pues si me dás palabra de coserte la boca, como

cuando estás á mi lado, que no te ocurre nada que hablar, y me prometes no volver á visitar á esa bruja, te contaré todo lo que hay.

—Te doy palabra de hacerlo así,—contestó el zapatero, prestando una atencion poco usada en él para oir lo que su mujer se disponia á decirle.

La señora Crispina acercó su silla á la de su marido, dando con sus gestos un aire de importancia y de misterio á lo que el zapatero deseaba saber, y le dijo:

—Pues, señor, ya que me das palabra de no volver á la cárcel á visitar á la bruja, ni decir nada de esto á nadie, te voy á contar lo que pasa.

El zapatero dejó sobre la mesilla la obra que tenia entre las manos, como si quisiera no perder ni una sola palabra de lo que su mujer le empezaba á contar, y ella continuó:

—El Vizco, á quien teniamos tan mala voluntad la señora María y yo...

—Y yo...—interrumpió el zapatero.

—Tú, no,—replicó la Crispina;—acuérdate de cuando te convidó á beber una copita de vino generoso.

—Sí, pero entonces no sabia yo que era el jefe de la Partida del Trueno, y que no tenia mas oficio ni beneficio que el de andar seduciendo mujeres... ¡y mujeres casadas sobre todo!

—En eso hay su mas y su menos,—replicó la Crispina.—Las gentes hablan muchas veces porque tienen boca, y nada mas...

—Pues qué, ¿no es verdad que seduce mujeres casadas?

—Creo que sí... ¿Pero qué tiene eso de particular?

—¡Crispina!...—gritó el zapatero.

—Es jóven,—replicó la zapatera,—buen mozo, y hasta le hace gracia la vista torcida.

—¡Crispina!—volvió á decir el señor Trifon asustado.

—¡Eh! ¡No seas tonto! Para lo que yo voy á decirte, tanto dá que seduzca mujeres, como que no las mire siquiera á la cara; y últimamente, si ellas no se dejáran seducir...

—¡Dios te libre del cuarto de hora!—esclamó el zapatero suspirando.

—Pierde cuidado,—repuso la Crispina con coquetería,—porque ya... ¿quién se ha de acordar de mí?

—Tienes razon; eso me tranquiliza... Nosotros somos ya unos carcamales, que no componemos parte del mundo.

—Sin embargo,—dijo la zapatera picada;—tú eres mucho mas viejo que yo.

—Pero tú tambien eres vieja.

—Pues así como me ves, aun hay quien me diga...

—¿Qué te dicen?

—Requiebros y... ¡vaya!... El otro dia, cuando fuí por suela, me dijo don Lesmes que si él enviudára y yo tambien, aun habiamos de hacer algo.

—¡Otro que tal!...—dijo el zapatero;—pues algunos años tiene mas que yo.

—Sí, pero está bien conservado, y es tan alegre y tan buen mozo... porque mira tú que don Lesmes habrá sido una arrogante figura...

—Sí... es muy alto.

—Y muy gracioso,—añadió la zapatera.

—Pues bien... mejor,—repuso el zapatero, picado de que su mujer elogiára al almacenista de curtidos.—Vaya,—añadió,—díme lo que ha hecho el Vizco, porque tengo ganas de saberlo.

—Gracias á Dios,—dijo la Crispina,—que hay una cosa que te dé curiosidad. Lo que yo debia hacer ahora era callarme, para que te desesperáras.

—Pero no lo harás, porque tú eres incapaz de callar ni un minuto.

—¡Sí!... Pues ya no te lo digo.

—No me importa.

—Pues si no te importa, mejor.

El zapatero volvió á continuar su trabajo, y su mujer no hacia mas que mirarle impaciente, por que no se humillaba á rogarla que le contase lo que sabia del Vizco; y no pudiendo al cabo de diez minutos resistir al deseo de hablar, dijo:

—¿Ha vuelto la señora María?

—No,—contestó el zapatero;—aquí tengo la llave, que me dejó al salir.

—La habrá entretenido el Vizco,—replicó la zapatera, deseando contar á su marido la historia ofrecida.

Y viendo que nada la decia, añadió:

—Si supiera que tardaba mucho, iria á buscarla... ¡Tengo unas ganas de saber en qué ha parado lo del viejo Gregorio, y si han preso ya al Duende!

—¡Hola!—dijo con indiferencia el zapatero.—Se trata de prender á ese hombre.

—No sé... ¡como no te importa que te cuente lo que ha sucedido!

—Rabiando estás por decirlo...

—No lo creas... Tú te lo pierdes.

—Ea, pues dílo; ya te oigo.

—Te lo diré, porque no me gusta ser rencorosa con nadie... Pero no te figures que tengo empeño en que lo sepas.

—Vamos, Crispina,—dijo el zapatero riendo,—sé franca... ¿no es verdad que se te hacia postema en el estómago si no lo contabas?

—Porque al fin y al cabo eres mi marido... y porque luego dirian los que supieran que no te lo habia contado que no tenia confianza contigo... Por lo demás, seria muy abonada para callar, aunque viviese cien años. Pero, por Dios, te encargo que no digas nada á nadie, porque á mí me lo ha dicho en secreto la señora María, y á ella se lo contó en confianza doña Eugenia... ¡Qué buena es esa se-

ñorita! ¡Si vieras tú lo que me quiere!... Y yo tambien á ella... Si hay santas en la tierra, doña Eugenia es una, y doña Adelaida otra... ¡Qué par de jóvenes tan buenas!... Demasiado á veces, porque yo, digo la verdad, no habria tenido paciencia para sufrir tanto... Y todo por no delatar al bribon del Duende y á la bruja... Pero no quiero pensar en eso, porque se me arde la sangre... Fortuna que ahora están metidos de hoz y de coz en el negocio el Vizco y Cabezota, y han jurado acabar de una vez con ese hombre. Y hay además un don Genaro, que vale mas plata que pesa. ¡Pues no digo nada el don Ventura!... ¡Ya, ya! ¡No le ha caido mala plaga encima al Duende!

—¿Y quiénes son todos esos señores?—preguntó el zapatero.

—Amigos del Vizco y de don Fernando.

—¿Don Fernando y el Vizco son amigos?

—¡Y mucho!... ¡No creas tú que el Vizco se llama Vizco!... Se llama don Daniel, y es un caballero de los principales... ¡Vaya!... ¡Poquito lujo tiene en su casa!... ¡Si vieras!...

—¡Crispina!...—gritó el zapatero.—¿Tú has estado en casa de ese hombre?

—Sí. ¿Y qué tiene eso de particular?

—¿Y te atreves á decírmelo?

—Vaya si me atrevo; como que no es ningun pecado... ¡Y ojalá pudiera hacerle parroquiano tuyo!... A docenas están allí las botas de charol... y aunque no fuera mas que para composturas...

—¡Calla... calla!... ¡Mi mujer en casa del capitan de la Partida del Trueno!... ¡Yo que tanto me escandalizaba al oir lo que decian los periódicos de esos hombres!

—Pues cuando los trates verás lo que son. Hasta entonces, calla y oye... Ya te dije el otro dia que, cansado el conde de San Fabian de esperar al médico en casa de la condesa, fueron á buscarle por todas partes, y nada... ayer

no habia parecido aun... El señor conde sabia que habia ido á casa del Duende, y como allí lo negaban, dió parte á la justicia; registraron toda la casa, y no pudieron encontrarle... ¡Pobre hombre! Todos le hemos rezado por muerto... ¡Figúrate tú que registraron hasta en las cuevas!... Yo siento mucho la muerte de ese señor, porque, aunque no le conocia, me han dicho de él maravillas. Aquí dicen que vivia, en la calle de Amaniel.

—¿Número 4? —interrumpió el zapatero.

—No sé... creo que sí... Espinosa me parece que le llaman...

—¡Es el mismo! —repuso el señor Trifon.

—¿Le conoces tú?

—Y tú tambien... ¿No te acuerdas de aquel médico que cuando mi compadre se volvió loco, le encontró en la calle, que le iban apedreando los chicos, y se bajó del birlocho?...

—¿Es ese?...—interrumpió la zapatera.—Ya me acuerdo... Que le llevó á su casa, y allí le tuvo cuatro meses hasta que le volvió el juicio, y luego le empleó en una hacienda fuera de Madrid.

—¡Y bien que le vá en ella!...—dijo el zapatero.—El otro dia me lo contó el boticario, que ha tenido carta de él, y dice que todos los dias, lo primero que hace, es rezar por la salud del doctor Espinosa.

—Valiente pícaro es el boticario, —replicó la zapatera.—¡Buenas cosas dice de ese médico, porque receta poco!

—Mucho siento, —repuso el zapatero, —que le haya sucedido esa desgracia al pobre doctor, porque, aunque yo no le conocia, he oido contar tan buenas cosas de él, que le quiero mucho; pero aun parecerá.

—¡Qué sé yo que te diga!... Cabezota ha ofrecido encontrarle; pero lo dudo mucho, y bastante hará él en ocultarse, porque le buscan con afan por aquello que hizo con os centinelas.

—Fué una locura.

—No fué tal... y si yo me hubiera visto en su caso, sabe Dios lo que habria hecho.

—Con que díme, —repuso el zapatero, —¿qué es lo que ha hecho ese maldito Vizco, porque despues de tanto hablar, aun no me has dicho lo que ha habido?

—Pues yo te diré lo que hay: don Daniel, en cuanto supo lo que ocurria con el señorito Fernando y con sor Clotilde, juró tomar á su cargo el castigo del Duende, y despues de haber dado libertad á Cabezota, ambos se unieron para prepararlo todo de manera que no se les malograse su deseo. Si tú los hubieras visto como yo cuando fuí á decirles de parte del señor conde lo que ocurria con el médico, sabrias lo buenos que son. Don Daniel se volvió hácia su amigo don Genaro, que estaba tambien allí, y le preguntó: «¿Qué dices ahora?»—«Venganza á muerte,»—respondió don Genaro.—Cabezota calló al pronto; pero luego, apretando los puños y arrojando espuma de sangre por la boca, dijo: «Mi capitan, ahora ya no tiene remedio... ese hombre es mio.»—«Sí... tuyo,»—le contestó don Daniel, y trató de sosegarle para que todos reunidos viesen lo que convenia hacer para no errar el golpe. Pero Cabezota, con una cara feroz, que no se me olvidará nunca, pronunció estas palabras: «Ya no sufro mas; si el médico vive, cumpliré la palabra que he dado á la señorita... pero si ha muerto... ¡oh! si ha muerto, la vida del Duende es mia.» Los dos señoritos quisieron detenerle, pero él no les hizo caso, y vertiendo sangre por los ojos, salió de allí corriendo. Entonces me preguntó don Daniel si doña Eugenia y doña Adelaida sabian algo de lo que pasaba, y le dije que sí, que todo lo sabian.

—¿Saben ya lo de las prisiones?—preguntó el zapatero.

—Sí, hombre, ¿pues no te lo dije ayer?... Todo lo saben.

—¿Estarán muy tristes?

—No lo creas; todos creian que se volverian locas al

oir esas noticias; pero... es lo que dice la señora María... ¡como son unas santas!... En vez de consolarlas la condesa, ellas son las que procuran distraerla de la pena que la causa la prision de su prima... Como son tan llanas, que no tienen orgullo de tratar á los pobres, me hacen sentar allí cuando voy á verlas... y si te he de decir la verdad, ayer me salí al momento, porque no me vieran llorar... Puedes creer, Trifon, que oyendo la resignacion de doña Adelaida, casi dan ganas de perdonar al Duende.

—¡Pues qué!... ¿Tantos motivos le ha dado para que le trate de ese modo?

—Calla, hombre; no seas bárbaro. Si no es por eso... sino que como es tan buena, dice que se moriria de dolor si por su causa se hiciera la desgracia de alguien... Cuando dice esas cosas, me parece que estoy oyendo las vidas de los santos mártires que nos leia el verano pasado por las siestas la señora María. Lo mismo hablan las señoritas que los mártires, cuando pedian á Dios que perdonára á sus verdugos.

—¡Pero ese hombre es un mónstruo!...—dijo indignado el zapatero.

—Y la bruja un demonio del infierno,—replicó la Crispina.

—¡Jesús... Jesús!—repuso el zapatero.—¡Qué cosas pasan en el mundo!...

—¡Pues tú no sabes de la misa la media!... Si supieras el mal trato que la dió cuando la tuvo encerrada en la Torre, y las infamias que ha cometido ese hombre, ya me lo dirias...

—¿Pero no hay quien le delate á la justicia para que lo ahorquen?... ¡Aunque como es cura!...

—Pues... eso es... ¿y porque es cura ha de tener carta blanca para hacer todo lo que quiera?... Además, que no es tal cura, porque, aunque se titula abad de Maqueda, yo creo que no ha dicho misa nunca. Y en fin... por lo mismo

que es un sacerdote, deberia de hacerse con él un castigo ejemplar... así no perderian los demás... Pero ya se vé, la señorita no quiere que se le haga daño ninguno, porque al cabo... es lo que ella dice, ¡como es tio de su madre!...

—¿Y por eso le habrán de dejar sin castigo?

—Eso no... Yo creo que ahora, con lo del médico, y con haberse descubierto que vive un sobrino suyo, á quien él mandó asesinar...

—¿Pero tan malo es ese hombre?

—Mucho mas de lo que tú te figuras, y la bruja es idem por idem... Ya ves, ¡envenenó á tu amigo el general!

—Lo que es eso, Crispina, no lo creo... Será mala y todo lo que tú quieras, ¡pero un asesinato!... Vaya, es imposible.

—Pues, señor, eres tonto... por no decirte otra cosa.

—Pero, mujer, ¿no sabes que van á visitarla desde que está presa muchas personas principales, y que el mismo juez, cuando vino á registrar los papeles del cuarto, hizo la vista gorda á los que habia en la mesa del altar?

—Así lo dijo el alguacil; pero yo no lo creo.

—Pues yo sí, —dijo el zapatero.

Y acercándose al oido de su mujer, la dijo en voz baja y con cierto aire de misterio:

—Los papeles que habia en esa mesa, son nada menos que unas cartas del rey, que la escribe casi todos los correos.

La señora Crispina soltó una carcajada, y el zapatero la replicó:

—Pues bien, ríete; pero yo lo sé de buena tinta, y sé mas aun.

—¿Qué sabes? — dijo la zapatera sin dejar de reir.

—Que ella le ha ofrecido al juez hacerle nombrar ministro cuando venga á Madrid Cárlos V, y por eso el juez...

—No sigas, Trifon, no sigas... el dia en que den garrote por envenenadora á esa bruja, te he de llevar á verla.

—Yo no voy nunca á esas cosas.

—Yo tampoco; pero no hay regla sin escepcion... Ese dia hemos de ir juntos, y como pueda la he de preguntar si se ha despedido del rey... Vaya, sois tontos todos los carlistas... Mira tú que si el juez se ha creido esa patraña, merecia que le quitasen la vara... ¡Qué hombre tan burro será!... Bien decia el difunto don Lorenzo... *abogado para servir á usted*. Y cuidado que él lo era; pero decia que no habia gente mas fácil de engañar que los letrados.

—Con lo que me has contado ya no sé qué pensar; y te aseguro que me he llevado un solemne chasco; pero lo que te puedo decir es que si no es hoy, mañana la ponen en libertad.

—¿De veras?—dijo la Crispina, alzándose en pié,—pues á esta casa que no vuelva, porque me pierdo... ¡Jesús! ¡Dios me libre de tenerla otra vez por vecina! ¿Y serian capaces de hacerlo así?

—Lo que te he dicho... Lo sé, porque allí en la cárcel hay un empleado de los pocos que no son hoy dia de la *cáscara amarga*, y ese me ha dicho que antes de anoche la permitieron salir un rato en coche, acompañándola la mandadera del departamento de las mujeres.

La Crispina recogió la calceta, y disponiéndose á subir á la boardilla, dijo:

—Voy corriendo á decírselo á don Daniel para que haga lo posible por que no salga de la cárcel.

—Crispina... siéntate. Te prohibo salir de casa.

—¿Con que te decides á defender á la bruja?

—No; yo no defiendo á nadie, pero tampoco acuso... Siéntate, y díme qué ha sido lo del Vizco, que aun no me lo has dicho.

—Si te lo cuento, ¿me dejarás salir?

—A lo que tú quieres, no.

—Pues no te lo cuento.

—No me importa.

—¿Y si te digo lo que me ha contado el señor Roque que hicieron las monjas cuando entró allí sor Clotilde?

—¿Qué te ha dicho?

—¿Me dejas salir?

—No.

—Pues me voy arriba, —replicó despechada la Crispina, — y por lo mismo que no te gusta que vaya á los cuartos de los vecinos, voy á charlar un rato con todos.

El zapatero no se incomodó por la amenaza de su mujer, y esta subió la escalera, diciendo:

—Los voy á sublevar á todos contra la bruja, para que no la dejen entrar aquí cuando salga en libertad... Si sale... que están verdes... porque yo haré que no salga... y que la den garrote...

—¡Crispina... calla!

—Sí... garrote, por envenenadora y por bruja.

CAPITULO XC.

La vieja María.

El zapatero quedó solo en el portal, y cuando oyó sonar la puerta de su boardilla, se sonrió, satisfecho de la bondad de su esposa, que, á pesar de las amenazas que le habia hecho de recorrer todos los cuartos de la vecindad, se habia encerrado en el suyo.

Al mismo tiempo entró allí la vieja María, preguntando por la señora Crispina.

—Ahora mismo se acaba de subir al cuarto,—contestó el zapatero,—picada, porque, como sabe usted su génio, se ha puesto á hablar de doña Inés, y la he tenido que mandar que callase.

—Todo lo que se diga de esa mujer es poco,—repuso la señora María.

—Sí; pero mi Crispina hace lo mismo con todos, y en poniéndose á hablar, no sabe dejarlo. Y despues de todo, es una infeliz, incapaz de hacer daño á nadie; ¡pero cualquiera que la oiga hablar!...

—¡Ay, señor Trifon!—interrumpió la señora María.—¡Usted no sabe lo que es esa gente! ¡Yo vengo horrorizada con lo que están haciendo!... ¡No sé cómo tengo fuerzas ni

para tenerme en pié!... Yo, que toda mi vida me he criado... en buen hora lo diga... llamando al pan, pan, y al vino, vino, ver ahora esas gentes, sin temor de Dios ni de los santos, calumniando y persiguiendo á las pobres señoritas... ¡me estremece!... Pobre he sido toda mi vida, pero honrada, y no me dé Dios nunca riquezas ni honras, si el adquirirlas me ha de costar tantas maldades...

—¿Sabe usted que me ha horrorizado lo que me ha dicho mi Crispina? —interrumpió el zapatero.

—¿Y á quién no le espanta oir ciertas cosas?—replicó la señora María. —Yo vengo horrorizada, y voy á subir á contárselo todo á la Crispina, para que vea como yo tenia razon.

—¿Pues qué ha sucedido?—dijo el zapatero, manifestando una curiosidad de que raras veces daba señales.

—¡Muchas cosas... señor Trifon!... ¡Muchas cosas!...

—Cuéntemelas usted, vecina.

—No puedo detenerme, porque vengo en busca de su mujer de usted para que nos vayamos corriendo á avisar al señor conde de lo que ocurre... Yo creo que como ese buen señor es tan viejo le vá á costar la vida lo que está pasando... ¡Qué cosas, señor Trifon, qué cosas!... ¡Pobre señorita Adelaida!

—Pues si no tiene usted necesidad de ir á su cuarto, no se incomode en subir la escalera; yo llamaré á mi Crispina... Y con franqueza, disponga usted de ella para lo que sea necesario... Es muy buena, y aunque no me esté bien el decirlo, sin agraviar lo presente, es una mujer muy cabal.

—Pues hágame usted ese favor, porque estoy molida,—dijo la vieja, sentándose en la silla que habia dejado momentos antes la zapatera.

El marido de esta recogió su mandil de cuero, sin cuya circunstancia no acertaba á dar un solo paso fuera del oficio, y asomándose á la escalera, gritó:

—¡Crispina... Crispina!...

—¿Qué se te ofrece?—preguntó la zapatera desde las alturas.

—Ponte la mantilla, y baja corriendo.

—¿Me dejas ir á casa de don Daniel?

—Baja y calla.

—¿No tienes celos ya?—repuso riendo la Crispina.

—Baja, y no seas tonta.

—¡Es que... si tienes celos!...

—Baje usted, Crispina,—dijo la señora María.

—¿Por qué no me has dicho que estaba ahí la vecina?... Dispense usted, señora María, voy corriendo.

El zapatero se volvió á su asiento, y mientras bajaba su mujer preguntó á la vieja la causa de aquel nuevo sobresalto.

—¿Sabe usted ya,—le dijo la señora María,—lo del médico?

—Sí, señora; sé que no parece; pero nada mas.

—Pues bien, no es eso... Cabezota ha ofrecido encontrarle, y ya creo que sabe dónde se halla; pero es el caso que el otro médico que ha visitado á la señorita dice que está buena, y que puede salir de allí depositada.

—¿Y adónde la llevan? ¿A la embajada?

—No, señor; á casa del marqués de Santa Rita.

—Pues allí estará bien, porque el marqués es hijo del conde de San Fabian.

—Sí; pero la marquesa es hija del demonio... ¡Ay!... ¡Qué mujer tan mala!... ¡Qué cosas me ha contado de ella don Daniel!... ¡Y si viera usted qué bueno es ese jóven!... El Vizco... aquel que tanto miedo nos daba á todos... ¡Como tenia tan mala traza!... Pero dicen bien, que el hábito no hace al monje. Yo ya se lo he dicho á las señoritas: don Daniel y sus amigos son los que han de sacarlas adelante en sus desgracias... porque de Cabezota no me fio... Podrá ser muy bueno, y todo lo que se quiera; la señorita está

muy entusiasmada con él... pero... ¡qué sé yo! no me inspira confianza...

—Pues dígaselo usted á mi parienta, —replicó el zapatero, —que está enamorada de ese hombre.

—A mí tambien me gusta, y no tengo motivo para decir nada malo de él... pero como dicen que es tan feroz, y que ha andado tanto tiempo con el Duende, le tengo miedo.

—Sin embargo, lo que ustedes me han contado que hizo con las señoras cuando salieron de Madrid, me prueba que tiene buenos sentimientos.

—Y lo que ha hecho despues... y todo; pero, en fin, será una aprension... ¡Dios quiera que me equivoque!... Esos hombres son del primero que llega, y se venden al que mejor paga.

—No lo crea usted, vecina, —dijo el zapatero; —esos hombres tienen mas nobleza de alma que los señores, y si yo la contára á usted cosas que les he visto hacer, ya veria lo que valen.

—¡Si yo lo creo así tambien, —replicó la vieja; —pero como hace dias que oigo tantas maldades, no puedo pensar bien de nadie...

La llegada de la señora Crispina, lejos de interrumpir la conversacion de su marido con la vieja María, contribuyó á sostenerla y animarla.

Habia tardado en bajar al portal, porque, como la dijo su marido al verla, se habia prendido con cien alfileres, vistiéndose con lo que ordinariamente se llama el fondo del baul.

—¿Qué tenemos, vecina? —dijo, dirigiéndose á la señora María.

—Cosas atroces, —la replicó esta; —los negocios de la señorita van de mal en peor, y de eso estábamos hablando su marido de usted y yo.

—Pues me alegro de que haya usted venido, á ver si,

oyéndola hablar, se convence este demonio de lo que es esa gente, y deja de defenderlos.

—Ya sabes, Crispina, que yo no defiendo á nadie; te he dicho, y te repito, que no me gusta que te hayas metido á declarar contra esa mujer ni contra nadie; pero nada mas.

—¿Nada mas?... ¿Con que no me has dicho que me prohibias ir á casa de don Daniel?... ¡Niégalo, hombre! Sepa usted, vecina, que al cabo de los años mil se acuerda mi marido de tener celos.

—¡Celos!—repuso riendo la vieja María.—¿Y de quién?

—De nadie,—interrumpió el zapatero;—no la haga usted caso.

—Sí tal; tienes celos del Vizco.

—¿De don Daniel?—preguntó la vieja riendo.—¡Qué disparate!

—No tanto como usted se figura,—repuso la zapatera picada,—que aunque usted me vé así, que parezco de mucha edad, es por que he sufrido mucho con las enfermedades; pero aun tengo quien me diga buenos ojos tienes, y otras cosas mas.

—Lo creo muy bien,—dijo la señora María.

—Es que á mi marido le parece broma lo que le he contado que me dijo don Lesmes... Pero hablemos de otra cosa: ¿pareció el médico?

—Aun no.

—¿Y han preso al Duende?

—No, señora... ¡Si no se sabe aun dónde anda!

—¿De veras?

—Tres veces estuvo antes de ayer don Genaro á buscarle, y no le halló.

—Estará en casa de la Peregrina.

—No, señora... allí fué don Daniel, y ayer y hoy están buscándole por todas partes, y no parece.

—¿Y no han puesto aun en comunicacion á don Fernando?

—Tampoco... pero lo que mas cuidado nos dá ahora es lo de la señorita Adelaida... Si Dios no lo remedia, se la llevan hoy mismo.

—¿Qué dice usted?

—Cabalito... Es preciso que vayamos corriendo á casa del señor conde.

—¿No seria mejor que viésemos al Vizco? ¡Tengo mas ganas de que me cumpla la palabra que me ha dado de hacer que emplumen á la bruja!

—Déjese usted ahora de esa mujer.

—¿Que la deje?... No, señora; yo he de acabar con ella, ó pierdo el nombre que tengo.

—Hará usted bien; pero lo que ahora importa es salvar á la señorita.

—¡Por supuesto! Pero luego...

—Luego haremos lo que usted quiera... Yo no estoy tranquila hasta que no vea que dejan quieta á la señorita, y que está en libertad don Fernando... ¡Pobre señorita! Cuando parecia que iba á ser feliz, es cuando la persiguen con mayor empeño.

—Pues vamos cuando usted quiera.

—Vamos, —repitió la vieja María, alzándose en pié.

El zapatero se acercó al oido de su mujer, y la dijo con acento lúgubre:

—¡Crispina!

—¿Qué quieres?

—¡No te digo mas!...

—Pues quedo enterada.

—Habla lo menos que puedas.

—Calla, fastidioso, cualquiera que te oiga creerá...

—Creerá lo que es; que no metes la lengua en el paladar nunca.

—Pues mejor para mí.

—Señora María, —dijo el zapatero, —á usted la recomiendo que no se comprometa mi mujer.

—Pierda usted cuidado, señor Trifon.

—No le haga usted caso, vecina, y vámonos. Si usted no tiene inconveniente, y puesto que está en el camino, entraremos á ver al señor Roque para que me diga cómo está sor Clotilde.

—Con mucho gusto,—contestó la vieja.

Y ambas amigas salieron juntas del portal, donde siguió machacando suela el zapatero.

CAPITULO XCI.

Los tres amigos.

El depósito de Adelaida en casa del marqués de Santa Rita no habia sido, como indicó la vieja María, dispuesto absolutamente por el juez que entendia en el negocio, á peticion de una de las partes, sino por convenio de ambas. El baron del Arfil, que gestionaba en nombre del Duende, habia propuesto á la marquesa de Santa Rita para depositaria de la jóven, en el caso de que no se admitiera la casa de la embajada, y á la condesa de Baza le pareció aceptable la proposicion, despues de haber gestionado inútilmente para que la jóven no saliera de su compañía. Y mientras la vieja María buscaba á la zapatera para que la acompañára á casa del conde de San Fabian, habian trasladado á Adelaida á la de la marquesa, acompañada de esta y de su inseparable amiga Eugenia.

El Vizco, eficazmente recomendado por Fernando á sor Clotilde, lo fué tambien por la superiora á las dos amigas, y con él tuvieron varias conferencias, á las que asistieron los inseparables Genaro y Ventura. El interés con que estos jóvenes se consagraron al cuidado de Adelaida fué estraordinario, y hubiera sorprendido á los que solo tenian noticia

de ellos por sus aventuras como individuos de la Partida del Trueno.

Mucho les habia contrariado la prision de su buen amigo Fernando; pero por lo que oyeron decir al conde, á Adelaida, á Eugenia, y principalmente á Cabezota, sintieron doblemente la desaparicion del médico.

Interesábales sobremanera conocer los motivos que habian servido de pretesto para la incomunicacion en un calabozo del noble oficial carlista; pero ¡achaque comun de nuestra moderna administracion de justicia! hacia cinco dias que Fernando estaba preso, y aun no le habian tomado declaracion.

Imposible les era, por lo tanto, buscar los medios de darle libertad, ni gestionar en manera alguna á su favor sin su consentimiento. Parecíales fuera de toda duda que el Duende era el móvil único del encarcelamiento de su amigo; pero no tenian seguridad completa de no engañarse, y temian que no aprobára las diligencias que practicasen en su favor, en el caso de que fuese cierto lo que se decia de que era el jefe de una conspiracion en favor del pretendiente á la corona.

Pero todas estas reflexiones las hacian el Vizco y Genaro antes de saber la desaparicion del médico; despues que este acontecimiento hubo llegado á su noticia, no dudaron en señalar al Duende como autor de la desgracia de Fernando, y en vez de dirigirse á las autoridades, determinaron visitarle para imponerle la reparacion de todos sus crímenes.

Cabezota, que no se habia separado de los individuos de la Partida del Trueno ni un solo momento desde los últimos sucesos del palacio de la condesa, tenia, como sabe el lector, una idea muy elevada del valor del Vizco, y se ofreció á obedecerle en cuanto le mandára; pero con la condicion de que la libertad del médico, si estaba preso, ó la venganza de su muerte, si por desgracia le habian asesina-

do, fuese negocio esclusivamente suyo. Así se lo otorgaron los amigos, encargándose á su vez de velar por la suerte de Adelaida, y trabajando de acuerdo con el conde de San Fabian en conseguir la libertad de sor Clotilde y de Fernando.

Tenian con este motivo frecuentes reuniones en casa del Vizco, contra el cual nada directamente se habia atrevido á hacer el Duende, creyendo que quizás de ese modo podria asegurar la impunidad de sus atentados.

Pero al obrar así, parecia haberse olvidado de las imponentes amenazas que le hizo el Vizco cuando le visitó en su casa, ó se figuraba comprar con su conducta una generosidad á la que no tenia derecho alguno.

La importante revelacion que Cabezota habia hecho al Vizco de la existencia del niño Enrique era la llave maestra de todo, y desde que los indivíduos de la Partida del Trueno supieron quién era el jóven Eduardo Ponce, conde de la Torre-Parda, se creyeron dueños del Duende, y rechazaron la idea de acudir á tribunales, que sin esa interesante circunstancia habrian admitido.

Precisamente en el momento en que por tercera vez viene el lector con nosotros á la casa situada al estremo de la calle de Hortaleza, con puerta de escape por la de San Mateo, Ventura, Genaro y el Vizco, se hallan reunidos en el gabinete del último, tratando del asunto de Eduardo.

Genaro era el letrado consultor de aquella reunion, y acababa de esplicar la manera con que debia Eduardo acudir á los tribunales para hacer constar sus derechos al ducado de Alcira, en el caso de que el Duende no se prestára á entregárselo por sí propio, confesando su crímen.

Esto último no les parecia difícil, porque confiaban en que el Duende no querria entregar su cabeza al verdugo, defendiendo por mas tiempo una herencia comprada á fuerza de crímenes.

Pero Genaro dudaba mucho de poderlo lograr sin acu-

dir á los tribunales, desde que habian procurado en vano averiguar el paradero del Duende.

—No te canses, Daniel,—decia, dirigiéndose á este,—yo estoy persuadido de que ese hombre no parece hasta que haya consumado todos sus crímenes.

—¿Y cómo los ha de llevar á cabo estando oculto?—dijo Ventura.—En cuanto asome la cabeza por cualquier parte, caemos encima de él como tres leones.

—Lo principal está ya hecho,—repuso el Vizco;—todo mi cuidado era quitar de en medio al tonto de Eduardo, para que si el Duende llegaba á saber que vivia no tuviésemos que vengar una nueva desgracia.

—¿Y á estas horas le tendremos ya en la frontera de Francia?—dijo Genaro.

—No tal,—replicó Ventura;—pues qué, ¿no sabes tú lo que hemos hecho?

—Sí; sé que le hicísteis pegar una bofetada en el teatro, y que se batió...

—Pues bien,—interrumpió Ventura;—se batió... es decir, no se batió... Como ya estábamos de acuerdo los padrinos del agresor y nosotros, convinimos en cargar las pistolas con pólvora sola, y que se tirasen á quince pasos, pudiendo avanzar dos cada uno. Eduardo lo hizo con un valor admirable, y ambos dispararon á un tiempo, cayendo en tierra, segun habiamos convenido, el agresor. Nosotros detuvimos á Eduardo, y el que habiamos llevado para que hiciera el papel de médico declaró que el vencido estaba muerto, y...

—Todo eso lo sé; ¿pero no quedamos conformes, y para esto se fraguó el lance, en que habia de marcharse Eduardo á Francia?

—Sí; pero luego hemos pensado en que seria mejor tenerle oculto en Madrid, y aunque él no queria, le tenemos ya sin sol, sin luz y sin moscas.

—¿Y estais seguros de que no le encontrará el Duende?

—Segurísimos... A otro duende temo yo mas que al abad.

—¿A quién?

—A la Almerinda... Anda que bebe los vientos por saber dónde para su carísimo conde; pero como tanto se ha hablado en Madrid de este lance, me ha sido fácil librarme de ella.

—¿Pues qué has hecho?

—Una infamia,—dijo el Vizco sonriendo.

—No lo creas, Genaro,—repuso Ventura.

—¿Pero qué ha sido ello?

—Nada, chico, que la he mandado un billete, imitando la letra de Eduardo, en que la decia que la esperaba en Lóndres, adonde habia tenido que huir por haber muerto en desafío á un hombre...

—¿Y ella qué ha hecho?

—Un favor al empresario del teatro... Rasgar la escritura, y salir esta madrugada para Paris.

—Ya ves,—dijo el Vizco,—¡una atrocidad!

—Mas atrocidad hubiese sido la de que hubiera averiguado su paradero, y como es amiga del baron del Arfil, pronto lo sabria el Duende.

—Tienes razon, Ventura,—repuso Genaro.—¿Es decir, que ya tenemos seguro al tontin de Eduardo?

—Sí, chico,—replicó Ventura,—le tenemos entre bastidores para hacerle salir al desenlace del drama... Y bien puede darnos las gracias por los favores que le hemos hecho... Librarle de una querida, y entregarle uno de los primeros ducados de España, es un negocio bárbaro y fabuloso en estos tiempos... Cada dia me convenzo mas de que todos los tontos tienen fortuna... No le faltaba otra cosa para ser feliz, sino que mientras está escondido se le muriera de alegría la suegra.

—Ya me estrañaba yo,—dijo Genaro,—de que pudieses hablar mucho tiempo con formalidad.

—¡Pues si es la verdad!... Todos tenemos un enemigo capital, y el de las suegras es el yerno; pero no se morirá, porque á larga distancia huelen las herencias de los yernos, y cuando se trata de mejorar la condicion, son inmortales.

—El que á mí me parece que deberia esconderse tambien,—dijo Genaro,—es el viejo Gregorio; porque si el Duende le llega á echar el guante...

—No tengas cuidado,—replicó el Vizco;—está con él Cabezota, y no hay peligro.

—¿Sabeis,—dijo Ventura,—que yo no habia conocido hasta ahora todo lo que valia ese hombre?

—Pues todo lo que has visto es nada,—replicó el Vizco.—Si yo no le tuviera de la mano, ya habria hecho una barbaridad... Lo primero que le ocurrió cuando supo la prision de Fernando fué presentarse en la cárcel, y como él tiene amigos en todas partes, llegar al encierro, vestirle con su ropa, y quedarse en su lugar.

—Fernando no habria admitido tal ofrecimiento...

—Es claro que no... pero eso os probará la nobleza de su corazon... Yo tengo gran ascendiente sobre él, y le prohibí que hiciera semejante disparate; pero en lo del médico, ya veis cómo se nos ha rebelado...

—Yo me alegro,—dijo Ventura,—porque si él, que sabe las guaridas del Duende, no le encuentra...

—No le encuentra nadie,—interrumpió el Vizco;—yo estraño mucho que no le haya encontrado aun... Ayer me dijo que estaba seguro de que vivia, y que hoy esperaba saber dónde le habian escondido.

—Sentiria que se precipitára á cometer un disparate,—dijo Genaro.

—No lo creas,—repuso el Vizco;—es un hombre de mucho corazon, y cuando la sangre le ciega los ojos, como él dice, no repara en nada, y se lanza al peligro como una fiera; pero si en el primer momento no puede hacer nada, discurre luego con mas claridad que todos nosotros.

—¡Y sabes que está desconocido!... Se ha disfrazado de una manera, que aunque le encuentren en la calle los alguaciles que le prendieron, no hay miedo de que adivinen que es él.

—Parece un caballero,—dijo Ventura.—Pero lo que mas me llama la atencion es la reforma que ha hecho en la cara; sobre todo los ojos... Yo he visto mujeres restauradas, revocadas y teñidas con todos los colores del mundo... la rubia, morena; la morena, blanca; y en fin, toda clase de trasformaciones cutáneas, inclusa la de empastar los hoyos de las viruelas, que es la operacion mas difícil del tocador de Vénus; pero que la que tiene los ojos azules los haya podido cambiar por otros negros, no lo habia visto jamás... ni sé cómo pueda ser ese milagro.

—Yo tampoco,—dijo el Vizco;—pero lo cierto es que los ojos de Cabezota eran azules, muy azules, y ahora son negros.

—¡Se los habrá teñido!...—repuso Genaro.

—¡Es claro!—replicó Ventura.—Teñirse las cejas y las pestañas es muy fácil; pero tenirse las pupilas, no sé yo cómo se hace.

—¿Pero se ha teñido las pupilas?

—Sí.

—No lo habia reparado... Yo creia que era la sombra de las pestañas.

—No tal; mírale bien cuando venga, y verás que son negras enteramente... Si yo supiera ese secreto, me hacia millonario... ¡Qué caro habian de pagar los maridos el que sus mujeres estrenasen ojos todas las semanas!... Todas las coquetas serian mis parroquianas, y cuando los amantes abandonasen á las rubias por irse detrás de las morenas, yo las pondria ojos negros, y punto concluido. He de decir á Cabezota que me enseñe á hacer esos milagros.

—Él sabe muchos secretos por el estilo,—dijo el Vizco,—porque como es tan listo y ha vivido algun tiempo en

la cárcel, ha aprendido en ella diabluras... Pero dejémonos ahora de esas tonterías, y á ver si convenimos en lo que debe hacerse para impedir que Adelaida vaya á casa de la marquesa de Santa Rita.

—Es imposible,—replicó Genaro;—porque quizá esté allí ya.

—¿Y qué hacemos?—dijo Ventura.

—Si está en casa de la marquesa, es negocio mio,—repuso el Vizco;—yo soy visita de la casa, y sé lo que debe hacerse... Lo único que siento es que Eugenia se haya empeñado en ir con ella...

—¿Que lo sientes?—dijo Ventura.—No te entiendo...

—Pues es muy fácil; porque si yo hubiese podido decir á Eugenia todo lo que la quiero, me seria fácil darla mis instrucciones sobre lo que habia de hacer en casa de la marquesa, y en este caso, su presencia allí nos seria muy útil; pero no siendo así, lo que sucede es que delante de ella no acierto á hablar á Adelaida.

—¿Tienes vergüenza?... ¡Angelito!...

—No seas tonto, Ventura, yo no tengo vergüenza; pero ponte tú en mi caso, y verás lo que haces... Una sola vez las has visto á las dos, y parecias un doctrino.

—Porque tú no te incomodáras estuve así con ellas...

—No es verdad... sé franco... Callaste porque te tenian embelesado con lo que decian, y no sabias contestar á aquellas palabras llenas de bondad y de resignacion cristiana.

—Efectivamente... son las mujeres que menos lo parecen; pero no creas tú que lograron convertirme...

—Ni se lo propusieron tampoco.

—Eso es lo que no sabemos... De todos modos, yo te aseguro que si pudieran ser lo que á primera vista parecen, era preciso averiguar en qué parte del mundo desconocido se criaba esa especie de la familia mujer... no siéndolo, te aseguro que no he visto nunca mujeres con mas trastienda, como dice el vulgo.

—Tú si que eres vulgo,—replicó con tono áspero el Vizco.—¡Crees que por fingir una piedad tan esquisita, que casi no la comprenden los que la oyen, se renuncia á uno de los títulos mas brillantes de Francia, y á una de las primeras fortunas de Europa!... Por no acusar al tio de su madre, porque no se haga el menor daño á su implacable verdugo, ¡habria quién renunciára á su fortuna y á la única pasion que forma los encantos de su triste existencia!

—Todo eso es muy cierto,—dijo Ventura;—pero precisamente esos son los motivos que tengo para dudar de su virtud.

—Pues no te entiendo... ni quiero... hablemos de otra cosa... Díme, Genaro, ¿te encargas de ver al vicario eclesiástico para que te diga en qué estado se halla el negocio de esa pobre superiora de las hermanas de la Caridad?

—El conde me dijo anoche que le habian dado palabra de ponerla en libertad hoy mismo, si conseguia probar que habia sido arrancada violentamente de Madrid.

—Pues eso es muy fácil,—dijo Ventura.

—No lo creas... Eso es muy difícil; porque si viviera el hombre á quien el Duende encargó de esa comision, podríamos amenazarle para que declarase la verdad; ¡pero como ha muerto!...

—Pues que vengan los guardas de la Peña-Sacra, y ellos declararán lo que ocurrió...

—Todo eso es mucho mas fácil de decirlo que de hacerlo: en cuanto vinieran los guardas á declarar que el Duende habia llevado allí á esas mujeres, y que ellos, ayudados de Cabezota, las habian salvado, les armaban un lio de mil demonios, por no haber dado parte á la justicia á su debido tiempo... Vosotros no sabeis lo que es la curia... En España, el mayor mal que le puede suceder á un litigante, es el de tener razon al entablar una demanda.

—Tiene razon Genaro,—repuso el Vizco;—yo me alegro de que Adelaida nos haya suplicado que no deshonremos

la memoria de su madre, haciendo públicas las maldades de su tio, porque siempre fué mi intencion no valerme para nada de los tribunales. Y ahora con menos razon que nunca... porque dueños del secreto de mas importancia para el Duende, y estando en nuestro poder el mas terrible testigo de sus crímenes, somos dueños de él á cualquier hora, y una por una le haremos reparar todas sus infamias..

—Menos la del médico,—dijo Ventura;—porque yo, á pesar de lo que dice Cabezota, sospecho que el bueno del doctor ha ido al otro mundo á pedir perdon á sus parroquianos.

—Pues yo apostaria algo á que vive.

—¡Pues no ha de vivir!—dijo el Vizco.—Vive, y está encerrado en la casa chica de Alcira... Cabezota lo sabe muy bien, porque, como es amigo de todos los criados del Duende, y le tienen miedo, cuando él se empeña se lo cuentan todo.

—¿Y cómo hará para sacarle de allí?

—Él se arreglará... no os dé cuidado... Ojalá estuviera yo tan seguro de todo lo demás como lo estoy de eso... El frailecito dichoso es el que me dá mas guerra que nadie. Esa amistad tan íntima que ha hecho con el Duende me tiene inquieto.

—Mira, Daniel,—dijo Ventura;—aquí es preciso hacer lo mismo que hace Cabezota: él se ha encargado del médico, y nadie le dice nada; pues bien; el padre Romualdo corre de mi cuenta, con que déjalo estar... Yo te prometo que, lejos de hacernos daño, nos será muy útil... Ya ves, que lo que me dijo del papel que el Duende hizo firmar al padre de Eugenia cuando estaba agonizando, nos ha puesto en guardia contra una nueva picardía...

—Que aun no sabemos...—interrumpió el Vizco.

—Lo sabremos,—replicó Ventura;—no te dé cuidado. Lo que yo te puedo asegurar, es que ya he conseguido hacerle decir que el chocolate que yo le he regalado es mejor

que el del Duende, y el mas superior de cuantos ha probado en su vida... Y semejante confesion en boca de un fraile vale mucho... Es mas que la bandera blanca pidiendo capitulacion; eso es ya entregar las llaves de la fortaleza... Pero aun le tengo prevenida otra emboscada mayor.

—¿Cuál?—dijo Genaro.

—Un matrimonio.

—Siempre tienes ganas de bromas.

—¡Cómo bromas!... ¡No creas tú que yo le he propuesto al fraile que se case!... ¡No me hagas tan bárbaro!... Sino hacerle creer que le necesito para casarme con una americana muy rica.

—¿Y te casarás?—le preguntó el Vizco.

—No... pero me pegaré un tiro, si tienes capricho en ello, y pata. ¿Qué necesidad hay de que yo me case para que el fraile lo crea así, y con la golosina de la boda se nos entregue á discrecion?

—Bueno, pues tú te entenderás con el padre Romualdo, y á ver si logras que te diga el paradero del Duende.

—No lo sabe... Hace tres dias que de mi órden le siguen á todas partes, y hasta ahora no ha entrado en ninguna casa donde pueda estar el Duende.

—Me parece imposible,—replicó Genaro,—que la Peregrina no sepa dónde se ha metido ese hombre...

—Pues no lo sabe,—contestó el Vizco;—yo te lo aseguro; en primer lugar, porque ya se guardaria bien de faltarme á la verdad, y luego, porque tiene mucha chispa y vé de capa caida los asuntos del Duende... No tengais cuidado, que en cuanto ella sepa la menor cosa nos avisa.

—Lo que es preciso evitar á todo trance,—dijo Ventura riendo,—es que tanto esa bruja como todas las de su especie, se aperciban de la trasformacion de la Partida del Trueno en *Cofradía de la Misericordia*, porque mientras nos teman y nos respeten como antes, todo vá bien; pero si saben que somos hermanos Obregones ó hijos de San Vicente

Paul, en vez de ser hermanos de don Juan Tenorio ó hijos de Satanás, negocio perdido.

—Por mi parte, —replicó Genaro, —prometo conducirme de manera que no se trasluzca por mi modo de obrar lo que he dejado de ser, sino lo que sigo siendo aun... Enhorabuena que en el fondo sean otras ya nuestras empresas; pero en las formas es preciso que sigamos siendo lo mismo que antes.

—Yo, —dijo el Vizco, —puedo aseguraros que hay cosas que se me resisten mucho hoy dia; pero si me hubiérais visto en casa de la Peregrina, habriais creido que era el mismo capitan Centellas de antes.

—Pues eso es lo que nos hace falta, —dijo Ventura; —yo, por mi desgracia, me veo obligado á fingir delante de ese bendito fraile, cuya conversion me ha tocado en suerte... para que sea verdad lo de *El Diablo Predicador*... Y ahora, con vuestro permiso, me voy á verle, porque le he dado una cita en la que espero hacerle desembuchar muy buenas cosas... Come por primera vez en mi casa, y tengo una malvasía de Sitches que ella sola habla en los vasos mas que una cotorra.

—No olvides lo que te tengo dicho, —le replicó el Vizco. —Tu reputacion está empeñada en este asunto.

—Descuida, Daniel, —dijo Ventura, alzándose de la butaca, —que si no tuviéramos mas enemigos que el padre Romualdo, hoy mismo podríamos cantar victoria.

—Pues por mi parte no ha de quedar, —dijo Genaro: —tengo en el bolsillo el auto accediendo á la excarcelacion de doña Inés Montilla, y si hoy me cumple la palabra de revelarme dónde están los papeles que sustrajeron de la caja de marfil, mañana saldrá á la calle.

—Ves con mucho pulso con esa mujer, —dijo el Vizco; —mira que es muy ladina... Si no te entrega los papeles, no permitas que salga de la cárcel...

—Pierde cuidado; el juez de la causa fué condiscípulo

mio, y me debe nada menos que la toga; porque si yo no le hubiese desengañado á tiempo, seducido por las promesas de esa bruja, renuncia al juzgado... Era cosa de morirse de risa ver al pobre juez tan entusiasmado con el real despacho de ministro de Gracia y Justicia en el bolsillo. Y no creais que es ningun tonto... sino que esa mujer sabe mucho, y ha preparado de tal modo las cosas en la cárcel, que desde el alcaide hasta el último portero la sirven de rodillas.

—Con que resumamos, como dicen los oradores políticos,—dijo Ventura, disponiéndose á salir del gabinete:—tú, Daniel, vas á casa del marqués de Santa Rita, y te encargas del baron del Arfil; Genaro, de arrancar á la bruja los papeles, y de ver en qué estado está la prision de Fernando, y yo, de sacarle al reverendo hasta el mas íntimo de sus secretos. Por mi parte, ya me hormiguean los oidos como si el fraile estuviera repasando todo lo que me ha de decir.

—Yo,—dijo Genaro,—no quisiera engañarme,—pero la fé de bautismo de Fernando y la de Adelaida por lo menos, me parece que ya las tengo en mi poder...

—¡Pues es una friolera!—replicó el Vizco.—No nos hace falta nada mas... Yo no puedo deciros mas, sino que dentro de una hora habré hablado media á solas con la marquesa de Santa Rita, y Adelaida estará en esa casa tan segura como en la suya propia... Y si el negocio se presenta como yo creo, tambien me dirá la marquesa dónde está el Duende.

—¿Lo sabrá ella?—dijo Genaro.

—¡Pues no lo ha de saber, si están completamente de acuerdo en todo!

—¡Pero, hombre, no entiendo yo el secreto de esa simpatía!

—Nada mas fácil,—dijo Ventura,—como ella es tan amiga del baron, y el baron debe al Duende tanto dinero...

—No lo creais... no es eso... La causa de esa intimidad no es otra que la estravagancia de la marquesa... Ha creido que las aventuras del Duende eran románticas.

—¿Pero crees tú, —dijo Genaro, —que por un capricho arrostre la complicidad de crímenes, en los que no tiene participacion ni interés alguno?

—Sí; no solo lo creo, sino que lo sé; y para que formeis una idea de lo que es esa mujer, os diré que quiso entrar en nuestra Partida...

—¿Es posible? —dijo Genaro.

—¿Y se arrepintió luego? —dijo Ventura.

—No tal; sino que yo tomé á broma su proposicion, y nada mas.

—¡Mal hecho, Daniel, mal hecho! Hubiera sido una gran adquisicion para la Partida la de tener entre sus individuos una marquesa. Así, en vez de dedicarnos á la caza con perros lebreles, como la Peregrina y la Alifonsa, habriamos cazado con reclamo... ¡Con que es decir, que si tú te das maña á poetizar mas nuestras empresas que las del Duende, deja la marquesa de sernos hostil, y se nos pasa con armas y caballo!

—Me has entendido, —dijo el Vizco.

—Pues ea... ¿cuándo nos volveremos á reunir?

—Cuando cada cual haya despachado su comision.

—Yo, antes de mañana, —dijo Genaro.

—Y yo hoy mismo, —replicó Ventura.

—¡Allá veremos!... —repuso el Vizco.

Y apretando las manos á sus dos amigos, salieron estos del gabinete, á tiempo que entraba el criado, diciendo:

—Señorito, ahí está aquella bruja que echa las cartas.

CAPÍTULO XCII.

La Peregrina en casa del Vizco.

Antes de que la Peregrina entrase en el gabinete del Vizco, cambió este completamente el aspecto de su figura, tomando un aire provocativo, altanero y audaz.

Tendido en una butaca, con los piés apoyados sobre el asiento de otra, y vuelto el semblante con insolente descaro hácia la puerta de entrada, saludó á la Peregrina con estas palabras:

—Adelante la bruja.

Rebozada esta en un manton negro, y con una basquiña del propio color, avanzó con timidez hasta colocarse detrás de la butaca en que estaba tendido el Vizco, y le dijo:

—Dios guarde á usted, señorito.

—Ponte delante, víbora, que te vea yo bien esa cara de lechuza.

—Siempre tiene usted ganas de broma, señorito, —dijo la bruja, obedeciendo las órdenes del Vizco.

—Siéntate y fuma... Ahí tienes cigarros encima de la chimenea.

La Peregrina se sentó, y encendió un cigarro.

—¿A cuántos chiquillos has hecho mal de ojo hoy?— la preguntó el Vizco.

—Vaya, señorito, no gaste usted esas chanzas... Yo no hago mal de ojo á nadie.

—Calla, culebron; no mientas... Los mozos del Barquillo te van á dar una paliza que te vas á chupar los dedos, si sigues echando las cartas á sus novias.

—Yo no echo las cartas, señorito...

—¿Ha parecido ya la Concha?

—No, señor... me ha perdido esa pícara chica... no he podido encontrarla ni viva ni muerta... Fortuna que no se ha llevado mas ropa que la puesta; pero me ha perdido.

—Pues ella dirá que se ha ganado.

—Ya lo creo... son tontas... Se casará con el hijo de su maestra, y tendrá una racion de hambre todos los dias... lo que estando á mi lado... se habria hecho un buen equipaje... y tal vez se hubiera podido casar con algun señor rico; porque ya sabe usted que, aunque me esté mal el decirlo, todas las jóvenes que han vivido conmigo se han colocado luego muy bien.

—Sí, en el Hospital, en la Galera y en más altos puestos.

—De todo ha habido... Alguna no diré á usted que no; pero otras... En fin, mas vale callar; usted las conoce, y las vé hoy en carretela descubierta por el Prado, con palco en el teatro, y con una escelencia como un templo, á algunas que no se pusieron vestido de seda hasta que estuvieron en mi casa.

—Calla, serpenton, calla; buena está la suerte que hacen á tu lado.

—Pues ya sabe usted que tengo empeños siempre de jóvenes para que las lleve á vivir conmigo, y sin ir mas lejos... la Alifonsa, la querida del Richano, á quien usted conoce, me anda haciendo ya la rueda para que me encargue de una niña que tiene de cinco años, muy hermosa por cierto.

—Pues no te apures, porque Cabezota te ha sacado de ese compromiso, llevándosela consigo.

—Dígamelo usted á mí, que estaba en el sotanillo cuando la recogió, y por cierto que me han dicho que la tiene con mucho regalo; pero él se cansará, y volverá otra vez á poder de la Alifonsa.

—Me parece que te engañas.

—No me importa.

—Lo creo; mientras haya niñas en el mundo, no dejarás tú de encontrar madres que te las vendan.

—Pues mire usted, es un favor el que se las hace á esas jóvenes, porque generalmente en sus casas se mueren de hambre, y conmigo es diferente... Acuérdese usted de la Matilde y de la Manolita, que por mí aprendieron el baile, y luego han hecho furor.

—Sí, como buenas mozas...

—Bien, sea lo que quiera; lo cierto es que si no hubieran salido al teatro, nadie se habria acordado de ellas.

—Tienes razon; pero díme... hablemos ya de otra cosa: ¿dónde está el Duende?

—Mire usted, esta mañana temprano...

—¿Dónde está el Duende?—interrumpió el Vizco.

—Yo le diré á usted...

—No me digas nada... contéstame... Ayer te dije que no vinieras á verme hasta que supieses su paradero.

—Pues bien; yo le contaré á usted lo que me ha dicho el Richano, que estuvo esta mañana muy temprano en mi casa.

—¿Y hasta ahora no has venido á decírmelo?—dijo el Vizco con tono áspero.

—Es que no sabe usted lo que ha ocurrido despues...

—¿Qué ha ocurrido?

—Que al Richano le han dado una puñalada.

—¿Quién?—preguntó verdaderamente sobresaltado el Vizco.

—¿Quién ha de ser?—esclamó la Peregrina.—El bribon de Manolillo Tenazas, que no sabe hacer sino traiciones... pero ya las pagará todas juntas... déjelo usted estar.

—¿Quién es Manolillo?... No le conozco.

—El que hace de ayuda de cámara del Duende... Lo mismo entiende él de vestir señores, ni de ninguna cosa fina, que yo de *predicar sermones;* pero hay personas que nacen de pié en este mundo, y ese bribon es una de ellas.

—¿Y cómo ha sido eso?—dijo el Vizco con el mayor interés.—Cuéntame lo que ha habido... ¿Ha muerto el Richano?...

—No, señor; afortunadamente, como Tenazas es tan cobarde, le hirió por la espalda, y echó á correr al momento.

—¿Y dónde ha sido eso?

—En la misma casa del Duende, en la escalera por donde se vá al sótano donde está encerrado el médico.

—¿No le han sacado aun de allí?

—No, señor... verá usted lo que ocurre.

Y arrojando la Peregrina la punta del cigarro, que habia consumido con varonil desembarazo, dejó caer sobre sus hombros el manton que la cubria la cabeza, y acercando su asqueroso semblante á la butaca en que se hallaba el Vizco, le dijo con voz misteriosa lo siguiente:

—Ya sabe usted, señorito, que el Richano en sabiendo que Cabezota toma partido por una persona, si él se ha encargado de hacer algo contra ella, se retira, y punto concluido. Verdad es que lo mismo les sucede á casi todos los que conocen á Paco, porque, como dijo el otro, *donde hay patron no manda marinero.* A nenes muy bragados, y tan crudos como el que mas, les he oido decir eso muchas veces... Pues bien: es el caso que el Richano, en cuanto supo que Cabezota tenia interés en servir al médico, le buscó, y le dijo: «Paco, ya sé que tú te empeñas por un hombre que está encerrado en los sótanos de esa casa... yo me en-

cargué de ser su carcelero, porque ignoraba que era amigo tuyo... pero ya lo sé, y se acabó la comision... dime lo que quieres que yo haga.» Estas mismas palabras, —añadió la Peregrina, —fueron las que dijo el Richano... Yo estaba delante... Paco le respondió estas otras: «Te doy las gracias por lo que me dices; pero por mí no te apartes de servir á tu amo.» —«Yo no tengo amo ninguno, —le replicó el Richano; —si me pagan bien, y me acomoda, hago lo que me mandan, pero nada más... Mira tú, ayer me daban cincuenta onzas de oro por entregar al tio Gregorio el viejo, y aquí está la Peregrina presente, que no me dejará mentir.» — Efectivamente, dije yo, no solo no ha querido el dinero, sino que le ha dicho á Gregorio que anduviera prevenido.

Entonces Cabezota me preguntó dónde estaba Gregorio, y se fué con el Richano á buscarle. Entre los tres convinieron en sacar al médico del sótano, y cuando Cabezota y Gregorio esperaban que el Richano saliese de casa del Duende á decirles que entrasen á ayudarle, le vieron salir con la mano en la espalda todo lleno de sangre... Le llevaron al sotanillo de la Melitona, y allí les dijo lo que habia ocurrido.

—¿Qué fué ello?

—Que Tenazas, sospechando algo de lo que pasaba, y estando en acecho de lo que hacia el Richano, le vió que bajaba al sótano á hora en que no habia que dar de comer al preso, y sin encomendarse á Dios ni á los santos, bajó detrás de él la escalera, descalzo, para no hacer ruido, y le dió una puñalada en la costilla derecha.

—¡Qué barbaridad! —dijo el Vizco, sin poder reprimir el horror que le causaba aquel lujo de criminal fiereza.

—Cabezota, —repuso la Peregrina, sin cuidarse de la esclamacion del Vizco, —dispuso en seguida que le curasen la herida, y el cirujano declaró que no era mortal; pero sí de gravedad; y como ya sabe usted el génio de Paco, y lo

que él es cuando se empeña, dió una puñada en la mesa, abrió la navaja, hizo con ella una cruz en la pared, la volvió á cerrar, y se marchó de allí... Por mas voces que le dimos Gregorio y yo, no nos hizo caso... Yo me fuí corriendo detrás de él, y le dije: «Paco, no te pierdas.» —«Si me pierdo,—me replicó...—¡Ay! ¡No se me olvidarán sus palabras!—«Si me pierdo... mañana, antes de la madrugada, me encontrarán en el otro mundo, ó en los brazos del doctor Espinosa...» ¿Se llama así ese médico?—dijo la Peregrina.

—¿Y cuándo ha sido eso?—preguntó el Vizco, levantándose sobresaltado de su asiento.

—Ahora mismo,—respondió la Peregrina;—yo le dejé en la calle del Nuncio, y me he venido derecha aquí á buen paso.

—¡Aun será tiempo!—dijo el Vizco, colocando en los bolsillos del pantalon dos cachorrillos que tenia sobre la chimenea, y llamando al criado para que le diese la capa.

—¿Qué piensa usted hacer, señorito?—dijo la Peregrina.

El Vizco no respondió nada, y la vieja añadió:

—Es inútil que usted vaya, porque ya no adelantará nada... Y ni siquiera podrá verle, porque delante de mí entró en el portal, y cuando yo me vine ya no se le veia.

—¿En el portal de la casa del Duende? preguntó el Vizco.

—Sí, señor; pero no por la escalera principal, sino por el patio que hay á la izquierda.

—No importa, voy allá.

—Es inútil, señorito, créame usted; mejor será que yo haga ir á Gregorio.

Sin hacer caso de las últimas palabras de la vieja, se disponia el Vizco á salir del gabinete; pero se volvió, diciendo:

—A todo esto no me has dicho aun dónde está el Duende.

—No lo sé... de cierto... —contestó la Peregrina.

—Dímelo pronto, —replicó el Vizco, con gesto amenazador.

—En casa de la marquesa de Santa Rita.

—¡En casa de la marquesa! —gritó con indignacion el Vizco.

—Creo que sí, —murmuró asustada la Peregrina.

El Vizco sacó el brazo por debajo del embozo de la capa, y agarrando á la vieja por el cuello, la dijo:

—Ves corriendo á buscar á Gregorio y á quien tú quieras; pero ten entendido que si le sucede el menor mal á Cabezota, te mando dar garrote.

—¡Jesucristo! —gritó la Peregrina.

—¿Lo has entendido?

—Pero, ¿y qué he de hacer yo?

—Lo dicho.

—Descuide usted, señorito, —contestó humildemente la Peregrina.

Y salió del gabinete delante del Vizco.

Este se volvió al criado, y le dijo:

—Si viene alguno de los señoritos don Genaro ó don Ventura, que no se muevan de aquí hasta que yo vuelva.

El criado vió salir precipitadamente á su amo, y al sentir el ruido del carruaje, que partia al galope, esclamó:

—¡Adónde irá á descargar la nube!

CAPITULO XCIII.

El Sótano de la nieve.

«Si te estorban las vendas que te cubren la cara, te las »quitas; pero te advierto que es escusado, porque ni ten»drás con quién hablar, ni nada que ver...»

Esas terribles palabras con que Manolillo Tenazas, el ayuda de cámara del Duende, se habia despedido del doctor Espinosa despues de encerrarle en el calabozo, eran demasiado ciertas por desgracia.

En el profundo subterráneo, bautizado con el nombre de *Sótano de la nieve*, reinaba una oscuridad completa, y era, por su eterno silencio, el verdadero mundo de la soledad.

No tardó en comprenderlo así el sábio doctor, y no se engañó al pensar que las paredes de su calabozo serian de piedra como los cincuenta y ocho escalones que habia bajado para llegar allí.

Cuando se vió libre de las vendas que le tapaban los ojos y la boca, esperó á que los primeros se acostumbráran á ver en aquella oscuridad, y no profirió ni una queja, ni una esclamacion, ni un suspiro.

Conocia toda la inmensidad de su desgracia, y consideraba estériles las protestas.

Tambien se convenció despues de un largo rato de esperanza fallida, que la puerta de hierro cerraba herméticamente, y que el aire húmedo que allí se respiraba no traia ni un solo átomo de luz.

El cáos era completo.

En sus tinieblas estendió el médico los brazos para apreciar la amplitud de su encierro, que mas que como prision, podia considerar como sepultura, y con su propia planta midió los veintinueve piés que tenia uno de los costados del sótano.

Detúvose al contar el veintiuno en el costado opuesto, porque, á medida que iba oyendo cada vez mas cercano un ruido compasado, lento y monótono, sintió humedecerse su planta, y un rocío helado bañaba su semblante.

El doctor, sin embargo, quiso averiguar la causa de aquella lluvia, avanzando con precaución hácia el peligro, y valiéndose de los escasos recursos que podia imaginar en circunstancias tan críticas. Fué uno de ellos el arrojar una moneda al suelo para conocer la profundidad de aquel charco que le helaba la planta; otra al techo por diferentes sitios para averiguar si la altura del sótano era igual por todas partes, y una tercera al fondo por delante del agua, que seguia cayendo gota á gota, monótona y lenta, para saber á qué distancia se hallaba la pared, adonde no le era fácil llegar.

El resultado de tan imperfecto reconocimiento fué convencerse de que estaba encerrado en un calabozo de piedra, de veinte piés cuadrados, en el que caia gota á gota una agua helada, que se infiltraba por el techo.

Pero lo que no habia logrado reconocer aun era el ángulo opuesto al del algibe, y en el que habia tropezado con una enorme piedra, que hubiese examinado detenidamente, á no impedírselo la llegada del ayuda de cámara y del Richano, que, de órden del Duende, y como el lector sabe, entraron en el calabozo con la cama y la luz.

La segunda, encerrada en una *lámpara de agua*, como habia dicho el Duende, apenas permitia ver los bultos de los dos hombres que entraron allí.

La lámpara de agua que Tenazas, sostenido en el aire por el Richano, colgó del techo, sujetándola con un candado, del que se llevó la llave, consistia en un enorme balon de vidrio verde, lleno de agua, dentro del cual habia un vaso estrecho, asimismo de vidrio verde, en cuyo fondo ardia una miserable torcida de aceite.

La cama era un jergon y una manta, que si el Richano no se hubiera opuesto, Tenazas habria estendido en el rincon donde seguia cayendo el agua.

Esta consideracion hácia la persona del pobre preso, y la de no sujetarle bruscamente mientras colgaban la lámpara, se la debió el doctor al Richano, en cuyo corazon fiero y desalmado no se habian estinguido ciertos sentimientos de humanidad, sobre todo cuando se trataba de personas que, como el doctor, no le habian hecho daño alguno.

Para cumplir por completo las órdenes del Duende, el ayuda de cámara se acercó al doctor, no sin abrir primero una enorme navaja, y le dijo:

—¿Qué quieres que te traiga de comer?

El doctor no respondió una sola palabra, y Tenazas añadió:

—¿No quieres nada?... Tanto mejor... así te ahorrarás indigestiones. Si todos hiciéramos lo mismo, serian inútiles los mata-sanos como tú.

—No hablábais así en mi casa esta mañana...—dijo el doctor, reconociendo en la voz al hombre que le dirigia tan insolentes preguntas.

—Allí era el criado del abad de Maqueda, y aquí soy el verdugo del Duende,—replicó con repugnante orgullo Tenazas.

—¡Del Duende!...—repitió el doctor con acento grave.—¡Del asesino del niño Enrique!

—¡Silencio! —dijo el ayuda de cámara, blandiendo el puñal sobre el pecho del médico, pero sin intentar herirle.

Y desconcertado al ver la serenidad con que el doctor se mantuvo inmóvil ante aquella amenaza, se volvió al Richano, y le dijo:

—Este mozo tiene agallas... Como ha visto tantas veces la muerte á la cabecera de sus enfermos, no la tiene miedo. No quiere decir lo que le hemos de dar de comer; con que vámonos.

—Sírvase usted decirnos qué comida le gusta, —dijo con amabilidad el Richano.

—La libertad, —respondió el médico.

—Ese plato es muy caro, —replicó con risa burlona Tenazas; —si no pides otros mas baratos, te quedas en ayunas.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó con admirable sangre fria el doctor.

—A tí, —repuso Tenazas, —la vida.

—Tienes razon... ¡Es muy cara mi libertad!...

—¡Holá, temes morirte! Pues acuérdate de los prójimos que has enviado al otro mundo.

—Nunca púse á su lado enfermeros tan insolentes como tú, —dijo con dignidad el doctor.

Tenazas quiso precipitarse sobre él con la navaja abierta, y el Richano le detuvo, diciéndole:

—El amo te ha prohibido que le hagas daño y que le digas nada. Vámonos, y luego volveremos á que nos diga lo que quiere comer.

El ayuda de cámara obedeció la indicacion de su compañero, y antes de salir del sótano tropezó con el pié en una moneda de plata de las que habia arrojado el doctor para medir la altura del techo, y alzándola del suelo, dijo:

—El que siembra coge; pero me parece que, á pesar de la humedad que hay aquí, no has de coger gran cosecha de pesos duros; dá gracias si luego encuentras todos los que

hayas sembrado... Si los arrojas hácia la izquierda, es como si los sembráras en el mar.

Volvió el Richano á rogar á Tenazas que saliesen de allí, y así lo hicieron, cerrando la pesada puerta de hierro, y volviendo á subir por la escalera de caracol á las habitaciones del piso principal.

. . . . . .

El doctor quedó de nuevo solo en el sótano, cuya oscuridad era casi la misma que antes de colgar allí la lámpara.

La débil mecha que ardia dentro de aquel diabólico aparato brillaba como una estrella perdida en el negro horizonte de la tormenta, cuya luz no alumbra los abismos en que se precipita el náufrago.

Apenas alcanzaba su débil y oscuro reflejo á un rádio de media vara; y aquel globo, brillante y verde como una esmeralda, no daba ni siquiera la luz de un carbon encendido en medio de la oscuridad, sino que brillaba como los destellos del fósforo en el osario de un cementerio.

La lámpara de agua, que el Duende habia mandado colocar allí, mas que con objeto de dar alguna luz al sótano, parecia haber sido puesta con intencion de probar que las tinieblas habian de ser eternas.

Era necesaria toda la elevacion de alma del doctor Espinosa para no entregarse á la desesperacion al ver aquellos preparativos que le anunciaban un destino peor que el de la muerte.

Una agonía lenta y horrible le aguardaba en aquel calabozo, donde no podia alimentar ninguna esperanza de salvacion.

El Duende habia prohibido que le hiciesen daño alguno, para que, encerrado en aquella mazmorra, pudiese saborear los dolores de una espantosa agonía, cuyo término seguro era la muerte.

Le habia librado del puñal de los asesinos para entregarle á los rigores de una atmósfera glacial y húmeda.

La sentencia era de muerte, y los jueces habian elegido el peor de los suplicios... la mas lenta y mas penosa de las ejecuciones.

Preferian helarle la sangre en las venas, á privarle de ella abriéndole de un solo golpe los vasos.

Estas ideas no podian menos de asaltar la imaginacion del doctor, y ni la manera con que habia sido arrastrado allí, ni la profundidad del calabozo en que se hallaba, le daban motivo á esperar indulto de la horrible pena á que sin causa habia sido condenado.

Aun cuando el conde de San Fabian, única persona que sabia la casa adonde se habia dirigido el médico, quisiera indagar su paradero, las circunstancias que dejamos referidas aseguraban la impunidad del crímen.

El doctor habia podido observar que la escalera por donde le condujeron al sótano estaba oculta detrás de la librería en el gabinete del Duende, y no descubriendo ninguna otra entrada, con razon podia temer que serian infructuosas las pesquisas, aunque registrasen los demás sótanos del edificio.

No le quedaba ninguna esperanza de salir de allí, á menos que el Duende no se propusiera atormentarle por un espacio de tiempo limitado, para comprar su silencio en el crímen que con tanta nobleza como arrojo le habia echado en cara.

Pero semejante idea no cruzó ni una sola vez por la cabeza del doctor, que despues que se hubieron retirado sus carceleros, trató en vano de alcanzar á la lámpara para encender en ella algunos papeles y reconocer el sótano.

Hubo de resignarse á continuar viviendo en tinieblas, acompañado del triste quejido del techo, que abria su seno de piedra para verter una lágrima, y otra, que se rompian en el duro pavimento con horrible compás.

El doctor palpaba ya sobre sus vestidos la humedad que la atmósfera del sótano depositaba en ellos, y le era fácil

prever el funesto resultado de aquella traidora temperatura, que poco á poco le iria robando el calórico de su cuerpo para convertirle en un yerto y frio cadáver.

Pero hemos dicho que el doctor apenas conocia enfermedad alguna independiente de la imaginacion del enfermo, y en esta ocasion quiso ser consecuente con sus doctrinas.

No es imposible ciertamente resistir el frio atravesando la nieve que invade los puertos, cuando se espera abrigar el cuerpo con la llama vivificadora de la hoguera que arde al otro lado de la sierra; pero defenderse de la helada temperatura de un pozo de nieve, cuando no hay esperanza, ni remota siquiera, de salir de él nunca, es tan difícil que casi puede reputarse por imposible.

Sin embargo, Espinosa, que nada de esto ignoraba, imposibilitado de luchar con el enemigo que allí le habia encerrado, aceptó la batalla que le proponia el otro con quien se habia encontrado en el calabozo. Le era preciso acostumbrarse á vivir en aquel subterráneo, y trató de conseguirlo, poniendo en juego todos los escasos recursos de que podia disponer en el encierro.

Al efecto, lejos de abrigarse mas de lo que estaba al bajar allí, y de sentarse sobre el colchon, distante de la importuna gotera que enfriaba el sótano, se quitó el gaban que le cubria los hombros, y empezó á pasear de un lado á otro, decidido á producir con su ejercicio mayor cantidad de calórico que la que le robaba la frialdad de la atmósfera.

Pero su principal agente para librarse del peligro con que le amenazaba aquella humedad, no era el ejercicio corporal, sino el que hacia con su imaginacion, desviándola completamente de los temores que podia inspirarle el aire que allí se respiraba.

Creia el doctor, y así lo habia dicho muchas veces, que la mejor medicina para evitar el mareo á bordo, es la de no pensar en que se vá embarcado, y esta teoría es la que pu-

so en planta desde el momento en que por segunda vez quedó solo en el sótano.

Indudablemente no habria podido resistir seis horas en el encierro, si en vez de tomar aquel partido, se hubiese arrojado sobre el colchon y abrigádose para huir del frio, que de ese modo le habria cogido indefenso.

Estaba persuadido de que tales precauciones no serian suficientes para librarle del funesto influjo de aquella atmósfera, cuyo frio aliento se infiltraria hasta la médula de sus huesos apenas abandonára su cuerpo al descanso; pero semejante temor no le impidió continuar el ejercicio comenzado.

Preferia el doctor aprestar sus escasas fuerzas para el combate á lamentar prematuramente una derrota, que casi parecia inevitable.

Pensar en la agonía lenta que le esperaba cuando se helára sobre su cuerpo el benéficio bálsamo de vida que traspiraban sus poros, y sentir la despedida del calórico, que, abandonando las estremidades, se refugiaba momentáneamente sobre el pecho para ahogarle dándole la muerte, no era para almas tan bien templadas como la del doctor Espinosa.

Salir á desafiar el mal familiarizándose con el peligro y reconociendo las armas que mas tarde habian de esgrimirse en contra suya, era para él llevar una inmensa ventaja en la lucha, que no quiso abandonar á su enemigo.

Así, en vez de defenderse de aquel emponzoñado ambiente, ó de limitarse á las precauciones que tomó apenas se retiraron sus carceleros, llevó mas adelante su plan, verdaderamente higiénico y preparatorio, desnudándose del frac que cubria sus hombros, y haciendo aplicacion del sistema hidropático en todas las estremidades de su cuerpo.

Era tal su fé para sobrellevar los trabajos cuando no le habia sido posible evitarlos, y tan grande su esperanza en el porvenir, que ni un solo momento pensó en la suerte, al parecer irrevocable, que le aguardaba.

Volvió á vestirse el gaban, despues de haber tomado las friegas del agua fria, y quiso ver la hora en su reloj de bolsillo á la luz negativa de la lámpara; pero le fué imposible, y al tacto logró averiguar que ya hacia cinco horas que se hallaba en aquel encierro.

No le habia reconocido todo por completo, á pesar de que ya habia podido pasar al otro lado de la gotera, y persuadirse de que aquello no podia ser otra cosa sino agua remanente de alguna fuente de la casa.

Efectivamente, el doctor habia acertado en sus sospechas: parte del *Sótano de la nieve* estaba debajo del patio de la cocina, en medio del cual habia una fuente, y por el que, segun dijo la Peregrina, entró cuatro dias despues Cabezota.

Faltábale registrar el rincon de la izquierda de la puerta de entrada, en el que habia tropezado con una enorme piedra semicircular, y hácia cuyo sitio le habia dicho Tenazas que si arrojaba alguna moneda seria como si la sembrase en el mar.

Estas palabras habian despertado la curiosidad del doctor, que sospechó al punto que allí deberia encontrarse algun pozo, cuyo brocal seria la piedra en que habia tropezado.

Pero avanzó lentamente y con cuidado hácia aquel sitio, y la piedra no era el brocal de un pozo, sino el primer escalon de una espiral, de que fácilmente pudo palpar hasta otros tres peldaños.

Semejante hallazgo era un indicio de salvacion. Cualquiera otra persona, en las circunstancias en que Espinosa se hallaba, se habria precipitado á subir los escalones, confiado en que al término de ellos estaria quizá la libertad apetecida; pero nuestro sábio doctor permaneció inmóvil largo rato, y es seguro que si hubiera sido posible ver su semblante en momento tan supremo, nadie habria dicho que aquel hombre habia recobrado la esperanza, sino que se alegraba de no haberla perdido.

Sin embargo, no podia presumir que el Duende ignorase que en el calabozo existia aquella escalera, ni que siendo esta un medio de salvacion, hubiesen tomado tantas precauciones para encerrarle allí.

Pero semejante justísima observacion no le impidió reconocer aquel hallazgo y pensar en aprovecharse de él, si el descuido ó la ignorancia de sus carceleros se lo permitia, y puso su planta intrépido sobre el primero de los escalones, llevando su mano derecha á la pared.

Del mismo modo subió hasta siete de una escalera de caracol, de piedra toda, como la que habia bajado desde el gabinete del Duende, y cuando creyó hallarse á la altura del techo, alzó el brazo izquierdo sobre la cabeza para que no fuese esta la que le avisára de cualquier peligro que hubiese, y con gran satisfaccion suya, se convenció de que la escalera atravesaba el techo del sótano.

Parábase en cada escalon para reconocer los que habia de subir despues, y así continuó avanzando hasta encontrarse en otra atmósfera templada y seca, fuera ya del aposento en que le habian encerrado.

Pero de repente, y á pesar de la precaucion con que su mano izquierda avanzaba sobre la cabeza, recibió en la parte posterior de esta un fuerte golpe, que le hizo arrancar un grito de dolor, cuyo eco lastimero y triste se fué á perder muy lejos, y sonó como si hubiera parado en el cóncavo fondo de una profunda alcantarilla.

El doctor quedó trastornado un breve momento por la fuerza del dolor, y con el movimiento que hizo su cuerpo perdió el equilibrio y estuvo espuesto á rodar todos los escalones que acababa de subir. El instinto de la vida le obligó á soltar las manos de la cabeza y agarrarse á la pared para evitar la caida.

Pero el aturdimiento le hizo llevar sus manos hácia la izquierda, y al abrazarse con una gruesa viga, que á él le parecia el árbol de la espiral, vió que se movia, y sin acer-

tar á desprenderse de aquel nuevo precipicio, quedó por el contrario verdaderamente abrazado á él.

Un sudor frio bañó entonces el cuerpo del doctor Espinosa.

Tambien el alma del hombre arrojado y sereno tembló como la de un niño tímido y asustadizo.

Tambien el filósofo pensador y estóico cedió al influjo del sobresalto, como el patan ignorante y rudo.

La mente del sábio naturalista quedó fascinada como la del salvaje supersticioso.

La oscilacion de la viga era corta; pero el doctor la seguia con su cuerpo, sin perder, por su fortuna, la base en que asentaba su planta; y así permaneció algunos segundos, hasta que sonó un crujido en la parte alta, y la viga, que solo se habia movido como un péndulo de derecha á izquierda, y de izquierda á derecha, se movió tambien de arriba á abajo.

Entonces apartó el doctor sus brazos de aquel madero que parecia quererle arrastrar consigo á un abismo, y retiró el cuerpo, apoyándose contra la pared.

Repuesto del susto, quiso reconocer primero el obstáculo con que habia tropezado su cabeza, y vió que era un cilindro de madera de un pié de diámetro que tenia suspendido sobre sí, y que se movia como el madero á que se habia abrazado.

Trató de volverse al sótano, con ánimo de subir mas tarde á registrar aquellos sitios; pero no acertaba á mover la planta.

Quiso volver el cuerpo para bajar la escalera, apoyando su mano izquierda contra la pared, y le fué imposible, porque habia perdido el tino de tal modo, que por mas que estiraba la pierna, no hallaba escalon donde asentar el pié.

De nuevo recurrió á su sistema de descubrir tierra firme, y arrojó primero una peseta, cuyo ruido sobre el pavimento no oyó, á pesar del profundo silencio que allí reinaba.

Inmóvil su planta, pero sin asustarse con tan estraño accidente, que podia ser hijo de cien causas sencillas, arrojó un peso duro, que tampoco chocó contra las piedras de la escalera, y percibió tardío y hondo el eco sordo de un cuerpo que habia roto la superficie de un lago.

Repitió la prueba, y esta vez la moneda cayó sobre uno de los escalones, pero rebotó luego y produjo el mismo hondo rumor en el agua.

Ya no le quedaba duda al doctor de que el sitio en que se hallaba era una escalera en espiral, que pasaba en derredor de un pozo.

Así lo pudo observar, sentándose sobre el escalon en que habia quedado como petrificado, y entonces conoció todo el peligro de muerte en que habia estado si hubiese dado un solo paso mas al recibir el golpe en la cabeza.

Lo que no podia comprender era el objeto de aquellas vigas movibles que habian llenado de pavor su alma. La oscilacion de la una indicaba que no estaba sujeta por su base; la otra dejaba conocer perfectamente que se hallaba suspendida desde una altura á que el doctor no habia podido llegar.

Con mayor trabajo y mayor susto que al subir, bajó por fin el doctor al pavimento del sótano, y desde allí adquirió la certeza de lo que habia sospechado; pero sin poder adivinar aun ni la longitud de aquella viga, que aun oscilaba suavemente, ni el objeto con que allí habria sido colocada de tan estraña manera.

Por el atropello que con su persona habia hecho el Duende, y por los horribles antecedentes que tenia de su criminal ferocidad, Espinosa estaba autorizado para pensar que aquel pozo y aquellos maderos serian un suplicio infernal. Pero aun cuando no le quedáse duda alguna de que así era, no se satisfacia completamente la sed de investigacion y de análisis que le dominaba en todas las situaciones de su vida.

¡Quizás habria dado tanto por hallar una luz para registrar aquel pozo, como por recobrar su libertad!

La aplicacion que el Duende podria hacer de aquella gota de agua, que, segun la observacion del doctor, caia cada dos minutos, podia presumirla cualquiera que conociese el tormento llamado de *la gota de agua*, inventado por el tribunal del Santo Oficio.

Lo que de manera alguna podia esplicarse satisfactoriamente, era el uso de aquellas vigas, aun en el caso de que el pozo estuviese destinado á recibir los cadáveres de las víctimas del Duende, arrojados en él desde lo alto del edificio.

Cualquiera que fuese la longitud de aquellos cilindros de madera, era indudable que estaban sostenidos desde lo alto, y flotantes en el espacio.

Sacudiendo en ellos los nudillos, habia averiguado el doctor que eran macizos, y por otra parte, su diámetro de un pié no permitia que pudiesen encubar en ellos á los reos de muerte para sumergirlos despues en el agua del pozo.

Si en vez de vigas hubiese hallado una maroma, habria creido que era una entrada secreta para los carceleros ó para el verdugo, que, deslizándose por ella, bajaria á asesinar en el silencio de la noche á los presos.

Cien combinaciones distintas hizo el doctor para esplicarse aquel estraño suplicio; pero ninguna le satisfizo, y á no haber tenido en consideracion los escalones de piedra, y las demás circunstancias de su encierro, habria creido que aquellos maderos eran barrenas, parecidas á las de perforacion de los pozos artesianos que habia visto en el estranjero.

Largo rato estuvo parado á la orilla derecha del pozo, escuchando hácia la parte alta, sin oir otro rumor que un lejano y triste quejido, acompasado con el movimiento de la viga.

En el fondo del pozo y en todo el ámbito de su encierro,

no se escuchaba otro ruido que el monótono chillido de la gota de agua que se quebraba sobre las piedras del pavimento.

Sin embargo, cuando su reloj marcaba ya ocho horas pasadas en el calabozo, retumbó en aquellas bóvedas de piedra un ruido sordo y oscuro, que ya habia llegado á los oidos del doctor poco despues de haberle encerrado allí, y cuya causa adivinó fácilmente.

Era el carruaje del dueño de la casa, que, rodando sobre las losas del portal, estremecia los subterráneos del edificio.

Todo volvió á quedar en silencio, y el quejido que se oia en lo alto del pozo iba siendo cada vez mas apagado y débil, hasta que cesó por completo cuando dejó de oscilar la viga.

El agua era lo único que seguia cayendo gota á gota, fria, compasada, monótona y lenta.

El doctor se ató un pañuelo apretado á la cabeza, mas para atender á la inflamacion que le habia producido el golpe que habia recibido en ella, que para prevenir los efectos de la humedad, que no temia desde que habia descubierto la diversa temperatura que se disfrutaba en las nuevas regiones que acababa de visitar.

Vencido el justo sobresalto que le habia acometido al verse al borde de un precipicio, se alegraba de que su ascension no hubiera sido infructuosa, y aunque no alimentase una esperanza cierta de hallar su libertad, estaba seguro de haber encontrado un medio de esquivar los peligros á que de otra manera se veia espuesto.

Si en el nuevo reconocimiento que pensaba practicar no hallaba sitio á propósito para entregarse al descanso, libre de la humedad del calabozo, tenia seguridad de poder alternar, respirando algunas horas, aunque con incomodidad, otra atmósfera mas benigna.

El hábito que felizmente habia adquirido de aceptar to-

das las condiciones de la vida, en que por mal ó por bien se hallaba, le fué muy provechoso en esta ocasion, en que cualquier otro hombre de ánimo esforzado y valiente hubiese cedido á impulsos de la desesperacion.

Su situacion no era la de un preso que en la imperfecta oscuridad de un calabozo fia en su inocencia, en la rectitud de los jueces, ó en la diligencia de los amigos que han de alcanzar el indulto de la pena de muerte, sino que arrastrado por un asesino á un subterráneo ignorado, y perfectamente oscuro, no tenia jueces que le absolvieran ó que le condenáran, ni amigos que se interesáran por su causa, ni una sola esperanza fundada de vida.

La violencia con que le habian llevado hasta allí; la lámpara funeral que colgaron de adorno en el calabozo, y la generosidad con que le brindaban toda clase de alimentos, no podia darle esperanzas de otra cosa que de un fin inevitable y funesto.

Por mas esfuerzos que hiciéra para fijar su imaginacion en mas elevadas contemplaciones, no podia dejar de conocer que se hallaba encerrado en la capilla mortuoria, con los dos tormentos que mas tarde le darian á elegir para quitarle en uno de ellos la vida.

Pero ya hemos dicho que el doctor Espinosa vivia siempre *esperando*... y si en esta ocasion hubiese perdido la esperanza, amiga fiel que le habia acompañado en todos los instantes de su vida, se habria anticipado á los deseos de sus verdugos.

Creia imposible sobrevivir á la muerte de su eterna é inseparable compañera, y habia jurado conservarla hasta el último momento de su vida.

Decia el doctor que «la *Esperanza* es el alma, y que »el alma es la última prenda que se despide de la vida, de»jando en pos de sí un cadáver.»

Por esto continuó paseando tranquilamente por el sótano, sin hacer el menor gesto de desesperacion.

CAPITULO XCIV.

El juramento de Cabezota.

Tenazas no volvió acompañado del Richano á llevar la comida al preso, sino que bajó solo con una cesta de provisiones en la mano izquierda y la navaja abierta en la diestra.

El doctor, apenas oyó pisadas en la escalera, se preparó para aprovechar la escasa luz que penetrase en el sótano al abrir la puerta, observando la disposicion del pozo, y muy principalmente la viga; pero Tenazas habia dejado la linterna á la mitad de la escalera, y el resplandor, mas bien que la luz, fué débil.

A pesar de esto, el doctor pudo convencerse de que no se habia engañado en el registro que practicó á oscuras. La escalera de caracol pasaba, fijos sus peldaños en la pared, en derredor de un pozo que atravesaba el pavimento del techo, y la viga que se veia en el centro, pasaba asimismo ambos límites. El otro cilindro de madera con que habia tropezado el doctor estaba mas allá del techo del calabozo, en cuyo sitio era donde habia disfrutando el preso la temperatura abrigada y seca.

—Mata-sanos,—dijo Tenazas, sin pasar el dintel de la

puerta,—acércate y toma... Estas medicinas son mejores que las que dabas á los enfermos.

El doctor no respondió nada, y siguió paseando por el sótano.

—¡Hola!... ¡Esas tenemos!...—añadió con insolente voz el ayuda de cámara del Duende.—¿Aun no te se ha bajado el orgullo?... Pues si no te se van los humos de la cabeza con esta nieve que te riega el dormitorio, preciso es confesar que eres de bronce... Acércate, y no seas tonto... te traigo provisiones para una semana, y puedes ponerte el cuerpo como el de un canónigo... Habrás de comer con los *cinco mandamientos* de cada mano, porque no traigo cuchillo ni tenedores, para que no tengas una mala tentacion, y nos des un disgusto... Por la misma razon te he puesto platos de madera... Pero de todos modos, si te empeñas en que me he de poner de luto por tu causa, á la izquierda tienes un camino que vá derecho al otro mundo... No hallarás en él ninguna de tus víctimas, porque vosotros los enviais por otro mas largo y mas penoso... Por el que yo te enseño, vas mas de prisa que por uno de hierro... y si al emprender el viaje te agarras á las pesas del reloj, quizá no falte una campana que doble por tu muerte; sin que á tus albaceas les presenten la cuenta los sacristanes; tú mismo te sirves y te cobras.

Estas últimas palabras templaron la rábia que sentia el doctor con la insolente charla de su infame carcelero.

Ellas le habian revelado el misterio que tanto ansiaba conocer.

Tenazas no le daba la libertad; pero le sacaba de la duda en que habia quedado al reconocer el pozo, y con ella una esperanza de salvacion.

Aquellas vigas, la una mas alta que la otra, no eran sino las pesas de un reloj de torre, hasta el cual llegaba, en concepto del doctor, la escalera. El crujido que producia el movimiento del madero era indudablemente el del

último eslabon de la cadena que rozaba con la argolla de la viga. El movimiento de arriba á abajo que habia hecho el madero, habia sido producido por la fuerza que hizo el doctor abrazándose á él, y obligándole quizás á bajar uno de los dientes de la rueda que movia la cadena.

Pero el reloj debia estar parado, y así lo creyó el doctor, sin que por eso renunciára al deseo de hacer la esperiencia. Y para anticiparse el momento de quedar solo, se acercó á la puerta del sótano, y sin pronunciar una sola palabra recogió la cesta que le ofrecia Tenazas.

—¡Parece que aprieta el hambre!...—dijo el carcelero, entregando al doctor las provisiones.

Y viendo que este no le decia nada, añadió:

—¡No te basta ser ciego, sino que tienes gusto de ser mudo!... Pues cúmplase tu voluntad, y que te haga buen provecho la cena... Ya son las ocho de la noche... mañana vendré á atizar la lámpara.

Cerró de nuevo la puerta el ayuda de cámara, y el ruido de sus pasos se perdió bien pronto en lo alto de la escalera.

El doctor volvió al momento al brocal del pozo, y subió con bastante resolucion aquella diabólica espiral; pero pegado el cuerpo á la pared, logrando evitar el tropiezo de la viga que antes le habia impedido continuar su ascension.

Mas adelante observó que faltaba la pared, y se detuvo á reconocer el terreno, sin poder descubrir otra cosa que una estancia de techo bajo, cuya temperatura era mucho mas abrigada que la de la escalera.

Volvió, con no poco trabajo, á continuar subiendo, y á medida que fué avanzando, observaba alguna claridad, y ya por último encontró la luz suficiente para conocer toda la inmensidad de su desgracia.

El pozo estaba abierto á la luz del dia y á gran altura, y á través de la complicada máquina del reloj, pudo el médico ver el firmamento azul, iluminado por la blanca luz de

la luna... pero el último escalon de la espiral era aquel en que el doctor tenia fija la planta.

Las vigas habian desaparecido, y en su lugar se veian las gruesas cadenas de hierro que las sostenian, y en derredor de las cuales no habia sino una pared de ladrillo circular y lisa.

Si entre aquel escalon, que era el décimo quinto de los que habia subido, y el pavimento del sótano no hallaba el doctor medios para salir de allí, era preciso que renunciase á la esperanza de cobrar su libertad.

Pero esto era imposible, y Espinosa lo sabia así, despues de haber practicado diferentes registros y minuciosos reconocimientos en los cuatro dias que pasó encerrado allí, hasta la mañana que turbó el silencio del sótano el aullido que lanzó el Richano al sentirse herido por Tenazas.

El doctor no pudo adivinar la causa de aquel estraño ruido, y siguió resignado y valiente, alternando su vista entre la lámpara con que la mano del hombre le aprisionaba la luz, y el aire con que por la boca del pozo se asomaba la naturaleza á encarecerle las bellezas de su perdida libertad.

Durmiendo breves horas en aquella estancia abrigada, que descubrió á la mitad de la escalera, y reponiendo sus fuerzas con los alimentos fiambres que le llevaron en la cesta, y que en la oscuridad del sótano no le permitió ver si contenian algun veneno, cuya presencia pudiera conocerse aplicándoles alguna moneda de plata, ó cosa por el estilo, pasó el doctor el tiempo de su prision hasta el momento en que fué herido el Richano.

Mientras Cabezota juraba por la cruz que con su navaja trazó en la pared del sotanillo de la Melitona, hallarse á la madrugada del siguiente dia en los brazos de la muerte, ó en los del doctor Espinosa, este seguia sufriendo resignado las penalidades de su espantosa situacion. . . . . .

Ya era muy cerca del anochecer cuando Paco Serrano, sin otro consejero que su corazon, ni otro guia que el deseo de hacer el bien, ni mas ayuda que su brazo, se lanzó intrépido al peligro.

No le acompañaba ni un solo amigo, ni ningun criado de la casa del Duende era su cómplice en la temeraria empresa que pensaba acometer.

Tan cierto es que sucedia así, que el portero fué el primero que quiso detenerle el paso, porque, gracias al disfraz de que hemos hablado en los capítulos anteriores, no le conocia nadie de cuantos le habian tratado antiguamente; pero él le enseñó la llave que le habia dado el Richano de su boardilla, y el portero le dirigió al patio, señalándole la puerta por donde habia de subir.

Cabezota pasó por encima del calabozo adonde estaba el médico sin sospecharlo siquiera.

Dirigióse solícito á otro sitio, desde el cual esperaba conocer el terreno que se proponia conquistar.

El Richano le habia esplicado la disposicion del sótano de la nieve, sin omitir la circunstancia del pozo que atravesaba por allí, y le añadió que precisamente la ventana de su boardilla daba al lado del reloj; pero que no podia intentarse nada por aquella parte, y que lo único que podria hacerse, logrando avisar primero al preso, seria hablar con trabajo algunas palabras. Y aun dijo mas el Richano: su opinion era que si llegaba la voz desde el tejado al sótano, á la inversa no sucederia lo propio.

Cabezota no se satisfizo hasta no verlo por sí propio, y subió la escalera que conducia hasta la boardilla, disfrazado con el pelo y los ojos negros, como dijeron Genaro y Ventura; y al llegar á un pasillo lleno de puertas, de las cuales la última era la del Richano, se descalzó para que no le sintieran llegar los vecinos, abrió sin ruido la puerta, y la volvió á cerrar del mismo modo, despues de entrar en la boardilla.

Antes de encender un fósforo, para reconocer la habitacion y la clase de armas con que podria contar en caso de necesitarlas, tuvo la precaucion de tapar con la capa las rendijas de la puerta, y de cerrar la madera de la ventana, para que nadie se apercibiese de su estancia allí.

El trabuco y las pistolas, que el Richano tenia sobre la mesa, estaban corrientes; Cabezota apagó el fósforo, abrió la ventana, y mas ayudado en sus planes de lo que él hubiese querido por la oscuridad de la noche, salió al tejado.

Llegó gateando por no ser visto de nadie hasta el reloj de torre que estaba en la fachada principal del jardin, y que, como habia sospechado el doctor, estaba parado, y asomando la cabeza á la boca del pozo, por entre las ruedas de la máquina, se puso á escuchar un rato.

Precaucion importante para ver si oia algun ruido que le indicára que el preso no estaba solo.

Nada oyó, y dió varios gritos pronunciando cada vez mas fuerte el nombre de *Adelaida;* convencido de que si esa palabra no llegaba á los oidos del médico, difícilmente oiria ninguna otra.

Pero viendo que nadie respondia á sus voces, se dió una palmada en la frente, y sacando un fósforo del bolsillo, lo encendió con presteza, comunicó su luz á un papel, y lo arrojó al fondo del pozo.

Prestó atencion de nuevo, y oyó pisadas que iban avanzando hasta el último escalon de que le habia hablado el Richano, y entonces dijo:

—Señor doctor...

—¿Quién es?...—preguntó sobresaldo Espinosa.

—Paco Serrano,—repuso Cabezota.—El defensor de la señorita Adelaida... No tenga usted cuidado, que aquí estoy yo...

—Ves corriendo á dar parte á la justicia,—dijo el doctor.

Cabezota se habia desembarazado de la chaqueta, y replicó:

—No hay mejor justicia que la de Dios, y la que el hombre se toma por su mano.

Y al decir esto, se introdujo por debajo de la máquina del reloj, y agarrado á una de las cadenas, se fué descolgando hasta el fondo del pozo, donde, satisfecho de haber cumplido su juramento, le dejaremos por ahora en los brazos del doctor Espinosa.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—No hay mejor justicia que la de Dios y la que el hombre se toma por su mano.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO XCV.

Una de escalera abajo, y otra de escalera arriba.

No sabia Cabezota, al consagrarse esclusivamente á la salvacion del médico, que el Vizco se iba á colocar al lado de Adelaida para defenderla de las asechanzas del Duende, oculto en la casa del marqués de Santa Rita; pero estaba seguro de que el conde de San Fabian lograria evitar cualquier atropello, y por esto se cuidaba poco, al parecer, de su señorita *Perla*. De todos modos, le aburrian las etiquetas de la condesa de Baza, y desde que habian empezado las negociaciones diplomáticas, creia Paco Serrano que eran inútiles sus servicios. Él no valia para capitular, sino para batirse en campo abierto, y por esta razon buscaba el combate donde mejor pudiera esgrimir sus armas.

Mucho le interesaba la libertad de Fernando, porque Fernando era la vida de Adelaida, y para Cabezota no habia nada en el mundo sino su señorita; pero el doctor Espinosa habia cautivado su espíritu la noche en que por primera vez le oyó hablar en casa de la condesa, y desde que

supo que el Duende le tenia entre sus garras, ya no pensó en otra cosa sino en arrancarle de ellas.

Estaba persuadido de que el doctor era el único que podia librar á Adelaida de la fatalidad que sus enemigos hacian pesar sobre ella; pero aun cuando no hubiese sido así, las simpatías que sentia hácia el doctor le habrian hecho sacrificarse en defensa suya. Por eso se arrojó á la temeraria empresa que el lector conoce, y en la que le dejaremos empeñado por ahora, para volver la vista á la desventurada Adelaida, y á su no menos desdichada amiga Eugenia.

Mientras el conde de San Fabian y las gentes de la servidumbre de la condesa de Baza pudieron cumplir las instrucciones del doctor Espinosa, Adelaida no supo, ni el arresto que estaba sufriendo, ni el de sor Clotilde, y todos pusieron especial cuidado en ocultarla la prision de su único y querido amigo Fernando.

Eugenia lo sabia todo; pero obligada á no separarse del lado de su amiga, y á evitar la reproduccion del delirio que habia alarmado á todos, ahogaba el dolor en su pecho, y con la sonrisa en los lábios, ocultaba las penas que rasgaban su corazon.

Al fin fué preciso que Adelaida supiera una gran parte de sus nuevas desgracias; y antes de trasladarla á casa del marqués de Santa Rita, acompañada de la marquesa y de Eugenia, esta desempeñó la penosa comision de revelárselo todo, menos la prision de su hermano Fernando.

Adelaida no sintió tanto su desgracia como la de la superiora, y al considerarse como única causa de todos los males que afligian á sus amigos, se deshizo en lágrimas, y permaneció largo rato abrazada á Eugenia, que tambien en aquella ocasion desahogó su pecho, dando rienda suelta al llanto.

La marquesa de Santa Rita, cuyo carácter frio conoce el lector, no podia comprender lo que pasaba en el alma de aquellas jóvenes, porque en su corazon no habian tenido

entrada nunca los sentimientos elevados que tanto distinguian á las dos amigas. Pero su génio estravagante, que sin cesar la inclinaba á familiarizarse con todas las situaciones mas opuestas á sus propios sentimientos, y el afan con que pretendia dominar toda clase de obstáculos, la hizo tratar á las dos amigas con una dulzura tal, que habria estremecido á los que conocian su carácter altivo y los descompuestos arrebatos de su implacable cólera.

Las cariñosas palabras con que procuraba consolar á Adelaida, ofreciéndola ser una segunda hermana suya, y el interés que afectaba sentir por su desgracia, habria parecido á todos el aspid venenoso con que la culebra fascina al pájaro inocente para asegurar su presa.

Pero no era así ciertamente, y la marquesa, que, como dijo muy bien el Vizco, solo era agente y cómplice del Duende por un lujo estravagante de aventuras, no pretendia otra cosa sino llamar hácia sí la atencion del público, y escitar la envidia de las demás mujeres del gran mundo.

Lo mismo que se proponia en sus bailes y en sus reuniones, se habia propuesto al encargarse del depósito de Adelaida. Sabia que la nueva duquesa de Mont-Marsan iba á despertar la curiosidad del público, y queria ser ella la que la presentára en los círculos de la aristocracia. Teniendo en su casa á la jóven Adelaida, conseguia una celebridad mayor que la que tantas veces habia ambicionado.

Los deseos de Luisa Manrique estaban satisfechos sirviendo de instrumento ciego á las maldades del Duende, que, en honor de la verdad, debemos decir que no conocia la marquesa.

Para haber estrechado su amistad con el abad de Maqueda la bastó saber que era enemigo del padre de su esposo, y el confidente íntimo de su amigo el baron del Arfil.

Este intrigante estranjero, al cual, de intento, no hemos querido que vea el lector sino confusamente, era la causa principal de que la marquesa estuviese comprometida

con el Duende de una manera tan deshonrosa para ella. Sus mismas amigas lo conocieron así, y el depósito de Adelaida en casa de la marquesa solo sirvió para deprimir á esta, encareciendo las virtudes de la jóven duquesa de Mont-Marsan.

Pero Luisa, cuyo carácter frívolo no podia aspirar ni comprender otra cosa que triunfos efímeros y pasajeros, habia logrado su intento viéndose visitada por las principales señoras de la córte en el momento en que se supo en Madrid que la jóven Adelaida estaba en su compañía.

Cuando el Vizco llegó á la casa del marqués de Santa Rita, su carruaje fué el sesto de los que estaban esperando á sus dueños en la calle de la Reina, esquina á la de San Jorge.

El portero no estaba vestido de gran librea como la noche del baile; ni la asamblea lacayuna era tan numerosa como la de aquel dia; pero no le faltaban cuatro amigos con quienes murmurar un rato de sus amos, y á quienes oir algunas noticias biográficas de las señoritas que habian entrado allí aquella mañana.

El lacayo de la marquesa de Monte-Oscuro parecia ser el mas enterado de lo que pasaba, y todos le oyeron como á un oráculo esplicar el orígen y la historia de aquellas jóvenes, que él creia ser las dos hermanas de la Caridad que se habian escapado del Hospital General.

—¿Quién hubiera dicho,—esclamó el portero,—que aquellas beatas que sacó por esta puerta el fantasmon de don Policarpo, habian de ser la una duquesa, y la otra poco menos? ¡Todos los pícaros tienen fortuna!... Lo menos que le hacen ahora á ese tuno es mayordomo de casa de la duquesa... Hay hombres que nacen de pié, y don Policarpo es uno de ellos.

—Pues mira tú,—dijo el de Monte-Oscuro,—que si es verdad lo que á mí me han dicho, las rentas de ese ducado valen por ocho de los *nuestros*...

—¿De veras?... ¡Ah, mil demonios!... ¡Y cómo se vá á armar ese pícaro!... ¡Aparejado es para calzarse con la direccion de la casa!...

—No lo creais... El apoderado será francés,—interrumpió uno de los lacayos.

—Eso sí que no,—dijo el de Monte-Oscuro,—porque, segun me ha dicho Juanon el de *Baza*, la señorita es muy española, y no querrá criados franceses.

—¿Piensa establecerse en Madrid?—preguntó con ansiedad el portero.

—Discurro que sí.

—¡Si tal supiera!...

—¿Qué?...

—Escribiria á mi cuñado Paco y á mis dos sobrinos para que viniesen acá al momento... Los chicos son buenos mozos y siempre tuvieron aficion á la librea... Y mi cuñado á pocas lecciones lleva un par de caballos mejor que el cochero del abad de Maqueda.

—¿Y qué se ha hecho de ese señor?—dijo uno de los lacayos.

—Yo no sé,—contestó el portero, revelando en su semblante que sabia algo mas de lo que le preguntaban.

—En su casa no está,—replicó el de Monte-Oscuro,—y es muy curioso lo que contesta la *familia* cuando se pregunta por él.

—¿Qué dicen?—preguntó con sorna el portero.

—Que ha salido... pero que no saben cuándo volverá... y en fin, ¡como en aquella casa todos son misterios!...

El portero se impacientaba por el giro que iba tomando la conversacion, y no sabia cómo cambiarla, cuando al poco rato de haber subido el Vizco, entró en el portal una vieja, ocultando el rostro con el manton que la cubria la cabeza.

Adelantóse á recibirla, y ella le dió una tarjeta negra, en la que estaba escrito con letras de oro un nombre debajo de una cruz blanca, y le dijo:

—Suba usted corriendo.

—El portero, lejos de correr, la miró de arriba abajo con aire de orgullo, y haciendo demostracion de devolverla la tarjeta, la replicó:

—Ni corriendo ni andando... no subo... Siempre viene usted metiendo prisa, y lo que es ahora no puedo dejar sola la portería.

—Pues déjeme usted subir, —replicó la vieja.

—Tampoco... Ahora, cuando pase por aquí algun criado de la casa, se la daré para que la suba, si quiere.

—¡Mire usted que es muy urgente! —dijo con intencion la vieja,—y el amo me tiene dicho que usted no me detendria nunca.

—¡El amo! —repitió el portero.—¡El amo!... Yo no tengo mas amo que el señor marqués. En fin, voy á subirla; pero es la última... Ya ha venido usted hoy tres veces.

—¡Cómo ha de ser!... Lo peor es para mí.

El portero se dispuso á subir por la escalera llamada de familia, y volviéndose á la vieja, la dijo:

—Ea, sálgase usted á esperar á la calle.

—¿Y por qué?

—Porque su escelencia, mi señora, no quiere que haya gente pobre en el portal... Pero lo mejor será que suba usted conmigo, y así no me hará perder el tiempo si su amo quiere recibirla.

La vieja, que no era otra sino la Peregrina, de cuya amistad con el Duende con razon habia temido alguna mala partida el Vizco, se apresuró á seguir al portero, y este volvió á bajar solo á los pocos minutos.

Los lacayos le hicieron mil preguntas sobre la vieja, y él esquivó contestarles, procurando distraer su atencion, cuando al poco rato de hallarse de nuevo en el portal, por la misma escalera que habia subido la Peregrina, volvió á bajar esta, y detrás de ella un caballero alto, embozado hasta los ojos en una capa azul.

Era el Duende, que estaba oculto en casa del marqués de Santa Rita, pretestando ser víctima de persecuciones políticas. La reserva que el portero habia usado con los lacayos era natural, porque creia que sus palabras sobre un asunto de tanta importancia podian comprometer á sus amos.

La aparicion del Duende no se escapó á la observacion de los lacayos; pero ninguno la dió importancia, á escepcion del de Monte-Oscuro, que dijo sonriendo:

—¿Adónde irá ese embozado, que no parece sino que lleva el alma del abad de Maqueda?

—Deja en paz al abad, —replicó el portero.

—¡Qué le deje!... ¿Pues yo le digo nada ahora? Si me he acordado del santo de su nombre, ha sido por que esa fantasma que ha cruzado por aquí tiene su misma estatura y tan pocas carnes como él... Por lo demás, él es quien no nos deja hace dias á sol ni á sombra.

—¿Pues no decias que no se le encontraba en ninguna parte?

—Y es verdad que no se le encuentra; pero como no parece tampoco nuestro señorito...

—¿Qué señorito? —preguntó uno de los lacayos.

—¡Qué señorito ha de ser, torpe!... ¿Hay mas de uno en casa?

—En tu casa no hay ninguno.

—Pues bien, hombre: el señorito conde, el sobrino de la señora es el que yo digo.

—¿Y no parece?

—No.

—¡Jesucristo!... ¡A que se lo ha llevado alguna de esas mozas que cantan en los teatros! El fué siempre muy aficionado á ellas.

—No tal... ¿Os acordais vosotros del desafío que leimos *antier* en ese periódico que llaman... el *Trueno?*

—¡Qué trueno, bárbaro! El *Trono.*

—Es igual; vosotros ya entendeis lo que yo quiero de-

cir... Yo digo que el señorito Eduardo se ha escapado, porque él era uno de aquellos dos desafiados... no el muerto, sino el otro.

—¿Con que hizo una muerte?—dijo el portero.

—No tal, hombre; el muerto murió en el desafío.

—¿Pero le mató el señorito?

—Sí, le mató... pero no le mató... Vamos, yo me entiendo, pero no sé esplicarme. En los desafíos de los señores, para que me entendais, aunque se matan, no se matan... es decir, vamos... yo me entiendo...

—Pues yo no,—dijo el portero.—¿No se pegaron de pistoletazos los dos?

—Sí.

—¿No murió uno de ellos?

—Sí.

—Pues entonces, claro está que le mató el otro.

—Bien... le mató... pero no le mató... En fin, yo os digo que no acierto á esplicarme.

—Lo que quiere decir este jumento,—dijo un lacayo viejo, que habia callado hasta entonces,—es que el señor conde no es asesino, aunque haya matado á un hombre.

—Justo y cabal; me alegro de que me hayas comprendido.

—Pues yo no lo entiendo así,—dijo el portero,—y si es verdad que el señorito ha muerto al otro, tan asesino es como la gente del Rastro cuando se pega de puñaladas.

—Calla, bárbaro,—replicó el de Monte-Oscuro,—tú no entiendes una jota de lo que son las leyes de los señores.

—Ni quiero; y al primero que me desafie, le deshago la tabla del pecho de una puñada, ó le baño los morros en sangre, dándole un golpe en las narices.

Así continuaron hablando los lacayos, volviendo á ocuparse del nuevo ducado de Mont-Marsan, mientras llegaban nuevas visitas á la habitacion de la marquesa.

Esta las recibió á todas con aire de importancia, gozán-

dose en la celebridad que adquiria á costa de la desgracia de Adelaida, que, encerrada con su amiga Eugenia en un gabinete que al efecto las habian preparado, rogaron ambas á la marquesa que no las dejase ver de nadie.

Por eso á la exigente curiosidad de sus amigas respondia la de Santa Rita con palabras evasivas, abandonándolas á cada momento para ir á ver á su depositada, y aparentando un celo esquisito por cumplir su delicada comision.

La duquesa de Monte-Oscuro, la condesa de Campo-Amarillo, y otras dos señoras, cuyos títulos nos son desconocidos, eran las que se habian propuesto ver á Adelaida, y no se movieron de sus asientos, á pesar de haberse ido retirando las demás visitas que entraron allí con igual empeño.

En las frecuentes ausencias de la marquesa murmuraban de ella á su sabor, y aparentaban compadecer á la jóven duquesa de Mont-Marsan por haber caido en poder de Luisa.

—¡Buenas cosas aprenderá si está mucho tiempo á su lado!—decia la una.

—¡Pobres rentas, si ella se encarga de administrarlas!—añadia la otra.

—¿Y de dónde ha salido esa jóven?—preguntó la de Campo-Amarillo.—Nadie ha oido hablar de ella hasta ahora...

—¿No lo sabes?—dijo la de Monte-Oscuro.

—No.

—Pues es una hija natural del duque de Mont-Marsan.

—¿Y cómo ha heredado el título?

—Porque su padre la ha reconocido antes de morir.

—¡Vaya! ¡Tal para cual! Se habrá criado pobremente como Luisa, y harán una escelente pareja.

—Ha sido hermana de la Caridad...

—¿Sí?... No me digas mas... será una gazmoña.

—He oido decir que no,—repuso una de las otras señoras.—El conde de San Fabian me ha hecho grandes elogios de ella, y dice que es una santa.

—¡Y quién hace caso del conde!... El conde es tonto, y en viendo faldas, aunque estén colgadas en una percha, se derrite.

—¡Pobre viejo!...—dijo la de Monte-Oscuro.—¡Está chocho!

La llegada de la marquesa interrumpió la murmuracion de sus amigas, y todas se apresuraron á preguntarla:

—¿Está mas consolada?

—Sí,—respondió la marquesa con un aire de orgullo, imposible de describir.—Dice que lo único que sentiria seria separarse de mi lado... Hemos simpatizado mucho... Nuestras almas se han comprendido.

La duquesa de Monte-Oscuro se volvió á mirar á la de Campo-Amarillo, que torció la boca, arqueando las cejas, y como si repitiera allá en sus adentros las sacrílegas palabras de *tal para cual*.

El marqués entró con timidéz en la sala, y saludando del mismo modo á las amigas de su esposa, se dirigió á esta sonriendo, y con voz débil la dijo:

—Luisita...

—¿Qué quieres?—le preguntó ásperamente la marquesa.

—Nada... hija mia... decirte que Daniel Mendoza está en mi cuarto, y desea... hablarte..

—¡Qué sandeces tienes!... ¿No ves que estoy ocupada?

—¡Si ya se lo he dicho!... Pero dice que te interesa lo que tiene que decirte... ¿Con que... le digo?...

Y el marqués, aturdido, no acertaba á preguntar lo que habia de decir al Vizco, que esperaba la contestacion en su cuarto.

—Dile que pase.

—Es que... me parece... yo no lo sé, Luisita, pero creo que tiene que hablarte en secreto.

—¿A mí?—dijo la marquesa, satisfecha de que sus amigas presenciáran el nuevo triunfo de verla andar en secretos con el capitan de la Partida del Trueno.

—Sí, á tí,—repuso el marqués.

—Pues, amigas mias,—dijo la marquesa,—mucho siento abandonaros, pero ya se vé... estoy tan ocupada, que... no tengo tiempo para nada...

Dos de las amigas se dieron por despedidas, y se retiraron; la de Monte-Oscuro y la de Campo-Amarillo dijeron casi á la vez:

—Ves á ver lo que te quiere decir Mendoza... nosotras te esperamos... no tenemos prisa.

—¿Pero habeis de estar aquí solas?

—Pasaremos, si quieres, á acompañar á la duquesita mientras tú vuelves.

—El caso es,—repuso la marquesa,—que no puede ser ahora... porque ya os he dicho lo que ocurre.

—Pues bien; te esperaremos aquí.

La marquesa hizo un gesto de rábia, y colgándose con afectada coquetería del brazo de su esposo, se dirigió á la habitacion donde esperaba el Vizco.

CAPITULO CXVI.

La pasion de Eugenia.

Sin la decidida proteccion del conde de San Fabian, les habria sido imposible á las dos amigas conseguir que la marquesa de Santa Rita las dejase estar en un gabinete á solas con su desgracia, y retiradas de la impertinente curiosidad de las visitas. Pero el conde, apenas supo que se habia otorgado á su hija política el depósito de Adelaida, y á pesar de la poca cordialidad que habia entre ellos, se propuso amparar á la desdichada jóven contra la funesta influencia de la marquesa. No ignoraba el de San Fabian que semejante proteccion le habia de acarrear graves incomodidades; pero las arrostró todas por cumplir la palabra que habia empeñado á sor Clotilde, y por ser útil en algo á la hija de una de sus mejores amigas, Margarita Cáceres.

El aviso que dieron al conde la vieja María y la señora Crispina fué tardío, porque ya habia tenido noticia de todo, y cuando llegaron á casa del marqués de Santa Rita, Adelaida y Eugenia, se encontraba allí el conde.

Por consideraciones hácia sus huéspedes, y porque, en honor de la verdad, nunca se habia propasado abiertamente con el padre de su marido, la marquesa de Santa Rita le

permitió acompañarlas largo rato, hasta que el mismo conde se retiró á su habitacion, dejando encargado al único criado de su confianza que habia en casa del marqués que le diese aviso de lo que ocurriera.

Adelaida y Eugenia quedaron por lo tanto solas en un gabinete riquísimamente amueblado; pero en el que se advertia, como en las demás dependencias de la casa, el pésimo gusto de la marquesa, del que ya nos hemos ocupado en otra ocasion.

Desde que supo que Adelaida iba á ser depositada en su casa, y se informó de que habia vestido el hábito de las hermanas de la Caridad, creyó que el aposento que la destinára deberia adornarlo de una manera especial y análoga á las inclinaciones de la jóven. Para ocurrirla semejante idea la bastaba haber leido una novela de Walter Scott, y ver cómo el autor prepara las habitaciones de los personajes, con arreglo á las condiciones especiales de cada uno de ellos; pero para saber cómo debia adornar el gabinete de Adelaida, ni eran suficientes los recuerdos de las novelas, ni bastaban las aspiraciones aristocráticas de la marquesa. Eran necesarias otras dotes que jamás habia tenido Luisa Manrique, ni menos su mayordomo, á quien ella confió tan delicado encargo.

Encarecióle mucho la necesidad de que en el adorno del gabinete se advirtiera el lujo digno de una duquesa, y la sencillez y la devocion de una hermana de la Caridad.

Y el mayordomo creyó haber comprendido perfectamente los deseos de su señora, diciendo para sus adentros: lo que quiere su escelencia es que el gabinete sea mitad á modo de una celda de monja, y mitad á manera de un palacio.

Así lo hizo, y por eso, en vez de un reclinatorio elegante para que Adelaida se entregára á los ejercicios piadosos, colocó un altar del peor gusto en medio de unos muebles riquísimos y del mayor lujo.

El sofá en que estaban sentadas las dos amigas, recibiendo continuas visitas de la marquesa, era de carton piedra, maqueado con gran primor, con embutidos de nácar sobre negro, y forrados sus muelles-cojines de raso blanco, ligeramente azulado.

Vestidas de negro las infelices huérfanas, sus bellos contornos se dibujaban sobre la blancura del asiento, y cogidas de las manos, con la cabeza caida sobre el pecho, parecian esperar resignadas el resultado de la terrible lucha que se habia armado, á su pesar, entre su implacable perseguidor y los pocos amigos que habian quedado libres de sus infernales maquinaciones.

Adelaida habia recuperado completamente la razon, y en los brazos de su querida amiga cobró valor para soportar los nuevos infortunios, sin que un momento se estinguieran en su pecho las virtudes sublimes que tan alta consideracion la hicieron adquirir entre cuantas personas la trataban. Pero tanto habia sufrido la desdichada jóven, que rendida su alma por la fuerza de los dolores, parecia haberla abandonado aquella fé cristiana que sonreia en sus lábios cuando sufrió las grandes amarguras de su vida.

Los horribles martirios de la Torre del Duende y la persecucion que sufrió en la Peña-Sacra, la encontraron siempre animosa y serena, con la fé en el alma y la esperanza del triunfo en el corazon.

Los acontecimientos posteriores la habian privado de los triunfos que acababa de alcanzar, y para devolverla la fria memoria y los vanos títulos de su difunto padre, la entregaban de nuevo en poder del hombre que tan injustamente la habia perseguido.

Semejante desgracia no la hacia nunca renegar de su fé ni perder la esperanza; pero la hacia conservar ambas virtudes en el fondo de su alma, sin atreverse á usarlas por temor de perderlas.

La desconfianza estaba á punto de envenenar el corazon

de la desdichada jóven con sus desconsoladores halagos.

Quizá el discurso del doctor Espinosa, cuyas palabras no olvidó ni un solo momento Adelaida, impidió el triunfo de la desesperacion sobre las ruinas de la fé y de la esperanza.

Su pobre amiga Eugenia sufria mas aun, porque, obligada á ocultar á Adelaida la prision de su querido hermano Fernando, no podia desahogar su pecho... oprimido por el mas horrible de los dolores: el de no poder compartir las penas que le atormentaban.

Para un alma como la suya, sencilla, comunicativa é incapaz de negarle al semblante la participacion de sus secretos, era un verdadero tormento el que sufria ocultando la pena que la destrozaba, y no pudiendo buscar en su amiga un consuelo para tanto dolor.

Sin embargo, en su rostro, macilento y triste, en aquella mirada melancólica y vaga, que parecia el último soplo de la luz de sus hermosos ojos, y en el abandono desconsolador de su cuerpo, podia adivinarse un sentimiento mas hondo y otro dolor mas profundo que el de la prision de su hermano.

Despues de haber empleado todas sus fuerzas en consolar á su querida amiga, cayó rendida y desmayada, como si para ella no hubiese ya en el mundo ni una sola esperanza de salvacion.

Adelaida era la única persona que podia comprender el dolor de Eugenia, como esta conocia el de su amiga al imponerse el terrible precepto de no preguntarla por Fernando.

Ambas guardaban en sus pechos un secreto doloroso á la vez para cada una de ellas.

Eugenia estaba enterada de la prision de Fernando, cuya ausencia inquietaba demasiado á Adelaida, y esta sabia la infidelidad de Cárlos Sandoval, que remotamente sospechaba Eugenia.

Este era el gran dolor que la aquejaba, y la falta de noticias de su amante era la causa de la desconsoladora languidez en que se encontraba. Pero no se atrevia á comunicar su pena con Adelaida, por miedo de renovar en esta la memoria de Fernando, y verse obligada á engañarla si la preguntaba su paradero.

Igual reserva usaba, por iguales razones, Adelaida, y se imponia el costoso sacrificio de no pronunciar el nombre de Fernando por miedo de que su amiga le hablase de Cárlos.

Esta era la causa de que, despues de haber orado ambas al pié del altar que las habian dispuesto en el gabinete, y de contestar á las frívolas preguntas de la marquesa, quedáran largo rato en profundo silencio, mientras en el gabinete del marqués de Santa Rita la esposa de este tenia una entrevista con el Vizco.

Adelaida fué la primera que, despues de haber clavado sus ojos diferentes veces en el afligido semblante de su amiga, dijo:

—¡Eugenia!...

Esta alzó la cabeza al oir la dulce voz de su amiga, y haciendo asomar á sus lábios una sonrisa forzada, que ponia mas en relieve la angustia de su alma, besó en la frente á Adelaida, y lanzó un hondo suspiro, que parecia haber estado oculto largo espacio de tiempo en su corazon.

Ese suspiro era un presagio del bárbaro dolor que destrozaba el pecho de aquella desdichada criatura.

Sobre la dolorosa memoria de su difunto padre, y sobre el pesar de la reciente desgracia de su hermano, se alzaba un dolor poderoso y fuerte que la hacia olvidar los demás infortunios de su vida.

La paz horrible de aquel sepulcro del bienestar y de la felicidad, que yacian enterradas desde el 17 *de Junio de* 1834, fecha tristísima que el lector conoce, habia sido turbada por el grito siniestro de una pasion, que en vano quiso ahogar á costa de penosos esfuerzos.

No habia en el alma de la infeliz Eugenia sino un afecto inmaculado y puro, que la dió valor para soportar las desgracias de su vida, y ese afecto estaba herido de muerte por un veneno traidor y aleve... la incertidumbre.

El único remo sano que conservaba el náufrago para atravesar en alas de la fé el revuelto mar del infortunio, estaba á punto de romperse ya, y zozobrando en un piélago de dudas, veia próxima á hundirse para siempre la esperanza de ganar la orilla.

El suspiro desgarrador y horrible que habia salido á despecho suyo del corazon de Eugenia era el primer estallido de la única tabla de salvacion que le quedaba, y que amenazaba romperse ya.

Los violentos esfuerzos que hacia por reprimir la pena que rasgaba su pecho, eran como la contraccion nerviosa del reo de muerte, que cierra los oidos para no escuchar el silbido de las balas que le han de privar de la existencia.

Eugenia no queria oir los gritos que retumbaban en su corazon, y rechazaba con afan la voz secreta que acusaba á su amante de haber sido infiel á una pasion que ella habia conservado eternamente inmaculada y pura en su alma.

Una série penosa de males la habian afligido desde que, viviendo pobremente con su anciano padre, cayó privada del sentido en medio de una calle para abrir sus ojos en el mercenario lecho del Hospital, y en ese tiempo, y especialmente desde que murió don Lorenzo, parecia que habia olvidado lo que no se borró nunca de su memoria... sus amores con Cárlos Sandoval.

Su hermano Fernando, á quien apenas se atrevia á interrogar la causa del estraño silencio de su amante, nada la habia dicho que pudiese satisfacerla, y antes, por el contrario, parecia que esquivaba hablar del hombre con quien ambos habian vivido, y al que consideraban como á un hermano.

Tres meses hacia ya que no recibia carta suya, y Fer-

nando no habia sido portador de un simple recuerdo, ni de una palabra siquiera de Cárlos; pero lo que mayor pena causaba á Eugenia era su silencio despues de la muerte de don Lorenzo.

Eugenia no podia creer que su hermano hubiese dejado de participar á Cárlos tan infausta noticia, y un dia, y otro, esperaba los consuelos del hombre, que quizá con este motivo atropellaria todos los obstáculos para volar á su lado.

Pero en vano aguardó la carta ó el amante; la infidelidad de este hizo imposible aquella.

Ya no era la incertidumbre, sino la realidad de su desgracia, la que afligia á la desdichada jóven. Sin embargo, preferia la duda y la esperanza de un imposible halagüeño, á la evidencia del último de los males que podian sucederle. Por esto, en vez de interrogar francamente á su hermano, ó de confiar sus temores á Adelaida, preferia sufrir en silencio la pena que la destrozaba el corazon.

Pero esta violenta reserva no podia escaparse á los ojos de Adelaida, que sufria en aquel momento un dolor parecido al de su amiga, y fácil la fué encontrar la palabra que iba envuelta en el hondo suspiro que acababa de lanzar Eugenia.

Mientras está habia permanecido silenciosa y quieta, Adelaida no creyó prudente interrogarla sobre la causa de su abatimiento; pero cuando, reclinada en su hombro, la habia oido pronunciar el nombre de *Cárlos* en cada uno de los frecuentes suspiros que salian de su pecho, no pudo permanecer por mas tiempo indiferente al dolor de su amiga, y la dijo:

—¡Eugenia!... ¿Qué tienes?... ¿Por qué suspiras?

—Por nada...—respondió con voz débil Eugenia.—Por nada... no tengo nada.

—¿No soy ya tu amiga?—dijo Adelaida tristemente.

—¡Ah! Sí... sí...—gritó Eugenia, abriendo con espanto sus hermosos ojos, y como si temiera que viniesen á robar-

la el cariño de Adelaida.—¡Tú eres mi amiga... sí... mi única amiga!... Ya no tengo á nadie mas que á tí en el mundo...

—¿Y Fernando?...—esclamó Adelaida asustada.

—¡Fernando!...—repitió con voz triste Eugenia,—es cierto... Fernando... pero mi hermano y tú sois una misma persona para mí...

—Sin embargo...—dijo Adelaida.—¡Hace cinco dias que no le hemos visto!... ¡Nos habrá olvidado!...

—¡Adelaida!...—repuso con tono de reconvencion Eugenia.—Fernando no te olvidará nunca...

—¡Nunca!...—repuso Adelaida.

—Nunca...—volvió á decir Eugenia,—Y ahora que han desaparecido los obstáculos que se oponian á vuestro matrimonio, vivireis felices... Mientras que yo... ¡sola!... ¡siempre sola!... sin tener una persona que se acuerde de mí, sobre la fria memoria de mi soñada felicidad, haré votos al cielo por la vuestra...

Eugenia, que al aventurar estas últimas palabras, aun tenia la esperanza de que su amiga la consolára, haciéndola confiar en la constancia de su amante, y ofreciéndola que seria feliz como ella, quedó horrorizada al observar el silencio de Adelaida, y cubriéndose la cara con las manos, empezó á sollozar amargamente.

Adelaida la reclinó la cabeza sobre su pecho, y apartando los cabellos que caian sobre su frente, se esforzó por contener sus lágrimas, y la dijo:

—Eugenia... hermana mia... no llores... Estás en mis brazos, en los brazos de tu desgraciada amiga, que no pide al cielo otra felicidad que la de vivir eternamente á tu lado... Recoge las lágrimas que viertes, y no te abandones á la desesperacion...

—¡Cárlos!... ¡Cárlos!...—esclamó con acento triste Eugenia.

Adelaida alzó los ojos al cielo, espresando lo que su-

fria su corazon por no poder calmar la pena de su amiga.

Y así permanecieron largo rato en silencio las dos, hasta que Eugenia, incorporándose sobre el asiento, con la mirada fija, pero espantada, llevó la mano á su seno y sacó un papel despedazado, que ya en otra ocasion habia enseñado á su amiga.

Esta la miró horrorizada, pero sin atreverse á decirla una sola palabra, y Eugenia, desdoblando cuidadosamente el papel, lo acercó á sus ojos, lo miró por uno y otro lado, y dejándolo caer sobre sus rodillas, esclamó con un tono de amargura desconsolador y horrible:

—*¡Nada! ¡No hay nada!... La fé de Cárlos ha perecido...*

Adelaida recordó que estas palabras eran las mismas que su amiga habia pronunciado en la sala de distinguidas del Hospital General, cuando, por la impertinente curiosidad de las enfermeras, se habia perdido la flor seca, que, reducida á polvo, se encerraba en aquel papel. A su memoria vino tambien entonces la reconvencion que hizo á Eugenia, reprendiéndola por que dudaba de la fé de Cárlos por haberse perdido la flor que se dieron mútuamente como prenda eterna de su cariño. Entonces la dijo que el destino de las criaturas no debia fiarse al acaso, y en la ocasion presente no sabia qué decirla. Lo que Fernando la habia contado de Cárlos la indicaba que la desgracia que presintió su amiga era cierta, y el recuerdo de lo ocurrido en el Hospital la atormentaba demasiado.

No podia Adelaida hacerse superior al trastorno en que la dejaron las palabras de su amiga, y esta fué la primera que rompió el silencio, leyendo con aire de penosa distraccion estas palabras:

La fé... 17 *de Junio de* 1834.

—*La fé...*—repitió sonriendo amargamente.—*¡La fé!*—volvió á decir, clavando sus ojos en los de Adelaida.—Hoy se cumplen cinco años, siete meses y un dia, que Cárlos,

ofreciéndome una violeta... ¡era la única que habia quedado en el jardin de mi casa!... me juró un amor eterno, y me pidió que guardase aquella flor como símbolo de la fé de su promesa... ¡Yo la he perdido... y Cárlos ha faltado á su juramento!...

—¡Eugenia!... ¡Por piedad!... ¡No digas esas cosas!...

—Tienes razon... Cárlos no ha quebrantado su juramento... Yo soy la que le he roto. Yo he sido la infiel que se ha dejado arrebatar aquel testigo de nuestras últimas promesas de amor...

Y derramando copiosas lágrimas, con la ternura del anciano que refiere á sus hijos la historia de su juventud, añadió:

—Yo la he llevado por espacio de cinco años y medio en el pecho; la besaba todos los dias, y esa flor era el símbolo de mi felicidad futura... Con ella he triunfado de todos los reveses del destino, y cuando la he perdido, he visto morir á mi padre... y mi pobre hermano...

—¡Tu hermano!... ¿Qué?... Acaba, —dijo Adelaida, asustada al ver que Eugenia se detenia al pronunciar esa palabra.

—¡Mi hermano!...—repitió Eugenia, volviendo en sí al oir la pregunta de su amiga.—A mi hermano,—añadió,—no le sucede nada...

—¡Ah! No es cierto lo que me estás diciendo, Eugenia; esplícate, por piedad; yo te lo suplico... Tus palabras encierran un horrible misterio... Díme qué nueva desgracia me ocurre...

—Yo no sé nada...

—Me engañas... Fernando no podria estar sin vernos tanto tiempo si alguna desgracia no se lo impidiese... ¡Ah! ¡Yo debia haberla adivinado ya!... Díme por Dios lo que pasa, y yo tambien ofrezco revelarte...

—¿El qué?...—la preguntó con viveza Eugenia.—Habla... ¿Tienes noticias de Cárlos?... Díme que no es infiel

á mi pasion... que me ama como yo le amo á él... como le he amado siempre... como le amaré mientras viva... ¡Como no imaginaba que se pudiese amar nada en el mundo!...

Adelaida conoció que habia sido demasiado imprudente al indicar que podia pagar el secreto de su amiga con otro, y trató de enmendar su error eludiendo las preguntas que la hacia Eugenia.

Pero esta dejó caer las manos sobre las rodillas, y alzando al cielo sus ojos, esclamó con acento de desesperacion:

—¡Ah! Tambien yo debia haber adivinado por tu silencio que sabias toda la inmensidad de mi desgracia... ¡Fernando te habrá hablado de Cárlos!... ¿No es verdad?... Díme, —añadió, acercándose á su amiga con aturdimiento,—díme, ¿no te ha dicho que Cárlos me ama?... ¿Que piensa en mí siempre?... ¿Que él no ha perdido, como yo, la prenda de nuestro eterno cariño?... Respóndeme, Adelaida, respóndeme por Dios... Yo te lo suplico... ¡Pero callas!...—continuó Eugenia con acento tristísimo;—¡Callas, porque no quieres agravar mi dolor confirmando mis dudas! Pues bien; te engañas, porque yo no sufro nada... no sufro. Ya sé que Cárlos no me ama, pero no me importa y...

Adelaida miraba con espanto á su amiga, y esta, que habia tentado inútilmente todos los medios de averiguar la certeza del dolor que presentia, dijo:

—¿Con que no me ama?... ¿Con que me ha olvidado?... Respóndeme, hermana mia, respóndeme... por Dios... te lo suplico... te lo pido de rodillas...

Adelaida, aturdida por el estremado dolor de Eugenia, la alzó á sus brazos antes de que inclinára la rodilla, como se disponia á hacerlo, y cubrió de lágrimas su semblante, sin acertar á decirla una sola palabra.

Las lágrimas de Adelaida, y su obstinado silencio, estremecieron á Eugenia, por cuya imaginacion, entonces de fuego, habia cruzado una idea mas siniestra aun que la de la infidelidad de Cárlos... la de su muerte.

Y soltándose con violencia de los brazos de su amiga, alzó de nuevo al cielo sus hermosos ojos, y dijo:

—¡Dios mio!... ¿Habré sido injusta con el pobre Cárlos?... ¿Habré profanado su memoria, suponiéndole capaz de una accion indigna de un corazon como el suyo?... ¡Cárlos!... ¡Cárlos!... ¿No es cierto que me has sido fiel hasta el sepulcro?... ¿No es verdad que llevas aun sobre tu corazon el juramento que hicimos al separarnos?... Perdóname, Cárlos, perdóname que haya dudado de tí... ¡Ah!... ¡Las lágrimas que vierto sobre la tumba de nuestro buen padre regarán tambien la tuya, y seca de llorar mi vida, el cielo querrá llevarme á vuestro lado!

—¡Eugenia!—dijo Adelaida, estrechando las manos de su amiga.—¿Qué frenesí es ese que te arrastra de tan estraña manera á confundir la memoria de tu padre con la de tu amante?... ¿Quién te ha dicho que Cárlos ha muerto?

—Tus lágrimas,—respondió con aparente tranquilidad Eugenia.

—Yo no las vierto por Cárlos, sino por tí.

—¿Por mí?—dijo Eugenia con espantosa sonrisa.—Por mí no llores... Yo era muy desgraciada, porque creia que Cárlos se habia olvidado de mí, y que podia amar á otra mujer en este mundo... pero ya sé que me ha sido fiel hasta el sepulcro...

Estas últimas palabras revelaban un esceso de pasion estraordinario, y Adelaida, que quizá no habria llevado á tal estremo la que sentia hácia Fernando, se estremeció horrorizada de que Eugenia prefiriera saber que Cárlos habia muerto á verle en los brazos de otra mujer.

Era su amiga de un carácter menos espansivo que el suyo, y por eso no la creia capaz de un amor tan grande. Viviendo juntas en el colegio nada la habia dicho de su amor, y solo por cartas la dió cuenta de esa pasion, que mas tarde la refirió estensamente en el Hospital.

Adelaida participaba en este punto de la opinion gene-

ral, que hace incapaces de sentir grandes pasiones á las personas poco comunicativas y reservadas, sin conocer que los afectos del alma, cuanto mas encerrados están dentro de ella, tanto mas profundizan y se arraigan.

Eugenia, acostumbrada á sufrir en silencio la falta de noticias de Cárlos, sin atreverse á confiar á su anciano padre, ni sus amores, ni los sobresaltos que la atormentaban, habia acariciado su pasion con tanto mayor ahinco, como que ella sola habia de cicatrizar las heridas que abriera ella misma.

Tenia miedo de pronunciar en público el nombre de Cárlos y de hablar de su amor, porque sufria celos hasta de las personas que lo escuchaban.

Queria que todos ignorasen la felicidad que albergaba en su corazon, para gozar con ella á sus solas, persuadida de que solo para ella podia existir tanta dicha.

Tal era el estremo de la pasion que Eugenia sentia por el hombre que la habia olvidado, casándose con una mujer de mala nota en un pais estranjero.

Si Eugenia hubiese sabido tamaña ingratitud, quizá no habria dicho que preferia verle muerto á saber que estaba en los brazos de otra mujer.

Cárlos era, por su escaso talento, indigno del amor de un alma tan elevada y tan noble como la de Eugenia... Por la accion que habia cometido casándose con otra era indigno hasta de su memoria.

Así lo conocia Adelaida, y sentia no atreverse á declarárselo todo á su amiga; pero viendo que del estremo de alegría que habia manifestado al suponer la muerte de Cárlos amenazaba caer en un profundo dolor, se apresuró á decirla, con aquel acento sublime que tantas veces hemos admirado en la virtuosa hermana de la Caridad y en la cariñosa amiga:

—Perdóname, Eugenia, que te diga que no te conozco... No sé qué se han hecho aquella resignacion cristiana

y aquellas máximas evangélicas con que tantas veces has aliviado mis desgracias... No te basta la penosa incertidumbre en que vives desde que no tienes noticias de Cárlos, sino que te has de crear nuevos tormentos, suponiendo cosas que no son ciertas...

—¿Que no son ciertas?... ¿No ha muerto Cárlos?

—No.

—¡De veras!...—prorumpió con la mayor alegría Eugenia.—¿Con que no ha muerto?

—No... vive...

—¡Ah!... ¡Vive!... ¡Pero no se acuerda de mí!... Otra pasion sin duda ocupa su corazon, y no le deja tiempo para escribirme. Hace mal... yo le perdonaria que me engañára, si me dijese al menos que me queria.

—Eugenia, —dijo con voz solemne Adelaida, —te prohibo hablar mas de tu amor...

—¡Que me lo prohibes!

—Sí; contigo no se puede usar otro lenguaje... Abusas, querida hermana mia, y es preciso que la hermana mayor te regañe.

Adelaida encontró la sonrisa que buscaba con sus palabras en los lábios de Eugenia, y esta se arrojó en sus brazos, diciéndola:

—Pues bien; ya callo.

A este tiempo se abrió la mampara del gabinete por donde entraba y salia la marquesa de Santa Rita, y esta llegó allí desde la habitacion de su marido, donde habia tenido una entrevista con Daniel Mendoza.

CAPITULO XCVII.

Los consejos del gran mundo.

La marquesa de Santa Rita no podia comprender lo que pasaba en el alma de aquellas jóvenes, afligida la una por la injustificable ausencia de su amante, y llorando la otra una infidelidad horrible, de la que casi puede decirse que habia adquirido la evidencia.

Pero aunque Luisa desconocia la ternura de esos sentimientos íntimos del corazon, no dejaba de adivinar lo mucho que sufrian Adelaida y Eugenia, y en las diferentes veces que entró en el gabinete, siempre procuró distraerlas del dolor que las afligia, haciendo los mayores esfuerzos por sacarlas del abatimiento en que se hallaban.

Despues de su entrevista con el Vizco, volvió al lado de sus huéspedas con el semblante mas alegre aun que en las visitas anteriores, y se acercó al sofá, indicando que queria tomar asiento entre ambas.

Adelaida y Eugenia se apartaron á los estremos del elegante sofá, y la marquesa se sentó en medio de ellas, cogiéndolas las manos con una espresion de cariño afectada, aunque leal.

El beso que dió en la frente á cada una de las dos ami-

gas no era el ósculo de paz con que el Salvador premiaba la fé de sus queridos discípulos; pero tampoco el beso de Judas que ratificó la venta de su Dios. Las caricias de la marquesa eran sencillas, pero frias, como inspiradas por la cabeza, y no por el corazon.

Ya sabe el lector cuán frívolas eran las causas que la decidieron á ser cómplice del Duende en un suceso tan grave, y no estrañará que sus demostraciones de cariño fuesen asimismo superficiales y de mera fórmula. Por otra parte, preciso es confesar que la marquesa no sabia sentir mas de lo que espresaba, y que, por el contrario, muchas veces espresaba mas de lo que sentia.

Adelaida, que no podia considerarla como una persona amiga, puesto que parecia serlo mucho del Duende, estaba asombrada de su estraordinaria amabilidad, y á pesar de la pena que la afligia, no dejaba de responder perfectamente á aquellas demostraciones de cariño.

Eugenia, por su parte, aunque conocia que el objeto de todas las atenciones de la marquesa debia de ser su amiga, agradecia las deferencias que tenia con ella, y daba treguas al dolor que devoraba su pecho, por pagar con una constante sonrisa aquellas muestras de aprecio y de simpatía.

Ambas quisieron enjugar sus lágrimas apenas entró en el gabinete la marquesa; pero no dejó esta de enterarse de ello, y las dijo:

—Dispensen ustedes, queridas mias, que yo las riña, ¡pero esto ya es demasiado!... ¿Qué adelantan ustedes con afligirse?...

—¡Si no estamos tristes ahora!...—replicó Adelaida, procurando sonreirse.

—Ahora ya veo que no; pero cuando yo entré aquí estaban ustedes llorando... y Eugenia no ha estado tan pronta como usted, porque aun veo algunas lágrimas...

La marquesa se sonrió al decir estas palabras, y Euge-

nia, secando las lágrimas que rodaban por sus mejillas, dijo:

—Yo... no lloro...

—No sea usted niña, —repuso la marquesa; —¿de qué sirve negarlo?... Sean ustedes francas conmigo, y díganme todo lo que puede hacerse en su obsequio; los deberes que me impone el carácter de depositaria no son incompatibles con los de la amistad... Yo quiero que ustedes me consideren como á la mejor de sus amigas.

Era la primera vez que la marquesa habia avanzado tanto en sus ofrecimientos, y si no hubiera sido por que ambas jóvenes eran incapaces de sospechar intenciones siniestras en nadie, habrian temido algun resultado funesto de aquellas palabras. Pero afortunadamente eran sinceras, y una simple consecuencia de la entrevista que la marquesa acababa de tener con Daniel Mendoza.

Este jóven, entusiasmado por la pasion que sentia hácia Eugenia, y cada vez mas decidido á sacrificar al Duende, supo emplear tal lenguaje de persuasion con Luisa, que no solo la hizo aborrecer las maldades en que hasta entonces habia sido cómplice, sino que la obligó á estar de su parte para librar á la infeliz Adelaida de la trama inícua que la habian urdido.

Un solo enemigo formidable le faltaba vencer al Vizco para contar con la decidida proteccion de la marquesa, y ni aun ese le daba cuidado alguno. El baron del Arfil es la persona á quien aludimos, y la marquesa empeñó su palabra de no recibirle mientras durase el depósito en su casa de la jóven duquesa de Mont-Marsan.

Daniel Mendoza supo encarecer de tal modo la importante comision de que estaba encargada Luisa Manrique, que esta le dió palabra de no recibir á nadie interin le estuviese confiada la custodia de aquellas jóvenes. Semejante conducta la dijo el Vizco que la valdria una gran reputacion en los círculos más elevados de la córte, donde no se hablaba de otra cosa que de ella y de la nueva duquesa de Mont-

Marsan. Y la aseguró que si obraba con esa reserva, moririan de envidia sus amigas.

El Vizco habia acertado á ganarse la cooperacion de la marquesa, y esta empezaba á cumplir su palabra intimándose con las dos amigas, despues de haber dado órden terminante á sus criados de que no estaba en casa para nadie, ni aun para las visitas de familia. En ninguno de estos casos estaba comprendido el baron, y fué preciso que la marquesa diese una órden especial para que le negasen la entrada; órden que fué perfectamente cumplida, y de que recibieron gran placer todos los criados de la casa.

Tampoco le ocultó la estancia en su casa del Duende como refugiado político, y en el momento en que le daba palabra de hacerle salir de ella por ser incompatible su presencia allí con la de su supuesta pupila, la avisaron de que habia salido ya, buscado por una vieja, que el Vizco conoció bien pronto ser la Peregrina. Y recelando alguna nueva traicion, salió precipitadamente de casa de la marquesa, seguro de que esta no permitiria que volviese á entrar allí; pero sintiendo no haberse avistado con él antes de que se le perdiera de nuevo.

La espansiva solicitud con que Luisa instaba á Adelaida para que la hiciese depositaria de sus mas íntimos secretos, cautivó por fin el alma angelical de aquella virtuosa criatura, que, estrechándola la mano, la dijo:

— Yo no quiero otra cosa sino que por mi causa no sufran una porcion de personas inocentes... Dios ha dispuesto que mi destino en este mundo sea el de un padecimiento contínuo, y estoy pronta á resignarme con la voluntad del cielo... Que no se haga el menor mal á mis enemigos; pero que se libre de su saña á mi querida superiora, y que nadie se ocupe de mí; se lo suplico á usted encarecidamente... Que me permitan volver al seno de las virtuosas hermanas de la Caridad, y que no reclamen para mí unos títulos, que renuncio, y que son quizá la causa de mis nuevos padecimientos.

—¡Renunciarlos!...—esclamó la marquesa sorprendida.—Renunciar al ducado de Mont-Marsan... ¡El primer ducado de Francia!... ¡Qué disparate!... No haremos tal mientras usted se deje guiar por mis consejos, y si su tio de usted se empeña en hacer valer ese testamento, Fernando presentará el legítimo, y el pleito se convertirá en una causa criminal, que no se atreverá á sostener el abad de Maqueda, porque le iria en ella la vida.

—¡Qué horror!...—gritó asustada Adelaida.—Yo la ruego á usted, señora, que no se lleve á los tribunales ese negocio, porque sufriria mucho.

—¿Y por qué?

—¿Le parece á usted poco ver deshonrado al tio de mi pobre madre?...—repuso Adelaida.—¿Al único pariente que he conocido?

—¿El único?...—dijo la marquesa.—No tal... El duque de Alcira vive... y tomará posesion del ducado, que hoy le usurpan, al mismo tiempo que usted será declarada duquesa de Mont-Marsan... Enrique Cáceres no murió asesinado como dijeron...

—¿Qué escucho?—esclamó Adelaida.—¿Es cierto que vive Enrique?

—Vive,—replicó la marquesa;—pero su existencia es un secreto que no puede divulgarse aun.

—¡Gracias, Dios mio!...—dijo Adelaida, alzando al cielo sus hermosos ojos, y cruzando las manos sobre el pecho.—¡Al fin habeis querido borrar ese crímen que pesaba sobre la desgraciada familia de mi pobre madre, y me permitís bendecir de nuevo vuestra divina Providencia!

Eugenia comprendió toda la alegría que debia recibir en aquel momento su amiga, y alzándose de su asiento, corrió á estrecharla contra su pecho, diciéndola:

—Dios es justo, Adelaida... La existencia del hermano de nuestra pobre madre te librará de las asechanzas de tus perseguidores...

—Estoy satisfecha, —replicó Adelaida, —con saber que vive.

—¿Nada mas? —preguntó asombrada la marquesa.

—¿Y la parece á usted poco?... —replicó Adelaida.— Para mí, que he llorado tanto esa desgracia, y que á costa de mi propia sangre habria dado la vida al heredero del ducado de Alcira, no puede haber nada mas lisonjero que esa noticia... Lo que usted acaba de decirme me hace olvidar mis desgracias.

Y Adelaida espresó en su semblante una alegría sincera y pura, que habria engañado á los que no supieran la honda tristeza que afligia su alma.

¿Pero cómo era posible que olvidase el dolor de su querida sor Clotilde, ni la pena de la desdichada Eugenia, ni principalmente la ausencia de su único amigo, Fernando?

El desgraciado suceso del doctor Espinosa, de que tuvo noticia antes de salir de casa de la condesa; el arresto de Cabezota, y las molestias que por su causa sufrian las diferentes personas que se habian interesado en su desgracia, todo estaba presente en la memoria de la infeliz Adelaida, á pesar de la alegría que se retrataba en su semblante. Todos estos recuerdos agravaban la triste situacion de aquella jóven, condenada desde sus primeros años á no recibir ninguna noticia satisfactoria, sino mezclada con nuevos infortunios y nuevas desgracias.

La marquesa de Santa Rita no ignoraba ninguna de las aflicciones de Adelaida, despues de su entrevista con el Vizco; pero incapaz de comprenderlas, solo veia en aquella jóven á la heredera de un gran ducado, cuyas rentas la permitirian eclipsar las principales fortunas de España.

Por eso al oirla decir que toda su felicidad consistia en saber que Enrique no habia sido asesinado, la replicó:

—Estoy muy contenta, amiga mia, de haber sido la primera persona que haya dado á usted una noticia tan satisfactoria; pero si he de decir la verdad, no comprendo

cómo ha producido en usted una alegría tan exagerada.

—¿Le parece á usted poco lo que acaba de decirme?

—No tal... ¡pero como usted no conocia á Enrique!

—¿Y por eso ha de ser menos mi cariño?... Podrá serme indiferente verle mas tarde ó mas temprano, aunque lo deseo con vehemencia; pero saber que existe, y que su vida es un testigo irrecusable que habla en favor de la inocencia de su propia familia, es para mí una noticia de gran precio.

—Sin embargo,—repuso la marquesa,—el abad de Maqueda no sabe que Enrique vive, ¡si lo supiera!...

—¡Por piedad... señora, por piedad!...—esclamó Adelaida.—Dispénseme usted de oir esa parte funesta de la revelacion que acaba de hacerme...

—Como usted guste, amiga mia,—repuso la marquesa:—hablemos de otra cosa.

Y volviendo la cabeza para mirar á Eugenia, que estaba sentada á su izquierda, la dijo:

—¿Qué tiene usted, señorita? ¿Por qué no toma parte en la alegría de su amiga?

—¡Mi amiga!—replicó Eugenia suspirando.—Yo estoy tan alegre como ella.

—Pues ea,—repuso la marquesa, riendo y cogiendo cariñosamente las manos de Eugenia;—vamos á ocuparnos de lo que hará nuestra jóven duquesa de Mont-Marsan cuando esté en posesion de su ducado.

Adelaida se sonrió dulcemente, como para indicar á la marquesa que la agradecia el afan con que procuraba distraer su tristeza, y la dejó que continuára diciendo:

—Se establecerá en Madrid, pasando la temporada de los baños en Biarritz y el invierno en Paris, sin olvidarse de construir una quinta en Aranjuez para algunos dias de la primavera, y hasta que llegue la época de los baños puede retirarse á Italia.

—¿Pues cuándo vivirá en Madrid?...—dijo sencillamente Eugenia.

—En la temporada del otoño, —replicó la marquesa,— que es la única estacion soportable en la córte... Verá usted cómo se divierte nuestra amiga, si sigue mis consejos.

Adelaida volvió á pagar con una sonrisa el beso cariñoso que la marquesa la imprimió en la frente, y ni ella ni Eugenia interrumpieron el silencio de la dama del gran mundo, que siguió hablando de esta manera:

—En el palacio de Madrid sí que debe usted de cuidar mucho que no hagan un mamarracho, como este en que nosotros vivimos, y que tengo muchas ganas de perder de vista. Pero me moriré con ese deseo, porque el marqués basta que sea cosa de su padre para que le parezca precioso... Aquí no hay comodidad para nada: pero ya se vé...—añadió con tono de burla,—es preciso que todo el árbol genealógico vaya naciendo y muriendo en un mismo sitio... Y si no hubiera sido por que yo me opuse terminantemente, aun tendriamos aquí los sillones de la casa de Austria, que eran las alhajas que habia cuando yo me casé... Usted tiene la ventaja de poderlo hacer todo á su gusto, porque con mucho dinero fácilmente se improvisan palacios... Cuando llegue ese caso, yo la daré á usted á leer una novela muy bonita, de cuyo título no me acuerdo ahora, para que haga construir un palacio como el de milady Stanley... ¡Si vieran ustedes qué palacio tan lindo era el de esa inglesa!... A mí me dá envidia leer la descripcion que hace el autor.

—¡Envidia!...—repitió Adelaida.—¿Y por qué? ¿No es usted feliz en esta casa al lado de su esposo?...

—¡Ay, amiga mia, y qué equivocadas están ustedes todas las solteras!... Yo tambien creia lo mismo antes de casarme, aunque me casaron demasiado jóven; pero ahora me he convencido de que la felicidad es una fruta que no se cultiva en los matrimonios.

Las dos amigas se miraron con estrañeza, sobresaltadas de lo que decia Luisa, y esta añadió:

—Comprendo que ustedes se asustarán de oirme hablar

así, porque creen que los hombres son lo mismo en sociedad que dentro de casa; pero es un error... La verdadera mujer feliz es la soltera... Si para obtener el ducado de Mont-Marsan la pusieran á usted por precio un marido, no debia usted dudar un momento en rechazarlo... Duquesa, bonita y soltera, estará usted siempre rodeada de adoradores, que obedecerán todos sus caprichos; y reina constante de la moda, su fama no se eclipsará nunca mientras la llamen la señorita Adelaida ó la señorita duquesa; al paso que el título prosáico de *señora* dará en tierra con toda la gloria que haya usted adquirido de soltera... El despotismo de los maridos es inaguantable, y eso de ver un dia y otro, siempre á una misma persona, es insufrible... La vista se cansa, la conversacion se acaba, los encantos cesan, y es un suplicio del que no pueden ustedes tener una idea exacta, por mas que yo me esfuerce en esplicárselo.

Adelaida bajó los ojos avergonzada de oir las palabras de la marquesa, y Eugenia se esforzaba por reprimir las lágrimas que asomaban á sus ojos, recordando la infidelidad de su amante.

—¡Hola!...—dijo la marquesa riendo.—¡Ya hemos descubierto quién és la mas enamorada de las dos amigas!... ¡Pues no tenia yo esas noticias!... Yo creia que nuestra duquesita era la que tenia mayores deseos de que la llamáran señora...

—Yo,—replicó Adelaida,—no he ambicionado nunca títulos de ninguna especie, y en prueba de ello, ahora mismo renuncio el ducado y todos los bienes que pueden pertenecerme en adelante, á condicion de que no haya nadie que sufra por mi causa.

—¿Y quién sufre hoy por causa de usted?

—¿Y usted me lo pregunta?

—Sí, amiga mia: yo sé que al mismo tiempo que han ocurrido las desgracias de usted, diferentes amigos suyos se han visto perseguidos y encausados; pero eso no tiene

nada de particular, y haria usted muy mal en renunciar por cosas tan insignificantes á una felicidad que envidiarán muchas personas.

—Yo en cambio,—dijo Adelaida,—envidio la felicidad que disfrutaba en el seno de mis virtuosas compañeras.

—¡Yo te robé esa dicha!—replicó Eugenia sollozando.

—No lo creas... En tus brazos recobré la vida, que sin ellos quizá me habria abandonado ya. Las primeras palabras que pronunciaste al verme fueron para revelarme un secreto que tanto ambicionaba conocer... ¡Ay! ¡Ojalá no hubiese intentado averiguar mas de lo que tú me habias contado!

—No te pese haberlo hecho así, querida hermana mia,—repuso Eugenia.—Tú estás en camino de ser feliz, mientras que yo...

—¿Qué tiene usted?—interrumpió la marquesa sonriendo.—Confíese usted conmigo... Ya las he dicho á ustedes antes que me digan todo lo que es preciso hacer en obsequio de ambas...

—Gracias, señora, muchas gracias; haga usted lo que pueda por mi amiga Adelaida... por mi parte, no necesito nada...

—Pues la duquesita mucho menos, porque tiene muy buenos amigos, que no descansan un momento... Ahora acabo de hablar con uno de ellos, cuya influencia es muy importante.

—¿El señor conde?—dijo Adelaida.

—No tal.

—Creí, porque el señor conde es tan bueno... y ha hecho tanto por mí, que yo no sabré nunca cómo pagarle...

—La persona que yo digo,—interrumpió la marquesa, disgustada de que Adelaida elogiase al padre de su marido,—vale mucho mas que el conde para estos casos... Es nada menos que Mendoza...

—¡Mendoza!...—dijo Adelaida, estrañando el apellido del Vizco.—No le conozco.

—Pues él bien conoce á ustedes, y parece que las aprecia mucho... Jamás le he visto tan entusiasmado por nadie, y mucho menos siendo mujeres, porque ha sido implacable con ellas... Pero es muy caballero, y jóven de mucho talento... Yo le quiero mucho...

Adelaida y Eugenia se encogieron de hombres, sin adivinar que el hombre de quien les hablaba era el Vizco, á quien habian conocido solo por el nombre de pila, y la marquesa, dirigiéndose á la hermana de Fernando, la dijo:

—Esta señorita puede que le conozca mejor que usted.

—¿Quién, yo?...—preguntó asombrada Eugenia.

—A juzgar por el interés con que me ha hablado de usted, me parece que no le son indiferentes sus desgracias.

—¿Qué señas tiene?—dijo Eugenia sorprendida.

—Una bastará para que ustedes vengan en conocimiento suyo, si es que le han visto alguna vez... tiene la vista torcida...

—¡Ah!... ¡Es el Vizco!...—interrumpió Eugenia.

—¡Es Daniel!...—replicó Adelaida.—El amigo de Fernando.

—El mismo,—dijo la marquesa.—Se ha tomado un gran interés por ustedes... y francamente, yo me he alegrado de oirle, porque, la verdad, habia hecho poco caso de lo que me dijo el conde... ¡Como es un viejo tan estravagante!

—¡Es un señor tan bueno!...—dijo Adelaida, sorprendida de que la marquesa hablára con tan poco respeto de su padre político.

—Será todo lo que usted quiera,—replicó con ligereza Luisa;—pero Dios la libre á usted de tener suegro, aunque sea un ángel.

—¡Desgraciadamente no es posible!...—dijo Eugenia, observando que la marquesa habia aludido, sin pensarlo, á su difunto padre don Lorenzo.

—¿Qué no es posible?... Tanto mejor... eso me indica

que nuestra duquesita piensa conservarse soltera. Hará usted muy bien, amiga mia.

—No quiere decir semejante cosa,—repuso Eugenia, mientras Adelaida continuaba con los ojos bajos.

—¡Pues qué!...—interrumpió con su acostumbrada ligereza Luisa.—¿Se ha enamorado ya de algun hombre que no tiene padre? Del mal el menos... Los señores mayores son insufribles.

—Mi padre no era insufrible,—dijo Eugenia con dignidad.

—Dispense usted, señorita,—repuso la marquesa, mordiéndose los lábios de coraje al verse humillada, ó mejor diremos, reconvenida, por una jóven que no era para ella otra cosa sino una mujer oscura.

—Usted es la que ha de dispensarme,—dijo Eugenia,—porque yo me he precipitado, sin conocer que usted no podia aludir á mi buen padre.

—Seguramente,—replicó con desdeñosa sonrisa la marquesa;—yo no podia presumir que Adelaida estuviese enamorada de ningun hermano de usted; pero de todos modos, la duquesa de Mont-Marsan no pensará ya del mismo modo.

—¿Qué dice usted?—preguntó estremecida Adelaida.

—Digo que si pudo usted enamorarse del hermano de esta señorita cuando ignoraba que era heredera de la primera fortuna de Francia, ahora ya no es posible que piense lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Porque ahora vá usted á vivir en un círculo nuevo, en la sociedad del gran mundo, donde los primeros caballeros de nuestra aristocracia se disputarán la mano de usted, y la duquesa de Mont-Marsan no puede ser esposa de un hombre, que podrá ser muy apreciable, pero que quizá no tenga ni siquiera un título de Castilla.

—Ahora comprendo,—dijo Adelaida con majestuosa dulzura,—los consejos que usted nos daba hace un momen-

to para que nos conservásemos siempre solteras. Si en el gran mundo no se eligen los esposos con el corazon, no es estraño que suceda lo que usted dice...

La marquesa se sonrió al oir las palabras de Adelaida, y la dijo:

—Está usted en un error, amiga mia, y siento que venga usted al gran mundo con esas ideas tan rancias. Precisamente sucede todo lo contrario de lo que usted dice... Son mas soportables los esposos que por razon de estado nos destinan al nacer, y á quienes no conocemos sino despues de haber unido nuestra suerte á la suya por toda la vida, que los que el corazon elige... Casarse enamorados es el mayor mal que puede sucedernos.

—¡Dichosa yo que no he nacido dama del gran mundo!—esclamó Eugenia, indignada de oir el lenguaje de la marquesa.

—Pues qué, ¿preferiria usted casarse enamorada?

—Yo no preferiria semejante cosa,—dijo Adelaida,—sino que jamás me casaria de otro modo.

—Las compadezco á ustedes...—interrumpió la marquesa riendo.

—Compadezca usted á sus amigas las señoras del gran mundo, que se hayan visto obligadas á pronunciar al pié de los altares unos juramentos contrarios á lo que siente su corazon.

—Vaya, amiga, usted pensará de distinto modo cuando haya tomado posesion del ducado.

—A semejante precio no le admitiria jamás.

—¿Con que es decir, que si hoy la ofreciese á usted su mano el primogénito de la primer casa de nuestra grandeza, rehusaria usted ser esposa suya?

—¿Y usted lo duda?

—Mucho tiene que agradecer á usted el hermano de esta señorita,—dijo la marquesa, siempre sonriendo, con desprecio.

—No pago yo de otro modo su amor.

—¡Su amor!...—repitió la marquesa.—Su amor seria tiranía cuando usted fuera su esposa. Veo que no saben ustedes lo que son los hombres.

—Podrá ser,—dijo Eugenia picada;—pero en cambio, permítame usted que la diga que no conoce á las mujeres. Esas señoras del gran mundo, si son como usted dice, no tienen corazon.

—Pero tienen palacios, y carrozas, y palco en la ópera, y son las reinas del lujo y de la moda.

El tono cada vez mas fuerte y despreciativo con que hablaba la marquesa, habria sido contestado enérgicamente por Eugenia, cuya exaltacion era estraordinaria atendida su habitual dulzura, si despues de haber tocado suavemente á la puerta del gabinete, no se hubiera oido la voz del marqués que, con su acostumbrada humildad, dijo:

—Luisa... Luisita...

—Ahí está el tonto de mi marido,—dijo la marquesa á las dos amigas.

Y alzando la voz, preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿Puedes oir una palabra?

—Será alguna tontería como de costumbre,—replicó la marquesa, alzándose de su asiento.

Y abriendo la mampara con ademan imperioso, se presentó delante de su marido, que, sin atreverse á saludar á las dos amigas, dijo:

—Mira, Luisita, no te incomodes; pero él me ha dicho que te avisára.

—¿Quién es?... Dílo... ¿No sabes que no recibo á nadie?

—Pero si es...

—A nadie... absolutamente á nadie,—interrumpió la marquesa.

—Pero si es Mendoza,—dijo con humildad ridícula el marqués.

—¿Por qué no lo has dicho desde un principio?...—repuso la marquesa.

Y se despidió de las dos amigas con esta locucion francesa:

—Hasta siempre.

CAPITULO XCVIII.

Ventura y el padre Romualdo.

No era el Vizco el único de los tres amigos que cumplia con ardor la palabra que mútuamente se empeñaron de desbaratar los planes del Duende, ásegurando el triunfo de Adelaida y de Fernando. Ventura y Genaro no se olvidaban tampoco de que habian prometido, el primero sorprender los secretos del padre Romualdo, y el segundo arrancar á doña Inés Montilla los documentos que estrajo el Duende de la caja de marfil.

A Daniel Mendoza le dejaremos en su segunda entrevista con la marquesa, mientras Genaro se dirige á la cárcel de córte y Ventura sienta á su mesa al padre Romualdo.

Mucho le pesa al autor de esta historia el que la mayor parte de las ocasiones en que le ha sido necesario sacar á la escena al padre Romualdo haya estado el reverendo *haciendo por la vida*, como dice el vulgo; pero esta circunstancia es precisamente uno de los hechos mas verídicos de la novela.

La vida era un sueño para el célebre Calderon de la

Barca, y para fray Romualdo Espino, el sueño y la mesa eran la vida.

En los primeros años de su vida monástica le habian recogido las licencias para predicar y confesar; jamás habia hecho oposicion en los capítulos á las altas dignidades de la órden, y fué siempre lo que se llama un verdadero fraile de misa y olla. Desde su celda al refectorio, desde allí al coro, y desde el coro vuelta al refectorio y á la celda; esa habia sido constantemente la vida del padre Romualdo antes de la exclaustracion. Cuando la revolucion le hizo cura, perdió el refectorio, y se acogió al confesonario para no vivir incomunicado con el mundo y tener proporcion de adquirir algunas limosnas por la aplicacion de la misa que decia diariamente.

Estos sufragios no le habrian sido suficientes para que su estómago no estrañase el cambio de domicilio á las horas de las comidas; pero adquiria en el confesonario nuevas relaciones, y tenia casas abiertas para comer cada dia de la semana en diferente paraje.

Ventura, como soltero, y calavera por añadidura, no tenia su casa dispuesta para recibir convidados á la mesa; pero le fué fácil prepararlo todo dignamente, no ya para una persona acostumbrada á que la abundancia fuese la gala de los manteles, sino para el diplomático mas avezado al lujo de los banquetes de Estado.

Cierto es que la mesa, como destinada á dos personas solamente, no era tan difícil de preparar como si se hubieran sentado á ella un gran número de convidados; pero no es menos cierto que esta circunstancia amenguaba el lucimiento del anfitrion y ponia en mayor tortura sus dotes culinarias.

No era tampoco la primera vez que Ventura tenia á su mesa convidados, y jamás su buen gusto le habia permitido recibirlos en una fonda, ni encargar la comida á esas cocinas públicas, donde los manjares mas delicados se convier-

ten en un guiso de rancho, que no es lícito brindar á nadie y que solo debe de comerse á escote.

Hablando de los convites en las fondas, decia Ventura que por mucho que fuese el lujo con que las sirviesen, siempre se le antojaba ver encima de cada plato el valor que tiene señalado en la lista, y las trufas que embutian el pavo le parecian reales de plata. Así, aunque estaba persuadido de que al padre Romualdo podia servirle, seguro de complacerle, sin tantos miramientos, la idea de que era en su casa donde le recibia, y de que él habia de hacer los honores de la mesa, no le permitió encargar un solo plato á la fonda.

Media hora de conversacion la noche anterior con su criado le habia sido suficiente para preparar una comida, que empezó con una riquísima sopa de tortuga, y concluyó con una fresca piña ananá, despues de haberse servido un rodaballo cocido al vapor, y un faisan con trufas, que el padre Romualdo aseguró no haber comido mejor nunca, y en el que cifraba todo su orgullo el dueño de la casa. Los cuatro vinos que, sobre el de Burdeos, que se sirvió á pasto, llenaron diferentes veces las copas, no desmerecieron nada del espumoso Champagne *frappé à la glace*.

Como el principal objeto de Ventura al preparar el convite era fascinar al exclaustrado para acabarse de ganar su confianza y convertirle en instrumento activo y pasivo contra el Duende, no perdonó nada para el adorno del comedor y el aparato de su servidumbre.

Nos alegramos de que el lector no haya visto antes de este dia la desordenada habitacion de Ventura, para que no se resista á creer el elegante aspecto que ofrecia en esta ocasion.

Una mesa redonda, cubierta sin profusion, pero con elegancia, estaba colocada en medio de un salon pequeño, sin otro adordo que el papel que cubria las paredes y dos tapices que cerraban el paso del aire en las puertas.

La chimenea, en la que ardia una gran cantidad de leña, tenia corrida la cortina de hierro, y su aliento de fuego esparcia una blanda temperatura en la sala.

En una de las paredes laterales habia un aparador de caoba corrido, en el que se ostentaban dos riquísimas vajillas de porcelana inglesa, sin que en ninguna de ellas, ni en los cubiertos de plata y *vermeille* se viesen las iniciales del anfitrion, sino otras distintas debajo de una coronal ducal.

Cuando el fraile, que, para serlo completo, picaba un tanto de curioso, le interpeló sobre esa circunstancia, Ventura no titubeó en hablarle de un tio duque que le habia hecho aquellos regalos.

Ultimamente, dos criados, vestidos de negro, sin guante, pero con corbata blanca, sirvieron con la mayor inteligencia la comida.

El padre Romualdo, que habia aceptado el convite sin saber qué clase de hombre era Ventura, le tomó por un estudiante de poca monta, y asistió á su casa, creyendo entrar en un modesto comedor á trinchar un par de perdices ó á devorar cuando mucho una libra de salmon.

Si el lector se ha visto sorprendido alguna vez tan agradablemente y ha conocido todo el amor que nuestro exclaustrado tenia á la vida material, comprenderá el efecto que le produjo entrar en la elegante sala del convite, alumbrada por catorce bujías, colocadas ocho de ellas en dos magníficos candelabros de plata, dos sobre la meseta de la chimenea y cuatro en el aparador.

Apostariamos á que en aquel momento tuvo un pesar por no haberse vestido el traje eclesiástico, que le permitia mayor holgura y le daba mas autoridad. Pero cubria sus espaldas la ajustada levita del seglar; sobre su pecho se abotonaba un chaleco de paño negro, y el alzacuello era la única prenda que revelaba su estado religioso.

Si Ventura no le hubiese recibido en traje de etiqueta,

tambien apostariamos á que el bueno del fraile no habria creido que él era el que habia de sentarse en una de aquellas dos sillas, que estaban la una frente de la otra, al rededor de la mesa. Quizá habria sospechado que su anfitrion era el mayordomo ó el secretario de algun grande de España, que le enseñaba el comedor de su amo para abrirle el apetito, y darle á entender que no podia ser mala la *segunda mesa* de aquella que se ofrecia á su vista. Acaso no se hubiera resentido el amor propio del padre Romualdo si le hubiesen dicho que aquella era la mesa de los señores, y que le convidaban á la de la servidumbre.

Pero Ventura, que gozaba con la admiracion del religioso, tal vez no sospechó lo que nosotros, y señalándole uno de los asientos, le dijo:

—*Benedicite*, padre.

Nunca se le mandó echar una bendicion mas de su gusto; y con el rostro encendido de alegría, se apresuró á tomar posesion de la silla que le brindaban, no sin derribarla primero al suelo. Tal era el aturdimiento con que acudió á ocuparla.

Ventura permaneció en pié hasta que el exclaustrado se volvió á levantar para bendecir la mesa, en cuya ceremonia tambien le ocurrió que, al retirar el brazo, dió con el codo en los platos que tenia delante de sí; pero sin multiplicar la porcelana.

Sentados por fin uno enfrente de otro, el huésped y el anfitrion, uno de los camareros descubrió la sopera, que estaba en el aparador, y sirvió dos platos de sopa, que el otro criado llevó á la mesa.

El padre Romualdo, mientras tanto, enganchó la servilleta en el ojal mas alto del chaleco, se alzó las mangas de la levita, que escedian mas de tres pulgadas de la muñeca, y miraba con asombro en derredor suyo.

—Con franqueza, padre,—le dijo Ventura.—Está usted en su casa, y sentiria que usase cumplidos conmigo. Or-

dinariamente me acompañan á comer algunos amigos... pero hoy ya vé usted que estamos solos... No hay mas que dos cubiertos en la mesa; y aquí, despues que se ha comido la primera cucharada de sopa, no se dá cuartel á nadie.

Ventura se sonrió al decir estas últimas palabras, y el fraile le replicó:

—Así me gusta, porque lo mismo haciamos en el convento... Allí deciamos que el que no parece perece, y así es la verdad... Un novicio leia en voz alta durante la comida, y empezada la lectura, se daba *capote* á todo el que llegaba tarde. Luego le servian la comida; pero no en el refectorio, sino en lo que llamábamos el *hospicio*.

—Pues afortunadamente, — dijo Ventura, —aquí no hay hospicio ni falta ningun convidado... Hemos acudido puntualmente todos.

—En cuanto á la franqueza, —replicó el fraile, paladeando la última cucharada de sopa, —prometo usar toda la necesaria, valiéndome de la bondad de usted.

—Sentiria que no lo hiciese usted así, —le dijo Ventura

—Pierda usted cuidado, —contestó el fraile, apartando una por una seis copas que tenia á la derecha, y que le embarazaban los movimientos del brazo.

Los criados no se olvidaron ni una sola vez de servir primero al fraile que á su amo, y uno de ellos escanciaba los vinos con frecuencia, sorprendiendo no pocas veces al huésped, que, aunque lo habia sido de algunas mesas principales, jamás habia observado tanta ceremonia.

La mayor parte de los vinos eran estranjeros, y el criado se acercaba al reverendo con la botella en alto, como quien avanza en un duelo pistola en mano, y le decia el nombre del vino. Pero el fraile no entendia lo que le preguntaban, y el camarero concluia por llenarle la copa de *Château-Margeau* y de *Laffite*, sin saber cuál de los dos vinos de Burdeos preferia su reverencia.

Iban, mientras tanto, pasando los platos, que, como ya

hemos dicho, fueron pocos y escogidos, y ya el delicioso vino del Rhin bullia dentro de las verdes copas, cuando el fraile se desabrochó el chaleco, diciendo:

—Amigo, esto es cosa de *darse puntos*, porque al paso que vamos...

—No lo crea usted, —dijo Ventura sonriendo; —estas comidas engañan.

—Sí; pero el calor de la habitacion y el de los vinos sofoca mucho.

Y al decir esto el fraile, apartaba la levita de sus hombros y llevaba los dedos al alzacuello, como para indicar que ambas piezas le molestaban demasiado, dando lugar con sus ademanes á que el anfitrion se anticipára á sus deseos, diciéndole:

—Si le embaraza á usted la levita, puede quitársela.

—Me aprieta bastante, —replicó el fraile, —porque como nosotros no estábamos acostumbrados á estos embelecos... pero tampoco quisiera quedarme en mangas de camisa, porque aunque esta pieza está hecha un horno, es invierno, y no conviene aligerarse de ropa. Si usted fuera mas grueso, ó yo mas delgado, ya me haria el favor de prestarme alguna chaqueta vieja que estuviera mas holgada que esta levita.

Todo se puede remediar, —replicó Ventura, riéndose de la ridícula franqueza del fraile.

Y volviéndose á uno de los criados, le dijo:

—Acompaña á este señor á mi cuarto de vestir, y dále la bata chinesca... Con ella, —añadió, dirigiéndose al fraile, —estará usted muy cómodo, porque es muy ancha.

Con la servilleta prendida en el ojal del chaleco, salió el padre Romualdo del comedor, precedido del criado, con el que volvió al poco rato, embutido en una riquísima bata de color de caña, salpicada de adornos y de figuras chinescas.

—¿Qué tal le asienta á usted? —preguntó Ventura,

riendo al ver la estraña figura que hacia su elegante *déshabillé* sobre el cuerpo del fraile.

—Perfectamente, —dijo este, acomodándose de nuevo en su asiento; —no parece sino que la han hecho espresamente para mí; no me oprime nada, absolutamente nada.

—A mí me está muy ancha, —contestó Ventura.

—Yo lo creo; como que yo tengo cuerpo y medio mas que usted, y aun me sobra mucho.

Era en aquel momento llegada la hora de servir el faisan, y el fraile, cada vez mas lleno de gozo, dijo:

—Parece una aprension; pero el paseito que he dado desde esta pieza á la otra me ha abierto de nuevo el apetito... y me alegro, porque sentiria no poder hacer los honores al rey de las aves.

—¡Hola! Parece que á usted no se le engaña en materia de comidas... Pronto ha conocido usted que esta ave no es ningun gallo.

—¡Pues cómo quiere usted que yo desconozca el rico faisan, aunque se cubra de sangre frita, como le sucede á este que tenemos á la vista!

—Padre, —dijo Ventura sonriendo, —reclamo que haga usted mas justicia á mi cocinero, que no es capaz de tratar á un faisan con menos respeto que llenándole de ricas trufas... Y lo que usted vé ahí que le parece sangre, no es sino una porcion de las mejores que se han visto nunca. No son de Perigeaux, sino de Vich; hallazgo que me ha presentado un rico capitalista catalan, en cuya mesa se aprende á comer de una manera inolvidable.

—No ha sido mi ánimo ofender al cocinero, de cuya habilidad estoy asombrado, —repuso el fraile.

Y volviéndose á examinar unos trozos de cristal, tal le parecieron al fraile, que le servian en una fuente, miró con sorpresa á Ventura, que, conociendo la admiracion de su huésped, le dijo:

—¿No quiere usted echar un trozo de hielo en el vino? A mí me gusta mucho.

—¿Esto es hielo?—preguntó asombrado el religioso.

—Sí; es una costumbre que aprendí á bordo de los vapores napolitanos, y que me parece preferible á la de enfriar el vino entre la nieve.

—Pero lo que tiene de malo, es que cuando se deshaga la nieve no quedará puro el vino...

—Ciertamente,—repuso Ventura,—y por eso no se usa sino en el vino comun.

—De todos modos,—dijo el fraile,—con el permiso de usted rechazo el hielo... Lo pondria en el vaso del agua; pero la de los pozos de nieve generalmente no es buena para la salud.

—Pierda usted cuidado, padre,—dijo Ventura, resentido de la vulgaridad del huésped,—que el hielo que le ofrezco á usted es artificial, y del agua mejor de Madrid.

El padre Romualdo cogió con una elegante cuchara de cristal, que al efecto llevaba el criado, un carámbano de hielo, y lo puso dentro de la copa del agua.

A este tiempo ya habia el otro camarero trinchado el ave delicada de la Cólquida, y al sabroso rechinamiento de las trufas entre los dientes de los gastrónomos respondia la bulliciosa efervescencia del Champagne en las altas copas del diáfano cristal de Alemania.

El semblante del fraile, cada vez mas encendido, indicó á Ventura que no podia perder tiempo para empezarle á hablar del asunto que tenian aplazado, y haciendo seña á los criados, estos se retiraron, dejando solos al huésped y al anfitrion.

CAPITULO XCIX.

Los secretos de una comida.

Habíale ofrecido el fraile en su última entrevista informarle de varios pormenores sobre la familia de Eugenia, y Ventura no queria perder la favorable ocasion que se le presentaba, y que él habia sabido preparar con tanto acierto.

El rubicundo carmin que teñia el rostro del padre Romualdo, y la alegría que asomaba á sus ojos, no dejaban duda de que los vinos, que momentos antes bullian en las copas, fermentaban ya en su estómago, y los vapores espirituosos se iban apoderando de su cabeza.

La destilacion alcohólica de aquel alambique humano, era la cosecha de secretos y revelaciones importantes que Ventura se habia propuesto recoger.

Por eso apenas comprendió que empezaban á evaporarse las bebidas hizo retirar á los criados, y cuando estuvo á solas con el exclaustrado, le dijo:

—Yo erré la vocacion, padre Romualdo... Nací para monje, y las circunstancias me hicieron cortesano.

—Tampoco yo soy aficionado á hablar mientras estoy

comiendo,—replicó el fraile, sin comprender la intencion de las palabras de Ventura.

—No quiero yo decir que no me gusta hablar,—dijo Ventura,—sino que cuando llego á estos momentos supremos de la comida, no puedo sufrir la presencia de los criados... Me parece que su vista ha de robarme el aroma que exhala la deliciosa espuma del Champagne... En estas copas he ahogado muchas penas.

—Ya lo creo,—replicó el fraile, luchando á diente cerrado con una sabrosa pechuga del ave.—Pero lo malo que tiene este vino,—añadió, cogiendo en su mano la copa,—es que se sube pronto á la cabeza.

—Sí; pero se pasa de largo al momento.

—Sin embargo, cuando la habitacion está tan caliente como esta, sofoca mucho el vino,—repuso el padre Romualdo, estirando el cuello, y enjugando con la servilleta el sudor que cubria su frente.

—No se puede usted figurar,—dijo Ventura,—el placer que tengo de encontrarme á la mesa con un amigo, y suspender un rato la comida antes de los postres para echar un párrafo... Luego vuelve uno á emprender la batalla con el resto de los platos y de los vinos, como si se sentára de nuevo á la mesa.

—Verdad es,—repuso el fraile sonriendo;—veo que aunque es usted jóven lo entiende.

—Mas de lo que usted piensa; y si de todo se me alcanzára tanto como de cosas de comida, seria un sábio... Aunque tengo para mí que es uno de los principios de la verdadera sabiduría. Yo creo que los conocimientos culinarios no son un arte cualquiera, sino ciencia, y de las mas profundas.

La sonrisa que asomó á los lábios del fraile, y la alegría que se retrataba en su semblante, no dejaron duda á Ventura de que se habia ganado completamente su confianza, y para acabarle de fascinar, continuó diciendo:

—Si por algo deseo casarme, es por tener diariamente á mi mesa tres ó cuatro amigos; pero gente que sepa comer, y que no tenga escrúpulos de monja.

—¿Piensa usted casarse pronto?—dijo el fraile riendo.

—Sí, señor, muy pronto,—respondió imperturbable el prevaricador constante del matrimonio.—El matrimonio es el verdadero estado del hombre.

—Indudablemente... ¿Y se puede saber con quién?

—De esto precisamente queria hablar con usted, padre, porque me parece que voy á tener que abusar de su bondad para...

—¿Pedir la mano de la novia?...—interrumpió el fraile.—Cuando usted guste... Dicen que tengo buena mano,—añadió riendo;—con que cuando usted quiera...

—Mil gracias, padre; no esperaba yo menos de la bondad de usted, y mi placer será completo si me hace un nuevo favor.

—¿Cuál?

—Encargarse de dirigir los negocios de la casa de mi futura, siendo apoderado general de sus estados.

—Con mucho gusto,—contestó el fraile, puesto de codos sobre la mesa, y avanzando el cuerpo para mejor oir lo que decia Ventura.

—Mucho le agradezco á usted lo que quiere hacer por mí,—replicó Ventura;—pero es el caso, que esos bienes están hoy en poder de una persona, como apoderado, que Dios sabe lo que será menester para que se resigne á soltarlos.

—En casándose usted con esa señorita, verá usted qué poco cuidado me dá á mí que el otro no quiera soltar la administracion de los bienes. Afortunadamente me pinto solo para esas cosas... ¡Serán fincas urbanas!...

—Y rústicas.

—Tanto mejor.

—Hay grandes cortijos en Andalucía.

—¿Sí?... Pues precisamente de esa clase eran las principales rentas de nuestra comunidad, y yo las administré seis años seguidos... Y gané todos los pleitos que tuvimos, que fueron muchos. Era justamente despues del año 23, y á la persona que compró los cortijos como de bienes nacionales la hice soltar hasta la última gota de aceite que habia sacado en dos años que los tuvo por su cuenta... Y no le aboné nada por las mejoras que habia hecho en ellos.

—Todo está muy bien; pero el apoderado de que yo le hablo á usted, es un hombre que goza de muy buena opinion en la sociedad, y...

—Esos son los peores...—interrumpió el fraile.

—Sí; pero este es un sacerdote...

—¿Y qué?... ¿Cree usted que entre los sacerdotes no hay gente mala?... Pues hay de todo.

—¡Ay! No diga usted esas cosas, padre,—esclamó Ventura con afectada hipocresía.

—Vaya, veo que es usted demasiado niño,—dijo el fraile.—Me gusta que tenga usted esos sentimientos; pero créame á mí... la causa de que los sacerdotes estemos como estamos, han sido algunos que ha habido entre nosotros que no se han conducido como debieran... Pocos han sido, es cierto; pero esos nos han hecho mucho mal á todos... Vaya, dígame usted quién es ese sacerdote, y veremos si es tan fiero el leon como le pintan.

—Yo no he dicho que sea malo; al revés, todos le tienen por un santo, y es muy rico...

—¡Ya lo creo... si se empeña en administrar lo ajeno contra la voluntad de su dueño!... Porque,

Sacristan que vende cera,
y no tiene colmenar,
rapaverunt de las velas,
rapaverunt del altar.

Ventura aparentó reirse, y celebró infinito la chavacana copla del fraile, y este añadió:

—Desengáñese usted... algo tiene el agua cuando la bendicen... Ese empeño que usted dice que tiene en no soltar los poderes de esa señorita, por algo será.

—Lo peor no es eso, —dijo Ventura, —sino que no quiere que se case.

—¡Hola!... Eso es ya mas sério... ¿Es tutor suyo?

—No, señor.

—¿Ni pariente?

—Tampoco.

—¿Y la novia de usted tiene padres?

—Sí, señor.

—¿Y quieren ellos que usted se case con su hija?

—Lo están deseando.

—Pues entonces, ¿quién se opone?... ¿Ella?

—No, señor, no se opone nadie mas que ese cura, que tiene dominada á toda la familia, y no se atreven á hacer nada contra su gusto.

—¿Con que es decir, que se trata de contrarestar la influencia de ese mal sacerdote?

—No le llame usted así, padre, —dijo con afectada humildad Ventura.

—¿Pues cómo he de llamar á un hombre que obra tan inícuamente?

—No importa; si usted supiera quién es, ya se arrepentiria de formar un juicio tan temerario.

—Siempre será un hombre que, sin derechos ningunos, quiere oponerse á un enlace en el que todos son gustosos, solo por seguir administrando unas rentas que no le pertenecen.

—Pues, mire usted, todos dicen lo mismo, y en cuanto saben quién es mudan de opinion. ¡Ya vé usted, yo, que soy el perjudicado, no me atrevo á pensar mal de él!

—Pues yo no me he de arrepentir del juicio que he formado, aunque se tratára de un arzobispo.

—No se trata de un arzobispo, pero se trata de un abad.

—¿De frailes?

—No, señor; de una abadía particular.

—¿Es acaso el abad de Maqueda?—dijo el fraile riendo.

—El mismo,—respondió Ventura como avergonzado.

—Me lo habia figurado desde que me dijo usted que era muy rico y que le tenian en opinion de santo.

—¿Lo vé usted, padre?—esclamó Ventura.

—¡Qué es lo que he de ver!—replicó el fraile.—¿Quién cree usted que es el abad de Maqueda?... Un intrigante malvado, investido con el sacerdocio, pero que por fortuna no ejerce el sagrado ministerio.

—Me admira oirle á usted hablar de esa manera, y le aseguro que es el primero que no se ha arrepentido al oir su nombre.

—Ya lo creo; como que soy el único que puede arrancarle la máscara con que se cubre á los ojos del mundo.

—¿De veras?—esclamó, aparentando una estraordinaria alegría, Ventura.

Y luego, bajando los ojos, como si se avergonzára de haberse espresado de aquella manera, añadió:

—Dispénseme usted, padre, porque el deseo de alcanzar la mano de esa jóven me hace hablar de este modo.

—¿Quiere usted casarse con ella?

—Ese es todo mi deseo, aunque sea preciso renunciar á los inmensos bienes que posee.

—No diga usted disparates. ¿Qué necesidad tenemos de renunciar nada, si podemos lograrlo todo?

—Lo que á mí me importa es casarme con ella.

—Pues déjelo de mi cuenta, y todo se arreglará antes de lo que usted cree... Póngame en relaciones con la familia de esa señorita, y lo demás corre de mi cargo. Con media palabra que yo le diga al señor abad nos dá la cosa hecha él mismo.

—Mucho temo que le engañen á usted los deseos; y para que marche sobre seguro, le diré que hace tiempo fué mi

tio el duque á hablarle de lo mismo, y le negó hasta que conocia á la familia de mi futura.

Con esta prevencion queria Ventura impedir que si era muy estrecha la amistad del Duende con el padre Romualdo, se enterára este de que era falsa la historia de amores que acababa de inventar, para convertirla en instrumento contra el implacable enemigo de Adelaida.

El padre Romualdo se sonrió desdeñosamente, y dijo, sin dejar de saltear los platos de los encurtidos que adornaban la mesa.

—¿Cree usted que yo soy tan tonto que habia de hablar una sola palabra al abad, ó al Duende, que es su verdadero apodo?... ¿No ha oido usted decir que «negocio en que danza un fraile no lo hurgue nadie?»... Pues déjeme usted hacer á mí, y ya verá cómo me dá las gracias luego.

—Sin embargo, le repitó á usted que no quisiera usar violencias con una persona, que al fin y al cabo es un ministro del Señor.

—Eso sí que no,—repuso el fraile.—Se conoce que usted ignora quién es el Duende, cuando ha formado ese juicio de él... Si yo le contase á usted lo que está haciendo hoy dia con otra jóven, á cuya boda se opone tambien, ya sé que se arrepentiria de su modo de pensar... Pero no crea usted que voy á usar de medidas violentas... Nada menos que eso... A jesuita, jesuita y medio... Si él se la dá de hipócrita y de solapado, veremos á ver quién lleva el gato al agua en ese punto... Afortunadamente yo peco siempre por franco; pero cuando es preciso disimular, tambien sé hacerlo... ¿Se acuerda usted de la jóven de quien hablamos dias pasados, y que usted desea que se case con su amigo don Daniel?

—Sí, señor, y esa boda me interesa que se haga primero que la mia.

—Las dos se pueden hacer á un tiempo.

—¡A un tiempo!—esclamó Ventura asustado, como si

se hallára en presencia de sus célibes compañeros de vida airada.

—Sí, señor, á un tiempo; porque precisamente el documento que yo tengo para perder al Duende es una firma en blanco que arrancó al padre de Eugenia en los últimos momentos de su vida.

—¿La tiene usted en su poder?

—No, señor; pero tengo la pluma de plata con la cifra del abad, y que este dejó olvidada sobre la cama del enfermo.

—¿Y qué uso cree usted que piensa hacer el abad de esa firma?

—¡Puede hacer tantos!... Pero no tenga usted cuidado, que no hará ninguno... Yo le ataré corto. Él confió demasiado en mi bondad, y quiso esplotarme; pero se lleva chasco. Lo que ayer me propuso le ha de costar muy caro.

Y al pronunciar esta amenaza el padre Romualdo, dió una puñada sobre la mesa, y su semblante apareció completamente demudado.

—No se incomode usted, padre,—dijo Ventura;—yo siento haber causado á usted este mal rato... Si hubiera sabido que tenia resentimientos con ese sacerdote, no le habria dicho á usted nada.

—Al contrario, yo le doy á usted gracias, porque me proporciona una ocasion mas de vengar el ultraje que me ha hecho... Cuando se abusa de la buena fé de una persona para hacerla instrumento ciego de un crímen...

—Si puedo yo servir á usted de algo...—interrumpió Ventura.

—Tal vez de mucho,—contestó el fraile.

—Pues cuente usted conmigo para cuanto quiera.

—Se trata nada menos,—dijo el padre Romualdo,—de que, como yo era el confesor de don Lorenzo, y el abad fué el que le auxilió en los últimos momentos... ya se vé, entre compañeros sacerdotes, esto no tiene nada de particu-

lar... me dijo que si queria yo firmar una confesion secreta que le habia hecho antes de morir, y...

—¿De qué se trataba en esa confesion?—preguntó impaciente Ventura.

—De ciertas declaraciones sobre una jóven que tenia en su poder, y que pasaba por hija suya.

—¿Y qué decia en ella?

—Que la jóven era hija suya, porque la que le habian entregado en depósito habia muerto.

—¿Y usted, qué hizo?

—Yo,—respondió el fraile balbuceando,—como mi firma no servia de nada... porque para probar una cosa tan grave se necesitaba presentar la partida de defuncion de la jóven...

—¿Pero firmó usted la confesion?

El padre Romualdo, cuyo semblante brotaba fuego, y cuyos ojos cristalinos y turbios parecian quererse salir del cráneo, no contestó tampoco á la pregunta de Ventura; y este, que no queria abusar de la docilidad del religioso, le dijo:

—¡Lo vé usted, padre, como no se puede luchar con ese hombre!

—¿Que no se puede?... ¿Y por qué?... ¿No le he dicho á usted que ayer me propuso una cosa, y que la rechacé con energía?... Pues bien: lo que ayer me propuso era nada menos que un crímen, que estoy pronto á denunciar á los tribunales... Cuando me pidió que firmase aquel papel me dijo que trataba únicamente de poner á cubierto la honra de su familia... y yo, cuando se trata del honor de las personas, soy capaz de todo... Pero ayer me dijo mas aun... ayer queria que yo presentára un escrito, declarando que Adelaida no era la hija del duque de Mont-Marsan, como se pretendia, sino de don Lorenzo Vargas... y esto, usted conoce que era ya un crímen, en el que yo no podia ser cómplice, ni aun permitir que se consumase, pudiendo impedirlo.

Ventura miraba sin cesar al fraile, porque, aunque estaba persuadido de que las revelaciones que acababa de hacerle habian sido arrancadas por la perturbacion mas ó menos grave que habian producido en él los vapores del vino, sin embargo, le observaba cierta serenidad de la que no sabia qué pensar.

De todos modos, trastornado ó sereno el juicio de su huésped, no cabia duda ya en que era un hombre de muy pocos alcances, y de los muchos de su estado, incapaces de comprender ni siquiera la autoridad que les presta el hábibito que visten.

Esto, sin embargo, no era obstáculo para que Ventura considerase su apoyo como una gran adquisicion en la lucha que, ayudado por sus amigos, sostenia contra el Duende.

De sus amores, que no eran sino una pura ficcion para ocuparse del Duende de la manera mas indirecta posible, le volvió á hablar, aparentando no importarle nada de la cuestion de Adelaida, y le dijo sonriendo:

—En fin, padre, á mí me importa poco de esa jóven; lo que yo quiero es que se ocupe usted de ser el apoderado general de los bienes de mi esposa.

—Eso por supuesto... pero esa declaracion...

—No tenga usted cuidado; si quiere hacer mal uso de la firma de usted...

—Yo no le he dado mi firma,—interrumpió el padre Romualdo.

—Tanto mejor; de todos modos, no tema usted nada.

—¿Tiene usted amigos en el ministerio de Gracia y Justicia?...—preguntó con ansiedad el fraile.

—Cuando le ocurra á usted algo en ese ministerio,—dijo Ventura sonriendo,—se viene usted á verme; comemos juntos, y cuando estemos en los postres, ya está usted servido.

—¿De veras?

—Lo que usted oye... Pero sigamos ahora comiendo,

que ya ha tenido tiempo la sopa de bajársenos á los talones.

—Con eso nos hemos ahorrado del *recalcandum* y de la *bola* que usaban los Jerónimos, — dijo el padre Romualdo.

—¿Qué era ello? —preguntó Ventura llamando á los criados para que le sirviesen los postres.

—Tonterías de las gentes, —repuso el fraile.—Dicen que los monjes de San Jerónimo, que, á decir verdad, era una de las comunidades que mejor sabian tratarse *á cuerpo de rey*, tenian una cuerda en el refectorio pendiente del techo sobre cada una de las sillas, y á esa cuerda se agarraban los monjes á la mitad de la comida, dejándose caer sobre los asientos diferentes veces. Eso llamaban el *recalcandum*, y la *bola* era otra operacion por el estilo.

Ventura, que, aunque en fuerza de muy sabidos, tenia olvidados esos cuentos, se rió como si los oyera por primera vez, y despues de haber partido la fresca piña ananá con un cuchillo de marfil, sirvió un gran trozo al padre Romualdo, y le dijo:

—Padre, le voy á confiar á usted un gran secreto de repostería: estas piñas son criadas en Valencia; pero las venden por francesas, porque si no perderian su mérito entre los aficionados.

La contestacion del huésped fué llenarse la boca con un gran pedazo de la fresca fruta que destiló sobre sus lábios un delicioso néctar.

Y levantados los manteles, despues de haberse servido el café y los licores, la estraordinaria pesadez que sentia el fraile no le dió tiempo para pedir un lecho donde pasar la siesta, y quedó dormido sobre una butaca.

Ventura no pudo menos de sonreirse al ver la prosáica figura que hacia su bata chinesca, y saliéndose del comedor, dió órden á los criados que apagasen las luces, para que la claridad no interrumpiera el sueño de su huésped, á quien, como habrá observado el lector, trató con las mayores consideraciones.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD. — ... y quedó dormido sobre una butaca.

CAPITULO C.

La Cárcel de Córte.

Reinando la Majestad de Felipe IV, con acuerdo del Consejo, se fabricó esta Cárcel de Córte para *seguridad* y *comodidad* de los presos. (Año de 1634.)

Por no desmentir con nuestro relato la inscripcion que sirve de epígrafe á este capítulo, y que se lee sobre la puerta principal del edificio, hemos dilatado cuanto nos ha sido posible llevar al lector á la Cárcel de Córte. La presencia en ella de doña Inés Montilla no fué bastante á arrastrarnos hácia ese lugar inmundo, verdadero infierno del crímen, mas bien que purgatorio de criminales. Pero no ha estado en nuestra mano impedir que sucesos de mayor gravedad llevasen allí la accion de nuestra historia, y siguiendo los pasos del doble adalid de la edad media, Genaro, vamos á penetrar en el oscuro y súcio calabozo, donde la infamia de sus detractores y la parcialidad política de sus jueces tienen encerrado al generoso oficial carlista Fernando Vargas.

El lector nos permitirá que prescindamos por un momento del objeto de este capítulo, y que antes de pasar el

dintel de la mezquina puerta de entrada á la triste mansion del crímen, abracemos con la vista, siquiera sea por un breve momento, el esterior del edificio.

Vamos á perder bien pronto la facultad de respirar en aquellos lóbregos y súcios encierros, y justo es que aspiremos un instante el aire libre, dando un adios á la libertad en medio del espacio infinito.

Apartemos la vista de aquella lápida, fija en uno de los costados del edificio, y en la que el ejecutor de la justicia presta su nombre, grabado con gruesos caractéres negros, á un estrecho y tortuoso callejon. No sospechamos siquiera, en gracia á los autores de tan fatal pensamiento, que esa lápida ha sido colocada allí para inmortalizar la horrible palabra que está escrita en ella, ni que al bautizar la calle con el nombre de *Callejon del Verdugo*, les guió el mismo deseo que á los miembros de una academia cuando inscriben los nombres de sus fundadores en la sala de juntas.

Sin movernos un paso de la Plazuela de Provincia, examinemos la fachada principal del edificio que sirve de albergue á los criminales, y adonde guian nuestros pasos en este momento los sucesos que el lector conoce.

Ante aquella sencilla, pero elegante fachada de piedra y ladrillo, con sus columnas, toscanas en el órden primero y dóricas en el segundo; ante la irregularidad de la torre que adorna uno de los lados, dejando huérfano de igual adorno el opuesto; ante aquellos nichos, en fin, de donde huyeron las virtudes cardinales, que un tiempo se presentaron allí en estátua, y debajo del ángel de la Justicia, que, espada en mano, enarbola allí el fiel de su incorrumpible balanza, gocemos aun con la ilusion de que nos engaña la voz que nos dice:

«Aquí están los presos *seguros* y *cómodos*.»

Tres enormes puertas de hierro cuadradas defienden la entrada en el edificio, y en sus umbrales se respira siempre el fragante aroma de los jardines.

Al pisar el primero de los tres escalones que conducen al vestíbulo, ha desaparecido de la vista la lápida del callejon; apenas se ven relucir las armas de los centinelas que hay á las esquinas del edificio, y la entrada está desembarazada y libre, sin otro obstáculo que el de los ociosos, que, allí como en todas partes, se reunen *á matar el tiempo*; delito que en vano ha querido castigar diferentes veces el gobierno; pero que fácilmente lo habria conseguido, si en vez de considerarlo como una falta leve, se convenciera de que es la única fuente de todos los crímenes.

¡Pero era preciso que sucediese así! Con la ley de vagos, que solo se aplica á los indigentes, lo que se persigue no es la vagancia, sino la miseria.

Multitud de plantas adornan aquellos hierros, creciendo á su arrimo como la débil enredadera sobre el robusto tronco del roble. Colocados en vasos de tierra á la parte esterior del edificio, los inmaculados pétalos de sus flores atraviesan mecidos en el tallo aquellas verjas de hierro que sirven de entrada al criminal y cierran la salida al crímen.

La blanca flor de la azucena, símbolo de pureza y de hermosura, se encierra voluntariamente en la mansion del delito, y los encendidos pétalos de la fragante rosa apagan su rubor entre los hierros de aquella fortaleza.

¡Miedo dá poner la planta en el vestíbulo, dejando detrás el aire libre, perfumado por las mejores galas de la naturaleza!

La florida muralla que cierra el paso al delincuente, parece estar puesta allí por la mano de Dios para revelar la vigilancia de la justicia divina sobre los escesos de la humana.

Las flores deshojadas y marchitas que caen sobre la escalinata del edificio, son los falsos halagos de la senda engañosa que arrastra al crímen.

Aquellos brazos de hierro cubiertos de flores, son las ramas del árbol de la libertad, que mece su frondoso rama-

je sobre la cabeza de los criminales para disponerlos al arrepentimiento de sus delitos.

La mano del hombre cultivando las flores en aquellas macetas, es el símbolo de la educacion de la infancia, que debe estirpar los vicios en su orígen.

El jardinero, que no ha llevado allí ninguna de las plantas venenosas, y que purgando la tierra de las malas semillas, se ocupa en fomentar el desarrollo de las buenas, es la mano de la justicia que ciega la senda del crímen, y solo abre los caminos de la virtud, de la honradez y del trabajo.

Miedo dá, repetimos, abandonar tan pronto aquel paraíso para sepultarse en la oscuridad de un calabozo; pero la esperanza que nos hace concebir la inscripcion de la portada, que brinda *comodidad* á los presos, nos anima á pasar adelante.

Tambien en los jardines hay prisiones que no sirven para oprimir á las plantas, sino para curarlas de su enfermedad, defendiéndolas del contagio de la atmósfera. Si floridos están los cuadros del pensil, flores hay tambien en las estufas y en los invernáculos.

Entremos de una vez en el edificio, confiados en que los encierros de los criminales no desmentirán la belleza de la portada. Ese panorama florido de la naturaleza no será una máscara hipócrita, ni una red engañosa de la justicia. Será, por el contrario, la sonrisa de la indulgencia y del perdon con que el padre cariñoso y tierno llama al hijo descarriado para que no tema acercarse á oir sus amonestaciones.

¡Pero ¡ay! que en vano subimos precipitadamente la anchurosa escalera que conduce al piso principal, y en vano recorremos todas sus galerías y dependencias!...

El edificio donde hemos asentado nuestra planta no es el que nosotros buscábamos. Allí no hay reos, sino ejecutores; allí no se encuentran los criminales, sino los que se ocupan de indagar los crímenes; allí no están los cuerpos del delito, sino los procesos del crímen; aquello, finalmen-

te, no es la mansion de los delincuentes, sino el tribunal de sus jueces. Buscábamos el triste albergue de los condenados, y nos hemos hallado en el magnífico palacio de los que condenan.

En una palabra: aquella portada no guia á la *Cárcel*, sino á la *Audiencia*.

Salgamos precipitadamente del respetable imperio de la Justicia; no interrumpamos la atencion con que los magistrados oyen los descargos del reo, á quien ya la ley ha señalado de antemano la pena; dejemos el paso libre al fiscal, que vá á cumplir su obligacion acusando, por mas que ignore quién ha de ser la persona acusada. El abogado, en cambio, irá á defender del mismo modo al reo que le ha cabido en el reparto.

No es este el camino que ha de guiarnos á la presencia de nuestros personajes. La cárcel forma parte de ese mismo edificio; pero su entrada es lóbrega y mezquina. La defiende un centinela, y no hay en ella ni una sola flor de las que crecen en los umbrales del palacio de la Justicia.

La presencia de las plantas sobre aquellas súcias losas seria un sarcasmo horrible, y su fresco aroma moriria envenenado con el hediondo aliento de aquella lóbrega mansion.

Quédense en buena hora las flores cubriendo la entrada de los tribunales y perfumando con su aroma las sentencias de muerte que dejan firmadas los magistrados al retirarse á sus casas por entre aquella lozana vegetacion...

Que no se aparte de la vista del juez, que oye impasible las súplicas de la madre para que perdone la vida á su hijo, aquella planta marchita que se seca y muere, porque la han arrancado uno de sus mejores brazos.

Las hojas que defienden de los rayos del sol al tierno capullo, le recordarán sin cesar que su mision no es el esterminio y la venganza, sino la conservacion y la recompensa.

Pero en vano queremos que ese jardin simbolice la ma-

no protectora de la justicia, para llevar un consuelo á los desgraciados que gimen en los calabozos... En vano tratamos de ver en él ahora nada de lo que dijimos al acercarnos por primera vez al edificio de la cárcel... Las plantas que crecen en multitud de vasos de barro, y los ramos de flores que adornan aquellos hierros, no los ha puesto allí la mano de la Justicia, sino la de los negociantes. Aquel jardin no es otra cosa sino un comercio de plantas. Parece imposible, pero es muy cierto por desgracia, que el único *mercado de flores* que hay en Madrid esté á la puerta, y mejor dicho aun, dentro de la Cárcel de Córte. Hay un dia tambien en el año (el sábado de Pasion) en que se espone allí otra mercancía... las palmas. ¡El *símbolo de la virginidad* se vende asimismo á la puerta de la cárcel!...

Para que el lector pueda comprender todo el sarcasmo de esta reprensible tolerancia, será preciso que nos acompañe al interior de la Cárcel de Córte, donde podrá ver por sí propio si los presos están *cómodos* y *seguros*.

CAPITULO CI.

La posada del verdugo.

Decididos á penetrar en el interior de la Cárcel de Córte, donde, á nuestro pesar, nos llevan los personajes de esta historia, nos ha sido preciso poner la planta en el torcido y angosto Callejon del Verdugo (1).

La primera puerta del edificio, que se abre en esa calle, es grande, de dos hojas, y no se vé en ella ninguna señal que indique ser la entrada de los presos, para cuya *comodidad* y *seguridad* se construyó el palacio de la Justicia.

Sin embargo, sus hojas están entreabiertas, y como nadie se opone á que pasemos adelante, penetramos en un patio estrecho y largo, por el que corren libremente una multitud de animales de pluma; y un enorme perro mastin, atado por una cadena á una viga, anuncia, ladrando, nuestra presencia en la Cárcel de Córte.

Diferentes, altísimas y desiguales murallas de ladrillo, en las que se ven algunas rejas de hierro, sin órden ni simetría de ninguna especie, cierran ese patio, en el que al ruido de las aves que baten sus alas huyendo asustadas de

(1) Posteriormente á la época en que se supone la accion de esta novela, se cambió el nombre de esta calle por la de *Santo Tomás*, con el que se conoce hoy dia.

nuestra vista, se mezcla el confuso rumor de las pisadas y las voces de gentes que pasean por los patios vecinos.

El sitio en que nos hallamos semeja al zaguan de una casa de campo, adonde el ruido de la poblacion inmediata hace mas triste la soledad y el silencio.

Hay á la izquierda un humilde establo, cuyas plazas están ocupadas todas por caballerías menores, y á la entrada de la choza, que está contígua, se vé un emparrado desnudo de hojas por los rigores de la estacion.

Al pié de una de las columnas de madera que sostienen la parra está sentada una mujer de hermosa presencia, y de edad como de treinta años, rodeada de tres niños pequeños, de los cuales el mayor apenas cuenta doce Abriles.

Entretenida en zurcir una blusa de bayeta amarilla, no advierte nuestra presencia allí hasta que el perro ladra diferentes veces, y alzando entonces sus azules ojos, nos mira sin estrañeza, y le dice al mayor de sus hijos:

—Dí á tu padre que salga.

El marido de aquella mujer se presenta al punto en el umbral de la choza.

Es un hombre de gran estatura, de formas robustas, pero sin la esbeltez del atleta; su rostro es hermoso, pero frio, y sus ojos, grandes y negros, están parados y sin espresion ninguna. Sin embargo, no revelan la estupidez del idiota, sino el embrutecimiento del hombre pensador y reflexivo.

Aquel semblante inmóvil y frio no indica la ausencia de la razon, sino la inercia del entendimiento.

A pesar de todo, su mirada es recelosa y tímida como la del hombre que vuelve en sí, llena su cabeza de remordimientos, despues de un ensueño funesto.

Sus maneras son asimismo reposadas y tímidas, y su voz es suave y blanda.

Viste una chaqueta de paño negro, pantalon de lo mismo, chaleco y faja de seda del propio color. El traje negro hace brillar la blancura de la camisa, en la que luce un

gran alfiler de piedras finas, y el cuello doblado deja la barba desembarazada y libre.

La mujer, al verle, le pregunta *si hay posada*, y él la replica que no tiene *ninguna plaza vacía*.

Ambos nos miran, sorprendidos sin duda de vernos inmóviles, á pesar de lo que acaban de decirnos, y á sacarnos de nuestro asombro llega un mancebo á caballo en uno de poco valor, con arreos de igual clase que la cabalgadura.

Los niños, al verle asomar, corren á abrir la puerta, y el amo de la casa deja sobre una silla un tornillo de hierro que traia en la mano, y acude á tener el estribo al ginete, que al apearse en medio del patio estrecha con profusion la mano del patron, y le dice sonriendo:

—¿Habrá por ahí un calabozo para esta jaca?

—Para usted, señor escribano, no falta un rincon en esta casa,—responde el hombre, descolgando unas alforjas y una escopeta pendientes de la batalla de la silla.

—Muchas gracias, amigo,—dijo el escribano;—yo no estaré aquí mas tiempo que el que dure la corrida de toros... Dicen que ha de ser buena, y no he querido perderla.

—¿Y se vuelve usted al pueblo esta misma noche?

—Si Dios quiere,—replicó el escribano.

—Mal hecho,—dijo el amo de la casa,—porque anda por ahí una cuadrilla de tunos muy malos... Tres de ellos son de los que se nos escaparon de aquí hace dos semanas... Ya se vé... ¡como este alcaide es tan torpe!

—Yo creo que no consiste en el alcaide,—repuso el escribano,—sino en que esta cárcel es muy poco segura... Estoy persuadido de que los que no se escapan es por que no quieren... Mire usted, por este patio podian salirse á la calle fácilmente muchos de los que están en comunicacion.

El hombre miró con espanto al escribano, pero dejando asomar al punto á sus lábios una sonrisa diabólica, le dijo:

—Si no hubiera en la cárcel mas sitios que este para que se escapáran los presos, no se iba ninguno... ¡Poco

sabe usted lo que es esa gente!... Con solo pasar por el patio de mi casa, se les figuraria que ya les estaban sentando en el madero.

—¡Le tendrán á usted mucho miedo!

—Cuando están presos y los compañeros de usted no les ponen buena cara, se asustan de verme; pero cuando están en libertad, vienen aquí la mayor parte de los dias.

—Pronto le vamos á dar á usted que hacer nosotros,— le dijo el escribano.

—¿Por quién habla usted?... ¿Por Jáime el *Buhonero?*

—El mismo; ya está sentenciado en el inferior, y se ha de hacer la justicia en el mismo pueblo donde cometió el crímen... ¡Fué una cosa atroz!...

—Sí; pero en el caso de que los *señores* confirmen la sentencia, que lo dudo mucho, le indultan... Si no contase yo con mas cabezas que la de Jáime, ya podia buscar otro oficio.

—Pues me parece que se equivoca usted, y que tendrá que ir por allá muy pronto.

El amo de la casa se encogió de hombros, y el mayor de sus hijos, que no habia perdido una sola palabra de la conversacion de su padre con el escribano, dijo:

—¿Iré yo con usted, padre?

—Sí... ¡para que estés tan torpe como el otro dia!

—No, señor... ya no se me olvidará nunca lo que usted me dijo. Ayer estuve atando al perro, y ni una vez se soltó el nudo...

La mujer, que seguia zurciendo la blusa amarilla debajo de la parra, dejó rodar por sus mejillas una lágrima, y llamó asustada á su hijo.

El escribano la saludó, y despidiéndose del marido, salió del patio, en que nosotros habiamos entrado pensando ser el zaguan de la cárcel, y era nada menos que la *posada del Verdugo.*

Para convencernos de esta horrible realidad, necesita-

mos algo mas que lo que habiamos comprendido por la conversacion que acabábamos de oir.

Necesitamos que nos dijeran que el hombre, que, vestido de negro y con un tornillo en la mano, nos dijo que tenia llenas todas las plazas de su posada, era el verdugo, y que aquella mujer que cosia el saco de uno de los reos de muerte era la esposa del ejecutor de la Justicia.

Aquel niño, que pedia con afan á su padre que le dejase ayudarle á privar de la existencia á un hombre, estaba condenado por la sociedad á servir de instrumento homicida á la Justicia... El hombre que le acusaba de torpe era su padre... La torpeza que le reprendia era la de no haber sabido maniatar á un reo de muerte.

Confiamos en que el lector nos perdonará lo que acabamos de decirle, en gracia del silencio que guardamos sobre los demás pormenores de la horrible escena que se presentó á nuestra vista.

Ignoramos si los magistrados, que autorizan semejante abuso, podrán escudarse suficientemente con decir que no es indigno de tanto sarcasmo y tanta burla un pueblo donde hay gentes capaces de pedir hospedaje al hombre que vive de derramar la sangre de sus semejantes.

Diferentes personas nos han asegurado que los parroquianos de la posada del Verdugo, los que gustan de aumentar con su dinero el que se dá en pago de un homicidio, son gentes honradas y buenas, la mayor parte arrieros y labradores de las cercanías de Madrid. Nosotros no hemos querido acercarnos á examinar lo que nos decian, porque temíamos que fuese demasiado cierto.

Nos alejamos, por el contrario, de aquel lugar, en el que se agolparian á nuestra imaginacion reflexiones ajenas del propósito de este capítulo, que no es otro sino el de penetrar cuanto antes, guiados por Genaro, en el aposento de doña Inés Montilla.

Pero tampoco ha sido nuestra la culpa en no haber ha-

llado aun la verdadera entrada de ese edificio, construido dos siglos há para comodidad y seguridad de los presos. . . .

. . . . . .

La puerta que se vé pocos pasos mas allá de la que acabamos de dejar entreabierta en el Callejon del Verdugo, es mezquina y súcia; pero está defendida por un centinela, y amparada por un cuerpo de guardia... Esto ya es un indicio de seguridad.

Seis escalones de piedra la separan de otra mas pequeña y mas súcia que se vé en el fondo de ese portal, y en ellos están sentadas algunas mujeres con cestas de provisiones al brazo para servir la comida á sus parientes ó amigos.

En esas cestas suele estar, convertido en modestos manjares, el sudor de una familia honrada, que ha trabajado toda la noche para procurar una comida aseada y limpia al jefe de esa misma familia, que gime, víctima quizá de una calumnia, en el interior de un calabozo.

Y acaso con el honor de una jóven se ha comprado el mazo de ricos cigarros que se vé en otro esportillo, destinado á sostener los vicios del criminal, que fuma, que bebe y que juega, en el patio contiguo al del verdugo.

La puerta pequeña que está al final de la escalinata se entreabre nada más que lo necesario para que pueda pasar una sola persona. Una cadena de hierro la impide abrirse de par en par, y á mayor abundamiento, sentado detrás de ella hay un hombre, con un codo apoyado sobre una mesa, y el otro en el respaldo de la silla, sin retirar nunca la mano de la cerradura.

Es el *portero de golpe* que está de semana, y le acompañan diferentes hombres, de bien distintos aspectos todos ellos.

A escepcion de tres ó cuatro, que son los mandaderos y calaboceros, y el escribiente de la alcaidía, que lleva el libro del registro, las demás gentes que se ven allí son presos.

Cuatro varas escasas los separan de la calle, cuyo aire

libre respiran cada vez que se abre la puerta, y confundidos con los empleados, y avezados, como estos, á ver entrar y salir la gente, no les causa rubor alguno el encontrarse allí.

Las paredes de esa reducida estancia están mugrientas y súcias; por las ventanas, que se abren sobre uno de los patios de la cárcel, se oye una gritería descompasada, que no altera nunca la fisonomía de aquellas gentes que están en la portería.

Hay en el fondo de esa estancia una empalizada que dá paso á un oscuro callejon, que conduce á la sala de declaraciones y á la habitacion del alcaide. A la derecha hay otra puerta que abre y cierra sin cesar un hombre sentado delante de ella, y esa guia á unos pasillos tortuosos y súcios, invadidos siempre por la aristocracia de los presos, que, segun la inscripcion de la portada, están *comodos* y *seguros* en aquel edificio.

Parecerá ridícula, ó mejor dicho, inexacta, la distincion que señalamos entre los presos; pero no es por eso menos cierto que existe, y que cada uno de ellos ocupa distinto rango allí, con arreglo al estado en que se hallan sus fondos en el momento de entrar en la cárcel. Los que pueden pagar siete reales diarios ocupan uno de los cuartos llamados de *Alcaidía;* los que pagan cuatro viven en los de *Correccion,* y los de *Cuarteles* solo abonan dos reales.

Pero los presos de las dos primeras clases pueden pasearse por todo el edificio, invadiendo frecuentemente aquellos angostos callejones é interceptando el libre paso por las escaleras oscuras y súcias, que conducen á los calabozos llamados de *Castilla,* al departamento de mujeres y á varias otras dependencias de la cárcel.

A la puerta de esos encierros de pago es muy frecuente ver el tablado de una cama, cubierto con una manta, y diez ó doce presos peinando una baraja y cambiando públicamente el dinero de sus bolsillos.

En cambio el artista á quien una desgracia cualquiera ha llevado á tan triste lugar, se encierra en su cuarto para ganar con su trabajo el sustento para su familia.

A veces el alcaide *le tolera* esa ocupacion... pero con encargo especial de que la oculte los sábados á los señores de la visita de cárceles.

Los magistrados no pueden consentir que los presos se ocupen de trabajar en sus respectivos oficios... El trabajo está prohibido por el reglamento de cárceles.

Así, la impresion que produce la cárcel al que por primera vez pone en ella la planta, lejos de ser angustiosa y triste, por recordar con su órden interior y su silencio las penalidades que sufren los que viven en ella, es, por el contrario, desgarradora y horrible, porque dá una idea tristísima de nuestro sistema carcelario.

Apartar la vista de esos presos ricos, que pasan los dias de su prision jugando en aquellos súcios callejones, y fijarla en los que mas modestamente se entregan á igual ocupacion en el patio, es adquirir la certeza de una idea que á muchos habrá parecido una vulgaridad, y que es, sin embargo, la única que puede formarse en presencia de las escenas que allí se ven á todas las horas del dia.

La cárcel, tal como nosotros la hemos visto, *es una verdadera escuela de inmoralidad; es la cátedra práctica del vicio.*

El criminal que entrase en ella por primera vez, y que antes de ser instruido por sus compañeros de encierro diese un paseo por las dependencias de que hablamos, creeria que sus aprehensores se habian engañado, y que en vez de conducirle al purgatorio de la expiacion, le llevaban á la gloria del vicio.

Contínuamente, doscientos ó mas hombres parados, haciendo alarde de su curiosidad, y comunicándose todos los pormenores de sus delitos respectivos, forman el cuadro *correccional* que ofrece la Justicia á los delincuentes.

Y no nos dirán que los huéspedes de esa casa no son

penados, y que su permanencia en ella es transitoria... porque esto, sobre no ser cierto siempre, seria un argumento que naturalmente se volveria en contra de sus autores. Si despues de un mes, de un año, y á veces de cuatro ó cinco, se declara inocente al preso, ¿podrá imponérsele mas tarde alguna pena, por que, acostumbrado á la vagancia y al vicio, ensaye los rudimentos del crímen que aprendió en la cárcel?...

¡Cuánto sentimos en este momento haber tomado la pluma para escribir una novela, en vez de esgrimirla sériamente contra los que pretenden defender á la sociedad del robo y del asesinato, encerrando á los ladrones y á los asesinos en un edificio público, impropiamente bautizado con el nombre de cárcel! ¡Oh! ¡Cómo nos alegrariamos que la índole de estas páginas nos permitiera entrar sériamente en el análisis de eso que llaman *sistema penitenciario*, y que, para mayor desgracia, ni siquiera se observa!

Pero si hoy abandonamos esta grave cuestion, por no abusar mas tiempo de la paciencia de nuestros lectores, no por eso renunciamos á emprender ese trabajo en otra obra de índole distinta á la presente.

En ella nos prometemos demostrar: «que ni la sociedad »se libra de los crímenes que desgarran su seno, almace»nando á los criminales, ni estos se acaban diezmándo»los de vez en cuando en las afueras de la puerta de Toledo.»

La pena de muerte, prerogativa inhumana que las sociedades heredaron de las generaciones primitivas, que no supieron curar sino estinguir, no tiene por objeto tampoco dar de baja un criminal cada vez que alza su terrible cuchilla, ni vengar á la sociedad ultrajada, como diariamente se dice en los tribunales, sino ahorrar cien crímenes, y lograr el arrepentimiento de otros tantos criminales.

Vean los legisladores y los magistrados si son esos los efectos de una muerte ejecutada por el posadero de la Cár-

cel de Córte, y el resultado de ese exámen será el mejor panegírico que podria hacerse de su abolicion.

Mientras tanto, que no pida el fiscal la pena de muerte para un reo, diciendo que con ella quedará vengada la sociedad del ultraje recibido, porque eso no es exacto.

Ni la sociedad puede ser nunca ultrajada por la borrachera de uno de sus indivíduos, ni la sangre vertida en un patíbulo lavaria el ultraje, si posible fuera haberle recibido.

Lo que purifica á la sociedad, lo que redime el asesinato de uno de sus indivíduos, no es la muerte del asesino, sino su arrepentimiento. En este último caso, la sangre que ya no podeis volver á las venas de donde ha salido, ha sido provechosa, porque en vez de dos indivíduos, la sociedad solo pierde uno á quien no pudo amparar en tiempo oportuno.

De escarmiento no nos direis que sirven las ejecuciones, porque las haceis de tal modo, que ni aun terror inspiran á los mismos que pueden considerarse en vísperas de igual desgracia.

En lo que los presos de la Cárcel de Córte llaman la *Puerta del Sol*, porque es el sitio mas concurrido de la Cárcel, allí, junto á una piedra donde *Calzan la argolla* á los condenados á presidio, hay un aposento mezquino, en el que pasa el reo, con un crucifijo y un sacerdote, la víspera del último dia de su vida.

Este aposento es la *capilla* de los condenados á muerte.

¿Y sabeis cómo llaman hoy los presos á esa capilla con que pretendeis intimidarlos y corregirlos?... Habeis tenido la diabólica idea de cubrir sus paredes con papeles de color alegrito, y la llaman... *la horchatería*.

Preguntadnos si en esos dias se suspende el juego en los departamentos de comunicacion, y os responderemos que no... Lo que pasa en el momento de la ejecucion es demasiado sabido, para que haya quien quiera probarnos con ello que la pena de muerte impone terror alguno á los criminales.

Pero de nuevo pedimos al lector que nos dispense estas digresiones, bien ajenas de nuestra voluntad, y escapadas sin querer de nuestra pluma.

Entraremos de una vez en el aposento que ocupa doña Inés Montilla, á quien por una gracia especial han permitido continuar en la Cárcel de Córte, despues de haber sido puesta en comunicacion.

CAPÍTULO CII.

Genaro y doña Inés Montilla.

No era la primera vez que Genaro entraba en la Cárcel de Córte, ni tenia necesidad tampoco de que le dijesen dónde estaba la prision de la amiga del Duende, y por eso, sin detenerse á preguntar por ella, atravesó con presteza la puerta de golpe; subió del mismo modo las escaleras hasta el último piso, y entró por fin en una de las reducidas celdas que se ven á izquierda y derecha en un estrecho y lóbrego pasillo.

Aquella celda era la habitacion de la mandadera del departamento de las mujeres, y el estado de su fábrica es tan ruinoso como el de casi todas las dependencias del edificio, denunciado para su derribo hace ya muchos años (1).

Doña Inés Montilla, vestida con una estrecha basquiña de lana negra, sujeta á la cintura por una correa de cuero negro, y prendido en la manga izquierda un medallon de

(1) Desde que se publicó la segunda edicion de esta novela ha desaparecido el edificio de la Cárcel de Córte, y los presos que en ella habia fueron trasladados á la de *Villa*, en donde deber nuestro es confesar que se han hecho algunas mejoras, y que si no es aun ni la sombra de lo que debe ser un establecimiento de esa especie, los presos están con alguna mas comodidad que antes.

plata con la imágen de la Vírgen, no estaba sola en su aposento cuando entró Genaro.

Una mujer de rostro repugnante y horrible la hacia compañía, hablando ambas en secreto, y poniéndose en pié apenas vieron en su presencia al generoso amigo de Daniel Mendoza y de Fernando.

Doña Inés se apresuró á ofrecer una silla á Genaro, y la Peregrina trató de retirarse, diciendo con afectada hipocresía:

—Buenos dias, señorito don Genaro.

Este la dirigió una mirada terrible, y con tono imperioso, la replicó:

—Quieta aquí... lechuza.

La Peregrina bajó los ojos, cruzando las manos sobre las puntas del manton que cubria su cabeza, y doña Inés, esforzándose por sonreir, dijo:

—¿Tambien conoce usted á la Peregrina?... Todos los jóvenes de Madrid tienen relaciones con esta buena pieza.

—Todos,—repitió Genaro con marcada intencion,—hasta los hijos del general Ayamonte... ¿No es verdad que tú conoces á los señoritos Ayamonte?

—Me parece que sí, señor,—contestó la Peregrina, sin atreverse á tomar asiento en presencia de Genaro.

—¿Has visto ya al señorito don Juan?...—dijo Genaro, sonriendo.

—¿Está en Madrid?—preguntaron asustadas, y casi á la vez, doña Inés y la Peregrina.

—¡Qué pregunta!... Pues qué, ¿no lo sabian ustedes?

—¡Es falso!...—dijo con audacia doña Inés.

—Es la primera vez que me ha hablado así un asesino,—dijo Genaro sin inmutarse.—A la segunda, la bañó á usted en sangre la cara.

Doña Inés bajó los ojos, mordiéndose los lábios de coraje, y Genaro, dirigiéndose á la Peregrina, que permanecia en pié, la dijo:

—Siéntate, bruja.

Obedeció esta sin replicar, y Genaro, asomándose á la puerta de la prision, llamó á la mandadera, y la dijo en voz baja:

—Si viene alguien á preguntar por esta señora, dí que está declarando con el juez, y que no entre nadie.

—Está bien, señorito,—respondió la mandadera,—y no tardará en venir alguien, porque todos los dias está llena de visitas... Y todas son gentes muy principales... ¡Vaya! Estas brujas hipócritas son el demonio.

—Pues mira, Juana,—replicó Genaro,—necesito que me hagas un favor; pero como tú sabes hacer las cosas cuando quieres.

—Si es cosa que yo puedo... Ya sabe usted que Juana Lunares es muy agradecida, y que por servir á usted rodará si es necesario... Por usted me veo yo otra vez en este destino.

—Bien, eso no vale nada; lo que yo quiero es que tengas cuidado para venir cuando yo te llame, y acompañarás á la Peregrina adonde vaya, sin separarte un momento de ella... ¿Sabes quién es la Peregrina?... Esta mujer que está ahí dentro ahora.

—La conozco de sobra,—replicó la mandadera;—sé á lo que ha venido, y casi me atreveria á apostar que sé lo que usted quiere.

—No es fácil.

—Ni difícil tampoco... ¿Conoce usted alguna persona en la calle del Nuncio?

—Sí,—respondió vivamente Genaro.

—Pues no deje usted de preguntarlas lo que ocurre á esa persona.

—¿Pero tú qué sabes?

—Pregúntelas usted á ellas, y lo que no le digan, aquí estoy yo para contarlo... ¿No ha oido usted decir que en la cárcel las paredes oyen?... Pues estas no oyen casi nunca;

pero desde que usted me dijo que esta beata era cosa suya, no ha respirado una vez sin que yo lo haya sentido.

—Dime, ¿qué cosa es esa de la calle del Nuncio?

—No le corre á usted prisa saberlo, señorito. Entre usted para que no sospechen de lo que hablamos, y dígala usted á la bruja si sabe de quién es la chaqueta que se ha encontrado junto al reloj de torre.

—No te entiendo, —dijo Genaro, confuso con lo que decia Juana Lunares.

—¿Conoce usted á Cabezota?

—Sí, —respondió alarmado Genaro. —¿Qué le ocurre?

—Nada, á Paco no le sucede nada malo nunca.

—¿Pero está en la casa de la calle del Nuncio?

—Entre usted á ver á la bruja, y créame.

—Cuidado con lo que te he dicho... que estés pronta para cuando te llame.

—Descuide usted; aunque será escusado, porque ellas mismas le entregarán á usted los papeles.

Genaro no replicó nada, y volvió á la presencia de las dos mujeres, que, mientras habian estado solas, no se atrevieron ni á mirarse siquiera, por temor de que las sorprendiesen un solo gesto.

De un magistrado que las hubiese dado tanto tiempo para comunicarse entre sí un rato, no habrian temido nada; de un individuo de la Partida del Trueno sabian que debian temerlo todo.

El semblante de Genaro las imponia respeto, y únicamente el miedo á la muerte pudo obligar á doña Inés á que se propasára, diciendo que era falso que el hijo del general Ayamonte estuviese en la córte.

Esta noticia era en verdad una invencion de Genaro para intimidar á la mujer bajo cuya horrible tutela habia estado Adelaida en la Torre del Duende.

Genaro cerró la puerta del cuarto, y sentándose frente á las dos mujeres, se dirigió á doña Inés, y la dijo:

—¿Con que es falso que don Juan Ayamonte está en Madrid?... Responda usted, señora... ¿Es falso?

Doña Inés guardó silencio, ocultando su rostro con ambas manos, y Genaro continuó:

—¿Esa vergüenza es arrepentimiento del asesinato, ó miedo de que el hijo venga á pedir á usted cuenta de la vida de su desgraciado padre?

—Estoy inocente de ese delito, —dijo con voz trémula doña Inés.

—Lo creo, y por eso he decidido que venga aquí el hijo del general para que oiga esa confesion de boca de usted, é impida que se exhumen los restos de su padre.

—El juez no ha dado aun semejante providencia, —se apresuró á decir doña Inés.

—¡Cómo está nombrado ministro para cuando venga á reinar Cárlos V! —dijo con sorna Genaro. —Pero hoy mismo mandará que se haga la exhumacion del cadáver...

Aturdida quedó doña Inés Montilla con las palabras que estaba oyendo, y Genaro, queriéndose aprovechar de aquella sorpresa para lograr el objeto de su visita, hizo uso de la revelacion de la mandadera, diciendo:

—Pero hablemos de otra cosa, porque á mí me importa muy poco este asunto...

—Al contrario, —replicó doña Inés asustada; —dígame usted lo que haya, porque al cabo y al fin usted es letrado, y sabe que, aunque sea una calumnia todo ello, las causas criminales son siempre terribles.

—Sin embargo, usted no puede temer nada, porque su conciencia está tranquila.

—Tranquila... —balbuceó doña Inés; —tranquila... eso sí.

—Pues en ese caso no tenga usted miedo... En los jueces influye mucho la conciencia de los reos, y sobre todo, en perdonando la parte, tiene usted mucho adelantado.

—Yo no quiero que me perdonen, —dijo la beata, algo

mas recobrada de su aturdimiento; —yo estoy inocente.

—Tanto mejor... Yo haré que venga aquí Juanito Ayamonte para que usted le repita lo que acaba de decirme...

—¡Ay!... No... ¡por piedad! —esclamó doña Inés, cuyo semblante se alteraba horriblemente cada vez que oia pronunciar el apellido del general.

—Pues no vendrá si usted no quiere, —replicó impasible Genaro; —que siga la causa...

—Está sobreseida, —repuso con voz débil doña Inés.

—¿Sí?... Me alegro.

—Al menos así me lo ha ofrecido el escribano.

—Pues si lo ha ofrecido el escribano, no pasará á la audiencia siquiera.

—Yo no sé lo que harán, —dijo, cada vez mas aturdida, doña Inés, —pero si usted quisiera encargarse de mi defensa...

—¿Quién? ¿Yo?... Pues no hay duda, señora, que ganaria usted mucho con mi apoyo... No entiendo nada de venenos.

Mientras doña Inés se mordia los lábios de desesperacion, la Peregrina se sonreia, gozándose en la angustia de su amiga, y alzando de vez en cuando la vista para ver cuándo la llegaba su turno en aquel penoso interrogatorio.

Pero Genaro solo la habia hecho permanecer allí con el objeto que el lector conoce, y sin dirigirla ni una sola vez la palabra, continuó hablando con doña Inés.

—Dígame usted, —la preguntó; —¿están corrientes ya aquellos papeles?

—¿Qué papeles? —preguntó la beata, fingiendo sobresaltarse por la presencia de la Peregrina.

—No se asuste usted, señora: no importa que esté delante esta lechuza... Cuando á mí me acomoda ni vé, ni oye, ni entiende.

—Tiene razon el señorito; á mí no me importa nada de los secretos de ustedes, —dijo la Peregrina.

—¡Eh!... ¡Silencio! —replicó Genaro.—Usted me ofreció entregar esos papeles hoy mismo.

—Sí; pero no me los han traido, porque la persona que yo creia que los tenia los ha entregado ya...

—¿A quién?

—Al padre Romualdo.

—Es falso... Los que tiene ese fraile no son los que yo pido.

—Pues yo no sé que haya otros.

—Búsquelos usted, y los encontrará... Quizá estén en la chaqueta que se ha encontrado junto al reloj de torre.

Estas palabras, que Genaro pronunció con miedo, porque no tenia gran seguridad de que pudiesen encerrar misterio alguno, aturdieron de tal manera á doña Inés, que, levantándose precipitadamente, se acercó á Genaro, y le dijo al oido:

—Hablaremos á solas.

Genaro se levantó de su asiento, y abriendo la puerta de la prision, hizo seña á la Peregrina para que saliera, y á la mandadera, que se presentó al punto allí, la dijo:

—Que espere esa mujer en tu cuarto.

—Ya estamos solos, —dijo Genaro, volviéndose á sentar frente á doña Inés Montilla, y despues de haber cerrado la puerta de la prision.—Ahora, —añadió, sacando el reloj del bolsillo, —son las tres; nuestra entrevista no puede durar mas que veinticinco minutos... á las tres y media me esperan en la casa chica de Alcira.

Doña Inés permaneció callada, sin alzar los ojos del suelo, y Genaro sacó un papel del bolsillo, y se lo entregó, diciendo:

—Lea usted ese decreto del ministro de Gracia y Justicia de Cárlos V.

La amiga del Duende lo recogió con indiferencia; pero apenas hubo pasado la vista, examinando su contenido, esclamó con alegría:

—¿Con que ya estoy en libertad?

—Aun no,—replicó impasible Genaro.

—¿Pues no es un auto del juez de mi causa?

—Sí; pero ese auto está en mi poder, y no puede cumplimentarle el alcaide.

—Ya; pero usted tendrá compasion de mí, y no querrá que siga aquí por mas tiempo.

Genaro sacó una carta del bolsillo, y se la entregó á la beata, que, despues de haberla leido rápidamente, cayó de rodillas, diciendo:

—¡Ah!... ¡No, por piedad!... Tenga usted compasion de mí, y no entregue esta carta á la justicia... ¿Qué puedo yo hacer para que usted sea generoso conmigo?...

Volvió entonces Genaro á mirar el reloj, y la dijo:

—Han pasado dos minutos, y estamos solos.

—Pues bien; yo le diré á usted todo lo que sé.

—Usted me dirá todo lo que pasa...

—¿Y cómo hacerlo?... ¡Dios mio!...

—Cuando esté en mi poder el Duende, cuando Adelaida sea duquesa de Mont-Marsan y Enrique haya tomado posesion del ducado de Alcira, entonces rasgaré uno de estos documentos.

—La carta...—dijo con voz trémula doña Inés.

—La carta,—replicó Genaro, recogiendo ambos papeles,—si lo que acabo de decir no cuesta una sola desgracia mas que las que han ocurrido hasta aquí.

—Hasta que yo entré en la cárcel...—se apresuró á decir doña Inés.

—No... hasta este momento,—replicó Genaro.

—¿Y cómo puedo yo evitar lo que haya sucedido hoy?—dijo asustada doña Inés.

—En ese caso, rasgaremos el auto de excarcelacion, y entregaré la carta.

—¡Ah, no!... Eso no...—gritó doña Inés.

Y alzándose en pié sobresaltada, quiso correr hácia la

puerta de su encierro; pero Genaro la detuvo, diciéndola:

—Ya no faltan mas que veinte minutos; si no me cuenta usted todo lo que ocurre, y me entrega todos los papeles que estaban en la caja de marfil en ese plazo, la carta quedará antes de las cuatro en poder del juez.

—Pues bien,—gritó doña Inés, logrando desasirse de Genaro,—déjeme usted tomar mis medidas.

Y abriendo la puerta, llamó á la Peregrina, que acudió allí al punto, seguida de Juana Lunares.

Quiso hablarla al oido, y Genaro no lo permitió, disponiendo que se retirára la mandadera, y que en su presencia, y en voz alta recibiese la Peregrina las órdenes de doña Inés. Pero esta se negó obstinadamente, y solo accedió á escribir una carta para el Duende, cuyo contenido hizo estremecer á Genaro.

Y comprendiendo la urgencia de aquel escrito, consultó sobresaltado el reloj, y dijo, entregando la carta á la Peregrina:

—Ves corriendo, y ¡ay de tí si no te acompañan á la vuelta los presos del Sótano de la nieve y los papeles!

Despues, llamando de nuevo á Juana Lunares, la habló brevemente al oido; y la mandadera y la Peregrina salieron precipitadamente de la prision de doña Inés, que no se atrevia á alzar los ojos del suelo.

Genaro, aparentando una sangre fria que estaba muy distante de tener desde que leyó la carta que la mujer con quien hablaba habia escrito al Duende, dijo:

—Ya estamos solos; cuénteme usted lo que pensaba decirme mientras se consumaba ese nuevo crímen en el palacio del Duende.

—Eso era lo que yo queria contar á usted,—respondió con voz trémula doña Inés.

—Es falso; lo que usted queria era entretenerme para que no pudiese impedir el infame asesinato del médico y el de su fiel defensor Cabezota.

—Yo no queria que los asesinasen...

—Pero contra la voluntad de usted los habrian asesinado, mientras usted me daba conversacion refiriéndome alguna nueva fábula. Ni usted ni el Duende habian contado con que Daniel Mendoza estaria en la casa de Alcira para salvar á los presos del calabozo de la nieve.

—¿El capitan Centellas habia ido allá?—preguntó sobresaltada doña Inés.

—Sí, señora.

—En ese caso...

—¿Qué?

—Habria sido mejor dirigirle á él la carta.

—¿Pues cómo?

—Porque si el capitan ha llegado allí antes que el Duende, ya estará este dando cuenta de su vida en el otro mundo.

Genaro sabia que lo que sospechaba doña Inés no podria ser cierto en ningun caso, porque el Vizco estaba decidido á respetar la vida del Duende en cumplimiento de los deseos de Adelaida; pero calculó que asintiendo á esa sospecha podria sacar mejor partido de las revelaciones de la beata, y la dijo con una sangre fria capaz de hacer temblar al criminal mas endurecido:

—¿A usted quién le parece que habrá muerto de los dos?... ¿El Duende ó Mendoza?...

—No sé... Yo ignoraba que el capitan habia ido allí... La Peregrina me dijo que le habia visto entrar en casa de la marquesa de Santa Rita.

Esta noticia sobresaltó á Genaro; pero disimulando su turbacion, replicó:

—Pues vaya, supongamos que se ha partido en dos, y que cuando entró el Mendoza en casa de la marquesa, el capitan estaba en el Sótano de la nieve... ¿A quién hemos de rezar por muerto en ese caso?... ¿Al Duende ó al capitan? Elija usted, señora; yo apuesto por el Duende.

—Yo tambien.

—¿De veras?... ¿Tambien usted cree que ha triunfado el Duende?

—No, señor; yo creo que ha muerto.

—Pues yo creo lo contrario... Apostemos una friolera... Si ha muerto el Duende, entregamos al juez la carta que usted tuvo la torpeza de escribir, avisando á los facciosos del movimiento del general...

—¡Ah, no! Eso no...

—¿Pues qué quiere usted que apostemos?

—Lo contrario... Sus palabras de usted me indican que el capitan ha llegado á tiempo de salvar á los presos.

—¿Y si no ha sido así?

—¡Por piedad, señor don Genaro!... ¡Por piedad!... No me haga usted sufrir mas tiempo con esa incertidumbre... Dígame usted lo que sepa.

—Yo no he venido aquí á decir, sino á que usted me diga,—repuso Genaro, esforzándose por sonreir.

—¿Y qué puedo yo añadir despues de la carta que acaba usted de leer?... Esperemos á que vuelva la Peregrina, y yo le prometo á usted hacer cuanto pueda por desbaratar los planes de ese hombre... ¡Ah!... Líbreme usted de la deshonra y de la muerte, y yo haré en cambio cuanto usted me mande... Pero ahora no sé nada que decirle...

—Faltan quince minutos,—dijo con indiferencia y consultando de nuevo su reloj Genaro.

—¿Y qué puedo yo hacer?—esclamó doña Inés, cada vez mas aturdida; pero dejando traslucir su carácter violento y agresivo.

—Contestar la verdad á las preguntas que voy á dirigir á usted ahora,—dijo Genaro.

—Prometo decir á usted todo lo que sepa,—repuso con alegría doña Inés.

—Dígame usted todo lo que haya, y es suficiente,—repuso con sorna Genaro.—Ya pronto serán las tres y media

menos cinco minutos. Si usted se empeña en que rasguemos el auto de excarcelacion, entregaré la carta.

Esta vez ya no imploró piedad doña Inés, y mordiéndose los lábios, dijo:

—He ofrecido á usted entregar la verdadera partida de bautismo de Fernando y la de Adelaida, y la confesion escrita que al morir dejó la mujer de don Lorenzo... En cumpliéndole á usted mi palabra, tengo derecho á que usted me ponga en libertad...

—¡Derecho!—repitió Genaro en tono de burla.—¿Desde cuándo invocan esa palabra los que asesinan á un niño inocente por dar á un malvado una herencia que no le pertenece? Los que atormentan á una jóven virtuosa, para que, firmando un contrato de matrimonio infame, pierda el nombre y las riquezas que su padre la otorgó al dejar el mundo... ¿pueden decir que tienen derecho á consideracion alguna?

—Yo no sabia quién era la persona que destinaba el Duende para esposo de su sobrina,—interrumpió doña Inés.

—Usted sabia perfectamente,—repuso Genaro,—que se trataba de casarla con un francés, arrojado de la casa del duque de Mont-Marsan por haber robado una suma de consideracion, y escapado de su país por falsificador y asesino... Simon Dupré, ¿no es ese su nombre?

Doña Inés bajó los ojos avergonzada, y Genaro añadió:

—Querian ustedes infamar á la hija casándola con un asesino, ladron de la casa de su padre... ¡Seguramente el Duende no sabia lo que hubiese logrado con esa boda!...

—Privar á Adelaida,—interrumpió doña Inés con mal encubierto cinismo,—de ser duquesa de Mont-Marsan.

—¿Y de qué le hubiese valido esa nueva infamia?... Simon no habria conseguido aplacar el justo enojo del duque; pero el Duende hubiera pagado con su vida esa boda... No sabia él quién era el famoso Simon Dupré...

—¿Le conoce usted?—dijo doña Inés.

—Ya he dicho que no he venido á que me pregunten, sino á que me contesten.

—Usted perdone,—dijo temblando doña Inés Montilla.

—¿En nombre de quién,—añadió Genaro,—me pide usted que la reconozca el derecho que pretende tener para salir de aquí?

—¡Por lo que usted mas ame en este mundo!—esclamó doña Inés, clavando con afan su vista en el reloj, que sin cesar le presentaba Genaro.—Por la señorita Adelaida.

—Silencio, miserable... Tus lábios no pueden pronunciar ese nombre... Pídeme gracia por las cenizas del desgraciado general Ayamonte, y ya será otra cosa.

El estremecimiento de doña Inés no la permitió sostenerse sentada sobre la silla, y cayó de rodillas á los piés de Genaro, que, disimulando lo mucho que sufria con aquella escena, la hizo poner en pié, y la dijo:

—Faltan nueve minutos para el plazo que te he concedido. Si quieres vivir y recobrar la libertad, contéstame sin rodeos á lo que voy á decirte.

La franqueza con que Genaro empezaba á tratar á doña Inés no agradó mucho á esta; pero ocultando su resentimiento, dijo:

—¿Entregará usted el auto al alcaide si le cuento todo lo que pasa?

—Se le entregarás tú misma,—replicó Genaro;—pero ya sabes que mis interrogatorios no son como los del juez de la causa... A mí se me dice la verdad, y de una manera muy clara... Ya no es tiempo de que vaciles: ó sigues sirviendo al Duende, ó me sirves á mí...

—A usted,—interrumpió con presteza doña Inés.

—Es que no hay mas que dos caminos... O sales en libertad hoy mismo, ó vas muy pronto á entregar tu cabeza al verdugo.

Por un movimiento maquinal é irresistible, llevó doña

Inés sus manos al cuello, y fijó con ansiedad los ojos en el reloj de Genaro.

—Pues ea,—dijo este,—¿quién delató á Fernando?

—Yo le diré á usted...—repuso temblando doña Inés.

—¿Quién delató á Fernando?—repitió con aspereza Genaro.

—Yo... porque...

—Basta... ¿de qué le calumniaste?

—Dije que...

—¿De qué le calumniaste?

—De haber entrado en España con órdenes secretas de don Cárlos para armar gente en su favor.

—¿Y qué mas?

—Nada mas.

—Es falso; ¿qué proyectos le atribuias con su estancia en Madrid?

—El de sublevar las tropas de la guarnicion para apoderarse de la familia real.

—¿A quién dísteis aviso de todo?

—Al jefe de la policía.

—¿Cómo?

—Por medio de un anónimo.

—¿No hay otras pruebas en contra suya?

—No, señor... pero yo lo hice todo por mandado del Duende...

—Silencio... pasemos á otro asunto... ¿Quién denunció á la superiora de las hermanas de la Caridad?

—El padre Romualdo.

—Mira bien lo que dices, miserable.

—Sí, señor, el padre Romualdo... pero no tuvo él la culpa, ni supo lo que se hacia... El Duende le hizo firmar una declaracion, por la cual aparecia que sor Clotilde, siendo condesa de Baza, habia sido la que robó en Paris á la hija de su amiga Margarita Cáceres, y como esto convenia á lo que pretende probar el Duende...

—Eso no conduce á nada sino á hacer daño,—repuso Genaro, sin poder reprimir su indignacion.—Estoy convencido de que tu amo no ambiciona ni honores ni riquezas, sino que detesta la honradez y la virtud, y se ceba en perseguirlas como un hidrófobo, que goza en hacer daño, sin el interés de su felicidad, sino con el deseo de acabar con la de sus semejantes.

—¡Tiene usted razon!...—dijo doña Inés suspirando.

—No busco tu asentimiento,—replicó Genaro.—¿Qué pensaba hacer el Duende con Adelaida?

—Ahora no sé yo... porque...

—Tú lo sabes todo; respóndeme pronto.

—Pensaba llevarla á Paris, para hacerla tomar posesion del ducado.

—Eso no es posible.

—¿Pues quiere usted que le diga la verdad?

Genaro miró con fiereza á doña Inés, y esta le dijo:

—Yo no sé lo que pensaba hacer con Adelaida; pero puedo asegurar á usted que no habria sido ella la que hubiese ido á Francia á ser duquesa de Mont-Marsan.

—¿Pues quién?

—Lo ignoro.

—Es falso.

—¿No ha oido usted hablar de una jóven que la llaman Concha?... Vamos, no lo querrá usted creer, y sin embargo, es cierto.

—Acaba pronto... Conozco á esa jóven... es la que está en casa de la Peregrina.

—Estaba... se ha escapado.

—Verdad es,—dijo Genaro.

—Pues no, señor, no es verdad, porque, aunque la Peregrina cree que se ha escapado, la tiene oculta el Duende...

—¿Dónde?

—No lo sé, porque como para eso no se fia de la Peregrina, y yo no le he visto...

—¿Y pensaba hacer pasar á esa jóven por la heredera del ducado?

—Sí, señor...

—Tu amo está loco.

—No, señor... Juró hace mucho tiempo la ruina de su familia, y si fuera preciso que se sepultára con el último individuo de ella, lo haria así... De cuantos hombres le han tratado, solo uno conoce su carácter.

—¿Quién es?

—Cabezota.

—¿Y cómo ha sido esa amistad tan íntima con el padre Romualdo?

—¿Usted cree que son amigos?

—Contéstame, y no me hagas observaciones; mira que ya faltan pocos instantes para que se cumpla el plazo terrible.

—Pues ya contesto... ¡Pero como dice usted que son amigos, y no es cierto!...

—¿Pues qué hay?

—Que ha sido amigo del padre Romualdo mientras le ha hecho falta; pero ahora...

—¿Qué?

—Verá usted cómo no tarda en hacerle prender, ó cosa por el estilo... Me parece que le mandan á viajar.

Genaro estaba sorprendido con lo que oia del Duende, y se disponia á seguir su interrogatorio, cuando oyeron pisadas en el corredor. Llamaron en seguida á la puerta del encierro, y antes que Genaro preguntase quién era, doña Inés le cogió la mano, y le dijo con ansiedad:

—¿Rasgará usted la carta?

—Aun no se ha terminado el interrogatorio,—replicó Genaro con voz firme.

Y al preguntar quién era el que llamaba, oyó una voz de mujer, cuyo acento era harto conocido de doña Inés, y que la hizo caer inmóvil sobre su asiento.

Tampoco era la primera vez que Genaro oia aquella voz; pero no recordaba quién fuese, y volvió á preguntar:

—¿Quién es?

—Crispina la zapatera, la mujer del señor Trifon,—contestó una voz atiplada y alegre.

Genaro se sonrió, y abrió la puerta del aposento.

CAPÍTULO CIII.

La señora Crispina en la Cárcel de Córte.

No esperaba la señora Crispina hallar en la prision de doña Inés Montilla á Genaro, y á no haber formado de antemano una idea ventajosa de los tres individuos de la Partida del Trueno, hubiese temblado al encontrar allí al íntimo amigo del capitan Centellas.

Pero Crispina era demasiado leal para cambiar de opinion ni pensar mal de nadie por solo las apariencias, y pronto se inclinó á creer que Genaro habria ido allí á lo mismo que ella, á atormentar á la bruja.

No conoció su voz cuando la preguntó quién era, y por eso fué mayor su sorpresa al verle oculto detrás de la puerta que acababa de abrir. Sin embargo, la sorpresa no la impidió saludarle con estas palabras:

—¡Adios, señor don Genaro!... ¿Tanto bueno por estos sítios tan malos?

—Hola, Crispina, ¿se asusta usted de verme aquí?—la dijo Genaro.

—No por cierto, que la cruz está siempre delante del diablo, y como dice el refran, *debajo de una mala capa se*

oculta un buen bebedor. Pero no esperaba tener un portero tan bueno, y sentiria no entrar en la gloria si San Pedro tiene dadas las llaves á gentes tan finas como el señor don Genaro.

—Muchas gracias, amiga Crispina; es usted demasiado amable.

—No lo es menos esta señora,—dijo la Crispina, dirigiéndose á doña Inés, que no se atrevia á levantar los ojos del suelo.

—Esta señora,—replicó Genaro riendo,—está contando los minutos que la faltan para las tres y media.

—No serán muchos,—dijo la Crispina,—porque cuando yo entré en la cárcel daba el cuarto, y lo menos que he tardado en llegar aquí han sido seis minutos... Está la portería llena de gente, y á los que venian detrás de mí no los han dejado entrar... Toda la calle está llena de tropa.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó Genaro.

—Cuatro presos que traen atados codo con codo, y que, segun decian las gentes, son monederos falsos... Otros afirmaban que eran carlistas, pero yo no lo creo... Ya se vé, ahora todos han dado en decir que son carlistas cuando los prenden... y la mayor parte de las veces es mentira... ¿No le parece á usted que tengo razon, señor don Genaro?

—Así es,—dijo este mirando á doña Inés, y comprendiendo la intencion de las palabras de la Crispina, que continuó diciendo:

—Si mi marido los hubiese visto, como es tan bonanchon y tan carlista, hubiera creido que eran facciosos; pero lo que es á mí... *nequaquam*.

Doña Inés sufria horriblemente con lo que decia la Crispina, y en su semblante se retrataba un sentimiento de cólera, del que la zapatera debió de temer alguna accion villana á no estar allí don Genaro.

Este parecia haber olvidado los temores que por la suerte del médico y de Cabezota le infundieron las palabras de

doña Inés, y la sonrisa de su semblante indicaba el placer que sentia oyendo á la zapatera.

—Siéntese usted, Crispina, —la dijo;—que esta señora no tiene su cabeza en estado de atender á esos cumplidos.

—Sí, siéntese usted, —repitió doña Inés con voz débil.

—Pues vaya, con licencia de usted, señor don Genaro,—dijo la Crispina, ocupando la silla que habia dejado vacante la Peregrina.

—¿Y qué viento la trae á usted por acá?...—dijo Genaro.

—Ver á esta señora,—respondió secamente la Crispina.

—Muchas gracias,—dijo doña Inés.

—Es natural,—repuso Genaro, sin dejar de sonreir.—¡Como son ustedes vecinas!...

—Eramos, porque ahora... ni nunca... en buen hora lo diga, he sido inquilina de la Cárcel de Córte.

—¡Es claro!—dijo Genaro.—¡Pero como esta señora no ha de estar siempre presa!... Cuando salga en libertad volverá á su antigua habitacion.

—Me parece que no,—repuso la zapatera.

—Pues qué, ¿han alquilado ya el cuarto á otra persona?

—No, señor; sino que...

—¿Van á derribar la casa?

—Falta hacia, porque es muy vieja, y aunque sembráran de sal el terreno no se perderia nada, ¡porque han pasado allí tales cosas! Pero no piensan en derribarla.

—¿Pues por qué dice usted que no volverá allí esta señora?

—Porque los inquilinos piensan pedir al casero que no la vuelva á admitir allí.

—¡Hola!... ¡Eso es ya muy grave!... ¿Y qué motivos tienen para ello?

Genaro no hacia mas que reir y guiñar el ojo á la Crispina para que siguiera atormentando á doña Inés, que, can-

sada de aquel horrible suplicio, hizo un esfuerzo por aparecer serena, y alzando los ojos, dijo:

—Vaya, Crispina, doy á usted muchas gracias por su atencion, ó si se la ofrece alguna cosa...

La zapatera la miró con desprecio, y volviéndose hácia Genaro, replicó:

—¿Para dónde me ofrece esta prójima sus servicios desde la cárcel? ¿Para el otro mundo?... ¡Pues me gusta la proteccion!... Esto se parece á lo del portugués, que estaba en el fondo de un pozo, y le decia al castellano: «Castezao, si me sacas de aquí te perdono la vida...» ¿Qué si se me ofrece algo? ¡Vaya!...

—Doña Inés ha querido decir,—repuso Genaro,—que si usted necesita alguna cosa de las que ella pueda hacer en la actualidad, que la mande sin ceremonias.

—¿Y á qué vienen esos cumplidos?... Pues qué, ¿no sabe que yo no soy como el tonto de mi marido? A fé que no me he mordido la lengua en las declaraciones, y lo he dicho todo muy claro... Sí, señor; guerra á muerte... Entre ella y yo no puede haber nunca pan partido.

—Pues bien, señora,—dijo con voz destemplada doña Inés;—¿qué busca usted aquí ahora?... ¿Quién le ha dado á usted permiso para insultarme?

—Yo no vengo á insultar á usted,—dijo la Crispina, levantándose con aire provocativo de su asiento;—y ya que me hace usted hablar delante de don Genaro, vengo á que no embruje á mi marido. Sí, señora; usted le ha hecho creer que está presa por carlista, y tan carlista es usted como Riego. Lo que es usted, yo me lo sé, y lo callo.

—Hace usted mal,—dijo Genaro;—no se calle usted nada.

—Demasiado me entiende esta señora y usted tambien.

—Yo no.

—Sí tal; usted bien sabe que si no hubiera brujas infames en el mundo, no venderian en las boticas ciertas cosas...

—¿Qué cosas?—dijo Genaro.

—No quiero hablar; á lo que vengo es á que esta mujer no se acuerde mas del santo de mi nombre, ni del de mi marido, y que no trate de perderle, enviándole proclamas impresas... A fé que si el alcalde de barrio no fuese amigo, nos hubiera perdido este demonio de mujer.

—¿Pues qué ha ocurrido?—preguntó Genaro.

—Que esta mañana fueron á registrar mi casa, y como yo estaba inocente, sencillamente les enseñé todos los rincones, y detrás de un cuadro que tenemos con la estampa de San Crispin, se encontraron una proclama carlista, que esta señora le envió ayer á mi marido... Fortuna, como digo, que el alcalde es conocido, y no hizo caso; ¡pero si es otro!...

—Vaya, eso no vale nada,—dijo Genaro, sin dejar de hacer señas á la Crispina;—yo quiero que ustedes sean amigas, y que se acaben esas rencillas... Esta señora debió de haber salido en libertad á las tres y media, pero como los jueces no tienen prisa para firmar esa clase de providencias, se le habrá pasado la hora... Es igual; saldrá á las cuatro.

—¿De veras?—dijo la Crispina.

Doña Inés alzó los ojos para sorprender el gesto que hiciera Genaro al contestar á la pregunta de la Crispina, y no lo consiguió, á pesar de que la zapatera pudo imponerse de que el amigo del Vizco tambien se divertia en atormentar á su constante enemiga.

—Con que,—dijo la Crispina, disponiéndose á salir de la prision,—quedamos en que usted no volverá á embrujar á mi marido, y en que si sale de la cárcel no pondrá mas los piés en aquella casa. Esto se lo digo á usted por su bien, porque los vecinos están como fúrias... Y mi marido, donde usted le vé que parece tan pánfilo y tan á la buena de Dios, tiene su alma en su almario como cada hijo de vecino, y cuando se enfada... Hemos tenido muchas disputas

por empeñarse en defender á usted; pero desde que ha sabido lo del general, está que trina... porque, tiene razon en lo que dice, aunque sea mentira que usted le envenenára, al cabo y al fin sirvieron juntos en la guerra de la Independencia.

—¿Su marido de usted sirvió con el general Ayamonte?—dijo Genaro con verdadera curiosidad.

—Sí, señor; fueron de una misma compañía... mi marido era cabo segundo, y el general era entonces capitan... Pero le queria mucho... ¡Vaya! Cuando era general, aunque fuese á palacio, habia de saludar á mi Trifon!... Verdad es que no hacia nada de mas, porque mi marido, aunque no me esté bien el decirlo, ha sido siempre muy querido de todo el mundo, y nadie ha tenido que decir de él nunca... Por lo que hace hasta el presente, que mañana... ¡Dios sabe lo que sucederá!... Ninguno puede decir de esta agua no beberé.

—¿Y su marido de usted, no podria declarar que el general no murió envenenado?—dijo Genaro con tono irónico.

—¡Qué ganas tiene usted de bromas!—replicó la Crispina.—Es usted como yo... Ayer se lo decia á mi marido; me gusta don Genaro, porque se conoce que es tan bueno para un fregado como para un barrido... Pero yo, con licencia de usted, me marcho, porque tengo mucho que hacer... Y á propósito, si quiere usted oir dos palabras, mataré de una pedrada dos pájaros... Pensaba ir allá en saliendo de aquí...

—¿Adónde?—dijo Genaro, hablando en voz baja con la Crispina.

—A casa del señor don Daniel,—repuso la zapatera,—para decirle que ya está la señorita Adelaida en casa de la marquesa de Santa Rita.

—¿Y qué?

—Nada, que hemos visto la señora María y yo á sor

Clotilde, y como es tan buena, parece muy resignada y muy tranquila; pero por dentro anda la procesion.

—¿Por qué la han preso?

—¡Puede usted creer que no lo sabe aun! Pues no lo sabe.

Genaro no esperaba sacar ningun provecho de las noticias de la zapatera, y la dijo:

—¿No tenia usted mas que decirme?

—No, señor... sino que por Dios y por los santos, haga usted lo que pueda para que no salga esta mujer.

—Descuide usted, que ya tiene cárcel para algunos dias; y si sale, no irá en libertad.

—¿Y á don Fernando, le ha visto usted ya?

—Está incomunicado.

—¡Pobrecillo!... ¡Cuándo querrá Dios que acaben ustedes con ese bribon de Duende!...

—Todo se arreglará, amiga Crispina,—dijo Genaro con tono de broma;—pronto comerá usted los dulces de la boda del señorito Fernando.

—¡Ay! ¡Dios lo haga!

—Pues me parece que lo hará.

—¿Y la señorita Eugenia?... Su amigo de usted, don Daniel, no la hace ascos.

—Vaya usted con Dios, y no sea curiosa.

—Yo no soy curiosa, pero me alegraria que se casára la señorita, aunque la señora María dice que ella tiene otro novio, que está en Francia... Pero es lo que yo la digo: en cosa de amores, *el que no parece perece;* y *el que vá á Sevilla pierde su silla.* Si mi Trifon está un mes mas por allá, cuando de novio se fué á la Mancha, á la vuelta se halla el bebedero limpio... *A rey muerto, rey puesto,* y *ausencias causan olvidos.*

Genaro se sonrió al oir los refranes de la Crispina, mujer con quien los tres amigos habian simpatizado mucho, y dándola una palmada en el hombro, la volvió á despedir, entrándose de nuevo en el cuarto de doña Inés Montilla.

CAPITULO CIV.

Cuatro presos.

Cuando la zapatera llegó á la portería de la cárcel, despues de despedirse de Genaro, infinidad de presos obstruian los corredores, y no se permitia á nadie la salida del edificio. Semejante precaucion, pocas veces usada, daba una importancia funesta á los cuatro reos, que, con los brazos atados á la espalda, segun habia dicho la Crispina, estaban delante de la mesa de la portería, declarando su nombre, su naturaleza, su profesion, y la circunstancia de haber ó no sido presos anteriormente.

Cuatro soldados de infantería los escoltaban, y un sargento de caballería, empolvado y con todas las señales de haber hecho un largo viaje, entregaba un oficio al alcaide para que se encargára de los presos.

Las gentes que invadian aquel estrecho recinto rodearon al sargento para que antes de salir dijese quiénes eran aquellos nuevos huéspedes, que asimismo estaban cubiertos de polvo, y en cuyos semblantes se veian las señales de haber hecho á pié un penoso camino.

Tres de ellos eran jóvenes, y de poca diferencia, al parecer, en su edad; el cuarto representaba algunos años mas,

y á juzgar por la postracion de su cuerpo, estaba ya en el último tercio de su vida.

Era, sin embargo, el mas osado de todos, y mirando con insolencia en derredor suyo, dijo con voz alta antes de que le preguntáran su nombre:

—Me llamo Pedro Monterde, álias *el Romo*; soy fundidor de metales, y no sé la edad que tengo, ni el pueblo en que se le antojó á mi madre parirme.

—Repórtese usted, —le dijo uno de los porteros.

—No tengo por qué reportarme... Ustedes me preguntan, y respondo.

—¿Cuántos años tiene usted?

—No lo sé... Dígame usted en qué año nací, y haremos la cuenta.

—¿Ha sido usted preso alguna vez?

—He sido mas que preso: he sido presidiario.

Por la insolencia con que dijo estas últimas palabras comprendió el que le interrogaba que se disponia á relatar todos sus crímenes, y le impuso silencio.

La audacia del viejo no infundió valor á los jóvenes, que parecian estar algo mas abatidos, con especialidad uno de ellos, que tenia la cabeza caida sobre el pecho, sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

El primero de los tres jóvenes declaró su nombre en voz muy baja, que apenas percibió el escribiente que habia de inscribirlo en el libro de registro; y antes de que llegára su turno al que parecia mas afligido que sus compañeros, el que estaba á su lado, que era un jóven alto, delgado y muy rubio, dijo en mal castellano y con acento francés:

—Mi nombre es Simon Dupré, y soy nacido en Francia.

Le preguntaron qué oficio tenia, y si hacia mucho tiempo que estaba en España, y contestó:

—Tengo treinta y dos años; soy entrado en España á los veinticinco, y he sido mucho tiempo al servicio del señor abad de Maqueda en la Torre del Duende.

La Crispina, que estaba muy distante del grupo en que se hallaban los reos, oyó, sin embargo, el nombre del Duende, y volviéndose á uno de los presos que tenia á su lado, le preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—A usted, ¿qué la importa? —la replicó el preso.

—Tenga usted mas modos, si sabe, —dijo la Crispina.— ¡El demonio del hombre!...

—Calle la remendona.

Lejos de incomodarse la Crispina por el denigrante epíteto que, aludiendo al oficio de su marido, la daba el preso, le miró con atencion y esclamó:

—¡Jesús me valga!

—¿Qué tiene usted?... ¿Se asusta de verme? —la dijo el preso.—Pues aun vivo... Vivo, —añadió en voz baja,— para retorcerla á usted el pescuezo cuando salga en libertad.

—¿A mí? —gritó la zapatera.—¿Y por qué?...

—Porque es usted una bruja, que se mete donde no la llaman... ¿Quién la mandó á usted dar voces de ladrones para que me prendieran?... La he de retorcer á usted el pescuezo en cuanto salga á la calle... El fiscal me pide la pena capital, pero... *¡ya se contentará con dos pesetas!* como dijo el otro en el sainete.

La Crispina se fué retirando poco á poco de aquel hombre, á quien conocia por haberle visto un dia descolgarse de un balcon, y gritado para que le prendieran.

Mientras tanto, seguia el interrogatorio del alcaide á los presos, y llegó el turno al jóven que, cabizbajo y afligido, escitaba la lástima de las poco compasivas personas que allí habia.

Dos veces seguidas le preguntaron su nombre, y aunque la segunda quiso hablar, no pudo.

El silencio del auditorio era profundo.

Contra lo que ordinariamente sucede en semejantes casos, el alcaide no le reprendió con aspereza, sino que le

amonestó suavemente para que contestára á las preguntas que le dirigian, y los calaboceros, que ya esperaban con los manojos de llaves en la mano, le miraban silenciosos.

Instado nuevamente para que dijera su nombre, esclamó con voz débil:

—¡Perdon!... ¡Madre mia!... ¡perdon!... ¡El nombre de tu hijo en los libros de la cárcel!...

Y acercándose al oido del escribiente, le dijo en voz baja su nombre, contestando en voz alta cuando le preguntaron si habia estado preso alguna otra vez:

—No, señor... preso, no... prisionero de guerra, dos veces.

Terminado el interrogatorio, é inscritos en el libro de entradas los nombres de los cuatro presos, los soldados apartaron la gente, y precedidos de dos calaboceros, entraron en un pasillo oscuro, despues de haber atravesado otros no muy claros y súcios, y retirándose los soldados, se hizo el oportuno registro.

Al mas viejo de los presos casi le desnudaron, porque la gente de la cárcel conoció bien pronto que él era el mas criminal de todos; á los jóvenes los registraron con menos detencion; pero, sin embargo, no les dejaron nada que pudiese servirles contra la incomunicacion que iban á sufrir.

Les quitaron las ligaduras á todos, y el jóven que se habia negado á declarar en público su nombre, entregó por sí propio todos los objetos que llevaba en los bolsillos, y que consistian en una cartera de cuero y algunas monedas de cobre.

El hombre que le registraba le metió la mano en el pecho, y sacó un papel doblado en forma de carta, que quiso colocar sobre la cartera, diciendo:

—¡Parece que no es usted lerdo, amigo!

El jóven se esforzó por arrancar el papel de las manos del carcelero, y le dijo:

—¡Ay!... ¡No me arranque usted del pecho esta reliquia

que saqué de Madrid en un dia que yo creí entonces el mas aciago de mi vida!... ¡Déjeme usted el consuelo de morir con ella!... ¡Ojalá que no la hubiese apartado nunca de mi corazon!

—No puede ser,—le replicó el carcelero;—pero no tenga usted cuidado, porque todo esto se deposita hasta que le pongan á usted en comunicacion.

—Pues yo le suplico á usted que me devuelva este papel... está en blanco... solo dos palabras hay escritas, que puede usted leer ahora mismo, y yo le prometo tragármelo en su presencia.

—Yo no puedo hacer lo que usted quiere,—dijo el carcelero.

—Oye tú, Paco,—gritó otro de los sayones, que ya habia encerrado al viejo en uno de los calabozos,—menos contemplaciones con ese mozo.

—Se queria tragar un papel lleno de polvos,—contestó el carcelero.

—¡Sí!... Pues si se queria envenenar, que lo hubiese hecho cuando le prendieron.

El jóven bajó la cabeza, resignándose, bien á su pesar, á perder aquella reliquia, y el carcelero que le habia registrado, preguntó á su compañero:

—¿Adónde le llevo?

—Al calabozo de la *Libertad*.

—¿Está desocupado?

—No; pero todos están á dos, y allí no hay mas que uno... Ese carlista que trajeron el otro dia.

—Verdad es; pero es tan mojigato como este, y si los ponemos juntos, se van á aburrir demasiado; le llevaré al de la *Justicia*, y con el carlista podemos echar á cualquiera de esos dos que tienes ahí.

—Me parece bien pensado,—contestó el otro calabocero.

Y volviéndose al llamado Simon Dupré, le dijo:

—Sígueme.

El francés lo hizo con bastante desembarazo, y entrando en un pasillo, en el que á izquierda y derecha se veian puertas cerradas por gruesos cerrojos de candado, se pararon delante de una de ellas, y abriéndola el carcelero con una de las llaves que llevaba en la mano, hizo entrar á Simon en el calabozo, y dijo:

—Ya tiene usted compañía, don Fernando.

En otro calabozo fué encerrado otro de los presos, mientras el jóven que habia dicho en secreto su nombre quedó en el calabozo de *la Justicia*, cuya puerta daba frente al de *la Libertad*, que ocupaba Fernando Vargas, y en el que acababa de entrar Simon Dupré.

. . . . . .

Al volver los carceleros á la portería, ya estaba franca la entrada y salida del público.

Juana Lunares, que, á pesar de su destino en la Cárcel de Córte, tambien habia sido detenida en la calle, entró, seguida de la Peregrina, y subió sin detenerse á la prision de doña Inés Montilla, cuando ya la Crispina habia salido del edificio, asustada por las amenazas del ladron, que la ofreció retorcerla el cuello tan pronto como se viera en libertad.

Genaro, al verlas entrar allí, leyó en el semblante de la mandadera una noticia satisfactoria, y antes de que ella le dijese una sola palabra, la apretó la mano, diciéndola:

—Eres toda una mujer de pró, y no esperaba yo menos de tí.

—¡Bastante trabajo me ha costado habérmelas con esta culebra!—dijo la mandadera en voz baja.

—Ahora no se trata de lo que ha costado, sino de lo que ha valido... El precio, ni dá ni quita valor á las cosas. ¿Traes los papeles?

—Sí, señor.

—Vengan,—dijo Genaro, dirigiéndose á la Peregri-

na, que le entregó un pequeño lio, cubierto con un pañuelo de seda.

Doña Inés no se atrevia á alzar los ojos del suelo, y Genaro, examinando rápidamente los papeles que acababa de recibir, procuró disimular la alegría que se retrataba en su rostro, y despues de haber hablado nuevamente al oido con Juana Lunáres, la dijo:

—¿Pero tú has visto al capitan?

—Sí, señor.

—¿Y dónde está?

—En esa casa de la calle del Nuncio.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que vaya usted al momento.

—Ya lo oye usted, señora, —dijo Genaro, dirigiéndose á doña Inés; —ha perdido usted la apuesta... El capitan ha ganado la partida.

—Pues bien; en ese caso, —replicó con humildad doña Inés; —en ese caso...

—En ese caso, y en todos los que pudieran haber ocurrido, seguirá usted presa.

—¿Pero y la carta?

—¡La carta!... No tenga usted cuidado, que no la perderé.

—Pero usted me ofreció rasgarla si le entregaba esos papeles...

—Yo sé lo que he ofrecido, —replicó con tono áspero don Genaro, —y ya he dicho á usted antes de ahora que no tiene derecho á pedirme nada.

—Pero...

—¡Silencio!... Juana, —añadió Genaro, —esta señora queda incomunicada de órden mia...

—Si viene alguien á verla, yo no podré impedirlo, —dijo la mandadera.

—No quiero que lo impidas, sino que me digas si ha recibido alguna persona, sea quien quiera.

Y acercándose á doña Inés, la dijo:

—¿Lo oye usted, señora?... Hasta mi vuelta usted no puede ver á nadie... Si falta á lo que la digo, hablaremos.

—Descuide usted, señor don Genaro... pero rasgue usted por Dios la carta.

Genaro no contestó nada, y dirigiéndose á la Peregrina, que no se habia atrevido á alzar los ojos del suelo, la dijo:

—Sígueme, culebra.

La vieja obedeció sin replicar, y volviéndose para hacer un gesto insolente á doña Inés, bajó las escaleras de la cárcel, saludada al pasar por todos los presos con cien motes distintos, alusivos á su repugnante figura y á su infame conducta.

Genaro impuso silencio con la dignidad de su semblante á aquellas gentes, y seguido de la vieja, abandonó el edificio.

CAPITULO CV.

El calabozo de la Libertad.

Nueve piés de ancho, y quince de largo, tenia el lóbrego y súcio aposento en que, privado de toda comunicacion, estaba encerrado el jóven Fernando Vargas, preso por un simple anónimo, y sin que nadie le hubiese dicho nada desde que declaró su nombre en la portería de la cárcel hasta que abrieron la puerta de su encierro para que entrase allí Simon Dupré.

Las paredes del calabozo de la *Libertad* son negras y súcias, y absorben con su oscuridad la escasa luz que entra por una reja de hierro que se vé sobre la puerta. El aire que se respira allí, como no está en contacto directo con el de la calle, sino que ha sido modificado en los corredores por exhalaciones impuras de los demás calabozos, es angustioso y pesado.

No hay en todo el aposento ni una tarima de madera, ni un solo asiento que ofrezca alguna comodidad á los huéspedes, que, gracias á nuestra embarazosa y lenta administracion de justicia, gimen entre aquellas paredes medio año ó mas, para ser luego declarados inocentes, ó para decirles

que les sirva de *pena* la prision sufrida cuando se confiesa que no pueden ser penados.

Sobre el súcio y húmedo pavimento tienden una manta ó un colchon, si á tanto alcanza su fortuna, y un cántaro de agua, que á veces pagan de su propio dinero, es el único mueble que se vé allí.

Fernando no se hallaria reducido á tan miserable condicion si hubiese aceptado los muebles que le envió su amigo el Vizco, y accedido á la traslacion que le ofrecian á un calabozo de pago. Pero acostumbrado el oficial carlista á las mayores privaciones, y decidido á correr su suerte con todas las consecuencias y circunstancias, rehusó esas comodidades que, de parte de sus amigos, le brindaron los sayones.

No quiso aceptar otra cosa sino la modesta comida que le llevaba la criada de su propia casa, y sobre un colchon, que, doblado, le servia de asiento, habia pasado las noches de su prision recorriendo sin cesar la interminable y penosa série de sus desgracias.

Sus amores con Adelaida preocupaban especialmente su imaginacion, y sin embargo, nadie al verle pensar en ellos, hubiese adivinado lo que sentia su corazon. Eran tantas las ideas que se agolpaban á su mente, recordando el juramento que habia hecho al duque de Mont-Marsan de vengar los ultrajes del Duende; las revelaciones que le habian hecho sus amigos, y sobre todo, los sucesos que él mismo habia presenciado, que su cabeza se perdia en mil conjeturas diversas. Despues de pararse á pensar un largo rato, quedaba sumido en una honda tristeza, que á veces sacudia oyendo girar la llave en el candado del calabozo, y otras conservaba horas enteras, sin que hubiese ruido bastante á hacerle volver en sí.

Los estraños adornos del encierro distraian no pocas veces su imaginacion de las ideas que tanto le atormentaban, y desde la soledad de su calabozo hacia graves reflexiones

filosóficas sobre el orígen de los crímenes y la influencia moral de los castigos.

Consistian los adornos de que hablamos en las pinturas, obscenas en su mayor parte, que, trazadas con carbon, se veian en los pocos espacios blancos que conservaban aquellas paredes.

Habia tambien entre esos dibujos algunos que entristecieron sobremanera á Fernando, y uno, entre todos, fué el que llamó muy principalmente su atencion, suministrándole un argumento irrecusable contra la ineficacia de la pena de muerte.

En la pared del fondo del calabozo habian dibujado una ejecucion en garrote vil, á la que asistia un gentío inmenso, y tres ó cuatro hombres se entretenian al propio tiempo en escalar una casa que daba frente al patíbulo, mientras algunos muchachos robaban los bolsillos de los curiosos.

Semejante cuadro, que, merced á la oscuridad del calabozo, no podia ver Fernando sino con la luz artificial, le habia horrorizado. Poco trabajo le costó adivinar, ó mejor dicho, conocer la intencion del autor de aquella pintura, que retrataba á la vez diez ó doce ladrones nuevos, brotando en derredor de la sangre de uno solo. Pero si el mal desempeño del dibujo, que no era en verdad de mano maestra, hubiese impedido comprender la intencion del autor, cuya firma y número de años que habia estado en presidio se veia al pié, la siguiente copla que se leia al lado aclaraba todas las dudas.

Escrito asimismo con carbon, y con igual carácter de letra que la firma, decia el autor del cuadro:

«Dicen que ya no me quieres,
No me dá pena maldita,
Que la mancha de la mora
Con *otra verde* se quita.»

Otro dibujo, hecho con lápiz, y de mejor ejecucion que

el citado, contrastaba de una manera horrible con este, y era el que habia dado nombre al calabozo.

El árbol de la libertad, pintado en uno de los costados del encierro, estendia sus frondosas ramas sobre aquellas súcias paredes, y á su sombra cultivaban la tierra una infinidad de labradores. Debajo de esta pintura se leia la siguiente dolorosa inscripcion:

Ignoro mi delito; pero me creo inocente... no me remuerde la conciencia de haber ofendido á nadie... Hace veinte meses que entré en este encierro... los señores de la visita de cárceles me dicen todos los sábados que mi causa está en sumario... Mi mujer ha muerto de dolor... la miseria acabará muy pronto con mis hijos... la fiebre me mata.

Al pié de esta terrible reconvencion no habia firma alguna, y en vano registró Fernando con escrupulosidad todos los rincones del encierro, buscando una palabra mas, trazada por la misma mano que habia escrito las anteriores... No halló nada que le indicára ni el nombre ni la suerte de aquel desgraciado... Pero preguntó á su carcelero, y le dijo que se habia vuelto loco, y que le llevaron á la casa del Nuncio de Toledo, donde el comerciante que le acusaba de ladron *tenia la generosidad* de pagarle un aposento.

A Fernando le estremecieron mas las palabras del carcelero que las del preso, y no volvió á hallar ningun otro dibujo parecido en todo el calabozo, ni mas que voces obscenas, blasfemias é imprecaciones.

Solo el inocente se habia conservado puro en la atmósfera contagiosa del crímen.

Caricaturas de magistrados; alegorías del soborno de la justicia, y otros adornos análogos llenaban aquellas paredes, y hasta en el techo se leian palabras impuras, trazadas con el humo de las velas de sebo.

Fernando habia examinado ya detenidamente su reducido encierro, bautizado con el sarcástico nombre que sirve de epígrafe á este capítulo, y cuando entró á hacerle com-

pañía Simon Dupré, estaba sentado sobre el colchon que le servia de cama por las noches.

Inclinóse ligeramente al ver entrar al nuevo huésped, y este le devolvió el saludo, diciendo al carcelero, con su acento francés, estas palabras:

—Toma de esas monedas que me has hallado en los bolsillos lo que te haga falta para comprarme una botella de ron, una libreta, cigarros y fósforos.

El carcelero ofreció hacerlo así, y se retiró de la puerta, que habia cerrado ya antes de que le diese el preso ese recado, que hizo formar á Fernando una idea bien triste de su compañero de prision.

Este se quitó el sombrero hongo que cubria su cabeza, y vertiendo agua del cántaro en las manos, se lavó estas, y con ellas la cara, con un desembarazo tal, que no parecia sino que entraba en su ordinaria vivienda.

Sacó dos pañuelos del bolsillo; se enjugó la cara con uno de ellos, y con el otro se cubrió la cabeza, atándole sobre la nuca como los contrabandistas españoles.

Fernando habia adivinado ya que su compañero no era español, y que venia de hacer un largo viaje, atendido el mal estado de sus vestidos; y alzándose del colchon, le dijo estas palabras en correcto idioma francés:

—Si venís cansado, podeis hacer uso de este colchon; por mi parte no puedo ofreceros otras comodidades.

Simon Dupré tendió su mano á Fernando, acompañando su accion con una horrible blasfemia.

—¿Somos compatriotas, eh? ¡Bravo!... Nos reiremos juntos de estos bárbaros españoles.

—Yo no soy francés...—replicó Fernando.

—¡Diablo!... Le pronunciais mejor que yo. ¿Sois inglés acaso?

Y al hacer esta pregunta espresó Simon en su semblante todo el ódio internacional de las dos potencias amigas.

—No soy inglés tampoco,—repuso Fernando, sin de-

jar de hablar en francés;—soy bárbaro español...—añadió con voz fuerte.

—Perdonad,—contestó el preso aturdido;—pero mi intencion no fué ofender á todos los españoles... He vivido muchos años entre ellos, y tengo en España muy buenos amigos... Pero vos habreis pasado mas tiempo en Francia, cuando con tanta naturalidad hablais nuestro idioma.

—Año y medio,—contestó Fernando.

—¿De veras?...—esclamó Dupré asombrado.—De todos modos, habreis vivido antes entre franceses...

—No los habia hablado hasta que entré en Francia.

—Pues, amigo mio, parece imposible,—dijo Dupré.

Y acercándose sin mas ceremonia al colchon que le habia ofrecido Fernando, lo estendió en el suelo, y añadió:

—Voy á hacer uso de vuestro ofrecimiento, porque estoy muy cansado, y es preciso tomar fuerzas para sufrir lo que venga... mis compañeros y yo traemos tela cortada para algunos dias.

Fernando no se atrevió á preguntarle la causa de su prision, y á pesar del cinismo con que habia entrado allí, no veia en su compañero nada mas que un desgraciado, y le contestó:

—Podeis acostaros con toda franqueza y disponer de mis escasas provisiones como mejor os plazca... Somos compañeros de infortunio, y basta.

—Muchas gracias,—dijo Dupré, tendiendo su cuerpo sobre el colchon.

—¿Venís de muy lejos?—le preguntó Fernando.

—Desde Tolosa de España,—replicó Dupré.—Allí nos cogieron á tres compatriotas vuestros y á mí... ¡Oh! ¡El que ha entrado en el calabozo de enfrente tiene la culpa! Yo no sé por qué se comprometen á hacer las cosas, si mas tarde han de arrepentirse de ellas... Y luego,—añadió riendo,—ese empeño de los gobiernos en ejercer el monopolio sobre la acuñacion de monedas tiene la culpa.

Esta espontánea confesion de su horrible delito la hizo el francés con una audacia tal, que Fernando le miró estremecido; pero Dupré no advirtió el horror que inspiraba á su compañero, y le dijo:

—¿En qué puntos de Francia habeis estado?

—Dos meses en Paris, y el resto en Clermont.

—En ese último pueblo,—dijo el francés,—conocí á ese compatriota vuestro, que nos ha perdido á todos... Si todos los españoles que sirvieron á don Cárlos eran como él, se esplica bien que no haya triunfado la causa carlista.

—Los defensores de Cárlos V,—replicó con energía Fernando,—eran leales y valientes...

—No digo lo contrario,—repuso Dupré;—pero habria de todo, porque ese oficial carlista, de que yo os hablo, mas tiene entrañas de mujer que de hombre... A cada jornada parecia que iba á entregar la vida.

—Sin embargo,—interrumpió con orgullo Fernando,—habrá arrostrado la muerte con valor muchas veces.

—Pues ahora no le ha tenido ni para decir su nombre en la portería de la cárcel.

—¿Cómo se llama?—preguntó con impaciencia Fernando.

—Cárlos Sandoval,—contestó con frialdad Dupré.

—¡Dios mio!...—gritó Fernando...—¡Cárlos Sandoval!... ¡Oh!... ¡No puede ser!... Cárlos Sandoval no ha cometido el crímen de que me habeis hablado antes.

—Yo tampoco; pero de monederos falsos nos acusan á todos.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!...—esclamó con voz débil Fernando.

Y apoyó su frente contra la súcia pared del encierro, á tiempo que el carcelero abria la puerta para entregar á Simon Dupré el ron y los cigarros que le habia pedido.

CAPITULO CVI.

La declaracion de Simon Dupré.

Mientras Simon Dupré desocupaba á grandes tragos una gran parte del líquido de la botella, Fernando continuó, apoyada la frente contra la pared del calabozo, sin prestar atencion á su compañero de encierro, que le dijo:

—Tomad un sorbo de este veneno que me han traido por ron, y no os aflijais por nada en este mundo... Ancha es Castilla, como dicen vuestros compatriotas... Si sois amigo de Cárlos Sandoval, no tengais pena ninguna, porque él es mas inocente que yo, y yo espero salir en libertad... Tendremos prision para mucho tiempo; pero nuestro viejo será el único que pagará cara la broma... Y es natural, porque él ha sido el autor de todo; de Francia se escapó tambien por el mismo pecado... y últimamente, él se lo guisaba y él se lo comia; nosotros poca utilidad hemos sacado de esas monedas.

Fernando dió algunos paseos por el encierro, y despues de haberse parado á reflexionar un rato, se acercó á Dupré, que con la botella en una mano y el pan en la otra seguia comiendo y bebiendo tendido sobre el colchon, y le dijo:

—Dispensadme, amigo; pero creo que la circunstancia

de hallarnos juntos sufriendo en un mismo encierro, y el haber servido en el ejército con ese jóven á quien acabais de nombrar, me dá derecho á haceros algunas preguntas.

—Cuantas querais...—replicó Dupré,—y si preferís no hacerme ninguna, yo os contaré de una vez todo lo ocurrido, y quedareis satisfecho.

—Gracias,—contestó Fernando, asombrado del cínico descaro de su compañero;—solo deseo saber cuánto tiempo hace que conoceis á Cárlos, y cómo ha sido su complicidad en ese crímen.

Fernando hacia un esfuerzo estraordinario al espresar en su semblante una tranquilidad fingida desde que habia sabido la prision de Cárlos y el crímen de que le acusaban, calificado por todas las legislaciones hasta de lesa majestad humana, y aun de sacrilegio.

Dupré, por el contrario, parecia estar muy tranquilo, sobre todo despues que el espirituoso licor habia sacado á su rostro los colores. Por eso con la mayor calma apartó á un lado la botella con algun resto de ron, y encendiendo un cigarro, dijo:

—Hacedme el favor de sentaros, amigo mio, ó me obligareis á levantarme de este colchon, cosa que sentiria bastante, porque es todo lo blando que necesitaba mi dolorido cuerpo. Lo mismo nos dan por estar bien que por estar mal, y los duelos con pan son menos. Decís que ni fumais ni bebeis, y á fé que lo siento por vos, amigo; porque el aguardiente y el cigarro son los mejores amigos del hombre. Y no hay que incomodarse en trasladarlos de una parte á otra, sino que con una peseta en el bolsillo se los llama, y vienen á cualquier hora y en cualquier punto en que uno se halle. Ya veis lo que me acaba de suceder á mí... aunque tuviera muchos amigos íntimos en Madrid, ninguno de ellos vendria á verme, mientras que el tabaco y el aguardiente han venido al punto.

Acostumbrado Fernando al trato de los franceses, no



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—¡Magnífico!...—esclamó Dupré, volviendo la cabeza hácia el lado donde se sentó Fernando.

estrañó la escesiva locuacidad de Dupré, y aunque le horrorizaba su cínica audacia, se sentó á su lado, dispuesto á escuchar cuanto quisiera decirle.

—¡Magnífico!...—esclamó Dupré, volviendo la cabeza hácia el lado donde se sentó Fernando.—Asi estais perfectamente para oir lo que tanto deseais saber.

—He servido con Sandoval en las filas carlistas,—replicó Fernando,—y deseo conocer los pormenores de esa desgracia que ahora le ocurre... ¿Decís que se halla en esta misma cárcel?

—La puerta de su encierro está á cinco piés escasos de la nuestra.

—¿De veras?

—Si alzásemos la voz, oiria lo que hablamos.

Fernando acabó de perder el color de su rostro, y la agitacion de sus facciones indicaba el dolor que sobresaltaba su espíritu.

—Estais impaciente,—dijo Dupré,—por saber la historia de nuestro delito, y voy á contárosla.

—Me basta,—interrumpió Fernando,—con que me digais desde qué época conoceis á Cárlos Sandoval... ¿Le tratásteis antes de su matrimonio?

—¡Su matrimonio!...—repitió Dupré, encogiéndose de hombros.—¡Yo le creia soltero!

—¿Pues no decís que le conocísteis en Clermont?

—Sí.

—Pues allí vivia...

—Con María Quartier,—interrumpió Dupré;—la jóven mas lista y mas graciosa que he conocido nunca... hija del célebre Aubin Quartier, que sufrió la última pena en Paris por monedero falso.

—Y bien,—replicó Fernando con pena;—esa mujer es la esposa de Cárlos.

—Era su querida,—dijo Dupré riendo.

—¿Es posible?... ¿Cárlos no está casado?

—Con María Quartier, no... Digo, á menos que ella no se haya casado dos veces... A su marido Pedro Moreau, de quien se separó antes del segundo mes del matrimonio, le he visto yo sano y bueno hace veinte dias en Bayona... Pero dejadme hablar, que no os ha de quedar nada por saber... Vuestro amigo ha sido la causa de nuestra prision, y yo me he decidido á cantar claro á los magistrados, porque en este mundo el que no parece perece...

—¿Y vais á delatar á Cárlos?—preguntó Fernando asustado.

—Yo no delato á nadie,—replicó Dupré;—pero afortunadamente, ni él ni yo hemos hecho otra cosa que circular la moneda, y en descubriendo á la justicia lo que le falta saber, nos pondrán en libertad. La relacion que voy á haceros me servirá de ensayo para lo que he de declarar despues.

—¡Pero á mí me direis la verdad!...—dijo Fernando.

—¡La verdad!... Todo lo que se dice en este mundo es verdad, si así lo creen los que lo oyen, y todo es mentira, si sucede lo contrario... La habilidad del que escucha consiste en saber lo que ha de dejar y lo que ha de tomar... En ese caso nos encontramos ahora: yo diré lo que quiera, y vos creereis lo que os plazca. Figuráos por un momento que ya estoy en presencia del magistrado, y que el escribano me examina con curiosidad, para apreciar por el valor de mi traje la calidad de mi culpa: si mis vestidos están mas rotos que los de mis compañeros, yo soy el reo principal; si son los mas nuevos (esto será difícil) soy el mas inocente de todos. El magistrado estará sério (todos se dejan la risa en los bolsillos de la ropa de casa) y me mirará con indiferencia, aparentando examinarme profundamente, mientras aguza el oido para escuchar la hora de salir del tribunal, y dirá con voz grave:

—«¿Cómo os llamais?

—»Simon Dupré, le responderé con voz débil y bajando los ojos al suelo.

—»¿El pueblo de vuestra naturaleza?

—»Francia.

—»El pueblo digo.

—»Paris, le responderé cada vez con voz mas apagada.

—»¿Qué edad teneis?

—»Treinta y siete años.»

—Luego me harán jurar que diré verdad en cuanto me pregunten, y entonces será cuando yo declare lo que ahora vais á oir.

Cogió Dupré al decir esto la botella; la aplicó á los lábios, y volviéndose hácia Fernando, que estaba sorprendido del aire cómico con que el reo ensayaba la relacion de su crímen, continuó:

—Yo me hallaba en Paris hace doce años, cuando quitaron la vida al padre de María Quartier, y desde esa época, en que asistí al tribunal mientras duraron los debates de tan ruidosa causa, me instruí perfectamente de lo que era el oficio de monedero falso y las quiebras que tenia. A pesar de las defensas que los abogados hicieron de los reos, como ví que el resultado fué quitarles la vida, dije para mí: «Otro se divierte; no acuñaré yo moneda nunca...» Pero en cuanto á circularla, ya era otra cosa, porque todos los que la habian circulado salieron absueltos, y es lo que decia el abogado que defendió de esa acusacion á un banquero muy rico: «Verdad es,—dijo,—que se le han encon»trado mil luises de oro falso en su casa: ¿pero dice la ley »que se castigue por el simple hecho de tener monedas fal»sas al que quizá no sabia que lo eran, y las recibió de bue»na fé? ¿Y no pudo comprarlas mi defendido para diferen»te uso que el de la circulacion?... ¿No pudo especular »tambien en su refundicion?» Estas palabras del abogado, confieso que me hicieron gran efecto. Yo no pensaba entonces en especular con monedas falsas; pero dije para mí: «Simon, aprende, que el saber no ocupa lugar;» y dicho y hecho... ahora me servirán las palabras de aquel abogado,

porque yo no tengo otro delito sino el de haberme encontrado algunas piezas de cinco francos falsas. ¿Y no puedo yo haberlas comprado para especular con ellas fundiéndolas?...

Dupré se sonrió al decir estas palabras, y Fernando, impaciente por saber todos los pormenores de la desgraciada posicion de Cárlos Sandoval, dijo:

—Permitidme que os llame la atencion sobre lo que habeis ofrecido decirme... habladme de Cárlos.

—Voy á daros gusto; pasaré en silencio el orígen de mis relaciones con el viejo Pedro Monterde, vuestro compatriota, y que asimismo se halla en esta cárcel, para hablaros de mi amistad con vuestro antiguo camarada de ejército. Monterde fué corresponsal de Aubin Quartier desde la montaña de Cataluña, por donde entraban grandes remesas de moneda falsa, que Monterde hacia circular por el interior, y si tardan en descubrir aquella fabricacion, Monterde, que estaba en camino para reunirse con Quartier en Paris, vá cuando menos á presidio. Pero supo lo que ocurria, y con la hija de Quartier, que habia ocultado gran cantidad de monedas, se instaló en Bayona; allí se perfeccionó en el oficio de fundidor, volviéndose á España, donde poco tiempo despues nos conocimos. Él conservó siempre relaciones con María, y ella le escribió para que fuese á Clermont, donde le comunicaria un plan de buenos resultados que habia concebido... Yo no os diré qué plan era ese, porque no lo sé... El viejo me dijo si queria acompañarle, y yo lo hice gustoso. Entonces fué cuando conocí á vuestro amigo.

—¿En Clermont?—dijo Fernando.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Cuatro meses, poco mas.

—¿Y no recordais haberme visto allí en esa época?—preguntó Fernando, ansioso de saber desde cuándo databa la prostitucion de su amigo Cárlos.

Dupré encendió un fósforo para examinar detenidamente la fisonomía de su compañero de encierro, y le dijo:

—No recuerdo haberos visto nunca, y puedo asegurar que no visitábais entonces á vuestro amigo, porque yo estaba á todas horas allí.

—Continuad,—repuso Fernando.

—Vuestro amigo,—dijo Dupré,—y perdonad que os hable así de él, me pareció tonto desde el primer dia que le ví, porque estaba siempre triste y aburrido, y como yo sabia que aquella mujer no era su esposa, me admiraba de que no tuviese bastante resolucion para separarse de ella... Sin embargo, pronto tuve ocasion de sospechar que alguna complicidad secreta los tenia unidos con vínculos verdaderamente indisolubles... Su crímen consistia en la espendicion de moneda falsa...

—¡Imposible!...—gritó Fernando indignado.—¡Os repito que es imposible!...

—Calma, amigo, calma, que hasta ahora no os he hablado mas que de una sospecha; oid el resto. El negocio que María propuso al viejo era el establecimiento de una fábrica de moneda en España, para la cual tenia en su poder crisoles, relieves, un acordonador y varios cuños, todos de piezas de cinco francos. Al viejo Monterde le pareció escelente la idea; pero su avaricia nos salvó á todos, porque él quiso ser el único fabricante. Los demás quedamos reducidos á espender las monedas que el viejo nos daba por la mitad de su valor... No de su valor intrínseco, que era casi ninguno, sino del que representaban. A vuestro amigo le hizo creer su querida que era preciso huir de Francia por que les perseguia la justicia, y entramos en España, donde ya nos esperaban Monterde con varios otros sócios, de los cuales solo uno ha sido preso, logrando escaparse tambien María y otra francesa que vino con nosotros á España.

La ansiedad de Fernando era cada vez mayor, y apenas

tenia alientos para respirar; pero deseoso de saber que Cárlos no era tan culpable como suponian los que le acusaban, dijo:

—¿Es decir, que Cárlos ignoraba los designios de su mujer?

—No lo sé; pero segun él dice, no sabia nada...

—Será verdad; Cárlos no sabe mentir.

—Lo cierto es,—añadió Dupré,—que aun no se habia empezado á acuñar la moneda cuando nos delató á la justicia. Pero María tuvo la culpa, porque si le hubiera dejado que se suicidára...

—¿Trató de suicidarse?—dijo Fernando aterrado.

—Con una pistola de dos cañones nada menos.

—¡Infeliz!...—murmuró Fernando.—¡Se ha arrastrado de un crímen en otro!

—Al principio,—continuó Dupré,—las monedas que salian de la fábrica no eran falsas, sino faltas... Monterde estaba haciendo el hoyo para el volante en una de las habitaciones, y se entretenia en limar algunas monedas, vendiendo luego las limaduras. Y cuando ya tenia montado el volante y armado el cortador sobre el macho, para empezar la maniobra, fué cuando le sorprendió la justicia, hallando en su casa algunas limas, embotadas de haber cercenado las monedas, punzones, gran cantidad de azogue muerto, sal de tártaro y libritos de panes de plata... A mí me prendieron en la calle, y cuando entré en la cárcel ya estaban en ella mis tres compañeros.

—¿Y á Cárlos no le valió el haber descubierto ese crímen?—dijo con ansiedad Fernando.

—El juez queria ponerle en libertad,—repuso Dupré;—pero la fuga de su querida, el haber hallado en su casa algunas monedas falsas, y sobre todo, el ser de su letra la carta que Monterde recibió en España, y que ha entregado á la justicia, le perjudican mucho.

Fernando se alzó en pié, asombrado con lo que acababa

de oir, y como si le pesára de que el hombre con quien hablaba creyese que habia sido siempre un malvado, le dijo:

—¡Oh!... No creais que Cárlos Sandoval tiene en toda su vida la menor mancha que pueda avergonzarle; hijo de una familia honrada, su hoja de servicios en el ejército no tiene una sola nota que empañe su pundonor, y siempre ha sido honrado y valiente.

—Sin embargo, quiso suicidarse, y eso no prueba gran valor,—dijo Dupré.

—Es cierto; pero si él solo hubiera debido sufrir las consecuencias del crímen en que se veia envuelto, no habria intentado quitarse la vida... Pensaria en la honra de su familia... en la de su pobre madre; y quiso salvarla de una afrenta, imponiéndola otra no menos atroz... ¡Infeliz!... ¡Cuánto ha debido sufrir!

—Mucho,—dijo Dupré;—principalmente desde que supo que nos traian á Madrid... Pero es lo que yo le decia... El hombre no debe acobardarse nunca... Y si á desgracias vamos, yo soy hijo de padres pobres, y mi primer oficio fué el de servir de criado en algunas casas de Paris; pero aquí, donde me veis, yo debia ser duque, y no así como se quiera, sino de uno de los primeros ducados de Francia... el ducado de Mont-Marsan.

Imagínese el lector cómo se quedaria Fernando al oir en los lábios impuros de aquel criminal el título del padre de Adelaida. ¡Él, que no sabia, como Genaro, que Simon Dupré era el esposo que el Duende tenia preparado para Adelaida!

Se acercó al francés; le miró con espanto, y como si quisiera haberse engañado en lo que tan clara y distintamente acababa de oir, le preguntó:

—¿Qué habeis dicho?

—Que yo debia de ser duque de Mont-Marsan.

—¿Sabeis,—repuso Fernando con energía,—que el duque de Mont-Marsan ha muerto en mis brazos?...

—Ni lo sé, ni me importa saberlo, —replicó con desdeñosa sonrisa Dupré.

—Pues á mí me importa que lo sepais, —replicó con voz áspera Fernando, —para que no volvais á invocar en vuestras fábulas el nombre del duque.

—¡Fábulas!... —repitió Dupré.—No son malas fábulas las que os he contado... Si se hubiese hecho mi matrimonio con la hija del duque, mio seria hoy el ducado.

—¡Miserable!... —gritó Fernando. —El duque no tenia hija ninguna.

—¿La negó al morir? —preguntó Dupré, sin incomodarse por el tono con que le hablaba Fernando.—Pues me alegro de no haberme casado con ella, porque el Duende decia que seria la heredera de todo.

Las palabras del monedero falso trastornaron hasta tal punto la imaginacion de Fernando, que sin cesar llevaba las manos á la cabeza, y se movia de un lado para otro, como si le ahogára el aire de aquel lóbrego y súcio aposento.

Dupre, que no podia comprender todo el dolor que sus palabras habian causado á Fernando, le dijo:

—Si yo supiera dónde está el Duende, me habia de pagar bien caras las que me tiene hechas... ¡Oh! ¡Daria una mano por encontrarle cuando saliese en libertad!... No perderian los magistrados en tomar su cabeza en rescate de la mia... algo ganaban en el cambio.

—¿Y habeis conocido á Adelaida? —preguntó Fernando, agitado por un sentimiento de celos, de que á sangre fria se habria horrorizado.

—¡Adelaida!... —repitió Dupré.—¿Quién es Adelaida?

—¿Pues no decís que os íbais á casar con la hija del duque de Mont-Marsan?

—Sí... ¿y es esa Adelaida la hija del duque?... Yo no la he visto nunca, sino que el Duende me dijo que me necesitaba para casarme con ella, y nada mas.

En el semblante de Fernando brilló una alegría estraordinaria, como si la última confesion del francés le hubiese hecho olvidar todas sus desgracias, y hasta la suerte de Cárlos, que era lo que mas le atormentaba en aquellos momentos.

Dupré no pudo apreciar esta mudanza repentina, porque hacia rato ya que sus ojos se iban cerrando al sueño, y apurando el último sorbo de la botella, dijo:

—Cuando querais acostaros no teneis mas que hacer sino despertarme... Tengo sueño, y voy á olvidar penas.

—Dormid cuanto gusteis,—dijo Fernando.

Y empezó á dar paseos por el calabozo, parándose alguna vez á escuchar las voces que se oian en los inmediatos, por si percibia entre ellas la de su desgraciado amigo Cárlos Sandoval.

Pero el carcelero le dejó poco tiempo en tal estado, porque abrió de repente la puerta del calabozo, y dijo en voz alta:

—Don Fernando Vargas, á la sala de declaraciones.

Del calabozo *de la Justicia*, donde habia entrado el jóven que no tuvo valor para pronunciar su nombre en la portería, salió un grito penetrante y agudo, que Fernando conoció bien pronto ser la voz de Cárlos.

Pero sin detenerse salió del encierro, precedido del carcelero.

CAPITULO CVII.

Genaro y Fernando.

El súcio aposento adonde llegó Fernando, guiado por uno de los porteros de la cárcel, y que se conoce con el nombre de *Sala de declaraciones*, parece espresamente dispuesto para que los presos no declaren nada en él.

Tal vez el lector tenga por ridícula y exagerada nuestra comparacion; pero es exacta.

La Sala de declaraciones de la Cárcel de Córte parece la escuela de un pueblo en el momento que el dómine está ausente, y los muchachos rompen los bancos, arrastran la mesa, derraman los tinteros, y tuercen el dosel donde está el cuadro de la Vírgen.

El torcido y súcio dosel que adorna una de las paredes de la sala no tiene cuadro ninguno; la mesa de nogal que se vé en medio está rota, y seco el abollado tintero de plomo que rueda por encima de ella; tres bancos de pino desvencijados y rotos, esparcidos sin órden por la sala, completan el mueblaje, y es mullida la alfombra que forma sobre el pavimento el polvo de los ladrillos.

La puerta de entrada abre sobre el pasillo de la alcai-

día, y lo está siempre de par en par, como si brindára á los presos á entrar en ella en cualquier momento en que su conciencia les mueva á declarar sus delitos. Pero apenas pongan el pié en esa sala, el desórden que reina en ella les hará arrepentirse de sus mejores disposiciones.

El escribano que hace asistir al preso á esa sala le recibe con la cabeza cubierta; lo primero que le dice es que tiene prisa, y le notifica los autos, salteando la lectura de las providencias. El preso le oye con indiferencia, buscando con su vista algun atributo de la Justicia que ayude con su imponente aspecto las favorables disposiciones de su conciencia, y no halla otra cosa sino una sala desordenada y súcia, que, si es ladron, le recuerda el cuadro en que quedó el campo de sus fechorías.

En las páginas anteriores de esta novela hemos dado suficientes pruebas de nuestra escesiva minuciosidad en los detalles; pero ahora sentimos no hallar espresiones que alcancen á dar una idea exacta de ese aposento, conocido, como hemos dicho ya, con el nombre de Sala de declaraciones. Estamos persuadidos de que los que no la hayan visto nos tacharán de exagerados, y los que la conozcan nos tendrán por demasiado indulgentes.

No queremos, sin embargo, dar rienda de nuevo á nuestras reflexiones, y prescindiendo por ahora de ellas, entramos en la Sala de declaraciones, donde Genaro, acompañado de un alcalde de barrio, espera á su antiguo amigo Fernando.

El jóven oficial carlista, que en aquel momento ménos que en ningun otro, esperaba que le llamasen á prestar declaracion, salió desde su encierro, preocupado con las funestas revelaciones de Simon Dupré, y quedó sorprendido al encontrarse en los brazos de Genaro, que le salió á recibir á la entrada de la sala.

El portero que le habia sacado del encierro se quedó á distancia respetuosa, y el alcalde de barrio le dijo:

—Puede usted retirarse, porque este preso queda en comunicacion desde este momento.

Obedeció el portero, y salió de la sala seguido del alcalde de barrio, que dió la enhorabuena al preso y se despidió de Genaro.

Este desprendió de sus brazos á Fernando, y le dijo:

—Perdona, amigo, si te hemos tenido tanto tiempo en el calabozo.

—¡Vosotros!...—dijo Fernando asombrado.—¿Pues acaso es culpa vuestra lo que me ocurre?

—No por cierto; pero podiamos haber hecho estas diligencias antes de ahora... En cambio hemos alcanzado grandes victorias sobre tus enemigos, y ya nada se opone á tu felicidad...

—¿Y Adelaida?—preguntó Fernando.

—Está libre del poder del Duende... Tu hermana Eugenia la acompaña: en sus manos están ya los papeles que os habian robado, y solo esperan el momento de estrecharte en sus brazos... El jefe de la policía me ha ofrecido ponerte hoy mismo en libertad.

—¿Sabe Adelaida que estoy preso?

—Lo sospecha... pero descubierta la infame calumnia que te trajo á este sitio, tú mismo podrás decirla que su sospecha es infundada.

—¿Pero de qué me acusan?—dijo Fernando.

—¿Qué te importa?...

—Me importa mucho, y no saldré de la cárcel sin que se declare mi inocencia... Yo no quiero ser indultado, sino absuelto.

—¡Eh! No seas loco...—replicó Genaro.—¿Ignoras el país en que vives?... Dá gracias por que no te han enviado á Filipinas... ¿Sabes tú lo que dijeron de tí al gobierno?

—¿Quién?

—Un anónimo.

—¿Y vale mas un anónimo que yo?... ¿Merece mas

crédito la calumnia de la persona que oculta su nombre, que la inocencia del que vive tranquilo y confiado en la proteccion de las leyes?

—¡Tienes razon, Fernando; pero ¡qué quieres! Son cosas que ni tú ni yo podemos evitar, y es preciso resignarse... ¡Si yo hubiera sabido que iban á prenderte, te habria hecho esconder.

—Y yo no me hubiera escondido, porque la conciencia no me remuerde de nada.

—Esa no es razon, Fernando, y aquí es moneda corriente la de no dejarse prender, y la de salir en libertad sin que digan las causas de la prision.

—¿Y no hay quien proteste y pida la formacion de causa?

—No.

—Pues yo lo haré.

—Tú harás, —interrumpió Genaro, —lo que yo te diga... Al cabo y al fin soy abogado, —añadió riéndose.

—Hablaremos, —repuso Fernando.

—Despues que salgas en libertad, harás todas las protestas que quieras... Mientras tanto, lo que importa es que pronto puedas estrechar entre tus brazos á Adelaida... Nada se opone ya á vuestra felicidad.

—¡Nada!...—esclamó Fernando.—Tú no sabes lo que me acaba de ocurrir en el calabozo.

—¿En el calabozo?

—Sí.

—¿Pues no estabas incomunicado?

—Sí; pero eso no importa para que se reunan tres ó cuatro presos de distintas causas, y aun asimismo no hay incomunicacion ninguna, porque, encaramados en las rejas, á voces se ponen de acuerdo sobre lo que han de declarar despues.

—¡Qué abuso!—dijo Genaro.

—Qué abandono... dirás... porque natural es que los

presos usen de los medios de comunicacion que les dejan espeditos... ¡Si vieras qué cosas he oido decir desde mi encierro!... Pero lo que mas me horroriza es lo que voy á decirte... ¿Te acuerdas de Cárlos Sandoval?

—Sí; el que fué novio de tu hermana Eugenia... ¡Pero no entiendo!...

—Pues está abajo en un calabozo.

—¡Bah! Eso no es posible... ¿Le has visto?

—No, por fortuna; pero mi compañero de encierro ha entrado con él en la cárcel, presos ambos por igual delito.

—¿Habrán querido armar alguna partida facciosa?—dijo Genaro.

—¡Ojalá!

—¿Pues de qué les acusan?

—De monederos falsos,—dijo Fernando con pena.

—¿Cogidos en Vitoria?

—Sí... Y tú, ¿de qué lo sabes?... ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he leido en los periódicos.

—¿En los periódicos nombran á Cárlos?

—No; solo nombran al jefe de la fábrica. ¿Era ese tu compañero de encierro?

—No; el que ha estado conmigo es un francés que se llama Simon Dupré.

—¿Simon Dupré?—repuso Genaro con alegría.

—¿Le conoces?—dijo Fernando asombrado.

—No le he visto nunca; pero si es el que sospecho, acaso pueda sernos de mucha utilidad ahora. Es un gran enemigo del Duende.

—Me lo ha dicho,—dijo Fernando.

Y acomodándose con su amigo en uno de aquellos desvencijados asientos, le refirió todo lo que le habia contado Dupré, relativo á la amistad con el Duende, haciéndole un estracto de la causa de falsificacion.

Genaro, por su parte, le dió cuenta de la prision de sor Clotilde y de los demás sucesos que el lector conoce, inclu-

so el desgraciado arresto del médico; pero cuando llegó á referirle lo ocurrido en la casa chica de Alcira, en el semblante de ambos brilló una estraordinaria alegría.

—¿Y Paco?...—preguntó Fernando.—¿Se ha salvado tambien?

—Lo ignoro,—repuso Genaro.—Sé que Daniel es el alcaide de la fortaleza, y que tiene en una de sus mazmorras al Duende...

—¿Y sor Clotilde?

—Esa diligencia,—repuso Genaro sonriendo,—le pertenece al señor duque de Mont-Marsan, y cuando vuelva á buscarte arreglaremos la manera de decir á Simon Dupré que me nombre su defensor.

—¿No seria mejor que defendieses á Cárlos?

—No; la libertad de Simon nos interesa mucho... Será el verdugo del Duende.

—¡El verdugo!...—esclamó Fernando.—¡Has olvidado que ese miserable es, por nuestro mal, pariente de Adelaida!

—No lo he olvidado; pero en fin... hablaremos. Adios.

—Adios,—replicó Fernando.

Y estrechando con efusion la mano del noble indivíduo de la Partida del Trueno, añadió:

—Adios, y él quiera que algun dia pueda pagaros lo que estais haciendo por mí.

—Ya te pasaremos la cuenta de todo,—repuso Genaro.

Y cortando bruscamente aquel diálogo, salió de la Sala de declaraciones, sin olvidarse de advertir á los porteros que llevasen á Fernando á una habitacion de alcaidía.

Pero este pidió que le permitiesen volver al encierro á despedirse de Dupré, y fácilmente le otorgaron esa gracia.

Acompañado del carcelero, volvió al calabozo, donde aun dormia el francés, y despertándole, le dijo:

—Perdonad que haya interrumpido vuestro sueño; pero salgo en comunicacion, y quizás hoy mismo en libertad...

Os deseo igual suerte, y acabo de hablar en vuestro favor á un amigo mio para que le nombreis abogado defensor.

Dupré dió las gracias á Fernando, que se retiró del calabozo, y mientras el carcelero cerraba la puerta, alzó los ojos hácia la reja del calabozo de la Justicia, dió un suspiro, y abandonó por fin aquellos inmundos corredores, para trasladarse á un cuarto de alcaidía, donde le dejaremos esperando la libertad que le habia ofrecido Genaro.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO CVIII.

El tribunal de los cinco.

Cuando Genaro, satisfecho del estado de los proyectos que con tanto ardor habia emprendido, llegó á la casa chica de Alcira, se encontró los alrededores ocupados por seis hombres embozados en sus capas pardas, y cubierto el rostro con el ala de los sombreros de Calaña.

Ni la temeridad imprudente, ni el miedo ridículo eran cualidades propias de los indivíduos de la Partida del Trueno, y Genaro, menos que ningun otro, era capaz de asustarse sin causa suficiente, ni de confiarse sin motivo. Por eso detuvo el paso para examinar la clase de gente que allí estaba, y pronto se le adelantó uno de los embozados, que descubriéndose, le dijo:

—Adios, Genaro.

—¡Hola, Sotana! ¿Y el capitan?

—Arriba creo que está... pero no sé lo que piensa que hagamos aquí... Nos dijo que nos avisaria, y hasta ahora nada nos ha dicho.

—¿Está con el Duende?

—¿Quién es el Duende?—replicó Sotana.

Genaro recordó que el hombre que le hablaba, y á quien vió el lector en el sotanillo, ignoraba los nombres de esas personas, y solo sabia de los asuntos del Vizco lo que este le habria dicho, que no seria gran cosa. Era costumbre del capitan Centellas no confiar á sus agentes sino lo absolutamente indispensable para el mejor cumplimiento de los encargos que les hacia, y algunas veces, como sucedia en la ocasion presente, les solia hacer ver los negocios de distinto aspecto del que en realidad tenian.

Sotana no sospechó ni bien ni mal del silencio que guardaba Genaro á su pregunta, y añadió:

—¿Llamas Duende á Ventura?

—Sí,—repuso Genaro.

—Pues ahora mismo acaba de entrar preguntando por Daniel... y le he dicho lo que te repito á tí: que le digas al capitan que nos estamos haciendo sospechosos para las gentes del barrio.

—Se lo diré,—contestó Genaro;—pero ya conoces su génio.

—No importa, díselo, porque estoy harto de tanto misterio.

—Eso último sí que no se lo digo.

—Se lo diré yo.

—Harás muy mal... porque ya sabes que desde que te dejaste robar aquella caja de marfil no eres santo de su devocion.

—No me hables de eso,—repuso Sotana incomodado;—precisamente desde entonces estoy cansado de estas historias... Antiguamente daba gusto andar con vosotros: serenatas á una muchacha, paliza al novio, un pisoton al marido para entregar mientras tanto una carta á su mujer, comidas de fonda á escote, sin que nosotros escotásemos nunca, y en fin, otra vida mucho mejor que la que ahora llevamos.

—Es preciso tomar los tiempos conforme vienen,—dijo Genaro;—yo te prometo que pronto tendremos serenatas y comidas de sobra.

—¿En la boda del capitan?—dijo Sotana riendo.—Me han dicho que se casa, ¿es cierto?

—Calla, hombre, no seas bobo; esas son bromas de Ventura.

—No lo creas; Ventura no me ha dicho nada.

—Pues de todos modos, es falso,—replicó Genaro.

Y entrando en el portal del palacio del Duende, añadió:

—Le diré á Daniel que estais impacientes, y haré que os avise.

—No te olvides,—dijo Sotana.

Y continuó paseando por delante de la puerta, sin que Genaro advirtiera la agitacion y el sobresalto que se pintaban en su semblante.

El viejo portero de la casa chica de Alcira miró con asombro á Genaro; pero no se atrevió á decirle que no pasára sin hablarle, y el amigo del Vizco subió la escalera, encontrándose perdido en aquellas galerías, cuyas bóvedas repetian el eco de sus pisadas, que vagaban de un lado para otro.

Llegó por fin á la gran puerta de dos hojas que se veia frente al retablo de que hemos hablado en otra ocasion, y entró en la antesala de la montería, llena de cuadros de caza, y sin hallar á nadie en ella, abrió una mampara de damasco carmesí y cruzó asimismo la antecámara del Duende, llegando por fin al despacho de este, donde fué traidoramente preso el doctor Espinosa.

Estrañábase Genaro de no hallar ni un solo criado, ora fuese de los del Duende, ó de los de su amigo el Vizco, si era cierto que se habia hecho alcaide de la fortaleza, y antes de abrir la mampara de damasco amarillo para entrar en el despacho se paró á escuchar un rato, y no oyó nada.

Genaro no habia pasado nunca los umbrales de aquella

casa, y no era estraña su precaucion, sobre todo si se atiende á que, por un olvido imprudente, llevaba sobre sí los documentos que le habia entregado la Peregrina.

Recordó esta circunstancia al pensar si deberia seguir adelante por aquellos salones, y aunque no creyó nunca conveniente deshacer el camino andado, quedó inmóvil, sin saber qué resolucion tomar, hasta que de repente oyó una voz, que dijo:

—No se detenga usted, don Genaro.

Era la del intrépido Cabezota, que, en mangas de camisa, y con un pañuelo atado á la cabeza, abrió la mampara y se presentó al dintel de la puerta.

Genaro le tendió los brazos entusiasmado, y sorprendido de verle en libertad, quedándolo no menos con el espectáculo que se presentó á su vista.

Sentados detrás de la gran mesa de despacho del Duende, y en forma de tribunal, se hallaban sus dos amigos Daniel y Ventura, dando el sitio de preferencia al doctor Espinosa.

Todos se alzaron en pié al verle, y con rostro alegre se acercaron á abrazarle.

Semejantes demostraciones no le habrian parecido estrañas en el doctor Espinosa; pero en sus dos amigos, acostumbrados á permanecer indiferentes despues de alcanzar las mayores victorias, impusieron á Genaro de las graves dificultades con que habrian tenido que luchar para arrancar al médico y á Cabezota del Sótano de la nieve.

Este último ofreció una silla á Genaro, y se retiró á uno de los balcones, desde donde, á través de las vidrieras, habia anunciado al tribunal la llegada de Genaro al palacio del Duende.

El Vizco fué el primero á hablar, y dijo:

—Llegas á buen tiempo, Genaro: el tribunal necesita que le asesores... Supongo que ya sabrás que hemos triunfado... El Duende está encerrado en el horrible calabozo de

donde, gracias á ese hombre prodigioso que tienes detrás de tí, hemos podido sacar con vida al doctor.

Genaro estrechó de nuevo la mano al médico, y despues de abrazar otra vez á Cabezota, dijo:

—Las noticias que me llevó Juana Lunares y la alegría de vuestros semblantes me habian hecho sospecharlo todo. Siento no haberos podido ayudar en esa empresa.

—Aun es tiempo,—repuso el Vizco.—Dínos lo que has alcanzado con doña Inés, porque el Duende se resiste á entregarnos los papeles.

Las palabras del Vizco hicieron asomar la sonrisa á los lábios de Genaro, que, llevando la mano al bolsillo de su levita, dijo:

—No es estraño que se resista á entregarlos, ¡como que no los tiene!

—¡Que no los tiene! ¿Pues dónde están?

—En poder del tribunal,—repuso Genaro, sacando del bolsillo los papeles que le habia entregado la Peregrina.

Cabezota, que seguia de atalaya en el balcon, volvió la cabeza para tomar parte en la estraordinaria alegría que brillaba en el semblante de los jueces, y el Vizco, que habia pasado rápidamente la vista por aquellos documentos, esclamó:

—¿Y dices que te pesa de no haber estado aquí para ayudarnos? ¿Sabes que lo que has hecho completa nuestro triunfo?

—Falta la libertad del señorito Fernando,—interrumpió Cabezota.—¡Si ustedes me hubieran dejado salir de aquí!

—Déjalo, Paco,—replicó Espinosa;—hoy mismo nos ocuparemos de ese asunto.

—Ya es inútil,—dijo Genaro.

—¿Inútil?—esclamaron todos á la vez.

—Sí, porque ya está en comunicacion, y dentro de dos horas habrá salido en libertad.

Todos se levantaron para abrazar á Genaro, y este añadió:

—Lo que ahora hace falta es que me digais á qué precio se ha conseguido la prision del Duende.

—De balde, —repuso con presteza Cabezota.

—No tal, —replicó el médico; —ese infeliz ha recibido una herida en la cabeza por salvarme, y ahora se empeña en no estar quieto y callado.

—Si me doliera, —repuso Cabezota; —pero no me duele... estoy ya en estado de ir por otra.

El Vizco, que comprendia lo útil que podria serles Cabezota, sabia por esperiencia que no conviene dejar de ejercer sobre esta clase de hombres un dominio absoluto, y le dijo:

—Paco, has ofrecido no hacer nada mas que lo que yo te diga.

—¿Tiene usted alguna queja de mí? —repuso Cabezota.

—No.

—Me han prohibido ustedes ir á la cárcel, y no he ido... No me han dejado tampoco saludar á la señorita Adelaida, y aunque cuando estaba en el sótano ofrecí, si salia con bien, ir corriendo á besarle la mano, aun no he ido.

—Ya irás, —le replicó el médico. —Si fueras ahora, te preguntaria por Fernando, y no sabrias qué decirla.

—Es que yo hubiera ido primero á la cárcel.

—De todos modos, —repuso el médico, —aquí puedes sernos muy útil.

Cabezota no volvió á replicar, y siguió observando la calle detrás de las vidrieras, ínterin Ventura, que contra su carácter decidor y alegre no habia dicho nada, continuaba escribiendo.

—Y tú, ¿qué haces? —le dijo Genaro.

—Lo que hace, —repuso el Vizco, —ahora lo verás; lo que te ha de decir es lo que ha hecho... Sin los secretos que le ha arrancado al padre Romualdo, aun podria darnos que sentir el Duende.

—¿Con que es decir,—replicó Genaro,—que todos hemos cumplido el juramento que nos hicimos en tu casa, y por lo visto, la suerte nos ha sido propicia?

—Así es la verdad,—repuso el médico;—pero ya saben ustedes que no se puede reposar despues de alcanzada la victoria, sin gran riesgo de perderla... Lo que ahora nos conviene hacer es concluir de redactar la confesion de los crímenes de ese hombre, para obligarle á que la firme al momento.

—¿Es eso lo que tú haces?—dijo Genaro, acercándose á examinar lo que estaba escribiendo Ventura.

—Sí,—replicó este;—léelo, y te asombrarás de ver recopiladas todas las maldades de ese hombre.

Genaro hizo lo que le decia su amigo, y despues de haber recorrido con la vista todo el escrito, dijo:

—Aun falta lo principal.

—¿El asesinato de Eduardo?—interrumpió con viveza Ventura.

—No.

—Eso,—añadió Ventura,—hemos convenido en escribirlo por separado, para que sirva de prueba ante los tribunales, y de reclamacion del título de esta casa.

—Me parece bien pensado,—repuso Genaro;—pero lo que falta en el escrito que estais haciendo, son crímenes de que no podeis tener noticia ninguna.

—¿Quién te los ha contado?

—Fernando y doña Inés,—dijo Genaro.

Y en breves palabras dió cuenta á sus amigos de los planes que formó el Duende para casar á Adelaida con Simon Dupré, y del proyecto que últimamente habia concebido para presentar á la jóven que vivia con la Peregrina como heredera del título de Mont-Marsan.

Todos se estremecieron al oir la relacion de Genaro, y el Vizco se sobresaltó al saber que estaba en Madrid el rival de su amor, Cárlos Sandoval.

Cabezota, que seguia de pié junto al balcon, se acercó á Genaro apenas oyó que estaba preso Simon Dupré, y le dijo:

—¿Ha hablado usted al gabacho Simon?

—No; no le he visto... Me lo ha dicho Fernando.

—¿Y no podrá obtenerse la libertad de ese hombre?

—¿Te interesas tú por él?—preguntó el médico, sorprendido de que Cabezota intercediese por un malvado como Dupré.

—Tambien yo,—replicó Genaro,—he ofrecido hacer cuanto pueda para ponerle en libertad.

El doctor Espinosa los miró sorprendido, y Cabezota replicó:

—No se asusten ustedes; el señor don Genaro sabe lo que se hace... El mejor verdugo del Duende seria el francés Simon.

—¿De veras?—dijo el Vizco.

—Le aborrece de muerte,—replicó Cabezota.

—¿Y qué se puede hacer por ese hombre?—preguntó Espinosa.

—Es cosa de tribunales, y yo me encargo,—dijo Genaro;—lo que ahora nos importa es despachar estos escritos, y no perder tiempo. Mientras tanto, me alegraria que ustedes me dijesen cómo lograron salir del sótano, y si nuestro preso está seguro.

—Yo respondo,—contestó Cabezota.

El doctor Espinosa se levantó de su asiento, y llamando á Genaro hácia un rincon del despacho, le dijo:

—Dejemos que estos señores concluyan esos trabajos, y le referiré á usted mientras tanto las proezas de este valiente.

—Por muchas que hayan sido,—repuso Genaro,—no me sorprenderán, porque ya sé lo que vale Paco Serrano.

—Cualquiera de ustedes,—dijo Cabezota, avergonzado de oir aquellos elogios,—vale mas que yo...

—¿Y sabe Adelaida, —dijo Genaro, —que está en nuestro poder el Duende?

—No tal, —contestó el médico; —yo no he querido que la dijesen nada hasta despues de arreglado todo... Asómbrese usted de mi reserva en estos casos... Mi propia familia ignora aun que estoy vivo... Todo lo que saben de mí es que se ignora mi paradero.

Y el doctor Espinosa se dejó caer sobre una de las descoloridas banquetas de raso azul, diciendo:

—Me engañaba el espíritu... creí que tenia mas fuerzas.

—¿Le duele á usted algo? —dijo Cabezota, corriendo al lado del doctor.

—Me duele ver que á tí no te duele nada... pareces de bronce... Cuarenta y ocho horas sin abrigo ninguno en aquella atmósfera de hielo, y despues de la sangre que has derramado, no sé cómo tienes fuerzas para sostenerte en pié.

—Usted exagera mis males, —replicó Cabezota; —lo que me pesa es que no me haya usted dejado de centinela del preso.

—¿Te parece malo el que tiene?

—No, señor; porque, aunque es malo, es cobarde, y le basta saber que le vá en ello la vida para que no se nos vaya el Duende.

—¿Pues quién está con él en el sótano? —dijo Genaro.

—Las tinieblas, —respondió Cabezota. —Está solo, pero en la escalera hemos amarrado á Tenazas para que nos avise, como un perro, cuando se mueva su amo... y en el tejado está el viejo Gregorio.

—¿Y los demás criados de la casa?... No he visto á nadie hasta llegar aquí.

—Todos están á buen recaudo, —dijo Cabezota, —y el portero ignora que la casa ha cambiado de dueño... No sabe nada de lo que ha habido aquí.

Genaro manifestó vivos deseos de saber los pormenores

de lo ocurrido, y se sentó junto al doctor Espinosa, que se disponia á darle cuenta de todo, cuando se oyó un silbido penetrante y agudo hácia la parte de la librería.

Todos se pusieron en pié sobresaltados, y Cabezota fué el primero que corrió hácia la puerta secreta que conducia á las escaleras del sótano, diciendo:

—El perro ladra.

Pero el Vizco le cogió por el brazo, y pasando delante, dijo con energía:

—Quieto aquí todo el mundo... Yo voy solo.

Obedecieron sin replicar, y despues que el Vizco se hubo ocultado detrás de la librería, se acercaron á escuchar con la mayor ansiedad.

CAPITULO CIX.

El Duende en el Sótano de la nieve.

A pesar de la imperiosa voz del Vizco para que no le acompañára nadie, el doctor Espinosa quiso hacerlo, y no se lo permitió Genaro, que, entrando por la pequeña puerta oculta detrás de la librería, dijo:

—Yo le acompañaré, que no he visto ese sótano.

Nada replicaron los que quedaban en el despacho del Duende, ni el Vizco dijo una sola palabra al encontrarse con Genaro en el estrecho corredor, á cuyo estremo se abria la espiral de piedra, cuyos cincuenta y ocho escalones habia contado el doctor con los ojos vendados.

El Vizco abrió una linterna que estaba colgada en la pared, y su pálido resplandor sirvió á los dos amigos para bajar aquellos torcidos escalones.

En el último de ellos, y sujeto por los brazos al grueso cerrojo de la puerta de hierro, estaba Tenazas, el supuesto ayuda de cámara del Duende, y su amigo y consejero íntimo.

La piedra sobre que asentaba su planta el terrible bandido estaba salpicada de manchas pardas, como de sangre

vertida tiempo hacia, y era la que brotó de la traidora herida que aquel hombre habia hecho al Richano.

Genaro llevaba en su mano izquierda la linterna, y se estremeció al ver á Tenazas sujeto por los codos y con dos gruesas argollas de hierro á la puerta, chapeada del mismo metal.

Miró á su amigo como si quisiera reconvenirle por haber permitido semejante crueldad, y el Vizco, que no estaba menos afectado por lo que se veia obligado á ejecutar, hizo un esfuerzo violento para fingir en sus lábios una sonrisa diabólica, y con acento terrible preguntó al bandido:

—¿Qué se te ofrece?

—Que me saquen ustedes de aquí, y yo prometo descubrirles todos los proyectos del Duende, —contestó Tenazas con una voz triste, que la estrecha bóveda de aquel sepulcro de piedra hacia doblemente angustiosa y horrible.

—¿Y para eso nos llamabas?—replicó el Vizco, fingiendo volver á subir la escalera.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó dentro del sótano una voz de trueno, que dijo:

—*¡Cobarde!*

Tenazas dió un sacudimiento con todo su cuerpo sobre la puerta, como si el metal que la cubria hubiese vibrado al chispazo eléctrico de una pila galvánica, y el Vizco y Genaro se miraron estremecidos.

Pero el Vizco, que comprendia cuán necesarios eran en aquella ocasion los alardes de una ferocidad salvaje, que no sentia ciertamente, se esforzó de nuevo por sonreir, y alzando la voz, con intencion de que sus palabras llegasen á los oidos del Duende, dijo:

—Aprende de tu amo, ¡miserable!

Y volviéndose á Genaro, añadió asimismo en voz alta:

—Me gustan á mí mucho estos hombres de corazon, que saben ser valientes en la desgracia.

Genaro no acertaba á pronunciar una sola palabra; pero

hizo tambien un esfuerzo, y llegándose al oido del Vizco, le dijo:

—Es preciso terminar pronto el suplicio de estas gentes... Aseguremos sus personas en buen hora, pero no imitemos su inhumana ferocidad... Despues de todo, ¡si la justicia nos descubriese!...

—¡Calla! —le replicó el Vizco en voz baja.—¡Me enseñarás tú á ser humano!

Y sacando una llave del bolsillo, hizo pasar delante de sí á Genaro, y abrió la pesada puerta de hierro.

Tenazas, amarrado á la puerta, giró tambien con ella, no sin que Genaro se apresurase á sostenerle, creyendo que no le llegarian los piés al suelo y que podria descoyuntarse el cuerpo.

Pero semejante precaucion era escusada, porque el pavimento del sótano estaba al mismo nivel que el último escalon de la espiral, y los piés del bandido no hicieron mas que arrastrarse sobre el suelo.

El Vizco, siempre consecuente con su fingida ferocidad, apartó bruscamente á Genaro, y le dijo:

—Alumbra, y no te cuides de esta canalla... Pregúntale á este segundo San Sebastian si cuando andaba por la sierra de Segura no dejó á muchos infelices atados de peor manera á los árboles.

—Pero se batian primero cuerpo á cuerpo conmigo,—dijo con audacia el bandido.

—Que hable esa sangre que cubre tu planta, vertida traidoramente, —le replicó el Vizco.

—Él tuvo la culpa...

—¡Silencio! Estás en presencia de tu amo.

Así era la verdad.

La puerta se abria sobre el sótano, y Tenazas, amarrado á ella, se vió frente al Duende, que, sentado sobre el colchon, recibia la visita de los dos amigos.

Acostumbrado á la oscuridad del sótano, en el que no

habia otra luz sino el engañoso brillo fosfórico y verde de la lámpara de agua, el vivo resplandor que despedia la linterna le hirió la vista, y el Duende se cubrió los ojos con las manos.

Genaro quedó poseido del espanto natural en todos los que veian por primera vez aquel horrible calabozo, y el Vizco, que conocia lo que pasaba en el ánimo de su amigo, cerró la puerta, dejando otra vez á Tenazas en la escalera, y dijo:

—¿Qué te parece de este encierro?

Nada contestó Genaro, y el Vizco continuó:

—Es una escelente habitacion para el verano... El señor abad sabe cuidarse... ¿Has visto ese algibe?... Mira qué agua tan fresca cae sin cesar, gota á gota... Este sótano seria un escelente pudridero para un panteon... Pues pasa al otro lado, y veras qué graciosa espiral de piedra hay en derredor de ese pozo... El preso que sea sonámbulo, si vá dormido hácia ese sitio, ahorra cerrojos y llaves á los carceleros.

Genaro examinó, poseido de espanto, aquellos horribles detalles, mientras su amigo se esforzaba por no desmentir la inflexibilidad de que queria hacer alarde á los ojos del Duende.

Este se revolvió sobre el colchon donde estaba, libre de toda ligadura, y el Vizco le dijo con ironía:

—No se incomode usted, señor duque de Alcira... este amigo es persona de toda confianza... íntimo de Enrique, y por lo tanto, debe usted tratarle como cosa de casa.

Mordióse el Duende los lábios de coraje, y apartando las manos que cubrian su rostro, dijo con voz balbuciente de cólera:

—¿Qué piensan ustedes hacer conmigo?

El Vizco contestó con una sonrisa diabólica, y Genaro, cada vez mas conmovido con aquel cuadro que se ofrecia á su vista, se apresuró á decirle:

—Sacarle en libertad, si ofrece reparar todos sus crímenes.

—No le haga usted caso, —interrumpió el Vizco.— ¿Para qué le sirve á usted la libertad?... Si usted fuera aficionado á ella, en vez de haber preparado este calabozo en su casa, habria hecho construir jardines y salas de recreo. No creas tú, —añadió, volviéndose á Genaro, —que el señor duque quiere que le pongamos en libertad; se contentaria con que le dijésemos que no habia resucitado Enrique, y este calabozo le pareceria un paraíso, si le dejásemos quemar en él los documentos que nos ha entregado la Peregrina.

—¡Es falso! —gritó el Duende.

—¿No se daria usted por satisfecho?... —replicó el Vizco, aparentando no entender lo que decia el Duende.— Pues vaya, diriamos tambien á la duquesa de Mont-Marsan que suspendiese el viaje á Paris para abrazar al tio de su difunta madre.

—Es falso tambien, —volvió á gritar el Duende.—¿Quién ha declarado á esa miserable heredera del ducado?... Adelaida es hija de don Lorenzo Vargas, y hermana de ese oficial carlista que está preso en la Cárcel de Córte.

—Hable usted con mas propiedad, —dijo el Vizco sonriendo.—Fernando no está en la Cárcel de Córte, sino en el palacio de Santa Rita, abogada de los imposibles.

—¡Oh, rábia!...—gritó el Duende.—Eso no es verdad.

—Sí tal, —replicó Genaro.—Fernando está ya en los brazos de su esposa.

Las palabras de Genaro tenian tal acento de verdad, que al Duende no le quedó duda alguna de que era cierta y completa su desgracia, y alzándose en pié, llevó los puños á su escuálido y verdi-negro semblante, y fingiendo horrorizarse con lo que acababa de oir, apeló á un subterfugio que habria hecho titubear á cualquier otra persona que no fuera el Vizco, y dijo:

—¡Qué horror!... ¡Ese matrimonio es imposible!... ¡Adelaida y Fernando son hermanos!

—Ya lo sabemos, —contestó impasible el Vizco.—Don Lorenzo Vargas lo declaró así al morir, y en verdad que firmó su confesion con una elegante pluma de plata.

—¡Tambien el imbécil del fraile me ha vendido!—murmuró con desesperacion el Duende.

—No se aflija usted, señor duque,—replicó el Vizco, asombrando á Genaro con su admirable sangre fria.—Sabemos tambien que la verdadera hija del duque de Mont-Marsan es Concha; pero como tiene una madre tan fea, no nos ha parecido decente darla el ducado.

De nuevo se mordió el Duende sus lívidos lábios, y el Vizco añadió:

—Si usted prefiere que Adelaida se case con Simon Dupré, aun estamos á tiempo... nosotros le hemos avisado para que venga á hacer á usted compañía.

—¡Dupré está en Francia!—gritó el Duende horrorizado.

—Estaba,—repuso el Vizco;—pero vino á España con una pacotilla de moneda, que desgraciadamente era falsa, y ahora está preso á nuestra disposicion.

—¡Ah! ¡Que no vea yo aquí á ese hombre!—dijo el Duende con tono de súplica.

—No vendrá; concedido: pero me estraña que usted no le quiera ver ahora, despues de haberle destinado para marido de su sobrina la duquesa de Mont-Marsan.

—¡Ah! ¡Es un sueño lo que por mí pasa! ¿Quién ha desencadenado contra mí todas las fúrias del Averno?... Pero concluyamos de una vez,—dijo con osadía:—¿quién le dá á usted derecho para tratarme de esta manera en mi propia casa?

Genaro se indignó al ver el tono con que hablaba el Duende, y recobrando á su vez alguna energía, le replicó:

—¡Estraño mucho que un hombre tan malvado se atreva

á preguntarnos el derecho que nos asiste para castigar sus crímenes! La inocencia está siempre autorizada para vengar sus ultrajes.

—Yo no he ultrajado á ninguno de ustedes...

—¿Quién encerró en este sótano al doctor Espinosa? —dijo Genaro.

—No le hagas caso, —repuso el Vizco, siempre con calma.—Si tú conocieses como yo al señor duque, no te asombrarian sus genialidades... Es costumbre suya la de preguntar, así como lo es mia la de no responder.

El lenguaje, el tono y las maneras del Vizco, trastornaban cada vez mas al Duende, cuyos ojos azules brillaban con satánico movimiento en su cadavérico semblante.

Sus cabellos grises caian sobre el cuello del frac negro que cubria sus hombros, y su barba, á medio crecer, asimismo cenicienta y salpicada de lunares negros, le daba un aspecto repugnante y horrible.

Su nariz, seca y aguileña, cubria casi en totalidad el lábio superior, y su cuello, delgado y enjuto, asomaba su amarillento cútis por encima del ancho y descuidado corbatin negro.

Un furor reconcentrado parecia devorar su figura, y sus manos descarnadas y enjutas le habrian hecho pasar por una momia egipcia mas que por un sér vivo.

A Genaro le sorprendia cada vez mas su tono altanero y audaz, y el Vizco estaba asimismo asombrado de que, encerrado en aquel calabozo de muerte, no se humillára demandando piedad á las personas que tenian en sus manos las pruebas de tantos crímenes.

Pero lejos de pensar en hacerlo así, el Duende se habia defendido con teson para que no le encerráran en el sótano; habia respondido con audacia en el primer interrogatorio, y en la ocasion presente conservaba el repugnante orgullo que dejamos dicho, y del que difícilmente podriamos dar una idea exacta.

La sorpresa de Genaro era tanto mayor, cuanto que no habiendo hallado móvil suficiente para ninguno de los crímenes del Duende, creia que su encarnizamiento no podia ser tan obstinado.

Pero al pensar así el jóven letrado, no tenia presente que en la carrera del crímen no hay mas dificultad que una: la del primer paso; dado este, le siguen los otros como el descenso de un cuerpo suspendido en el aire, que busca con mas ó menos rapidez el ángulo de su gravedad específica.

El Duende era uno de esos hombres melancólicos y frios, que, habiendo gastado su corazon en los desórdenes de una juventud borrascosa, se concentran en sí mismos para tomar venganza de la sociedad que han ultrajado, porque ya no puede brindarles nuevos placeres.

Siempre en busca de estos, no les importa que el precio de cada uno de ellos sea una série interminable de crímenes, y á veces se lanzan á cometerlos, sin otra ambicion que la del bárbaro goce que pueda resultarles mientras los ejecutan.

El Duende se habia empeñado á sí mismo el juramento de labrar la infelicidad de todos sus parientes, y hacia muchos años que no cesaba de llevar adelante su plan por cuantos medios le dictaba su infame corazon, ó le sujeria la maldad de sus amigos.

Quizás si le hubieran dicho que eran necesarios tantos crímenes para salir triunfante en su empresa, hubiera retrocedido asustado; pero una vez empeñado en la lucha, su carácter sombrío y duro no le aconsejó nunca, ni la retirada, ni el arrepentimiento.

El diablo del desenfreno, de la licencia y de la envidia, habia hecho una presa segura en aquella alma feroz y empedernida, y la certeza que tenia de que su familia, amante de su propia honra, le aseguraba la impunidad de sus crímenes, no era suficiente para hacerle desistir de sus infames proyectos.

Por eso en vez de arrepentirse y de temblar al verlos descubiertos todos, y anulado, por decirlo así, el objeto que le habia llevado á cometerlos, crecia su arrojo y su audacia en presencia de los jueces que tenian las pruebas necesarias para entregar su cabeza al verdugo.

Tal era su carácter indómito y frio, que preferia el lenguaje fuerte del Vizco á las reconvenciones suaves y blandas de Genaro.

Por igual motivo el doctor Espinosa, que antes de salir del calabozo le habia amonestado para que confesára sus crímenes, prometiéndole la impunidad de todos ellos, le irritó de tal manera, que obligó al Vizco á dejarle encerrado en el sótano, sin otra luz ni otras comodidades que las que él habia permitido á Espinosa.

Pero Genaro no podia convencerse de que tanto endurecimiento no fuese fingido y aparente, y creyendo que habria algunas palabras que pudiesen ablandar aquel corazon de bronce, le amonestaba sin cesar para que se arrepintiera de sus culpas, sin lograr otra cosa que contestaciones atrevidas y palabras insolentes.

Ni una sola vez se humedecieron sus ojos, abrasados y secos, y en vano esperó el generoso jurisconsulto que el reo dejára brillar una sola lágrima de arrepentimiento en los descarnados y salientes pómulos de sus mejillas.

Volvíale, por el contrario, la espalda cuando le proponia que desistiera de sus criminales intentos, ó le contestaba con una sonrisa satánica, que habria hecho estremecer á los mas endurecidos criminales.

Temia tambien Genaro que aquel hombre intentára suicidarse, y se horrorizó de que, dejándole en libertad, le permitiesen arrojarse al pozo, cuya vista le habia estremecido. Trató, por lo tanto, de llamar disimuladamente la atencion del Vizco sobre lo que él creia un descuido, y su amigo le replicó en voz alta:

—No hay cuidado... el señor duque no nos dará ese dis-

gusto... Por lo demás, es muy dueño de hacerlo cuando quiera; el pozo es suyo, y sus víctimas no pretenden disputarle la propiedad de su cabeza.

Las palabras del Vizco estremecieron á Genaro, que, dirigiéndose por última vez al Duende, le dijo:

—¿Insiste usted en no confesar?

—¿Insiste usted en preguntarme?—le replicó con audacia el Duende.

—¡Este hombre es una fiera!—murmuró Genaro.

Y alzando la voz, dijo, esforzándose por disimular su turbacion:

—Si todos los cómplices de usted fueran tan duros, mas trabajo nos habria costado averiguar sus maldades.

—Yo no tengo cómplices.

—¿Pues qué son?

—Criados.

—Criados,—replicó el Vizco sonriendo,—que no obedecen nunca las órdenes del amo.

—¿Está usted libre de que le suceda lo mismo?...—dijo el Duende, sonriendo horriblemente.

—Yo no tengo criados.

—Verdad es,—repuso el Duende, con una doble intencion, que no pudo penetrar el Vizco.

Pero aunque no tenia ningun motivo para sospechar de la gente que andaba á su alrededor, se acercó á los primeros escalones del pozo, y alzando la cabeza, silbó de una manera estraña.

—Paco,—contestó una voz desde lo alto.

—¡Alerta!...—dijo el Vizco.

—Alerta está, mi capitan,—respondió la voz.

El Duende se estremeció al oir aquel eco, que retumbó largo rato en el cóncavo del pozo, y el Vizco le dijo:

—¿Conoce usted esa voz?... Está algo cascada... el pobre viejo Gregorio...

—¡El viejo Gregorio!...—esclamó el Duende.

—Sí, —repuso el Vizco; —he querido rodear á usted de sus antiguos criados para hacerle menos penosa su suerte... Simon Dupré será el carcelero, y Gregorio el centinela... Luego vendrán doña Inés y la Peregrina á hacer á usted compañía, y está el cuadro completo... Nosotros nos vamos, mientras tanto, á informar de la salud de usted á su sobrino Enrique, el cual habrá dejado ya su título de vizconde de la Torre-Parda, para tomar el de duque de Alcira... ¡Oh!... Gana mucho en el cambio.

—¿Qué oigo? —esclamó el Duende. —¿Al vizconde le hacen ustedes pasar por sobrino mio?

—No, por cierto, —dijo el Vizco; —usted es el que ha hecho pasar á su sobrino, el duque de Alcira, por vizconde de la Torre-Parda. Y como en eso habia usted padecido una equivocacion, nos hemos apresurado á corregirla... Luego le referiré á usted esa historia.

Y haciendo seña á Genaro para que saliese del sótano, abrió la puerta, á la que seguia atado Tenazas, y precedido de su amigo, abandonó el calabozo, donde quedó el Duende de pié delante del algibe; posicion que no habia abandonado desde que Genaro empezó á examinar las paredes.

Tenazas volvió á implorar piedad, ofreciéndose á ser el centinela de su amo, y el Vizco, que no habia podido desechar la desconfianza que le habian despertado las palabras del Duende acerca de la infidelidad de sus cómplices, le dijo en voz baja:

—¿Tiene alguna otra entrada este sótano?

—¿Abierta? —preguntó Tenazas.

—Abierta ó cerrada, —repuso sobresaltado el Vizco.

—Si usted me saca de aquí, yo lo diré todo.

—No admito condiciones, —replicó con gravedad el Vizco, aparentando subir la escalera.

—Soltémosle, —dijo Genaro.

—¡Ah, sí! ¡Por piedad!

—Que nos diga primero si hay otra entrada.

—Abierta, no, señor; pero les llévaré á ustedes al patio, donde está la fuente que se vierte en el sótano.

El Vizco no esperó nuevas esplicaciones, y soltando las argollas que sujetaban á Tenazas, le dió libertad, haciéndole subir delante de él hasta entrar todos en el despacho del Duende, donde se hallaba el doctor Espinosa, reclinado sobre una de las banquetas, Ventura escuchando detrás de la librería, y Cabezota de atalaya en el balcon.

CAPITULO CX.

Proyecto de fuga.

El Vizco se hizo acompañar de Cabezota, y guiados ambos por Tenazas, fueron al patio donde estaba la fuente que destilaba gota á gota sobre el Sótano de la nieve.

Al llegar allí no necesitó el Vizco que el ayuda de cámara del Duende le dijese lo que él tambien habia sospechado, porque la presencia de Sotana y de otro de sus compañeros en el patio, y la operacion en que les sorprendieron, le impuso al momento de todo.

Estaba Sotana tendido boca abajo sobre las losas del pavimento, mientras su compañero escarvaba las junturas de una enorme piedra circular, que parecia la boca de un pozo ó sumidero, cegada hacia mucho tiempo.

Imposible parecia que, encerrado el Duende en el Sótano de la nieve, sin medios de ninguna especie para avisar su prision á ninguno de sus amigos, hubiera podido ponerse en relaciones con los del Vizco, que, segun este creia, ni aun le conocian de vista. Pero imposible era asimismo dudar de lo que estaban presenciando, y como tuvieron la precaucion de llegar sin ser vistos ni oidos, pudieron detenerse al um-

bral de una puerta para observar el término de aquella infame traicion.

Al Vizco le costó gran trabajo detener á Cabezota, cuyo primer impulso fué arrojarse sobre Sotana, y retirándose con él y con Tenazas adonde no pudieran ser vistos por los que trabajaban en el patio, se acercó á Cabezota, y le dijo en voz baja:

—Vuelve á colocar á ese hombre donde estaba; no te apartes de la escalera; pero cuidado con hacerle mal alguno.

—Está bien, —repuso Cabezota.

—Al doctor no le digas nada de lo que pasa; á Genaro y á Ventura guíalos aquí por esta escalera secreta.

—Yo quisiera quedarme con usted.

—Haces mas falta en el sótano.

—Por allí no ha de escaparse.

—Ni por aquí tampoco.

—Lo sé; pero si oigo ruido...

—No hagas nada, porque, habiendo llegado tan á tiempo, me conviene dejarles llevar á cabo su obra.

—Mire usted lo que hace... Siempre he desconfiado de Sotana.

—¿Pero cómo crees tú que haya podido avisarle el Duende de que se hallaba en ese encierro?

—No sé... pero ya sabe usted que no me ha gustado nunca este mozo.

—¿Sabias tú que era amigo del Duende?

Cabezota se sonrió por toda respuesta, y el Vizco le dijo:

—¿Lo sabias y no me has dicho nada?

—No me gusta llevar ni traer chismes.

—¿Y si hubieran llevado á cabo su intento?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—No podia ser; ¿no ha visto usted que no me he separado ni un momento del balcon?

—Sí; ¿y qué?... Gran cosa habrias conseguido desde allí... ¿Sabias tú lo que estaba pasando?

—Lo que estaba pasando, no; porque no ha pasado nada aun; pero esté usted seguro de que no habrian llevado á cabo esta infamia... Yo lo hubiese impedido... A usted le ha vendido Sotana, y á Sotana le vende otro de los suyos... y no me pregunte usted mas... ese es el mundo. ¿No se acuerda usted que yo salí á la calle en el momento que encerramos al Duende?

—Sí.

—Pues mi salida no fué á humo de paja.

Tenazas se impacientaba por no poder oir nada de lo que hablaban el Vizco y Cabezota, y este no cesaba de mirarle, sospechando que por su mente cruzaba la idea de obtener la libertad por sus propios esfuerzos.

Pero si tales eran los designios del ayuda de cámara, las miradas de Cabezota eran suficientes para impedir que los pusiera en ejecucion.

Una sola vez, sin gran ruido, y acaso por casualidad, tosió Tenazas, y Cabezota se le acercó con una enorme navaja abierta en la mano derecha, y sonriendo, le dijo:

—No te canses; no te oyen.

—Ni yo pretendo que me oigan,—contestó con humildad Tenazas.

—Es que si te oyen, mira...—dijo Cabezota, mostrándole el arma que tenia en la mano.

—¿Qué pasa?—preguntó el Vizco, apercibiéndose de lo que ocurria.

—Nada,—respondió Cabezota;—no pasa nada.

—Pues ea,—dijo el Vizco en alta voz,—haz lo que te he dicho.

—Disponga usted que se quede otro arriba,—repuso Cabezota,—que quiero volver aquí.

—Haz lo que quieras.

—Diré á don Genaro que haga lo que usted me encargó

á mí, y bajaré con el señorito Ventura,—dijo Cabezota, haciendo seña á Tenazas para que subiese delante de él la escalera por donde habian bajado allí.

El ayuda de cámara del Duende tembló al presumir que le volvian á colgar de las argollas, é hizo las mayores protestas y juramentos, sin conseguir otra cosa sino que Cabezota le obligára á subir con mayor precipitacion, pero de la misma manera silenciosa con que habian bajado.

El Vizco quedó solo observando á Sotana, que ya se habia levantado del suelo, y ayudaba á su compañero á remover la gran piedra por cuyo agujero pensaban dar libertad al preso.

El sitio adonde Tenazas habia llevado al Vizco era muy á propósito para espiar impunemente á los traidores, merced á la oscuridad en que estaba, y que permitia llegar hasta el umbral de la puerta; que se abria sobre el patio, sin ser vistos por los que estaban en él.

Sotana, y el hombre que le ayudaba en su infame proyecto, miraban de vez en cuando hácia la puerta principal del patio, como si solo temiesen ser descubiertos por aquel punto, y en el momento que oyeron toser tres veces seguidas hácia el portal de la casa, recogieron las capas, que habian dejado en el suelo; se embozaron en ellas, y derramando algunos puñados de agua sobre la piedra en que habian estado trabajando, salieron del patio.

El Vizco no se atrevió á seguirlos por miedo de ser descubierto, y porque sabia que, siendo aquel patio el único teatro de la traicion, allí habrian de volver para llevarla á cabo.

Pensó, por el contrario, en la manera indirecta de proteger aquel designio, y consultó con Ventura, que acababa de llegar allí, lo que deberia hacerse; pero su confusion fué mayor cuando Ventura le dijo lo que, con referencia á Sotana, le habia contado Genaro.

Si ese hombre tenia el proyecto de dar libertad al Duen-

de, ¿cómo se impacientaba por estar de centinela á la puerta del palacio de Alcira?

¿Seria un subterfugio para apartar de sí toda sospecha, y llevar á cabo su intento con mayor holgura?

Así lo creyeron Ventura y Cabezota, y este último, sin consultar con el Vizco lo que pensaba hacer, salió al patio, y tendido boca abajo en el sitio en que antes habia estado Sotana, aplicó sus lábios á un pequeño intersticio que allí habia, y pronunció algunas palabras confusas, por no saber las que mejor lograrian engañar al preso.

—No te entiendo,—contestó desde el sótano con voz sepulcral y lúgubre el Duende;—pero no tengas cuidado... Levanta cuanto antes la losa.

—¿Y si me sorprenden trabajando?...—dijo Cabezota.

—No tengas miedo; en cuanto me agarre á la cuerda haré mucho ruido, y mientras bajan á ver lo que ocurre, salimos á la calle.

—¡Ay! ¡No me atrevo!...—repuso Cabezota.

—Te daré todo cuanto poseo... si me sacas de aquí...—dijo con voz cada vez mas angustiosa el Duende.—¿Pero habeis avisado al baron?

—Siento pasos...—replicó Cabezota;—hasta luego.

—¡Por piedad!—gritó el Duende.

Y Cabezota se volvió adonde el Vizco y Ventura estaban, asombrados de ver su inteligencia y su intrepidez, y con semblante satisfecho, les refirió lo que el lector acaba de oir.

El Vizco salió corriendo á consultar con el médico y con Genaro lo que deberia hacerse, y de resultas de esta entrevista salió Genaro á la calle, y acercándose á Sotana, le dijo que si queria marcharse que lo hiciera; pero que convenia que estuviese dentro del portal para vigilar la escalera principal, porque él se iba á encerrar con sus amigos un par de horas en un gabinete secreto.

Esta órden era todo lo que podia desear Sotana, el cual,

despues que supo, porque así adrede se lo habia dicho Genaro, que Cabezota estaba muy mal herido, no temió nada, y creyó seguro el golpe.

. . . . . .

. . . . . .

Dispuestas de esta manera las cosas, era ya la hora del anochecer, cuando la casa chica de Alcira estaba en el mas profundo silencio, y cada cual se ocupaba de su cometido.

El viejo Gregorio se habia retirado del tejado por órden del Vizco, y relevado al portero, con órden espresa de cerrar la puerta principal, dejando abierto un solo postigo, que cerraria precipitadamente en el momento que oyese la señal convenida.

Sotana, con solo dos de los suyos, entró en el portal, donde permaneció largo rato, sin atreverse á volver al patio, hasta dar tiempo á que el Vizco y sus amigos hubiesen empezado su sesion; y solo le sobresaltaba la idea de que los individuos de la Partida del Trueno quisieran que el Duende asistiese á esa entrevista, en cuyo caso todas las ventajas que le ofrecian eran inútiles.

El doctor Espinosa habia opinado que no se dejára consumar el proyecto de fuga, puesto que estaba en su mano impedirlo con tiempo; pero se sometió á la opinion de la mayoría, y él se quedó en el despacho del Duende, arreglando todo lo necesario para que al dia siguiente se entabláran las reclamaciones ante los tribunales, y se terminasen de una vez tan dolorosas escenas.

Genaro se situó á la puerta de la escalera de caracol que guiaba al sótano para oir lo que pudiesen hablar el Duende y Tenazas, y cada minuto que pasaba le parecia un siglo, porque hubiese preferido hallarse con sus amigos en el patio.

Pero allí, ocultos en el antro oscuro de la puerta citada, estaban el Vizco, Ventura y Cabezota, armados los dos primeros con un par de pistolas cada uno, y el segundo con

su inseparable navaja, de la que, sin embargo, no habia hecho uso desde que se lo prohibió Adelaida.

Todos, repetimos, se hallaban en sus puestos, y el silencio que reinaba en el palacio era cada vez mas profundo.

Turbáronle apenas las leves pisadas de Sotana y de uno de sus compañeros, que entraron en el patio, tendiendo las capas en el suelo, y soltando sobre ellas una barra de hierro, una cuerda y dos grandes cuñas de madera que traian ocultas.

Tendióse Sotana boca abajo, y solo dijo una palabra; la necesaria sin duda para informarse de que estaba allí el preso, y alzándose en pié, formó con la capa, y en derredor de la piedra que se proponian alzar, una especie de almohadilla que ahogase el ruido que necesariamente produciria la barra de hierro si la hubiesen apalancado sobre la piedra desnuda.

Ensordecido de esa manera el proyecto de aquellas gentes, volvieron al portal antes de empezar su trabajo para asegurarse de que todo estaba en silencio, y entrando de nuevo en el patio, movieron la piedra con tal facilidad, que no solo el Vizco y Ventura, sino aun el mismo Cabezota, capaz él solo de haber hecho otro tanto, quedaron admirados.

Introdujeron una de las cuñas entre la piedra y el pavimento del patio, y cubriendo con una capa el trabajo que acababan de hacer, volvieron á salir al portal.

Los tres espías no respiraron siquiera, temiendo ser descubiertos antes de tiempo, y el mas impaciente de todos era Ventura.

El Vizco y Cabezota, persuadidos de las ventajas de su posicion, no sentian ni aun esa agitacion propia de las almas mas esforzadas en momentos tan graves como aquel en que estaban.

Los libertadores del Duende volvieron á entrar en el patio, mirando hácia los corredores altos, por si alguien los observaba, y el compañero de Sotana fijó la vista en el hue-

co donde se ocultaban los tres amigos, y dijo con voz muy débil:

—¿Qué puerta es aquella?

—¡Qué sé yo!—replicó Sotana.—Pero no tengas miedo; por ahí no viene nadie... Lo que yo temo son las ventanas altas... ¡Si hay algun criado curioso!...

—De eso yo respondo; no habrá sido tan tonto el capitan que no los haya encerrado á todos.

—Pues ea, despachemos pronto.

—Voy á reconocer primero esa puerta.

Los espías de Sotana no oyeron las palabras del compañero de este; pero le vieron avanzar hácia donde estaban ocultos, y con el mayor silencio subieron los primeros escalones de aquella entrada.

El receloso traidor asomó la cabeza al umbral de la puerta, y como la oscuridad era tan profunda, llevó la mano para sacar un fósforo; pero Sotana, que adivinó su imprudente pensamiento, se acercó corriendo, y le dijo:

—¡No seas bárbaro!... ¿Quieres iluminarte para descubrirnos?

—Tienes razon; pero esta puerta no me dá buena espina; temo que nos suceda algo... ¡me ha dado un vuelco el corazon!...

—¡Eh!... Déjate de vuelcos,—dijo Sotana,—y volteemos cuanto antes la losa del pozo.

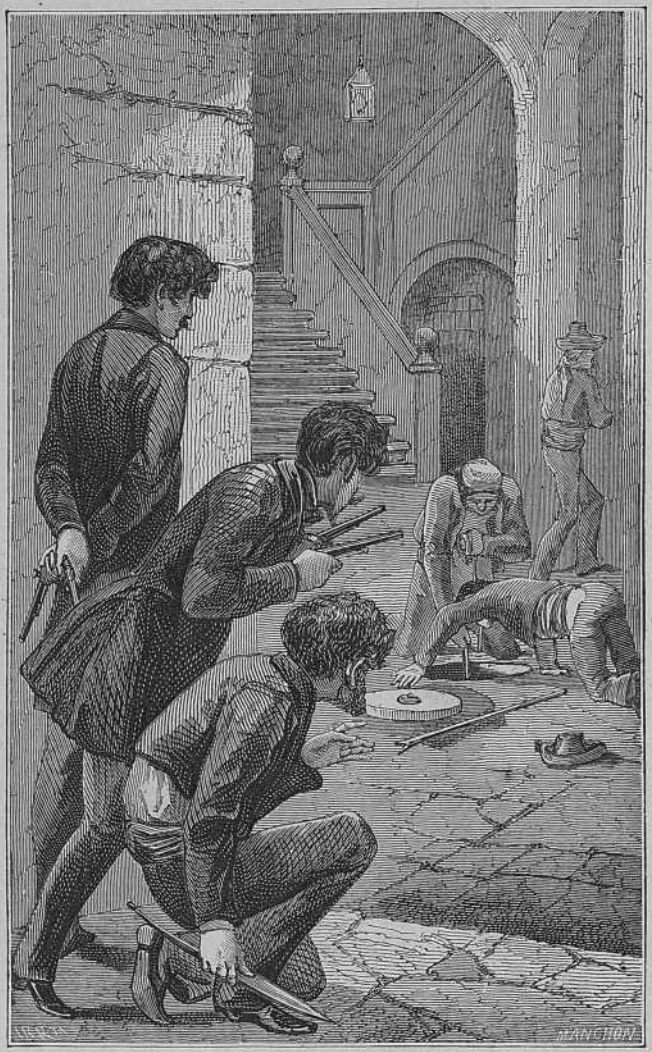
El compañero de Sotana obedeció, á pesar suyo, y alzando la capa, repitieron la operacion enclavando la otra cuña, con lo que la piedra quedó levantada seis dedos por igual.

Nuestros espías habian oido las últimas palabras de los escaladores, y cuando estos cubrian segunda vez la losa con la capa para salir al portal, volvieron á bajar los escalones, situándose de atalaya como al principio.

—Ya no les falta mas que un golpe,—dijo en voz baja Cabezota.

El Vizco le impuso silencio, poniéndole el dedo pulgar

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL
PALENCIA



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—Atese usted por debajo de los brazos...

sobre los lábios, y Sotana, acompañado esta vez de sus dos compañeros, entró de nuevo en el patio.

Su primera operacion, despues de mirar hácia las ventanas, fué doblar las dos capas y tenderlas en el sitio hácia donde pensaban voltear la piedra, para que el ruido fuese completamente sordo.

Y apalancando la barra, hicieron entre los tres, y de dos solos golpes, la penosa operacion, sin que ni aun los mismos que la estaban presenciando oyesen el menor ruido.

Entonces, el que habia entrado á ayudar á Sotana y á su compañero se volvió al portal á continuar su espionaje, y ya el corazon de los tres héroes que estaban emboscados latia, á pesar suyo, con violencia.

El Vizco repasaba en su memoria si se le habia olvidado alguna disposicion, y encontraba que todo estaba corriente. Faltábale no mas que los traidores emprendiesen la última y la mas fácil de las operaciones, para dar la señal convenida al portero, y arrojarse sobre ellos.

Ventura tenia amartilladas las pistolas, de las que el Vizco le habia prohibido hacer uso alguno sino en caso estremadamente necesario; y como era la primera vez que se veia en trance tan terrible, su agitacion era estraordinaria.

Cabezota, el mas tranquilo de todos, avanzando con disimulo su cuerpo delante del de sus compañeros, indicaba estar decidido á ser el primero que saltase sobre el Duende y sus libertadores.

Estos se disponian mientras tanto á dar el último paso en favor del Duende, y haciendo un lazo escurridizo á la cuerda, la soltaron por el brocal abierto, quedando cada uno de ellos con un cabo en la mano.

Sotana se acercó entonces á la boca del pozo, y dijo:

—Átese usted por debajo de los brazos...

—¿Está ya?—añadió despues de un breve momento.

Y con la cuerda atada á la muñeca del brazo derecho, la pasaron ambos por encima del hombro, y vueltos de es-

paldas hácia el agujero por donde debia de salir el preso, empezaron á tirar marchando.

Y sin el mayor esfuerzo, asomó bien pronto el escuálido semblante del Duende, á cuyo tiempo se oyó un gran ruido en el sótano, como si hubiesen roto dentro una vajilla de cristal.

Lo que el Duende habia dicho á Cabezota cuando le habló creyendo que era Sotana, era repeticion de lo que habia dicho antes á este, y á nadie asustó aquel ruido con que pensaban llamar la atencion del Vizco y de sus dos amigos por la entrada del sótano.

Los dos hombres continuaron tirando, á tiempo que Cabezota, seguido silenciosamente de sus dos compañeros, habian llegado, sin ser vistos, al pilon de la fuente, detrás del cual quedaron ocultos todos.

Hasta que al asomar casi por completo la satánica y longíncua figura del Duende, saltó sobre él Cabezota, silbó el Vizco, acudió Ventura, y asustados los hombres, soltaron las cuerdas antes de que el intrépido Paco Serrano lograse abrazar al Duende, que cayó sobre las duras losas del sótano.

El horrible rumor de su cuerpo fué acompañado de un ¡ay! desgarrador y seco, y seguido del ruido del postigo, que cerró el viejo Gregorio en el momento de oir el silbido del Vizco.

Todo fué obra de un instante.

Cabezota, que se habia quedado con los brazos abiertos delante del brocal del pozo, corrió hácia Sotana y le sujetó por el cuello, á tiempo que Ventura, animado de un valor que acaso no le habrian concedido antes de esa noche sus amigos, hacia lo propio con el otro bandido.

El improvisado portero, Gregorio, forcejaba mientras tanto en el portal con el tercero de los traidores.

Un carruaje paró á la parte esterior del edificio, y sonaron repetidos golpes á la puerta.

CAPITULO CXI.

Un diplomático sin diplomacia.

El ruido que hizo la lámpara de agua, quebrándose sobre el pavimento del sótano, no habia producido la alarma que el Duende se prometia, porque el doctor Espinosa y Genaro habian sido prevenidos oportunamente. Tenazas fué el único que, sujeto por las argollas de hierro, y sobresaltado con la amenaza de muerte que le habian hecho si lograba fugarse el Duende, creyó llegada su última hora cuando oyó aquel ruido, y empezó á gritar para llamar la atencion de sus carceleros. Casi estaba seguro el bandido de que el capitan de la Partida del Trueno impediria la fuga desde el patio; pero sin embargo, dió tales aullidos, que el doctor Espinosa bajó asustado la espiral de piedra.

Genaro, por el contrario, corrió al balcon, temeroso de que alguno de los traidores lográra escaparse, y vió inmóvil en la esquina al amigo de Cabezota, que apenas oyó abrir el balcon hizo una maniobra por debajo de la capa, como si preparára el arma de fuego que llevaba oculta.

En aquel mismo momento cerró Gregorio el postigo de la puerta, y Genaro se retiró satisfecho, oyendo á lo lejos el ruido del carruaje, que rodaba precipitadamente sobre

las losas de la calle, y que luego paró á la puerta del edificio.

Cuando volvió al despacho percibió el sordo rumor que hizo el cuerpo del Duende, cayendo sobre el duro pavimento del sótano, y se dirigió hácia la escalera, donde ya se hallaba el doctor abriendo el calabozo.

Siguióle Genaro, que se quedó sorprendido viendo al Duende inmóvil, tendido sobre aquellas losas, con un lazo escurridizo sobre el pecho y por debajo de los brazos.

Espinosa acercó la linterna que llevaba en la mano al cadavérico semblante del Duende, examinando con penoso afan su cuerpo todo, y volviéndose á Genaro, le dijo:

—Es preciso sacarle de aquí al momento.

Genaro le interrogó con una mirada sobre la gravedad de aquella desgracia, y Espinosa no le dijo nada, acercando de nuevo la luz para examinar la sangre que manchaba los lábios del Duende, cuyo cuerpo permanecia inmóvil, sin dar ninguna señal de vida.

Tenazas les suplicó que lo desatáran, que él les ayudaria en cuanto quisieran, y ni Genaro ni el médico dudaron un punto en acceder á los deseos del bandido, con cuyo auxilio subieron el cuerpo inerte del abad de Maqueda, y lo tendieron sobre una de las banquetas del despacho.

El Vizco, mientras tanto, mandó conducir los tres presos á la presencia del médico y de Genaro, encargando de su custodia á Cabezota y á Ventura, y dió órden al viejo Gregorio para que viese quién era la persona que llamaba á la puerta.

Hízolo así Gregorio, y volvió al patio á decirle que el carruaje que habia parado allí era la berlina del señor baron del Arfil, cuyo lacayo preguntaba si estaba en casa su escelencia.

—Díle que sí, —replicó el Vizco; —que suba sin detenerse.

Y él lo hizo precipitadamente por la escalera secreta,

entrando en el despacho del Duende, donde á las personas que el lector sabe se habian unido Ventura, Cabezota y Sotana con sus dos compañeros.

Mucho se sorprendió el Vizco de ver allí al Duende, y mas aun cuando observó el estado en que se encontraba; pero los esquisitos cuidados que le prodigaba el doctor, y lo que este afirmaba de que no creia tan grave el golpe como le pareció en el primer momento, tranquilizó á todos.

El Vizco se decidió á recibir al baron en otra de las habitaciones del palacio, y despues de haber dado un voto de confianza á Cabezota para que dispusiera lo necesario para la seguridad de los presos, se dirigió á Tenazas, y le dijo:

—Pónme luces en un gabinete, y que pase allí el señor baron.

Sorprendido quedó el ayuda de cámara del Duende al verse de repente convertido en criado de confianza del Vizco, y lleno de gozo el semblante, le preguntó:

—¿En qué gabinete pongo luces?... ¿En el *chinesco* ó en el *otro?*...

—En el otro,—respondió el Vizco.

Y hablando en secreto breves palabras con Genaro y Ventura, salió del despacho, entrando precedido de Tenazas en un gabinete alhajado con profusion, pero sin el menor gusto artístico; y apenas sintió pasos en la sala inmediata, se adelantó á recibir al baron.

Ambos eran amigos, y el lector recordará haberlos visto juntos en casa de la marquesa de Santa Rita; pero su amistad se habia entibiado desde que el baron se decidió abiertamente por el Duende, merced á los servicios pecuniarios que este le hizo en mas de una ocasion.

En otra no muy remota de esta novela hemos dicho que renunciábamos á retratar con minuciosidad al baron, por respeto al noble cuerpo diplomático á que pertenecia.

Hombre de poca instruccion, y de no gran talento, su ocupacion favorita era el juego, y aunque esta tarea suele

ser una de las principales en la carrera de la diplomacia, el baron del Arfil no se entregaba al juego como diplomático, sino como jugador.

Uno de nuestros mas célebres hombres políticos decia, con mucha gracia, hablando del baron: «que era un aventurero cualquiera, que habia robado las credenciales al embajador de Francia, haciéndose pasar en nuestra córte como el verdadero diplomático francés.»

Eso y mucho mas autorizaba á suponer su método de vida, su conversacion y sus maneras; todo mas propio de un *commis-voyageur* que de un diplomático.

Pero repetimos que no cumple á nuestro propósito, ni es del dominio de nuestra pluma, examinarle detenidamente, y solo diremos el objeto de su visita á casa del Duende, y una parte del breve diálogo que tuvo con el Vizco.

Este, que, gracias á su estraordinario talento y á su mucha esperiencia del mundo, conocia perfectamente al baron, no se estrañó de que la diplomacia de su oficio no le bastára para disimular su turbacion al encontrarse con el capitan de la Partida del Trueno, en vez de ser recibido por el abad de Maqueda.

—¡Mendoza!—dijo el baron, asombrado y suspenso.

—¡Querido baron!...—repuso el Vizco, haciéndole un saludo diplomático y obligándole á entrar delante de él en el gabinete.

—¡Estaba muy ajeno de encontrarte aquí!—dijo el baron, tomando asiento, á instancias del Vizco, y á su lado, en un sofá de damasco carmesí.

—Pues eres hombre de poca memoria, cosa imperdonable por cierto en un diplomático.

El baron le miró sorprendido, y no hizo otra cosa sino encogerse de hombros.

—¿No te acuerdas,—añadió el Vizco,—de lo que hablamos en el último baile de la marquesa de Santa Rita?

—Sí...—dijo con aire de duda el baron.

—Pues bien; ya está todo corriente: el abad admite el duelo.

—¿Qué duelo?

—Le he desafiado en tu nombre, y está todo corriente; ahora tú me darás tus últimas instrucciones.

—Déjate de bromas,—replicó el baron.—Yo sé que el duque de Alcira y tú os andais disputando la posesion de una jóven bonita y muy rica, compatriota mia, por cierto.

—¿El duque de Alcira y yo?—dijo el Vizco.—¿Y quién es el duque de Alcira?

—¿Quién ha de ser?... El abad; el hermano loco murió sin hijos, y desde entonces no hay mas duque que el abad.

—Verdad es que el duque murió sin hijos, pero no sin sobrinos; y eso, como tú ves, cambia de aspecto el negocio.

—¿Es posible?—dijo el baron.—Lo he oido decir en casa de la de Monte-Oscuro, y no quise creerlo.

—Pues es la verdad.

—¿Y dónde está el nuevo duque?—dijo el baron sonriendo.

—Estará muy pronto en posesion de su ducado,—repuso el Vizco.

—¡Qué chasco!—esclamó el baron, riendo.—Ahora que el abad habia conseguido la invalidez de sus votos religiosos...

El Vizco no tenia noticia de que el Duende hubiese solicitado semejante absurda dispensa, y disimulando la sorpresa que le causaba esa noticia, dijo:

—¡Trabajo perdido!

—¡Si supieras cuántos pasos le ha costado obtener ese buleto del papa!... Y cabalmente acabo de recibirlo por un correo estraordinario de la embajada.

—¿Y venias á traérselo?

—Sí.

El Vizco, aprovechándose de lo que el Duende habia

dicho á Cabezota sobre haber llamado á su casa al baron, dijo sonriendo:

—¡Qué listo es el tal abad!... No parece sino que al oido le habian dicho lo que pasaba, cuando te rogó que vinieses á verle.

—¿Y dónde está?—dijo el baron, aturdido con lo que le acababa de decir el Vizco.

—Encerrado en su despacho con mi abogado, transigiendo el pleito que traemos entre manos... Por fin se allana á rasgar el último testamento del duque de Mont-Marsan que recibió por medio de la embajada...

—¡Es falso!—gritó el baron.—Ese hombre es un malvado; yo no quise encargarme de semejante infamia... El lo pidió, y él lo recibió directamente.

—Lo sé muy bien, querido baron,—dijo el Vizco con ironía;—pero lo que á mí me importa únicamente es que se rasgue.

—Sí; pero es una infamia que abuse de ese modo de mi carácter de embajador... De Pierre Saint-Louis, baron del Arfil, cualquier amigo tiene derecho á decir lo que quiera; del representante francés, nadie dirá impunemente una sola palabra... Ahora entraré á verle, y...

—No harás tal,—interrumpió el Vizco;—yo te lo suplico.

—¿Pues no me ha dicho que viniera?

—Sí.

—¿Y crees tú que le he de hacer antesalas?

—No; pero le tenemos tan aturdido, que me ha suplicado que te viese en su nombre, y te dijera que le dispensases, que ya te veria mañana.

El baron se puso en pié para retirarse, avergonzado de que el Vizco supiese la clase de relaciones que le unian al Duende, y queriendo tomar en el momento una venganza, sacó del bolsillo de la levita unos papeles, y dijo:

—Toma, hazme el obsequio de entregar esos papeles al

abad, y díle que al cabo y al fin logró engañar á la curia romana.

—Yo no le digo eso,—repuso el Vizco, ocultando la alegría que rebosaba en su pecho por el tesoro que acababa de recibir.

Y despidiendo al baron, volvió al despacho del Duende á comunicar con sus amigos el feliz resultado de su entrevista con el baron del Arfil.

CAPÍTULO CXII.

Detalles de lo ocurrido en el Sótano de la Nieve

La primera diligencia que hizo Genaro apenas terminaron las escenas que acabamos de referir, fué la de ocuparse de la libertad de su amigo Fernando. El jefe de la policía le habia ofrecido escarcelarle aquel mismo dia, y á pesar de ser hora bastante avanzada de la noche, le cumplió la palabra, cediéndole su propio carruaje para ir á buscar á su amigo.

Dos horas hacia que se habia retirado el baron del Arfil cuando un nuevo carruaje paró á la puerta de la casa chica del duque de Alcira; pero esta vez no se alarmaron ninguna de las personas que estaban dentro.

El amigo de Cabezota, que seguia de centinela á la esquina, se acercó á reconocer á los que bajaban del coche; el viejo Gregorio abrió el postigo, y Fernando y Genaro entraron en el portal, retirándose en seguida el carruaje.

En el tránsito desde la Cárcel de Córte á la calle del Nuncio, Genaro habia impuesto á Fernando de todo lo ocurrido, menos de la manera con que habian logrado sus amigos sacar al médico del Sótano de la nieve, encerrando en su lugar al Duende, porque la ignoraba. El inesperado

acontecimiento que el lector conoce le habia impedido al doctor referir á Genaro esa parte de sus aventuras, y no sabia este quién habia causado á Cabezota la herida que le obligó á vendarse la cabeza.

El generoso defensor de Adelaida fué el primero que corrió á saludar á Fernando, quien le estrechó en sus brazos con una efusion difícil de pintar, y que cubrió de gozo el semblante de Cabezota. El abrazo de *su señorito*, como él le llamaba, era para el noble bandido una demostracion de gran precio, y al sentir sobre su pecho los latidos del corazon de Fernando habia olvidado todos sus sufrimientos, y hasta los dolores de la herida, que, segun dijo el doctor, no era de gravedad, pero exigia mucho cuidado.

Tambien el Vizco recibió un tiernísimo abrazo del hermano de su amada, que entró en el despacho del Duende, avergonzado y confuso de verse en presencia de personas estrañas las mas á su amistad, y á quienes él creia que no podria pagar nunca sus nobles y desinteresados servicios.

El doctor Espinosa le merecia una gran consideracion, á pesar de haberle visto una sola vez en casa de la condesa de Baza, momentos antes de su prision; Ventura no habia sido nunca su amigo, y por primera vez se presentaba á sus ojos despues de haber recibido de él grandes favores; Genaro y el Vizco eran sus amigos de la juventud; pero lo que habian hecho en su obsequio era superior á lo que debia prometerse de su amistad, y superior tambien á todo encarecimiento.

Los amores de Daniel Mendoza, *con* su hermana ó *por* su hermana, como decia Genaro, podian haber sido el móvil de su estraordinaria adhesion; pero en cuanto á los demás no podia pensar lo mismo. La exagerada y casi fabulosa simpatía que sus desgracias y las de Adelaida habian escitado en Paco Serrano, era lo que mas sorprendia y embargaba el ánimo de Fernando.

Por eso, en el momento de presentarse allí no pudo articular una sola palabra, y tendió los brazos á todos con esa elocuente y silenciosa espresion de gratitud y de cariño, que no halla palabras que sirvan á espresarla suficientemente en ningun idioma.

Todos le respondieron del mismo modo, y avergonzados á la vez de su propia debilidad, se ocultaron mútuamente los semblantes para enjugar las lágrimas que asomaron á los ojos de todos.

El doctor Espinosa habia tenido la prudencia de trasladar al Duende á una alcoba distante del despacho, despues de haber reclamado el derecho de custodiarle ínterin no se hallase completamente restablecido de las heridas, y principalmente del aturdimiento que le habia ocasionado el golpe.

Cabezota, recordando en esa ocasion lo que las hermanas de la Caridad hicieron con Pestaña en la Peña-Sacra, escena que refirió con entusiasmo en la ausencia de Genaro, solicitó ser el ayudante de Espinosa, y entraba sin cesar en la alcoba, acercándose al Duende, que continuaba aletargado, con un celo digno del mas solícito enfermero.

Sentados todos en derredor de la mesa del despacho, en la que continuó Ventura escribiendo, acordaron lo que debia hacerse para ocultar á Adelaida los pormenores de lo ocurrido, y poner término de una vez á sus desgracias.

La hora, demasiado avanzada, en que ocurria esta escena, les impedia correr al palacio de Santa Rita para abreviar los tormentos que estarian sufriendo Adelaida y Eugenia, abandonadas á sí mismas, sin otro alivio que el bárbaro dolor de la mas cruel de las incertidumbres.

A Fernando y á Mendoza les parecieron eternos aquellos momentos, y las horas de la madrugada eran para ellos pesadas y lentas, como si la aurora del nuevo dia retrasase su aparicion por gozarse en su desgracia.

Sin embargo, al uno y al otro les preocupaba un re-

cuerdo tristísimo que no les dejaba gozar por completo esa ansiedad dichosa con que el amante espera la hora de presentarse delante de su querida, con títulos suficientes para merecer su eterno cariño.

Mendoza no dudaba que Fernando se opondria á su enlace con Eugenia, y no habia perdido la esperanza de ganarse el aprecio de la jóven; pero la noticia de la llegada á Madrid de Cárlos Sandoval, soltero, cuando él le creia casado y en Francia, llenó de amargura su corazon.

Fernando no se hallaba en el mismo caso, porque su union con Adelaida parecia cosa corriente y libre ya de todo contratiempo; pero ¿y la prision de su querido amigo Cárlos? ¿Cómo se atreveria á decir á su afligida hermana que el hombre á quien habia guardado fidelidad por espacio de cinco años, y cuya ausencia parecia costarle la vida, la habia olvidado por una mujer indigna, y estaba en una cárcel, acusado, y casi confeso, de un crímen de lesa majestad?...

Afortunadamente Genaro, á cuya privilegiada imaginacion no podia ocultarse lo que pasaba en el corazon de sus taciturnos camaradas, procuró distraerlos, hablando de diferentes cosas, y acercándose á Ventura, le dijo:

—¿Te falta mucho?

—No, muy poco, —contestó Ventura, sin dejar de escribir; —pero la tinta no corre, y... No tiene nada de estraño, —añadió, bajando la voz; —estoy hablando de matrimonios y escribiendo nombres de candidatos, y natural es que se me pegue la pluma al papel.

—Siempre tienes ganas de bromas, —replicó Genaro, riendo y alzando la voz para que Fernando y Mendoza se distrajeran tomando parte en la conversacion.

—¿Qué dice ese calavera? —preguntó el Vizco, esforzándose por sonreir.

—Lo de siempre, —repuso Genaro; —que piensa buscar novia en cuanto salga de aquí.

—Ya me la tendrá dispuesta el padre Romualdo, —dijo

Ventura.—¡Qué ganas tenia de atraparme el bendito religioso!... ¡Y si viérais qué buena maña se dá el tal fraile para enriquecer la vicaría eclesiástica!... ¡Ya... ya!... No parece sino que las mujeres le han buscado para que haga la propaganda del matrimonio.

El doctor Espinosa se sonreia, oyendo hablar á Ventura, á quien habia cobrado gran simpatía por la decision con que le vió trabajar en las tristes escenas que allí ocurrieron.

Mendoza se dirigió á Fernando, que tambien se reia con lo que decia Ventura, y le dijo:

—¿Qué te parece este mozo?... Tú no le conocias... Cuando te marchaste era un pollito.

—Sin embargo,—replicó Fernando,—Genaro me ha referido lo que este caballero ha hecho por mí sin conocerme, y estoy avergonzado.

—Era usted amigo de los que lo son mucho mios, y como entre ellos y yo no se conocen las palabras de *mio* y *tuyo*, sino nuestro, yo le llamé á usted desde un principio *nuestro* amigo Fernando, y ya me parece que nos conocemos desde niños.

Fernando dió las gracias mas espresivas á Ventura, y Mendoza, que le tenia gran cariño, dijo con el mayor entusiasmo, hablando con Genaro:

—Si le hubieses visto en la escena del patio, no le habrias conocido..

—¿Por qué?—dijo Ventura resentido.

—Por nada,—replicó Mendoza;—no te incomodes, que no lo digo por que no hayas sido siempre valiente; pero estoy seguro de que entonces no te acordabas de tus amigas íntimas las suegras.

—Pues te equivocas, porque en todo el tiempo que estuvimos ocultos no pensé en otra cosa.

—¿Tienes ahora alguna entre manos?—dijo Genaro.

—No; pero si tú nos hubieras visto encogiendo el cuer-

po, conteniendo el aliento y sin hacer el menor ruido, te habria ocurrido lo mismo que á mí... Me acordaba de todos los armarios y retretes donde me han escondido para librar mis costillas de la brutalidad de un marido, y mi cara de los arañazos de una madre irritada... ¡Ay! Una vez se olvidó una criada de sacarme de una despensa, donde pasé toda la noche, y si no me acomodo á comer chocolate crudo y azucarillos, me muero de hambre.

—Lo cierto es,—repuso Mendoza,—que te has portado como un héroe, y si fueras franco, dirias que todo eso lo piensas ahora; entonces no te acordabas de otra cosa sino de que no se nos escapára el Duende... Lo cual, francamente, despues de lo que nos costó encerrarle, habria sido una gran desgracia.

—Con los documentos que en nuestro poder tenemos,—dijo Genaro,—poco nos importaba su fuga... Pero... á propósito, señor doctor; aun no me ha contado usted su permanencia en ese horrible calabozo, ni la manera con que ha salido de él.

—Ya es inútil,—repuso Espinosa;—los padecimientos nada valen cuando nada cuestan... Hemos triunfado á poca costa, y únicamente el pobre Paco es el que ha sufrido, y está sufriendo aun, por mas que diga... Yo les ruego á ustedes, que tienen sobre él mayor ascendiente, que le obliguen á guardar cama, y á mirar con seriedad la herida.

Fernando se sobresaltó, y dijo:

—¿Es de gravedad?

—Ahora no,—contestó Espinosa;—pero podria ser de muerte si la descuidára.

—En cuanto sea de dia,—dijo Mendoza,—le llevaremos á mi casa, y allí se curará completamente.

Genaro volvió á rogar al doctor que le refiriera lo ocurrido en el Sótano de la nieve, y Espinosa dijo:

—Yo no puedo decirle á usted cómo pasó todo, porque, encerrado en aquellas tinieblas, ignoraba los generosos es-

fuerzos del señor Mendoza por arrancarme de ese encierro.

—Nuestra fué la culpa de que entrase usted en él,—dijo Mendoza,—y natural era que nuestro primer cuidado fuese sacarle de allí. Si yo hubiese sabido todo lo que valia Paco, y que él solo bastaba á cumplir lo que habia ofrecido, nadie habria entrado antes que yo en el sótano.

—Gracias, amigo, gracias,—dijo el médico, tendiendo la mano á Mendoza.—Nunca he dudado que la revolucion mas desenfrenada, y el mayor desbordamiento de las pasiones en una sociedad, no acaban con las almas nobles y elevadas, y que el corazon de la juventud responde siempre al llamamiento de la propia dignidad y á la defensa de las buenas causas. No tenia ningun motivo fundado para presentir un término feliz al bárbaro atropello de que era víctima; pero la Esperanza, esa amiga inseparable de toda mi vida, conoció mi desgracia, y acudió á mi mente como nunca. Jamás he sentido tanta fortaleza de espíritu, ni hecho mayor abstraccion del cáos en que respiraba, con harta dificultad. Como si á cada instante viera abrirse la puerta de mi encierro para sacarme en libertad; como si en mi propia mano hubiera estado el hacerlo, y mi encierro allí fuera voluntario, así confiaba en volver á los brazos de mis amigos. Y ruego á ustedes que no den otra esplicacion á lo que les digo; yo no ahogo mis penas formando castillos en el aire ni utopias risueñas, sino que, por el contrario, examino su orígen y circunstancias, sirviéndome su análisis de entretenimiento, á la vez que de estudio, para poner el remedio que mis fuerzas y mi situacion permiten... La que gozaba en el Sótano de la nieve no era nada á propósito para formar esperanzas satisfactorias; quizás si se hubiese prolongado habria aniquilado mi espíritu; pero por fortuna no llegó ese caso, y puedo asegurar á ustedes, que cuando sonó en mis oidos la consoladora voz de Paco, no sentí la mas leve señal de sorpresa... Parecia que mi corazon adivinaba el generoso y atrevido impulso que guiaba á

ese hombre valeroso y bueno, á quien recogí en mis brazos, lleno de gozo, pero con la mayor tranquilidad... Mas tarde, cuando me dijo que habia entrado allí sin consultar con nadie su plan, y sin preparativos de ninguna especie, me afligió su desgracia... Una adhesion estraordinaria, y que yo no podia justificar, le habia arrastrado á llegar hasta mí, sin que yo pudiera ofrecerle otra cosa que la muerte, despues de una agonía trabajosa y lenta... Las cadenas del reloj de torre, que le habian servido de escala para bajar allí, se rompieron con la fuerza de su rápido descenso, y ya no nos quedaba ni aun ese medio de salvacion, harto difícil tambien... Su valor y su admirable serenidad reanimaron mi espíritu, entonces algo afligido; pero pronto volví á entristecerme, conociendo que la confianza de Paco nacia de un proyecto de fuga, que él habia imaginado, y que no podria realizarse sin un asesinato tal vez... El del miserable carcelero que bajaba á entregarme la comida... Paco me propuso ocultarse detrás de la puerta del sótano y lanzarse sobre Tenazas para sujetarle, ó darle la muerte si se hubiera resistido. En ambos casos, y suponiendo que no le acompañára ningun otro criado, podiamos ganar la escalera y salir á este aposento. La realizacion del proyecto me estremecia demasiado, y le rogué á Paco que la aplazára, ocultándose en lo alto de la escalera del pozo cuando llegára el carcelero. Mucho trabajo me costó reducirle á que lo hiciese así; pero me dió por fin su palabra, y apenas sintió pasos en la escalera, se retiró al sítio conocido... Yo me senté sobre el colchon cuando se abrió la puerta, y el vivo resplandor de una linterna hirió mi vista... El hombre que la traia en la mano, y á quien no pude conocer entonces, no era Tenazas, sino su amo el Duende, que cerró la puerta, y llegándose adonde yo estaba, me dijo con tono de burla:

—Doctor, no creia encontraros aquí; me habian dicho que vuestro amigo Cabezota os habia sacado del sótano.

En el momento de oir estas palabras, y de conocer la voz del Duende, no puedo decir á ustedes lo que pasó por mí... Sentí ruido de pisadas en ambas escaleras, la del pozo y la del sótano, y la voz de Paco, que, cayendo de repente sobre el Duende, y sujetándole ambos brazos, dijo:

—Le sacaré, que es lo mismo.

—¡Maldicion!—gritó entonces enfurecido el Duende.

Y abriendo de repente la puerta del sótano, entró mi infame carcelero, y detrás de él nuestro valeroso amigo Mendoza, sin cuyo noble y pronto auxilio acaso no habria logrado salir de allí con vida... En el momento de sujetar Tenazas traidoramente á Paco, fué cuando este infeliz recibió de mano del Duende un golpe en la cabeza, que le hizo caer trastornado.

—Trastornado ó no,—dijo Cabezota, conmovido por la relacion que acababa de hacer el médico,—habria envainado mi navaja en el cuerpo del Duende... pero Dios quiso que me acordára de la prohibicion que me habia hecho la señorita Adelaida.

Fernando, que se habia esforzado por contener sus lágrimas, al oir las palabras del doctor, las derramó abundantes, abrazando de nuevo á Cabezota; y sintiendo en aquel instante ese sentimiento de vergüenza de que los hombres hacen muchas veces un néció y antinatural alarde, dijo:

—No son las primeras que vierto; pero he derramado pocas en mi vida.

Todos los que allí estaban le hubiesen asimismo acompañado en el llanto, si Genaro, que no estaba menos afectado que sus compañeros, no se hubiera apresurado á terminar aquella escena, diciendo á Mendoza:

—Ya es hora de que tú y Fernando os vayais á casa de la marquesa. Que os acompañe el señor Espinosa, y llevad á Paco á tu casa... Ventura y yo nos quedamos de alcaides de esta fortaleza.

—Yo vuelvo pronto para atender al cuidado de ese hombre,—replicó el doctor, despues de haber entrado de nuevo á visitar al Duende.

—Yo me quedo aquí,—dijo Cabezota.

—¿No quieres ver á la señorita?—le replicó Fernando.

Y sin que nadie contestára una sola palabra, salieron todos, quedando Genaro y Ventura con el viejo Gregorio al cuidado del Duende, de Tenazas, y de los demás presos.

CAPITULO CXIII.

La viuda de Sandoval.

Pocos dias despues de los sucesos que dejamos referidos en los capítulos anteriores, una jóven, en traje de luto, y acompañada de una mujer de bastante edad, pobre, pero decentemente vestida, salió del palacio de Baza, y atravesando con paso ligero las calles del centro, llegaron ambas á la de Segovia.

Detuviéronse á la puerta de una posada para leer el confuso rótulo que la bautizaba con el nombre de *posada de la Maragatería*, y entrando por fin en el súcio pórtico de aquel inmundo establo, la vieja se dirigió á la jóven, y antes de acercarse á preguntar á un mozo que estaba á la puerta por el huésped que al parecer buscaban, la dijo:

—¿Cómo se llama, señorita?

—Doña Dolores Alonso, viuda de Sandoval,—contestó la jóven con voz débil, pero dulcísima y grata.

La vieja se acercó al llamado mozo de paja y cebada, que, sentado sobre el arcon de los víveres de la caballeriza, tarareaba una copla gallega, y le repitió el nombre que acababa de pronunciar la jóven, preguntándole por la habitacion que ocupaba la señora.

—¿Cuándo vino?—preguntó á su vez el mozo.

—Ayer,—contestó la jóven.

—¿De dónde?

—De Ponferrada.

—Pues suban ustedes por esa escalera, y en el número 7...

La accion con que el mozo acompañó sus palabras, fué la de señalar con la mano una estrecha, torcida y ruinosa escalera de pino con un pasamanos de cuerda, por la cual y con no poco trabajo, subió la jóven seguida de la vieja que iba en su compañía.

Apénas pusieron el pié en un súcio y desabrigado pasillo que estaba al término de la escalera, la jóven alzó el velo que cubria su hermosísimo semblante, y se detuvo á tomar aliento, retratando en su figura la penosa agitacion que la oprimia el pecho.

La vieja se acercó á animarla, y poniéndola la mano sobre el corazon, la dijo:

—¡Lo vé usted, señorita, por lo que hacian muy bien la señora condesa y la señorita Adelaida en no permitirla que viniese aquí!... Cuando sepan que en vez de irnos á misa la he acompañado á usted á ver á esta señora, se enfadarán conmigo!... ¡Y tendrán razon!... Vámonos, señorita Eugenia; volvamos á casa, y cuando esté usted mas tranquila, vendremos aquí.

La enlutada y hermosísima jóven, que, como acaba de oir el lector, no era otra sino la hermana de Fernando, quiso replicar á las palabras de la vieja, y no pudo sino á costa de grandes esfuerzos y con voz entrecortada por una penosa respiracion.

—María,—la dijo,—déme usted valor para soportar esta entrevista... y no afligir mas el corazon de esta pobre madre.

—Vámonos, señorita, vámonos,—replicó la señora María.

—¡Ah! ¡No; entremos á ver á esa infeliz!... Juntas lloraremos la desgracia de su hijo... Sus lágrimas secarán las de la amiga, y las mias enjugarán las de la madre...

—¿Y no teme usted,—dijo la vieja María,—agravar con su presencia el dolor de esa madre desventurada?

Eugenia se estremeció al oir la juiciosa observacion de la señora María, y esta añadió:

—Tal vez aumente usted el desconsuelo de esa pobre señora en vez de aliviarle... tal vez...

—¡Ah!... No siga usted, María,—repuso Eugenia, asustada.—Vámonos, sí, vámonos.

Y apenas se habia vuelto para poner el pié en el primero de los escalones de madera, añadió:

—¡Pero cómo dejar de verla en estos momentos terribles, en que, separada de su hijo, no hallará unos brazos amigos donde reclinar su cuerpo, agobiado por la edad y muerto por el dolor de la deshonra!... Yo debo verla, sí, sí... entremos, María, entremos... Ayúdeme usted á consolar á esa madre infeliz, que ya no tiene en el mundo otro amparo sino el que la ofrece mi corazon... Mi corazon, que la adora como á una segunda madre.

Y Eugenia hizo un esfuerzo por aparecer tranquila, ahuecando la ropa que cubria su pecho, como si el leve peso de la blonda fuera la causa de la opresion que apenas la permitia respirar.

—¿Se acuerda usted qué número fué el que dijo el mozo?

—Número 7,—contestó la señora María, esforzando su cansada vista por descubrir los números pintados sobre las súcias puertas que se veian en el costado izquierdo del callejon.

Y parándose delante de una, formada de tablas mal unidas y negras, dijo:

—¿Llamo?

—¿Es aquí?—preguntó sobresaltada Eugenia.

—Sí, señorita.

—Llame usted, —contestó Eugenia, disimulando con el mayor trabajo la angustia que la oprimia el corazon.

La señora María sacudió la palma de la mano sobre aquellas débiles tablas, y se oyó desde dentro una voz, que, aunque parecia de mujer anciana, dijo con entereza jóven y varonil:

—¿Quién es?

—¿Doña Dolores Alonso? —preguntó la vieja María.

—Adelante, —respondió la misma voz, clara y serena, pero débil.

Y á pesar del permiso que las dió la persona que ocupaba aquel aposento para que entrasen en él, no lo hicieron así, y esperaron á que doña Dolores Alonso se llegára á alzar el picaporte, operacion que asimismo podia practicarse desde el corredor.

Era esa señora, á quien ya lector habrá conocido por madre de Cárlos Sandoval, de poca estatura, de edad como de sesenta años, de facciones agradables, de figura noble, y de maneras muy distinguidas.

Pero la calma que se advertia en su pálido semblante parecia revelar una de dos cosas: ó que no era ella la persona á quien temia Eugenia entristecer con su presencia, ó que no sentia tan gran pesadumbre por la desgracia ocurrida á su querido hijo y único pariente Cárlos.

El corazon de Eugenia latia con una violencia estremada desde que la señora María designó la puerta del cuarto número 7, y al ver delante de sí á la madre de Cárlos, creyó que le faltaban las fuerzas para dar un solo paso hácia ella.

Ambas se quedaron paradas y suspensas, dejando asombrada á la señora María, que creyó verlas precipitarse la una en los brazos de la otra en el momento que se abriera la puerta.

Pero sin que Eugenia hubiese dado su nombre al llegar allí, ó hubiera sido la primera en abrazar á la madre de

Cárlos, esta no podia hacerlo, porque ignoraba quiénes eran las personas que tenia delante de sí.

Miró con especial atencion á la vieja María, y ya se disponia á preguntarle quién era, cuando Eugenia alzó la cabeza, que habia tenido casi oculta entre los pliegues del velo, y la viuda de Sandoval dió un grito y la estrechó entre sus brazos, diciéndola:

—¡Eugenia... hija mia... Eugenia!

Luego, haciéndola entrar con varonil esfuerzo en la reducida sala del número 7, la obligó á tomar asiento en un viejo sofá; la volvió á abrazar de nuevo, y la cubrió de besos el semblante.

Las silenciosas, pero espresivas demostraciones de amor, con que Eugenia devolvia aquellas apasionadas caricias, suplian con ventaja á las palabras que brotaban de su corazon, y que no acertaban á pronunciar los lábios.

El tranquilo semblante de la viuda de Sandoval estaba tambien visiblemente alterado, y su pecho latia con mayor violencia aun que el de Eugenia; pero se conocia que sus muchos años la habian servido para aprender á dominar las fuertes emociones, y así fué que, volviendo el rostro para secar las lágrimas que nublaban sus ojos, fijó su atencion en la señora María, y desprendiéndose de los brazos de Eugenia, la dijo:

—Dispense usted, señora, que no la haya saludado... ¡Hace tanto tiempo que no veo á esta niña!...

—Estoy enterada de todo,—repuso la vieja María, asombrada de la aparente tranquilidad de aquella señora.

—¿De todo?...—repitió la viuda de Sandoval.—¿Es usted madre?

—No, señora... lo he sido...—contestó con pena la vieja María.

—¿Y han muerto los hijos de usted?

—Sí, señora.

—¡Pues aun no puede usted comprender todo el mal

que hay en mi pecho!... ¡Dichosa usted que no tiene hijos!...—esclamó la madre de Cárlos con un acento tristísimo, en que se revelaba el profundo dolor que rasgaba su pecho.

Eugenia, que tambien se esforzaba por respirar libremente, miró asustada á la viuda de Sandoval, y esta añadió, estrechándola sobre su pecho:

—Sí, hija mia... ¡ojalá que la sangre que hoy ha deshonrado la nuestra hubiera regado los campos donde pereció la causa de la religion y del rey! ¡Pluguiera al cielo que esa cabeza, destinada hoy al verdugo, hubiera aumentado los sacrílegos troféos de los enemigos del altar y del trono!...

—¡Pobre Cárlos!...—gritó Eugenia, horrorizada de oir las palabras que, con voz escasa, pero al parecer serena y firme, pronunció la viuda de Sandoval.

—¡Pobre hija mia!—replicó esta verdaderamente afectada y conmovida.—¡El hombre que ha suscrito á una accion tan baja y tan infame era indigno de tí, y... no es mi hijo!... Sobre la tumba de su pobre padre, que murió de hambre en el estranjero, no puede caer la mancha afrentosa de ese crímen!...

—¡Cárlos es inocente!—gritó Eugenia, cada vez mas angustiada.

—¿Inocente?...—repitió con estraño frenesí la viuda.—¿Inocente?... ¿Quién te ha dicho que es inocente?...

—Mi corazon...—respondió Eugenia con voz débil.

—Tu corazon te engaña, hija mia,—replicó con amargura la viuda.—Tambien el mio me repetia sin cesar lo propio durante el viaje. Pero cuando llegué á Madrid, y corrí á leer en la frente de Cárlos la protesta de su inocencia, el desgraciado bajó los ojos al suelo, y su vergonzoso silencio me hizo comprender una realidad horrible.

La energía con que, á pesar de sus muchos años, se espresaba aquella mujer hablando de su propio hijo, estreme-

cia cada vez mas á Eugenia y á la señora María, que no osaban sin embargo contradecirla.

Ella, sin cuidarse del efecto que producian sus palabras, y afligida por el dolor que le causaba la desgracia de su hijo, continuó diciendo con voz cada vez mas débil:

—No tuvé valor para reprenderlé, y me faltaba tiempo para huir de su lado... Al dirigirme hácia la cárcel, todas las personas que encontraba me parecian detractores de mi hijo, que temblaban al verme llegar á proclamar su inocencia... Luego... creia que huian de mi lado, y que me miraban con lástima...

—¿Y tuvo usted valor para separarse de los brazos de Cárlos?...—preguntó Eugenia asustada.

—Le tuve para no abrazarle,—replicó la viuda.

—¿Pero habrá usted vuelto á verle?

—No,—contestó secamente la viuda.

—¡Dios mio!... ¡Le asesinará el dolor de verse solo, y el saber que su madre le abandona!—esclamó Eugenia con desconsuelo.

La madre de Cárlos no podia continuar hablando de su hijo en el mismo tono con que lo habia hecho hasta entonces, y la estraña alteracion de su semblante revelaba cuán grande era la exaltacion febril de su mente.

Temió afligir demasiado á Eugenia si se entregaba con ella á llorar la desgracia de su hijo, y queriendo cambiar bruscamente la conversacion, la dijo:

—¿Y tu padre?

—¡Mi padre!...—repitió Eugenia sollozando.

—¡Infeliz!...—murmuró la viuda, reparando en el traje negro que vestia Eugenia.—Yo debí haberlo adivinado despues de la última carta que me escribiste... ¿Y Fernando?...—añadió en voz alta.

—Está en Madrid,—contestó la vieja María.

—¿Desde cuándo?—preguntó con ansiedad la viuda.

—El mismo dia que murió don Lorenzo.

—¡Dichoso padre!... ¡Ha podido bajar al sepulcro con honra!...

La señora María, mujer honrada y de principios severos, tenia, como el lector sabe, un corazon demasiado bueno, y no podia sufrir con calma el rigor de aquella madre, que despues de cinco años de ausencia vió á su hijo en la cárcel, y tuvo valor para rechazarle de sus brazos.

Deseosa de salir de allí, hizo señas á Eugenia para que se despidiera, y viendo que no conseguia nada, se puso en pié, y dijo:

—Señorita Eugenia, vámonos, porque nos estarán echando en mala fama.

—¿Vives con tu hermano?—preguntó la viuda.

—Sí, señora; pero ahora estoy en casa de la condesa de Baza.

—¿De la condesa de Baza? ..—repitió con estrañeza la madre de Cárlos.

—Sí, señora; ¿la conoce usted?

—¿Sabe que has venido á verme?

—No, señora.

—Pues no la hables de mí.

—¿Por qué?

—Por nada...—dijo con aparente ingenuidad la viuda;—nos educamos en un mismo colegio, y no quiero que sepa dónde estoy.

—Al contrario,—replicó Eugenia;—es muy buena, y se alegrará mucho de poder venir á consolar á usted... aunque está enferma, y apenas sale de su gabinete.

—Pues bien; yo te suplico que no la digas nada.

—Así lo haré,—contestó Eugenia.

Y alzándose en pié para despedirse, dió un tierno abrazo á la viuda, y la dijo:

—¿Volverá usted á ver á Cárlos?...

—Adios, hija mia,—contestó la viuda, haciendo un violento esfuerzo por separarse de los brazos de Eugenia.

—Dígame usted que le perdona...

—¡Es mi hijo!...—esclamó la madre de Cárlos, sin poder contener por mas tiempo las lágrimas que nublaban sus ojos.

—Fernando,—dijo Eugenia,—le ha visto ya, y se ha encargado de devolverle la libertad...

—¿Y la honra?...—preguntó con dignidad la viuda.

Eugenia bajó los ojos avergonzada, y cogida del brazo por la señora María, se despidió de la madre de Cárlos, que las hizo los honores de aquel miserable aposento con la misma elegancia y el mismo cumplido que si estuviera en un palacio.

Con igual entereza cerró la puerta, y se volvió á sentar delante de una mesilla de pino, donde continuó escribiendo una carta que habia suspendido al recibir á Eugenia.

Esta salió á la calle trastornada con la penosa escena que acababa de ocurrir, y apoyada en el brazo de la señora María, se dirigieron ambas á la Plazuela del Duque de Frias.

En el tránsito desde el Parador de los Maragatos hasta ta el palacio de la condesa, la vieja María no pudo resistir al deseo de murmurar con Eugenia de la madre de Cárlos, y la dijo:

—¡Vaya, que la tal señora tiene agallas!

—¡Pobre madre!... ¡La ha trastornado el dolor de su hijo!

—Pues mal se conoce, porque yo, digo la verdad... aunque un hijo mio hubiera hecho cien asesinatos, no hablaria así de él.

—Si usted conociera á la madre de Cárlos, la perdonaria lo que ha dicho de su hijo... A mí me hacia mucho daño oirla, y sin embargo, comprendo que la fuerza del dolor la hace espresarse de ese modo... ¡Infeliz!... ¡Este golpe la quitará la vida!

—A usted sí que la ha hecho impresion, señorita; pero

á esa señora no lo creo... ¡Mire usted que se necesita tener un alma como un tígre para ver á un hijo despues de cinco años, y detenerse á examinarle la conciencia antes de arrojarse en sus brazos!

—Se necesita,—repuso Eugenia,—haber pasado veinte años de su vida sufriendo toda clase de privaciones y de disgustos por dar á su hijo una educacion esmerada y digna del decoro y de la honra de sus padres... Esa señora que acabamos de ver es hija de una de las familias mas distinguidas de España.

—Ya se la conoce,—replicó la señora María;—y orgullosa hasta dejárselo de sobra; y si no, mire usted con qué afan ha dicho que no hablase usted de ella á la condesa...

—No será por orgullo,—dijo Eugenia.

—¿Pues por qué ha de ser?

—Por vergüenza.

—Es igual; tiene vergüenza de que la vea en una posada miserable.

—No lo crea usted, María... no conoce usted á la madre de Cárlos... Si dice usted que ha tratado con demasiada crueldad á Cárlos, tiene usted razon, y aun así no sabemos lo que estará sufriendo ahora á sus solas.

—Pues si es así, lo disimula mucho,—replicó la vieja María, decidida á no creer en el dolor que seguramente traspasaba el pecho de la madre de Cárlos.

Pero era esta una señora educada pobremente en la antigua córte de Castilla, donde formó una idea, hasta cierto punto exagerada, de la honradez castellana, y habria preferido cien veces la muerte antes que suscribir á una accion cualquiera que pudiese empañar, no ya los blasones de su honra, sino los de su elevada, aunque pobre, alcurnia.

Tenia con justicia fama de mujer de gran talento, y en su juventud habia brillado por esa vivacidad inteligente,

tan peculiar á las hijas de la magnífica alfombra del Sil, señorío de los Templarios, y pintoresca Suiza española.

En el núcleo, por decirlo así, de ese paraíso habia nacido doña Dolores Alonso, y allí se habia retirado á su vuelta de la emigracion, donde tuvo la desgracia de perder á su esposo por vivir en compañía de una hermana. Pero tambien habia fallecido esta, su única parienta y amiga, cuando recibió un anónimo, noticiándole lo ocurrido con su hijo Cárlos, al propio tiempo que pudo saber su entrada en la Cárcel de Córte por medio de los periódicos.

Para los órganos de la opinion pública fué inútil la precaucion que tomó Cárlos de bajar la voz al pronunciar su nombre en la portería de la cárcel: al dia siguiente de su prision, las oficiosas trompetas de Guttenberg pregonaron su nombre en la capital, y el eco infausto llegó bien pronto á los oidos de la desdichada madre.

De nada le sirvió á esta pobre anciana haber conservado, gracias á su estremado fanatismo político, el valor necesario para negarse á ver á su hijo en España á precio de que no jurase las banderas contra las que habia peleado antes de entrar en Francia. Su hijo se presentaba á sus ojos de una manera peor aun que habiendo faltado á sus juramentos... se presentaba envilecido, deshonrado, indigno de ella... No era ya su hijo, como habia dicho en presencia de la señora María, y se repetia á sí propia sin cesar.

Así Eugenia tenia razon para defender á la viuda de Sandoval, cuya exagerada severidad de principios era la única causa de que la vieja María la calificase en su interior de madre desnaturalizada.

Palabra harto dura, y que no puede convenir nunca á una madre que sabe morir en la miseria antes que vivir á costa, no ya de la honra propiamente dicha, sino del pundonor político de su hijo.

Y cuando falta de recursos, agobiada por los años, y sufriendo toda clase de privaciones, hace un largo y peno-

so viaje por abrazar á su hijo inocente, no se la puede acriminar que retroceda horrorizada al leer en su frente el crímen con que ella creyó que le calumniaban.

Eugenia tenia razon al oponer estas, ó semejantes reflexiones á las palabras de la vieja María.

CAPITULO CXIV.

Espinosa y Adelaida.

El carruaje de la marquesa de Santa Rita, el de su padre político el conde de San Fabian, y el de la duquesa de Monte-Oscuro, habian ido llegando y parándose sucesivamente á la puerta del palacio de Baza, mientras Eugenia, acompañada de la señora María, visitaba á la madre de Cárlos Sandoval.

La anciana condesa de Baza recibia con su aristocrática etiqueta, y entretenia con sus pesadas estravagancias, á las personas que acudian á felicitar á Adelaida; y la jóven duquesa de Mont-Marsan, reconocida ya oficialmente con ese título, veia por primera vez al doctor Espinosa, despues de aquella noche funesta en que la simple noticia de que Fernando no era hermano suyo la trastornó la razon.

Enterada confusamente de lo ocurrido en la casa chica de Alcira; pero ignorando gran parte de los sufrimientos del doctor, y el estado en que se hallaba el tio de su pobre madre, solo pensaba en la prision de su querida amiga, sor Clotilde, de cuya libertad se habia encargado Fernando.

Muy postrado quedó, sin embargo, su espíritu con las

escenas violentas que ocurrieron desde que, la circunstancia casual de entrar Eugenia en la sala de San Pedro del Hospital General, turbó la fingida calma que la ofrecia el hábito de San Vicente Paul.

Habia triunfado de su cruel enemigo; pero su triunfo habia costado la sangre de los bandidos que murieron en presencia suya en la Peña-Sacra, y graves incomodidades y persecuciones á multitud de personas inocentes.

Esto afligia mucho á la infeliz Adelaida, que hubiera renunciado, no ya á las rentas y á los honores que al morir la legó su padre, sino hasta al imperioso deseo de averiguar el nombre de las personas que la dieron el sér, y acaso al amor de Fernando, único triunfo que halagaba su corazon.

Ya habian tenido diferentes entrevistas los dos amantes desde el dia en que Fernando, acompañado de Mendoza, se dirigió á casa del marqués de Santa Rita, hasta el momento presente, en que Adelaida, impaciente por la tardanza de Eugenia, recibe al doctor Espinosa en el mismo gabinete ochavado donde le habia visto por primera vez.

El doctor no ha cambiado nada desde aquella noche, y ni los trabajos sufridos en el Sótano de la nieve, ni los nuevos crímenes del Duende, de que tiene ya un conocimiento exacto, turban la envidiable tranquilidad de su espíritu, ni la calma solemne que se advierte en su semblante.

La bondad de su corazon no es hija del fanatismo ignorante, y está libre por lo tanto de esas alteraciones livianas que empobrecen las grandes acciones y hacen imposibles las victorias completas.

El doctor Espinosa no podia prever el resultado de los sucesos; pero todo le parecia posible, y como la esperanza no le abandonaba un solo momento, ni le encontraba desprevenido la adversidad, ni le entusiasmaba la fortuna.

Esperaba con igual calma la una que la otra, y era difícil

conocer en su semblante si las emociones de su alma eran alegres ó tristes.

Sin embargo, al presentarse delante de Adelaida, sus facciones estaban animadas por una alegría estraordinaria, que bien pronto se comunicó al semblante de la jóven. Y al estrechar esta la mano del médico, bajó los ojos avergonzada y confusa, como si quisiera espresarle con ese silencioso movimiento toda la gratitud de su alma por los favores que le habia dispensado.

Espinosa comprendió perfectamente lo que pasaba en el corazon de Adelaida, y tomando un tono alegre, rara vez usado por el doctor de la ciencia de curar, la dijo:

—Señorita duquesa, ¿cuándo podemos saludar á usted con el título de señora?

—¡Cómo podré yo pagar el interés que se ha tomado usted en mi suerte!—repuso Adelaida ruborizada.

—Fácilmente,—la replicó el doctor;—cuénteme usted desde hoy en el número de sus buenos amigos, y está saldada nuestra cuenta.

—¡Ah! ¡Cómo no hacerlo así!

—Pues en ese caso, ya no me debe usted nada. No todos los de mi profesion,—añadió el doctor sonriendo,—podrán decir lo mismo...

—¿Por qué?—preguntó Adelaida.

—Porque generalmente nadie quiere amistad con los médicos hasta que se pierde la salud.

—Yo estoy enferma...—repuso Adelaida con tono humilde.—Enferma del alma, que debió una vez la salud á las elocuentes palabras con que usted le enseñó la resignacion y la fé.

—No se burle usted, señorita.

—¡Ay! ¡No me burlo!... Todas las personas que se han interesado por mí en estos momentos me han enseñado á sufrir...

—En cambio usted ha sufrido por todos.

—¿Y no era yo la causa de lo que ocurria?

—Usted, —dijo el doctor, —no ha podido crear, ni la perversidad del Duende, ni la infame complicidad de sus agentes.

—Sí; pero por mí está hoy presa sor Clotilde, y sufriendo acaso en su reputacion, lo que nadie habria imaginado decir de ella sin la desgracia que la ocurrió por ir en mi compañía.

—No piense usted mas en eso, señorita; pronto olvidarán ustedes ambas sus pasados sufrimientos...

—Yo habria renunciado gustosa esos títulos que el destino me negaba.

El doctor, que hasta entonces habia permanecido en pié, tomó asiento al lado de Adelaida, y la dijo:

—Veo que tenia usted razon al decirme que estaba enferma del alma, y siento que tan fácilmente haya olvidado las sábias amonestaciones que dirigió á Paco en mi presencia.

—¿Y cómo está ese hombre, cuya generosidad me tiene asombrada?... —dijo Adelaida, queriendo cambiar el tono de reconvencion con que empezaba á hablarle Espinosa.

—Está mejor, —contestó el médico, —y deseando que le permita salir á la calle para correr al lado de *su señorita Perla*... Él la llama á usted así...

—¡Es tan bueno!... Pero yo quisiera verle y asistirle en su enfermedad...

—No puede ser... los servicios de usted le serán muy útiles mas tarde.

—¿Cuándo? —preguntó con viveza Adelaida.

—Mas tarde, —volvió á decir el doctor; —ahora piense usted solo en su amor, porque no puede hacer la felicidad de nadie sin haber hecho primero la suya propia.

—Yo soy feliz.

—Feliz, ¿y queria usted haber renunciado la lucha á

que se ha visto infamemente retada? Usted no tenia derecho para oponerse á la voluntad del autor de sus dias, y Fernando le juró al morir que se cumpliria su última disposicion.

—¡Mi pobre padre,—dijo Adelaida con voz débil,—no podia imaginar que fuese á costa de tantos sacrificios!

—Al contrario, otros mayores imaginaba, y Fernando le juró vengar en la persona del Duende la deshonra de Margarita Cáceres.

—¡Pobre madre mia!—dijo Adelaida.

—Fernando,—continuó el doctor,—ofreció lavar con la sangre de ese hombre...

—¡Dios mio!...—gritó Adelaida.—¡Ese hombre es el tio de mi madre!

—Lo sé, señorita; y usted sabe bien que no lo ha olvidado ninguno de sus amigos, incluso el pobre Paco, que arrojó lejos de sí la navaja con que iba á herirle, cuando le acometió traidoramente en el Sótano de la nieve.

—¡Pobre Paco!...—dijo Adelaida.

Y estrechando la mano del doctor, añadió:

—Pero no hablemos mas de las maldades de ese hombre... Fernando me dará su palabra de no buscarle, y le dejaremos vivir libre, sin otro castigo que el de su propia conciencia.

—Es imposible,—repuso el doctor;—ese hombre no tiene conciencia.

—¡Me estremece oir hablar á usted de ese modo!...—dijo Adelaida, asombrada con razon del estraño lenguaje del doctor.

—Sí, señorita,—añadió Espinosa;—ese hombre es tan perverso que, lejos de intimidarse con lo ocurrido, cada dia medita nuevas maldades, y se sonrie contínuamente en nuestra presencia, como si aun no hubiéramos roto todos los lazos que nos habia tendido... Parece que aun le anima la siniestra esperanza de apoderarse de sus víctimas.

Adelaida se estremecia oyendo hablar al doctor, y no se atrevia á preguntarle el estado en que se encontraba el Duende, cuyo proyecto de fuga ignoraba.

Solo la habian dicho que estaba arrestado en su casa; pero ignoraba el golpe que sufrió cayendo desde la boca del pozo.

El doctor conocia lo que debia sufrir Adelaida, y no se atrevia á continuar hablándola en aquel tono, que por otra parte repugnaba tambien á sus generosos sentimientos.

Espinosa conocia que el Duende merecia un castigo; sabia que quizás no le habria suficiente para sus muchas maldades, y sin embargo no tenia valor para imponérsele, ni aun para aconsejar que lo hicieran los demás.

El castigo que proponia Adelaida de dejarle solo con su propia conciencia le hubiera parecido escesivo al doctor tratándose de un criminal cualquiera, capaz de asustarse de sus delitos al verse á solas con el recuerdo de ellos; pero para el Duende semejante pena era insuficiente.

Imposible le parecia á Espinosa convencerse de que habia un hombre para quien nada significaba la pesada carga de su infame conciencia, y que en la soledad de un calabozo debia sustraerse y reirse de los recuerdos del crímen; pero el exámen que hizo del Duende le demostró que ese hombre existia... y que lejos de arrepentirse de sus delitos, imaginaba otros nuevos.

El estudio profundo que habia hecho del corazon humano no le bastaba ni á imaginar siquiera un alma tan perversa, de cuya existencia habria dudado, á no haberle examinado por sí propio en las diferentes situaciones que el lector sabe.

Despues de lo que le habian dicho acerca de su hipocresía y de su perfidia, sor Clotilde, Cabezota y el conde, aun fué el Duende bastante sagaz para hacerle dudar de esos informes, y solo cuando, alucinado por su refinada hipocresía, fué víctima de una traicion infame, se convenció de que no habia exageracion en lo que le dijeron.

Pero aun sufrió un nuevo engaño al creer que el Duende depondria su carácter iracundo y feroz ante la publicidad de sus crímenes. Y asimismo se equivocaba al pensar que lo que no habia logrado el temor de la deshonra, lo alcanzaria el miedo del castigo.

El Duende no se humillaba ante ninguna de ambas consideraciones.

Habia temido el *¿qué dirán?* de los hombres como un simple obstáculo para la ejecucion de sus crímenes. Sin eso le habria arrostrado con orgullo, haciendo gala con cínico desenfreno de sus maldades.

Su hipocresía no tenia por único objeto el pasar á los ojos de la sociedad por hombre honrado, sino el de que esa falsa honradez no le hiciera sospechoso para con sus víctimas.

Criminal franco y descubierto, las personas á quienes perseguia se hubiesen prevenido contra sus maldades; hipócrita y solapado, podia acercarse á ellas sin inspirar recelo, y herirlas á su antojo y á mansalva.

El Vizco, Cabezota y todos los parciales de Adelaida no habian hecho otra cosa sino arrancarle esa máscara y presentarle ante sus víctimas con la deformidad de sus vicios y de sus crímenes.

Ya era inútil continuar fingiendo, ni ampararse por mas tiempo con el escudo de la hipocresía, que habia asegurado hasta entonces la impunidad de sus horribles escesos.

Ya no le servia de nada huir del ¿qué dirán? y no le quedaba otro recurso sino el de contestar: «Que digan; nada me importa.»

Habia un término medio entre ambos estremos, que era el de arrepentirse de sus crímenes, avergonzándose de que la sociedad los hubiese descubierto. Pero eso habria sido en el caso de que el Duende estimase en algo la opinion de los hombres, y de que los miramientos que hasta entonces ha-

bia guardado hubiesen sido inspirados por un sentimiento de honra y de vergüenza, ajenos de un alma como la suya.

Espinosa, que no habia logrado comprenderlo así, tenia razon para sorprenderse de lo que estaba viendo, y para decir á Adelaida que «el Duende no tenia conciencia.»

Algo aventurada era semejante absurda proposicion en un filósofo tan profundo conocedor del corazon humano como el doctor Espinosa y parecia que al sentarla habia perdido la confianza ilimitada que le hacia esperar los sucesos mas difíciles y menos probables; pero tales cosas habia visto, y tantos fueron los ensayos que hizo con el Duende desde que salió del Sótano de la nieve, que no podia acriminársele por que desesperára de su conversion y su arrepentimiento.

Sin embargo, nosotros no perdonaremos nunca al sábio doctor la ligereza con que negó al Duende lo que se concede, lo que no puede faltar al mas miserable de los séres racionales... la conciencia.

Por mas que queramos tomar la frase del doctor de una manera limitada y precisa, considerándola solamente en el sentido religioso, jamás convendremos en que el estudio que hasta entonces habia hecho del Duende le autorizase á decir que no tenia conciencia.

Pero no es esta ocasion de que entremos en discusion con el doctor Espinosa, sobre un asunto en el que, podemos decirlo sin arrogancia, la ventaja estaria de nuestra parte.

Para Adelaida tenian, como era natural, gran autoridad las palabras del doctor, y nada osó contradecirle, creyendo, por el contrario, lo que hasta entonces habia dudado... la verdadera deformidad del corazon del Duende.

Arrasados en lágrimas sus ojos, guardó un profundo silencio, temiendo preguntar lo que pensaban hacer con el tio de su pobre madre, y sin atreverse á implorar su perdon, por miedo de que no se le otorgasen las personas que habian sufrido por causa suya.

No se le ocultaba al doctor Espinosa lo que sufria la pobre jóven, y deseando ahorrarla toda clase de incomodidades, cambió el asunto de su conversacion, y la dijo sonriendo:

—¿Y cómo lo pasa usted al lado de la condesa?... ¿Sigue con sus estravagancias de costumbre?

—¡Es tan buena!...—repuso Adelaida.

—Sí; pero eso no impide que sea bastante pesada; sobre todo, cuando pregunta una cosa mientras olvida lo que acababa de oir... Cien veces me preguntó el otro dia quién era Mendoza, y al despedirme me dijo que se alegraria de que fuese usted feliz casándose con él.

—Su mucha edad la hace padecer esas distracciones...

—No lo crea usted, todas las señoras de su clase y de su época son lo mismo... Acostumbradas á vivir en una córte de servidores, que se complacen y viven de adularlas, lejos de corregir sus defectos, los miman y los conservan, hasta incurrir en el estravagante estremo de esta señora... Yo espero,—añadió el doctor sonriendo,—que la jóven duquesa de Mont-Marsan no entrará en esa impertinente costumbre aristocrática.

—No me hable usted así,—dijo Adelaida avergonzada;—me estremece pensar en que algun dia habrán de darme ese título.

—¿Y por qué?... ¿No es un derecho que adquirió usted al nacer?...

—Sí; pero le he perdido mas tarde, porque los trabajos que he sufrido me han hecho aborrecer esas posiciones elevadas, en las que no es posible la felicidad.

—¡Que no es posible!...

—No, querido doctor; no es posible ser feliz á costa de tantos desgraciados.

—Al contrario, hija mia,—la dijo el doctor, dándola por primera vez ese cariñoso nombre;—ya la he dicho á usted que verla feliz es el único deseo de todos sus amigos.

—Sí... pero yo no lo seré nunca á su costa...

—Usted lo será, —replicó el doctor, —porque no puede oponerse á los altos designios del Sér Supremo, y porque de su felicidad depende la de esas mismas gentes á quienes siente haber hecho desgraciadas.

—¿Y qué puedo yo hacer por ellas?

—Todo.

—¿Cómo pagar los sacrificios que les debo?

—Remediando sus necesidades, amparando su infortunio, y alentándolos en los trabajos, para que triunfen de los reveses del destino.

—Ustedes, por el contrario, —repuso Adelaida, conmovida por las palabras del doctor, —han sido los que me han alentado en mi desgracia, inspirándome la fé necesaria para no desconfiar un solo momento de la bondad divina.

—Si esas virtudes no hubiesen estado arraigadas en el corazon de usted, inútil habria sido predicarlas.

—De todos modos, esas gentes han sido los ángeles de la fé que han fortalecido mi esperanza.

—Pues hoy necesitan que el Angel de la Caridad premie esos sacrificios, que usted exagera demasiado.

Adelaida bajó los ojos, avergonzada al oirse saludar con el nombre de *Angel de la Caridad*, y el doctor continuó diciendo:

—Las desgracias que usted ha sufrido la servirán para conocer las que afligen á tantos infelices como forman la masa principal de esta sociedad, que llamamos civilizada, y lo que es mas aun, civilizadora... En sus constantes padecimientos ha podido usted apreciar el dolor de las personas honradas que sufren el peso terrible de una infame calumnia... La audacia de sus perseguidores, y la constante impunidad de sus crímenes, la harán á usted conocer cuán injusta es la sociedad al fallar contra el inocente, supeditada por la hipocresía fascinadora del criminal.

—¡Ah!... ¡Yo no olvidaré nunca esas desgracias!... Pero ¿qué puedo hacer para remediarlas?

—Todo... ya se lo he dicho á usted antes de ahora; todo... Educada por las personas que la dieron á usted el sér, quizás habria sentido en su corazon esas prendas de bondad y de ternura, que la han hecho adorable á cuantas personas han tenido ocasion de tratarla; pero deslumbrada por el falso brillo de los palacios y de la etiqueta aristocrática, no habria podido conocer esas miserias, y aunque presintiera las desgracias de sus semejantes, no alcanzaria la manera de remediarlas... Las galas de la vanidad encubririan los harapos de la pobreza... el estruendo de los festines ahogaria el débil lamento de los desgraciados... y en la templada atmósfera de los dorados salones, no sentiria usted el frio de las desabrigadas viviendas de las clases pobres...

—Tiene usted razon, querido doctor, —repuso Adelaida, vivamente afectada;—y por eso quiero renunciar los honores y las riquezas con que me brinda el destino.

—¿Es decir, —replicó el doctor, —que quiere usted renunciar á hacer el bien de sus semejantes?...

—¡Ah!... No, eso no... Yo consagraré mi vida á la asistencia y al cuidado de los infelices... Yo los exhortaré á la resignacion y al sufrimiento, repitiéndoles los ejemplos de honradez y de abnegacion que he presenciado en mis padecimientos.

—¿Y cuando esos consuelos no sean suficientes para ofrecer un pedazo de pan al infeliz anciano, y no alcancen á impedir la deshonra de una jóven que no tiene otro medio de atender al sustento de su familia?

Adelaida se estremeció al oir las reconvenciones del doctor Espinosa, y este la dijo:

—¿Prefiere usted que las cuantiosas rentas que al morir la legó su padre sirvan para oprimir á esos infelices á quienes usted desea amparar?... ¿No teme usted que la per-

sona que herede ese ducado ponga obstáculos con esas mismas rentas á las virtudes que usted se propone practicar en beneficio de sus semejantes?...

—¿Y qué debo yo hacer?—dijo Adelaida, retratando en su semblante una animacion difícil de pintar, y que formaba un contraste estraño con el abatimiento en que habia estado hasta entonces.

—Premiar el amor de Fernando haciéndole duque de Mont-Marsan, y destinar una parte de esos bienes al socorro de los infelices.

—Todas mis rentas para los pobres,—esclamó Adelaida con entusiasmo.

—Me ha preguntado usted lo que debia hacer,—la replicó el doctor sonriendo,—y yo he dicho que solo una parte de ellas... Y ya que usted es tan generosa y tan buena, me permitirá que yo la ayude á pensar en la mejor manera de distribuirlas.

—¡Ayudarme á pensar!—repuso Adelaida, afligida.—¡Yo contaba con que usted seria mi director siempre que se tratára de hacer el bien de los infelices!...

—Esa eleccion me honra demasiado.

—Es la única recompensa que puedo ofrecer á quien, no contento con salvar mi vida esponiendo la suya, ha derramado en mi alma una uncion religiosa, que me hará soportar los mayores infortunios.

—¡Eh!... ¡No hablemos mas de lo pasado! Nuestros males han terminado, y nada hay ya que temer de las personas que nos han perseguido hasta aquí... Hemos tenido la fé necesaria para luchar contra esa gente sin perder nunca la esperanza del triunfo, y hoy seguiremos asociados para ejercer la caridad con todos ellos... El perdon proporciona un placer mas duradero que la venganza, y no deja en pos de sí la amargura de los remordimientos.

Adelaida no hallaba espresiones con que manifestar su admiracion oyendo á Espinosa, y este dejó de hablar al oirse

las pisadas de un lacayo, que entró en el gabinete diciendo:

—Señorita, Paco Serrano desea hablar á vuecencia.

Adelaida se levantó de su asiento para recibir al generoso bandido, y el doctor permaneció sentado, diciendo:

—¡Qué hombre!... ¡Le dije que no se moviera de la cama, y ha salido á la calle!

CAPITULO CXV.

Cabezota en presencia de Adelaida.

Adelaida se estremeció al ver delante de sí al noble y generoso bandido, en cuyo semblante se advertia una mortal palidez, y cuyos ojos azules habian perdido el brillo y la animacion que revelaban su sagacidad y su astucia.

El abigarrado color de sus patillas y de su rizosa y encrespada cabellera contribuia á aumentar esa cadavérica palidez, que asimismo llenó de espanto al doctor Espinosa.

Esto consistia en que, habiéndose teñido el pelo cuando se escapó á la justicia en los alrededores del palacio de Baza, sus cabellos iban recobrando su primitivo color rojo; pero Adelaida no sabia esa circunstancia, y apenas le conoció, á pesar de haberle dicho el lacayo quién era.

Pasada la primera sorpresa, le tendió la mano, que el bandido llevó á sus lábios con indecible entusiasmo, y le obligó á tomar asiento en el mejor sillon del gabinete.

Cabezota se quitó el sombrero, y el doctor Espinosa, asustado al observar que no llevaba vendada la cabeza, le dijo:

—Paco, ¿qué has hecho?

El bandido guiñó rápidamente el ojo, haciéndole seña

para que callára, y el médico replicó, alzándose de su asiento con el mayor sobresalto:

—No quiero callar... ¿Por qué te has quitado la venda?... ¿Cómo has cerrado la herida?

Adelaida se estremeció al oir las palabras del médico, y alzándose en pié, esclamó:

—¡Es cierto!... ¡Dios mio! ¡Estaba herido!

—No haga usted caso, señorita; no es nada. ¿Quién le ha dicho á usted que estaba herido? ¿El señor conde tal vez?... Los señores mayores se asustan de todo.

Habia en el acento de Cabezota una mezcla de sufrimiento y de alegría que parecia negar sus propias palabras, y el médico, que lo comprendia así, y que habia calificado de grave la herida, se apresuró á acercarse, y cogiéndole la cabeza, le dijo:

—Estate quieto, Paco.

Obedeció Cabezota, y el doctor Espinosa rogó á Adelaida que se sentára, para ahorrarle el dolor que necesariamente habia de sentir viendo la llaga, que con el mayor artificio habia ocultado el bandido bajo un enmarañado mechon de su cerdosa y áspera cabellera.

La jóven cedió, mas que á la súplica de Espinosa, al temblor convulsivo que la agitaba, y el doctor fué apartando con el mayor cuidado los cabellos, haciendo un gesto terrible al descubrir la enorme herida que el Duende abrió en el Sótano de la nieve, descargando con mano aleve la linterna sobre el cráneo de Cabezota.

Este no apartaba su vista de Adelaida, sonriendo mientras el doctor le examinaba la cabeza, y dando á entender con sus gestos que nada sufria y que su herida no ofrecia ningun cuidado.

A Espinosa le sorprendió tanto como la herida el heróico sufrimiento de aquel hombre, y cada vez mas asustado, le dijo:

—¿Has lavado la herida?

—Déjese usted ahora de esas tonterías, —respondió Cabezota, riendo, al parecer, con naturalidad.

—No son tonterías, —repuso el doctor, —y me desagrada bastante el que no hayas cumplido lo que te dije.

—Pues ea, luego me volveré á la cama, y haré todo lo que usted me mande... Ahora déjeme usted dar la enhorabuena á la señorita.

—Yo no la recibo, —replicó Adelaida con acento dulce y cariñoso, —si antes no atiendes á tu salud.

—¡Pero, señorita, si estoy bueno!... No me duele nada...

Espinosa clavó sus ojos en los de Cabezota, y le dijo:

—¡Eres de bronce!... Parece imposible que puedas reprimir el dolor hasta ese punto.

Despues le pulsó con detencion, y continuó diciendo:

—Le abrasa la fiebre, y no sé cómo puede sostener la cabeza ni abrir los ojos...

Las palabras del doctor asustaron á Adelaida, y de nuevo rogó á Cabezota que se volviera á la cama; pero tales fueron las súplicas del bandido, que alcanzó el permiso de permanecer allí algunos momentos.

—¿Pero me das palabra de no volver á salir? —le dijo Adelaida.

—Yo no puedo dar palabra de nada, —replicó Cabezota.

—¿Y por qué no?

—Porque ya no soy dueño de mis propias acciones... Usted es la que manda en mis palabras, en mis obras y en mis pensamientos... Si usted me dice: «Paco, jura... juro. Paco, muere... muero. Paco, mata... mato.»

—¡Eso no, Paco; eso no! —gritó Adelaida.

—Ya lo sé que usted no quiere que se mate á nadie... pero es un decir, y lo hago para que sepa usted que estoy pronto á hacer todo lo que me mande. Me prohibió usted que hiciese daño ninguno al Duende...

—Ni á él ni á nadie, —interrumpió Adelaida.

—Pues así lo he hecho, señorita... y me habria dejado matar antes que hacerles mal á ninguno de ellos.

—Tampoco te he prohibido defenderte.

—Es igual; lo cierto es que yo he perdido la costumbre de hacer daño, y me parece que me doleria mas causar una herida que recibirla... Desde que usted me dijo que se gozaba mas perdonando que castigando, no me hallo bien el dia que no hago alguna cosa buena. Y está uno luego mucho mas tranquilo, porque, aunque digan lo contrario algunos fanfarrones, lo cierto es que el hombre de mas temple, cuando dá alguna puñalada, está receloso... Y no por miedo á la justicia, sino porque anda luego un no sé qué escarvando en el pecho, que no deja sosegar. Si estaba uno muy ofendido de la persona que ha asesinado, la primera noche no se siente nada, y se duerme uno fácilmente... pero luego... ¡oh!... ¡primero que logra uno dormirse!... Siempre parece que hormiguea la mano, y cuando mas se la refriega para lavarse la sangre, parece que brota con mayor abundancia... Y á veces crugen los oidos como si se oyera el ruido que hizo la piel al rasgarse, y...

Adelaida estaba angustiada con lo que decia Cabezota, cuyo pálido semblante iba tomando una rubicundez horrible... síntoma funesto que no podia escaparse á la penetracion de Espinosa.

Temió el doctor que el enfermo perdiese la razon, acometido por el delirio de la calentura, y apresurándose á borrar de su imaginacion aquellos funestos recuerdos de su vida pasada, dijo, dirigiéndose á Adelaida:

—Que le diga á usted Paco las visitas que ha tenido estos dias en mi casa.

—¿Estás en casa del doctor? —dijo Adelaida.

—Sí, señorita; su mercé se empeñó en que me habia de llevar consigo, y me tratan como á un canónigo.

—Como á un enfermo, —repuso el doctor.

—Como á un enfermo muy rico, —replicó Cabezota.— Una cama como la de un príncipe... un ayudante á mi disposicion, y...

—Esa ha sido mi falta, —interrumpió el médico; —no haberlo hecho á la inversa: si te hubiera puesto á la disposicion del ayudante, no te habrias movido de la cama, ni venido hasta aquí con la herida descubierta.

—¡Eh! No hablemos mas de eso... nada me duele, y la herida no vale la pena de ocuparse tanto de ella; otras peores he hecho yo sufrir á algunos infelices...

—Paco, —dijo el doctor con gravedad, —ayer te prohibí que volvieses la vista atrás para ocuparte de cosas pasadas.

—Yo nada digo, pero...

—Te lo prohibo, —añadió Espinosa, —y ya que no me obedeces como á médico, hazlo como á amigo.

—Yo le obedezco á usted en todo, —dijo Cabezota, alzándose de su asiento, y disponiéndose á salir del gabinete.

—Siéntate, —le replicó el doctor, —que luego nos iremos juntos.

—Como usted mande, —repuso con tono humilde Cabezota.

Y se volvió á sentar en el sillon de brazos.

—Le pondremos primero una venda, —dijo Adelaida, dirigiéndose al médico, —y luego le llevarán en el coche.

—No se incomode usted, señorita.

—Obedece, y calla, —replicó el doctor.

Cabezota bajó los ojos al suelo, y Adelaida le dijo:

—¿Por qué crees tú que me incomodo al ofrecerte una venda para cubrir esa herida que has recibido por mi causa?

—Usted no tiene la culpa de nada, —dijo Cabezota.

—¡Ah! Sí; yo soy la causa de todo lo que ocurre, y en muchas ocasiones has espuesto tu vida por salvar la mia.

—Si hubiera hecho lo mismo desde que conocí á usted, mejor habria sido.

—Ya lo hiciste cuando, gracias á tus cuidados, llegué con vida á Gibraltar.

—Si entonces la hubiese á usted arrancado del poder del Duende y entregádola al señor duque, que iba á buscarla, la habria ahorrado todos los trabajos que ha sufrido despues.

—¿Sabias tú quién era la persona que me buscaba?—dijo Adelaida conmovida.

—No, señora... Si lo hubiese sabido, no habria hecho lo que hice... El cuidado con que traté á usted en el viaje, consistia únicamente en que toda mi vida he sido enemigo de que se haga daño á las mujeres... Y á propósito, señorita; ¿sabe usted que tengo que pedirla un favor?

—¿A mí?—dijo Adelaida, espresando en su semblante una indecible alegría.

—Sí, señorita, á usted... pero no crea que quiero comprometerla, ni que...

—Déjate de preámbulos, Paco, y díme de una vez lo que quieres; tú no debes pedirme favores... yo te concedo cuanto quieras.

A pesar de este generoso y franco ofrecimiento, Cabezota guardó silencio, y arrugando el entrecejo, fijó los ojos en las manos, y moviendo los dedos como si le fuera penoso lo que iba á decir, contestó:

—Yo quisiera que usted me hablase con franqueza, señorita... pero don Fernando me lo ha indicado...

—¡Fernando!—dijo Adelaida sorprendida.

—Sí, señorita; yo le hablé de una niña que habia arrancado de los brazos de una mujer muy mala...

—¿La niña Rosa?...—replicó Adelaida.

—¿La conoce usted, señorita?

—Tú me hablaste de ella en este mismo gabinete.

—Verdad es.

—¿Y cómo está esa pobre niña?... ¿Quién la tiene?

—Un cirujano amigo mio; pero me ha dicho que no po-

dia mantenerla por mas tiempo, y que su madre le pedia que se la entregára...

—¿Su madre?—preguntó Adelaida.—¿Ha parecido ya la madre de esa pobre niña?

—No, señora; la que se la pide al cirujano es la señora Alifonsa, la bruja que la pegó en el sotanillo.

—¡Ay!... ¡Que no se la entregue!—gritó Adelaida asustada.

—Pierda usted cuidado, señorita, porque, aunque le ofrecen mucho dinero, él no hará sino lo que yo le mande... pero yo no he podido dormir esta noche, pensando, sin saber por qué, en esa pobre niña, y la verdad... quisiera que usted fuese su madrina.

Al pronunciar estas últimas palabras Cabezota, hizo un gesto, como si le pesára de haberlas dicho, y temiendo abusar de la amistad de Adelaida al proponerla lo que ella deseaba ardientemente desde que empezó á hablar el bandido.

Así fué que apenas hubo adivinado que lo que queria era encargarla de la educacion y del cuidado de la niña, se alzó en pié, y dijo:

—¿Dónde está la niña, Paco?... Ahora mismo es preciso ir por ella. Yo la tendré siempre en mi compañía... y la haré ignorar la terrible desgracia de no conocer á sus padres...

—¡Es usted demasiado buena, señorita!...—dijo Cabezota entusiasmado.

—Jamás podré hacer por esa niña lo que han hecho por mí otras personas, cuyos favores no agradeceré nunca lo bastante.

El doctor Espinosa, que habia callado hasta entonces, se acercó á Adelaida y la dijo sonriendo:

—El Ángel de la Caridad empieza ya á ejercer la elevada mision que ha recibido del cielo.

Adelaida bajó los ojos ruborizada, y el doctor añadió:

—¿Trata usted de renunciar sus rentas?

—¡Ah!... No... son de los pobres, y es preciso emplearlas en hacer obras de caridad.

—Paco será un escelente limosnero, — dijo el doctor.

Y volviéndose á Cabezota, añadió:

—¿Quieres tú encargarte de distribuir las limosnas que haga á los pobres la señorita?

—Yo quiero todo lo que la señorita me mande.

—Pues bien, Paco; tú serás el limosnero.

—Es que yo la diré á usted, señorita: en eso de las limosnas hay su mas y su menos... Casi ninguno de los que piden limosna es pobre. La mayor parte son unos tunos...

—No digas eso, Paco; todos son hijos de Dios, y todos merecen ser socorridos en sus necesidades.

—Dispénseme usted, señorita; pero, ó usted no me entiende, ó yo no me esplico.

—Te has esplicado muy bien, —replicó el doctor, —y tienes razon en lo que dices. Por eso te he propuesto para el cargo de limosnero... Tú has corrido mucho mundo, y sabes dónde se esconden los verdaderos desgraciados á ganar con el sudor de su trabajo el pan que les roban los que se lanzan á la calle á pedir con desvergüenza una limosna.

—Esò es lo que yo quiero decir,—esclamó Cabezota entusiasmado; —me alegro de que me haya usted comprendido.

—La caridad, —añadió el doctor, —no ha de ser solicitada por el desgraciado, sino que debe buscar á este en el retiro adonde le lleva la vergüenza de su miseria... La caridad es como la justicia, que no debia esperar á que la víctima le pidiera el castigo del agresor, sino defender en tiempo al inocente contra los proyectos del criminal... Cuando un sér desgraciado ha perdido la vergüenza de presentarse en público á implorar la caridad de sus semejantes, difícilmente se resigna á volver al trabajo para ganar con sus propias fuerzas lo que andaba mendigando por las calles.

Adelaida no cabia en sí de gozo oyendo hablar al doc-

tor; pero el placer que la proporcionaba Cabezota encargándola el cuidado de la niña Rosa, era superior á cuanto pudiera imaginarse.

Habia olvidado sus padecimientos, sus desgracias, y las de las personas que se interesaron en su favor, por pensar únicamente en la dicha que la resultaria de prodigar su cariño y sus cuidados á una niña, que, como ella, no habia conocido á las personas que la dieron el sér.

Oia con gusto al doctor, y estaba decidida á valerse de sus consejos para todo; pero se impacientaba por no estrechar ya entre sus brazos á la que desde entonces consideraba como á su propia hermana, y á la que se proponia educar con todo el cariño de una madre.

Cabezota seguia esforzándose por disimular el dolor que le ocasionaba la herida, y sonreia sin cesar, clavando sus ojos en Adelaida con una fijeza espantosa.

Buscaba con la suya la mirada de la jóven, como si una corriente magnética se interpusiese entre ambos, y la miraba, en fin, con esa ansiedad consoladora con que el enfermo examina el vaso de la tisana que ha de darle la salud.

Era la presencia de Adelaida para Cabezota lo que la bandera del combate para el veterano que alcanzó la victoria... Su voz electrizaba su espíritu, y de sus palabras estaba siempre pendiente la voluntad del bandido, en cuyo corazon se habia obrado un cambio, que habria parecido imposible á los que no le hubiesen analizado tan profundamente como lo hizo el doctor.

Pero este sábio filósofo, á cuyo génio investigador podria decirse que la naturaleza habia entregado la llave de sus mas recónditos secretos, no dejaba un momento de observar las acciones, las palabras, y hasta el oculto pensamiento de Cabezota, y se habia esplicado satisfactoriamente la mudanza de sus sentimientos y de sus inclinaciones.

Adelaida, por el contrario, tenia demasiado talento para dejar de fijar su atencion en ese fenómeno, y carecia,

sin embargo, de la reflexion necesaria para averiguar las causas y la manera con que se habia obrado con tanta rapidez un cambio tan profundo.

Por otra parte, su escesiva modestia la apartaba del verdadero orígen de lo que, con seguridad, podemos llamar conversion del bandido.

Si alguna vez la ocurria pensar que ella podria ser la que le hubiese inspirado el arrepentimiento de sus culpas, pronto se reprendia á sí propia semejante idea, y se desviaba del camino de la verdad, cayendo en un piélago eterno de confusiones y de dudas.

Pero afortunadamente para su combatido espíritu, ya no la preocupaba esa idea, y solo veia en Cabezota el hombre generoso y bueno, sin acordarse para nada del bandido que conoció en la Torre del Duende.

Embriagada de alegría por el placer que la procuraba encargándola de la educacion de la niña Rosa, volvió á insistir en que queria que la llevasen á su lado al momento, y Cabezota, besándola la mano con entusiasmo, la dijo con voz débil:

—Señorita Perla, usted es un ángel, que Dios ha enviado al mundo para mi felicidad... ¡Pero desgraciadamente ya es tarde!...

—¡Tarde!—repitió Adelaida asustada.

Y el doctor miró con sobresalto al bandido.

—Digo que es tarde,—añadió este conmovido,—porque si la hubiese conocido á usted cuando tenia la edad de esos niños, no habria tenido una vida tan mala...

—¡Paco!—dijo el doctor, fingiendo una aspereza que en realidad no sentia.

—Pues digo bien,—replicó Cabezota sonriendo dolorosamente;—ahora verá usted cómo esa niña es muy buena al lado de la señorita, y si la dejásemos sola en el mundo, ó en poder de esas mujeres, sabe Dios lo que seria.

El semblante del bandido se iba cubriendo de una pali-

dez mortal, aumentándose por momentos la rubicundez de sus mejillas, y el doctor hizo seña á Adelaida para que se retirase.

La jóven obedeció con pena, y Espinosa quedó solo con Cabezota en el gabinete ochavado.

CAPITULO CXVI.

Reconvenciones.

La aspereza con que el doctor Espinosa hablaba á Cabezota era aparente, y no consistia en otra cosa sino en que estaba persuadido de que ese era el único medio que tenia para obligarle á atender á su salud.

Apenas quedaron solos en el gabinete, le dijo:

—Paco, estoy persuadido de que no se te puede tomar cariño, porque eres irreducible y porfiado.

—No me diga usted eso, señor doctor,—repuso el bandido, logrando á costa de un penoso esfuerzo hablar con voz entera, y al parecer, tranquila.

El médico le miró con atencion, y en la duda de si era real ó aparente aquella tranquilidad que se retrataba en el semblante de Cabezota, le dijo:

—No finjas, Paco... ¿Crees tú que el valor de los hombres consiste en ser insensibles.

—Yo no finjo,—replicó Cabezota.

—Sí tal; reprimes el dolor de la herida, como si tu cabeza fuera de bronce, y quieres refrescar con una sonrisa violenta el ardor que abrasa tu cuerpo.

—No, señor; no sufro,—dijo Cabezota, asombrado de

que el médico adivinára lo que estaba pasando en su interior.

—Eso no es verdad,—replicó Espinosa;—dí que sabes sufrir; pero no digas que no sufres, porque eso, lejos de recomendarte, daria de tí una idea horrible... Si estuvieras sano y bueno, no tendria mérito ninguno el que no te quejáras.

—Usted tampoco se quejó en el sótano.

—No tenia una herida en la cabeza.

—La mia no vale nada; ya verá usted como estoy curado antes de cuatro dias... y si me muero, no se pierde nada.

—Tienes razon,—repuso el médico con una ironía dolorosa;—si te mueres, no se pierde mas que un hombre, y eso no vale nada.

—Yo no digo eso... pero tambien eran hombres los que yo he asesinado, y sin embargo...

—¿Quieres irte al otro mundo,—interrumpió el doctor,—sin pagar las deudas que has hecho en este?... Me parece bien pensado.

—¿Y qué puedo yo hacer para recoger la sangre que he vertido?

—Nada... morirte.

—¿Le parece á usted que puedo vivir tranquilo acordándome á todas horas de mis víctimas?... ¡Si viera usted las vueltas que doy en la cama sin lograr dormirme!

—¿Y no merecen esas mismas víctimas que pases una vida tranquila, y que te acuerdes de ellas á todas las horas del dia? ¿No te parece que esa es una expiacion justísima de tus faltas?

—Sí, señor; pero me atormentan demasiado esos recuerdos, y los dolores que ahora sufro por esta herida me hacen pensar en los que sufririan las personas á quienes asesiné, cuando no sabia todo lo que vale la vida de un hombre.

—Al contrario,—repuso el doctor;—ahora es cuando sabes que no vale nada... ¡Quieres morirte!

—¡No me hable usted así, por piedad!

—¿Pues cómo quieres que te hable?

—Aconsejándome lo que debo hacer; diciéndome: «Paco, vive ó muere,» ó lo que á usted se le antoje... ¡Ah! ¡Si yo hubiera conocido á usted en los primeros años de mi juventud!...

—No me habrias visto, ó me hubieses asesinado,—repuso el doctor.—Entonces no habias abierto los ojos á la luz de la razon, y habrias desconfiado de mis palabras, ó burládote de mis amonestaciones... Mi prudencia te habria parecido cobardía, y me hubieras tenido lástima por débil.

—En ese caso,—dijo Cabezota,—le hubiera defendido á usted en vez de maltratarle, porque yo no he medido nunca mis fuerzas, no he hablado mal siquiera, sino al que se ha preciado de mas valiente, y ha sido doble mas robusto y fuerte que yo.

—Pues bien, amigo mio; ahora es necesario que vivas, porque te has comprometido á ser el defensor de un sér muy débil... La señorita Adelaida necesita de tí, y ya no puedes decir que tu vida no vale nada.

—La señorita,—repuso Cabezota,—no tiene nada que temer si ustedes saben defenderla del Duende.

—El Duende,—repuso el doctor,—me parece bien asegurado ya.

—Es muy malo.

—No importa.

—Miren ustedes lo que hacen... y no se fien. Mientras ese hombre esté vivo les dará que hacer.

—¿Y á tí no?

—Yo no dejaré de estar al lado de usted sino despues de muerto.

—No lo creo, porque ahora no quieres hacer caso de lo que te digo.

Cabezota se puso en pié al oir la reconvencion de Espinosa, y dijo:

—Ea, me voy á casa de usted, y no saldré de la cama hasta que usted me lo mande.

—¿De veras?

—Lo que usted oye.

—¿Y me das palabra tambien de no desear morirte, y de no volver á pensar en tu vida pasada?

—Haré lo posible.

—No me basta.

—¿Pues qué quiere usted que le diga?

—Que no volverás á pensar mas en eso.

—Pues así lo haré.

—Y ahora,—añadió el doctor, sacando un pañuelo del bolsillo y acercándose á Cabezota,—déjame que te cubra la herida hasta que lleguemos á casa. Ha sido un verdadero disparate el que has hecho.

—¿Y cómo queriá usted que dejase de ver á la señorita Adelaida... ¿Regaña usted á los enfermos convalecientes cuando van á darle gracias por haberles devuelto la salud?

—No es lo mismo,—replicó Espinosa, admirado de la comparacion que le hacia el bandido.

—¿Que no es lo mismo?

—No; porque tú estás enfermo aun.

—Del corazon, no señor, no estoy enfermo, y la señorita ha sido mi médico... Si ella hubiera sabido lo que yo ganaba con defenderla, no habria exagerado tanto mis servicios.

—Pues mira, Paco, ahora la son mas necesarios que nunca, y es preciso que te cures la herida para que vivas siempre al lado de la señorita.

—Yo haré todo lo que usted me mande... y se acabó.

El doctor Espinosa cubrió la herida como mejor pudo, asustándose cada vez mas de los progresos que hacia la inflamacion.

Y pulsando de nuevo al enfermo, le hizo sentar en el

sillon de brazos, y corrió á pedir el carruaje para trasladarle á su casa.

En el corto espacio de tiempo que el bandido estuvo solo, llevó la mano á la herida, cerró los ojos, y exhaló un ¡ay! doliente y lastimero, que Espinosa no necesitó oir para comprender toda la gravedad de la situacion en que se hallaba el enfermo, de cuya curacion habria desconfiado sin el preámbulo que el lector acaba de oir.

Espinosa no podia encargarse de corregir los padecimientos físicos de una persona sin apoderarse primero de su parte moral, y hacerse dueño, por decirlo así, de la conciencia del enfermo.

Ya lo hemos dicho en otra ocasion con mayor detenimiento: el doctor Espinosa no admitia la separacion del ente moral, ó mejor dicho, sin el consentimiento completo del espíritu, no se encargaba nunca de la curacion de la materia.

Cabezota, que habia cerrado los ojos, cediendo á la fuerza del dolor, se sobresaltó con la aparicion repentina de Adelaida, apenas hubo lanzado de su pecho aquel ¡ay! tristísimo, que tanto tiempo guardó, á costa de los mayores esfuerzos.

La virtuosa jóven, afligida por el grave pronóstico que sobre la salud de Cabezota leyó en el semblante de Espinosa, habia quedado oculta en el gabinete inmediato, y acudió solícita cuando oyó el quejido desgarrador del enfermo.

—Paco,—le dijo, acercándose al sillon donde estaba Cabezota, y con un acento dulcísimo,—¿qué tienes?... ¿Por qué no te quejas con libertad?

—No tengo nada,—replicó Cabezota, aturdido y avergonzado de que Adelaida hubiera sido testigo de lo que él tenia por una muestra ridícula de debilidad.

—No tienes confianza ya en tu amiga Adelaida?...—replicó la jóven con voz cariñosa, suave y tierna.

—Por Dios, señorita, no me hable usted así. Ese lenguaje me aflige...—dijo Cabezota.

Y el bandido tenia razon, porque por primera vez desde que entró allí las lágrimas asomaron á sus ojos, y su semblante daba muestras de un gran enternecimiento.

Adelaida le miraba con espanto, sin poder olvidar el pronóstico del médico, y afligida por lo que habia escuchado desde su escondite, dijo:

—¿Con que te quieres morir, Paco?... ¿Ya no te alegras de vivir á mi lado?

Cabezota, en cuyas facciones se retrataba lo mucho que sufria con la reconvencion de la jóven, bajó los ojos, y cayó de rodillas á sus piés.

El doctor Espinosa, que volvia corriendo al gabinete, fué el único testigo de aquella escena, verdaderamente sublime, en que el mas fuerte de los hombres estaba á los piés de la mas humilde de las criaturas.

El doctor no se atrevió á pasar adelante, y se detuvo en el umbral de la puerta, para seguir observando aquella escena, sin ser visto ni por Adelaida ni por Cabezota.

Y el generoso bandido, cediendo por fin á las repetidas instancias de la virtuosa jóven, se alzó en pié, y volvió á descansar su fatigado cuerpo sobre el sillon de brazos.

Adelaida permaneció sin alzar los ojos del suelo, avergonzada del entusiasmo y de las demostraciones de respeto que su presencia inspiraba á aquel hombre, á quien tanto habia obligado, sin que ella lograse adivinar la causa.

En el pálido semblante de Cabezota se retrataba una melancólica sonrisa, que, unida á la postracion de su cuerpo, revelaba el profundo dolor que abatia su espíritu.

Para el doctor Espinosa, que le seguia observando sin ser visto, el síntoma mas funesto del hondo sentimiento de Cabezota era el verle sentado mientras su señorita permanecia en pié, silenciosa y triste.

Parecia que esta cariñosa criatura estaba preocupada, buscando en su mente una palabra que pudiese calmar el dolor de su noble y generoso amigo.

Sin saber qué palabra decir, ni qué hacer para entretener la ausencia del médico, alzaba de vez en cuando sus ojos y dirigia al bandido una mirada de melancólica tristeza, que reanimaba breves instantes el semblante de aquel desgraciado.

Los esfuerzos de este por pagar con una sonrisa fingida aquellas demostraciones de afecto y de ternura, eran demasiado violentos, y aumentaban su postracion de una manera lastimosa y terrible.

—Paco,—le dijo por fin Adelaida,—¡cuánto sufres!

Cabezota se incorporó sobre su asiento, y dando á sus ojos una espresion de alegría que contrastaba visiblemente con la palidez mortal de sus facciones, respondió:

—No sufro, señorita... yo no sufro nada.

El acento del bandido era la verdadera espresion de los dolores que le atormentaban, y fácilmente hubiera adivinado el que le hubiera oido que mentia al afirmar que no sufria nada.

Así lo comprendió Adelaida, y, sentándose á su lado, clavó en él sus hermosos ojos, nublados por la tristeza, y le dijo:

—Me engañas, Paco; tú sufres mucho... y yo soy la causa de tu dolor.

—Verdad es, señorita,—replicó Cabezota, sonriendo con una, al parecer, completa tranquilidad;—verdad es que usted tiene la culpa de que yo sufra, porque la veo á usted sufrir, y eso me aburre.

—Paco,—repuso Adelaida, asombrada de la exagerada galantería del bandido,—no me hables así... Dáme palabra de retirarte ahora mismo con el doctor, y de no volver á salir á la calle hasta que estés completamente restablecido... Entonces yo te prometo que no te separarás nunca de mi lado.

Cabezota respondió con una amarga sonrisa, que hizo estremecer al doctor Espinosa, y Adelaida continuó:



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—¡Paco,—le dijo por fin Adelaida—cuánto sufres!

—¿No quieres vivir á mi lado?

—Yo no quiero nada, y quiero todo lo que usted me mande; ¿pero de qué sirvo yo ahora?... Mientras ha tenido usted enemigos, me he hallado fuerte y dispuesto para hacerles la guerra. Esta postracion me indica que ya no hay nada que temer... No me necesita usted para nada. Yo no tengo parientes en el mundo, y solo el cuidado de esa pobre niña me tenia sobresaltado; pero ya que usted se encarga de ella, estoy satisfecho.

—¿Y nada te importa de tus amigos?—dijo Adelaida conmovida.

Cabezota no dijo nada, y por única contestacion á las afectuosas palabras de Adelaida la besó la mano, y trató de incorporarse sobre la silla; pero la jóven se lo impidió, diciéndole:

—Paco, es preciso que apartes de tu mente esos pensamientos sombríos, y que no te ocupes de otra cosa sino de tu salud.

El bandido quiso protestar que se hallaba bueno poniéndose en pié; pero apenas se lo permitian sus fuerzas, y á pesar suyo, llevó la mano á la cabeza, abrasada por la inflamacion de la herida.

Adelaida alzó los ojos al cielo, asustada de la horrible serenidad de aquel hombre, que, ahogando el dolor que sufria, dijo, con voz al parecer tranquila:

—Señorita, yo haré todo lo que usted me mande; pero no merezco que ustedes se tomen tanto interés por mí... Si me tratasen con desprecio y me hiciesen daño, sufriria menos que con esas palabras tan cariñosas que usted me dice.

—¿Y por qué te habiamos de hacer daño?... ¿No me has salvado la vida en diferentes ocasiones?... ¿No te has dejado herir por mi causa?... Paco, eres muy bueno, y nunca te podremos pagar lo que has hecho por mí.

—No me hable usted así, señorita; mire usted que esas palabras me hacen mas daño que la herida. Si yo fuera bue-

no, no habria estado nunca á las órdenes del Duende, ni... en fin... soy muy malo.

—Te engañas, Paco; si no hubieras estado con el Duende, ¿quién me habria librado de su poder?

—Eso lo hizo el viejo Gregorio.

—Sí; pero sin tus cuidados habria perecido en Gibraltar, y luego en la Peña-Sacra.

—Tiene usted razon; pero si no hubiera hombres como yo en el mundo, no habria podido el Duende hacer tantas maldades.

—No importa... Era preciso que yo sufriese todos esos tormentos para que te debiera luego mi vida,—repuso Adelaida.

—Yo la debo á usted mucho mas que la vida.

Adelaida no sabia qué hacer, ni qué decir para distraer á Cabezota mientras volvia el doctor, y esforzándose por sonreir, le dijo:

—¿Con que te resuelves á ser mi limosnero?

—Seré todo lo que usted me mande.

—Verás cómo nos ocupamos de remediar las desgracias y la miseria de muchos infelices, y así olvidaremos nuestros pasados sobresaltos.

—¿Y el señorito don Fernando?...—preguntó Cabezota con cierto tono picaresco, y como si la vergüenza le hiciera callar alguna parte de la pregunta.

—¿No le has visto?...—repuso Adelaida ruborizada.

—Sí, señorita... pero no quiero decir eso. ¡Tengo mas ganas de que sea usted duquesa de Mont-Marsan!

—¿Para qué?—dijo con ansiedad Adelaida.

—¿Para qué ha de ser?... Para que sea usted feliz.

—¿Y nada mas?

—Nada mas,—replicó Cabezota sorprendido.

—Yo creí que querias pedirme alguna cosa cuando tomase posesion del ducado.

—Pues justamente...

—¿De veras?—replicó Adelaida alborozada.—¿Qué quieres? Dílo...

—Que siga usted siendo mi madrina, y que me dejen venir á ver á usted todos los dias.

Adelaida se sorprendió al oir á Cabezota, y con tono de reconvencion, le dijo:

—Yo creia que no podias dudar de mi amistad.

—Yo no dudo; ¡pero como me cuesta tanto trabajo para que me dejen entrar cada vez que vengo aquí... y lo mismo me sucede en casa del señor conde de San Fabian!... En todas las casas donde hay portero y tantos criados, se aburre uno antes de lograr ver á los amos.

—En mi casa,—dijo Adelaida sonriendo,—no habrá esas dificultades, y bastará que digas tu nombre para que nadie te impida el paso... Pero te ahorrarás esa incomodidad viviendo con nosotros...

—¿Yo, señorita?

—Sí; Fernando quiere tenerte siempre á su lado, porque no puede olvidar que te debo la vida.

—No me hable usted mas de eso.

—Pues sea como tú quieras; pero has de vivir conmigo para ayudarme á distribuir entre los pobres una gran parte de mis rentas. Ves pensando en lo que hemos de hacer para cuando estés bueno, porque Fernando nos acompañará en esa tarea.

—¿Ha vuelto usted á tener noticias de los guardas de la Peña-Sacra?—dijo Cabezota.

—Tienes razon,—contestó Adelaida, comprendiendo la intencion del recuerdo que le hacia Cabezota.—Cerezo, la Zagala y sus hijos serán los primeros á quienes hemos de socorrer con cuanto necesiten... les haremos venir á Madrid, para que no estén espuestos á ser devorados por las fieras...

—Ó por los hombres, que son algo peores,—dijo Cabezota;—pero dificulto mucho que ellos quieran abandonar

aquellas montañas... la Zagala principalmente... En no viéndose ella con nieve hasta la rodilla, persiguiendo á los javalíes y recorriendo el monte de noche y de dia, le parece que no vive... Se ahogaria si la encerráran en una casa de la córte, y no tendria ganas de comer el dia que no hubiese muerto un corzo por lo menos.

— Desde que salimos de allí, — repuso Adelaida, — dice que no ha vuelto á disparar un solo tiro, y que apenas sale de su casa.

— ¡Estará enferma! — interrumpió Cabezota, asombrado con lo que le decia Adelaida.

— En la última carta me decia que estaba buena, — replicó esta.

— Pues entonces, ¿en qué consiste ese cambio tan raro de vida?

Adelaida bajó la cabeza avergonzada, como si la pesára contestar á lo que Cabezota la preguntaba, y este añadió sonriendo:

— ¡Ya entiendo!... ¡La sucederá lo mismo que á mí!... Se acordará de lo que usted la dijo y de los consejos que la dió cuando la muerte de Pestaña, y no se atreverá ni á matar un pájaro... Aquella muerte, señorita, ¡no se me olvidará nunca!... Desde entonces seria incapaz de matar una mosca... Y estoy firmemente persuadido de que si todos los hombres la hubiesen oido á usted aquel dia, y hubiesen visto lo que hizo por salvar la vida á Pestaña, se acaban los asesinatos...

Cabezota se entusiasmaba á medida que iba recordando ese suceso, y como la debilidad de su cabeza era tanta, cayó desvanecido sobre la silla.

Adelaida lanzó un grito, y corrió á sostenerle, entrando al propio tiempo el doctor Espinosa, asimismo alarmado con aquel accidente.

El trastorno de Cabezota no era sino un desvanecimiento pasajero, que solo duró breves instantes.

De nuevo, y mientras volvia en sí, hizo el doctor retirar á Adelaida, y cogiendo del brazo al bandido, le sacó del gabinete ochavado, y le condujo hasta el portal, donde esperaba la berlina de la condesa para conducir al enfermo y á Espinosa á casa de este último.

CAPÍTULO CXVII.

El gabinete de la condesa.

Cuando Adelaida se dirigió al gabinete donde estaba la condesa de Baza, hacia un momento que esta señora habia quedado libre de la tumultuosa conversacion de la marquesa de Santa Rita, última de las visitas que recibió aquel dia en nombre de la duquesa de Mont-Marsan.

Eugenia, afectada por la escena que tuvo con la viuda de Sandoval, esperó en su gabinete á que la condesa estuviera sola para entrar á saludarla y á sufrir de seguro una reconvencion por haber estado demasiado tiempo fuera de casa.

Era la condesa tan impertinente en su trato como en su rezo, del cual ya tiene conocimiento el lector, y amaba demasiado á las dos jóvenes para dejar de reñirlas cariñosamente por todo, y de entremeterse en sus menores acciones.

Apenas vió entrar á Eugenia sola, la dijo:

—¿Y Adelaida?

—¿No está aquí?—preguntó á su vez Eugenia.

—¿Con que es decir,—repuso la condesa,—que no

la ha visto usted aun? ¿Viene usted en este momento á casa?...

—No, señora... He estado en mi gabinete.

—¿Dónde ha pasado usted tanto tiempo?

Eugenia no sabia mentir, ni se atrevia tampoco á darla parte de su espedicion á la calle de Segovia, porque la habria sido preciso referirla sus amores con Cárlos Sandoval y la prision de este, cosas ambas que ignoraba la condesa, y guardó silencio.

—Dígame usted la verdad, —añadió la condesa sonriendo; —¿ha vuelto usted al cementerio?

—No, señora, —contestó Eugenia, con tal acento de verdad, que la condesa quedó satisfecha de que la hija de don Lorenzo Vargas no habia ido á visitar el sepulcro de su padre, y la dijo:

—¿Ha ido usted á rezar el jubileo?... Hoy está en las monjitas Carboneras... Hace mas de dos meses que no he estado en esa iglesia.

Eugenia quiso ahorrarse de mentir contestando afirmativamente á la pregunta de la condesa, y procurando cambiar de conversacion, la dijo:

—¿Y cómo se encuentra usted hoy de la cabeza?

—De la cabeza, mucho mejor que ayer, y me parece que pasaré el dia sin jaqueca, á pesar de que esa bendita marquesa de Santa Rita habla mas que un sangrador, y me ha atolondrado; pero las piernas no quieren tenerme, y el estómago no hace bondad tampoco. Ya se vé, son setenta años los que he cumplido ayer...

—¡Setenta años! —repitió Eugenia, asombrada.

—Tres duros y medio, como decia la mujer del difunto mayordomo de la casa de mis padres, —repuso la condesa, sonriendo.

Y rezó en seguida un *Pater noster* por el alma del mayordomo.

—¿Ha salido Adelaida? —preguntó Eugenia, despues

que concluyó de acompañar á la condesa en sus oraciones.

—Está en el gabinete con el doctor Espinosa, —contestó la condesa; —pero si sabe que estoy sola, no tardará en volver aquí, porque mientras tengo visitas, siempre halla un pretesto para no estar á mi lado... Y el caso es que todas las que he recibido hoy han sido por ella... Personas que no me han visitado nunca vienen á darle la enhorabuena, y la mayor parte, si pudieran desheredarla, lo harian... Entre las gentes de nuestra clase es moneda corriente la envidia.

—¿Es posible?

—Lo que usted oye, hija mia; cuando haya usted vivido setenta años, verá como tengo razon.

—¡Setenta años! —dijo Eugenia, suspirando.

—Se pasan como un soplo de viento, —repuso la condesa. —Yo me acuerdo de lo que hice hace cincuenta años como si hubiera sido ayer.

—¡Cuando se vive felizmente! —replicó con amargura Eugenia.

—¡Feliz! —repuso la condesa suspirando. —¡No lo es nadie en este mundo!... La felicidad solo se encuentra en el otro.

Eugenia se sonrió alegremente, como si estuviera en vísperas de alcanzar esa felicidad que la condesa colocaba mas allá del sepulcro, y dijo:

—Usted ha sido muy feliz, ¿no es cierto?

—Así lo han creido las gentes, y ese es un principio de felicidad.

—¿Pero usted no lo era?

—¿La serviria á usted de algun consuelo saber que he sido desgraciada?

—A mí, —contestó Eugenia turbada, —no me alegra la desgracia de nadie.

—Ya lo sé, hija mia; pero el corazon que sufre siente

un alivio al encontrar otro que ha sufrido... por la misma causa tal vez.

Las palabras de la condesa hicieron á Eugenia bajar los ojos, avergonzada y pesarosa de haber provocado una esplicacion que no podia ser completa por parte suya.

La condesa sabia únicamente que Eugenia estaba enamorada; pero ignoraba los pormenores de su pasion, y la dijo:

—Yo tambien amaba á otro hombre cuando me casaron con el conde de Baza, persona ilustrada y buena, que habria hecho la felicidad de cualquier mujer que no llevára en su pecho la inestinguible llama de los primeros amores.

El fuego y la espresion con que la condesa pronunció esas palabras, y la atrevida calificacion que hacia de la primera pasion amorosa de la juventud, dejarón sorprendida á Eugenia.

Jamás la jóven enamorada y sensible hubiese sospechado que aquella señora, pobre, al parecer, de espíritu, y cuyo frio semblante parecia proclamar la muerte de todos los afectos del alma, hubiera sido jóven algun dia, ni tenido vivas nunca sus, ya muertas, pasiones.

Eugenia era injusta consigo misma al pensar así de la condesa, porque ella habia jurado que su pasion por Cárlos Sandoval seria imperecedera y que duraria tanto como su propia vida.

Sin embargo, oir á la condesa hablar con tanto entusiasmo de sus primeros amores, y ver brillar en su semblante el fuego de sus años juveniles, era, á la verdad, sorprendente y raro.

Parecia que sus lábios no sabrian plegarse ya á las sonrisas del amor, y que su corazon, elevado al trono del Señor, no podria sentir ningun otro recuerdo mundano.

Eugenia creia imposible que setenta años de edad no fuesen bastantes á apagar toda clase de afectos, y hasta la sorprendia que la condesa pudiese conservar memoria de ellos.

Pero la animacion que tomaron sus facciones al pronunciar aquellas palabras, la energía de su voz y la vivacidad de sus movimientos, indicaba que aun habia un pensamiento que pudiera resucitar aquel corazon, al parecer helado y yerto.

La reaccion que se obró en el semblante de la condesa, fué un sacudimiento galvánico que dió vida y juventud á su alma, aproximándola, por decirlo así, á la de Eugenia.

Esta desdichada criatura no cesaba de mirarla con asombro, y la condesa le dijo:

—¿La sorprende á usted, hija mia, que yo no haya sido feliz?...

—No, señora; no me sorprende... pero...

—¿No lo habria usted adivinado?

—Jamás.

—Todas las personas que me han tratado dirian lo propio, si las dijera lo que he confiado á pocas amigas mas que á usted... Clotilde, á quien quiero mas que á una hermana, no sabe que me casé con su primo sin amarle.

—¿Y no pudo usted negarse á esa boda?

—¿Sabe usted, hija mia, cómo se hacen los matrimonios en nuestras familias?

Eugenia se encogió de hombros, y la condesa añadió:

—Obligadas por nuestro nacimiento á formar parte de todas las reuniones brillantes de la alta sociedad, nuestro corazon dá rienda suelta á sus pasiones, y halaga aquellos sentimientos que mas tarde han de sufrir una amarga censura ó una cruda guerra por las mismas personas que nos alentaron á fomentarlos... Un estranjero cualquiera que ha sido presentado en nuestras sociedades; un militar sin otro patrimonio que su espada; un literato que por su talento se ha hecho digno de hombrear con las notabilidades aristocráticas... Todos son á propósito para galantearnos en un baile, y á ninguno de ellos le está prohibido despertar en nuestro corazon una pasion, que mas tarde nos ha de

hacer desgraciadas. Nuestros padres, mientras tanto, entablan negociaciones para nuestro enlace con un indivíduo de la familia á quien no hemos visto nunca, ni vemos muchas veces sino despues de estar unidas á él por toda la vida. El esposo que nos preparan se entretiene públicamente, y hasta la víspera de la boda, en enamorar á diferentes mujeres, con las que no puede contraer matrimonio por no ser de clase igual á la suya...

El tono sarcástico con que la condesa pronunciaba estas palabras sorprendió mucho á Eugenia, porque sabia que aquella señora era exagerada en cuanto á la observancia ridícula de la etiqueta aristocrática.

Pero lo que la condesa decia no estaba en contradiccion con lo que practicaba en su casa desde que se hubo enlazado con el conde de Baza, y parecia que habia adivinado la sorpresa que su lenguaje causaba á Eugenia, cuando, mirándola con intencion, la dijo:

—El hombre de quien yo me habia enamorado, y el único que he amado en mi vida, era de nacimiento mas ilustre y superior en títulos y en rentas al conde; pero un pleito de señorío habia enconado á mi familia con la suya, y nada fué bastante á disuadirles de su porfiado rencor... Hasta la gracia de encerrarme por toda mi vida en un convento me fué negada por mis padres, que, á pesar de todo, me querian con delirio...

—¿Y no era fácil hacer que concluyese el pleito con vuestro matrimonio?—preguntó Eugenia.

Y la condesa se disponia á contestar á esa pregunta, cuando entró Adelaida en la sala, alborozada y risueña, con una carta abierta en las manos.

—¿De quién es esa carta, hija mia?—dijo la condesa á Adelaida, despues que esta la dió un beso en la frente, y hubo cambiado otro con su amiga Eugenia.

—De mi querida superiora,—respondió Adelaida con voz alegre.

—¿Y cómo está?—preguntaron casi á la vez la condesa y Eugenia.

—Esta noche vendrá á decírnoslo ella misma.

—¿Es posible?—repuso la condesa.

—No viene ahora,—replicó Adelaida,—porque quiere esperar á que sea de noche, para no escitar la curiosidad del público.

—¿Pero sale en completa libertad?

—Sí, señora.

—Me alegro...—dijo la condesa.—Se ha portado el padre Romualdo.

—¡El padre Romualdo!...—repitió Eugenia sobresaltada.

—No ha sido ese sacerdote el que ha conseguido la libertad de nuestra querida amiga,—dijo Adelaida.

—O el conde de San Fabian,—repuso la condesa;—es lo mismo.

—Tampoco ha sido el conde...

—¿Pues quién ha sido?

—Fernando,—contestó Adelaida con cierto aire de vergüenza, que añadió hermosura á su semblante.

Y acercándose á Eugenia, la besó nuevamente, y tomó asiento á su lado.

—Era natural,—repuso la condesa,—que Fernando tomára á su cargo la libertad de mi prima, y Clotilde se alegrará mucho de que haya sido el futuro esposo de su querida Adelaida el que la proporciona el placer de estar otra vez á su lado... Pero todo anda al revés hoy dia, porque lo natural era que hiciese mas fuerza un eclesiástico que un militar en asuntos de esa especie.

—El padre Romualdo,—replicó Adelaida,—no ha dado paso alguno para sacar á Clotilde del convento.

—No lo creas, hija mia,—dijo la condesa sonriendo.—Eso te lo dirá Fernando para llevarse él solo la gloria de esa empresa.

—Fernando no sabe mentir, —interrumpió con viveza Eugenia.

—Fernando no me ha dicho nada,—repuso Adelaida.—Oiga usted lo que me dice Clotilde.

Y desdoblando la carta que tenia en la mano, leyó en voz alta lo siguiente:

«Hija mia Adelaida: Dentro de pocas horas tendré el »gusto de abrazarte y de volver al lado de mi querida pri»ma y de la cariñosa Eugenia. En este momento me en»cuentro en libertad, gracias á la buena amistad de Fer»nando, cuya prision me habíais ocultado, á pesar de las »muchas veces que te pregunté por él manifestándote gran»des deseos de verle.»

—¡La pobre señora,—dijo Adelaida interrumpiendo la lectura,—no sabe que yo ignoraba esa desgracia!...

«He preferido,—añadió leyendo,—esperar á la noche »para salir de aquí, por evitar la impertinente curiosidad »del público, que tanto me mortificó el dia de mi arresto. »El padre Romualdo, que, segun me decias en tu carta, era »la persona encargada por el conde para trabajar en mi fa»vor, nada ha hecho, y era natural que sucediese así. Ese »sacerdote, á quien no recuerdo haber hecho ningun mal »nunca, no podia cumplir su palabra, porque él solo ha »sido la causa de mi desgracia, y la horrible acusacion que »ha pesado sobre mí está suscrita por él...»

—¡Qué horror!—gritó Eugenia.

—Eso no puede ser verdad,—dijo la condesa.

—Es demasiado cierto por desgracia,—replicó Adelaida.—Oigan ustedes el final de la carta, y verán cómo Clotilde tiene razon.

«Quiero antes de estrecharte de nuevo en mis brazos,— »continuó Adelaida leyendo,—decirte la acusacion que me »ha hecho el padre Romualdo, porque de palabra no me »atreveria á hablarte de ella, y porque me he decidido á »olvidar, cuando volvamos á estar reunidas, ciertos recuer-

»dos, que me matan y que no tengo fuerzas para soportar »por mas tiempo. Ya conocerás que aludo á la dolorosa es»cena que ocurrió en Paris despues de tu nacimiento... »cuando comprometida por el abad de Maqueda á ocultar »la deshonra de su sobrina, privé á mi desdichada amiga »del placer de besarte al abrir los ojos á la luz del dia...»

Adelaida suspendió un momento la lectura, y sus brazos cayeron involuntariamente sobre los hombros de Eugenia, á tiempo que esta buscaba con afan los de su amiga.

Ambas se enternecieron con el recuerdo que sor Clotilde hacia de su pobre madre, y derramaron abundantes lágrimas sin soltarse la una de los brazos de la otra.

La condesa se afectó demasiado con aquella escena, y tirando del cordon de la campanilla, dijo con voz trémula:

—¡Mónica!... ¡Mónica!...

Adelaida se soltó de los brazos de Eugenia, y acercándose con presteza á la prima de sor Clotilde, la dijo:

—¿Se siente usted mala?... ¿Qué tiene usted?...

—Nada... no tengo... nada...—respondió con angustia hiposa la condesa.—¡Mónica!... ¡Mónica!...—volvió á gritar de nuevo.

Y cuando asomó allí la anciana doncella, la dijo:

—Vamos, mujer... ¿qué estabas haciendo? Tráeme corriendo el gorro de San Anastasio...

Doña Mónica se dirigió gruñendo hácia una papelera de concha que habia en el gabinete, y la condesa añadió:

—No gruñas, Mónica, no gruñas... Te vas haciendo muy fastidiosa.

—¿No lo ha conocido vuecencia hasta ahora?...—replicó doña Mónica entre dientes.

—¿Qué dices?—la preguntó la condesa.

—Nada, señora; no digo nada.

—Pues anda, date prisa, que me duele mucho la cabeza.

—Aquí no está el gorro.

—¿Pues dónde le has puesto?... —dijo la condesa, sin dejar de bostezar.

—Yo no le he visto desde que se le puso vuecencia para quitarse la jaqueca de antes de ayer.

—¡Jesús!... ¡Dios mio!... No teneis cuidado con nada. Mira á ver si está entre las hojas del *Año Cristiano*.

Doña Mónica se dirigió hácia el reclinatorio de la condesa, y abriendo un libro que habia encima, sacó un tafetan hecho varios dobleces, y dijo:

—Ea, aquí está el gorro... lo mismo sirve esto para la jaqueca, que la carabina de Ambrosio.

—¡Jesús, María y José!...—esclamó la condesa asustada.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!—repitió del mismo modo, y menudeando las cruces sobre su frente.—Quítate de mi vista, Mónica... Tú estás en pecado mortal...

—¿Por qué?...—preguntó horripilada la doncella.

—¿Y me lo preguntas?... Dáme ese gorro, y véte á hacer exámen de conciencia para que te confieses mañana sin falta, y...

Doña Mónica se encogió de hombros mirando á las dos amigas, que, á pesar de la tristeza que les habia causado la lectura de la carta, no podian dejar de sonreir con las estravagancias de la condesa.

Y esta continuó diciendo:

—¿Con que lo mismo es una reliquia que la carabina de Ambrosio?... ¡Qué herejía!... ¡Dios eterno!... Si digo yo bien, que te vas maleando!... Tú acabarás por perderte, Mónica.

La vetusta doncella, que si no estaba ya en disposicion de ganarse, tampoco podia perderse, como decia su ama, desdobló el tafetan, que no era sino un casquete, especie de gorro griego de cuatro cascos de raso blanco, en los que se veian grabadas diferentes imágenes de santos, entre ellas la de San Anastasio.

Al rededor habia una inscripcion, que decia: *Bendecido y*

tocado en la cabeza de San Anastasio, mártir. Cura la jaqueca y todos los dolores de cabeza.

Doña Mónica llevó á su ama el casquete, y la dijo:

—Ya sabe vuecencia que yo no tengo fé en esta reliquia, porque me figuro que es apócrifa...

—No importa, —dijo la condesa algo mas tranquila;— que no te vuelva yo á oir hablar así de las cosas divinas.

—¡Pero si ese gorro le trajeron de Paris!...—replicó doña Mónica, como si pretendiera justificar de ese modo sus palabras.

—Y qué... ¿Paris es algun pueblo de herejes?

—No, señora; pero yo en eso de reliquias no me fio de los franceses, porque me acuerdo de lo que hicieron en España con los vasos sagrados y con todo lo que sacaron de las iglesias...

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? Vaya, pónmele, y déjate de tonterías.

Doña Mónica cubrió la cabeza de su señora con el gorro de San Anastasio, y poco faltó á nuestras jóvenes para reirse al ver la estraña figura que hacia la condesa.

Adelaida, que se habia aproximado á preguntarla si se le ofrecia alguna cosa, ayudó á colocarla el gorro, y la dijo:

—Acuéstese usted, si tiene jaqueca.

—No es precisamente jaqueca, sino histérico...—repuso la condesa.

—Pues no importa, —dijo Eugenia;—acostada estará usted mejor.

—Tienen ustedes razon, —repuso la condesa.

Y apoyándose en el brazo de doña Mónica, salió del gabinete, diciendo:

—Parece aprension; pero ya estoy mas aliviada.

—Manías...—dijo entre dientes la doncella.

—No gruñas, Mónica; te vas haciendo insufrible.

CAPITULO CXVIII.



Un amor sin esperanza.

Apenas quedaron solas Adelaida y Eugenia, esta rogó á su amiga que concluyese de leer la carta de sor Clotilde, y Adelaida dijo:

—Es escusado; su lectura volveria á entristecernos, y ahora quiero estar alegre... Hace tanto tiempo que no nos hemos reunido para otra cosa que para sufrir, que ya tengo ganas de que nos riamos un rato las dos solas... No quiero pensar en nada mas sino en que esta noche volveremos á abrazar á Clotilde, y nos acompañará Fernando.

Eugenia se sonrió dolorosamente, esforzándose por acompañar á su amiga en la alegría á que se entregaba, despues de haberse afligido un momento al leer por segunda vez la carta de la superiora.

Desde que se habian encontrado, al cabo de cinco años de separacion, en el Hospital General, no habia visto Eugenia tan alegre, ni al parecer tan satisfecha, á Adelaida, ni esta habia tenido en todo ese tiempo una espansion de ánimo como la que sentia en ese momento.

Afligida por la dolorosa escena que presenció en el gabinete ochavado, al dirigirse al de la condesa, recibió la

carta que acababa de leer; la noticia de la libertad de sor Clotilde habia obrado en su espíritu una repentina y efímera mudanza.

Eugenia lo atribuia simplemente al buen estado de sus amores con Fernando, y recordando con pena la entrevista que acababa de tener con la madre de Cárlos, y la desgracia de este, la dijo:

—Tú no debes sufrir ya nada, querida mia. Han desaparecido los obstáculos de tu matrimonio, y vivirás feliz con mi hermano Fernando.

—Tú lo serás tambien con nosotros,—replicó con viveza Adelaida.

—¡Yo!... Sí,—contestó Eugenia, lanzando á su pesar un hondo suspiro.

Adelaida aparentó no comprender el dolor de su amiga, cuyas causas le eran harto conocidas, y la dijo:

—Mira, Eugenia, nuestra vida ha sido hasta aquí una série contínua de infortunios, que el cielo ha querido prolongar por algun tiempo, y que durarán tal vez aun para poner á prueba nuestra fé, demasiado vacilante en muchas ocasiones; pero ahora que se ha despejado el horizonte de nuestra existencia, ya no debemos pensar en otra cosa sino en dar gracias á Dios, que, sin merecerlo, nos colma de favores.

—Dices bien, Adelaida,—replicó Eugenia con dolorosa sonrisa;—debemos dar gracias á Dios.

—Si hubieras oido,—añadió Adelaida, aparentando de nuevo no comprender la intencion de las palabras de su amiga;—si hubieras oido lo que me acaba de decir el doctor Espinosa, estarias tan alegre como yo.

—¿Pues yo estoy triste?—dijo Eugenia.—Mi hermano y tú sois felices, y yo no tengo en el mundo á nadie mas que á vosotros.

—Sí; pero tú has de ser feliz tambien.

—Yo lo soy mucho.

—No es verdad, Eugenia, no lo eres; pero lo serás algun dia, y para ello es preciso que empieces por no considerarte desgraciada.

Eugenia no podia fingir por mas tiempo en presencia de su amiga.

Su corazon latia con violencia, y la angustia de su pecho se retrataba visiblemente en su semblante.

—Adelaida,—dijo, arrojándose en los brazos de su amiga,—¡yo ya no puedo ser feliz!... Solo vivia para Cárlos, y Cárlos...

—Cárlos,—interrumpió con viveza Adelaida,—es indigno de tu amor.

—Pero no de mi vida, que la consagraré toda á su amor.

El fuego con que Eugenia pronunció esas palabras estremeció á Adelaida, y no sabiendo qué decir, ni qué hacer para aliviar el tormento de su amiga, la pasó la mano por la frente, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si quisiera reconvenirle por lo que acababa de decir.

Y así lo comprendió Eugenia, que, clavando en ella sus hermosos ojos, la dijo:

—No te incomodes, hermana mia, ni me reprendas por una pasion que yo he querido arrancar de mi pecho á toda costa, sin haber logrado otra cosa que avivar la llama al atizar la hoguera... Me habia propuesto no hablar á nadie de ese amor, que por espacio de siete años ha formado mis mayores, mis únicas delicias, y no he podido cumplir mi propósito...

—¿Tambien á mí pensabas ocultarme lo que sufrias?—dijo Adelaida con tristeza.

—Si como yo hubieras sido desgraciada, no; porque juntas habriamos llorado nuestras penas... pero te veo feliz, y no queria mezclar con tus sonrisas mis lágrimas, ni responder á tus gritos de alegría con los ayes de mi dolor.

—¡Qué injusta eres, Eugenia!

—¡No me digas eso, Adelaida!... Tú has sufrido demasiado para que yo quiera turbar los primeros instantes de felicidad que vas á disfrutar despues de veinte años de horribles padecimientos!

—¿Y no sabes que yo no puedo ser feliz si tú eres desgraciada?... ¿Ignoras que tu vida me pertenece como la mia propia, y que no hay entre nosotras sino un solo deseo y una sola voluntad?... Juntas hemos vivido, y juntas seremos siempre ó felices ó desgraciadas... Dentro de un alma no caben á la vez los dolores y los placeres.

—¡Qué buena eres!—esclamó Eugenia.

—¡Sin embargo, te habias propuesto engañarme!...—dijo Adelaida en tono de reconvencion.

—¡Ah!... No; yo no queria engañarte; tenia miedo de hacerte sufrir... ¡Nada me decias de Cárlos!

—Nada debo decirte tampoco... Fernando sabrá librarle de la deshonra... y eso te basta.

—¡No me basta!...—dijo Eugenia con voz fuerte.—Yo quiero verle... hablarle... saber qué ha hecho de aquel corazon que tantos juramentos me hizo de no vivir para nadie sino para mí... Necesito convencerme de que ese desgraciado es el mismo á quien yo he adorado tanto tiempo, á quien adoro aun; y quiero ver si el criminal que yace hoy en un calabozo es el hombre inocente, generoso y bueno, cuya imágen vivirá siempre grabada en mi corazon...

—¡Eugenia!... ¡Eugenia!...—dijo Adelaida asustada.

—¡Perdon, hermana mia, perdon!...—repuso Eugenia con voz algo mas débil.—Perdóname si te digo que necesito convencerme por mí propia de que ese hombre, á quien pronto vá á deshonrar la justicia, es Cárlos Sandoval... el militar pundonoroso y valiente que no tenia otro patrimonio sino su espada y su honra... Yo quiero estar á su lado para inspirarle y darle con mi vista valor para que defienda esa honra... quiero estar á su lado para tapar la boca á la calumnia, que pretende ahogar la voz de su inocencia... y

quiero, en fin, gozar el placer de verle confundir á sus detractores...

Adelaida estaba cada vez mas aturdida oyendo á Eugenia, y temiendo que la fuese demasiado funesto el contrariar abiertamente su desgraciada pasion, la dijo:

—Cálmate, Eugenia, cálmate por piedad, y no te olvides de que yo estoy siempre dispuesta á ayudarte en todo lo que tú quieras.

—¿Vendrás conmigo á ver á Cárlos?—replicó con ansiedad Eugenia.

—Si fuera prudente que tú le vieras, nadie mas que yo tendria el derecho de acompañarte.

—Yo debo ir á verle.

—¿Para qué?

—Para convencerme de que es inocente.

—¿Y si no lo fuera?

Eugenia bajó los ojos avergonzada, y Adelaida añadió:

—Si las apariencias le condenáran... si su misma inocencia le hubiese hecho víctima de un lazo infame, que hoy le presentára como un verdadero criminal, ¿no temes que tu presencia le ocasione la muerte?

—¡La muerte!...—repitió Eugenia horrorizada.

—No lo dudes, Eugenia: inocente ó criminal, Cárlos no podria resistir tu vista... En el primer caso, le mataria la vergüenza; en el segundo, le ahogarian los remordimientos.

—¿Y habré de dejar de verle?

—Sí.

—¡Ya no tiene en el mundo otra persona mas que yo que se interese por él! ¡Su madre le abandona!

—¿Su madre?...—preguntó Adelaida.—¿Sabe ya esa pobre señora la desgracia de su hijo?

—Sí... le ha visto, y le ha negado el consuelo de abrazarle.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ella misma,—dijo Eugenia.

Y en breves palabras refirió su entrevista con la viuda de Sandoval.

La justa opinion que Adelaida tenia formada de doña Dolores Alonso de Sandoval, habria sido suficiente para convencerla de la culpabilidad de Cárlos, si ya no lo hubiese estado de antemano por Fernando, y nada dijo cuando Eugenia acabó su relacion. Pero despues de un momento de silencio, y persuadida de que era preciso abordar de una vez aquel asunto, para borrar del corazon de su amiga una pasion funesta, que habria de acarrearla una série interminable de nuevos padecimientos, la cogió cariñosamente la mano, y la dijo con su acostumbrado dulcísimo acento:

—Eugenia, mírame.

Obedeció esta á la voz de su amiga, y Adelaida continuó:

—¿Te acuerdas de nuestras horas de conversacion en el Hospital?

—Sí,—contestó Eugenia sorprendida.

—¿Sabes lo que me dijiste cuando yo me entregaba al dolor por la imposibilidad de mi matrimonio con Fernando?

Eugenia no respondió nada, y Adelaida siguió diciendo:

—Yo te hice entonces una sola vez la ofensa de decir que no tenia á nadie en el mundo, y tú me reprendiste justamente por que olvidaba tu cariño... Pues bien, Eugenia; piensa tú ahora que tienes dos hermanos, que no solo participan de tu desgracia, y ansían compartir entre ambos tus sufrimientos, sino que cada uno de ellos siente tu pena como si únicamente fuera suya propia...

Eugenia besó la mano á su amiga, que, esforzándose para ocultar su agitacion, añadió:

—Yo veia tu dolor y le respetaba; pero me habia propuesto no hablarte de él, porque estaba persuadida de que no lograria de otro modo hacerte olvidar esa pasion funesta, que te hace víctima de un amor sin esperanza.

—¡Sin esperanza!—murmuró Eugenia.

—Sí, querida hermana mia... sin otra esperanza que el consuelo de que tus hermanos te acompañen en tu dolor... Tú podrias ser la esposa de un inocente acusado, en el momento que se rehabilitára á los ojos de la sociedad; pero no puedes serlo nunca de un hombre que ha vendido ya su libertad y su mano á otra mujer, indigna de llevar un nombre honrado como el de Cárlos Sandoval.

Adelaida pronunció estas últimas palabras con un acento tan dulce, que Eugenia dejó caer su cabeza sobre el hombro de su amiga, y sus ojos vertieron copiosas lágrimas.

CAPÍTULO CXIX.

Una entrevista de amor.

El dia siguiente á la entrevista de las dos amigas, en la sala contígua al gabinete de la condesa, le pasó Adelaida al lado de su querida superiora, y puede decirse que apenas se separaron un instante la una de los brazos de la otra.

Pocas horas despues de hallarse reunidas, ya no ignoraba sor Clotilde ninguno de los accidentes ocurridos durante su prision, y Adelaida habia recibido de su superiora la sancion cumplida de todos sus propósitos para el porvenir.

Se ocuparon con predileccion de la desgracia de Eugenia, afligidas por las noticias que del mal estado de la causa de Cárlos las dió Fernando; se informaban con frecuencia de la salud de Cabezota, cuya situacion era cada vez mas grave; y por último, pensaron detenidamente en lo que deberian hacer para practicar la caridad de la manera que habia indicado el doctor Espinosa.

A este y á los tres indivíduos de la Partida del Trueno habia visto la superiora apenas salió en libertad, y todos convinieron en que debia realizarse sin detencion el matrimonio de la jóven duquesa de Mont-Marsan con Fernando,

para labrar la felicidad de ambos y dar á Adelaida una posicion libre de las asechanzas de sus enemigos, y un defensor natural contra las desgracias que pudieran sobrevenirla.

Todos estaban impuestos del estraordinario cariño que el Vizco sentia por Eugenia, y todos hubieran deseado hallarse en la situacion de esa jóven, para pagar con su mano tantos y tan generosos sacrificios; pero ninguno osó decir una sola palabra, y todos, por el contrario, respetaban el dolor de Eugenia, que, aunque parecia algo mas tranquila desde su entrevista con Adelaida, seguia encerrada en su gabinete, sufriendo el bárbaro dolor de sus desdichados amores.

Sor Clotilde habia sido la única que se habia atrevido á interrogar indirectamente, y en ocasiones distintas, á Eugenia y á Mendoza, y sentia no poder hallar la manera de convertir la gratitud en amor, ó el amor en reconocimiento.

Indudablemente la superiora hubiese preferido lo primero, porque creyéndolo una recompensa merecida por el Vizco, libraba á Eugenia de una desgracia funesta, que la amenazaba de seguro si seguia alimentando un amor completamente imposible.

Mucho se habria alegrado sor Clotilde de reducir á Eugenia para que correspondiese con su amor al del Vizco; pero no se atrevió á intentarlo directamente, por miedo de que fuese prematuro cualquier proyecto, ínterin estuviese preso Cárlos Sandoval.

La superiora de las hermanas de la Caridad habia sido una mujer de grandes pasiones en los primeros años de su juventud, y disculpaba el temerario amor de Eugenia; pero su edad y las virtudes que la adornaban, la hacian pensar con la cabeza mas bien que con el corazon, y por eso deseaba que Eugenia renunciase á los delirios febriles de un amor sin esperanza, y acogiese el profundo, al par que respetuoso cariño de Mendoza.

Estaba además decidida á vestir de nuevo el hábito de San Vicente Paul, resolucion que solo habia confiado al doctor Espinosa y al conde de San Fabian, y no queria separarse de las dos amigas sin dejar asegurada su felicidad.

Nada dijo de este pensamiento á Adelaida, que gozaba con la esperanza de tener siempre á su lado á su segunda madre, y que, cediendo á sus consejos, la habia autorizado á realizar brevemente su matrimonio con Fernando, y á ponerla en plena posesion del ducado.

Y mientras sor Clotilde se ocupaba de arreglarlo todo, ayudada por el conde de San Fabian, Adelaida consolaba á su amiga Eugenia, acompañaba á la condesa de Baza, y esperaba con impaciencia que la permitiesen ir á visitar á Cabezota, de cuyo lado apenas se apartaba un momento el doctor Espinosa.

Adelaida preguntaba con doloroso afan á cuantos venian de verle; pero nadie le decia el estado verdaderamente grave del enfermo, y esas noticias, que ella creia sinceras, aliviaban en gran parte su pena.

Vestida con una elegante, pero sencilla, bata de raso color de lila, y cubiertos modestamente sus hombros con una manteleta de terciopelo negro, estaba sola en su gabinete, sentada en un sitial de damasco amarillo, con una pluma en la mano y el codo apoyado sobre una papelera, en el momento en que entró uno de los criados de la condesa á anunciarla la visita del señorito Fernando.

Se alzó en pié ruborizada, soltó la pluma, se pasó ambas manos por el cabello, y dijo:

—Que pase adelante.

Fernando ahorró al mensajero la molestia de repetir el permiso de la señorita, y se presentó al punto en el dintel de la puerta por donde salió el lacayo.

Adelaida se fué á sentar en el sofá que estaba en frente de la papelera, y así recibió á su futuro esposo, que saludándola desde la puerta con respetuosa galantería, se acer-

có á estrecharla la mano, y tomó asiento á su lado en el sofá.

—¿Estás sola?—la dijo asombrado.

—Sí,—respondió tranquilamente Adelaida.

—¿Quieres que me retire?...—repuso aquel, disponiéndose á levantarse del sofá.

—Haz lo que quieras,—dijo Adelaida con dignidad.—¿Pero á qué has venido?

—¿Y tú me lo preguntas?...

—¡Como quieres retirarte!...

—Ya sabes por qué...

—Quisiera no adivinarlo...—replicó Adelaida.—¡Ay! Si tú pudieras ofenderme alguna vez, seria ahora... con lo que me has dicho...

—¡Tienes razon, ángel mio!... Eres tan buena que yo no puedo ofenderte nunca... Perdóname por lo que acabo de decirte... ¿Qué estabas haciendo?

—Contestando á la carta que recibí ayer de la guardesa de la Peña-Sacra.

—¿La dices que venga?

—Sí.

—Tengo muchos deseos de conocer á esa mujer.

—Es muy buena,—dijo Adelaida.

—Es la que te salvó la vida,—repuso con entusiasmo Fernando.—A no haber sido por ella, mi venida á España habria sido inútil, ó tardía cuando menos.

—¡Tardía!...—repitió Adelaida.

—Sí, porque no hubiera tenido ni el placer de morir al mismo tiempo que tú... Despues de una ausencia tan larga, y privado de tus cartas tres años, habria llegado á Madrid para besar la losa que cubriese tu corazon, á los pocos instantes de haber consagrado su último suspiro á mi memoria.

—¡Sí, á tu memoria!...—esclamó Adelaida ruborizada, pero sin poder reprimir sus palabras.

—Me amas mucho... ¿no es verdad, ángel mio?...

—¿No lo sabes?...

—Quiero oirlo de tu boca...

—No te lo he dicho nunca... verdad es... pero tú lo has adivinado, y esto te basta.

—No me basta... no; quiero que me lo digas una vez y otra... y ciento... quiero que me lo repitas sin cesar, para tener envidia de mí mismo... quiero que tus lábios me digan... «yo te amo,» para que mis oidos se llenen de esa felicidad que he ambicionado por tanto tiempo... para que tus palabras purifiquen la atmósfera que respiro... para que el celestial aliento de tu voz de ángel caiga sobre mi frente y la abrase... quiero, en fin...

—Fernando,—interrumpió Adelaida bajando los ojos,—por piedad... no me digas esas cosas...

—¿Por qué no, ángel mio?

—¡Me haces mucho mal!...

—¡Ese mal es amor!... ¡Ay!... Díme que me amas.

—¡Sí... te amo... Fernando!—dijo con voz débil y trémula Adelaida.—¡Te amo!...

—¡Dios mio!...—esclamó Fernando.—¡Qué feliz soy!

Adelaida no se atrevia á alzar los ojos del suelo, y su cabeza, ligeramente inclinada sobre el pecho, la daba un aspecto verdaderamente sublime.

El candor de su alma se leia en las manchas purpurinas que salpicaban su frente, en el encendido carmin que teñia sus mejillas, y en la suave tinta rosada que cubria sus abultados párpados.

Su negra cabellera, partida en dos anchas bandas, realzaba la hermosura de su dulcísima fisonomía, y la nacarada blancura de sus manos lucia de una manera brillante sobre el terciopelo negro que cubria sus rodillas.

Fernando, por el contrario, con la cabellera dorada como la de un niño de corta edad, tenia cubierto el semblante de una tinta rosada, que confirmaba el sobrenombre que

le habian dado de *Angel de la guerra* en el ejército carlista.

Pero la dulzura de sus facciones, la modestia de sus miradas, y la templanza, en fin, de sus movimientos, le habria hecho apellidar mas bien *Angel de la paz* á los que le hubiesen visto al lado de su amada, con la humildad de un niño y la timidez de una doncella el primer dia que frisa en los quince abriles.

El semblante de ambos estaba cubierto con una ligera tinta rosada, que parecia pasar y repasar sobre sus facciones, velándolas sin teñirlas, como las nubes de fuego que cubren el pabellon azul del cielo, sin manchar su delicada trasparencia.

La sombra purpurina que vagaba en derredor de Adelaida, cubriendo completamente su figura, era un vapor de pureza que exhalaba su inocente y cándido corazon.

Era como el vapor que exhala la tierra sobre los purísimos pétalos de la encendida rosa, hasta que el beso de los primeros rayos del sol atraviesa osado la gasa del rocío y abrasa la belleza de la flor.

La rosada aureola que cubria el rostro de Adelaida era, en suma, el purísimo manto de la vergüenza del amor... cándido lino que el rubor y la modestia suspendian sobre su frente para conservarla su inmaculada pureza.

Fernando la miraba absorto, como si aquella fuera la primera vez que la veia... como si al despertar de un sueño de felicidad se presentára á sus ojos, envuelto en una nube de gloria, el ángel predilecto de Dios.

Era en verdad Adelaida el ángel de su guarda. Por ella se habia batido con valor en el campo de batalla; guardando su memoria en el fondo de su corazon, se habia librado de los peligros de la guerra; invocando su nombre, habia triunfado muchas veces de sus enemigos, y pensando en ella, habia sufrido con valor los dolores de las heridas, y sobrevido á los mayores infortunios.

Pensando en ella, finalmente, habia llevado con resignacion el estar ausente de ella misma.

Pocas palabras de amor se han dicho el uno al otro; nunca habian reiterado las protestas de sus juramentos, y despues de la ausencia que el lector conoce, esta era la primera vez que se veian sin testigos.

Sin embargo, nada tenian que decirse; no necesitaban hablar para entenderse.

Adelaida no podia vivir sin el amor de Fernando, como no puede la enredadera elevarse al cielo sin el amparo del olmo, y Fernando habia conservado la vida con la esperanza del amor de Adelaida, como el náufrago rema con fé cuando espera poder ganar la playa.

Era por lo tanto escusado que se detuvieran á comunicarse sus pensamientos.

Su pasion era una misma, constante y fija; sus voluntades tenian una uniformidad tan absoluta, que las refundia en una sola, y eran, en fin, tan uno del otro, como la flor del tallo que la sostiene, y la sombra del cuerpo que la produce.

Solo una cosa hubiera podido hacer que se ocupáran mútuamente de sí mismos, con esa impertinente y monótona continuidad con que suelen hacerlo la generalidad de los enamorados... los celos... Solo así hubieran tenido pretesto para interrogarse sin cesar por su cariño, y únicamente creándose cada vez nuevos fantasmas, hubiesen logrado el interminable placer de desvanecer hoy unos, para crear sobre aquellos mismos otros nuevos.

Pero semejante absurda manera de atestiguar el cariño recíproco era indigna de almas tan elevadas como las de nuestros amantes, y la idea que tenian de su propia dignidad no les permitia nunca descender á un terreno, en el que cada escursion les valdria la pérdida de muchos quilates de amor.

A pesar de todo, si se hubiesen interrogado alguna vez

á sí propios si sentian esa pasion funesta, que muchos consideran inseparable del verdadero amor, habrian dudado antes de responderse, ó habrian confesado que sí; pero se hubiesen engañado.

Los celos que Adelaida sentia cuando Fernando estaba ausente de su lado, no eran los que ordinariamente se conocen como tales, ni los que ocasionan mas tarde ó mas temprano desastres horribles, y alguna vez crímenes feroces, sino los verdaderos celos del amor; los que prueban la intensidad del cariño; los que tiene el amante de la amada, lo mismo que el padre del hijo, el hermano de la hermana y el amigo del amigo.

Esos celos nobles que nos hacen envidiar hasta el destino de los objetos inanimados, cuando fijan la atencion de una persona querida.

La madre tiene celos del juguete que divierte á su hijo, porque quisiera que en sus brazos hallára todo lo necesario para su dicha, y envidia al hombre, cuyos halagos le roban el amor de su hija.

El amigo siente un pesar cuando alguno se separa de su lado por correr al de su amada, y esta tiene celos hasta de las gentes que ven pasar por la calle al hombre á quien ella solo cree tener derecho á mirar.

En ese caso, los enamorados quisieran que nadie mas que ellos oyera la voz del ídolo de su amor, que nadie osára mirarle... y aun quisieran que no hubiese quien elogiára sus bellezas y sus virtudes.

Envidian el libro que le distrae con su lectura... la flor que le halaga con su perfume... el panorama que recrea su vista... el aire que respira, y todo, en fin, cuanto pueda apartar su imaginacion un solo instante del objeto amado.

Esta clase de celos los sentian Adelaida y Fernando, porque sin ellos no habria existido su amor; pero ya hemos visto en muchas ocasiones la heróica abnegacion con que los ahogaban en su pecho, estando separados la mayor par-

te del dia despues de haber pasado tanto tiempo sin verse.

Ellos gozaban pensando sin cesar en su amor, y ocupándose de practicar las virtudes que les dictaban sus completamente simpáticos corazones.

Por eso Adelaida no quiso continuar hablando de sus amores, y alzando los ojos del suelo, con acento cariñoso y con muestras del mayor interés, dijo:

—Fernando, ¿has vuelto á casa de Espinosa?

—Sí.

—¿Y cómo sigue Paco?

—Mejor...—contestó con algun trabajo Fernando.

—¿De veras?... ¿No me engañas?

—¿Te he engañado alguna vez?

Adelaida no contestó á esta pregunta con que Fernando esquivó contestar á la que ella le habia hecho, y dijo:

—¿Es decir, que podremos ir á verle hoy sor Clotilde y yo?

—No... el doctor Espinosa no quiere que vaya nadie.

—Pero yo debo la vida á ese hombre... Acuérdate de lo que me decias hace poco hablando de la guardesa... ¡Pues si no hubiese sido por Paco!...

—¡Ay!... ¡No hablemos de eso!... ¡Me estremece pensar en lo que te ha hecho sufrir ese malvado Duende!

—Fernando, hemos convenido en no hablar mas de él.

—Tienes razon. ¡Pero cuando me acuerdo del juramento que hice al duque!..

—¡A nuestro padre!—esclamó Adelaida.

—Le ofrecí lavar con la sangre de ese hombre la deshonra de tu pobre madre...

—Fernando, olvida tu promesa.

—Lo juré,—continuó Fernando,—por la cruz de mi espada y sobre la mano de un moribundo...

—Pues bien... Fernando, yo te lo suplico; olvida ese juramento... el corazon me dice que mi padre te exime de él... No querrá que su hija se esponga á quedar sola en el

mundo... además, tus mismos amigos se han opuesto á que se verifique ese duelo... ¡Ay! ¡Seria horrible!... El único pariente de mi pobre madre muerto por tu mano!...

Adelaida se estremeció al pronunciar esas palabras, y Fernando trató de distraerla, diciendo:

—Y Enrique, ¿ha venido á verte ya?

—Sí.

—Es asombroso lo que ha hecho con él Mendoza.

—¿Qué ha hecho?

—Mudarle el carácter y las inclinaciones en pocas horas: de ser un jóven calavera y aturdido, que no hacia caso ni de su mujer, ni de su hijo, vendrá á ser con el tiempo el mejor de los esposos y de los padres... Quien te contará con mucha gracia esa conversion, es Ventura.

—¡Me tiene asombrada Mendoza!—dijo Adelaida.—¡Qué bueno es!...

—¡No lo sabes tú bien!—replicó Fernando con pena.

Y pasándose la mano por la frente, añadió:

—¿Y Eugenia?

—Está en el gabinete de la condesa... no puedo distraerla por mas que hago.

—Ayer conseguiste, sin embargo, un gran triunfo... pero no lo estraño... eres tan buena...

Adelaida bajó los ojos, ruborizada, y levantándose de su asiento, dijo:

—Te voy á leer lo que estoy escribiendo á la guardesa...

Y Fernando se dirigia hácia la papelera donde tenia estendido Adelaida el recado de escribir, cuando entró precipitadamente en el gabinete un criado de la condesa, diciendo:

—Señorito, que tenga usted la bondad de salir.

—¿Quién me busca?

—El señor Gregorio, que viene corriendo de casa del doctor...

Fernando no dió lugar á que el criado concluyese de hablar, para que Adelaida no sospechase lo que él adivinó al punto, y salió corriendo del gabinete; pero Adelaida le siguió, diciendo:

—¡Dios mio!... Paco no estaba mejor... Me engañaban.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO CXX.

El Vizco y el doctor.

Ya habian trascurrido algunos dias desde que Espinosa trasladó á su casa á Cabezota para curarle la peligrosa herida que recibió en el Sótano de la nieve, cuando el sábio doctor volvió á la casa chica de Alcira, llamado por el Vizco.

El aspecto esterior del antiquísimo palacio de la calle del Nuncio no habia cambiado en nada desde el dia en que, sorprendida la traicion de Sotana y de sus compañeros, habian quedado estos presos y á disposicion del improvisado tribunal de la Partida del Trueno.

Gregorio seguia desde aquella noche desempeñando el cargo de portero, y apenas vió llegar el alopático bombé del médico, corrió á recibir á este, y despues de saludarle con la mayor urbanidad, le preguntó impaciente:

—¿Cómo está?

—Sigue lo mismo,—respondió el doctor.

—¿No podrá usted salvarle la vida?—dijo Gregorio.

El doctor Espinosa sacudió la cabeza, como si le pesára

la contestacion que habia de dar á esa nueva pregunta, y replicó:

—¿Está arriba el señor Mendoza?

—Sí, señor.

—¿Y don Genaro?

—Acaba de salir ahora mismo con su escelencia.

—¿Con su escelencia?—repitió sorprendido el médico, olvidando que así llamaban los criados de la casa del Duende al nuevo duque de Alcira, el vizconde de la Torre-Parda.

—Sí, señor,—repuso Gregorio;—con su escelencia el señor duque, y con el señorito Ventura.

Espinosa subió la escalera, sin detenerse á preguntar nada mas, y despues de atravesar las desiertas galerías que el lector conoce, llegó á la antecámara del Duende, donde se alzó en pié el portero de estrados, saludándole con igual respeto que lo habia hecho el viejo Gregorio.

—¿Cómo estás?—le dijo el médico.—¿Te ha vuelto á doler la espalda?

—No, señor,—respondió el portero;—desde que me doy con la untura que usted me recetó, estoy bueno.

—No dejes de hacerlo todos los dias hasta que yo te avise, y véte mañana por mi casa á ver si podemos levantar el vendaje del hombro...

—Así lo haré,—respondió el portero.

Y viendo que el doctor seguia hácia el despacho del Duende, corrió á abrir la mampara, y le preguntó:

—¿Cómo está Paco?

—Mal.

—¿Se morirá?...—replicó angustiado el portero.

—Dios no me dá parte nunca de lo que piensa hacer con los enfermos,—respondió Espinosa.

—¡Pero como sabe usted tanto!...

—No sé nada,—dijo el médico con pena;—si supiera algo, no te diria que Paco está mal... ¡muy mal!...

—A mí me curó usted al momento...—repuso el porte-

ro;—si me sigue asistiendo el cirujano, á estas horas estoy en el otro mundo.

—Si Paco tuviera diez heridas como la tuya, tampoco se moriria.

—¿Con que no hay remedio?...—esclamó el hombre que hablaba con Espinosa, y en quien el lector habrá reconocido ya al Richano, uno de los carceleros del Sótano de la nieve.

El médico no contestó nada, y entró en el despacho del Duende, donde le estaba esperando el Vizco.

El antiguo capitan de la Partida del Trueno se ocupaba en escribir una carta, y se alzó en pié para recibir á Espinosa, que se sorprendió al observar la melancólica palidez que cubria el semblante del Vizco.

La honda cicatriz que cruzaba su rostro habia perdido el encendido color que la animaba ordinariamente, y su mirar torcido participaba de la dulzura que imprimia á todas sus facciones aquella estraordinaria palidez.

Su levita negra, abrochada con negligencia y elegancia, y la *schalina* de raso, negro tambien, y que asimismo cubria con abandono su cuello, todo contribuia á dar á su figura un aspecto melancólico, que realzaba sus elegantes maneras.

El doctor le saludó con espresivo y sincero afecto, y el Vizco, á quien desde este momento llamaremos Daniel Mendoza, le contestó del mismo modo, presentándole un sillon junto al que él ocupaba.

Con igual solicitud le quitó el sombrero, que por distraccion tenia el médico en la mano, y cuando ambos se hubieron sentado, le preguntó con afan:

—¿Se atreve usted por fin á operar á ese desgraciado?

—Hoy no,—repuso con calma el médico.

—¡Pues mañana me dijo usted que ya seria tarde!...

—¡Tal vez!...—repuso el doctor con aparente serenidad científica.

—¿Es decir, que no hay esperanza de salvarle la vida?

—Temo que no.

—¡Qué desgracia!...—esclamó Mendoza.

Y abriendo sus torcidos ojos con espanto, añadió:

—He pasado diez años de mi vida dando estocadas y recibiéndolas... he jugado mi existencia dos veces á la suerte de una pistola cargada, y en una de ellas ví caer á mi contrario traspasado por una bala... pero nada me ha afligido tanto como la desgracia del pobre Paco... Y cuente usted, amigo Espinosa, que, cuando ví en tierra herido mortalmente á mi adversario, faltó poco para que perdiese el juicio... porque éramos muy amigos, y... la verdad, es horrible el resultado de un duelo cuando no se gasta en salvas la pólvora... Desde ese lance, á que me negué con todas mis fuerzas, y al cual puedo decir que me llevaron contra mi voluntad, no he vuelto á aceptar ninguno, ni en broma... Afortunadamente, despues de una curacion dolorosísima, se salvó mi amigo... De otro modo me habria costado la vida su desgracia... Pensar que el orígen de aquella herida mortal habia sido una disputa sobre cuál de dos bailarinas estranjeras, que ninguno de los dos habiamos visto, tenia mas reputacion en el mundo artístico, ¡me estremece!... Pues á pesar de todo, nada me afligirá tanto como la muerte del pobre Paco... ¡Qué hombre tan bueno!

—¡Creo que aun no sabe usted bien todo lo que vale ese hombre!...—replicó con gravedad el médico.

—Es posible,—dijo Mendoza;—cada dia descubre mejores cualidades.

—Si usted le hubiese oido ayer, en un pequeño intervalo que tuvo, darnos cuenta de su vida pasada, y esplicarnos el orígen de su adoracion, como él dice, por Adelaida, se habria enternecido.

El doctor se conmovió visiblemente al pronunciar estas palabras, y Mendoza le preguntó con voz agitada:

—¿Ha estado á verle ya Adelaida?

—Diga usted mas bien que si se ha separado de su lado un solo momento... Ayer no pudieron contenerla ni sor Clotilde ni Fernando, y acompañada de ambos fué á mi casa, y allí se está asistiéndole con una ternura y un esmero que me tiene asombrado... Si á la cabecera de los enfermos pudiese uno colocar esos ángeles de verdadera caridad, la medicina dejaria de ser muy pronto una ilusion metafísica, para convertirse en una verdad matemática... ¡Qué observacion tan delicada de los síntomas mas imperceptibles!... ¡qué estudio tan atento de la voz, de los movimientos, y hasta de las miradas del enfermo! ¡qué esmero, en fin, para prepararle los medicamentos, y con qué dulzura le dá aquellos que su edad y su sexo la permiten administrar por sí propia!... Es necesario verlo, amigo Mendoza, para comprender la virtud de esa jóven... Es preciso haber estado oculto, como yo lo he hecho horas enteras, observando la indecible ternura de ese ángel. No hay medicamento que no ejerza su influjo sobre los órganos enfermos, aplicado con ese celo y esa confianza...

Mendoza estaba sorprendido del entusiasmo con que hablaba el doctor, y deseando saber lo que habia revelado Cabezota, le interrumpió diciendo:

—¿Por qué dice el pobre Paco que ha tomado tanto cariño á Adelaida?

—Por lo mismo que la amamos todos nosotros, por sus virtudes... Piense usted un momento en la admiracion que le causa esa jóven, y verá cómo le sucede lo mismo que á ese hombre... El dice que mientras dió rienda suelta á sus pasiones, saciando los instintos, verdaderamente salvajes, que le impulsaban á esponer contínuamente su vida por salvar la de unos, atentando contra la de otros, habia oido referir cien historias de gente honrada, y recordaba las vidas de los santos que su abuela le habia leido siendo niño. Pero todo se le antojaba cosa de fábula y de novela, y el sufrimiento y todas las virtudes le parecian quimeras que in-

ventaban los gobiernos para avasallar á los pueblos. Nunca habia creido que pudiesen existir esos séres, que él tenia por sobrenaturales, y si alguna vez le parecia que habian vivido en la antigüedad, envidiaba á las gentes de su época, y seguia sus costumbres de bandido. Pero en la Torre del Duende vió un dia, y otro, por espacio de mucho tiempo, la resignacion de Adelaida; observó la paciencia con que sufria los tormentos de su verdugo, sin que jamás se la escapase una imprecacion de ira, y entonces empezó á creer que no era mentira la existencia de esos séres virtuosos y buenos.

—¡Tiene razon! —esclamó Mendoza.—A mí me ha sucedido lo propio... ¡Ay! ¡Ojalá hubiese sabido en los primeros años de mi juventud distinguir la virtud de la hipocresía, para no ser víctima de mi desenfreno al confundir lastimosamente la una y la otra!... ¡Tambien yo creia entonces que las mujeres virtuosas y honradas eran unos séres fabulosos!

—Eso no tiene nada de particular,—dijo el doctor;—unos por cálculo, y otros por moda, todos los jóvenes hemos profesado iguales doctrinas.

—Pero no todos han sido víctimas de ese error.

—¡Claro es que no!... La reflexion nos hace rectificar el juicio en tiempo oportuno.

—¡Yo lo he hecho demasiado tarde!—repuso Mendoza, pasándose la mano por la frente.

—¡Tarde!—dijo el doctor, sonriendo.—¡Bah! ¡No sea usted niño!... Nunca es tarde, si la dicha es buena... y me parece que no cabe mejor que la de ser amado por Eugenia.

—Tiene usted razon,—replicó Mendoza, pagando con una dolorosa sonrisa la que le habia dirigido el doctor.—Dichoso el que merezca ser amado por Eugenia.

—En cuestion de amores,—dijo riendo Espinosa,—no está el mérito en merecerlos, sino en lograrlos.

—Yo no alcanzaré nunca el amor de Eugenia.

—¡Si le ha logrado usted ya!—repuso el doctor, sonriendo.

—Ni le he logrado, ni le lograré.

—Eso es mucho decir.

—Eso es haber conocido lo que vale Eugenia y el amor que profesa á Cárlos.

—¿Al monedero falso, á quien usted ha librado de la deshonra y de un presidio perpétuo?... Ese amor no existe ya.

—¡Ese amor no muere nunca!—dijo con acento doloroso Mendoza.

—Fernando,—replicó el doctor,—ha dispuesto que se abra entre ese hombre y su hermana un abismo de trescientas leguas... Cárlos saldrá mañana para Paris, donde Adelaida le ha señalado una pension de seis mil francos, prohibiéndole que vuelva á pisar el territorio español.

—Cárlos saldrá de España, pero no del corazon de Eugenia, donde ausente ha vivido cinco años, y deshonrado vivirá eternamente.

—Está usted en un error, amigo Mendoza; el esceso de su pasion le hace decir lo que no es verdad, lo que me atrevo á suponer que usted no cree tampoco... Cárlos ha demandado por piedad que le permitiesen despedirse de Eugenia para obtener su perdon, y ella se lo ha negado, despues de habérselo concedido Fernando.

Mendoza no supo qué contestar á lo que decia el doctor, y este continuó:

—¿Ignoraba usted esa circunstancia?

—La sabia; pero eso no prueba nada contra lo que yo digo... Eugenia vivirá aborreciendo al hombre que olvidó su amor por una mujer despreciable, y que perdió su honra por un interés mezquino y mal adquirido, y morirá amando á Cárlos Sandoval.

—Se equivoca usted... Eugenia está avergonzada de haberle amado.

—Esa vergüenza, amigo Espinosa, será la máscara de su pasion... Con ella velará á los ojos de todos el secreto culto que rinde á ese amor, el primero y el único de su vida.

—Me ataja usted todos los caminos,—dijo el médico sonriendo,—y sin embargo, no quiero capitular... Si me atreviese como usted á leer en el libro del porvenir, quizás hallaria, con mas fundamento, diferente profecía en esa misma página... Pero dejemos al tiempo el cuidado de aclararnos esos misterios, y dígame usted el motivo de haberme hecho venir por acá, abandonando por primera vez á nuestro pobre enfermo.

—Ignoraba que su estado fuese tan grave despues de la mejoría que esperimentó anoche,—dijo Mendoza.—De otro modo,—añadió,—no habria molestado á usted...

—¿Pero de qué se trata?—interrumpió el doctor.—¿Cómo sigue ese hombre?

—Altanero y audaz como siempre... Ahora hace un momento entró á verle por primera vez su sobrino Eduardo...

—¿Eduardo, ó Enrique?—repuso el doctor.—¿En qué quedamos?

—Para mí será siempre Eduardo,—dijo Mendoza;—no puedo acostumbrarme á llamarle de otro modo.

—¿Y qué dijo?... ¿Qué hizo cuando le vió?

—Rugir como una fiera, y sonreirse, como si esperára burlar nuestra vigilancia y desbaratar cuanto hemos hecho.

—Dejémosle ese placer, ¡es el único!—dijo el doctor Espinosa.

—Yo, sin embargo, no me fio de nadie, y no estando aquí Ventura ó Genaro, no me muevo del despacho... Pero hay que pensar en lo que hacemos con él, porque siempre no hemos de estar así.

—Mi opinion habria sido que le entregáramos á los tribunales; pero todos ustedes se oponen...

—No, señor... No debemos dar publicidad á esta his-

toria, porque envolveriamos á Adelaida en un proceso que la ocasionaria graves disgustos.

—Esa consideracion es la única que me detiene; pero no sé lo que vamos á hacer... ¿Quién está ahora en su cuarto?

—Doña Inés.

—¿Esa mujer tan mala?

—Sí, señor.

—¿Y no teme usted alguna nueva desgracia?

—No, señor; están sin armas, y ya se guardará el Duende de hablarla mal siquiera.

—Seria atroz que diésemos lugar á un nuevo crímen.

—Pierda usted cuidado... En medio de su desesperacion y de su bravura, está muy postrado, y no puede intentar nada por sí solo... Desde ayer se le ha antojado que le van á envenenar, y se niega á tomar alimento.

—¿Sospecha de alguien?

—Sí, señor; en cuanto vió á doña Inés empezó á decir que le envenenaban, y no quiso probar bocado.

—Pues en ese caso será preciso separar de su lado á esa mujer.

—No tal; el hambre le obligará á comer... Dejen ustedes de mi cuenta su castigo. Para lo que yo principalmente he llamado á usted, es para que veamos lo que hemos de hacer con los demás presos.

—¡Qué sé yo! Nos hallamos en el mismo caso que con el Duende... Si los entregamos á la justicia, harán revelaciones, y no podremos ocultar por mas tiempo lo que pasa.

—Tampoco quiero yo que se haga semejante cosa,—dijo Mendoza.

—Pues en ese caso, que sigan encerrados hasta que salgamos del cuidado de Paco; yo, mientras esté asistiendo á ese hombre, no puedo ocuparme de nada... Usted haga lo que crea mas conveniente para librarnos de esos miserables,

sin que cueste la vida á ninguno de ellos, y sin que la sociedad vuelva á sentir su pernicioso influjo.

—No hay entre todos ellos mas que uno temible.

—¿Quién es?

—Sotana... es el de mas talento, y no me perdonará el que desbaratásemos su traicion.

—Pues ponga usted en libertad á los otros... pero yo quisiera...

—¿Que no se viesen por falta de pan obligados á cometer nuevos crímenes? —interrumpió Mendoza.

—Justamente.

—Pierda usted cuidado, que yo sé lo que debe hacerse con ellos.

—Y en cuanto al Duende, —repuso el doctor, —no olvide usted que Adelaida nos ha rogado que no se le haga sufrir.

Mendoza hizo un gesto de desagrado, y Espinosa añadió:

—Tampoco á mí me gusta tanta caridad con un hombre tan perverso, y no entro á verle ahora, porque no podria soportar su presencia. Ver delante de mí la aleve mano que con un golpe grosero ha destruido lo que yo no puedo reparar despues de tantos años de práctica y de estudio, me haria sufrir demasiado... ¡Qué felices son ustedes, amigo Mendoza, en no practicar una ciencia loca, que fabrica cien castillos en el aire sobre la evidencia de su ignorancia!

A Mendoza le dió lástima de la desesperacion del doctor Espinosa, que hablaba de la medicina de una manera como nunca lo habia hecho, y le replicó:

—¡Pero la herida de Cabezota no autoriza á usted á condenar todos los principios de la ciencia!... La medicina no ha creido jamás que podria arrancar una parte del cuerpo humano, creando otra á su semejanza, porque eso seria atentar contra la prerogativa creadora del Sér supremo.

—¿Y no lo hace en muchas ocasiones?—dijo el doctor.—¿No presume saber desarrollar el pecho de un niño, y hacer crecer las partes que constituyen su debilidad orgánica?... Pues ¿por qué no habia de saber lograr el mismo crecimiento cuando esos órganos están enfermos, para reemplazar la parte dañada con la nueva?... Pero ojalá que fuera ese el único enemigo que me desafia en la ocasion presente!... Si yo lográra poner á Paco en disposicion de operarle, poco me importaria lo demás...

Al decir esto, miró el doctor la hora en su reloj de bolsillo, y alzándose precipitadamente en pié, dijo:

—Me marcho... Dentro de media hora le entrará el recargo, y quiero estar á su lado.

Luego, estrechando la mano de Mendoza, añadió:

—Si ocurre alguna cosa, en casa estoy. Mientras le dure la vida á ese infeliz, no me separaré de su lado.

—¿Pero cree usted que no hay esperanza?

—Si yo fuese capaz de perderla alguna vez, seria ahora. Adios, amigo mio.

—Adios, querido doctor,—le dijo Mendoza, abrazándole y acompañándole hasta la escalera, á pesar de la insistencia del médico para que se retirára.

CAPÍTULO CXXI.

Una carta y una post-data.

Mendoza volvió al despacho á continuar la carta que habia suspendido para recibir al doctor, y descansando su frente sobre la palma de la mano, con el codo apoyado sobre la mesa, permaneció largo rato, pasando su vista una vez y otra por el papel en que se preparaba á seguir escribiendo.

La distraccion que se advertia en su semblante revelaba perfectamente cuál era el estado de su abatido espíritu, y fácil era adivinar que ínterin continuase de aquella manera no daria cima á su trabajo.

Pasaba su vista maquinalmente por el comenzado escrito, sin poder establecer nada entre su imaginacion y el contenido de la carta.

Diferentes veces quiso parar su atencion para enterarse de lo que, al parecer, estaba leyendo, y no pudo lograrlo, siéndole preciso recomenzar la lectura en alta voz para conseguirlo.

Y sin moverse de la posicion que tomó al entrar allí, con la pluma entre los dedos de la mano derecha y la carta en la izquierda, leyó lo siguiente:

«Mi querido Ricardo: No habiendo tenido tiempo para contestar á tus dos últimas de Lóndres, y amenazándome en la que he recibido hoy de Paris con venir á esta si no te contesto á correo vuelto, no deberia coger la pluma, para lograr con mi silencio el placer de abrazarte. Pero persuadido de lo mucho que sufririas en el viaje, creyendo que eran ciertos los temores que me revelas en tus cartas, de que me haya sucedido alguna desgracia, no puedo menos de escribirte, siquiera pierda, al obrar así, un verdadero momento de felicidad. Para que me perdones la inquietud que te he causado con mi silencio, voy á escribirte con alguna estension, dándote cuenta de mi vida actual... ¡si vida puede llamarse el estado de sufrimiento contínuo en que me hallo!

»Y no te rias de mi lenguaje plañidero antes de oir el fundamento que tengo para espresarme así. Cuando lo sepas te alegrarás mucho, porque verás en él lo que tanto deseabas, y lo que jamás pudieron lograr tus acertados consejos. Tú profetizaste que yo me cansaria alguna vez de mis calaveradas; pero que lo haria en tiempo oportuno, y que mi arrepentimiento me rehabilitaria completamente. Siento decirte que no has acertado en la segunda parte de tu pronóstico. La primera es exacta hasta un punto que quizás tú mismo no imaginas.

»Quisiera, querido Ricardo, hallarme á tu lado para observar el asombro que te causará esta noticia. En las últimas cartas que me escribias antes de tu viaje á Lóndres, me decias que estabas á punto de desahuciarme, declarándome impenitente, y ahora te sorprenderá saber que estoy tan cambiado, que no me reconoceria ninguno de mis antiguos camaradas. Afortunadamente mis predilectos Genaro y Ventura han abandonado como yo la vida disipada que hemos tenido por espacio de muchos años, y en la que no debiamos haber continuado desde que te separaste de nosotros.

»Empezaré por decirte que hemos disuelto la Partida del Trueno, de cuya organizacion me pediste informes hace mucho tiempo, censurando despues los estatutos de que te dimos traslado. Muchas diabluras, algunas de ellas demasiado graves, hemos hecho mientras ha existido la Partida; pero al disolverla nos hemos despedido con una accion que tú no podrias menos de aplaudir, por ser del género de las que tanto te halagaban cuando vivias á nuestro lado.

»¿Te acuerdas de aquella jóven nacida en Paris de que te pedí informes, que por cierto no quisiste darme, temiendo que sirvieran para labrar su desgracia?... Pues esa jóven ha parecido ya, y la hemos puesto en posesion del ducado de Mont-Marsan, que heredó al morir su padre, arrancándola del poder de sus enemigos.

»No puedes tener una idea de las dificultades que hemos vencido para conseguirlo y arreglar el matrimonio de Adelaida, que así se llama la jóven, con uno de tus mejores amigos. Prepárate, querido Ricardo, para una sorpresa agradable. Fernando Vargas, el Guardia de Corps, generoso y bueno, á quien tanto queríamos, á pesar de su carácter diametralmente opuesto al de todos nosotros, ese será dentro de dos dias el duque de Mont-Marsan. ¡Ya sabes que estuvo durante la guerra al servicio de don Cárlos!... Pues por no adherirse al convenio de Vergara, entró en Francia, donde permaneció hasta la muerte del padre de Adelaida, quien al morir le dió la comision de venir á España en busca de su hija, para ponerla en posesion del ducado. Y de nuevo te advierto que te prepares á oir otra noticia, que te causará no menos sorpresa. La jóven que Fernando traia encargo de buscar era la misma que vivia en su corazon desde los primeros años de su juventud. Tú la conoces como todos nosotros. La jóven duquesa de Mont-Marsan, es Adelaida, aquella niña que se educó en el colegio con la hermana de Fernando, y que pasaba como pupila de don Lorenzo, siendo hija de su esposa y del duque.

Semejante complicacion, que parecia destruir las esperanzas matrimoniales de Fernando, convirtiéndole de repente en una hermana á la que habia elegido para esposa, se ha desvanecido con solo saber que Fernando no era hijo de la esposa de don Lorenzo, sino de otra señora con quien su padre tuvo amores antes de casarse.

»Reune á todas estas circunstancias la de que Adelaida era perseguida tenazmente por la absurda ambicion de un tio de su madre, el hombre mas criminal que puedes imaginarte, y comprenderás lo mucho que halaga hoy nuestra vanidad el haber salido triunfantes en esa lucha.

»Pero ya me figuro, querido Ricardo, oirte preguntar de qué nace la angustia con que te empecé á escribir esta carta, mezclada con la asombrosa noticia de la abjuracion de mi vida pasada, y el propósito de una nueva, enteramente distinta á la anterior. Me parece que te oigo reir de mis protestas y burlarte de mis *lágrimas de cocodrilo*... Recuerdo bien esta frase, que me dijiste con mucha razon cuando yo tuve la debilidad de creer que me amaba aquella mujer que me abandonó el mismo dia que mi última peseta. Desde entonces puede decirse que data mi incredulidad respecto á las mujeres, y mi funesta torpeza en suponerlas á todas iguales, todas falsas.

»¿Te acuerdas cuántas veces solia repetir aquello de que *la mujer es el animal que mas se parece al hombre*? ¿O aquel otro absurdo, pero lindo juego de palabras, que dice que *la mujer es una linda criatura humana, que se viste, que charla, y que se desnuda?*... Ahora me estremezco de haber pensado así alguna vez... Entonces me halagaba el célebre dicho de Juan V de Bretaña, cuando aseguraba que una mujer era bastante sábia, *pudiendo distinguir los pantalones del frac de su marido*... Ahora no encuentro libro mejor que el del sábio aleman Ritcher, y he borrado todas las notas que le habíamos puesto ridiculizando los mas bellos pasajes de su obra.

»Hoy he hallado no solo una mujer, sino dos, que des-

mienten cuantas sátiras ridículas ha podido inventar la maledicencia de los hombres contra esa preciosa mitad del género humano. Es imposible, mi querido amigo, que te imagines dos ángeles mas perfectos que Adelaida y la hermana de Fernando... Eugenia.

»Perdóname si te cansa lo que voy á decirte de esta criatura, que adoro hace mas de un año, y por la que respeto hasta el hombre que me ha robado su cariño. Quisiera que mi carta te hiciese comprender todo el amor que siento por esa jóven, y me desespera no hallar en nuestro idioma palabras nuevas, como las ideas que bullen en mi mente, y los afectos que Eugenia ha sabido despertar en mi corazon...

»Alejado de mis amigos, avergonzado de mi vida pasada, y sin atreverme á pensar siquiera que mi amor mereciese ni una sola mirada de Eugenia, he pasado todo ese tiempo satisfecho con el solo placer de mirarla, sin que mis palabras llegasen nunca á sus oidos, ni los mios percibieran el dulce acento de su voz de ángel... Pocos dias hace que, con motivo de mi amistad con su hermano, he podido hablarla, no de mi amor, sino de la desgracia de que he tenido la honra de librarla, y ¿lo creerás, Ricardo?... ¡Tiemblo en su presencia como un niño de quince años al entregar el primer billete de amor!

»Si alguien la nombra delante de mí, me ruborizo como una doncella cuando recibe de improviso el primer beso de su amante... Pero es imposible que mis palabras puedan darte una idea exacta de mi amor... ¡Quizás si vieras la agitacion que siento en este momento, lograrias comprender el verdadero estado de mi espíritu, combatido por cien ideas desgarradoras y crueles!...»

Mendoza, que habia suspendido la lectura diferentes veces, y cuya voz era ya muy débil, dejó por fin la carta sobre la mesa, y cogió de nuevo la pluma para continuar escribiendo.

Pero apenas habia añadido dos líneas á las anteriores, cuando se oyeron fuertes pisadas en la sala inmediata, y abriéndose con violencia la mampara, entró en el gabinete Ventura.

Un frac verde muy ancho, con grandes botones de acero; un pantalon gris, ancho tambien, pero ajustado sobre una elegante bota de charol, y una schalina encarnada, rodeada con negligencia al cuello, formaban el traje de Ventura.

Al entrar en el gabinete dejó descubierta su frente, retirando el sombrero hácia el cogote, y con las manos en el bolsillo del pantalon, se puso de un salto desde la puerta delante de la mesa de despacho.

Su insolente apostura hizo sonreir al afligido Mendoza, que, apresurándose á ocultar la carta, le dijo:

—¿Qué traes de bueno?

—¿A quién escribes?—le replicó Ventura.—¿Por qué escondes lo que estabas escribiendo?... ¿Es el memorial para entablar tus negociaciones matrimoniales ante el vicario?.. Dí la verdad, querido *Pablo*... ¿tiendes ya la mano á la enamorada *Virginia*?

—¿Ya empiezas?...—repuso Mendoza.—No seas tonto.

—No soy tonto; la cosa marcha... he estado en casa de la condesa, y allí no se habla sino de tí, y de lo que has hecho por salvar á Cárlos... Te vas á encontrar con memoriales de todas las señoritas de Madrid pidiéndote la mano de esposo.

—¿Y Eugenia?... ¿La has visto?

—Sí; la he visto ponerse encarnada como un pavo cuando te nombran... y ya conoces que esa es buena señal... la cosa marcha... La opinion pública te condena ya al último suplicio... Te casas, no hay remedio.

—Eres demasiado bueno, Ventura.

—¿Por qué?

—Conoces lo que estoy sufriendo, y quieres distraer mis penas.

—Pues no lo entiendo... ¡Si dijeras que quiero agravarlas!... Porque mira, chico, que es un lance terrible el del matrimonio... Y por fortuna no hay suegra de por medio; aunque, bien mirado, la tal condesa se ha empeñado en ser la segunda madre de Eugenia, y preciso es confesar que semejante madrina vale por cuatro suegras.

—¡Siempre estás de buen humor!... ¡Qué feliz eres!

—No estoy enamorado, y en eso consiste toda mi felicidad... Porque, desengáñate, Daniel; el hombre tiene un período en la vida en el que deja de ser hombre, y es el período en que está enamorado...

Mendoza se sonrió al oir las chanzas de su amigo, y este continuó:

—Pero dejemos este asunto, porque veo que siembro mis palabras en el aire, y que hablarte de libertad y de independencia, cuando te has empeñado en pretender una plaza de esclavo, es negocio perdido... ¿A quién escribias?

—A Ricardo, —contestó Mendoza.

—¡Otro que tal!... ¿Cuántos hijos tiene ya ese desdichado?

—Cinco, si no ha tenido algun otro desde el año pasado, en que me avisó el nacimiento de una niña.

—¡San Vicente Paul me valga! —esclamó Ventura riendo.—¡Qué Inclusa tan bien surtida!... ¿Y qué piensa hacer con tanto chiquillo?

—¡Qué atroz eres, y qué barbaridades dices!

—Muchas gracias.

—¡Pues es la verdad!... ¿Qué quieres que haga un padre con sus hijos?

—Tienes razon... Un padre no puede hacer nada mas que ser padre... es un oficio incompatible con todos los demás... Ea, enséñame la carta, y le pondré una *post-data*... De paso veré la confesion que haces de tus culpas á ese padre maestro de la órden... ¡Porque supongo que le contarás tus amores!... No sabes hablar de otra cosa.

—Sí, se lo cuento todo; pero no quiero que lo leas, porque te servirá para hacer burla.

—No tal; te prometo leerlo con semblante compungido, ¿y quién sabe si tu pluma tendrá sobre mí mas influencia que tu lengua?

—De todos modos, no te doy la carta.

—¿No me la dás?

—No.

—Pues yo escribiré á Ricardo diciéndole que esos amores son mentira, y que la pasion que te ha inspirado Eugenia es una de tantas como...

—Deten la lengua, bárbaro,—interrumpió Mendoza;—ni en broma sufro que digas esos disparates.

—Pues dáme la carta, y pondré el visto bueno á lo que digas en ella.

Mendoza alzó entonces la mano con que sujetaba los papeles que cubrian la carta, y tomando esta en la mano, se alzó en pié y dijo:

—Toma, y escribe en ella lo que quieras; pero guárdate de gastar ninguna chanza sobre Eugenia.

—Descuida, que la pondré en el quinto cielo,—dijo Ventura, sentándose en el sillon que dejó desocupado su amigo, y disponiéndose á leer en voz alta.

—Mientras escribes,—repuso Mendoza,—voy al cuarto del Duende á ver si ha tomado algun alimento... Luego, si te quedas aquí, iré á ver cómo sigue el pobre Cabezota.

—Yo no he querido ir allá con Genaro, por no dejarte solo tanto tiempo; pero, segun decian en casa de la condesa, se muere.

—¡Pobre hombre!—esclamó Mendoza.

—Yo te aseguro, Daniel, que daria diez años de mi vida por asegurar otros tantos la de ese hombre... Estoy enamorado de él.

Ventura dijo estas palabras con gran entusiasmo, y de-

jando sobre la mesa el sombrero, que habia conservado puesto hasta entonces, empezó á leer la carta en voz alta apenas hubo salido Mendoza del despacho.

Las primeras líneas no le causaron impresion ninguna; pero pronto empezó á sonreirse, declamando con énfasis burlesco todos los párrafos que el lector conoce.

Sin embargo, al llegar á los últimos que leyó Mendoza, y al observar el fuego con que retrataba en ellos su pasion, no pudo menos de esclamar con acento triste:

—¡Maldito amor, que diezma lo mas florido de nuestra juventud!... Lástima de Daniel, lleno de entusiasmo y de corazon para vivir cien años, verle ahora muerto por una mujer que hoy parece un ángel, y mañana será un demonio como todas... En fin, ello es preciso, y no habrá mas remedio sino casarlo...

Concluyó despues de leer la carta, no sin interrumpir diferentes veces la lectura para hacer otras tantas esclamaciones, y por último cogió la pluma, y dijo:

—Escribamos cuatro líneas al pobre mozo de allende el Pirineo... Este, al menos, supo dorar el disparate con medio millon de francos que llevó la novia en moneda viva y efectiva.

«*Post-data*, —añadió, escribiendo con ligereza sobre el papel.—Mi querido y malogrado Ricardo: Sigo creyendo que Dios no quiso criar á la mujer al mismo tiempo que al hombre, por dejar que Adan disfrutase un momento siquiera la felicidad de vivir sin esa insidiosa compañera; me apresuro á repetirte esto, porque al leer la enamorada epístola de nuestro desgraciado amigo Daniel, no creas que yo pienso del mismo modo. Ni me he enamorado, ni pienso hacerlo nunca, á pesar de que jamás me he visto en medio del fuego como ahora. Las llamas de himeneo me cercan por todas partes, y saliendo de esta prueba incólume, puedo asegurarte que tengo vida para muchos años.

»Ese Fernando, de quien te habla Daniel, está en capilla

para ser ejecutado uno de estos dias. Se halla, al parecer, bastante tranquilo, y no dá muestras de arrepentimiento. Creo que irá al altar del sacrificio con ánimo resuelto, y que la hermandad tendrá en él un escelente neófito. Su futura esposa es de lo menos malo que puede verse en su clase... Si no compra gato por liebre, te aseguro que se lleva una mujer inverosímil... Uno de aquellos ángeles de que hasta el dia no hay noticia que hayan existido fuera de la imaginacion de los poetas. Represéntate una heroina de novela, lo mas bello, mas puro y mas angelical que pueda concebir tu mente, y aun no comprenderás lo que á la simple vista parece la nueva duquesa de Mont-Marsan.

»Eugenia, su amiga y hermana de madre, es por el estilo; y si te he de hablar con franqueza, tanta abundancia de ángeles es lo que me hace dudar de la virtud de ambas. Yo no me atrevo á creer que son lo que parecen, por no imitar á los mineros, que examinan al sol un criadero de cobre y se les antoja oro purísimo. ¡Bueno fuera que despues de haber rebuscado tantos años sin encontrar un solo ejemplar de plata, hallásemos ahora de repente nada menos que dos de oro y diamantes! A perro viejo, no hay tús... tús...

»Estas cosas merecen analizarse mas despacio; pero de todos modos, nada malo puedo decirte de esas jóvenes, y antes por el contrario, te aseguro que si son piedras falsas, lo encubren de tal modo, que engañarian al mejor lapidario. El pobre Daniel está perdido de amores... lo que se llama *arrocinado*. Y no es eso lo peor, sino que se le antoja que Eugenia le vá á decir que *no* cuando la diga que vá de veras, y si sigue así, en pocos dias le costará la vida su malhadada pasion.

»A Genaro le veo tambien próximo á seguir el mismo derrotero, aunque no conozco el buque que ha elegido para el naufragio.

»En fin, querido Ricardo, la famosa Partida del Trueno

se ha deshecho como un grano de sal en el agua... Dentro de poco ya no habrá mas memoria de esos indivíduos, sino la que arrojen sus nombres, inscritos en las matrículas matrimoniales de las parroquias de Madrid... Yo quedaré solo como el hongo para llevar la desgarrada bandera... Y si, exento de las penalidades del matrimonio, logro sobrevivi-ros, iré á visitar vuestros sepulcros para grabar en ellos un verso prosáico que diga...»

Ventura llevó á la boca el dedo pulgar de la mano derecha, y alzando la vista, como el que piensa, estuvo largo rato, hasta que por fin volvió á sentar la pluma sobre el papel, á tiempo que entró Mendoza en el despacho, diciendo:

—Ventura, vén conmigo.

—¿Qué ocurre?...—replicó este, soltando la pluma.

—Nada de particular; vén y lo verás.

Ventura se levantó del sillon, y se marchó con Mendoza, diciendo:

—Siento que me hayas interrumpido en el momento de estarte haciendo un epitafio.

CAPITULO CXXII.

El piso bajo de la casa chica de Alcira.

Ventura salió, precedido de Mendoza, por la puerta que se abria enfrente del estante de los libros, y ambos entraron en la alcoba del Duende, desde donde, por una puerta secreta, se dirigieron á un ancho corredor, á cuyo estremo habia una escalera de piedra que guiaba al piso bajo de la casa.

Otro pasillo igual al que habian andado para llegar allí se veia al término de la escalera, y en él, sentado sobre un banco de madera, estaba Tenazas, que se puso en pié apenas descubrió á los dos amigos, quienes hasta entonces habian guardado completo silencio.

Mendoza no le dijo á Ventura el motivo de haberle llamado con tanta precipitacion, ni este tuvo necesidad de hacer ninguna pregunta para saber que le llevaban á la prision del Duende.

Sin embargo, antes de llegar al estremo del pasillo, donde estaba cerrada la puerta que conducia á la habitacion del preso, Mendoza se volvió hácia Ventura, y le dijo:

—¿Sabes que este hombre se obstina en no probar bocado?

—Pues déjale que no coma,—repuso Ventura;—se morirá de hambre.

—¡Eso no!—esclamó Mendoza enfurecido.—Yo quiero que viva, porque así lo hemos ofrecido á Adelaida; pero si él se empeña en que ha de morir, esa clase de muerte seria demasiado dulce para la que merece por sus muchas maldades...

—No digas desatinos, Daniel; todas las muertes son malas; pero no sé yo que haya ninguna peor que la del hambre.

—De todos modos, te hago que me acompañes á ver si logras convencerle, porque yo pierdo la paciencia pronto, y temo hacer un disparate.

Mendoza estaba cada vez mas alterado, y Ventura, que no tenia costumbre de verle así ni aun en medio de las mayores desgracias, le dijo:

—Pero díme, Daniel: ¿qué te ha sucedido en el momento que te has apartado de mí, que estás tan incomodado?... ¿Qué te ha dicho ese hombre?

—Nada; pero verle, sano y bueno, insultarnos con su cínica audacia, mientras el pobre Paco está quizás en la agonía por su causa... me horroriza.

—A mí tambien me indigna, y si todos fuérais de mi opinion, no estaria aquí este hombre, sino allá, en el Sótano de la nieve.

—¿Y tengo yo acaso la culpa?

—No... La tienen Genaro y el doctor... Pero cálmate, y entremos á ver lo que nos dice. ¿Sigue dentro con él la bruja?

—Sí; por eso no quiere comer, porque tiene miedo de que le envenene los alimentos.

—Y ella,—repuso Ventura,—dice que no se atreve á acercarse por miedo de que la ahogue... ¡Buen par están! Entremos.

Mendoza sacó del bolsillo una llave pequeña, pero grue-

sa, y abrió con ella la puerta que habia al estremo del callejon.

. . . . . .

Para llegar á la sala en que estaba preso el Duende era preciso atravesar dos grandes salones, alhajados con muebles y adornos de época menos moderna aun que los del piso principal.

Las antiquísimas sillerías de nogal, tapizadas de damasco de seda, estaban cubiertas con unos grandes paños de lienzo crudo; los espejos lo estaban asimismo por cortinas que caian desde lo alto del marco, y paños de igual clase cubrian las mesas de mármol y los adornos que habia sobre ellas.

Eran algunos de estos grandes relojes de bronce, parados; circunstancia que, unida á los demás detalles que acabamos de observar, indicaba que aquellos muebles no estaban en uso diario.

Efectivamente, hacia mucho tiempo que nadie habitaba el piso bajo de la casa chica de Alcira, departamento alhajado esclusivamente para la estacion del verano, y en el que, sin embargo, no habia entrado despues de quince años ninguno de los indivíduos de la familia.

Las colgaduras arrolladas sobre las puertas, y cubiertas tambien con lienzos, y las manchas de polvo que ennegrecian la estera de junco, confirmaban lo que dejamos dicho, y aun hubiesen sido suficientes por sí solas á revelarlo.

Cuidadosamente cerradas las ventanas, que, con rejas de hierro, daban vista al abandonado jardin de la casa, hacia tiempo que no habian permitido la entrada al aire libre, y la atmósfera que se respiraba era por lo tanto impura y angustiosa.

La mayor parte de nuestros lectores habrán visitado esos palacios reales, que en muchos años no habitan sus dueños, y esto nos ahorra de continuar haciendo una descripcion, que difícilmente seria completa.

Sin haber respirado el aire de esos aposentos deshabitados, objeto constante de la impertinente curiosidad de los viajeros, no se comprenderia bien el aspecto de los salones que dan paso al gabinete en que estaba encerrado el Duende.

Verdad es que en ellos no habia ningun objeto estremadamente raro que mereciese llamar la atencion de las personas que entrasen allí; pero esto mismo sucede en la mayor parte de las granjas y palacios feudales de los reyes, y sin embargo, no falta quien los visite.

El respeto que inspiran esos panteones de callados testigos, mas que al mérito artístico y á la antigüedad, deben su importancia á la grave y respetuosa historia con que acompaña su presentacion el conserje que sirve de cicerone.

Cuando alguno de estos, contemporáneo muchas veces de los muebles que enseña, llama la atencion sobre tal ó cual sitio donde *el amo* (Q. D. H.) solia sentarse á dormir la siesta, ó enseña tres gotas de tinta sobre una mesa, que asegura ser las que cayeron de la pluma cuando *su rey* firmó el tratado de mil trescientos y tantos... entonces el viajero que lo oye se descubre respetuosamente, no por el mueble, ni por el rey que en él estuvo sentado, sino porque la voz del conserje, la inamovilidad de la silla, y la añeja atmósfera que allí se respira, todo le hace creer que se halla en el siglo XIV.

Quizás habria sucedido lo mismo en el cuarto bajo de la casa chica de Alcira, si algun criado antiguo hubiese hecho la historia necrológica de sus adornos, y la no menos necrológica de sus dueños.

Pero allí no habia conserje que acompañára á los visitadores, ni ellos eran gentes que lo necesitáran, ni tenian ocasion de detenerse á semejantes averiguaciones.

Cruzaron rápidamente los salones, despues de haber cerrado por dentro la puerta, y sacando Mendoza otra llave,

la introdujo en el marco de un gran espejo de vestir, que giró sobre unas visagras, y por el hueco que dejó abierto en la pared les permitió la entrada en un pequeño gabinete.

Reducíanse los muebles de este aposento á unas banquetas de color de rosa con adornos amarillos, medio cubiertas por lienzos, como los demás muebles de la habitacion; á un tocador de hechura antigua, y á un cuadro de la Vírgen, original de Murillo (1).

La pared del fondo que daba frente á la simulada puerta por donde entraron los dos amigos, la formaban dos gruesas columnas doradas, por entre las que se corria un gran cortinaje de raso color de rosa, del cual recientemente habia sido arrancado el lienzo que lo cubria.

En una de las banquetas, próxima á la única ventana del aposento, estaba sentada doña Inés Montilla.

Habíase disminuido considerablemente el volúmen de esa mujer con la prision sufrida, y la palidez de su semblante indicaba el mal estado de su espíritu en aquellos momentos.

Alzóse en pié apenas vió entrar á los dos amigos, y mientras Mendoza cerraba la puerta, que asimismo tenia por la parte interior otro espejo de vestir, Ventura se acercó, y la dijo:

—Hola, buena pieza, ¿y el señor abad?

Doña Inés, con los brazos cruzados sobre el pecho, y aparentando una humildad estremada, movió la cabeza hácia las columnas al mismo tiempo que se abrieron las cortinas de raso, y asomó el Duende su horrible semblante.

Ventura no le habia visto desde que por disposicion del doctor Espinosa le trasladaron á ese aposento, y se quedó sorprendido al reparar cuán demudado estaba.

---

(1) La historia de este lienzo habria sido bien esplotada por un cicerone. Se asegura ser la última obra del célebre pintor; habia sido robada por los franceses el año de 1808, vendida por estos á los ingleses, y rescatada por la casa de Alcira, pagando al efecto 400.000 reales.

Amarillas como la cera sus repugnantes facciones, cárdenos sus lábios, manchadas de azul sus hundidas mejillas, y en grueso relieve las venas que cruzaban su frente, hubiese parecido el cadáver de un condenado, sin el brillo satánico de sus pequeños ojos azules.

Con sus manos, descarnadas y amarillas como el semblante, acabó de descorrer las cortinas, y asomó por completo su escuálida figura, mirando con asombro á los recien venidos.

El traje del Duende consistia en el balandran de seda morado con que recibió la visita de Mendoza y del padre Romualdo.

Dirigióse á paso lento, pero al parecer con audacia, hácia Mendoza, que le miraba de hito en hito, sorprendido como Ventura de verle tan demudado, y acercándose á examinarle con insidiosa curiosidad, se encogió de hombros y le volvió la espalda, sonriéndose desdeñosamente.

Lo propio hizo con Ventura, y ya se disponia á volverse á encerrar detrás de las cortinas, donde se veia una cama imperial de caoba, cuando oyó la voz de Mendoza y se paró estremecido.

Mendoza habia hablado en voz baja á doña Inés; pero su acento resonó en los oidos del Duende, que, á causa de la debilidad que sufria, por haberse negado á tomar alimento desde que estaba allí, no le conoció cuando se acercó á examinarle.

Pero apenas oyó su voz, cuando se volvió con presteza, con el semblante encendido y la mirada penetrante y fiera.

—¿Quién está ahí?—gritó con acento terrible.

Ventura y Mendoza guardaron silencio, y el Duende repitió:

—¿Quién está ahí?

—Quien puede,—respondió Mendoza.

—Aquí no puede nadie mas que yo... ¡Miserables!...—

gritó el Duende, dirigiéndose con impotente furor hácia Mendoza.

Pero este le paró, poniéndole, sin inmutarse, una mano sobre el pecho, cuyo ligero impulso le hizo caer en tierra, lanzando una imprecacion horrible.

Ventura corrió á levantarle, y el Duende le rechazó, haciéndolo con gran trabajo por sí propio.

Y mordiéndose los lábios con mal encubierto furor, se dirigia hácia la alcoba, cuando Mendoza le cogió del brazo, y obligándole á sentar en una de las banquetas, le dijo:

—Tenemos que hablar.

—Hablemos,—repuso el Duende, sentándose con insolente audacia.

Lo propio hicieron Mendoza y Ventura, mientras doña Inés continuaba en pié, mirando con recelo y rastreramente en derredor suyo. El antiguo capitan de la Partida del Trueno estaba sobrecogido, no sabiendo qué decir para ultrajar á aquel hombre sin contrariar los deseos de Adelaida.

Era ciertamente embarazosa su posicion, atendido su carácter fuerte, y lo poco acostumbrado que estaba á dejarse vencer en ninguno de los lances mas terribles de su vida.

Poco le habria importado la audacia del Duende, y hasta se hubiese alegrado de luchar con un hombre desalmado y altivo, como parecia serlo el que tenia en su presencia. Si Mendoza hubiese podido obrar por sí solo, no se habria gozado en hacerle daño, despues de tenerle en su poder; pero le hubiera tratado sin consideracion ninguna, sin sufrir que se propasára á insultarle.

El temor de disgustar á Adelaida, y de consiguiente á su querida Eugenia, le colocaba en una posicion difícil, y por eso llamó en su auxilio á Ventura, que por su carácter frívolo era mas á propósito para atormentar al preso sin compromiso de ninguna especie.

A Ventura no se le ocultó la causa del silencio que guardaba su amigo, y tomando la iniciativa, dijo:

—¿Sabe el señor abad que ha parecido su sobrino Enrique?

—¿Quién es este hombre?—preguntó el Duende, lanzando una mirada despreciativa á Ventura.

—¡Vaya que ha estado buena la resurreccion de ese niño!...—esclamó Ventura, sin hacer caso de las palabras del Duende.—¡Qué fortuna tienen algunos hombres!... ¡Quién le habia de haber dicho al *memo* de Eduardo que habia de ser grande de España de primera clase!...

—Y tio de una duquesa de las principales de Francia!—interrumpió Mendoza, animado por las palabras de su amigo.

—¡Y sobrino de un abad!...—repuso Ventura sonriendo.—¡Nada menos que de un abad!... ¡Que no se me apareciera otro tio por el estilo!

—¡Miserables!...—gritó el Duende, alzándose en pié con los puños crispados y dirigiéndose hácia la alcoba.

—Aquí,—dijo Mendoza con acento imperioso.

—Acabemos de una vez,—replicó el Duende con voz horrible, pero débil.

—No hemos empezado aun,—repuso Ventura riendo.

—¿Qué les queda á ustedes que hacer?...—dijo el Duende, cada vez mas irritado...—¡Ah! ¡Si la imbécil curia romana me hubiese despachado con un solo dia de anticipacion la dispensa, no se gozarian ustedes ahora en atormentarme!

—Nosotros no nos gozamos en atormentar á los que no pueden hacernos daño ninguno.

—Yo puedo aun...—gritó el Duende, desesperado y sin poder terminar la frase.

—Los débiles me inspiran compasion... los presos lástima,—dijo Mendoza.

—Habeis entrado en mi casa como bandidos, y os com-

placeis ahora en vuestra ferocidad... pero dejadme un dia no mas en libertad, dadme una hora siquiera para disponer mis armas, y desde esta prision os haré la guerra, desbaratando vuestros infames proyectos.

—Démosle una semana, —dijo Ventura riendo.

—Toda la vida, —repuso Mendoza, —si firma el escrito que le presentamos.

—¿Y con qué derecho se me exige esa horrible declaracion?

—Con el de la razon, con el de la justicia, y finalmente, en nombre de la humanidad, —dijo Mendoza.

—¡De la humanidad!... —repuso el Duende.—De la humanidad que el capitan de la Partida del Trueno ha desgarrado con sus fechorías.

—No venimos á ser residenciados por un asesino,—dijo Ventura con un gesto amenazador.

—Venís á ensañaros con un hombre á quien habeis encerrado entre cuatro paredes... á insultarle, despues de haberle atado de piés y manos... á rogarle que coma, cuando le envenenais los alimentos...

—¡Es falso!...—gritó Mendoza.

—¡Déjale que se desahogue cuanto quiera! —repuso Ventura riendo.—¡Todos los villanos son desagradecidos!

—¡Caballero!... —gritó el Duende ébrio de cólera.

Y viendo la impasibilidad de Ventura, y persuadido de que su estado era tan débil, que no le permitia ni aun esos estériles alardes de fiereza, se dejó caer sobre el asiento, mordiéndose los lábios y apretando las manos.

—Señor abad, —dijo Ventura, —usted no merece que le tratemos con tanta consideracion, despues de los crímenes que ha cometido tan á mansalva... Cuando la última vez que usó de la libertad fué para cometer un asesinato...

—¡Un asesinato!...—murmuró el Duende estremecido.

Y luego, incorporándose sobre el asiento, añadió:

—¿Ha muerto Cabezota?

Ventura miró á su amigo sin saber qué contestar á esta pregunta, y Mendoza dijo:

—No ha muerto; vive, gracias á los cuidados del doctor Espinosa y de Adelaida.

—¡Maldito médico!—gritó el Duende con voz ronca.

Y haciendo un esfuerzo rápido por conservar la energía ficticia, que apenas le permitia hablar, se acercó á Mendoza, y le dijo:

—¿Qué puedo hacer para salir de aquí?

—Firmar ese papel.

—¿Y me podrán ustedes al momento en libertad?—añadió, como si le hubiese ocurrido una idea plácida.

—No admitimos condiciones,—repuso Mendoza.

—¡Ah!... ¡Soy un imbécil!... Habia creido que los cobardes podian ser nobles.

El semblante de los dos amigos se cubrió de un encendido carmin, y Mendoza, que no podia reprimir por mas tiempo su cólera, se alzó en pié, y dijo:

—Vámonos, Ventura.

—¡Sáquenme ustedes de aquí!...—gritó doña Inés, cruzando las manos y arrodillándose delante de Mendoza.

—No puede ser,—dijo Ventura;—es preciso que cuides al señor abad.

—Yo no necesito que me cuide nadie.

—Silencio,—repuso Ventura.—Esta mujer no se apartará de tu lado hasta que acabes esa existencia maldita... Si no quieres comer, tanto mejor; así terminarás mas pronto.

Mendoza habló en voz baja con Ventura, y procurando dominar su natural repugnancia, se acercó al Duende, y le dijo:

—¿Quiere usted que le enviemos otro compañero de encierro?

—Yo no quiero nada.

—Un ángel,—añadió Mendoza,—se ha empeñado en

salvar la vida á este miserable, y aun se niega á aceptar tan generoso sacrificio... Le ahoga la sangre inocente que ha derramado, y cuando sus víctimas le tienden una mano caritativa para sacarle de ese lago inmenso de crímenes, rehusa esa mano, provocando con su audacia el castigo de sus culpas.

—¡Yo no quiero que nadie me tenga caridad!...—gritó el Duende, alzándose en pié y corriendo por el aposento como un desesperado.—Yo solo puedo implorar la compasion sobre el sepulcro del último de mis parientes... Mientras circule una sola gota de esa sangre maldita, no puedo ser feliz... Juré acabar con toda mi familia, y no quiero deberles una vida que no me ha bastado para llevar á cabo mi juramento.

—¡Está loco!...—esclamó Ventura asustado.

—¡Loco!...—repitió el Duende.—¡Ah!... No estoy loco... Yo tambien me he preguntado alguna vez lo mismo, y sin embargo... no estoy loco...

. . . . . .

. . . . . .

Quedó despues de pronunciar estas palabras de pié en medio de la habitacion, con el semblante horriblemente contraido, los ojos fijos en la pared, y los puños crispados.

Su aspecto era en aquel momento verdaderamente aterrador.

Mendoza le miraba atentamente, aturdido, sin saber qué partido tomar, y horrorizado con lo que acababa de oir.

Doña Inés Montilla, mientras tanto, seguia con las manos cruzadas sobre el pecho, y mirando con ademan suplicativo á Ventura, que llamando aparte á Mendoza, le dijo:

—Y bien, ¿qué hacemos?

—No sé.

—Ya ves que este hombre se niega á todo, y me será imposible convencerle para que tome alimento.

—No tengo ya ningun interés en ello... Me basta que

no quiera atentar á su vida, y para ello es preciso que venga un hombre á sujetarle... Dí al Richano que baje.

—¿Y qué haremos con esta mujer?

—Dejarla aquí para que le asista... Despues de lo que acabamos de oir, estoy decidido á no guardarle ninguna consideracion.

—Se morirá de hambre...—repuso Ventura;—y entonces...

—Nos ahorrará de darle otra muerte peor... Yo no respondo de lo que haré si vuelve á hablar como acaba de hacerlo... Ves á llamar al Richano.

Al ruido que hizo Ventura para abrir la puerta del espejo volvió en sí de su distraccion el Duende, y dijo:

—¿Aun estais aquí?... Idos; dejadme descansar.

Llevó al decir esto ambas manos sobre el corazon, y con paso trémulo, se ocultó entre el cortinaje, oyéndose poco despues una imprecacion horrible, seguida del leve crugido del damasco, al caer su cuerpo sobre los colchones.

Mendoza, aguardando la vuelta de Ventura, se sentó en una de las banquetas, y doña Inés se arrodilló de nuevo implorando perdon.

CAPITULO CXXIII.

La firma del Duende.

Esperando la vuelta de Ventura quedaron solos en la alcoba del Duende, Mendoza y doña Inés Montilla.

Esta mujer perversa, que bajo la máscara del fanatismo político y religioso habia sabido encubrir todas sus maldades, no era despues de la prision que la hizo sufrir Mendoza, ni astuta, ni hipócrita.

Aturdida con la grave acusacion que pesaba sobre ella, habia perdido todo su natural aplomo, y desbaratada la farsa con que pretendió alucinar á sus jueces, no la quedaba otro recurso sino implorar piedad á costa de un arrepentimiento que, si no era sincero, no podia ser sospechoso.

Confesa y convicta de su crímen, despues que vió en poder de Genaro la carta que escribió á las tropas liberales anunciando el envenenamiento del general Ayamonte, la era inútil seguir fingiendo una inocencia absurda, y con la que se habia adquirido el título de *Madre del partido apostólico*.

Por otra parte, el miedo de una muerte afrentosa la hacia implorar con fervor la caridad de los hombres que podian perderla, y ya no se acordaba de Adelaida y de Eugenia sino para reverenciar sus nombres.

Unicamente la esperanza de que el Duende triunfase al-

guna vez de sus enemigos, podia haberla hecho conservar su hipocresía y su astucia; pero aun así no se hubiese prestado de nuevo á ser cómplice en sus crímenes.

De los tres indivíduos de la Partida del Trueno, Mendoza era el que la inspiraba menos confianza, y á pesar de la aspereza con que Genaro la trató en la Cárcel de Córte, habria preferido hallarse á solas con él. Sin embargo, habia sufrido mucho desde que estaba en compañía del Duende, y horrorizada con la idea de continuar allí, hizo un esfuerzo para dominar su repugnancia, y acercándose á Mendoza, le dijo:

—¡Por caridad, señorito don Daniel, por caridad, sáqueme usted de aquí!

Mendoza la miró con indignacion, haciéndola bajar los ojos temblorosa y asustada.

—¿Adónde quieres ir?...—la replicó con aspereza.

—Adonde usted me mande,—contestó doña Inés, loca de alegría, al ver que ya no se trataba de que la permitiesen salir de allí, sino de ver adonde la habian de llevar.

—¿Quieres volver á la cárcel?...—la preguntó Mendoza.

—¡A la cárcel!...—repitió horrorizada.—No, señor, á la cárcel no.

—Pues allí has de volver, porque has salido bajo fianza.

—Pero si el señorito don Genaro quiere, me perdonará el juez de la causa.

—¡Me perdonará!—dijo Mendoza.—¡Parece que ya no pides que te declaren inocente!... ¡No niegas el envenenamiento del general!... ¿Quién te aconsejó ese crímen?

Doña Inés guardó silencio, sin atreverse á alzar la cabeza, y Mendoza añadió:

—Esa vergüenza hubiera sentado muy bien antes de confeccionar el chocolate; ahora, por el contrario, dá de tí una idea horrible... Hasta que has visto encima el castigo, no has soñado siquiera con el arrepentimiento.

—¡Por Dios... señorito, acuérdese usted!...

—¿De qué me he de acordar?...—replicó Mendoza, viendo que doña Inés no se atrevia á terminar la frase comenzada.—De los tormentos que hiciste sufrir á Adelaida en la Torre del Duende, ó de la infame calumnia que arrojaste sobre la inocente Eugenia?...

—¡Perdon, señorito, perdon!...—dijo doña Inés, cayendo nuevamente de rodillas á los piés de Mendoza.

—¿De qué te he de perdonar?... Dílo... ¡Crees que puedo sustraerte á la accion de los tribunales!... Las señoritas te han perdonado ya...

—¿Me han perdonado?

—Sí.

—Pues bien, señorito; no lo haga usted ya por mí, sino por ellas... por la señorita Eugenia.

—Si vuelves á pronunciar ese nombre,—dijo con indignacion Mendoza,—te mando para siempre á la cárcel.

—¡A la cárcel!... ¡Ah! ¡No!...

—Y desde allí á poder del verdugo.

—¡Dios mio!...—gritó horrorizada doña Inés.

—¿Pues qué quieres? ¿Pretendes quedar en libertad despues de los crímenes que has cometido?... Los hijos del general Ayamonte te perdonarán la vida; pero no querrán encontrarse con el asesino de su padre, y te encerrarán para siempre en la galera.

Doña Inés se alzó en pié de repente, con cierto aire de despecho, como el reo desalmado y feroz, que, cansado de haber fingido en todo el curso de la causa, recobra su audacia en el momento de escuchar la última sentencia.

Nunca habia perdido por completo la esperanza de salvar la vida, y aspiraba á alcanzar una libertad absoluta, fiada en la bondad de Adelaida y de Eugenia, que intercederian por ella; pero el acento con que Mendoza le anunció su reclusion perpétua, no la dejaba duda de que semejante sentencia no admitia apelacion, y su carácter violento

no la permitia humillarse por mas tiempo ante sus jueces.

Mendoza lo conoció así, y la miró con desden cuando se alzó del suelo, como si quisiera significarla que no le habia engañado su fingido arrepentimiento.

—Si no te conformas con esa sentencia, te impondrán la inmediata,—la dijo.—¿Prefieres la muerte á terminar tu existencia en compañía de unas mujeres menos criminales que tú?

—Los tribunales decidirán,—repuso con insolente audacia doña Inés.

—Genaro les ilustrará, presentando la carta que obra en su poder.

—Esa carta es mia... don Genaro ofreció entregármela si le decia dónde estaban los papeles de la caja de marfil.

—¿Y le cumpliste la palabra?...—preguntó Mendoza, aparentando ignorar la escena de la Cárcel de Córte.

—Sí, señor...—replicó doña Inés, engañada por las palabras de Mendoza.

—¿De veras?

—Sí, señor; le dije dónde estaban los papeles, le anuncié los proyectos del Duende, y si no hubiera sido por mí, no llegan á tiempo de cogerle en el Sótano.

Alucinada doña Inés por la idea de que Mendoza no sabia lo que le contaba, y creyendo que con su revelacion lograria la libertad, alzó la voz resueltamente, y el eco de sus palabras llegó al otro lado del cortinaje donde estaba el Duende, que contestó con un horrible rugido.

Mendoza volvió la cabeza al escuchar aquel rumor, y asomó á sus lábios una sonrisa, que estremeció á doña Inés.

—¿Con que gracias á tus revelaciones,—la dijo alzando la voz,—logramos apoderarnos de ese hombre?...

—¡Infame!—gritó el Duende desde la cama, donde continuaba acostado.

Y haciendo un esfuerzo para levantarse, se oyeron estas palabras, acompañadas del crugido de los colchones:

—No puedo moverme... ¡maldita bruja!...

Doña Inés se estremeció de nuevo, y acercándose á Mendoza, le dijo en voz baja:

—Señorito, sáqueme usted de aquí, por Dios.

—¿Le tienes miedo?—replicó Mendoza en voz alta.

—Lléveme usted á la cárcel... á la galera... á cualquier parte; pero no me deje usted sola con ese hombre.

—No tengas miedo; el señor abad no te hará daño ninguno... sois amigos antiguos.

—¡Villanos!...—gritó con acento terrible el Duende, sin dejar de hacer desesperados esfuerzos para alzarse del lecho, donde la debilidad que sufria le postraba cada vez mas.

Mendoza cobró su antigua serenidad para atormentarle, y alzando la voz, dijo:

—¿Quién ha de cuidarle si tú le abandonas?

—La Peregrina,—replicó doña Inés.

—No lo creas,—repuso Mendoza;—la Peregrina no sabrá hacer ni siquiera una jícara de chocolate.

El Duende lanzó un gritó de horror al escuchar esas palabras, y haciendo un esfuerzo violento, logró alzarse en pié, saliendo precipitadamente por entre el cortinaje.

Su aspecto era horrible.

La angustia que se retrataba en su semblante habria escitado la compasion de sus mas encarnizados enemigos.

Tambien Mendoza se estremeció al verle, y por uno de sus naturales y generosos impulsos corrió á sostenerle para evitar una nueva desgracia.

El Duende le miró con espanto, y quiso rechazarle con las manos, que enclavadas hasta entonces en las cortinas, le habian servido para mantenerse en pié.

Semejante alarde de ferocidad apresuró el momento que habia previsto Mendoza, y en sus brazos cayó el Duende, quedando, con el auxilio de doña Inés, sentado sobre una de las banquetas.

Mendoza continuó de pié á su lado, mirándole con lástima, mientras él abria sus ojos con espanto, fijándolos con furor en doña Inés, que se fué retirando poco á poco hasta ocultarse en el hueco de la ventana.

Hasta allí la siguió con la vista el Duende, y volviéndose hácia Mendoza, le dijo:

—¿Qué piensa usted hacer conmigo?

—No lo sé,—respondió Mendoza, asombrado de tan estraña pregunta.

—Es que así no podemos continuar mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Porque yo me muero...

—¿Está usted enfermo?... Diré que venga el doctor Espinosa.

—¡Maldito médico!...—gritó el Duende.

—Y si quiere usted una persona que le acompañe, avisaremos á Simon Dupré.

—¡Maldicion!... —dijo con voz horrible el Duende.—¡Los diablos del infierno se han conjurado contra mí!... Pero ¿quién tiene derecho para abusar de ese modo en mi casa? ¡Estoy en mi casa... cobardes!...

Mendoza sufria mucho al oir al Duende y al observar el aspecto, cada vez mas horrible, que ofrecia su semblante, la angustia de su voz y el desasosiego que se advertia en todo su cuerpo.

Pero al propio tiempo que le compadecian esas señales de un delirio próximo y probablemente funesto, le irritaba su orgullo y la perversidad de su corazon.

A Mendoza no le habria sorprendido verle resignado y sereno en su desgracia, ni aun hubiese estrañado que conservára su ferocidad hasta el último momento de su vida; pero le admiraba ver que, á pesar de encontrarse vencido, y á merced de sus enemigos, no le ocurriera una sola vez pedir la muerte como término á sus padecimientos.

La observacion de Mendoza era oportuna.

Cuantos hubiesen visto al Duende en esa situacion, habrian estrañado que, siendo bastante perverso para maldecir de las cosas mas santas, y tan fuerte que no queria doblegarse á demandar perdon de sus culpas, tuviera tanto miedo á la muerte.

No se comprendia, ciertamente, que un hombre tan malvado y tan corrompido pudiese tener valor para soportar las desgracias que le rodeaban, como si la fé en el porvenir alentase su esperanza.

Pero no era resignacion en los trabajos lo que tenia el Duende, sino miedo á los padecimientos de la muerte, y no queria vivir para otra cosa que para vengarse de sus enemigos.

La esperanza de lograrlo así era la que no le abandonaba jamás, y aun en ese encierro, de donde, desfallecido por el hambre, no podia esperar salir sin la exagerada generosidad de sus víctimas, se formaba mil risueñas ilusiones de triunfo, y meditaba sangrientos planes para una venganza horrible.

Así lo pensó Mendoza, y esto le daba cada vez mas valor para atormentarle, á pesar de lo que sufria al examinar su cadavérico semblante.

—¿Tampoco quiere usted que le acompañe Simon?—le dijo con aparente sorpresa.

—Quiero,—contestó el Duende,—que me saque usted de aquí por un dia no mas, y yo le doy mi cabeza en prenda de que volveré á entregarme á su disposicion para que haga conmigo lo que se le antoje... Pero necesito verme otra vez en libertad para vengarme de los traidores que me han vendido...

Mendoza se sentó á su lado, y fingiendo creer lo que le decia, le preguntó:

—¿Me dá usted palabra de no vengarse sino de las personas que le han engañado?

—Sí...—respondió con frenética alegría el Duende.

—¿Un dia no mas?

—Nada mas.

—No lo crea usted, señorito...—gritó doña Inés, saliendo desolada del escondite.

—¡Miserable!...—esclamó el Duende con acento amenazador.

—Silencio,—dijo Mendoza, con gesto imperioso á doña Inés, para acabar de engañar al Duende.

Y dirigiéndose á este, añadió:

—¿Con que estamos convenidos?... La cabeza de usted me responde de que me cumplirá su palabra.

—Sí... vamos,—repuso el Duende, disponiéndose á alzarse del asiento.

—¿Adónde?

—¿Se niega usted á cumplirme lo ofrecido?

—Nada de eso; pero primero se ha de formalizar nuestro contrato.

—¿Y qué puedo yo hacer desde aquí?

—Firmar el pliego que presentó á usted Genaro.

El Duende se estremeció al oir á Mendoza; pero se tranquilizó inmediatamente, y dijo:

—Venga.

Mendoza desdobló un papel, lo estendió sobre la rodilla, y sacando del bolsillo una pluma de plata, se la presentó al Duende, diciéndole:

—Firme usted aquí.

La pluma de plata era la que recogió el padre Romualdo de la cama de don Lorenzo, y al reparar en ella el Duende, dijo:

—¿Supongo que el fraile será considerado como uno de los traidores?

—¿Quién lo duda?

—En ese caso firmo, aunque sea mi sentencia de muerte.

—¿Quiere usted que le lea el contenido de este documento?

—¡Lo recuerdo muy bien! —dijo el Duende con pena.

Y sin mas dilaciones firmó el papel.

Doña Inés, que, asomada al quicio de la ventana, observaba con angustia esa escena, lanzó un hondo suspiro, y se mordió los lábios con desesperacion al ver que el Duende habia firmado la confesion de sus crímenes.

—Estoy á la disposicion de usted, —dijo el de Maqueda, cuando hubo concluido la firma.

Mendoza la examinó con detencion, y doblando el papel, lo guardó en el bolsillo, sin contestar á las palabras del Duende.

Y este se disponia á repetirlas, cuando se abrió la puerta del espejo, y entró allí Ventura, seguido del Richano.

—¿Qué traen aquí esos hombres? —dijo al verlos.

—¿Se le ha pasado ya el delirio? —preguntó Ventura riendo.

—Señorito, —dijo doña Inés, acercándose á hablarle en voz baja, —mire usted que ese hombre ha engañado á don Daniel para que le ponga en libertad...

—Es muy justo, —replicó Ventura, mirando á Mendoza, que le dijo:

—El señor abad ha tenido la complacencia de firmar el pliego.

—¿De veras?

—Mira.

Ventura examinó el papel que le presentó Mendoza, y dijo:

—Perfectamente: y tú en premio le habrás ofrecido la libertad...

—Por venticuatro horas.

—¿Nada mas? —dijo Ventura.

—Me basta, —repuso con furor el Duende, —para castigar á los villanos que me han vendido, y para que un dia al menos me vea á mi libre albedrío, sin necesidad de encubrir mis deseos... Estoy convencido de que la sociedad no

merece que se la guarde consideracion de ninguna especie... ¡Ah! Despues que me haya vengado de mis enemigos, ya no me importa nada, y estoy pronto á todo.

—¿Y cuándo empieza á contarse ese plazo? —dijo Ventura.

—Desde ahora mismo, —repuso el Duende.

—Ahora no, —replicó Mendoza, — porque está usted demasiado débil, y no podria hacer nada... Es preciso que tome algun alimento.

—No quiero nada... la esperanza de vengarme me alimenta, y estoy mas fuerte que nunca.

Era en verdad exacto lo que decia el Duende, que, con asombro de Mendoza, se alzó en pié con presteza, diciendo:

—Vamos.

—Antes es necesario que coma usted algo... tomará usted chocolate.

Las palabras de Mendoza hicieron un efecto terrible en el semblante del Duende, cuyos pequeños ojos azules se abrieron con espanto, amenazando tragarse cuanto le rodeaba.

Doña Inés le miró estremecida, y Ventura, que no podia desconocer la causa de aquel sobresalto, ayudó por su parte los deseos de Mendoza, diciendo:

—Tiene razon Daniel; tomará usted chocolate.

Y volviéndose á doña Inés, añadió:

—Esta señora lo hará en un momento.

Al Duende le ahogaba de tal manera la cólera, que quiso hablar y no pudo.

No acertaba á despegar sus lábios, cubiertos de una espuma amarillenta, y al quererse arrojar sobre Mendoza, cayó de nuevo en la banqueta.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—En ese caso, firmo, aunque sea mi sentencia de muerte.

CAPITULO CXXIV.

Desesperacion.

Era el Richano un hombre de elevada estatura, pero delgado y de pocas fuerzas al parecer; la tez cobriza, la mirada siniestra, las facciones abultadas y toscas, y el aspecto de su figura verdaderamente salvaje.

En su semblante era difícil leer los feroces instintos de su corazon, ó mejor dicho, el móvil de ellos, y solo despues de observar detenidamente su cabeza, se comprendia que su frente, deprimida en el centro y abultada sobre sus sienes, no podia ser indicio de otra cosa que de la escasa luz de su entendimiento, y la consecuente predisposicion á la obediencia estúpida, y á la imitacion servil de cuanto veia hacer á los demás.

Como todos los indivíduos en quienes el espíritu está avasallado por la materia, jamás tenia inclinaciones propias, y era ladron y asesino porque nació entre asesinos y ladrones. A pocos hombres se les podia preguntar con mas razon que al Richano aquello de *dime con quién andas...* para decirle al punto quién era.

Separado de la señora Alifonsa, soplo de espíritu que animaba su inerte materia, y reunido con Cabezota, único hombre á quien profesaba grande veneracion, habia vuelto

á ser una máquina, pronta á recibir cualquier impulso que quisieran darle.

Mendoza, que tenia gran conocimiento de esta clase de hombres, y que habia hecho de todos ellos un verdadero estudio fisiológico, conoció fácilmente el partido que podria sacarse del Richano, y por eso le hizo llamar para encargarle de la custodia del Duende, sin pensar en que doña Inés dejára de seguirle acompañando, porque este era el mejor castigo que podia darse á las maldades de aquel hombre.

Sin embargo, despues de la obstinacion con que le vió negarse á tomar los alimentos de mano de su antigua amiga, y obligado á conservarle la vida por encargo especial de Adelaida, dudó si convendria sacar de allí á doña Inés, para lo cual consultó con su amigo Ventura.

—¿Qué hacemos?...—le dijo, apartándose con él á un estremo del gabinete.

—¿Y me lo preguntas?—replicó Ventura.—¿No me dijiste que trajera al Richano?

—Sí.

—Pues vámonos de aquí, que ya estoy harto de ver á ese hombre.

—Sí, pero es preciso hacerle tomar algun alimento; de lo contrario, se morirá... y luego...

—No lo creas, el hambre le hará comer.

—Estás en un error, Ventura; mientras no salga de aquí esa mujer, preferirá morir á tomar nada de sus manos.

—Pues buen remedio; llevémosla á otra parte... á la cárcel...

—Sí; pero ya sabes que Genaro, á pesar de parecer el defensor del Duende, fué el que quiso que trajésemos aquí á esta bruja.

—Pues dejémosla y vámonos, porque, la verdad, me irrita ver á ese hombre; y el caso es que al mismo tiempo me dá lástima.

—Y á mí tambien,—repuso Mendoza, conmovido.

Y despues de pararse un momento, pensativo, se acercó al Duende, que continuaba medio tendido sobre una de las banquetas, y le dijo:

—Elija usted entre doña Inés y el Richano: ¿cuál de los dos quiere usted que se quede á hacerle compañía?

El Duende, cuya postracion era tal que no le permitia mas movimiento que el de los ojos, los clavó en el semblante de Mendoza con una horrible espresion de fiereza, y guardó silencio por espacio de algunos minutos.

—Prefiero quedarme sin ninguno...—gritó con voz débil, pero terrible, y despues de hacer los mas desesperados esfuerzos para mover los lábios.—No quiero á nadie,—añadió.—¿Lo oís?... á nadie... aborrezco á todo el mundo... Decidme que ha perecido la humanidad toda, y dadme luego la muerte; vereis cómo exhalo riendo mi postrer suspiro... ¡Ah!... ¡Todos me han vendido antes de que yo pudiera venderlos á todos!... ¡Miserables!... ¡No adivinábais que, terminada mi venganza, habria roto todos los instrumentos de ella!... ¡Oh!... ¡Lo habeis conocido, y por eso me abandonais!... Pero volved acá, sed generosos... Llevadme un momento fuera de aquí, que yo ofrezco no engañaros... Ayudadme á triunfar de mis enemigos, y vuestro será el botin de la victoria... Dadme la libertad, y os daré en cambio las riquezas malditas que tanto ambicionaba... Ya no esconderé el puñal debajo de las vestiduras que aborrezco, porque ya soy libre... *¡libre!*...—gritó con voz ronca.

Y clavando sus manos en el balandran morado que le cubria el pecho, fijó sus ojos espantados en la sagrada vestidura.

Ventura y Mendoza se miraron estremecidos, y el primero dijo con voz triste:

—¡Infeliz!... ¡Está loco!

El Duende le miró con enojo y como desafiándole á que repitiera lo que acababa de decir, y Mendoza, que sufria

cada vez mas con aquella horrible escena, hizo seña al Richano para que alzase al Duende, y lo llevase á la cama.

Operacion que el bandido ejecutó fácilmente, gracias, mas que á sus fuerzas, á la inercia del Duende, cuyo cuerpo, como hemos dicho, no tenia otro movimiento que el de los ojos.

Mendoza se acercó y le quitó el balandran, única preuda del traje eclesiástico que conservaba puesta, quedando de ese modo en completo vestido seglar, sin siquiera la corona del sacerdocio, que, afortunadamente, no podia tener abierta en sus propios cabellos, porque carecia absolutamente de ellos.

Tendido sobre los colchones de damasco amarillo, sin que á pesar de los grandes esfuerzos que hizo para lograrlo hubiese pronunciado una sola palabra, Mendoza quiso probar el estado de su espíritu, dirigiéndole algunas preguntas cariñosas, á las que nada pudo contestar, y últimamente dijo en voz alta:

—Que le traigan una taza de caldo.

El Duende dió una sacudida violenta con todo su cuerpo sobre la cama, espresando con un gesto horrible la repugnancia que le inspiraba lo que acababa de oir, y Ventura se acercó á hablarle, sin conseguir mejor resultado que su amigo.

—¿Qué hacemos?...—le volvió á decir Mendoza.

—Avisar al doctor Espinosa para que venga á verle.

Al oir el nombre del doctor, se estremeció de nuevo el Duende, y Ventura añadió:

—No me queda duda... ¡Está loco!

—¡Loco!...—repitió el Duende.—No estoy loco... Dadme la libertad, y os convencereis de que no estoy loco... Pero sois unos villanos, y no me cumplireis lo ofrecido.

—Lo cumpliremos,—dijo Mendoza.

—¿Me sacareis de aquí?

—Sí.

—¿Cuándo?—gritó el Duende, queriendo incorporarse sobre la cama.

—Luego.

—¡Ah! ¡Luego!... ¡Ya os comprendo!... Despues que me hayais acabado de quitar la vida con vuestros infames tormentos.

—No tal,—repuso Mendoza;—ahora mismo os sacaremos de aquí, y os dejaremos en libertad si tomais algun alimento.

—No tengo hambre.

—Lo sé; pero estais muy débil, y no podriais sostenernos en pié.

—No importa; abridme la puerta de este encierro, y el aire libre que entre por ella me traerá la esperanza de saciar mi furor, y con ella las fuerzas que necesito para vengarme.

—¡Es una fiera!...—murmuró Ventura.

—Si os viérais en libertad,—le dijo Mendoza,—¿os arrepentiriais?

—¿De qué?—preguntó el Duende con voz de trueno.

—De vuestros crímenes.

—Sí,—repuso el Duende, sonriendo de una manera horrible;—me arrepentiria de no haberlos hecho todos por mí solo... Me pesaria de haberme valido de gente estraña, en cuyos corazones no arde, ni el fuego de la venganza ni el del orgullo... No volveria á querer comprar con el oro el hierro del asesino, y me arrepentiria de haberme arrepentido alguna vez sacrificando mis propósitos á los caprichos de la sociedad.

—Pues, ea, salgamos,—dijo Mendoza, queriendo demostrar al Duende que no podia moverse.

Pero tal fué el esfuerzo que hizo, que logró sentarse sobre la cama y bajar de ella, con asombro de los dos amigos, y de doña Inés y el Richano, que le observaban desde el otro lado de las cortinas.

—¡Maldicion!...—gritó el Duende, despues de probar inútilmente á dar algunos pasos.—¡No puedo moverme!—añadió con acento terrible.

Y rechinando los dientes con un crugido satánico, se dejó caer sobre la cama.

—¿Estais convencido?—le dijo Mendoza.

—Sí; lo estoy de que sois unos cobardes, que no teneis valor para asesinar frente á frente, y sabeis quitar la vida con un suplicio tan lento como el que me habeis preparado.

—Sin embargo,—dijo Ventura,—este encierro es algo mejor que el Sótano de la nieve... Aquí hay luz en abundancia, y no se infiltra la humedad en los huesos.

—Pero en cambio me quereis matar con un veneno traidor, que corroe las entrañas.

—Os engañais,—le replicó Mendoza;—nadie ha pensado en mataros, y los alimentos no tienen veneno ninguno. Un ángel vela por vuestra existencia, y nosotros no podemos dejar de cumplir sus mandatos.

—¿Un ángel?—murmuró el Duende con furor.—¡Adelaida!

—Sí,—repuso Mendoza;—Adelaida es el ángel que ampara vuestro destino, y que pide al cielo que no se irrite al escuchar vuestras horribles imprecaciones... Adelaida nos ha rogado que os conservemos la vida, aun á costa de todo género de sacrificios... Por salvaros de la desesperacion, renuncia sus títulos y sus rentas... y daria su propia felicidad por recoger una sola gota de la sangre que se vertiera por su causa.

—¡Calla, miserable!...—gritó el Duende, aturdido con lo que le decia Mendoza.

—¿Con que os negais á tomar alimento?—le dijo Ventura.

—Sí.

—Os morireis de hambre.

—¡Morirme!...—esclamó asustado.

—Y no podreis vengaros.

—¡Ah, no; yo quiero vivir... vivir para vengarme!... ¡Pronto, pronto!... Que me traigan de comer al momento.

Mendoza llamó al Richano para encargarle el cuidado del Duende, previniéndole que le tratase con toda consideracion, y volviéndose á Ventura, le dijo:

—Vámonos, porque ya no puedo resistir aquí mas tiempo... Este hombre, mas que un criminal, es un salvaje.

Ventura, que deseaba mas que su amigo el salir de allí, se dirigió hácia la puerta del espejo, y ya se disponia á abrirla, cuando doña Inés se le acercó corriendo, y con voz suplicante le dijo:

—Señorito, no me dejen ustedes aquí.

Ventura volvió la cabeza para interrogar con la vista á su amigo sobre lo que deberia hacerse, y Mendoza dijo:

—Que se quede aquí por ahora, y que no entre en la alcoba; el Richano le dará todo lo que pida.

—¡Señorito!...—esclamó con acento triste doña Inés.

Y oyó por única contestacion el ruido de la puerta, que se cerró apenas hubieron salido del gabinete Mendoza y Ventura.

El Richano, mientras tanto, habia ayudado al Duende á acomodarse sobre la cama, y con voz bronca, pero compasiva y respetuosa, le preguntó:

—¿Qué quiere usted tomar?

El Duende, que hasta entonces no se habia enterado de quién era el hombre que tenia á su lado, le miró con fiereza, y le dijo:

—¿Quieres pagarme las que me debes?

—Yo no le debo á usted nada.

—Míralo bien.

—Nada.

—¿Cuánto te valió el enseñar á Cabezota la entrada en el sótano por el reloj de la torre?

—La vida.

—¡La vida!—repitió el Duende con asombro.

—Sí, señor; la vida; porque á no ser así me hubiese muerto de la herida que me hizo el bribon de Tenazas... ¡Una soberbia me ha dado al verle entrar aquí!...

—¿Pues dónde está?

—En esa puerta primera.

En el descompuesto semblante del Duende brilló una alegría satánica, cuya causa adivinó el Richano á pesar de su estupidez, y le dijo:

—No lo crea usted; no le han dejado entrar aquí por miedo de que le asesinára á usted.

—No es cierto,—repuso el Duende;—os engañan á los unos con los otros.... pero ya saldré yo de aquí, y veremos.

—Lo que es eso de salir me parece que está algo verde,—dijo el Richano riendo.

—¿Te negarias tú á ayudarme?

—Ya lo creo que me negaria.

—¿Y si te diera mucho dinero?

—¿Como cuánto?—preguntó el bandido, que solo intentaba gozarse en la desesperacion del Duende.

—Todo cuanto yo tengo.

—Es poco.

—¡Poco!

—Sí, señor, porque mas tenia usted cuando me ofreció lo mismo por asesinar á Paco, y no quise... ¡Oh! Eso sí que, aunque me valiera un Potosí, no lo haria.

—Ahora ya es tarde... porque ha muerto.

—¿Ha muerto?—dijo asustado el Richano.

—Sí.

—Tanto peor para usted si ha muerto Paco.

—¿Pues no le tenias miedo?

—¡Miedo! ¡Qué disparate!... En fin, no hablemos de eso, si quiere usted que le trate como me han mandado.

—Quiero,—dijo el Duende con voz lastimosa;—quiero que me saques de aquí.

—Es imposible.

—¡Para mí no hay imposibles!—gritó con voz ronca, y tratando de incorporarse sobre la cama.

—Ea, ¿qué vá usted á comer?

—¡Un veneno!—esclamó el Duende desesperado.

—Bruja, ven acá,—repuso el Richano, dirigiéndose á doña Inés;—tu amo quiere un veneno.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!...—gritó doña Inés, bañando sus ojos en llanto y dejando caer su cuerpo sobre una banqueta.

—Pues, señor, la bruja no quiere traer el veneno, y yo no puedo servir á usted otra cosa que comida.

—Preparada por mis enemigos para darme con ella una muerte lenta.

—La verdadera muerte será de hambre; créame usted, y coma, que en el comer no hay engaño.

—¿Comerás tú conmigo?

—¿Yo?... No, señor... Los criados no comen nunca con los amos.

—¡Ah!... ¡No me engañaba!... ¡El verdugo del general Ayamonte no estaba en vano conmigo!

Doña Inés se alzó soberbia al oir la acusacion que la hacia el Duende, y quiso entrar en la alcoba; pero al descorrer las cortinas la rechazó el Richano, diciéndola:

—Si das un paso mas te aplasto de una puñada.

La de Montilla se volvió á su asiento, rechinando los dientes y cerrando convulsivamente las manos, mientras el Duende se revolvia trabajosamente sobre la cama, gritando con voz angustiosa.

—¡Sacadme de aquí, asesinos!... Dejadme una gota de sangre para envenenar la dicha de mis enemigos, y os cedo la restante para saciar vuestro furor... Yo no viviré ni un solo instante despues de haberme vengado... ¡Ah!... ¡Vosotros no comprendeis el placer de la venganza!... Yo os enseñaré á gozar esas delicias malditas de que me habeis

privado encerrándome en este aposento... Concededme una hora, una hora no mas para que pueda pregonar en público mis crímines, manchando con ellos la sangre azul de mi abominable estirpe... Yo añadiré á esa confesion que me habeis arrancado los horrores que proyectaba para el cumplimiento de mi venganza, y mi orgullo quedará satisfecho si muero execrado por la sociedad, dejando infamada mi raza.

Doña Inés se tapó los oidos con ambas manos por no escuchar las terribles imprecaciones del Duende, cuya voz se iba ahogando por momentos, y el Richano le miraba horrorizado, sujetándole el cuerpo, que se revolvia convulsivamente sobre la cama.

—¡Ay!... ¡No puedo mas!...—gritó con voz desgarradora y cruel.—Yo me ahogo... ¡Agua... agua!... ¡Dadme agua!...

El Richano no se atrevia á soltarle, por temor de que se cayera al suelo, y asomó la cabeza por entre las cortinas para llamar á doña Inés, que ya volvia con una copa de cristal, llena de agua.

Entró en la alcoba, y con mano trémula acercó la copa al Duende, que con ansiedad convulsiva la agarró con ambas manos, aplicando al borde de ella sus pálidos y enjutos lábios.

Pero apenas se hubo humedecido ligeramente la boca, alzó sus hundidos ojos, y fijándolos en el agitado semblante de doña Inés, retiró estremecido los lábios, y apartó las manos de la copa, que cayó al suelo vertiéndose sobre la cama.

—¡Maldicion!...—gritó, abriendo horriblemente la boca y sin atreverse á juntar de nuevo los lábios... ¡Estoy envenenado!... ¡Envenenado!...—repitió con acento lúgubre.

Y llevando sus descarnadas manos al pecho, humedecido por el agua que se derramó de la copa, dió un sacudimiento con todo su cuerpo, y quedó por fin boca arriba, con

los lábios apartados, los ojos abiertos y las manos enclavadas en el pecho.

—¿Llamo?—dijo doña Inés asustada.

—¿A quién?—repuso el Richano no menos estremecido.

—Al señorito don Daniel... Junto al espejo hay una campanilla que vá al cuarto principal.

—Déjalo, ya se le pasará; vuélvete á tu asiento.

Doña Inés obedeció gustosa, y se retiró á sufrir de nuevo, reclinada sobre la banqueta, mientras el Richano quedó contemplando el horrible semblante del Duende al diabólico resplandor que arrojaban los últimos rayos del sol al través del rosado cortinaje.

CAPITULO CXXV.

Dos médicos.

A la puerta de la casa señalada con el número 4 en la calle de Amaniel habia un grupo de gentes, que esperaban con impaciencia la primera campanada de las cuatro de la tarde en el reloj del vecino edificio, ex-noviciado de los Jesuitas, el dia siguiente á las escenas que hemos visto en el palacio de la calle del Nuncio.

No era ese acontecimiento una novedad para las gentes del barrio, que estaban acostumbradas á ver lo mismo todos los dias, y únicamente llamaban su atencion los tres carruajes que habia delante de la casa.

Era el primero un coche de la condesa de Baza; el segundo la berlina del de San Fabian, y el último que habia llegado un elegante tilbury del nuevo duque de Alcira, vizconde de la Torre-Parda.

Para los que sabian que en aquella casa vivia el doctor Espinosa, y que tenia en ella cura pública y gratuita todos los dias, era escusado hacerles observar el aspecto enfermizo de las gentes que esperaban la hora de entrar allí.

Cerca de dos años hacia que, fijada definitivamente en Madrid la residencia del doctor, habia señalado dos horas

por la mañana y dos por la tarde para la consulta pública, y cada dia era mayor el número de los enfermos que acudian á implorar su ciencia.

El lector, que ha visto ya la sala que tenia dispuesta para recibirlos, comprenderá el esmero con que se ocupaba de aliviar sus dolencias, y no estrañará que los hiciese esperar á la puerta la hora de entrada, cuando sepa que esto consistia únicamente en sus criados, y que de todos modos los enfermos tenian el medio de evitar esa detencion acudiendo á la hora señalada, que nunca alteró el doctor Espinosa.

Si por enfermedad, ó por cualquier otro motivo grave, se veia privado de hallarse en su casa á esa hora, otro profesor de medicina, compañero suyo, tenia el encargo de asistir á la visita, y jamás los pobres se retiraron de allí sin haber hallado el alivio que buscaban á sus dolencias en los recursos del arte.

Aun en los dias de su arresto en el palacio del Duende, y á pesar de la alarma de los criados, por no saber el paradero de su señor, los enfermos siguieron acudiendo allí á las horas ordinarias, y consultaron sus dolencias con el médico que hacia las veces del doctor Espinosa en ausencias y enfermedades.

Desde esa época hasta la tarde de que hablamos no habia vuelto Espinosa á consagrarse á su humanitaria tarea, y en *la sala pública* de su casa esperaba el médico, su amigo, la hora de las cuatro para recibir las consultas.

Espinosa no se apartaba ni un momento de la cabecera de Paco Serrano, cuyo lecho se veia rodeado por los principales personajes de esta historia.

Adelaida, la superiora, el conde de San Fabian, Genaro y el duque de Alcira, habian acudido solícitos á casa del doctor, apenas tuvieron noticia del estado alarmante del enfermo. Fernando, ocupado de arreglar el malhadado negocio de Cárlos, y de consolar á su infeliz hermana Eugenia,

tambien iba de vez en cuando á informarse del estado del paciente, ni mas ni menos que Mendoza y Ventura, de cuyo interés por la salud de Cabezota tiene ya noticia el lector. Y hasta la vieja María y la señora Crispina se encontraban en casa del doctor Espinosa en el momento de que hablamos.

El enfermo estaba en la alcoba principal de la casa, y en la propia cama del doctor, próximo á sufrir una operacion dolorosa y terrible, en la que estaban en su contra todas las probabilidades de vida.

Nadie como Espinosa conocia lo arriesgado de semejante cura, y toda la noche anterior la habia pasado meditando sériamente en ella, sin que á la hora de que hablamos se hubiese podido resolver á practicarla.

Dejar de operar al enfermo era prolongarle la vida mas ó menos, sin otro término que el de una muerte segura; hacerle la operacion seria tal vez abreviar esas horas de vida, sin esperanza de salvacion.

El doctor Espinosa conoció en ese momento lo que nunca habia creido posible, y era que no fuesen para él iguales todos los enfermos. En ninguno de cuantos visitaba diariamente veia otra cosa sino la enfermedad y la ciencia, y lo que esta le aconsejaba lo hacia sin ningun género de consideracion ni de duda. Pero en el caso presente temblaba su mano antes de llegar á los instrumentos operatorios, y se reprendia por no haber consagrado toda su vida únicamente al estudio de la dolencia que en aquel momento desesperaba de poder curar.

Tambien los escesos del enfermo habian agravado el mal, y sin la inflamacion que habia sobrevenido de sus resultas, la herida de Cabezota no habria ofrecido tantas dificultades para su curacion. Así lo conocia Espinosa, y por primera vez en su vida desmayaba de poder salir victorioso, ó mejor dicho, habia perdido toda esperanza de un éxito feliz.

Diferentes veces hizo salir de la alcoba á los solícitos amigos del enfermo, y quedó solo con otro jóven comprofesor, que habia de ayudarle en la penosa y comprometida operacion que se disponia á practicar.

El exámen prolijo que hacia sin cesar del enfermo, y la penetrante mirada con que pretendia escudriñar la intensidad de la herida, y la lesion que iba produciendo en los órganos vitales, todo indicaba que queria dar un golpe seguro, ó renunciar á los recursos que le sujeria la ciencia.

Su compañero le miraba con respeto, sin atreverse á resolver por sí solo en tan penosa situacion, y el enfermo fué el primero que rompió aquel religioso silencio, diciendo con voz apagada y bronca:

—Tengo sed.

Las palabras de Cabezota sacaron al doctor de la distraccion en que se hallaba, y cogiendo una copa de cristal que habia sobre la mesa de noche, esclamó:

—¡La fiebre le mata!

Aplicó la copa á los enjutos lábios del enfermo, que, clavando los dientes en el cristal, devoró con avidez el líquido, sin alzar la cabeza de la almohada.

Entreabrió luego con trabajo los ojos, sonriendo, como si quisiera dar las gracias al caritativo doctor, y este le miró con pena, diciendo:

—¡Infeliz!... ¡Cuánto sufre!

—¡Tiene un valor heróico!—repuso el jóven médico que servia de ayudante de Espinosa.

—Y sin embargo,—murmuró el doctor, dejando la cópa sobre la mesa,—¡le veremos morir!...

El médico se acercó á Espinosa, que se habia sentado de nuevo á la cabecera del enfermo, y le dijo:

—¿Le parece á usted que repitamos las evacuaciones locales?

—¿Para qué?—repuso con amargura Espinosa.

—La inflamacion no cesa...—dijo el médico.

—No cesará tampoco con los revulsivos.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Llorar la oscuridad de la ciencia... arrepentirnos de la frívola arrogancia de nuestras doctrinas, y publicar la impotencia de nuestros esfuerzos... ¿Qué puede esperar la humanidad de nuestros estudios, si no bastan á impedir los efectos de una leve herida?

—¡Leve!... No tal, —replicó el médico, —y sobre todo no se trata ya de la herida, sino de las consecuencias funestas que ha traido consigo. Si este hombre hubiese observado el plan que usted le indicó, no se habria inflamado la herida.

—¿Y no decimos nosotros que sabemos curar las inflamaciones?

—Sí; pero la sangre coagulada no puede trasvasarse, y esa paralizacion será la que produzca la muerte.

—¿Y no presume la medicina de saber desahogar los vasos sanguíneos para facilitar la circulacion de la sangre coagulada?

—Sí, mi querido Espinosa; pero el mal ha hecho demasiados progresos, y ahora es casi tarde.

—Es tarde, —repuso el doctor; —seamos francos... digámoslo de una vez... Cuando la muerte quiere llegar temprano, la medicina llega siempre tarde... Muchas veces creemos haber triunfado, y es porque no ha habido combate... Luchamos con una sombra, y se nos antoja que hemos vencido á un gigante.

—Me estremece oir hablar á usted de ese modo.

—Sin embargo, es muy cierto... ¿Usted cree que si la inflamacion no se hubiese presentado, aun estariamos á tiempo de curar al enfermo?

—Sí.

—Pues mas á tiempo estuvo de curarle el que se atrevió á herirle, —replicó irónicamente el doctor.

—Por Dios, amigo Espinosa, —dijo el médico, —no

hable usted así, porque perderé la fé que usted me ha inspirado en la ciencia.

—¿Y qué perderia usted con eso? La ciencia de curar no es hoy otra cosa que el patrimonio de cuatro charlatanes, que andan disputando sobre qué método se ha de seguir para la curacion de los enfermos. Como si á estos les interesára otra cosa que su curacion, sin importarles ni la clase de las medicinas, ni la manera de administrarlas. Pero ya se vé... se han convencido de que las antorchas de la sabiduría humana no alcanzan á alumbrar el cáos de la naturaleza, y se limitan á iluminar la portada con vasos de colores para ocultar la oscuridad que reina allí dentro... La alopatía, la homeopatía, y todas las escuelas de medicina, no son otra cosa que decoraciones, mas ó menos bonitas, para vestir el teatro de la ignorancia... Los partidarios de una y otra escuela no valemos á la cabecera de los enfermos mas que los cómicos mientras representan el papel de reyes y emperadores... Cuando se nos antoja que hacemos el papel del autor de la naturaleza dando vida á las criaturas, solemos representar el de ese mismo Criador en el dia del juicio final.

—Sin embargo,—repuso el médico jóven asustado,—la ciencia progresa diariamente.

—Sí,—replicó Espinosa sonriendo;—por eso disminuye la mortandad de siglo en siglo.

—Eso no, porque á nosotros no nos es dado revocar la sentencia de muerte que Dios impuso al nacer á la humanidad toda.

—¿Es decir, que nuestro papel se limita á prolongar la vida, dulcificando las dolencias?

—Precisamente, y usted me lo ha dicho diferentes veces.

—Pues mala cuenta damos de nuestro cometido, si se atiende á ese catálogo inmenso de nuevas enfermedades que cada dia descubrimos.

—Verdad es, pero tambien enriquecemos la ciencia con nuestros medicamentos.

—Medicamentos, —replicó Espinosa, —que dan por resultado acortar la vida, siendo hoy el término medio de ella mas breve que lo era antiguamente... ¿Cuenta usted en este siglo mas casos de longevidad que en los anteriores?

—No, —replicó el médico jóven; —pero eso consiste en que la civilizacion de los pueblos ha desarrollado una porcion de enfermedades nuevas, y en que la vida es mas agitada que antiguamente.

—¿Y por qué no marcha la medicina con esa civilizacion?... ¿Por qué no sigue los adelantos del comercio, de la industria y de las artes? ¿Por qué cuando el progreso de esos elementos destructores produce un nuevo agente morboso en la atmósfera, no le examina la medicina para prevenir su funesto influjo?...

El doctor Espinosa, exaltado al seguir hablando con su compañero, alzó la voz de manera que el enfermo volvió la cabeza, y clavó en él sus entreabiertos ojos con una espresion de indecible ternura.

Espinosa se alzó de su asiento, y Cabezota le tendió la mano, que habia sacado con el mayor trabajo de entre las sábanas.

El médico jóven se volvió al otro lado de la cama, asustado con el cuadro desconsolador que acababa de oir de la medicina, y pulsando á Cabezota, le dijo:

—¿Duele la cabeza?

—Poco, —contestó con acento del mayor sufrimiento el herido.

—¿Tienes mucha sed?...—le dijo Espinosa.

—Mucha, —respondió Cabezota.

Y estrechó con efusion la mano del doctor, que le aplicó de nuevo la copa á los lábios, clavando una dolorosa mirada en su cadavérico semblante.

Esta vez el enfermo bebió con la ansiedad de siempre;

pero tragó con mayor facilidad, y su pálido semblante se tiñó de un ligero color de rosa.

Ambos médicos se miraron con alegría, y Espinosa pulsó con detencion al enfermo, diciendo á su compañero:

—Es preciso continuar los revulsivos.

—¿Cree usted que cederá la inflamacion?

—Creo que no debemos contarle los minutos de vida sin hacer algo para librarle de la muerte.

—¡Ah! ¿Tiene usted esperanza?—dijo con entusiasmo el médico jóven.

—¿Esperanza de salvarle?... No,—repuso Espinosa;—la tengo de poder aceptar el combate que nos presenta la muerte, siquiera sea para quedar vencidos.

El médico se salió de la alcoba para preparar los revulsivos, y Espinosa se quedó contemplando al enfermo, que habia vuelto á esconder el brazo entre las sábanas, cerrando de nuevo los ojos.

—¡Ah!... Es horrible,—murmuraba el doctor,—tener á la vista un hombre lleno de vida, y verle convertirse paso á paso en un cadáver! ¡Haber estudiado treinta años para asistir con los brazos cruzados á esta terrible metamorfósis, es atroz!... Y no hay que decir que el mal es desconocido... No hay que fingirse el pretesto de que la causa está oculta, y de que no bastan las señales esteriores para adivinarla... ¡no! Es una herida superficial... la que cura muchas veces un patan cualquiera... los animales mismos, que acuden á buscar la yerba bienhechora... Está bajo el dominio de lo que llaman la parte matemática de la medicina; y sin embargo... no poder curarla... ¡es horrible! ¡Oh! La cirugía es tan oscura como toda la ciencia de curar.

Mientras el doctor Espinosa seguia hablando consigo mismo, volvió el médico jóven, acompañado de Genaro, que era el ayudante perpétuo de los profesores.

—¿Con que hay esperanza?—dijo Genaro con semblante alegre.

—¿De qué?—preguntó con aspereza Espinosa.

—De poderle operar,—replicó Genaro.

—Sí, y esperanza de que se quede en la operacion.

—¿Y qué hacemos?—dijo el médico jóven.

—Aplicarle los revulsivos, como anoche, y preparar los instrumentos,—repuso Espinosa exaltado y como fuera de sí.

Y parándose á oir las cuatro campanadas del reloj, que anunciaba la hora de la consulta pública, añadió:

—Me voy á ver los enfermos; no querrá Dios que haya alguno con una herida en la cabeza... Daria un dedo de la mano por tener en este momento un *caso* de operacion del trépano.

—Si usted no quiere incomodarse,—dijo el médico jóven,—nuestro amigo está en la sala, y despachará la consulta.

—Tengo precision de asistirles yo mismo esta tarde: se lo he ofrecido así á sor Clotilde y Adelaida, que quieren ser mis enfermeras y ayudantas todos los dias.

—¡Qué señoras tan buenas!—repuso el médico.—¡Si viera usted con qué ansiedad me han preguntado ahora por la salud de nuestro enfermo!

—La caridad de Adelaida,—dijo Espinosa,—es comparable únicamente con el heróico sufrimiento de Paco... ¡Solo un ángel como esa jóven es digno de la adoracion de este hombre!...

Genaro estrechó la mano al doctor Espinosa, y este salió de la alcoba, dirigiéndose al gabinete en que se hallaban reunidos sor Clotilde, Adelaida y el conde de San Fabian.

El duque de Alcira habia salido con Fernando, despues de recibir sobre el estado de Cabezota los informes que les dió el médico jóven.

CAPÍTULO CXXVI.

El Angel de la Caridad.

Ya estaba impuesta Adelaida del estado en que se encontraba el infeliz Cabezota y de la opinion que últimamente habian formado ambos doctores, cuando entró Espinosa en el gabinete donde se hallaban reunidos los personajes citados en el capítulo anterior. Pero deseaba la caritativa duquesa oir alguna palabra de consuelo y esperanza en boca del doctor, y saliendo á su encuentro, le interrogó con una mirada de indecible ansiedad, como si de la respuesta que obtuviera dependiese su propia suerte.

Espinosa la estrechó la mano, y se encogió de hombros por única contestacion.

—¿Con que por fin se atreve usted á operarle?...—dijo Adelaida conmovida.

—Tal vez,—respondió Espinosa.

—¿Pero con esperanza de salvarle?

—Con deseos de darle la salud,—repuso el doctor.

—¡Ay! ¿No podremos hacer nada mas por ese infeliz á quien tanto debemos?

—¡Nada mas!...—esclamó con amargura el doctor.

—¿Nuestras vidas no alcanzarán á librar la suya?—dijo

Adelaida. —¿La ciencia del doctor Espinosa, —añadió,— no puede atajar el paso á la muerte en esta ocasion?

—¡La ciencia del doctor Espinosa,—repuso este con tono sarcástico,—vale menos que el brazo del Duende! ¡Treinta años de estudio no bastan á deshacer la obra de un segundo!

Y como si le pesára de hablar así en presencia de gente profana á la ciencia, destruyendo con sus palabras el último rayo de esperanza que les alentaba á confiar en la curacion de Cabezota, dijo, con acento al parecer tranquilo:

—Señoras, mis enfermos esperan ya la visita de la tarde, y hoy, menos que nunca, debemos retardarles ese consuelo... Dichosos ellos,—añadió en voz baja,—que no conocen la verdadera ignorancia del oráculo que vienen á consultar.

Sor Clotilde se alzó en pié, y despues de hablar en secreto con el conde de San Fabian, se acercó á Espinosa, y le dijo:

—¿Nosotras vamos con usted?

—Ustedes me lo ofrecieron así ayer tarde,—repuso Espinosa.

—Sí, querido doctor,—interrumpió Adelaida,—ayudaremos á usted en la asistencia de esos infelices, para ahorrarles el dolor y la vergüenza de implorar un lecho en el Hospital.

—Sin embargo,—replicó Espinosa,—debo advertir á ustedes que los enfermos que vienen á la consulta se vuelven á sus casas, porque en la mia no pueden quedarse durante la enfermedad. Cuando el mal que sufren no exige que guarden cama, vienen diariamente á que yo les examine, y les indique el plan que han de observar para su curacion. Algunos dias en que no pueden abandonar la cama, yo los visito en sus propias casas.

—Pues bien; así lo seguirán haciendo ahora,—dijo sor

Clotilde; —pero usted sabe muy bien que la mayor parte de esas gentes no pueden hallar en sus casas los elementos necesarios para su curacion. Huéspedes de aposentos desabrigados, sin ropa en sus pobres lechos, sin dinero para comprar las medicinas, y hasta sin familia que los asista, por estar entregados al trabajo para ganar el sustento, no pueden alcanzar la salud, y se ven obligados á recurrir, mas ó menos pronto, al asilo de los hospitales... y en esos establecimientos usted sabe lo que pasa... Si el enfermo es honrado y laborioso, la vergüenza de verse conducir allí en brazos de la caridad agrava sus padecimientos y le roba la tranquilidad, tan necesaria para la curacion de todas las enfermedades.

—Tiene usted mucha razon,—interrumpió Espinosa;—pero á mí no me es posible remediar esos inconvenientes... á pesar de que pocas personas de las que han acudido á consultarme, han tenido precision de trasladarse al Hospital... Y aun allí mismo he continuado su asistencia, ó por lo menos, he buscado al profesor de la sala para hacerle la historia de la enfermedad.

—¡Ah! ¡Por qué no son tan caritativas y tan buenas todas las personas!... —murmuró Adelaida en voz baja.

—Pues bien, querido doctor,—dijo sor Clotilde;—para hacer nosotras, por nuestra parte, algo digno de esa caridad sublime con que usted se ha consagrado á la desinteresada curacion de los enfermos pobres, tambien hemos pensado en la manera de auxiliar á esos infelices.

—¿Se han ocupado ustedes ya?... —preguntó Espinosa con semblante alegre.

—Sí, —interrumpió el conde de San Fabian;—hemos formado una asociacion de *Beneficencia domiciliaria*...

—¡Será posible!... ¿Van ustedes á realizar el sueño dorado de mi vida?

—Aquí tiene usted á la autora del pensamiento, —repuso el conde, señalando á Adelaida.

La jóven duquesa de Mont-Marsan bajó los ojos avergonzada, y Espinosa esclamó:

—¡Ah, no me engañaba!... Es el *Angel de la Caridad.*

Sor Clotilde abrazó á Adelaida, que, ocultando el semblante á las miradas de todos, dijo con voz débil:

—No hagamos esperar mas tiempo á los enfermos.

—Vamos,—repuso Espinosa.

Y se dirigió hácia la sala pública, dando el brazo á sor Clotilde, que al despedirse del conde, le dijo:

—Confio en que todo quedará corriente mañana.

—Descuide usted,—replicó el conde.

—No estoy tranquila hasta que no se haya efectuado este matrimonio,—añadió la superiora en voz baja.

Y precedida de Adelaida, salió con el doctor del gabinete.

Atravesaron otro aposento, y despues de cruzar un largo corredor, entraron en la sala destinada, y preparada por el doctor, para las consultas gratuitas.

La única persona que habia en la *sala pública*, cuya forma y adornos conoce ya el lector, era el médico que suplió á Espinosa desde que curó á Tenazas en la cámara misma del Duende.

La puerta por donde entraban los enfermos estaba cerrada, y á la parte esterior habia un criado, esperando que el doctor avisára para ir permitiendo la entrada, uno despues de otro, á los enfermos.

Espinosa hizo sentar á su lado á las dos amigas, y aunque comprendió que su presencia embarazaria á algunos de los enfermos, para hacer una relacion completa de sus padecimientos, no se atrevió á decirlas que se ocultáran en la pieza inmediata, y sin mas dilaciones, mandó al criado, que estaba á la puerta, que dejase entrar al primero de los enfermos.

Era una jóven de hermosa presencia y de edad, al parecer, de veinticinco años; vestida pobremente, pero con aseo



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD. — ¡Yo no veo nada hace mucho tiempo!

y compostura, y cubiertos los ojos con una visera de tafetan verde, que, al par que realzaba su belleza, era un indicio seguro de que la enfermedad que padecia estaba localizada en la vista.

Sin esta circunstancia, bastaba verla entrar, conducida por una niña pequeña, y como ella, rubia y hermosa, para comprender que estaba privada, mas ó menos por completo, del ejercicio de uno de los órganos mas interesantes del cuerpo humano.

—Tenga usted muy buenas tardes,—dijo la jóven al entrar en la sala.

—Muy felices, señorita Marcela,—replicó el doctor.

—¡Ah! ¡Es el señor Espinosa!...—esclamó con indecible alegría la jóven, al reconocer la voz que respondia á su saludo.—¡Cuánto me alegro de que esté usted aquí ya!

La niña que la servia de lazarillo la dió un fuerte tiron del brazo, como para imponerla silencio, porque aun estaba allí el médico que la habia asistido durante la ausencia de Espinosa, y la jóven dijo:

—¿Qué quieres, hermanita? ¿Por qué me haces señas?... ¿Hago mal en alegrarme de que esté ya bueno el señor Espinosa?

—Calla, boba,—la replicó la niña.

—Déjala, hija mia,—repuso el doctor, dirigiéndose á la niña.

Y haciendo sentar á la jóven en una de las banquetas de cuero carmesí, añadió:

—Yo agradezco mucho á tu hermana el afecto que me profesa, y la doy la enhorabuena por la mejoría que ha esperimentado desde que no nos hemos visto.

—¡Desde que no nos hemos visto!...—repitió la jóven con amargura...—¡Yo no veo nada hace mucho tiempo!...

—Tenga usted un poco de paciencia, señorita,—repuso Espinosa con amabilidad,—que ya estoy al corriente de la mejoría que ha esperimentado en estos últimos dias, y

segun me ha dicho mi compañero, pronto estará usted buena como antes.

—¡Ah! ¡Ese señor ha estado tan amable conmigo!...—dijo la jóven.

Y no pudo continuar, porque la niña la volvió á tirar del brazo, y acercándose al oido, la avisó que estaba allí el otro médico.

La jóven se puso en pié, y saludó afectuosamente al compañero de Espinosa, disculpándose de no haberlo hecho antes por ignorar que estuviese allí, y el médico la devolvió del mismo modo el saludo, despidiéndose de ella y de Espinosa, que le rogó que entrára á ver á Cabezota.

Sor Clotilde y Adelaida, conmovidas por la presencia de la jóven, no osaron decir una sola palabra, y esperaron á que Espinosa anunciase su presencia á la enferma, diciéndola que aquellas dos señoras eran muy caritativas y muy buenas, y que habian querido estar allí por si podian emplear sus servicios en favor de los enfermos.

Entonces Adelaida fué la primera que se alzó en pié, y comprendiendo la vergüenza de la jóven por el encendido carmin que cubria la parte inferior de su semblante, la cogió la mano cariñosamente, y la dijo:

—Nosotras tambien debemos la salud al señor Espinosa, y hemos querido quedarnos hoy aquí para animar á usted á que tenga fé en su ciencia...

—¡Ah! ¡Despues de Dios, no la tengo en nadie sino en el señor doctor! —esclamó afligida la jóven.—¡Pero mi enfermedad es tan rebelde!... ¡Hace tanto tiempo que no veo nada!

—¡Nada!...—dijo conmovida Adelaida.

—¡Casi nada!...—replicó la jóven.

—Tú tienes la culpa,—gritó la niña;—si no te hubieras empeñado en coser el otro dia...

—¿Qué es eso, Marcela?—interrumpió el doctor.—¿Ha vuelto usted á coger la aguja?...

—No, señor, —dijo la jóven.

—Diga usted que sí, —gritó la niña.—¡Y para hacer vainica... nada menos!

—Lo siento mucho, —repuso Espinosa,—y me estraña que haya usted faltado á la palabra solemne que me dió el último dia que la ví en esta sala.

—Yo le diré á usted, señor Espinosa; teniamos que entregar una camisa al francés que nos dá labor, y como esta no sabia pasar la punta en la vainica de un cuello...

—No importa, —replicó la niña; —me la habria pasado la vecina: ya sabes que lo ha hecho otras veces...

—Sí; pero no me gusta que se la incomode, porque ella tiene tambien sus labores, y apenas la alcanza el tiempo para atender al cuidado de su casa.

Adelaida se acercó al oido de sor Clotilde, que tambien habia acudido á saludar á la jóven, y la dijo:

—¡Oh! ¡Qué fortuna que hayamos entrado hoy aquí! Es preciso que nos informemos de dónde vive esta señorita.

—Sí, hija mia; será el primer desgraciado que amparemos con tu generosa munificencia.

—¡Ah! ¡No me hable usted así!...—repuso Adelaida.

Y mientras el doctor levantaba la visera de tafetan que cubria los abultados y encendidos párpados de la jóven, Adelaida la dijo:

—¿Sufre usted mucho, señorita?

—No, señora... y hoy menos que otros dias... Siempre he tenido una gran confianza en la ciencia del señor doctor; pero ahora... no sé lo que siento, que me parece que ya no dudaré nunca, y que pronto, muy pronto, volveré á ver sin sombras el trasparente azul del cielo, y sin fatigarme la vista podré recrearla en contemplar el rostro de mi pobre madre.

La jóven, que habia empezado á hablar con mucha exaltacion, fué apagando su voz poco á poco, hasta que sintió anudársele en la garganta.

—No se aflija usted, señorita, —dijo Adelaida sobresaltada, y cogiendo una mano á la jóven.—La esperanza que usted tiene en que el doctor sabrá curarla, es un anuncio del cielo, y el rayo de luz que Dios ofrece enviarla para que vuelva á recrearse en las maravillas de la creacion... Tranquilícese usted, señorita; Dios no querrá negar la luz á quien la pide para verterla sobre la frente de su madre.

La jóven llevó á sus lábios la mano de Adelaida, y al besarla con efusion hizo por abrir los ojos; pero no pudo lograrlo, y el doctor Espinosa, que la estaba examinando en aquel momento, la dijo:

—Estese usted quieta, hija mia, y no se empeñe en abrir los ojos, porque atrasariamos en vez de adelantar... La inflamacion interior ha desaparecido, y acaso antes de dos dias estará completamente curada... Entonces podrá usted ver lo que ahora desea.

—¡Siento tanto no ver á esta señora! ¡Ay! ¡Su voz me ha conmovido de una manera que no acierto á esplicarme!...

—Ámela usted mucho, —repuso el doctor, —y Dios querrá que pronto tenga el gusto de verla.

La jóven tendió sus manos hácia Adelaida, como si, despertando de un ensueño gozoso, quisiera palpar la vaporosa vision cuyo acento habia conmovido su espíritu, y llena de entusiasmo, esclamó:

—Quiero saber su nombre.

—¡Dios mio!...—gritó Adelaida, arrojándose avergonzada en los brazos de sor Clotilde.

—¡Si vieras qué hermosa es esta señorita!—dijo la niña á su hermana.

—Pero ¿y su nombre?... ¿Su nombre?

—Adelaida, —dijo esta con acento débil.

—Es el *Angel de la Caridad*, —replicó el doctor, conmovido con la escena que estaba presenciando.

Y la jóven quiso besar de nuevo la mano á Adelaida, que lo rehusó, diciéndola:

—Señorita, yo quisiera que tuviese usted la bondad de darme las señas de su casa para tener el gusto de visitarla... porque supongo que el señor Espinosa la prohibirá á usted que vuelva á salir á la calle hasta estar enteramente buena.

—Ya se lo he prohibido muchas veces; pero no me hace caso... Yo la habria visto en su casa.

—Seria abusar demasiado de la bondad de usted, —replicó la jóven.

—No tal; y ahora la encargo á usted que no vuelva á venir aquí... Si está tranquila en su casa, yo la prometo que se curará completamente en el plazo que antes la he señalado. Y en cuanto á los deseos de Adelaida por saber dónde vive, yo la daré las señas.

—¿Usted sabe dónde vivo?

—Sí, señorita, —dijo el doctor sonriendo: —yo tengo mi policía para averiguar dónde viven mis enfermos, aunque ellos rehusen decírmelo... y si usted no hubiese sido tan puntual para venir á consultarme todos los dias, ya habria ido yo á verla.

—¡Ah!... ¡Qué sospecha!...—murmuró la jóven.

Y alzando las manos al cielo, esclamó en voz alta:

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Por qué me haceis tantas mercedes! ¡Ah! Yo debia haber adivinado que la persona que se presentó á socorrernos en casa iba de parte del generoso doctor Espinosa.

—Es cierto, —repuso la niña.—El otro dia fué á casa una señora, y quiso entregar á mi mamá un bolsillo lleno de duros... muchos duros... pero mi mamá fué tan tonta...

—Niña, —replicó la jóven, —habla con mas respeto de nuestra pobre madre.

—¿Pues por qué no tomó el bolsillo?... ¡Tú tuviste la culpa!...

—No supo hacerlo, —murmuró el doctor.—¡Infelices! Yo he sido la causa de que se haya visto obligada á seguir cosiendo para ganar de comer.

—¿Y su madre de usted,—dijo Adelaida,—es muy anciana?

—No, señora; pero hace cinco años que está impedida... De resultas de una enfermedad quedó sin poderse mover de la cama.

—¡Y no tienen ustedes mas familia!...—dijo sor Clotilde.

La jóven bajó la cabeza, afligida, sin atreverse á contestar á lo que la preguntaban, y la niña replicó:

—Sí, señora; mi papá, que es muy rico, muy rico... tiene jardin y coche... y todo... pero mi mamá no quiere que vayamos á verle.

—¡Dios mio!...—gritó la jóven.—¡Calla, hermana mia!

Sor Clotilde comprendió lo mucho que estaba sufriendo aquella jóven, cuyos modales distinguidos revelaban una educacion esmerada, y dijo:

—Si al doctor le parece, podrá esta señorita trasladarse á su casa en el carruaje de mi prima, que está á la puerta.

—Sí, sí,—dijo Adelaida.

—¡Oh! No; mil gracias,—replicó la jóven, avergonzada de la merced que querian hacerla.

—¿Por qué no?...—esclamó la niña.—¡Pareces tonta! Deja que nos lleven en coche; yo quiero ir en coche.

—Sí, hija mia,—la dijo sor Clotilde, cogiéndola del brazo.

Y saliendo todas por la puerta que daba á los demás aposentos de la casa, dejaron solo al doctor recibiendo á los demás enfermos.

CAPÍTULO CXXVII.

El dorador de metales.

Despues que salieron de la sala pública sor Clotilde y Adelaida para acompañar á las dos hermanas hasta el carruaje de la condesa, fueron entrando uno á uno hasta cuatro enfermos, á quienes examinó y curó el doctor con un celo digno del mayor elogio.

Cuando volvieron allí las dos amigas entraba el quinto, á quien veia por primera vez el doctor Espinosa.

Era un hombre de elevada estatura y de formas atléticas, pero menguado y raquítico, á consecuencia de un temblor convulsivo que agitaba todo su cuerpo de una manera harto visible y aterradora.

Su edad seria la de cuarenta años; sus facciones hermosas, pero ennegrecidas y gastadas; escaso su cabello, y su muscúlatura muy pronunciada y de grueso relieve, con especialidad los nérvios de la frente y de las manos.

La mujer que le acompañaba era una jóven hermosísima, modesta y de maneras distinguidas, á pesar de la humildad de su traje.

Sostenia con cariñoso afecto, y con no poco trabajo, al convulso enfermo, que parecia no poder resistir un solo pa-

so mas, y Espinosa corrió á ayudarla sentándole sobre una de las banquetas, á pesar de que la jóven, ruborizada y confusa, trató de impedirlo, diciendo con voz débil:

—No se incomode usted, caballero; yo sola puedo manejarle, y ha venido bastante bien desde casa.

—¿A pié?—preguntó sor Clotilde.

—Sí, señora,—respondió la jóven;—algunos dias no puede moverse; pero hoy está mucho mas aliviado, y hemos podido venir á molestar al señor doctor.

—A mí no me molestan nunca los enfermos,—replicó Espinosa;—soy médico, y mi obligacion es asistir y curar las dolencias del prójimo.

—Verdad es; pero nosotros no podemos recompensar los favores de usted.

—A mí es á quien toca pagar el que ustedes me hacen viniendo á consultarme... Hágame usted el gusto de sentarse, y decirme lo que sepa sobre la enfermedad de este *individuo*.

El doctor Espinosa llamaba así, el lector lo sabe ya, á todos sus enfermos.

La jóven aceptó la invitacion del doctor, y conmovida por el afectuoso recibimiento que habian encontrado allí, derramó algunas lágrimas, que enjugó súbitamente con el pañuelo, y dijo:

—Señor, la enfermedad de mi esposo es muy larga...

—No tiene cura,—interrumpió con voz bronca y trémula el enfermo.

—En ese caso,—dijo Espinosa, esforzándose por sonreir,—debiera usted haberse ahorrado de molestarse en venir á verme.

—Tiene razon el señor médico,—dijo la jóven.—No le haga usted caso, caballero; mi esposo dice que no tiene cura, porque está aburrido de hacer remedios, y porque el médico de la diputacion le ha dicho que su mal es incurable...

—En el hospital no han querido admitirme.

—Porque no tienes calentura.

—¿Y solo el que tiene fiebre está enfermo?

—Bien, no importa; ya sabes que yo me alegro de que no hayas ido al hospital... Allí no hubiera podido estar á tu lado, y esa idea me horroriza.

—¿Hace mucho tiempo que sufre esa convulsion?—dijo Espinosa, pulsando al enfermo.

—Tres años.

—¿Qué oficio tiene su esposo de usted?

El semblante de la jóven y el de su esposo se cubrieron de alegría al oir la pregunta del doctor, y el enfermo esclamó:

—A ninguno de los médicos que me han visto hasta el dia le ha ocurrido hacerme esa pregunta.

—¿Ha estado empleado algun tiempo en la esplotacion de minas de azogue?—dijo el doctor.

—No, señor,—respondieron á la vez y con desconsuelo el enfermo y la jóven.

—¿No ha sido tampoco dorador de metales á fuego?—repuso el doctor.

—Sí, señor,—contestaron ambos á un mismo tiempo.

—¿Y cómo no abandonó el oficio en el momento en que sintió los primeros amagos de esa convulsion?... Porque supongo que no se presentaria con tanta fuerza desde el principio.

—No, señor,—dijo la jóven con amargura;—empezó por un ligero temblor en el pulso, que se fué aumentando poco á poco, hasta que se puso en el estado que usted vé... Los médicos le decian que no bebiese ácidos, y ninguno nos advirtió la verdadera causa... Pero el caso es que mucho tiempo despues de haberla conocido siguió trabajando... y aun hoy dia, si no fuera por que yo he vendido todos los instrumentos del oficio, aun seguiria dorando...

—¿Y qué remedio?—replicó el enfermo.—¿Hemos de

dejar que se mueran de hambre nuestros pobres hijos?... Yo no sé trabajar en ninguna otra profesion, y no quiero implorar la caridad pública, como si fuera un vagamundo... Por otra parte, mi mal no tiene cura, y ya por mucho que trabaje no he de estar peor que ahora... Además, tú lo sabes... desde que no trabajo se me ha aumentado la convulsion.

—Verdad es,—dijo la jóven,—y esto nos tiene sorprendidos.

—Pues no lo estrañen ustedes, porque es natural que suceda así... Mientras dura el trabajo hay en el sistema nervioso una escitacion que lucha, por decirlo así, con la convulsion, y se establece un equilibrio que neutraliza los efectos de la primera... pero no dude usted que el mal iria en aumento si usted continuase ocupándose de su oficio hasta llegar á un término incurable; al paso que ahora...

—¿Qué?—preguntó con viveza la jóven.

—Ahora curará,—dijo el doctor.

—¡Gracias, Dios mio!...—esclamó la jóven.—¡Ah! ¡Si hubiésemos venido aquí cuando yo queria!...

—No han perdido ustedes el tiempo,—repuso Espinosa;—yo me prometo curarle muy pronto.

—¿Y podré volver al trabajo?

—¡Oh! ¡No; eso no!—gritó la jóven.

Y con sus hermosos ojos abiertos, demandaba al doctor la confirmacion de sus palabras.

—Tiene razon esta señorita,—dijo Espinosa;—usted no puede pensar en volver á buscar una muerte segura... Su esposa y sus hijos tienen un derecho á prohibirle que se suicide lentamente.

—Ya lo oyes,—repuso la jóven;—este caballero, que te vá á dar la salud, te prohibe que trabajes.

—Yo no se lo prohibo.

—¿No?...—esclamaron á la vez y por distintas razones los dos esposos.

—No,—repitió el doctor;—usted mismo se lo prohibirá cuando piense en el dolor que ha causado ahora á su familia... Pero de eso ya tendremos tiempo de tratar mas adelante; ahora es indispensable que observe usted el plan que voy á indicarle, y que no desconfie de su curacion... Esto es lo primero que exijo á mis enfermos,—añadió sonriendo;—si ellos no me ayudan empezando á sentir la mejoría antes de que la medicina salga de casa del boticario, negocio perdido... Procure usted no perder la esperanza, y esté seguro de que Dios habrá de mirarle con caridad.

La jóven estaba sorprendida del lenguaje del médico, y sor Clotilde y Adelaida le miraban suspensas, sin atreverse á decir una sola palabra, hasta que Espinosa, conociendo lo mucho que deseaban ejercer su caridad con aquellos infelices, las dijo:

—Qué les parece á ustedes, señoras, ¿se acordará alguna vez nuestra marquesa de Santa Rita, en medio de sus festines, del hombre que sufre esta horrible enfermedad por haber dorado las joyas para sus salones?

—¡La marquesa de Santa Rita!...—repitió asombrada la jóven.

Y el enfermo se alzó en pié con semblante iracundo, diciendo:

—Vámonos, esposa mia... vámonos.

—¿Qué tiene este pobre hombre?...—esclamó Adelaida, corriendo al lado del enfermo.—¿Qué le pasa?

—Nada...—repuso la jóven;—no es nada... Conoce á la señora que acaba de nombrar este caballero... y siempre que oye pronunciar su nombre, se pone fuera de sí.

—Tengo mis razones,—replicó el enfermo con voz algo mas tranquila.—Pero vámonos; ustedes dispensen, y muchas gracias á usted, señor médico.

—Mis consultas son gratuitas,—dijo Espinosa.

—Ya lo sé; por eso he abusado de la bondad de usted, y le doy las gracias.

—Pues yo no las admito, porque no quiero retribucion de ninguna especie; pero siéntese usted y descanse, que aun no se ha terminado nuestra entrevista.

—No importa; volveré otro dia,—dijo con agitacion el enfermo.

—Es escusado,—repuso Espinosa;—me dará usted las señas de su casa, y yo iré á visitarle.

—¡Oh, no; eso no!—gritó con indignacion el enfermo.

—Cálmate por Dios,—le replicó su esposa, enjugándole el sudor que corria por su semblante.—¿No tienes confianza en mí?

—En tí, sí; pero no en la marquesa.

Espinosa comprendió al oir estas últimas palabras que la desconfianza del enfermo consistia en haberle oido nombrar á la marquesa, y deseando saber los motivos que tenia para huir de ella, le dijo:

—Amigo mio, usted me ofende sin querer, negándose á darme las señas de su habitacion, y yo no quiero insistir en mi pregunta; pero le advierto que hago lo mismo con todos los enfermos, que, como usted, no están en disposicion de venir á mi casa. Precisamente nuestro plan curativo habia de empezar por no moverse usted ni poco ni mucho de la cama.

—En ese caso, renuncio á curarme.

—¿Y por qué?

—Porque teme,—interrumpió la jóven,—que la marquesa sepa...

—Calla... no sigas,—gritó el enfermo mirando con espanto á su esposa.

—Teme,—repuso el doctor,—que la marquesa sepa dónde vive, ¿no es cierto?

—Sí, señor,—contestó la jóven.

—Pues bien; hé aquí por lo que yo dije que me ofendia sin saberlo... La marquesa de Santa Rita no es mi amiga, y precisamente la he nombrado en bien distinto sentido del

que usted puede figurarse... Pero cualesquiera que fuesen mis relaciones con esa señora, no sabria nunca nada que perteneciese á mis enfermos.

Sor Clotilde y Adelaida trataron de retirarse para dejar en libertad al enfermo, y el doctor las dijo:

—Quédense ustedes aquí, señoras... para desvanecer las injustas sospechas de este enfermo; es preciso decirle el generoso impulso que motiva la presencia de ustedes en esta sala.

—Caballero, —dijo el enfermo con dignidad, —yo no he dudado de usted ni de estas señoras, y les ruego que me dispensen si mis palabras han podido ofenderles; pero si supieran la causa de mi estremecimiento al oir hablar de la marquesa de Santa Rita, disculparian mi imprudencia.

—Yo respeto demasiado á mis enfermos, —dijo el doctor, —para culparlos de nada. Solo quiero decir á ustedes que estas señoras se ocupan de asistir y de socorrer á todos mis enfermos, para que por falta de recursos no se vean obligados á pedir un lecho en el hospital.

—¿Y quiénes son estas señoras, para bendecir sus nombres? —dijo la jóven.

—Yo no admito limosnas de nadie, —replicó el dorador avergonzado.

—Ninguno de mis enfermos las admite, —dijo con orgullo el doctor. —Estas señoras no dan su caridad como una limosna, sino como un premio á la honradez y á la laboriosidad.

—¿Cómo se llaman? —volvió á preguntar la jóven.

—Los *Angeles de la Caridad*, —repuso el doctor.

Sor Clotilde y Adelaida bajaron los ojos avergonzadas, acercándose con cariñosa solicitud á sostener al enfermo, que, demasiado conmovido, apenas podia mantenerse en pié.

La jóven las dió gracias, y entre todas le volvieron á sentar en la banqueta, siendo Adelaida la primera que le dirigió la palabra, preguntándole con voz cariñosa y dulce:

—¿Sufre usted mucho?

—No, señorita,—respondió el enfermo, arrepentido del tono brusco que habia usado anteriormente; y de nuevo pido á ustedes que me dispensen la falta que acabo de cometer, negándome á darles las señas de mi habitacion. Si tienen la bondad de escucharme, en breves palabras les diré los motivos que he tenido para negarme á una cosa que me haria tanto honor.

—No se moleste usted en disculparse,—repuso el doctor,—porque, le repito, que en nada nos ha ofendido.

—Sin embargo, tendria un pesar en que ustedes no me permitieran referirles una historia, cuyo recuerdo me horroriza; pero que me haria mas daño aun pasar en silencio ahora.

—Pues hable usted lo que guste,—dijo Espinosa.

—Nosotras nos retiramos,—dijo Adelaida.

—No, señorita; yo la ruego á usted que se quede á oir lo que diga mi esposo,—repuso la jóven.

Y tomando asiento todos, empezó á hablar el dorador, despues de haber lanzado del pecho un hondo suspiro.

CAPITULO CXXVIII.

La historia prometida.

Antes de empezar el dorador su historia, el doctor Espinosa le interrumpió, diciéndole:

—Dispense usted, amigo; pero voy á informarme de si espera algun otro enfermo, en cuyo caso tendrá usted la bondad de pasar á la pieza inmediata con estas señoras.

—Creo que no, —replicó el dorador; —despues de nosotros no ha llegado nadie.

Espinosa se levantó de su asiento á pesar de la contestacion del enfermo, y llamó á su criado, que le confirmó lo que ya sabia, añadiendo estas palabras:

—La viuda del consejero de Castilla no ha venido desde antes de ayer.

—¿Y no han ido á visitarla á su casa? —dijo el doctor.

—No sabemos dónde vive; pero si usted quiere que preguntemos por ella al tendero de la esquina, él nos dará razon, porque la fia los comestibles hace mucho tiempo.

—Infórmate al momento, y avísame, —repuso el doctor.

Y volviendo á su asiento, añadió:

—¡Pobre señora!... Pidió una paga para ir á tomar los

baños de Trillo, y se la negaron... Estará en cama otra vez con los dolores... Es el reuma mas rebelde que he conocido.

—¿Y está muy pobre?—dijo Adelaida.

—Mucho... La debe el gobierno tres años de su viudedad.

—¡Jesús, Dios mio! ¡Es preciso averiguar dónde vive!—esclamó Adelaida.

—Descuide usted, señorita; mi criado Braulio es una alhaja para esas indagaciones.

El dorador miró á su jóven esposa, sorprendido de lo que estaba oyendo, é invitado de nuevo por el doctor para que diese principio á su historia, dijo:

—Estoy avergonzado de la manera brusca con que acabo de oponerme á dar á ustedes las señas de mi habitacion... Tan generosa filantropía me tiene conmovido, y no acierto á esplicarme cómo, en medio de una sociedad tan corrompida, pueden albergarse unos corazones tan virtuosos y tan buenos como el de usted y el de estas señoras.

—A mí me parece un sueño lo que está pasando,—esclamó la jóven, estrechando con efusion la mano de Adelaida, y cubriéndola de besos.

Afectuosa demostracion de respeto, que la jóven duquesa devolvió avergonzada y confusa, abrazando á la jóven, ínterin el doctor, conmovido á la vista de aquella interesante escena, decia, dirigiéndose al dorador:

—Ya vé usted, amigo mio, cómo no es absolutamente cierta esa degradacion y esa ausencia de sentimientos generosos de que sin cesar acusan á la sociedad los que para definirla solo la han visto con desden al vivo resplandor de los festines.

—Tiene usted razon,—repuso el enfermo;—yo no he debido dudar de la existencia de las almas virtuosas y buenas.

—Yo no reprendo á usted por que haya dudado... Usted

ha seguido el rumbo trazado por los mismos que corrompen la sociedad con la inmoralidad de sus ágios y de sus especulaciones... Despues de haber adquirido el oro de una manera indigna, han abierto un mercado público, obligando á la *concurrencia* por medio del hambre, y como solo han visto el género que acude á la féria, creen que todo se vende... No saben que semejante proposicion es un absurdo... Que todo se compra, es muy cierto; pero lo es tambien que hay virtudes que no se venden jamás, y esas no las ven siquiera los especuladores... Para ellos viven siempre ignoradas y ocultas las gentes honradas y buenas... En sus modestos retiros les proporciona su laboriosidad una recompensa, que el oro no podria ofrecerles nunca...

El dorador quiso manifestar su profunda adhesion á las palabras del doctor, y no pudo, porque la admiracion y el entusiasmo le embargaban la voz, y pasó un largo intervalo antes de que con voz melancólica y triste empezára su relacion en los términos siguientes:

—De poco interés será para ustedes lo que voy á decirles, y aunque no es un secreto en Madrid, y especialmente en los tribunales de justicia, mi historia, puedo asegurar á ustedes que hoy es la primera vez que me atrevo á referirla... No soy culpable de nada en toda ella; pero hay sucesos en que avergüenza tener alguna parte, por inocente que sea.

—Yo le ruego á usted, —dijo el doctor, —que se ahorre todo lo que pueda serle penoso referir, y que no nos diga otra cosa sino lo que sirva para desvanecer el sobresalto que le infundió oir el nombre de la marquesa de Santa Rita...

—La hermana de mi esposo, —interrumpió la jóven.

—¿La marquesa de Santa Rita es hermana de usted? —replicó sor Clotilde, que, como Adelaida y el doctor, quedó sorprendida con lo que acababa de oir.

—Sí, señora, —respondió el dorador. —Luisa Manri-

que es mi hermana... y es tambien la que, no satisfecha con haberme robado una herencia y un nombre, ha pretendido deshonrarme... ¡Oh! ¡Esto último me horroriza!...

—Tranquilízate, esposo mio, —dijo la jóven, asustada de la agitacion con que el dorador pronunció las últimas palabras.

Y despues de un breve momento de silencio, en el que nada osaron decir ni el doctor ni las dos amigas, el dorador volvió á hablar empezando definitivamente su historia.

—Mi padre, —dijo, —el general Manrique, conoció, siendo oficial subalterno, á mi madre, con quien poco despues de mi nacimiento contrajo matrimonio, aunque privadamente, por esperar á tener el grado necesario para que su esposa no perdiese el derecho á la viudedad... El primer obstáculo para guardar ese secreto era mi existencia, y desde luego se pensó en darme á criar fuera de la poblacion, donde me dió á luz mi madre, que fué en la capital de Castilla la Vieja... No he conocido á mis padres ni sabido quiénes eran hasta despues de muertos, y debo por lo tanto respetar su memoria, sin acusarles por lo que hicieron conmigo arrojándome de sus brazos.

El acento melancólico con que el dorador pronunció estas palabras, y la analogía de su suerte con la de Adelaida, hizo que esta derramase algunas lágrimas y apoyára su cabeza en el hombro de sor Clotilde, que sufria horriblemente con el recuerdo de lo que ella hizo con Adelaida.

El dorador se apercibió de la conmocion de Adelaida, y la dijo:

—¡Llora usted, señorita!... ¡Ah, si usted supiera lo que se sufre preguntando un dia y otro el nombre de las personas que nos han dado el sér, sin gozar... ni siquiera el triste placer de venerar sus restos en el campo-santo!

—Esta señorita, —repuso Espinosa, —comprende todos los dolores del desgraciado, cualquiera que haya sido su posicion.

—En ese caso, —dijo el dorador, —me perdonará que pase en silencio lo mucho que trabajé por descubrir quiénes eran mis padres, cuando la edad me hizo conocer que los que hasta entonces habian hecho conmigo oficio de tales no lo eran... Pero aquellas pobres gentes, que me habian recogido por caridad... (el dorador enjugó las lágrimas que nublaban sus ojos)... de los brazos de mi nodriza, no pudieron decirme otra cosa sino que esta habia muerto, y que nada sabian de mis padres... Sin embargo, no dejaron de hacer algunas indagaciones sin que yo me apercibiese de nada, y por último... no quiero molestar á ustedes con detalles enfadosos y que á nada conducen ahora... lograron saber quiénes eran mis padres; pero me lo ocultaron, porque el cariño que me tenian no les hubiese permitido separarse de mí sin gran sentimiento... Tenia yo entonces veinte años de edad, y hacia diez y ocho que estaba en poder de aquel honrado matrimonio sin hijos, que procuró darme una educacion demasiado esmerada para la clase, harto humilde, á que pertenecian. Pero la reserva que usaron conmigo, hija del estraordinario afecto que me profesaban, no debió causarme perjuicio alguno, porque adquirieron silenciosamente todos los documentos que pudieran servirme para probar mi nacimiento, y á la muerte de ambos, que ocurrió cinco años despues, y en el breve intervalo de tres meses, recibí esos papeles, acompañados de una suma de ochenta mil reales en monedas de oro, producto de sus economías.

—¿Qué oficio tenia el hombre que le sirvió á usted de padre? —preguntó el doctor.

—El mismo de su mujer, —respondió el dorador; —ambos se ocupaban de lavar ropa blanca.

—¿Y así hicieron unas economías tan considerables?

—Tenian muy buenos parroquianos, y además habian puesto á rédito los primeros diez mil reales en casa de un comerciante, á cuyo lado debí yo dedicarme á la carrera mercantil.

—¿Y cómo eligió usted ese oficio tan penoso que hoy tiene?

—Por la vecindad que teniamos con el broncista dorador de sus majestades en la calle de la Justa... Ese artista me tomó mucha aficion, y casi insensiblemente fuí aprendiendo el arte, de manera que á los diez y ocho meses de aprendizaje, tres antes de la muerte de mis bienhechores, ya ganaba veinte reales diarios... ¡No quiso el cielo que pudiera pagarles todo lo que habian gastado en mi educacion, prolongándoles la vida! Yo les entregaba mi jornal; pero ellos lo invertian en costearme maestros de matemáticas y dibujo, con cuyos elementos pude hacer mayores progresos en el arte. Cuando quedé solo en el mundo, pensé en rehusar la herencia, de que nada me habian dicho mis bienhechores... pero apenas supe quiénes eran mis padres, el orgullo se apoderó de mí, y abandoné el oficio, instalándome con cierto lujo para presentarme á mi hermana, que en aquellos momentos, y despues de la muerte de mis padres, se habia casado con el marqués de Santa Rita. Mi partida de bautismo estaba en toda regla, y aunque declaraba mi nacimiento de ilegítimo consorcio, revelaba el nombre de mis padres, y ninguna duda podia quedar acerca de mi legitimidad como hermano de Luisa. Su tutor me acogió muy bien, y creyó que, á pesar del carácter altivo de Luisa, su corta edad no la haria negarse á reconocerme por hermano suyo...

El dorador guardó silencio por algunos momentos, y continuó diciendo:

—No quiero molestar á ustedes con la relacion de la primera entrevista que tuve con mi hermana, porque les pareceria increible que en un corazon de diez y seis años, ¡apenas los tenia entonces!... cupiese tanta ambicion ni tanta soberbia, ni que pudiese ser tan frio y tan insensible á los impulsos de la sangre... Con una altanería indecible, que aun hoy, despues de tantos años, me estremece... me

hizo arrojar de su casa, sin que valiesen para con ella las reflexiones de su esposo, que al principio se me mostró propicio.

—¡Dios mio!...—gritó Adelaida,—¡parece imposible que el cielo abandone de ese modo á los séres que el autor de los vínculos de la naturaleza hizo á su imágen y semejanza!

Sor Clotilde, el médico, y aun la misma esposa del dorador, miraban á este con sobresalto, asustados de lo que le oian contar, y despues de un breve momento de silencio, dijo Espinosa:

—¡Pero cómo no entabló usted demanda judicial!... El enlace que sus padres contrajeron posteriormente al nacimiento de usted, ¿no legitimaba este?

—Así lo creia yo entonces; pero pronto tres sentencias de otros tantos tribunales distintos, me han convencido de lo contrario...—dijo el dorador, sonriendo con amargura.—Mi herencia,—añadió,—solo alcanzó á sufragar las primeras costas... La marquesa de Santa Rita era mas rica que yo; ¿y qué habia de suceder?

—¿Se atrevió á sostener el pleito?—dijo sor Clotilde.

—Sí, señora... se atrevió tambien á declarar acusándome de impostor y de ambicioso... Mi ambicion se limitaba á heredar el apellido de mis padres... ¡A que la sociedad me reconociera como hijo del valiente general Manrique!

—Ese derecho, consignado en la partida de bautismo, nadie se le puede á usted negar,—dijo el doctor.

—Los tribunales me han apercibido con prision y multa si me atrevo á usarlo.

—¡Pero eso es imposible!... ¿Niegan la legitimidad de ese documento?

—Al principio la negaban... despues se convencieron de que semejante empeño era un absurdo fácil de destruir, y se limitaron á sostener que no era yo la persona que designaba la partida de bautismo... Suponian que el primogénito del general Manrique habia fallecido.

—¿Y cómo probaron esa muerte?

—Con una partida de defuncion, acaecida, segun dijeron, en un pueblo de Francia, donde pretendian que habia sido criado el hermano de la marquesa.

—¿Y no ha vuelto usted á ver á su hermana?—dijo sor Clotilde.

—Sí, señora,—repuso irritado el dorador.—La he visto por mi mal dos veces... La primera cuando me llamó impostor y negó su propia sangre... la segunda cuando vino á mi casa á deshonrarme.

—Vaya, cálmate, esposo mio... ¡qué necesidad tienes de exasperarte por una cosa que nada te importa!

—¡Que nada me importa!...—repitió, lleno de indignacion.—¿Con que tu honor y el mio no me importan nada?

—Sí; pero ya sabes el daño que te hace ese recuerdo, y no quiero que pienses mas en él.

—Ahora debo decírselo á estos señores, para que no estrañen la indignacion con que oí pronunciar el nombre de la marquesa... Por sus venas corre la misma sangre que por las mias, y aunque jamás olvidaré su ofensa, sin embargo, la habria perdonado sin la visita aleve que nos hizo hace cinco meses... Sí... ¡cinco meses!... Por eso me estremecí cuando este caballero dijo que la conocia, y me pidió las señas de mi casa.

—Ya le he dicho á usted la causa,—replicó Espinosa;—pero puede usted ahorrarse el decirme dónde vive si le causa pena.

—No me hable usted así, porque creeré que aun no me ha perdonado mi indiscrecion... Yo vivo en la calle del Ave-María, número 37, boardilla.

—¿Y desde allí ha venido usted á pié?—dijo el doctor.—Pues desde ahora le prohibo que vuelva á incomodarse ni á salir á la calle para nada.

—Eso no será posible.

—¿Por qué?

—No le haga usted caso,—repuso la jóven:—yo le prometo á usted que no saldrá.

El dorador quiso replicarla, y ella le impuso silencio ruborizada.

—¿Y hace mucho tiempo que están ustedes casados?—dijo sor Clotilde, que era, al parecer, la que con mayor afan deseaba imponerse de todo.

—Ocho años,—contestó la jóven.

—Cuando la conocí,—replicó el dorador,—estaba gestionando mis derechos á la primogenitura de mi familia; y la de mi esposa, que es de las principales de la córte, me recibió muy bien en su casa, y acogió con gusto mis pretensiones... Pero cuando perdí el pleito y se descubrió mi educacion pobre y humilde, se irritaron de tal modo conmigo, que faltó poco para que me hiciesen prender como á un villano.

—¡Mi madre habia muerto en esa época!...—esclamó con pena la jóven.

—Yo no la acuso de nada,—dijo el dorador.—Sé muy bien que si ella hubiese vivido, ó tu padre no hubiese contraido segundas nupcias, no hubiera sucedido nada.

—¿Se opuso la madrastra á la boda?—preguntó sor Clotilde.

—No, señora,—dijo el dorador;—antes por el contrario, trató de facilitarla por cuantos medios estuvieron á su alcance.

—En ese caso... no comprendo...

—Nada mas fácil... la madrastra de mi esposa alimentó el amor que esta me tenia, preparando al mismo tiempo á su marido para un aborrecimiento antinatural hácia su hija... hasta el horrible estremo de arrojarla de su casa...

—¡Dios mio!—esclamó Adelaida.

—¿Y adónde fué usted á parar?—dijo sor Clotilde á la jóven.

—A casa de una criada antigua de mi madre, en cuya compañía estuve quince dias, hasta que se realizó nuestro matrimonio.

—Yo,—repuso el dorador,—habia vuelto á trabajar en mi arte, y ganaba cuarenta reales diarios... Hoy hace tres años,—añadió suspirando,—que no gano nada.

—Pero Dios es bueno,—replicó la jóven,—y aun no nos ha faltado un solo dia el pan para nuestros hijos.

—Verdad es; pero no soy yo quien gana ese pan, sino tú, que pasas el dia y la noche bordando y perdiendo la salud.

—No lo creas; mi trabajo no tiene los inconvenientes que el tuyo.

—¡Malditas convulsiones!...—murmuró el dorador.

—¿Y en todo ese tiempo,—dijo sor Clotilde,—no han podido ustedes reconciliarse con su familia?

El dorador y su esposa bajaron la cabeza avergonzados, y el doctor Espinosa dijo:

—¿A qué fué la marquesa á casa de usted?...

—A deshonrarme... á quitarme el único tesoro que poseo... Bajo el pretesto de buscar á mi esposa para encargarla unos bordados, trató de corromper su virtud...

—¡Ay! Calla, por piedad,—dijo la jóven.

—No quiero...—repuso, balbuciente de ira, el dorador.—Entre mi infame hermana y la madrastra de mi esposa, que como almas iguales no podian dejar de ser amigas, trataron de llevar á mi esposa á coser á casa de la condesa de...

—¡Por piedad!... Alberto... ¡por piedad! Calla... yo te lo suplico.

—Yo habia salido,—continuó el orador,—á ver si encontraba quien quisiera comprar unos bordados, cuando fué á casa mi hermana... ¡Ah! ¡Si yo hubiese estado allí!...

—¡Ojalá no te hubieras empeñado en ir luego á buscarla!

—¿Pues qué sucedió?—preguntó el doctor.

—¡Como es muy rica...—dijo el dorador con sonrisa burlona,—tiene derecho para todo!... Desde aquel dia... ¡hoy se cumplen cinco meses!... nos hemos visto obligados á mudar seis veces de habitacion por librarnos de sus persecuciones.

—Por eso,—dijo Espinosa,—se negaba usted á darnos las señas de la que hoy ocupa... Pierda usted cuidado, que aunque ignorábamos esa historia, sabemos quién es la marquesa.

—¡Pero esa historia es horrible!...—esclamó Adelaida.

—Horrible... sí,—repitió el doctor;—pero apenas puede servir de episodio á la de la Torre del Duende.

—¿Saben ustedes de alguna otra hermana que pueda compararse con la mia?—preguntó horrorizado el dorador.

—No, amigo mio,—dijo el médico;—pero conocemos otras gentes inhumanas y tan ambiciosas como la marquesa y la madrastra de esta señora.

—La historia de mi madrastra,—dijo la jóven,—no pueden ustedes imaginarla, ni yo tendria valor ahora para referirla... En mis ratos de ócio... mientras mi pobre marido adquiria la horrible enfermedad que hoy padece, he escrito algunas páginas, que pienso continuar mas tarde, y en las que voy consignando todas las crueldades que esa mujer ha usado conmigo (1).

El doctor Espinosa, que, á pesar de la atencion con que escuchaba la historia de los dos esposos, habia dado muestras de impaciencia en algunos momentos, recordando sin cesar á Cabezota, sacó el reloj del bolsillo, y alzándose en pié, dijo:

---

(1) El autor de esta novela posee en la actualidad esos apuntes á que se referia la esposa de Alberto el dorador, y de ellos piensa sacar una novela, que, con el título de UNA MADRASTRA ó *Memorias de una jóven*, publicará despues de terminada la presente.

—Son las ocho y media... Ustedes me dispensarán que les abandone, pero tengo un enfermo de peligro... Un enfermo al cual no podré librar de la muerte.

—¡Infeliz! —esclamó Adelaida.

—¿Con que no hay esperanza? —dijo sor Clotilde.

—Usted lo sabe, señora... Usted sabe cuán doloroso es para un médico confesar en público la impotencia de su magisterio.

—En ese caso, comprendo que sea mayor el sufrimiento de usted.

—¡Yo soy la causa de todo! —esclamó Adelaida.

—¿Usted, señorita? —dijo la jóven.

—Por librarme del poder de mi tutor, por salvar mi vida en distintas ocasiones, se vé ese infeliz al borde del sepulcro... Pero si el doctor se atreve á operarle, yo sostendré su vida con mi aliento... y mis lágrimas alcanzarán la proteccion del cielo para salvar á ese infeliz de la muerte.

El acento sublime con que Adelaida pronunció estas palabras conmovió á todos los presentes, y la jóven con especialidad la miraba de hito en hito, sorprendida de lo que estaba oyendo, á tiempo que se abrió la puerta que daba paso á las habitaciones interiores, y entró allí precipitadamente Genaro, diciendo:

—Amigo Espinosa, ¿puede usted oir una palabra?

—¿Qué ocurre? —preguntó el doctor asustado, á pesar de la alegría que se retrataba en el recien venido.

—Hay traspiracion general, —dijo Genaro.

—¿De verás? —interrumpió Espinosa.

—Y la inflamacion cede.

—¿Cede? —repitió con entusiasmo el doctor.

Y sin despedirse de las personas con quienes estaba se retiró de la sala pública, dejando en ella á Genaro, quien dió mas pormenores sobre la leve mejoría de Cabezota.

Sor Clotilde comprendió que Adelaida queria volar al lado del enfermo, y dirigiéndose al dorador, le dijo:

—A la puerta de esta casa estará el coche, que habrá vuelto ya de conducir á una jóven enferma, y en él se trasladarán ustedes á su casa.

—Muchas gracias,—dijeron á la vez los esposos, rehusando admitir el obsequio de la superiora...

—¡Oh... sí!—repuso Adelaida.—El doctor lo ha dispuesto así... no nos nieguen ustedes esa gracia... Mañana irá á visitar á ustedes... y desde ahora tienen unos nuevos amigos, que procurarán consolarlos en su desgracia.

—Permítame usted que la bese la mano,—dijo el dorador, conmovido y sin hallar palabras con que demostrar su reconocimiento.

Lo mismo hizo su jóven esposa, á quien abrazaron con ternura sor Clotilde y Adelaida, acompañándola despues hasta dejarla con su esposo en el carruaje.

Y desde la puerta de la calle se volvieron, en compañía de Genaro, al aposento inmediato á la alcoba en donde se hallaba Cabezota, próximo á sufrir la dolorosa y arriesgada operacion del trépano.

Genaro siguió sin detenerse á la alcoba, y la superiora y Adelaida se arrodillaron, elevando al cielo sus fervorosas plegarias por la salud del enfermo, cuando ya habian desaparecido del horizonte los últimos rayos del sol.

CAPITULO CXXIX.

Presentimientos favorables.

Adelaida y sor Clotilde pasaron en una terrible ansiedad las primeras horas de la noche, mientras el doctor Espinosa examinaba detenidamente al enfermo, y en consulta con sus amigos y comprofesores, pensaba si convendria operarle aquella misma noche, ó dejarle hasta la madrugada del siguiente dia.

Prevaleció la primera de ambas opiniones, y aunque trataron de ocultarla á las personas que habia en la casa, no fué posible, y Adelaida pidió al doctor Espinosa que la señalase un punto de accion en tan terrible trance, porque queria contribuir á lo que no dudaba que habia de dar la salud al enfermo.

Era estraordinaria la fé con que la jóven duquesa afirmaba que se salvaria Cabezota, despues que hubo pasado mas de una hora en ferviente plegaria al cielo, y su esperanza en el buen resultado de la operacion era tal, que los médicos, y con especialidad Espinosa, se prepararon á ella con el mayor entusiasmo y casi seguros de un feliz resultado.

A permitirla que presenciára la terrible cura no querian

acceder los médicos, y Espinosa fué el único que parecia mas dispuesto á otorgarla esa gracia, porque conocia que acaso podria serles de mucha utilidad su influencia con el enfermo. Pero antes de resolverse á consentir en ello, la dijo:

—Desde este aposento, y preparando los medicamentos necesarios, podrá usted sernos muy útil.

—Yo no lo seré en ninguna parte, —replicó sin afectacion Adelaida; —pero quiero presenciar la operacion, porque tengo una gran confianza en que hemos de salir victoriosos.

—Tambien yo siento renacer en mi pecho la esperanza perdida, y voy á operar con mas fé que nunca en este momento; pero creo que usted no debe estar presente.

—¿Y por qué no?

—Porque sufriria demasiado.

—No lo crea usted, amigo Espinosa; sufriré mucho mas desde aquí, anticipándome el momento del peligro, exagerando el mal, y con la impaciencia del resultado.

—Con que no hay remedio, ¿se empeña usted en asistir á la operacion?

—Si no me dá usted otras razones... no desisto.

—Mis compañeros se oponen tambien.

—Pero usted les dirá el derecho que tengo para estar á su lado, la obligacion en que estoy de devolver la salud á Paco... y aunque desgraciadamente no puedo servir de nada...

—Al contrario, —interrumpió el doctor, —sirve usted de mucho.

—No tal... de nada; lo sé; pero yo no puedo prescindir de estar al lado de ese hombre mientras su vida esté en peligro, y nada me consolaria si una desgracia funesta le diese la muerte lejos de mí. Su inconcebible adhesion á mi persona, y la generosidad con que ha espuesto su vida por salvar la mia, me obligan... á vivificar su aliento con mi alien-

to... á enjugar su llanto con mi llanto, á reanimar con mis ojos los suyos, y á sentir, en fin, sus dolores como si fuesen mios propios.

—Sin embargo,—repuso Espinosa,—usted no tiene costumbre de ver esas operaciones, y se sufre demasiado en ellas.

—Nunca tanto como seria preciso para que el dolor me impidiera pensar en el de ese infeliz, herido por mi causa.

—¡Por Dios, señorita, que sea esta la última vez que se acuse usted de una desgracia en la que no puede tener parte alguna!

—Así lo haré... pero no me priven ustedes de estar al lado del enfermo.

—Sea como usted quiera... Quizá la fé que nos han inspirado sus palabras seguirá alumbrando la oscuridad de nuestros conocimientos.

—¿Y cuándo se deciden ustedes á operarle?

—Ahora mismo.

—¿Lo sabe ya el enfermo?

—Sí, lo sabe, y dá muestras de gran valor... Hemos preferido decírselo desde luego, porque para las almas de ese temple son inútiles los paliativos.

—Le aseguro á usted, amigo Espinosa, que ninguna de mis desgracias me ha preocupado tanto como esta... Siento en este momento una ansiedad inmensa, y mi mayor felicidad depende del resultado de esa operacion.

—Verdaderamente, señorita, que nadie adivinaria lo que está sufriendo la duquesa de Mont-Marsan en la víspera de su boda.

—No hablemos de eso ahora,—dijo Adelaida con pena.

—¿Por qué no?... El conde me acaba de decir que todo está dispuesto para que mañana se realice el matrimonio...

—¡Sor Clotilde lo ha querido así!

—Y ha hecho muy bien.

—Sin embargo, yo no puedo ser feliz en medio de tantas desgracias.

—Precisamente esa es la principal razon que tenemos para que no se dilate esa boda. Todo está dispuesto, segun me ha dicho el conde, para que se verifique en la capilla privada del palacio de Baza sin publicidad ni ostentacion.

—Así se lo he suplicado á mi querida superiora; pero la condesa se niega á que se haga de ese modo.

—¿Y sor Clotilde piensa continuar al lado de usted?

Adelaida se sobresaltó al oir la pregunta de Espinosa, y dijo:

—¡Pues no!... La superiora y Eugenia no se separarán nunca de mi lado.

—Eugenia, —replicó el doctor, —no sé; pero en cuanto á sor Clotilde, tengo mis sospechas de que vuelve á consagrarse á la asistencia de los enfermos.

—Y así será; pero eso no la impedirá vivir conmigo.

—¿Pues cómo?

—Porque yo tambien haré lo propio, y ambas pensamos ocuparnos de esa tarea, ayudadas de algunas otras personas que se asociarán á nuestro pensamiento.

—Cuénteme usted en ese número.

—¡A usted, querido doctor, que fué el que supo inspirarme la idea de distribuir mis rentas entre los pobres... habiamos de escluir de nuestra sociedad!... Usted ha sido el fundador, y no podrá negarse á dirigir nuestros trabajos.

—¿Y qué nombre piensan ustedes dar á esa asociacion?

—Nada hemos pensado aun; pero la llamaremos *Hospitalidad domiciliaria*.

—Ese será el principal objeto de la sociedad; pero el nombre debe de ser otro... ¿Me autoriza usted á bautizarla?

—¿Y usted me lo pregunta?

—Muchas veces me ha oido usted decir ese mismo nom-

bre; la beneficencia domiciliaria, á que ustedes van á dedicarse, se deberá llamar *el Angel de la Caridad*... Así la apellidan á usted hoy cuantos han tenido ocasion de admirar sus virtudes.

Adelaida se ruborizó oyendo al doctor, y este añadió:

—Y á propósito; ¿qué ha hecho usted de aquella niña que la encargó á usted Paco el mismo dia de mi prision?

—¿La niña Rosa?

—Sí.

—Vive conmigo en casa de la condesa, y me ha costado gran trabajo separarme de su lado para venir aquí... Fortuna que Eugenia la quiere mucho, y se ha quedado con ella ¡Es tan angelical y tan buena esa niña!

—Dichosa ella,—murmuró el doctor,—si al lado de este ángel aprende todas sus virtudes!... ¿Y Eugenia,—añadió, alzando la voz,—está ya mas tranquila?

—Sí, pero su tranquilidad horroriza... ¡Me estremece pensar en el hondo dolor que la devora!

—¿Marchó ya Sandoval?

—Creo que sí.

—En ese caso, pronto se tranquilizará.

—No lo crea usted... Yo la conozco, y sé que nada podrá borrar de su corazon la imágen de Cárlos.

—¿Tanto le quiere?

—Le quiere tanto, que no habrá quien pueda comprender perfectamente su cariño... Y su pasion está bastante justificada para mí, que conozco su carácter, sus sentimientos y las desgracias que ha esperimentado en los primeros años de su vida.

—Yo no he vituperado nunca esa pasion,—dijo Espinosa;—pero su constancia me parece hoy exagerada.

—La juzga usted mal si cree que es una consecuencia obstinada la que mueve á Eugenia á no desechar de su pecho ese amor.

—¿Pues qué otra cosa puede ser?

—El haberse imaginado que despues de su padre ningun otro hombre mas que Cárlos merecia ser amado.

—¿Y cómo pudo fascinarle de ese modo un hombre de tan escaso talento como Cárlos Sandoval?

—¡Me sorprende, querido doctor, que me haga usted esa pregunta!... Si otra persona cualquiera ignorára cómo nacen esos afectos en nuestros corazones, y cuán frívolas son la mayor parte de las veces las causas de una simpatía indisoluble, no diria nada... Pero que usted lo dude, me sorprende infinito. ¿Cree usted que el corazon de una jóven educada en la desgracia, y entregada á sus labores al lado de unos padres ancianos, siente el vacío de los grandes discursos y de las creaciones elevadas del génio?... ¿No sabe usted que esa jóven necesita una ternura y un amor que, fuera de los indivíduos de su propia familia, no podria darla ningun hombre de talento elevado á grandes reflexiones?... Eugenia conoció á Cárlos desde su infancia; él era su confidente íntimo cuando como niña se entretenia en pasatiempos propios de su edad, y nada hacia sin que con él lo consultára... Fué creciendo en años, y solo cambiaron las inclinaciones, siendo siempre Cárlos su consejero y su amigo... Pero no nos ocupemos ahora de Eugenia... Por mas que usted aparente ignorar el fundamento de esa pasion desgraciada, no se eximirá de corregir con sus consejos el funesto influjo que hoy ejerce ese amor sobre mi pobre amiga.

—Y yo ¿qué puedo hacer para conseguirlo?—dijo el doctor, sonriendo.—Nuestro amigo Mendoza será el que se encargará de curarla, haciéndola olvidar con su amor el de Sandoval... ¿No le parece á usted que tengo razon?

La vuelta de sor Clotilde, que habia entrado en la alcoba del enfermo al empezar la entrevista de Espinosa con Adelaida, impidió que la jóven duquesa diese su opinion sobre los amores de Mendoza con su amiga Eugenia.

El sembl ante alegre de la superiora indicó á Adelaida

que el estado de Cabezota seguia siendo satisfactorio, y dijo:

—Oigamos el juicio de nuestra superiora... ¡Tiene tanta esperiencia en esta clase de enfermos!...

—Sí, hija mia, y te aseguro que no desespero como antes... Ya no me parece tan imposible prolongarle la vida.

—¿Nada mas?—dijo con pena Adelaida.

—¿Te parece poco prolongarle la vida para que pueda sufrir la operacion?

—Es que el doctor tiene esperanza de curarle.

—Y no la perderé mientras tenga á mi lado una fé tan viva como la que usted ha sabido inspirarme,—dijo Espinosa.

Y dirigiéndose á sor Clotilde, añadió:

—¿Está todo dispuesto para la operacion?

—Sí, todo... los compañeros de usted le están esperando.

—Vamos,—dijo Espinosa.

Y se dirigió hácia la alcoba, precedido de sor Clotilde y de Adelaida.

CAPITULO CXXX.

El influjo del espíritu sobre la materia.

Los dos médicos, que se hallaban en la alcoba cuando entró Espinosa, estaban sorprendidos de la estraordinaria mejoría que esperimentaba el enfermo, y uno de ellos, el que habia suplido al doctor en la consulta pública, se acercó á Genaro y le dijo en voz baja:

—Esto es demasiado para que sea bueno.

—¿Cree usted que la mejoría es peligrosa?—preguntó Genaro.

—Creo mas aun... Creo que no es mejoría. Aun cuando la herida fuese muy leve, seria sorprendente que estuviera tan despejado y tan tranquilo... en el caso presente es fuera del órden natural semejante alivio.

—¿Con que es decir, que se morirá?—dijo Genaro asustado.

—Me parece imposible salvarle,—repuso el médico.

El doctor Espinosa no oyó el terrible pronóstico de su compañero, y aunque no iba tan confiado como Adelaida, se acercó lleno de fé á pulsar al enfermo, y le dijo:

—¿Cómo estamos?...

—Bien, muy bien,—respondió Cabezota con voz débil, pero al parecer alegre.

—¿Hay ánimos?

—Sí, señor; mucho ánimo... ¿Y la señorita?...

Cabezota preguntaba por Adelaida, que, oculta detrás de Genaro y de los médicos, no se atrevió á dejarse ver del enfermo, y Espinosa le dijo:

—¿Te acuerdas mucho de ella?

—Sí, señor, mucho.

—Pues es preciso que no pienses en nada, para que pronto te pongas bueno y estés en disposicion de verla todos los dias.

—En ese caso, no me curaré nunca, porque no puedo olvidarla ni un momento... ¡Ay! ¡Solo invocando su nombre me pondré bueno!

—¡Dios mio!—esclamó Adelaida avergonzada.

Y Cabezota penetró con la vista por entre las cabezas de los médicos, descubriendo la de la jóven duquesa, que se acercó á la cama, diciendo:

—Paco... no te acuerdes de nada ahora sino de tu salud.

—¿Pues pienso yo en otra cosa sino en mi salud al acordarme de usted?... ¿Hay nada en el mundo que pueda curarme si usted me abandona?...

—¡Yo no te abandonaré jamás!—gritó Adelaida.

—Ya lo veo, señorita... ¡Es usted demasiado buena!

—¿No harias tú lo mismo si yo estuviese enferma?

—Pero yo no la serviria á usted de nada.

—Al contrario, Paco, tú me has servido de mucho... Yo te debo la vida.

—¿A mí, señorita?... ¿No fuí yo el centinela que seguia á usted, siempre oculto entre las ramas, cuando paseaba por los alrededores de la Torre del Duende?... ¡Ah!... ¡Esta noche he tenido un sueño horrible!...

Cabezota cerró los ojos como si aun le persiguiera la pesadilla, y el doctor le dijo:

—Ea, déjate ahora de tonterías, y no hables... calla.

—He visto, —añadió Cabezota, abriendo los ojos con espanto, —el arroyo de los Molinos y el banco de piedra donde usted se sentaba por las noches, y he oido el crugir de las hojas secas que estrujaba con mis plantas... La bruja estaba tambien sentada en el banco, y volvia la cabeza para ver si estaba yo allí con el trabuco al brazo... ¡Ah!... Yo me he visto tambien á mí mismo, y me abrasaban las manos de tener siempre el arma en ellas...

—Paco... Paco... —le dijo Adelaida, —no me hables mas de aquellas cosas... olvídalas, por Dios; yo te lo suplico.

—Pues bien, señorita, yo callaré; pero dígame usted que me perdona, y estoy satisfecho... ¿Me perdona usted, señorita?

—¿Y tú me lo preguntas?

—¿Pero usted no me perdona?

—Sí; yo te perdono... ¡Tú lo quieres!

—Gracias, señorita, gracias; déme usted á besar la mano.

Adelaida lo hizo, obedeciendo á una seña de Espinosa, y el enfermo la llevó con delirio á sus lábios, espresando en su semblante una alegría imposible de retratar.

El médico volvió mientras tanto á hablar con Genaro, y le dijo:

—Insisto en mi opinion... se muere.

—¿Y por qué no se le hace la operacion?

—Me parece escusado.

Genaro se acercó al doctor Espinosa, que estaba pulsando al enfermo, y le dijo:

—¿Se decide usted á operarle ahora?

—Sí.

—En ese caso convendrá que se retiren estas señoras.

—No quieren; me han suplicado que las deje asistir á la operacion.

—Se afectarán demasiado.

—Ya se lo he dicho, y sin embargo, insisten.

—Pues no perdamos tiempo, si á usted le parece.

—Ahora mismo,—repuso Espinosa.

Y retirándose á un estremo de la alcoba con sus compañeros y Genaro, la superiora y Adelaida quedaron solas á la cabecera del enfermo, que las miraba con semblante risueño y como si el estado de su salud no fuera tan grave como era en realidad.

—Señorita,—dijo, dirigiéndose á Adelaida,—quisiera pedir á usted un favor.

—¿Qué quieres?... Dílo.

—Hablar á usted dos palabras.

Sor Clotilde trató de retirarse, y Cabezota añadió:

—No se mueva usted, madre superiora; lo que yo tengo que decir á la señorita no es un secreto... Antes al contrario, quisiera que pudiera oirlo todo el mundo... Así llegaria á oidos de las personas á quien he causado algun mal cuando andaba haciendo la vida que ustedes saben.

—Paco,—repuso Adelaida,—me has ofrecido no hablar mas de eso.

—¿Quiere usted que me muera con ese sobresalto?

—No te mueres, Paco; el doctor Espinosa me ha ofrecido curarte.

—Pues bien; me curará,—dijo Cabezota con acento doloroso;—pero déjeme usted desahogar mi pecho de la pena que sufro en este momento... ¡Ah, si hoy empezára mi vida!

—¿Estás arrepentido?—le preguntó la superiora.

—¿Y de qué vale mi arrepentimiento?

—Paco, no digas esas cosas... Si estás arrepentido, hoy empieza tu vida,—le dijo Adelaida.

—Señorita,—le replicó Cabezota,—el doctor me dijo que mi obligacion era la de vivir, para hacer á la sociedad todo el bien que pudiera, en desagravio de los muchos crímenes que he cometido... ¡Yo he sido muy malo, señorita!



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—...la superiora y sor Adelaida quedaron solas á la cabecera del enfermo...

—Pues bien, no importa; Dios te ha perdonado ya... pero es preciso que vivas.

—¿Y puedo yo atajar la muerte?

—Sí; puedes confiar en la ciencia de los médicos, que, inspirados por la omnipotencia divina, te sabrán curar esa herida... Ten esperanza en Dios y te curarás.

—¡Ah, es imposible!... Sus palabras de usted son mi única salvacion, y pronto dejaré de oirlas... Siento aquí una cosa,—añadió Cabezota, llevando su mano al pecho;—una cosa que me mata...

Adelaida volvió la cabeza asustada para llamar á los médicos, y el enfermo la dijo:

—Es inútil, señorita; no sabrán curarme.

—¿No quieres vivir conmigo?—le replicó Adelaida.

—Quisiera no dejar nunca de oir esa voz del cielo que ha salvado mi alma.

—Pues haz lo que te mando y la oirás siempre.

—¿Y estará usted á mi lado hasta que me muera?

—No me apartaré de tí hasta que te hayas curado.

—¿Se acuerda usted de Pestaña?—dijo Cabezota, sonriendo tristemente.

—¡Desdichado!—murmuró Adelaida estremecida.

—¡Tambien Pestaña se murió!...

—Olvida ahora esos pensamientos,—dijo sor Clotilde,—y procura estar tranquilo para que te curen.

—Haré lo que ustedes quieran; pero es escusado.

—No desconfies de la bondad divina,—dijo Adelaida.

Y llamando á los médicos, les instó á que emprendieran cuanto antes la operacion, á que no se sentian muy animados despues de la consulta.

Pero el doctor Espinosa, que fué el primero que se acercó á examinar la cabeza del enfermo, se llenó de alegría al observar unas manchas de sangre reciente, y le dijo:

—Paco, ¿has tocado la herida?

—No, señor.

—¡Se ha abierto por sí sola!...—dijo el doctor levantando el vendaje que la cubria.

Adelaida, sor Clotilde y Genaro se retiraron á los piés de la cama, y los dos médicos se acercaron á examinar la herida, mirándose mútuamente, sorprendidos todos del favorable aspecto que presentaba.

En el momento, y ayudados los profesores con solícito afan por Adelaida y sor Clotilde, prepararon almohadas limpias, y estendieron sobre ellas el apósito que habia de reemplazar al que se disponia á levantar Espinosa.

Un criado del doctor entró en ese momento en la alcoba con todos los instrumentos que se habian preparado de antemano para trepanar al enfermo en el caso de que hubiera ocurrido el derrame, y fuese necesario perforar el cráneo.

Adelaida se estremeció al ver aquella diversidad de instrumentos, y miraba con ternura á Cabezota, que no apartaba su vista de ella en cuanto se lo permitian los médicos que rodeaban su lecho.

El doctor Espinosa procuró que el enfermo no viese los instrumentos, que afortunadamente eran innecesarios, atendidos los indicios de la herida que se advertian á través del apósito.

No quiso, sin embargo, mandarlos retirar, y antes, por el contrario, preparó la tabla que habian de introducir debajo de las almohadas para darlas mayor solidez, y no quiso que se apartára tampoco el cirujano que habia de raparle la cabeza.

Dispuesto todo con minuciosidad y con el mayor acierto, uno de los médicos que servian de ayudantes pasó al otro lado de la cama, y levantó con mucho cuidado la cabeza del enfermo, mientras el otro introducia las almohadas limpias.

Espinosa levantó el apósito sin dejar de mirar con asombro á Cabezota, que sonreia como si nada sufriera, ó fueran de gozo las lágrimas de sangre que vertian sus ojos.

—Apriete usted sin cuidado,—le dijo;—es de bronce.

—Calla,—le replicó el doctor estremecido.

Y reconociendo con los dedos la herida, se volvió á sus compañeros, y les dijo:

—No sé qué pensar de esto; pero ya es inútil la operacion.

Los dos médicos asintieron con sinceridad á la opinion del doctor, y este continuó:

—No hay fractura, y la inflamacion del tejido huesoso desaparece de una manera muy estraña. Si conseguimos la supuracion ya estamos fuera de cuidado. Pero no acierto á esplicarme la desaparicion de la contraccion y del sopor, ó mejor dicho, que ninguno de esos síntomas se haya presentado por completo... Me asustaria menos verle en un verdadero estado de síncope, que sin estupor alguno, y casi en completo conocimiento... ¡No sé qué pensar de esto!...—añadió Espinosa desesperado.

—Ni yo,—repuso el médico jóven.

—Ni yo,—repitió el tercero de los Esculapios.

—¿Y qué hacemos?—preguntó uno de ellos.

—¿Qué hemos de hacer?...—replicó Espinosa.—Ayudar la supuracion, y continuar los revulsivos á las estremidades.

—¿Y nada mas?

—Digan ustedes si se les ocurre alguna otra cosa.

—¿No convendria limpiar la herida y cerrarla?

—No soy de esa opinion por ahora...—repuso Espinosa.—La naturaleza ha hecho un esfuerzo, con el que no contábamos, y que en manera alguna podiamos esperar... Sigamos el rumbo que ella nos ha trazado.

Ni sor Clotilde ni Adelaida entendian nada de lo que hablaban los médicos, y los miraban con una terrible ansiedad, sin dejar de fijar su vista estremecidas en los instrumentos que estaban preparados para la operacion.

Cabezota abria de vez en cuando sus ojos, y las miraba sonriendo, mientras el doctor cubria la herida con el nuevo apósito.

—¡Qué es esto, Dios mio!... ¿No pueden operarle?... ¿Es tarde ya?—esclamó Adelaida.

—No es necesario, señorita,—dijo el doctor;—la naturaleza se ha anticipado á nuestros deseos.

—¿Con que se ha salvado?

—Si guarda la tranquilidad necesaria, y no atormenta su imaginacion con ciertos recuerdos, podrá curarse.

El acento de duda con que Espinosa pronunció estas palabras, no satisfizo á las personas que estaban presentes; pero Adelaida, que habia concebido una gran esperanza de que el enfermo se salvaria, se acercó y le dijo:

—Ya lo oyes, Paco; no pienses en nada y te pondrás bueno.

—¿Y si pienso en algo?

—Te morirás,—le dijo uno de los médicos.

—Pues me moriré,—repuso Cabezota resignado.

—Harás lo que yo te mande,—dijo Espinosa con aparente severidad.—Me encargaste que no te suplicase nunca nada, sino que te mandára, y que cuando te dijera: «Paco, vive...» vivirias...

—Y así lo haré.

—Pues bien, ahora te digo: «Paco, no hables.»

—Y callaré.

—«Paco, no pienses...»

—¡Eso es imposible!... Perdone usted, señor doctor; pero si no hubiera pensado, ya me habria muerto.

La dolorosa espresion de la fisonomía de Cabezota al pronunciar con absoluta decision esas palabras, entristeció á todos, y Adelaida, mirándole con indecible ternura, le dijo:

—Pues bien, Paco; yo te prohibo que pienses en nada.

—¿Usted, señorita? ¿Usted, cuyo recuerdo me ha vuelto hoy la vida, para no morirme sin el consuelo de verla y de oirla decir que me perdona?... ¡Ah, usted no sabe todo el bien que me hace el pensar en la ternura con que trató

á Pestaña! Si esta noche no hubiera recordado las palabras que usted me dijo entonces, me habria muerto.

—¿Tanto has sufrido?

—Sí, señorita; pero al despertar de la pesadilla he tenido un placer inmenso.

—¿Qué te ha sucedido?—le dijo el doctor con curiosidad.

Cabezota abrió sus ojos con espanto, y dijo:

—Tenia delante de mí el espeso pinar de la Torre del Duende... Los lobos aullaban por todas partes, y en el caz de los Molinos se oia el torrente de la compuerta que se precipitaba desbordado desde lo alto de la presa... Por el Paseo de las Moreras marchaba la señorita Perla con un vestido azul y un pañuelo blanco á la cabeza... ¡Así habia yo visto tantas veces brillar sus hermosos ojos sobre la inmunda cabeza de la bruja!...

Adelaida no pudo resistir por mas tiempo en pié, y al oir la desinteresada lisonja del enfermo, se dejó caer sobre la silla que estaba á la cabecera de la cama.

El bandido continuó:

—Yo la iba siguiendo á corta distancia con el trabuco sobre el brazo, cuando se me enredó el arma en una rama, y la señorita volvió la cabeza al oir el ruido, y dijo:

—«Ahí ha saltado alguna liebre.»

—«Sí; no es mala liebre, repliqué yo; si se me llega á soltar el gatillo, pobre de tí.»

Estas palabras me estremecieron; pero yo las he repetido esta noche, y no podia apartar de mi vista esas cosas, encontrándome siempre de frente con el horrible semblante del Duende, que me miraba de hito en hito, y me decia:

—«Paco, que no se escape esa jóven... no la hagas daño; pero que no se escape, porque nos perderá á todos.»

—El niño Enrique, llorando en mis brazos al bajarle del coche, me pedia que no le hiciese mal, y yo le entregué al viejo Gregorio. Luego cogí el trabuco, é hice fuego sobre el padre de la señorita... Pero yo no sabia quién era... ¡Ay!...

Entonces el Duende me llevó á la Torre, y me hizo coger en brazos á la señorita y llevarla sobre la grupa de mi jaca torda hácia el Campo de San Roque, por la garganta de Sierra-Morena. La señorita no me dijo nada, y yo la ví alzar los ojos al cielo y mover sus lábios... En la primera jornada me reí de verla tan callada; pero luego me entró un miedo... un miedo... Y cuando la oí hablar... cuando me dirigió su voz de ángel para reprenderme dulcemente por que maldecia de las incomodidades del viaje, me asusté de mí mismo, y dí un grito de terror...

Cabezota se sobresaltó al llegar á esta parte de su relato, y el doctor, que quiso ahorrarle el sufrimiento que le producia continuar hablando, le dijo:

—Está bien, Paco; pero calla por Dios ahora... luego nos referirás ese sueño.

—No es un sueño lo que estoy contando... no; es la realidad... Yo he visto el árbol en que me apoyaba mientras la señorita descansaba sobre el banco de piedra... he sentido el peso del trabuco sobre mi brazo... el galopar del caballo sobre la pedriza... y he visto la cara del Duende, que sonreia de gozo al saber el asesinato del niño Enrique... Pero Dios tuvo por fin piedad de mí, y la voz de la señorita Perla me sacó de la pesadilla...

—«¡Paco, me dijo, para que tu alma pueda salvarse, ha sido preciso que yo sufra todos esos tormentos!»

Entonces sentí un ardor horrible en la cabeza, como si me aplicáran un hierro hecho áscua sobre la herida... y luego una frescura tan dulce, que no parecia sino que me habia sumergido en un cubo de agua de nieve... Poco á poco fuí abriendo los ojos, y ya no habia nada... nada; estaba otra vez en esta alcoba.

Cuando dejó de hablar Cabezota, el doctor miró á sus compañeros, sorprendido con la relacion que acababa de oir, y dijo con sarcasmo:

—La medicina es una ciencia matemática... Mientras

nosotros no nos atreviamos á operar al enfermo, y dudábamos si deberiamos hacerlo, un esfuerzo de su imaginacion, que á estar á nuestro alcance, habriamos prohibido, era mas feliz que todo nuestro estudio y nuestras meditaciones. Paco, — añadió, pulsando de nuevo al enfermo, — si estás tranquilo y procuras dormir, estás bueno... *El Angel de la Caridad* te ha curado... Nada debes á la medicina... tu señorita Perla ha sido mas feliz que nosotros.

Adelaida quiso replicar á las palabras del doctor; pero este se lo impidió, diciéndola:

—Desengáñese usted, señorita; nadie puede curar un cuerpo tan esclavo del alma, sino el alma misma... El dominio que usted ejerce sobre el enfermo es insuperable... No se puede comparar sino con el de la fé divina sobre los mártires que sonreian y alababan á Dios en medio de los tormentos.

—Tiene usted razon,—replicó Cabezota;—yo me acuerdo sin cesar de los santos que, atormentados por el verdugo, han visto entre nubes de plata á los ángeles del Señor.

Todos los circunstantes, inclusos los dos médicos, gente reputada y tenida por incrédula en materias maravillosas, estaban sorprendidos, y Adelaida quiso hablar, pero no pudo.

Sor Clotilde, que conocia lo que estaba sufriendo, se acercó á Cabezota, y le dijo:

—Mira, Paco, la señorita se incomodará si no haces lo que te manda.

—¿Y qué he de hacer?—preguntó con humildad Cabezota.

—Callar y dormir.

—Ya callo,—contestó el enfermo.

Y apenas hubo cerrado los ojos, cogió sor Clotilde por el brazo á Adelaida, y la sacó de allí, ayudada de Genaro.

CAPITULO CXXXI.

En la capilla del palacio de Baza.

En las primeras horas del dia siguiente á la escena de que hemos hablado en el capítulo anterior, toda la servidumbre de la condesa de Baza se dirigia hácia la capilla privada del palacio, para presenciar los ejercicios piadosos con que la jóven duquesa de Mont-Marsan se preparaba á la solemne ceremonia que, segun lo dispuesto por el conde de San Fabian y Clotilde, debia verificarse en la noche de ese mismo dia.

La capilla del palacio de Baza era uno de los mejores oratorios particulares de la córte, y desde la muerte del último conde, su viuda se habia ocupado en solicitar de la córte de Roma diferentes privilegios para la celebracion de ciertos actos religiosos.

Era uno de éstos, el de mayor precio seguramente, poner de manifiesto á su Divina Majestad dos dias en el año, á voluntad del poseedor del condado, y tan augusta ceremonia era una gran solemnidad para la servidumbre de la casa, y aun para los parientes de la condesa, invitados en tales dias para asistir á la funcion.

La condesa no habia hecho uso aun del segundo privilegio del año en que ocurrian los sucesos referidos, y creyó

que ningun dia mas á propósito que aquel en que la jóven duquesa de Mont-Marsan debia realizar su matrimonio con Fernando Vargas.

La silla apostólica habia sido pródiga siempre con los condes de Baza, y al citado privilegio habia añadido el de que pudiera celebrarse en su oratorio todos los dias el santo sacrificio de la misa, y administrar, una vez cada mes, la sagrada comunion, esceptuando la época del cumplimiento de Iglesia.

Muchas eran las reliquias regaladas á la casa, y muchos los breves de indulgencias concedidas á la misma, con especialidad á la efigie de Santa Tecla, que se veneraba en el único altar de la capilla, por ser ese el nombre de pila de la condesa.

Todos esos breves apostólicos y sumarios de indulgencias se veian colocados en cuadros de lujo, adornando las paredes de la sacristía; y las de la capilla estaban cubiertas de lienzos de mérito, representando todos los misterios de la muerte y pasion del Salvador, y algunos pasajes de la vida de Santa Tecla.

Los demás adornos no ofrecian novedad alguna, aunque todos eran del mayor lujo y de estraordinaria riqueza; los candeleros eran de plata, y todos los vasos sagrados de oro y piedras preciosas.

Entre estas alhajas llamaban especialmente la atencion un cáliz, cuya copa, forrada interiormente de oro, era de ópalo blanco, y en su peana lucia un número considerable de brillantes, rubíes y topacios, estos últimos de un valor inmenso; un relicario, asimismo de oro y piedras preciosas; y por último, una custodia, digna seguramente de la primera catedral del orbe cristiano.

La abuela de sor Clotilde, que la mandó construir á uno de los primeros artistas de la córte, se desprendió de todas sus alhajas para que, desmontada la pedrería, sirviese de adorno á la custodia. El viril era una orla de riquí-

simos y gruesos brillantes, montados al aire, y entre los rayos, todos de esmalte finísimo, pasaba una guirnalda de perlas de gran tamaño, y de esmeraldas de mucho valor, formando las primeras el fruto, y las segundas las hojas de la vid.

Tambien la araña de cristal de roca que habia en medio de la capilla, era digna de llamar la atencion de los inteligentes como obra de buen gusto, y los paños bordados que tapizaban el pavimento, eran asímismo del mayor lujo.

Los ornamentos, recamados de oro, correspondian á las demás alhajas, y todo, en fin, era digno, como hemos dicho antes, de la basílica romana.

Las doncellas de la condesa, y algunos otros criados de la mas íntima servidumbre, estaban bastante familiarizados con las alhajas de la capilla, á la que asistian diariamente con su señora. Para el resto de la familia, que solo entraba allí los dias festivos, aun ofrecian alguna novedad los adornos del oratorio.

Sin embargo, ni la devocion ni la curiosidad hubiesen sido suficientes motivos para que ciertos criados acudiesen á la capilla la mañana de que hablamos, si la condesa no hubiese encargado la víspera á la hora de rezar el rosario que no faltase ninguno, ó mejor dicho, que se tuviera por despedido de su servicio el que no estuviera á las ocho de rodillas en el oratorio.

Esta era la hora en que se habia de celebrar el santo sacrificio de la misa, recibiendo en ella Adelaida y Fernando la sagrada comunion, y esponiéndose, por último, á su Divina Majestad hasta las cuatro de la tarde, en que se haria la reserva.

Cuatro criados de la casa y otros tantos del conde de San Fabian, todos ellos de categoría, estaban nombrados para la guardia del Santísimo, despues que los señores hubiesen desempeñado ese mismo cargo.

Para el primer turno habia designado la condesa á Mendoza, á Genaro, á Ventura y al conde de San Fabian, ó á Fernando, en el caso de que al conde no le permitiese su edad estar una hora de rodillas.

Los tres indivíduos de la Partida del Trueno asistieron puntualmente á la ceremonia, y á las ocho en punto salieron al altar con Fernando, llevando cada uno un cirio en la mano.

El traje de todos era negro, con corbata blanca y guante del propio color, y el primero que asomó por la puerta de la sacristía fué Ventura, seguido de Mendoza y de los otros dos amigos.

El celebrante y los demás sacerdotes llegaron al altar, y á distancia conveniente y en una misma línea, se arrodillaron los cuatro alumbrantes.

La condesa se habia ocupado el dia anterior de esta ceremonia de tal modo, que la ocasionó un violento histérico, y se vió obligada á asistir desde la tribuna acompañada de su inseparable doña Mónica, á la que mortificó cruelmente con sus acostumbradas impertinencias.

Todas las gentes de su servidumbre habian acudido con puntualidad, y sin embargo, no cesaba de preguntar á su doncella por cada una de ellas en particular.

—Mónica,—la dijo, apenas llegaron á la tribuna,—mira tú, que tienes mejor vista que yo, si están todos.

—Sí, señora, todos,—replicó doña Mónica.

—¿Los has contado bien?

—Sí, señora.

—Me parece que te engañas.

—No, señora.

—Sí tal... míralo bien.

—Pues ea, lo que vuecencia guste,—repuso doña Mónica con tono áspero.

—No te incomodes, Mónica, que estamos en la iglesia.

—No me incomodo, señora; pero como dice vuecen-

cia que no están todos, y los he contado uno por uno...

—Pues bien; no te incomodes... si están todos no tenemos nada que hablar... Pero ¿á que no ha venido don Lúcas?

—Sí, señora.

—Pues es un milagro, porque ese no tiene mucha aficion á las cosas de la iglesia... Aun no le he visto ni un solo dia en las Cuarenta horas.

—Está casi siempre en cama con la gota.

—No lo creas; para ir á la ópera no está enfermo... es un viejo muy aficionado á la música... Antiguamente dicen que era muy devoto; pero desde que fué al Trocadero con la Milicia Nacional, se echó á perder, y se hizo *jansenista*...

Doña Mónica no pudo reirse de la calificacion que la condesa hacia de su jubilado mayordomo; pero se inquietaba por no haber podido terminar el acto de contricion, que empezó al entrar en la capilla.

La condesa comenzó por fin á susurrar algunas oraciones, y como de costumbre, las interrumpió diferentes veces para dirigir á su doncella cien distintas preguntas.

—Mónica, —la dijo, —¿dónde está Clarita?

—En la capilla, —replicó doña Mónica.

—Esa no es manera de contestar... ¿Junto á quién está?

—Junto al repostero.

—Pues anda, ves y díles que se separen, que no me gusta que estén juntos en la iglesia.

Doña Mónica se alzó en pié con desagrado, y antes de que saliera de la tribuna, la llamó su ama para decirla en voz alta, escitando la atencion de todos los que estaban en el oratorio:

—Oye, ven acá, díselo en voz baja y al oido, para que no se aperciba nadie de ello, y no hagas irreverencias... Y oye, ves á la sacristía y dí que no se olviden de poner en el altar la reliquia de San Gregorio.

—Ya está puesta,—repuso doña Mónica.

—Pues bien; dí que cuando se acabe la misa, espero á los celebrantes á tomar chocolate conmigo.

—Ya lo saben.

—No importa, díselo otra vez para que no se les olvide... Y oye, que no dejen de poner los almohadones de terciopelo blanco para los novios... Y oye,—añadió, cuando ya salia de la tribuna doña Mónica,—acércate á mi prima y á la señorita Adelaida, y dílas que la comunion será en la misa.

Doña Mónica salió por fin de la tribuna, murmurando de la condesa, que se quedó diciendo:

—Mónica, no gruñas... *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.*

Los sacerdotes empezaron mientras tanto las sagradas ceremonias, alumbrados por los cuatro amigos, que, con ambas rodillas en tierra, parecian unas verdaderas estátuas, segun estaban inmóviles y fijos.

Delante de la verja que formaba el presbiterio se veian los almohadones de terciopelo de que habló la condesa.

La jóven duquesa de Mont-Marsan, para quien estaba destinado uno de ellos, se hallaba de rodillas junto á sus amigas sor Clotilde y Eugenia, con los ojos bajos y fijos sobre un libro de terciopelo blanco que tenia abierto en la mano.

Vestida todo de blanco por ceder á uno de los infinitos caprichos de la condesa, Adelaida parecia un ángel del cielo, que solo deja ver la luz de sus ojos entre las nacaradas nubes que forman el Trono del Señor.

En medio de aquellas gentes, todas vestidas de negro, semejaba al cisne, que bate su inmaculada pluma sobre las súcias aguas del lago.

La hermosura de su semblante era en ese momento su-

perior á todo elogio, y nosotros renunciamos á retratarla, convencidos de que no saldríamos airosos en nuestra empresa, y de que esa belleza, radiante de angelical hermosura, no nos pertenece cuando su alma está elevada al Señor.

Desde que hubo desahogado su conciencia en la de un sacerdote, y con la absolucion de sus *inocentes* culpas, iba á sentarse á la mesa eucarística, Adelaida no veia nada de lo que pasaba en su derredor.

Absorta en sus meditaciones, continuaba con los ojos bajos repasando las oraciones que su madre la habia enseñado en los primeros años de su vida, sin que semejante recogimiento religioso pudiera confundirse con esa esterioridad hipócrita que fingen las santurronas de oficio, ó las mujeres ignorantes, que miden el mejor servicio de Dios por el mayor número de oraciones que rezan al dia.

Sin que nosotros lo digamos, el lector sabe que Adelaida no podia fingir en nada, y menos en materias religiosas.

No practicaba las devociones por costumbre ni por moda, y cuando elevaba su espíritu al cielo, lo hacia secretamente, implorando el auxilio divino sin ceñirse estrictamente á las fórmulas ordinarias del rezo cristiano.

Con frases sencillas y de verdadero sentimiento, desde lo íntimo de su corazon, clamaba para que no la abandonase nunca la fé cristiana, y la práctica de sus virtudes era el himno de accion de gracias que dirigia al cielo por las mercedes que la hacia.

Jamás habia abandonado el socorro de un infeliz por ir á la iglesia á rogar á Dios que la diese su proteccion en aquellos momentos.

Satisfaciendo el hambre del necesitado, y curando las dolencias del enfermo, cumplia fielmente los preceptos de la verdadera religion cristiana. Leyes eternas de la equidad social que Dios inculca al nacer á todas sus criaturas.

Con razon creia Adelaida que la práctica de los ejercicios piadosos no se limitaba á la veneracion de los santos, sino que consistia en imitar sus virtudes, para ensalzar de esa manera su gloria.

Tambien Eugenia pensaba del mismo modo que su amiga, y de rodillas á su lado alzaba al cielo sus hermosos ojos para rogar por la felicidad de sus queridos hermanos.

La desdichada huérfana, pálida y con visibles señales del hondo sufrimiento que la aquejaba, vestia de negro, y su rostro nacarado y bello parecia la blanca corola de la azucena, plegando sus pétalos en la oscuridad de la noche.

Eterna era la de su negro dolor, y aunque tenia un libro de devocion abierto en las manos, su distraccion era tal, que desde que entró en la capilla no habia vuelto una sola hoja.

Sor Clotilde, gozosa por ver tan próximo el momento de asegurar la felicidad de Adelaida, sonreia sin cesar mirando con ternura á la hija de su desgraciada amiga Margarita.

Mucho habia sufrido la virtuosa hermana de la Caridad al querer ataviar por sí propia á la jóven duquesa de Mont-Marsan, porque recordaba el momento en que la arrancó de los brazos de su madre; pero despues que llegaron al oratorio habia conseguido borrar de su mente el fatal recuerdo que tantos años envenenó su existencia.

El conde de San Fabian, sentado en un sillon de brazos, inmediato á la tribuna de la condesa, veia con envidia á los cuatro jóvenes alumbrantes, que continuaban arrodillados é inmóviles sobre la escalinata del presbiterio.

Por lo que el anciano señor habia oido contar del carácter alegre de Ventura, le sorprendia verle arrodillado con tanto fervor; y aunque semejante estrañeza no era fundada, sin embargo, preciso es confesar que cuantos conocian su vida se hubieran sorprendido al verle estar allí con una formalidad digna del mas devoto congregante del *Alumbrado y vela* del Santísimo.

Mendoza y Genaro no hubiesen causado admiracion á nadie, pues si bien es cierto que no era esa su ocupacion diaria, tenian sobrado talento para guardar el decoro y la compostura debida en las ceremonias religiosas.

Fernando, educado por don Lorenzo Vargas, y despues soldado del estandarte de la Vírgen de los Dolores, estaba demasiado práctico en esa clase de ejercicios piadosos, y nada tenia de estraño verle respetuoso y grave al pié del altar.

Sin embargo, habia en su fisonomía ciertas señales de recogimiento que le distinguian de sus compañeros, y que revelaban ser su posicion especial y distinta de las de los demás.

En la dulzura de sus facciones y en el éxtasis religioso de su mirada habia cierta analogía con el aspecto de la jóven duquesa de Mont-Marsan.

Una persona observadora que hubiese entrado allí sin antecedentes de ningun género, no habria podido menos de notar la perfecta simpatía de ambos.

Por otra parte, las miradas de las gentes que habia en el oratorio vagando desde la cándida hermosura de Adelaida al noble continente de Fernando, no dejaban duda de que ambos eran los héroes de aquel cuadro religioso y sublime.

Dos personajes muy importantes de nuestra historia faltaban en aquella augusta ceremonia.

El lector habrá adivinado ya quiénes son.

A ambos los tenia ausentes de allí una misma causa... La enfermedad de Cabezota.

Sin esta desgraciada circunstancia, ni el generoso bandido de la Sierra de Segura, ni el sábio doctor Espinosa, hubiesen faltado á acompañar á la víctima del Duende en la aurora de su felicidad.

Mas tranquila se hubiese acercado Adelaida á la sagrada mesa si hubiesen estado allí los instrumentos de que se valió el cielo para recompensar su fé y sus virtudes.

Pero el lector sabe por qué no era posible que sucediese así, y la jóven duquesa se resignó humilde con lo que habia dispuesto su segunda madre.

Por la misma razon se dejó vestir de blanco, recordando al verse en este traje la primera comunion á que asistió en el colegio, cuando aun vivia la mujer á quien nunca pudo saludar con el dulce nombre de madre.

Mientras duró la celebracion de la misa, continuó de rodillas entre sus dos amigas, y cuando llegó el momento de recibir la sagrada comunion se alzó en pié, y con los ojos bajos, llena de majestad y de dulzura, se dirigió hácia la escalinata del presbiterio.

En el último de los escalones habian puesto de antemano, dos criados de la condesa, un almohadon de terciopelo blanco recamado de oro, y sobre él hincó sus rodillas la modesta jóven.

Todas las miradas de los circunstantes se fijaron en ella, y las de sor Clotilde y Eugenia estaban nubladas por las lágrimas de gozo que vertian sus ojos.

El conde de San Fabian, no menos conmovido, se alzó en pié y se dirigió al altar, y recogiendo de las manos del sacristan una palmatoria de plata, con una vela encendida y un riquísimo paño de corporales, acompañó al celebrante á dar la comunion á Fernando y Adelaida.

Esta última, despues que hubo recibido la hostia sagrada, se alzó en pié y se volvió al sitio donde estaba anteriormente, con el propio recogimiento y la misma majestad que antes.

Sor Clotilde la cogió entonces una de sus manos, y se la besó con efusion, haciéndolo igualmente Eugenia, cuyo pálido semblante se cubrió de un ligero color rosado, sobre el cual parecian gotas de rocío las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

. . . . . .

La impertinente condesa de Baza seguia mientras tanto

gruñendo con su doncella, porque no habia dicho á los sacerdotes que fuesen á acompañarla á tomar chocolate despues de terminada la ceremonia.

—Pero, señora, —dijo doña Mónica incomodada, —¡si ya lo saben desde ayer!

—No importa.

—Además... ¡buena gente son ellos para que se les olvide! ¡Ya... ya!

—Mónica, no seas hereje... habla con mas respeto de los sacerdotes.

—Pues bien; ahora se lo diré cuando pongan de manifiesto á su Divina Majestad.

—No tal; ves ahora mismo, y espéralos en la sacristía... *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal...* Y díselo tambien al señor de Mendoza, y á don Genaro... y á don Venturita... *líbranos, Señor, de tanto mal...*

Y doña Mónica, aburrida, salió gruñendo de la tribuna, mientras su ama se quedaba diciendo:

—Haz lo que te mandan, y comerás con tu señora á la mesa... Y oye, infórmate de camino cómo sigue ese hombre, y díle al repostero que en cuanto rece la estacion se vaya á prepararlo todo... Si yo no estoy al cuidado... *Santo... Santo... Santo...*

La doncella de la condesa cumplió, á su pesar, los impertinentes encargos de su ama, menos el del repostero, que era escusado, porque ya él se habia tomado el permiso, retirándose antes de terminar la misa.

Los sacerdotes concluyeron la ceremonia, dejando espuesta á su Divina Majestad, en virtud del privilegio pontificio; y relevados los alumbrantes por cuatro empleados del palacio de Baza, se retiraron todas las gentes del oratorio, á escepcion de unas cuantas viejas, viudas de criados antiguos de la condesa.

Adelaida se alzó en pié, y al dirigirse hácia el interior del palacio con sus dos amigas y el conde de San Fabian,

muchos de los criados acudieron instintivamente á besarla la mano, siendo una de las personas que primero se presentaron la buena vieja María, que habia asistido á la capilla con permiso especial de la condesa.

¡Verdadero fenómeno en el estravagante orgullo aristocrático de esa señora!



CAPÍTULO CXXXII.

Ejercicios de caridad.

Pocas horas despues de terminada la sagrada ceremonia, y mientras la condesa aburria con sus impertinencias á los convidados, Adelaida, acompañada de sor Clotilde, salia del palacio de Baza.

Vestidas ambas modestamente, y con esa graciosa negligencia que parece el refinamiento de la coquetería en nuestras hermosas compatriotas, la jóven duquesa de Mont-Marsan vestia un traje de gró negro, cubriendo su cabeza con la airosa mantilla cerrada.

Pocas señoras la aventajaban en elegancia para llevar esa prenda característica de las españolas, y desde las primeras veces que la lució sobre sus hombros, cuando aun vivia la esposa de don Lorenzo, causó la admiracion de sus compañeras de colegio; pero en esta ocasion la llevaba con demasiada sencillez, y habia dejado caer el velo sobre su rostro.

Lo propio hizo sor Clotilde, y á pié, y cogidas del brazo, salieron del palacio, dirigiéndose á casa del doctor Espinosa para visitar á Cabezota.

Esta fué la primera accion con que la caritativa du-

quesa quiso solemnizar el dia de su matrimonio, cuya aurora la sorprendió arrodillada al pié del tribunal de la penitencia, preparándose con humildad á recibir el sagrado cuerpo del Salvador.

El hombre que el destino la habia deparado para unirse á él en santo é indisoluble lazo, no era indigno de unir su alma á la del Angel de la Caridad, y una prueba de la perfecta simpatía que habia de existir siempre entre sus corazones, fué la circunstancia de llegar Fernando á casa del doctor al mismo tiempo que las dos amigas.

Nada se habian dicho el uno al otro, y sin embargo, por distintos caminos, ambos realizaron á la vez el mismo generoso pensamiento.

A Fernando le acompañaba Genaro, y sin comunicar á nadie su resolucion, abandonaron el comedor de la condesa, donde quedó Mendoza sirviendo el desayuno á su amada, que, melancólica y triste, se esforzaba por sonreir, para pagar con un cumplido ceremonioso el profundo afecto que la profesaba aquel hombre.

Ventura, mientras tanto, obsequiaba con esquisita galantería á la condesa, y el conde de San Fabian entretenia con su conversacion á los sacerdotes de la capilla, á quienes doña Mónica habia llevado allí por encargo de la condesa.

Pero no es de nuestra incumbencia lo que pasa en ese sencillo festin, y si no tuviéramos otra razon que la de dejar á Mendoza saciando por primera vez su vista en la contemplacion de su adorada Eugenia, seria suficiente para que nos retirásemos de allí, deseosos de no turbar la entrevista con nuestra impertinente presencia.

Hay, además, otras razones de mas peso que nos obligan á llevar la pluma á otros lugares, y nadie estrañará que reputemos por una de las mas importantes la de acompañar á Adelaida en los breves momentos que le faltan para realizar el pensamiento constante de su vida.

Nuestra desdichada heroina solo vive para Fernando, y el dia en que vá á ser una la suerte de ambos, tenemos el deber de estar á su lado hasta dejar asegurada su felicidad.

La impaciencia de sor Clotilde nos impondria esa obligacion en caso contrario, y si penetrásemos en sus mas recónditos pensamientos, aun temeriamos que un acontecimiento imprevisto viniese á turbar esa dicha. Pero los temores de la superiora eran exagerados, y nada habia que los confirmára, ni aun que los hiciese probables.

El Duende, único móvil de todas las desgracias que habia sufrido Adelaida, seguia encerrado en la casa chica de Alcira, y su sobrino Enrique encargado de su custodia mientras Mendoza asistió á la capilla.

Nuestra atencion debe concentrarse ahora en la jóven duquesa, y difícilmente podríamos hacer otra cosa al contemplar su hermosísimo semblante, lleno de majestad y de dulzura, y brindando amparo y caridad á cuantos fijaban en él sus ojos.

El doctor Espinosa, avisado por sus criados de la llegada de las dos amigas, salió á recibirlas, saludándolas con el afecto de siempre, y anticipándose á decirlas:

—Ha pasado la noche con bastante tranquilidad, y ha dormido algunas horas.

—¿Y usted qué opina?—dijo Adelaida.

—Nada, señorita; despues del fenómeno de ayer, no puedo formar juicio alguno sobre el estado del enfermo... Mi pronóstico, sin embargo, es menos grave ya, á pesar de que no sé si se habrá cerrado la herida.

—¿Cree usted que vivirá?

—Yo deberia hacer á usted esa pregunta,—repuso el doctor sonriendo,—porque mi ciencia ha sido inútil en esta ocasion... Siempre he dado gran importancia á la influencia del alma sobre las dolencias físicas; pero en el caso presente me falta poco para proclamar el poder sobrenatural

confesando haber asistido como médico á la realizacion de un milagro.

—¿Y por qué no creerlo así?—dijo Adelaida.—¿Cree usted que Dios no es justo dando la vida al pobre Paco?

—Yo creo que Dios es justo siempre,—replicó Espinosa.

—Paco, arrepentido de sus pasados crímenes, debe vivir para alabar al Señor, que ha permitido su arrepentimiento.

La voz de Adelaida al pronunciar esas palabras conmovió de tal manera al doctor, que esclamó entusiasmado:

—¡Pues vivirá!

—¡Ah!... ¿Sí?

—Usted lo ha dicho.

—Yo no digo que vivirá, sino que deseo que viva.

—Pues bien, señorita; Dios no puede negar una gracia tan justa al mejor de sus ángeles sobre la tierra.

La vergüenza de Adelaida obligó al doctor á cambiar el tono de sus palabras, y disimulando el asombro de que se hallaba poseido, dijo sonriendo:

—Y bien, señorita; ya faltan pocas horas para que la demos á usted el título de señora, ¿no es cierto?

—Sí,—repuso Clotilde con alegría;—esta noche á las diez serán los desposorios en la capilla de casa... Supongo que el señor Espinosa no faltará á ratificar con su presencia el testimonio prestado.

—No, señora; á menos que el enfermo no tuviese alguna novedad... en cuyo caso...

—Se suspenderia mi matrimonio,—replicó Adelaida.

—No tal,—dijo sor Clotilde;—demasiado han hablado ya las señoras de nuestra sociedad, porque, ocupada en asistir á un hombre del pueblo, aun no te has presentado en sus aristocráticas reuniones.

—¿Y vale el desagrado de esas señoras mas que la vida de un hombre?—dijo Adelaida.

—No, hija mia; pero sin que ellas se enteren de nada, podrás asistirle... Afortunadamente, el futuro duque de Mont-Marsan no se opone á ello.

—No ciertamente,—dijo Fernando, que acababa de entrar allí cuando sor Clotilde le aludió con sus palabras;—no solamente no me opongo,—añadió con entusiasmo,—sino que si fuera necesario, rogaria á Adelaida que visitase frecuentemente al pobre Paco para darle la vida.

—Somos de una misma opinion,—dijo el doctor;—¿usted cree, como yo, que si Dios obra ese milagro lo hace por la intercesion de esta señorita?

—Sí, amigo mio; mi cariño hará sospechosas mis palabras; pero estoy persuadido de que no nos equivocamos al creer que ella es la sola persona que puede curar el cuerpo de esa alma que ha redimido con sus virtudes... Sus acciones y sus palabras han sido el misionero apostólico que ha iluminado al infiel, enseñándole la verdadera fé del cristianismo... Su presencia es el bautismo del nuevo creyente... Ese desgraciado simbolizó en Adelaida todas las verdades de la religion, y al reverenciarla y humillarse ante ella como en presencia de una imágen divina, confiesa y acata el poder de Dios.

Espinosa y Genaro prestaron su asentimiento á las palabras de Fernando, y Adelaida le miró ruborizada, pasando en seguida á ver á Cabezota, que dormia con un sueño, natural al parecer.

Sor Clotilde se alegró de que fuera así, y volvió á salir de la alcoba con Adelaida, rogando á Genaro y á su amigo que no las acompañáran adonde iban, y acercándose al doctor, le dijo en voz baja:

—Vamos á visitar al dorador y á la señorita enferma de los ojos.

—¿Solas?—repuso el doctor asombrado.

—Sí, solas,—replicó sor Clotilde.

—No hagan ustedes tal cosa, porque podria sucederlas

algun contratiempo... Entrar de ese modo en casas de gente desconocida es arriesgado... Valdria mas que dejasen ustedes esa visita para cuando la duquesa esté casada.

—No tal,—repuso Adelaida;—yo no estaré tranquila hasta que haya aliviado la desgracia de esas gentes.

—¿Y así se atavia usted para la boda?—replicó el doctor.—¡Los momentos que todas las señoritas destinan á su tocado, usted los vá á emplear en socorrer á los infelices! En vez de pasar el dia sobre la mullida alfombra del gabinete, vá usted á pisar el frio pavimento de las boardillas!... ¡Hoy, que debiera usted aspirar los aromáticos perfumes de las Gracias, vá usted á impregnar sus vestidos con los fétidos miasmas de la pobreza!... ¡Las manos que debieran entregarse á las doncellas para que las cubriesen de joyas, se ocupan en apartar los andrajosos vestidos del pobre para curar las llagas de la miseria!... ¡Ay! ¡El Angel de la Caridad, que ha recibido el pan de la Eucaristía de las manos del sacerdote, corre á llevar el pan de la limosna á los lábios del desvalido!... Corra usted, señorita... corra usted á predicar *la Fé* y *la Esperanza*, practicando *la Caridad* de una manera tan digna. ¡Dichoso el hombre que vá á unir su destino al del ángel benéfico que Dios ha enviado al mundo como una muestra de su infinito poder!...

Y abrazando á Fernando, que estaba conmovido con las palabras del doctor, añadió:

—¡Dichoso usted que ha encontrado al ángel de su guarda!...

. . . . . .

Sor Clotilde y Adelaida salieron de casa del doctor Espinosa, desde donde se dirigieron á la del dorador de metales.

Fernando y Genaro, avisados por Espinosa del objeto de aquella escapada, y despues de haberlo convenido así entre todos ellos, siguieron de lejos á las dos amigas, sin que ellas se apercibiesen de que las seguian.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPÍTULO CXXXVI.

Beneficencia domiciliaria.

La casa señalada con el número 37 de la calle del Ave-María no es de pobre aspecto como muchas otras de las que forman la miserable Plazuela de Lavapiés, situada al estremo de dicha calle.

Es de cuatro pisos, y aunque la fachada está algo súcia, la perfecta regularidad de sus veinticuatro balcones la hace aparecer agradable á la vista.

Sin embargo, la humildad de la ropa blanca que se vé estendida en esos balcones no deja duda de que las gentes que allí viven pertenecen á la clase menesterosa, y fácilmente se adivina que aquellas ventanas están repartidas por partes iguales entre veinticuatro inquilinos. Agregados á estos los que viven en los cuartos interiores, en el patio y en las boardillas, forman un total de cuarenta vecinos.

Pero no es de nuestra incumbencia examinar esa poblacion encerrada en 2.500 piés superficiales, y solo nos cumple acompañar á las dos caritativas señoras, que, sin aper-

cibirse del seguimiento de Fernando y de Genaro, entraron en dicha calle por la de la Magdalena.

Sor Clotilde se paró asustada al ver un portal estrecho, largo, oscuro y lleno de lodo; alzó la cabeza para convencerse de que aquella era la casa en que les habia dicho el dorador de metales que ocupaba una boardilla, y dudó si deberia aconsejar á la duquesa que desistiera de su propósito.

Pero esta, no menos sobrecogida que su amiga, habia puesto el pié en el súcio pavimento del portal, y entró resuelta á ganar la escalera, alzando el velo que hasta entonces habia cubierto su rostro.

La superiora se animó á seguirla, y ambas subieron 98 torcidos y súcios escalones, á cuyo estremo hallaron un pasillo estrecho y lóbrego, en el que difícilmente, y solo por uno de los lados, se podia andar con la cabeza erguida.

Las seis puertas pequeñas que habia en ese corredor estaban entreabiertas, y á la que daba frente á la escalera se acercó sor Clotilde, golpeando suavemente sus débiles tablas.

—Adelante, —dijo una voz enfermiza y escasa.

—Manrique el dorador, ¿dónde vive? —preguntó sor Clotilde sin pasar el umbral de la puerta.

—En la boardilla del rincon, —respondió la voz.

Y antes de que las dos señoras se volviesen para buscar la habitacion del dorador, salió un niño al corredor, gritando:

—¡Padre!... ¡Padre!... Aquí le buscan á usted unas señoras.

Y el niño volvió á entrar en la boardilla del dorador, seguido de la duquesa y de sor Clotilde.

El hermano de la marquesa de Santa Rita estaba tendido en un colchon sobre el suelo, y á su lado tenia un niño pequeño dormido.

Cuando vió entrar á las dos señoras su rostro se tiñó con el vivísimo carmin de la vergüenza del hombre honrado y laborioso que considera la miseria como un delito.

Quiso incorporarse, pero no pudo, y Adelaida le suplicó que no lo hiciera, tomando asiento con sor Clotilde en las dos únicas sillas que habia en aquella miserable vivienda, cuyo mueblaje se reducia á un escaso ajuar de cocina sin fuego, dos colchones, algunas herramientas del oficio de dorador, y un cesto de costura.

—¿Por qué han venido ustedes aquí?—dijo el dorador, avergonzado y confuso.—Esta habitacion es indigna de señoras tan principales.

—Esta habitacion,—replicó sor Clotilde,—es la de un hombre laborioso y honrado.

—¡Laborioso!—gritó con voz ronca el dorador.—No tal, yo no puedo trabajar... Esta noche he querido dorar una botonadura, y antes de concluirla he caido al suelo con un temblor que me mata.

—El médico le ha prohibido á usted el trabajo,—dijo Adelaida.

—¿Y quién me manda dejar que se mueran de hambre mis hijos y mi esposa?—repuso el dorador con amargura.

—¿Dónde está?—preguntó Adelaida.

—Mas afortunada que yo, mi pobre Marta habia concluido ayer dos cuellos bordados, y ha salido á venderlos... Si halla quien se los compre, por la cuarta parte de su valor tal vez... entonces...

—¡Dios mio!—esclamó Adelaida.

Y se volvió hácia sor Clotilde, que la dijo en voz baja:

—Es preciso esperar á que vuelva... Con ella nos será fácil entendernos, porque no rehusará nuestra limosna.

—¡Pero estas gentes necesitan algo mas que dinero!—dijo Adelaida, hablando con sor Clotilde.

—Necesitan habitacion y una persona que asista al marido: pues bien; todo eso tendrán.

Adelaida se tranquilizó con las palabras de sor Clotilde, y queriendo distraer la pena del dorador mientras volvia su esposa, dijo:

—¿Quién vive en esa boardilla donde hemos preguntado por usted?

—Dos hermanas... ó mejor dicho, una,—repuso el dorador,—porque la otra morirá de un momento á otro.

—Nadie ha salido á la puerta... Desde dentro nos ha respondido una voz muy débil... ¿Será tal vez la de la pobre enferma?

—Sí, señora; es una pobre niña de quince años que se muere de hambre.

—¡De hambre!—gritaron á la vez sor Clotilde y Adelaida, alzándose de su asiento con espanto.

—No se incomoden ustedes,—repuso el dorador;—es inútil que vayan á ofrecerla nada... ¡Ya es tarde!... Se morirá.

—¡Oh, no! Aun será tiempo de salvarla.

—A su hermana, tal vez... pero para la pobre Lucía ya no hay remedio... Cuando necesitaba nutricion y alimento ha pasado muchos dias sin probar bocado, y muere tísica.

—¡Infeliz!—gritó Adelaida, corriendo hácia la puerta.

—Cuando venga Marta,—dijo el dorador,—las acompañará á ustedes á su habitacion; pero yo las aconsejo que no vayan, porque dá pena el verla... Blanca como la cera, de sus hermosas facciones no ha quedado otra cosa sino unos ojos grandes y azules; y cuando en sus pálidos lábios se oye una palabra, siempre parece que ha de ser la última... El médico de la diputacion se despidió hace cinco dias, y dijo que moriria hablando, y que le avisáran cuando hubiese muerto.

—¿Y su hermana?... ¿Dónde estará?

—Habrá ido á rogar al casero que no la venda los muebles hasta que muera Lucía, y á darle en prendas un reli-

cario de oro que las dejó al morir su madre. ¡Si vieran ustedes cuántas lágrimas derramó la infeliz sobre esa alhaja antes de desprenderse de ella!...

Adelaida se volvió á sentar angustiada con lo que decia el dorador, y éste, impaciente por la tardanza de su esposa, pasó la mano por la frente del mayor de sus hijos, diciéndole:

—Hijo mio, mucho tarda tu madre.

—No tenga usted cuidado, padre, que ya vendrá, —replicó el niño, cuya edad seria apenas la de cinco años.

Y despues de algunos momentos de silencio, que acrecieron la impaciencia del dorador, se oyeron pisadas en el pasillo de las boardillas.

A la puerta de la en que estaban sor Clotilde y Adelaida se oyó una voz suave y dulce, que dijo:

—¿Se puede pasar?

—Adelante, vecinita, —replicó el dorador.

Y volviéndose á las dos amigas, añadió en voz baja:

—Esta es la jóven de quien hablaba á ustedes.

La hermana de Lucía, vestida pobremente, pero con estremado aseo, entró en la boardilla, y al ver á los huéspedes del dorador se detuvo, cubriendo su hermoso semblante con el rubor de la vergüenza.

—Dispénsenme ustedes,—dijo con voz entrecortada:—creí que estaba...

—¿Solo?... ¿No es cierto?...—repuso el dorador.—Pues haga usted cuenta que lo estoy; estas señoras son muy amables y muy buenas, y ahora querian ir á visitar á la pobre Lucía.

—¿A mi hermana?—dijo la jóven sorprendida.

—Sí, señorita, —repuso sor Clotilde;—hemos sabido que está enferma...

—¡Está deshauciada! —gritó la jóven.

—Bien, eso no importa,—dijo Adelaida;—no desconfiemos de la la misericordia Divina...

—Pero ustedes... yo no tengo el gusto de conocerlas...

—Una persona,—interrumpió Adelaida,—consagrada á la asistencia de los enfermos, nos envia para que visitemos á esa señorita.

—¿El nombre de esa persona?—esclamó la jóven.

Adelaida se quedó turbada, sin saber qué contestar, y el dorador dijo:

—¡Esa persona es el Angel de la Caridad!

—¡Gracias, Dios mio!... Gracias...—murmuró la jóven.

—Y acercándose á Adelaida, la dijo en voz baja:

—Señorita, puesto que el Angel de la Caridad ha querido que venga usted á visitarnos en este momento, dígnese usted amparar á este infeliz padre, cuya desgracia es hoy mas horrible que nunca...

—Lo sé,—repuso Adelaida,—y desde hoy cesará su miseria... Pero ocupémonos de salvar la vida á la pobre Lucía; vamos á verla.

—Hagamos primero la felicidad de estos pobres niños,—dijo la jóven.—Salvemos á su madre.

—¡Su madre!...—dijo Adelaida.—¿Pues qué la ocurre?

—Una desgracia atroz,—repuso la jóven.—Volvia la pobre Marta á su casa, loca de alegría, porque habia podido comprar pan para sus hijos, cuando un alguacil la agarró del brazo para conducirla á San Bernardino.

—¡Dios mio!... ¿Y ella?

—Se resistió... pidió que la acompañasen á su casa, juró que no habia pedido limosna á nadie, y sin embargo... la han llevado á la fuerza como á una miserable pordiosera.

—¿Usted la ha visto?

—Sí, señora; la han cogido en esta misma calle, y me ha suplicado que venga á su casa; pero que no le diga á su esposo lo que ocurre.

—¡Infeliz!... ¿Y qué podremos hacer para sacarla de allí?

—El alguacil la dijo que tenia que presentar un fiador, y pagar veinte reales.

Sor Clotilde y Adelaida se horrorizaron al oir la relacion de la jóven, que continuó diciendo:

—Yo he hablado al prestamista del piso principal, y me ha dicho que no puede hacer nada por ella, y que vá á subir á recoger los pocos muebles que tienen antes de que los embargue la justicia, porque le deben dos pesetas de los réditos de cuarenta reales que les prestó por un mes, y que le han pagado ya...

El dorador se impacientaba por la tardanza de su esposa, y dirigiéndose á la jóven, la dijo:

—¿Ha estado usted en la plazuela?

—Sí, señor.

—¿Y no ha visto usted á Marta?

La jóven no supo qué responder, y el dorador repitió sobresaltado, pero sin poderse incorporar sobre el colchon:

—¿Y Marta?... ¿Dónde está Marta?

—Tranquilícese usted, amigo,—dijo sor Clotilde,—que ya vendrá.

—¡Oh! No... ¡Por piedad! Díganme ustedes lo que ocurre. Ustedes hablaban de ella... lo he oido... y esa turbacion... ese silencio, me dice que ha sucedido algo á mi pobre esposa... ¿Qué ocurre?... Quiero saberlo...

El dorador hizo un esfuerzo violento, y se puso en pié, asustando con sus convulsivos movimientos á las dos amigas, que en vano procuraron calmarle, hasta que se vieron obligadas á decirle lo que ocurria.

Entonces se dirigió frenético hácia la puerta, á la que tuvo precision de agarrarse para no dar en tierra con su cuerpo.

Una maldicion iba á salir de sus lábios, cuando el mayor de sus hijos le abrazó las rodillas llorando y diciéndole:

—No salga usted, padre; que ya volverá pronto mamá.

El dorador se cubrió el rostro con ambas manos, y re-

tirando el cabello que caia sobre su frente, abrió los ojos con espanto, y dijo:

—¡Qué sospecha!... ¡Dios mio!... ¡Es ella! ¡Sí, es ella la que habrá hecho prender á mi pobre Marta!

Y volviéndose á la jóven, añadió con tono de súplica:

—Acompáñeme usted, por piedad, á la calle de la Reina... ¡Marta no está en San Bernardino!—gritó con acento terrible.

—No... ¡Estoy aquí, esposo mio!—gritó desde la escalera una voz argentina y clara.

—¡Marta!—gritó el dorador, y dejó caer los brazos sobre el cuello de su jóven esposa, mientras el niño acariciaba las rodillas de ambos.

Sor Clotilde y Adelaida sentian una alegría estraordinaria con la inesperada vuelta de la jóven esposa, y esta se desprendió de los brazos del dorador, para arrodillarse delante de Adelaida y besarla la mano, diciéndola:

—¿Es un sueño, Dios mio, ó es realidad lo que me ocurre?

Adelaida, avergonzada, la alzó á sus brazos y la besó en la frente, y todos estaban sorprendidos sin saber qué pensar de aquella escena.

Pero Marta comprendió la admiracion de su esposo y de su amiga, y dirigiéndose á esta última, la dijo:

—Usted estará sorprendida de verme en libertad... ¿no es cierto?

—Sí tal... Yo iba á buscar ahora el dinero que pidió el alguacil y un fiador para sacar á usted del Hospicio.

—Pues no es necesario nada de eso ya... El Angel de la Caridad se me ha aparecido hace un momento, y me ha librado de las garras del alguacil...

—¿El Angel de la Caridad?—dijo el dorador sorprendido.

—Sí, amigo mio... Pretestando haberme visto pedir una limosna, y acusándome de pordiosera, un alguacil me

agarró violentamente del brazo, y me llevó á casa del celador; allí me recogieron el pan que habia comprado para nuestros hijos, y me obligaron á que dijese mi nombre. Lo hice, pidiéndoles con las lágrimas en los ojos que viniesen á informarse de que era verdad que vivia aquí, y no quisieron hacerme caso... El alguacil dijo que él tenia obligacion de entregar dos pobres cada dia, y que no podia dejar de llevarme á San Bernardino... Todas mis súplicas fueron inútiles... Cubierta de vergüenza, me llevó por esta misma calle, y al pasar la puerta le volví á rogar en vano que subiese conmigo... No quiso hacerlo, y dos caballeros que estaban en la esquina nos siguieron de lejos, y al llegar á la calle de la Magdalena se acercaron al alguacil, le dijeron una palabra al oido, le pusieron una moneda en la mano, y me dió libertad.

—¿Dos caballeros?—dijo la jóven, sorprendida.—¡Serán los que yo he visto en la calle!

—¿Usted los ha visto?—preguntó el dorador á la vecina.

—Sí.

—¿Y qué señas tienen?

—No he reparado.

—No son los que tú crees,—repuso Marta, adivinando lo que pensaba su marido.—Yo les dí gracias, y les pregunté sus nombres para bendecirlos... pero ellos me replicaron que diese gracias al Angel de la Caridad.

—¿Por eso te has arrodillado á los piés de esta señorita?—dijo el dorador.

—Sí,—repuso Marta,—porque esos caballeros me añadieron que el ángel, en cuyo nombre me habian dado la libertad, estaba en una boardilla de esta casa.

—Nos han venido siguiendo,—dijo sor Clotilde á Adelaida.

—Me alegro,—repuso esta;—así nos ayudarán á consolar á estos infelices, y á sacarles de aquí cuanto antes.

Y dirigiéndose á la vecina del dorador, la rogó que la acompañára á ver á su hermana, mientras sor Clotilde quedaba en la habitacion del hermano de la marquesa de Santa Rita, rogándole que aceptára los socorros necesarios para mejorar su triste situacion.

El dorador habia quedado aturdido con el suceso de su esposa, y por mas que hallaba muy natural el atropello del alguacil y la intervencion de los dos caballeros, aun le parecia que la marquesa de Santa Rita no era estraña á aquel lance.

La convulsion le obligó á reclinarse de nuevo sobre el lecho, y mientras Adelaida visitaba á la moribunda Lucía, acompañada de la hermana de esta, sor Clotilde pensaba en la mejor manera de obligar á la esposa del dorador á que aceptase los socorros pecuniarios que venia á ofrecerla.

—Amiga mia,—la dijo, cogiéndola cariñosamente las manos:—¡qué afortunadas hemos sido la duquesa y yo en conocer á ustedes!

—Para colmarnos de mercedes,—repuso Marta.

—Tanto como eso no; pero para recompensar la honradez y la laboriosidad de ustedes... para ayudarles á salir de la miseria en que hoy viven, y para que, restablecida la salud de nuestro artista, pueda consagrar sus fuerzas á otros trabajos menos penosos.

—El consuelo que nos dieron ustedes cuando fuimos á visitar al doctor Espinosa, y lo que hoy han hecho por mí esos caballeros, no podremos pagarlo nunca ni mi esposo ni yo.

—Pues por ahora,—repuso sor Clotilde riendo,—no venimos á cobrarlo, sino á añadir, por el contrario, nuevas partidas á la cuenta.

—No comprendo.

—Venimos,—añadió sor Clotilde,—á que abandonen ustedes esta vivienda, en la que tienen tantos recuer-

dos de sus desgracias, y á que, aceptando una modesta pension que les señala la duquesa de Mont-Marsan...

—¡Imposible!...—gritó el dorador.

—Permítame usted que concluya de hablar,—dijo sor Clotilde.

—Yo no admito otro dinero sino el que me dan en cambio de mi trabajo.

—Pues de eso se trata.

—¿De darme trabajo?

—Sí.

—El dorador se incorporó sobre el lecho con semblante gozoso, y sor Clotilde añadió:

—Si yo hubiese empezado por decirle á usted que le iba á señalar un jornal de veinte reales diarios, me habria usted replicado, con razon, que no estaba en estado de poder trabajar...

—¡Ah!... No... ¡Eso no!... Yo estoy fuerte para el trabajo.

—Un dia, dos, una semana tal vez; pero luego se agravaria la enfermedad que hoy padece, y en vez de recibir el dinero en cambio del trabajo, habria usted dado por él la vida.

—¡La vida!...—esclamó Marta.—¡Qué horror!...

—Nuestro amigo Espinosa,—continuó sor Clotilde,—ha ofrecido curar á usted, siempre que abandone el trabajo por algun tiempo, y como padre de familia, no tiene usted siquiera el derecho de dudar en este punto.

—¡Verdad es!...—dijo el dorador con amargura.—¡Debo vivir para ver á mis hijos morirse de hambre, ó recibir un pedazo de pan de limosna!

—¿Usted no ha dado nunca ese pan de limosna?

—¡Ah, sí!... ¡Le he dado muchas veces... pero no lo he mendigado jamás!

—¡Por orgullo!—dijo sor Clotilde.

—Por dignidad,—replicó el dorador,—por respeto á

la sociedad, por no envilecerme á los ojos del Sér Supremo, que nos mandó al mundo para que ganásemos el pan con el sudor de nuestro cuerpo.

—La limosna no envilece nunca al que la recibe... Dios la recomendó á todas sus criaturas, y mendigó sobre la tierra el pan de la caridad y el techo hospitalario.

—Lo sé muy bien, señora; pero ese mismo Dios que amó la pobreza, predicó el trabajo y maldijo á los que pasan la vida en la ociosidad... Yo no puedo vivir á costa de nadie.

—Ni yo lo quiero tampoco,—dijo sor Clotilde;—y lo que ahora vengo á ofrecer á usted, no es una limosna, sino una recompensa.

—¿Y de qué?... Yo nada he hecho.

—¿Le parece á usted poco conservarse honrado y laborioso en medio de sus desgracias? ¿Cree usted que la sociedad debe recompensar del mismo modo al indivíduo que respeta y cumple sus leyes, que al que rasga todos los pactos sociales?...

—Verdad es; pero esas recompensas no existen.

—Está usted en un error, amigo mio, y pronto podrá usted convencerse de lo contrario. La jóven duquesa de Mont-Marsan...

—¡El Angel de la Caridad!...—replicó la esposa del dorador.

—Llámela usted como quiera,—continuó sor Clotilde.—Adelaida ha destinado una gran parte de sus rentas para recompensar las virtudes de las gentes honradas, ayudándolas en sus necesidades... Pero como esto, que no es otra cosa sino una limosna, podria ser mas ó menos útil, segun la manera de distribuir esas rentas, ayudadas del doctor Espinosa, la duquesa y yo, nos ocupamos de socorrer las necesidades... ¿Ha comprendido usted ahora lo que yo le propongo?

—Sí, señora... y sin embargo...

—¿Qué?

—No puedo aceptar esa limosna.

—¡Se ha empeñado usted en darle ese nombre!...

—No tiene otro.

—Pues bien, sea lo que usted quiera; lo que nosotras venimos á ofrecerle no es un pedazo de pan por caridad, sino lo que mas tarde tendria que reclamar su misma esposa. Si por un esceso de trabajo, ó por la falta de sustento, la convulsion le tuviera postrado en la cama un dia y otro, Marta se veria obligada á pedir para su marido una plaza en el hospital.

—¡Dios mio!—gritó Marta estremecida.

Y el dorador dió un sacudimiento con todo su cuerpo.

—Les estremece á ustedes la idea de ir á un hospital... ¿no es cierto?

—¡Sí, señora,—repuso Marta,—y Dios sabe que no es por orgullo!... Si allí me dejáran asistir á mi esposo, y tener á su lado á nuestros hijos, nada me importaria que le llevasen al hospital...

—Pues bien,—dijo sor Clotilde,—lo que hoy practica la duquesa no es otra cosa sino la *hospitalidad domiciliaria*. No son ustedes los únicos á quienes horroriza la idea de mendigar la asistencia de los hospitales... otras muchas gentes piensan del mismo modo, y faltos de recursos para curarse en sus propias casas, cuando van al hospital el mal ha hecho ya grandes progresos... Y si despues de no poco trabajo consiguen que la beneficencia parroquial les haga asistir gratuitamente por un médico, este tiene que limitar sus prescripciones á las escasas facultades del enfermo...

—Tiene usted razon,—repuso Marta;—á la pobre Lucía la asistió el médico de la diputacion, y su hermana, como es tan buena, vendió la manta de su cama para comprarla una medicina muy cara... Pero ha dejado de hacer muchos remedios por ser demasiado caros, y no tener alhajas que empeñar ó vender.

—Eso sucede con mucha frecuencia, por desgracia,—repuso sor Clotilde,—y su marido de usted parece ignorarlo al negarse tan obstinadamente á admitir los auxilios que hoy le ofrecemos... ¡Preferirá sin duda que las limosnas de la duquesa sirvan para sustentar la vagancia de los mendigos que salen á la calle á hacer gala de su indigencia!

—No tal,—replicó el dorador;—y en las escasas limosnas que yo he hecho, siempre he procurado todo lo contrario.

—¿Y quiere usted privarnos á nosotras de hacer lo propio?... ¿Quiere usted que despues de habernos deparado la Providencia la ocasion de conocer su desgracia, le dejemos en ella para buscar otra ignorada, y que tal vez no sea verdadera?

—La mia es muy grande; pero las hay mayores aun.

—Las rentas de la duquesa son muchas, y usted nos hará el obsequio de señalarnos algunas de esas miserias.

—Así lo haré.

—Pero será preciso que dé usted el ejemplo aceptando lo que hoy le ofrecemos... usted sabe que teniamos á nuestra disposicion cien medios indirectos para obligarle á aceptar una suma cualquiera sin que supiese nunca su orígen; pero hemos preferido hacerlo directamente... Usted no podria, ó no se negaria seguramente á aceptar una manda que le hiciese una persona cualquiera: pues bien; aun eso no puede compararse con nuestra oferta. Aquello pareceria una limosna; esto no puede serlo nunca. Se trata únicamente de contribuir á salvarle la vida, para que pueda atender con holgura al sustento de su familia... La duquesa es hoy para usted un monte de piedad, que le abre un crédito reintegrable.

El dorador bajó la cabeza avergonzado, como si se resignára á aceptar la limosna que le ofrecia sor Clotilde, y esta, hablando aparte con Marta, la dijo:

—No pierda usted tiempo en trasladar á su esposo á otra habitacion mas baja y mas cómoda, amueblándola con todo lo necesario, para que el doctor pueda emprender su curacion completa.

—¿Cree usted que la conseguirá?—dijo Marta.

—Así me lo ha ofrecido,—repuso sor Clotilde.

Y siguió hablando en voz baja, mientras el hermano de la marquesa de Santa Rita enjugaba las lágrimas que corrian por sus mejillas.

Adelaida volvió allí acompañada de la hermana de Lucía, despues de haber consolado á esta, y de haber hecho con ellas lo que sor Clotilde con el dorador.

Con la sola diferencia de que Adelaida luchó menos con las dos hermanas, porque las fascinó de tal manera desde que la vieron, que apenas osaron rehusar lo que no habrian aceptado de ninguna otra persona.

Marta la besó la mano con el mayor respeto, y Adelaida la abrazó como lo habia hecho ya con la hermana de Lucía, despidiéndose de ambas hasta el dia siguiente.

Pero antes que salieran de la boardilla del dorador llegó allí un hombre como de cincuenta años, seco, mal encarado, vestido con miserable economía, y de mirar receloso y asustadizo.

Era el prestamista del piso principal, que, temeroso de que la justicia embargára los muebles del dorador, subia á cobrar ocho reales que le debian.

—Embustera,—fué el saludo que dirigió á la hermana de Lucía,—¿por qué me dijiste que habian llevado á San Bernardino á la señora Marta!... ¿Queriais estafarme entre las dos?... ¡Bribonas!

—¡Villano!—gritó el dorador, haciendo un desesperado esfuerzo para correr hácia el prestamista.

—¡Hola! ¿Esas tenemos?... Vengan mis dos pesetas, ó llamo al alcalde de barrio.

El alcalde de barrio era entonces, y hoy lo es el cela-

dor de policía, una especie de autoridad única y suprema para esa clase de gentes; estos delegados de escalera abajo tienen al efecto una especie de código verbal, con el que sustancian *ipso facto*, esos pleitos caseros.

Marta, que habia recibido un bolsillo lleno de oro, corrió á pagar al prestamista, pero ya lo habia hecho sor Clotilde poniéndole una moneda de veinte reales en la mano.

—¿Será falso?...—dijo el prestamista, examinando el duro.

Y guardándole en el bolsillo, añadió:

—Mucho escasea la calderilla; perderá usted algo en el cambio.

—Guárdelo usted,—dijo sor Clotilde sonriendo, á pesar del miedo que á todas les habia causado aquel hombre.

—¡Esto no obsta para que cuando á ustedes se les ofrezca alguna cosa!...—dijo el prestamista, dirigiéndose al dorador.

Y fijando su vista en el grueso brillante que lucia sor Clotilde en la mano izquierda, esclamó:

—¡Qué buenas parroquianas!... ¿Quiénes serán estas señoras? Bueno será hablarlas en la escalera y ofrecerlas la casa, por si algun dia no las dá el marido todo lo que se les antoje, y quieren empeñar alguna alhaja para socorrer al querido.

Hízolo tal cual lo habia pensado, y al verlas pasar por delante de su puerta las dijo con voz misteriosa.

—Peseta por duro al mes sobre alhajas de oro y plata; tengo dos mil duros disponibles.

Sin atender siquiera á lo que las decia aquel hombre llegaron al portal, de donde, al sentirlas bajar por las escaleras, salieron precipitadamente Fernando y Genaro.

CAPITULO CXXXIV.

Marcela y su madre.

Desde la calle del Ave-María volvieron nuestras dos amigas á cruzar la poblacion, y entrando en la Plazuela del Rey por la calle de Alcalá, siguieron por la del Barquillo hasta la del Sauco.

No es la primera vez que los personajes de esta historia nos han llevado á la citada calle; pero ahora nos apresuraremos á decir, que ni sor Clotilde, ni Adelaida sabian que viviese allí la Peregrina, mujer á quien no conocian sino de nombre, ni la casa en que entraron era la señalada con el número 5, sino la inmediata.

Su objeto era visitar á Marcela, la jóven enferma de los ojos, cuya habitacion les habia sido indicada por el doctor Espinosa.

Fernando y Genaro, que las habian seguido á larga distancia, se alarmaron al verlas entrar en la calle del Sauco, y corrieron para darlas alcance; pero cuando llegaron ya era tarde, y las dos amigas habian desaparecido á su vista.

La puerta de la casa número 5 estaba cerrada como de costumbre, y la cadena de la campana, que pendia al lado derecho en perfecto reposo, indicaba que nadie se habia acercado á moverla.

Por otra parte, la ventaja que sor Clotilde y Adelaida llevaban á los dos amigos no era suficiente para que hubiesen podido ocultarse en aquella casa, á no haber hallado franca la entrada.

Esta observacion les tranquilizó algun tanto, y pasaron de largo hasta la esquina para observar desde allí si alcanzaban á verlas por algun punto.

Pero todo fué inútil; sor Clotilde y Adelaida subian mientras tanto la modesta y corta escalera de la casa contígua á la de la Peregrina, que solo tenia un piso de dos estrechos balcones.

Espinosa las habia dicho que Marcela vivia en el cuarto principal, pero se habia olvidado de añadir que era interior, y sor Clotilde llamó á la puerta principal, en la que se abrió un ventanillo, y se oyó una voz de mujer que les preguntó á quién buscaban; y cuando lo supo, respondió, con malos modos por cierto, que en la otra puerta.

A ella se llegaron las dos amigas, despues de dar las gracias á la mujer, que cerró el ventanillo gruñendo, y entraron en la habitacion de Marcela, que se componia de tres piezas pequeñas: la sala, una alcoba y la cocina.

La niña, que salió á abrir la puerta, las recibió sorprendida, y corrió á la sala gritando:

—¡Aquí están!... ¡Marcela!... ¡Aquí están!... Dáme el cuarto.

Marcela, vestida con el mismo traje con que se presentó en casa del doctor, tenia libre su hermoso semblante de la pantalla de tafetan verde, y estaba sentada junto á una pequeña ventana, que recibia la luz del jardin de la Peregrina.

A su izquierda tenia un cesto de labor lleno de ropa blanca, y á su derecha estaba sentada una señora, de edad como de cuarenta y cinco años, de rostro gracioso y de mirada majestuosa y digna.

Esta señora era la madre de Marcela y de la niña que

entró en la sala guiando á las dos amigas, y sin dejar de gritar:

—Dáme el cuarto, Marcela, que yo he ganado.

—Calla,—niña, dijeron á la vez la madre y Marcela, levantándose esta de su asiento al oir la voz de sus huéspedas.

Adelaida la rogó que no se incomodára, y Marcela mandó á la niña que acercára dos sillas para que se sentáran las dos amigas, y las dijo:

—Señoras, estoy asombrada de la escesiva bondad de ustedes en haberse tomado la pena de venir á visitarme.

—¿No habria usted hecho lo mismo con nosotras si hubiésemos sido las enfermas?—dijo Adelaida.

—Es diferente,—replicó Marcela.—Ustedes son unas señoras... mientras que nosotras...

La madre bajó los ojos ruborizada, y sin moverse de su asiento, dijo:

—Despues de las alabanzas que Marcela me hizo de ustedes cuando tuvo el gusto de verlas en casa del señor Espinosa... porque supongo,—añadió, volviendo la cabeza hácia su hija,—que estas señoras son...

—Sí, mamá, estas señoras son los Angeles de la Caridad.

—Por Dios, señorita, no nos llame usted así,—dijo Adelaida con su acostumbrada modestia.

—¿Por qué no?... El doctor me presentó á ustedes con ese título.

—Espinosa es demasiado bueno... pero mi nombre es Adelaida, y así quiero que ustedes me llamen.

—Como usted guste, duquesa,—repuso la madre de Marcela con intencion de hacer conocer á Adelaida que sabia perfectamente quiénes eran las personas que acababa de recibir en su casa.

Luego las rogó que la dispensáran el que no se hubiese alzado en pié al verlas entrar, porque sufria una paralísis

en las piernas, declarada incurable por los médicos, y que no la permitia moverse de la silla hacia cinco años. Sus hijas la llevaban en brazos á la cama, y la sacaban de ella del mismo modo.

Sor Clotilde recordó al entrar allí lo que la niña les habia indicado en casa del doctor acerca de la riqueza de su padre, y como dice el vulgo, no se la cocia el pan en el cuerpo hasta averiguar el misterio que encerraban las palabras de la niña.

Era indudable que el orígen de esa familia y su educacion habian sido esmerados; el aseo de su *modesta miseria*, permítasenos la frase, y la nobleza de sus sentimientos, lo revelaban así.

La causa de su empobrecimiento habria sido la revolucion tal vez; ¿pero cómo esplicar la miseria en que vivian Marcela y su madre con el lujo y la riqueza del jefe de la familia?

El lector sabe que sor Clotilde pecaba un tanto de curiosa, y habia guardado silencio desde que entró allí, porque pensaba en la manera mejor de averiguar lo que deseaba saber.

La niña se anticipó á sus proyectos instando á su hermana para que la diese un cuarto, y viendo que nada conseguia, se acercó á Adelaida, y la dijo:

—Mire usted, señorita, habia apostado un cuarto con Marcela, ella á que ustedes no venian, y yo á que sí... y ahora que he ganado, no me lo quiere dar.

—Toma, hija mia,—dijo sor Clotilde, abriendo un bolsillo de seda verde, y dando á la niña un doblon de á cuatro.

La niña alargó la mano para recoger la moneda; pero la retiró al punto, y mirando á su madre con sobresalto, dijo con voz muy débil:

—Muchas gracias...

—Toma, hija mia, toma,—repuso sor Clotilde.

Y la niña se iba acercando seducida por el brillo del oro, cuando su madre la gritó:

—¡Pepa!... ¡Cómo se entiende!... Dispensen ustedes, señoras, —añadió, volviéndose con semblante altivo hácia sor Clotilde.—¡No es esa la educacion que ha recibido!

—¡Pobrecita!—repuso sor Clotilde, acariciando á la niña;—déjela usted que tome esta moneda, y perdóneme usted el que me haya atrevido á ofrecérsela... Mi intencion no ha sido...

—Lo sé muy bien, señora; mi hija me dijo la estremada distincion que merecieron á ustedes en casa del doctor; pero ella y yo sentimos mucho el que la niña se escediera en hablar censurando las acciones de su madre.

La señora tomó un aspecto altivo, mezclado de cierto sentimentalismo que revelaba á la vez un fondo de orgullo y de amargura, difícil de esplicar.

Sor Clotilde aprovechó esta ocasion, primera que se le ofrecia para empezar sus indagaciones, y dijo:

—Dispénseme usted, señora, pero la han informado mal; esta niña habló con mucho respeto de usted... y de su padre.

—¡Su padre!—gritó sobresaltada la madre de Marcela.—¿Usted le conoce?

—No tengo ese gusto,—repuso sor Clotilde.

La señora hizo un gesto de satisfaccion al oir que sor Clotilde ignoraba quién era el padre de sus hijas, y Marcela, que sabia cuánto sufria su madre al hablar de este asunto, se dirigió á Adelaida, y la dijo:

—¿Cómo sigue el señor Espinosa?

—Muy bien, nos ha dicho que hoy procurará venir á visitar á usted.

—Yo iré á verle para ahorrarle esa molestia; estoy muy aliviada con la última medicina.

—Sí; pero el médico te prohibió que cosieras, y no has hecho caso,—dijo la niña.

—¡Marcela!—repuso Adelaida.

—No haga usted caso de lo que dice mi hermana.

—¿Con que no es cierto?—replicó la madre reconviniéndola.—¿No es verdad que has pasado en vela toda la noche por acabar esas camisolas?... ¡Ah!... Yo no puedo impedirlo, porque si no acudís á sacarme de la cama, estaria allí eternamente!

La madre de Marcela se afligió al pronunciar esas palabras, y Adelaida la dijo:

—No se aflija usted, señora... Marcela nos dará palabra de no volver á coger la aguja en la mano hasta que esté completamente curada de la vista... El doctor Espinosa lo exige así.

—Y así se hará,—replicó la señora.—Ya lo oyes, Marcela... Esta señorita te dice lo mismo que yo.

—Pues bien... no coseré.

—No es eso todo lo que nosotras quisiéramos suplicar á ustedes,—dijo Adelaida.

—¡Suplicarnos!—repusieron á la vez Marcela y su madre.

—Los médicos son muy exigentes,—añadió Adelaida sonriendo,—y cuando se encargan de un enfermo es preciso obedecerles en todo lo que manden, para que no tengan pretesto alguno que alegar.

—Yo estoy pronta á hacer todo lo que disponga el doctor,—dijo Marcela.

—¿Todo?

—Todo,—replicó con pena la señora.

—Pues en ese caso,—repuso sor Clotilde,—no rehusarán ustedes aceptar una cantidad de dinero que el doctor las envia por nuestro conducto, para que, sin necesidad de perder la vista trabajando, puedan ustedes atender á su sustento con el decoro que su clase exige.

A pesar de las palabras con que sor Clotilde procuró disfrazar la limosna que venia á ofrecer á la madre de Mar-

cela, el semblante de ambas se cubrió de vergüenza, y la señora dijo con voz balbuciente:

—Muchas gracias... señora... Dígale usted al señor Espinosa que agradecemos... su fineza... pero que no nos hace falta nada... Hemos acudido á buscar su ciencia gratis, porque circunstancias de familia no nos permitian recompensar debidamente su talento. No es hoy la primera vez que el doctor nos hace igual oferta, y aunque entonces ignorábamos de parte de quién venia... la limosna... la rechazamos como ahora.

Las lágrimas de un orgullo mal reprimido asomaron á los ojos de la madre de Marcela, y Adelaida se acercó á consolarla, diciéndola:

—Pues bien, señora; no es el doctor el que hace ese ofrecimiento, ni es una limosna lo que hoy venimos á dar ustedes.

—Es igual,—repuso la señora.—Yo doy las gracias á los que se interesan por mi suerte; pero no puedo admitir nada... porque nada necesito.

—¡Mamá!... ¡Mamá!—gritó la niña, arrodillándose á los piés de su madre.

—¡Silencio!—gritó la señora, dirigiendo á su hija una mirada de reconvencion.

Sor Clotilde y Adelaida se miraron como demandándose mútuamente consejo sobre lo que deberian hacer para vencer el orgullo de la señora, y Adelaida se sentó á su lado, y cogiéndola cariñosamente la mano, la dijo:

—No quiero insistir en rogar á usted que acepte lo que hemos venido á ofrecerla; pero me permitirá que la pida consejo sobre lo que debemos hacer en la situacion en que nos hallamos mi amiga y yo.

—¡Un consejo!

—Sí, señora... ¿Rehusa usted dármelo?

—De ningun modo... ¡Pero yo!...

—Mejor que nadie puede hacerlo.

—En ese caso...

—Una jóven muy desgraciada,—dijo Adelaida,—que ha vivido veinticinco años sin saber quiénes fueron sus padres, ha recibido su nombre y una gran herencia despues de la muerte de ambos... En su borrascosa orfandad la Providencia Divina la ha protegido hasta el punto de librarla de todos sus enemigos, y de presentarla un porvenir dichoso, uniendo su destino al del único hombre que ha amado en este mundo, como padre, como hermano y como amigo.

Adelaida lanzó un suspiro, y la señora, que la escuchaba con el mayor interés, la interrumpió con presteza, diciéndola:

—¿Se ha casado ya?

—No, señora,—repuso sor Clotilde.

—¿Pero se casará?—preguntó con afan la señora.

—Esta misma noche.

—¡Dichosa ella!...—dijo con amargura la madre de Marcela.

Y sor Clotilde, que hasta entonces la habia tenido por una mujer disgustada de su matrimonio, se perdia en cien distintas conjeturas, mientras Adelaida continuó diciendo:

—La jóven de que hablo á usted habia prometido destinar sus rentas al socorro de las personas necesitadas, antes de que se realizára su matrimonio.

—¡Qué disparate!...—interrumpió la señora.

—¿Usted no lo habria hecho así?—dijo Adelaida.

—Habria distribuido una parte de ellas, pero no todas.

—¡Dichosa usted!

—¿Por qué?

—Porque habria hallado personas que quisiesen admitir esas rentas.

—¿Y esa jóven no las ha encontrado?

—Usted lo dice...—repuso Adelaida.—¡No las ha encontrado!

—Sin embargo, la sociedad está llena de infelices que no tienen pan que llevar á la boca.

—¡Y que salen á la calle á mendigarlo!

—Justamente.

—Pues bien; las rentas que esa jóven ha destinado para socorrer á los infelices, alcanzan para algo mas que para aliviar el hambre de los mendigos... Ella quisiera invertirlas en cegar las fuentes del infortunio, de la vagancia y de la mendicidad... Quisiera saber dónde existen esas familias honradas que enferman trabajando por ganar desde su miserable vivienda el pan que una vergüenza respetable les impide mendigar de puerta en puerta... Quisiera, en fin, saber cómo haria para que esas gentes no rehusasen su donativo...

La madre de Marcela y su hija habian ido bajando los ojos á medida que Adelaida las aludia mas directamente, y la jóven duquesa continuó diciendo:

—¡Pero ustedes callan, y no me dan el consejo que las he pedido!... ¡Ah! Ese silencio me indica que mi empresa es imposible... Yo soy quien ha ofrecido distribuir sus rentas entre las personas que sufren lo que yo he sufrido tambien antes de ahora... Yo me he llegado á ofrecer á mis compañeros de desgracia un auxilio en su situacion, y me rechazan... Está visto... ¡El Señor no acepta el holocausto que le presentaba en accion de gracias por las grandes bondades que me ha hecho!...

Adelaida estaba verdaderamente conmovida al decir estas palabras, y Marcela la besó la mano, diciéndola:

—¡Ah!... ¡No mas, señorita... no mas! ¡Yo recibo gustosa la limosna del Angel de la Caridad!

Su madre dejó caer la cabeza sobre el pecho, y Adelaida las abrazó, diciéndolas:

—Gracias, Dios mio, gracias, porque antes de renovar mis juramentos en vuestra divina presencia, me habeis dado esta nueva muestra de las mercedes con que alentais mi fé...

Sor Clotilde estaba enternecida en presencia del cuadro que formaba Adelaida abrazada con la madre y la hija, y la niña continuaba arrodillada al pié de aquel grupo, cuando llamaron fuertemente á la habitacion.

Todas las mujeres se estremecieron, y al repetir los golpes, la niña se colgó al cuello de su madre, que dijo asustada:

—Marcela... ves á ver quién llama... si es el hombre de esta mañana, no abras.

—Soy yo, vecina...—gritó desde la escalera una voz de mujer, pero desagradable y bronca.

—¡Dios mio!...—esclamó la señora.—¡No abras, Marcela... no abras!... ¡Es la bruja!

—¡La bruja!—replicó sor Clotilde riendo.

—Sí, señora, la bruja... una mujer muy mala, que vive en el número 5, y que me obliga á mudarnos de aquí.

CAPITULO CXXXV.

La Peregrina.

Fácil le habrá sido al lector adivinar quién era la mujer que llamó á la puerta del cuarto de Marcela, y á quien la madre de esta apellidó la bruja; pero lo que no sabrá hasta que nosotros se lo digamos será el motivo de semejante visita.

Fernando y Genaro, sobresaltados por la desaparicion de sor Clotilde y de Adelaida, no era natural que abandonasen la calle del Sauco sin encontrarlas, y era de presumir que la Peregrina no pudiese, sin la intervencion de los dos amigos, salir de su casa para entrar en la de Marcela.

Y así fué en efecto.

Genaro, mas alarmado aun que Fernando, como mas conocedor de la mujer que vivia en la casa número 5, juró en sus adentros registrar hasta la última piedra de la calle, á fin de encontrar á las dos señoras, que no podian menos de hallarse allí.

Ninguna de las combinaciones que hubiera podido formar en su imaginacion sobre las causas que obligaban á la duquesa de Mont-Marsan á dirigirse á casa de la Peregrina habria tenido fundamento alguno; pero no tuvo tiem-

po para detenerse á pensar en nada; y sin consultar su resolucion con Fernando, sacudió fuertemente la cadena de hierro que colgaba á la puerta de la casa del número 5.

Una bronca vibracion metálica se oyó á lo lejos, y á la no menos bronca voz de la Peregrina, que preguntó quién era el que llamaba, respondió Genaro aplicando sus lábios al agujero de la cerradura:

—Abre, Pere, —dijo.

La puerta se abrió al punto, sin que nadie bajára al portal, y Fernando, precedido de Genaro, subió la escalera, en cuya última meseta hallaron al ama de la casa, ó mejor diremos al conserje de ella; porque la Peregrina solo tenia el usufructo de las paredes y de los muebles, ínterin no estaban allí los diferentes amos que solia tener por temporadas aquella vivienda.

Pero no es esta ocasion ni asunto que consienta mayores esplicaciones, y bastan para los que deben entendernos las dadas hasta aquí, al paso que no serian suficientes para el resto de los lectores todas las que el decoro pudiera permitirnos.

Tal fué el susto que causó á la Peregrina la presencia de Genaro, que, abriendo los brazos sobrecogida de espanto, esparció por la escalera las cartas de una baraja, que habia ocultado al asomarse á ver quién era y con la que se entretenia á sus solas, segun costumbre muy añeja en ella y en todas las mujeres de su especie.

Verterse la sal sobre el mantel cuando están comiendo; trinchar con la mano izquierda; encontrarse con un tuerto en martes, y otros mil accidentes por el estilo, son presagios de mal agüero para esas gentes tan supersticiosas como ignorantes, y la Peregrina no tuvo por buen anuncio el haber caido al suelo todas las cartas, quedando sola una, el tres de bastos, clavada sobre su vestido, como si la hubiesen prendido de intento.

Si hubiera sido la sota de oros, de seguro llamaba la

fortuna á su puerta; pero eran bastos, y no podia librarse de una paliza cuando menos.

Nada habia hecho á Genaro desde la última vez que le vió en la Cárcel de Córte; pero su visita no podia ser con buen fin, despues del accidente de la baraja, y trémula y asustada, le dijo al verle:

—Perdon, señorito, perdon.

—¡Silencio!...—gritó Genaro.—¿Estás sola?

—Sí, señor, sola.

—No me engañes, porque voy á registrar la casa, y si encuentro alguien, te mato.

Fernando se indignó de que Genaro siguiera creyendo que habian entrado allí sor Clotilde y Adelaida, y le dijo:

—No te canses, aquí no han entrado... ¿Qué habian de venir á buscar á esta casa?

—Déjalo... yo me entiendo,—repuso Genaro;—con esta canalla toda precaucion es poca.

Y volviéndose á la Peregrina, la puso una mano al cuello, y la dijo:

—Enséñanos la casa; pronto.

La Peregrina obedeció con gusto, aunque sin tranquilizarse por completo, y empezó por enseñarles la pieza que el lector conoce, y en la que concertó el Duende su infame espedicion á la Peña-Sacra, llevándoles despues por todas las demás habitaciones, hasta volver al aposento en que se hallaba *echando las cartas* cuando llegaron los dos amigos.

Allí, sobre una tarima de pino, dormian tres enormes gatos y bullia un perro dogo, asustando con sus juegos á dos codornices que brincaban dentro de la jaula.

Esa pieza era precisamente la que estaba contígua á la sala de la casa en que vivia Marcela, y de repente, cuando ya se iban á retirar los dos amigos, Fernando se paró sobresaltado, y abriendo el balcon que daba al jardin, se detuvo á escuchar un momento, y volvió la cabeza gritando:

—¡Aquí están... Genaro, aquí están!

La Peregrina palideció al ver el aspecto feroz que tomó la fisonomía de Genaro, que, volviéndola á agarrar desapiadadamente por el cuello, la dijo:

—¡Miserable! ¿Qué has hecho?

Nada comprendió la Peregrina del repentino enfurecimiento de los dos amigos: pero como su conciencia no estaba exenta nunca de remordimientos, volvió á pedir que la perdonasen, agravando con la súplica su penosa situacion.

Fernando se tranquilizó mas pronto que Genaro, y persuadido de que Adelaida no podia haber entrado en aquella casa, se puso á escuchar de nuevo, y acercándose á la Peregrina, señaló á la ventana del jardin por la que habia escuchado la voz, y la dijo:

—¿Quién hay en esa habitacion?

La Peregrina volvió los ojos hácia Genaro, que aun la tenia fuertemente asida por el cuello, y con una mirada suplicante, parecida al balido de la oveja que alza la cabeza bajo la inexorable cuchilla del carnicero, demandaba favor á la férrea mano que oprimia su apergaminado cuello.

Genaro la dejó en libertad de hablar, y ella, contestando á la pregunta de Fernando, dijo:

—No sé quién habrá... señorito... porque esa habitacion es de la casa número 3...

—¿Y quién vive en ella?—preguntó Genaro, satisfecho con la respuesta de la Peregrina.

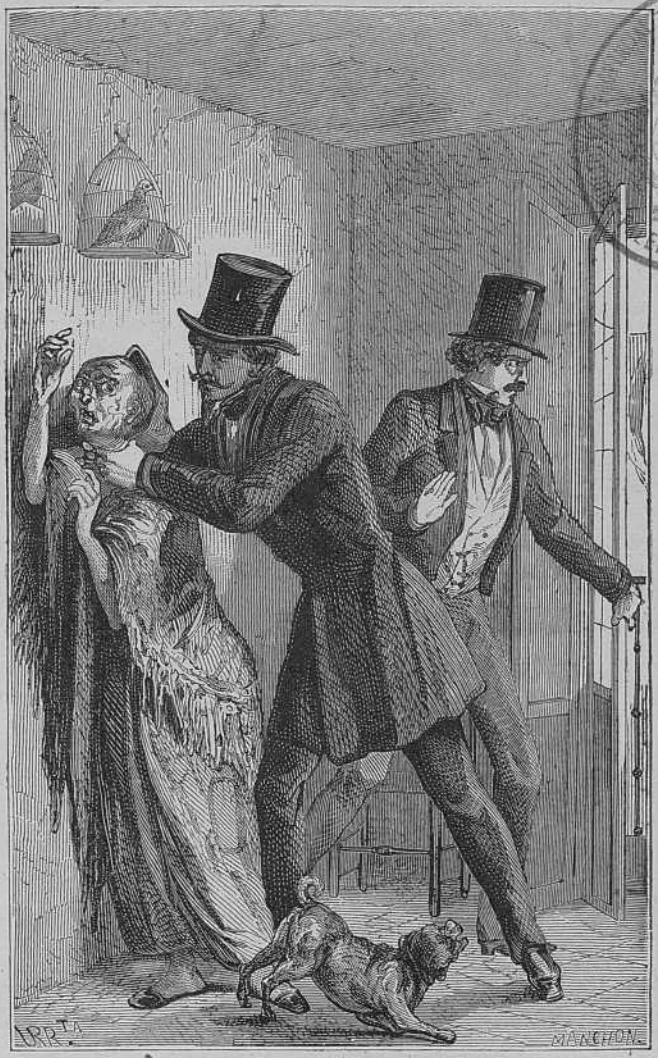
—¿Que quién vive?...—repitió la bruja, dando á sus palabras cierto aire de misterio, que la hubiese servido de mucho si la intencion de los dos amigos hubiera sido la que ella presumia.

—Sí; ¿quién vive? Pronto,—replicó Genaro.

—Para ustedes, señorito, como si no viviera nadie...—dijo la Peregrina sonriendo,—porque son unas señoras muy honradas... y...

—¿Las conoces tú?

—Sí, señorito.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—¡Miserable! ¿Qué has hecho?

—¡Fuego!

—No lo crea usted... las conozco de vecindad... nada mas; pero no son ellas las que ustedes se piensan... y tanto la madre como la hija... ¡Vaya!... No agraviando á lo presente...

—¿Y á mí por qué me habias de agraviar?

—Es un decir, señorito... Pero, volviendo á las señoras, ¡si viera usted qué pobres son!... Y luego... es lo que yo digo, como no encuentran quien las dé labor... ¡ya se vé!...

Fernando seguia escuchando, y ya no oia otra cosa sino un rumor confuso, en el que no le era fácil distinguir la voz de Adelaida, y volviéndose á Genaro, le dijo en voz baja:

—¿Cómo haremos para persuadirnos de que están en esa habitacion?

—Yendo allá,—repuso Genaro.

—¿No habria otro medio mejor?

—Pere,—dijo Genaro en voz alta,—ves corriendo á casa de esas señoras, y averigua si está de visita la duquesa de...

La Peregrina, que no deseaba otra cosa sino un pretesto para introducirse en casa de Marcela, de donde habia sido rechazada desde que advirtieron sus pérfidas sugestiones, no esperó á que Genaro concluyese de hablar, y sin cubrirse siquiera la cabeza con el manton de cuadros, en completo traje de vecindad, salió de la habitacion.

—¡Cuidado con lo que hacemos!—la dijo Genaro.

—Descuide usted, señorito,—contestó la Peregrina, bajando la escalera con semblante gozoso, y alegrándose en su interior de tener un pretesto, ó mejor dicho, una salvaguardia para presentarse en casa de Marcela, de donde habia sido rechazada diferentes veces.

A Fernando no le pareció bien tampoco el enviar á la Peregrina, porque ya habia adivinado la clase de mujer que era; pero deseaba saber si estaba allí Adelaida, cuya

voz no volvió á escuchar, hasta que con la llegada de la Peregrina, y por tranquilizar á Marcela y á su madre, dijo:

—No se asusten ustedes, señoras.

—¡Ay!... ¡Usted no sabe lo que es esa mujer!...—dijo Marcela.—¡Se reune con una gente tan mala!

—Al principio, recien venidas á esta casa,—repuso la señora,—pasó á ofrecernos sus servicios de vecindad; y... la verdad... no me gustó su facha... No la pagamos la visita, y sin embargo, otro dia volvió con el pretesto de que Marcela la cortára un vestido... Entonces trató de intimar con nosotras, y aun me desagradó mas que la vez primera... hasta que por fin... un dia...

La Peregrina volvió á llamar de nuevo, diciendo:

—Abra usted, señorita... no tenga usted miedo.

—¿Qué hago, mamá?... ¿Quiere usted que vaya á abrir?—dijo Marcela.

—No,—repuso la señora asustada, y con voz cada vez mas débil.—Ya sabes que ha jurado vengarse de nosotras, y vendrá acompañada.

—¡Por qué habremos venido solas!...—esclamó Adelaida.

—¡Pero es demasiada audacia?...—dijo sor Clotilde.—¿Y usted no ha dado parte á la policía del empeño de esa mujer?

—¡La policía!...—esclamó la madre de Marcela.—El comisario la visita muy á menudo, y hace la *vista gorda* al juego y á otras cosas que ocurren en su casa.

—Y bien, ¿qué haremos?...—dijo sor Clotilde.—Si no desiste de su empeño, será preciso asomarse al balcon y pedir socorro.

—¡Oh, no!...—repuso Adelaida.—Eso no... vendria la justicia, y causariamos un mal á esa mujer, cuyas intenciones ignoramos.

—Eso seria lo de menos,—dijo la señora;—pero no te-

nemos ventana alguna á la calle... y la de esta pieza dá al jardin de su casa... Si se empeña en entrar, somos perdidas.

Marcela se alzó en pié temblorosa y pálida, y al asomarse á la ventana, retrocedió asustada, diciendo:

—¡Somos perdidas!... Dos hombres están en el balcon, mirando hácia esta ventana.

La Peregrina volvió á llamar de nuevo, y cansada de que no la respondieran, dijo:

—Vecina, ¿están aquí las señoras duquesas?

Sor Clotilde y Adelaida se miraron con sobresalto, asombradas de lo que acababan de oir, y la madre de Marcela las miró con curiosidad y con miedo, casi dispuesta á creer que estaban en connivencia con la Peregrina.

Su hija, lejos de pensar así, hizo un esfuerzo por dominar el miedo, y se dirigió hácia la puerta de la escalera, marchando sobre las puntas de los piés.

Llegó silenciosamente, y despues de observar por el ventanillo que la Peregrina estaba sola, sin hacer caso de las voces de su madre, que la gritaba que se retirára, dijo, sin abrir la puerta, y con voz trémula, pero fuerte:

—¿Qué se la ofrece á usted?

—Abra usted, señorita Marcela,—contestó con voz afectuosa la Peregrina.

—No puede ser.

—Como usted guste; pero no vengo á ver á ustedes, sino á saber si está aquí la señora duquesa de...

Adelaida no la dejó concluir de pronunciar el título, y con un arrojo enteramente varonil, sin que pudiera impedirlo ni sor Clotilde ni Marcela, abrió la puerta, presentándose sola delante de la Peregrina.

Su aspecto arrogante realzaba la hermosura de sus facciones, y ruborizadas sus mejillas, mas por la vergüenza que por el temor, impuso de tal manera á la vieja, que acaso por la primera vez de su vida bajó los ojos sin afectacion ni hipocresía.

Realmente la habia fascinado la presencia de Adelaida, que con voz dulce, pero enérgica, la preguntó:

—¿A quién busca usted?

—Venia,—respondió la Peregrina con voz entrecortada;—venia... á ver si la... señorita...

—Ha dicho usted que buscaba á la duquesa de Mont-Marsan,—dijo Adelaida;—pues bien, la duquesa de Mont-Marsan... soy yo... ¿Qué se la ofrece á usted?... ¿Quién la envia aquí?.. ¿Quién es usted?

Todas estas preguntas, que Adelaida hizo sin otro objeto que el de tranquilizar completamente á Marcela y á su madre, aturdieron á la Peregrina, que no sabiendo qué contestar, y no atreviéndose á descubrir á Fernando y á Genaro, por miedo á este último, trató de retirarse, diciendo:

—Dispensen ustedes... me habré engañado...

—No se engaña usted,—repuso sor Clotilde, animada á hablar por el ejemplo de Adelaida;—es preciso saber quién es usted, y qué es lo que busca en esta casa.

La Peregrina estaba cada vez mas confusa con lo que oia, porque al dirigirse allí no podia presumir que las personas con quienes se habia de entender fuesen mas inabordables aun que las dueñas de la casa.

Su error nacia de lo que justamente temió Fernando: de haber supuesto Genaro que pudiesen hallarse en casa de la Peregrina. Con ese antecedente creyó la infame vieja que los dos amigos las habian ido siguiendo hasta su casa, y que allí les dieron *esquinazo*.

Y fué tal la impaciencia de Fernando, que se lanzó á la calle, seguido de Genaro, y ambos entraron en el portal, desde donde llamaron á la Peregrina por su nombre.

Ni Adelaida ni sor Clotilde conocieron la voz de Genaro, y asustadas todas por los gritos de Marcela, cerraron la puerta, volviéndose á la sala, donde la niña seguia colgada al cuello de su madre, y esta preguntaba con voz apagada y trémula:

—¿Qué ocurre?

—¡Un hombre!... ¡Mamá! ¡Un hombre!...—dijo Marcela.

—¿Dónde está?

—En el portal.

Sor Clotilde y Adelaida nada dijeron, y al poco rato se oyó á la puerta la voz de Fernando; acento simpático y dulce, que su amada no podia confundir con ningun otro, y que devolvió la alegría al rostro de sor Clotilde, sin aumentar el sobresalto de las señoras de la casa.

La jóven duquesa fué presurosa á abrir la puerta, y se encontró con su futuro esposo, que, sorprendido de hallarla allí con muestras de tanta franqueza, la dijo:

—¡Adelaida!... ¿Quién vive aquí?

No se habia atrevido Fernando á dar á su reconvencion el tono de tal, ni Adelaida comprendió el sentido en que la hacian aquella pregunta, y lejos de contestar, preguntó á su vez:

—¿Conoces á esa mujer que ha venido aquí?

Fernando no supo qué contestar, y sor Clotilde, que habia llegado á la puerta en seguimiento de Adelaida, se acercó á Genaro, preguntándole la causa de lo ocurrido, y al propio tiempo el motivo de su presencia allí.

Genaro refirió lo que el lector conoce, y sor Clotilde le rogó que entrára para tranquilizar á Marcela y á su madre.

Hiciéronlo así los dos amigos, no sin advertir primero á la Peregrina que se retirára, y sor Clotilde tranquilizó á las dos señoras, esplicándolas el motivo de lo ocurrido, y asegurándolas que no temieran ya la persecucion de la vieja, á la que Genaro ofreció poner á buen recaudo.

La madre de Marcela dió muestras de haberse satisfecho con el relato de sor Clotilde, y rogó á todos que tomasen asiento, si lo permitia el reducido número de sillas que habia en la habitacion.

Y al hacer esta advertencia se mordió los lábios, como

si la disgustára verse obligada á confesar su pobreza en presencia de los nuevos huéspedes.

Adelaida no podia alzar los ojos del suelo para mirar al hombre con quien dentro de breves horas habia de unir su suerte, y á pesar de la esclamacion que hizo al oir llamar á la Peregrina, sintiendo haber ido sola, no estaba muy satisfecha de esa estemporánea entrevista.

La pesaba de que Fernando, y con especialidad Genaro, presenciáran sus obras de caridad, y hubiese preferido que sus visitas á los enfermos en ese dia fuesen un secreto para todos, menos para su querida amiga y superiora sor Clotilde.

Así pensaba Adelaida, mientras la madre de Marcela, que al empezar á hablar Genaro habia fijado en él con afan los ojos, seguia mirándole de hito en hito, hasta que por fin le dijo:

—Caballero, perdone usted mi curiosidad... ¿Pero quiere usted decirme su nombre?

—¿Mi nombre?—replicó Genaro, asombrado de la pregunta.

—Sí, su nombre de usted,—repuso con mayor exaltacion la madre de Marcela.

—Genaro Arias.

—¿No ha tenido usted otro nunca?—dijo la señora con voz débil, y como si temiera ofender á Genaro con su pregunta.

—Nunca,—repuso Genaro, fijando su vista con interés en el semblante de aquella señora.—¿Pero puedo yo saber el motivo de esa pregunta?...

—¡Es él!... ¡Dios mio!... ¡Es él!...—murmuró la madre de Marcela.

Y alzando la voz, dijo:

—¿No se ha llamado usted nunca José Gomez?...

—Sí, señora,—repuso Genaro sorprendido;—ese es mi primer nombre de pila, y la primera parte de mi apellido...

Dejé de hacerme llamar así, porque ya éramos cuatro en mi familia del mismo nombre...

—¿Por nada mas?

Genaro se aproximó á la madre de Marcela, para ver si recordaba su fisonomía, y se encogió de hombros como si nunca la hubiese visto.

—No tiene nada de particular, —repuso la señora,— ¡hace tantos años!... ¡Mi querida Elisa!

—¡Elisa! —repitió Genaro asombrado; y de nuevo examinó el semblante de la madre de Marcela.

Esta se sonrió al observar la confusion en que se encontraba Genaro, y queriendo sacarle de dudas, le dijo:

—Soy la única amiga de Elisa Stor...

—¿Laura? —esclamó con acento de duda Genaro.

—Sí, Laura.

—¿Es posible? —esclamó Genaro, tendiendo la mano á la señora. —¿Y cómo encuentro de esta manera á la esposa del fuerte capitalista?...

—¡Ah!... Pregúnteselo usted á las personas que cobraron la prima de ese negocio de bolsa, —dijo con amargura la madre de Marcela.

—Sentiria ser indiscreto, —replicó Genaro; —pero... ¿su esposo de usted?...

—No le veo hace cinco años.

—¿Y sus tios de usted?

—Han muerto miserables.

—¿Pero existe divorcio formal?

—Estas criaturas me han impedido entablar demanda... Desgraciadamente su padre ha cuidado de que sepan lo que yo no les hubiese revelado nunca.

—Una de sus amigas de usted, —dijo Genaro, —la condesa de Campo-Amarillo, me indicó algo sobre ciertas desavenencias...

—Pudo informar á usted con demasiada exactitud.

—Ella... ¿acaso?...

La madre de Marcela hizo una seña á Genaro para que no la siguiera preguntando lo que no podia decir en presencia de sus hijas, y Genaro la dijo en voz baja:

—¿Pero cómo no obliga usted á su esposo á que la pase alimentos?

Y observando que la señora bajaba la cabeza avergonzada, añadió:

—Perdóneme usted, Laura, si he sido demasiado indiscreto...

—¡Oh!... No... Usted no puede serlo nunca. Todos me hacen la misma pregunta, y yo debiera haber admitido esos alimentos... Pero... ¡confieso mi debilidad! ¡Amo tanto á mis hijas!

—Pues qué,—interrumpió Genaro,—¿queria llevárselas consigo?...

—A ese precio me ofreció una renta mezquina, que apenas habria bastado para mi manutencion.

—¡Ah!... ¡Es horrible!... Pero perdone usted, Laura, que la reprenda por no haberme buscado en el momento de su desgracia.

—¡Todos los amigos me abandonaron!...

—Y pudo usted suponer...

—¡Oh!... ¡No!... Pero el estado de mi salud...

—¿Está usted enferma?

La señora puso las manos sobre las rodillas, y dijo:

—Desde ocho dias despues de mi desgracia no he podido ponerme en pié... Clavada en esta silla me llevarán al cementerio.

Y al decir estas palabras comenzó á llorar, inclinando la cabeza sobre su pecho.

Genaro, verdaderamente conmovido con aquella escena, se dirigió á Adelaida, y la dijo:

—¿Con que son ustedes amigas de esta señora?

—Lo pretendemos,—repuso Adelaida;—pero ha empezado por rehusar nuestra primera oferta.

—¿De qué se trata?—replicó Genaro.

—¿No les ha dicho á ustedes Espinosa el objeto de nuestra visita á esta casa?

—El doctor nos ha hablado únicamente del hermano de la marquesa de Santa Rita!...

—Pues á lo mismo hemos venido aquí.

—En ese caso,—replicó Genaro,—yo doy á ustedes las gracias en nombre de esa señora, y me encargo de arreglarlo todo... ¿Me dá usted sus poderes?—añadió, dirigiéndose á la madre de Marcela.

—¡Ay, amigo mio!... ¡Usted no sabe lo que estoy sufriendo!

Genaro rogó á Fernando que se retirára con sor Clotilde y Adelaida, y enterado de que á Marcela la estaba curando el doctor, dispuso que, acompañada de la niña, se fuese con Fernando para tener una entrevista á solas con Laura.

Si el lector recuerda lo que Genaro contó á sus amigos acerca de sus amores con Elisa, quizá comprenderá el principal motivo por qué deseaba una entrevista á solas con la íntima amiga de la única mujer que habia amado.

CAPITULO CXXXVI.

Una entrevista casual.

Si el autor de esta historia no creyese que Genaro es un personaje bastante digno de merecer la simpatía de los lectores, ó aconsejaria á estos que pasasen por alto el presente capítulo, ó se ahorraria la pena de escribirlo, ó despues de escrito le entregaria al fuego sin permitir que viera la luz pública.

A esto último, sin embargo, es poco aficionado; y casi puede asegurar que no ha hecho auto de fé con ninguno de sus escritos, sin que el reo comparezca primero ante el respetable tribunal de la opinion pública. En cuanto á dejar de escribir una cosa cuando le viene á las mientes, si la tal cosa y las tales mientes no han sido sobre política, no puede acusarse tampoco de haberlo hecho nunca. Y por lo que hace á aconsejar á los lectores que pasen ó no por alto lo que escribe, jamás se ha ocupado de ello, y así le importa que lea ó no su libro el que le ha comprado, como el fallo del crítico que leyó el libro prestado. Por eso ahora que le viene á las mientes la entrevista de Genaro con Laura la vá á escribir á renglon seguido, dejando en libertad á los lectores para que hagan de este capítulo el uso que quieran.

Cierto es que nada tiene que ver con la parte principal de esta historia la entrevista de que vamos á ocuparnos; pero poco le importaban á Genaro las desgracias de Adelaida y de nuestros primeros personajes, y sin embargo, ha tomado en todas ellas gran parte y no poco interés.

Imitemos en su abnegacion al jóven jurisconsulto, y dejemos por esta vez el egoismo, para verle tomar asiento al lado de Laura, mientras Adelaida, sor Clotilde y Fernando se vuelven á casa de la condesa, y envian á Marcela y á su hermana á la del doctor Espinosa.

El interés principal que ofrecia á Genaro fácilmente lo comprenderá el lector si se toma la pena de recordar lo que dijo á sus amigos hablándoles de sus amores con Elisa.

Pocas fueron las palabras que á propósito de esos amores dijo Genaro, pero suficientes para esplicar que una mujer llamada Elisa le habia inspirado su primer amor, y que por el desengaño que de ella habia recibido abrazó la vida calaveresca, jurando no volver á amar á ninguna otra mujer.

Apenas quedaron solos el antiguo amante de Elisa y Laura, su amiga, cuando esta llevó las manos á los ojos para ocultar el llanto, que ya no le era posible reprimir por mas tiempo.

Genaro la miró en silencio por algunos minutos, como si quisiera permitirla aquel desahogo, pero viendo que no cesaba de llorar, la dijo con voz cariñosa y dulce:

—¡Laura!...

—¡Ay! ¡Amigo mio!... ¡Usted no sabe cuánto tiempo hace que estoy privada de este consuelo!... ¡Siempre al lado de mis pobres hijas, no puedo nunca refrescar con una lágrima mis abrasadas mejillas!

—Pobre señora, —murmuró Genaro.

Y pensando en su interior que tal vez aliviaria la pena de Laura el contarle la historia de su desgraciada situacion, apresuró este momento, diciéndola:

—¿Pero cómo he ignorado yo por tanto tiempo esta desgracia? ¿Su esposo de usted está en Madrid?

—Ahora sí; pero ha pasado largas temporadas en el estranjero.

—¿Y vivian sus tios de usted cuando ocurrió la separacion?

—Mi tia solamente.

—En ese caso... todo lo comprendo.

—Le contaré á usted en breves palabras la lastimosa historia de mi matrimonio, que bien pudiera servir de asunto para una novela... Me rio yo cuando dicen que los novelistas exageran... Si yo escribiese mi historia, nadie la creeria.

Genaro adelantó el cuerpo, recogió el aliento, é hizo todo lo que nadie deja de hacer en el momento de escuchar una relacion que le interesa por cualquier concepto que sea.

Laura enjugó las lágrimas que corrian por sus mejillas, y dijo:

—Cuando Elisa era la única amiga con quien mi esposo me permitia comunicar mis penas, estaba Marcela en un colegio de Paris, disposicion de su padre para enagenarme el cariño de mi hija, y yo estaba entonces embarazada de Teresa, la niña que acaba usted de ver aquí. Dos años hacia que habia dado á luz esa niña, cuando Elisa me presentó á usted como á su futuro esposo...

Genaro hizo un gesto de amarga ironía, y Laura replicó:

—No tuerza usted la cabeza como si no fuera verdad que Elisa le amaba á usted entonces... Luego yo no sé lo que sucedió... Tambien á mi amistad fué ingrata... Pero bien caro ha pagado la infeliz su error.

Un nuevo movimiento de sorpresa que hizo Genaro obligó á Laura á decirle:

—Tambien usted se compadece de la desgracia de Elisa, ¿no es cierto?... Esa generosidad le honra á usted mucho.

—No es generosidad, señora, es ignorancia, —dijo Genaro, esforzándose por aparecer tranquilo. —Hace seis años que nada sé de Elisa... Cuando dejé de verla era muy feliz.

—Con que, segun eso, ignora usted su...

Laura se interrumpió á sí misma, apretando los lábios para encerrar en ellos una palabra, y Genaro dijo con semblante visiblemente alterado, pero con voz al parecer tranquila:

—Ha muerto...

—¿Lo sabia usted ya?... ¡Pobre Elisa!

Genaro pasó la mano por su frente, bañada en aquel momento de un sudor frio, y continuando con su aparente calma, dijo:

—Nada sabia, señora... ¿Hace mucho tiempo que murió?

—¿Formalmente dice usted que no lo sabia?

—Es la primera noticia que tengo.

—¡Parece imposible!... ¡Se habló tanto de esa desgracia!... Verdad es que los periódicos no publicaron su nombre; pero creia yo que nadie en Madrid habia ignorado quién era la víctima.

—¿Y qué tuvo de particular la muerte de Elisa para que la anunciáran los periódicos?

—La de haber sido violenta y con unas circunstancias que horrorizan... El asesino se escapó á los Estados-Unidos...

—¿La asesinó un solo hombre?...—dijo Genaro con un acento frio, que estremeció á Laura.—Vaya... uno solo se encargó de vengar el ultraje hecho á tantos.

—No hable usted así, por piedad,—dijo Laura.—Me estremece oirle.

—Pues mudemos de conversacion... Siga usted su historia.

—¿Nada quiere usted saber de la de Elisa?

—Es demasiado terrible el desenlace.

—Pero sin embargo, usted la amaba mucho, ¿no es verdad?

—Ella se lo diria á usted muchas veces... Era su prurito hacerse amar á los treinta y cinco años por los niños de quince y de diez y ocho.

—¡Cuánto tiempo ha pasado desde entonces!...—dijo Laura, queriendo, sin cambiar de conversacion, dar un nuevo giro á la comenzada.—Usted juró no volver á amar á ninguna otra mujer...

—Juramento escusado.

—¿Por qué?

—Porque era inútil jurar una cosa tan fácil de cumplir.

—¿No ha tenido usted amores con nadie despues de los de Elisa?

—Cuando se han creido sinceros los halagos de aquella mujer, y se ha tocado el desengaño, no se puede creer en el amor de nadie.

—Muchas gracias,—repuso Laura sonriendo, á pesar suyo, pero estremecida por el aspecto y el tono que iba tomando Genaro.

—Dispense usted, señora... Usted sabe que no puede ofenderla nunca quien como yo ha tenido ocasion de saber cuánto valen sus virtudes... Hágame usted el obsequio de continuar su historia.

—Sea como usted quiera... Pasaré en silencio la época de nuestras relaciones amistosas, únicos dias felices de mi vida matrimonial... ¡Aquellas horas de invierno que pasábamos delante de la chimenea de mi gabinete!...

—Que usted aprovechaba cosiendo los vestidos de su hija,—interrumpió Genaro.

—Y usted,—dijo Laura,—leyéndonos cada noche una *causa célebre* de la coleccion que se publicaba entonces.

—Elisa,—replicó Genaro,—era la única que estaba siempre sin hacer nada... Yo amaba entonces esa holgazanería, verdadero orígen de su desgracia.

—¡Se acuerda usted de aquellos discursos que nos improvisaba sobre la necesidad de un buen sistema penitenciario!... Siempre que hay algun reo en capilla me acuerdo de lo que usted nos decia sobre la influencia de la pena de muerte... ¿Piensa usted aun del mismo modo?... ¡Porque supongo que ya habrá concluido su carrera de abogado!...

—Sí, señora, ya estoy autorizado para sostener y probar que el robo es una accion meritoria y justa, si el ladron me llama para que le alquile mi título y mi ciencia, ó para pedir contra él la pena de muerte, si la parte contraria se anticipa á nombrarme su defensor.

—No diga usted eso... amigo mio; horroriza oir hablar á usted así.

—Sin embargo, nada mas cierto... Los abogados viven lo mismo diciendo blanco que negro... están autorizados á defender el pró ó el contra... lo que antes llegue... El bufete es una agencia general para defender en comision toda clase de causas indefendibles. Si tiene noticia de un crímen, el abogado debe abstenerse de aplaudirlo ó de censurarlo, si quiere ser consecuente consigo mismo, porque no sabe quién llegará primero á encargarle de su defensa, si el reo ó la víctima. El que antes llegue aquel tiene razon...

—Pero natural es que suceda así...

—¿Y por qué?

—¿Quisiera usted que la sociedad condenára á uno de sus indivíduos sin dejarle que se defendiera?

—¿De quién... y contra quién?

—Del crímen de que se le acusa.

—Para eso bastan sus declaraciones y las demás diligencias del sumario.

—Pero entonces, y dispense usted que yo hable de una cosa que no entiendo, aun no le han aplicado la pena... Cuando el reo declara, no sabe lo que dirá el juez.

—Ni le hace falta para nada saberlo, puesto que ya le ha hecho los cargos en la confesion... El juez no puede ha-

cer otra cosa sino examinar el sumario, para ver si arroja de sí las pruebas de un delito cualquiera... determinar cuál es este, y acudir á los códigos penales para imponer el castigo.

— Pues bien, de esa pena, ¿quién le defenderia al reo si no hubiese abogados?

— De la pena nadie, sino la clemencia de las mismas leyes... Del delito que se le imputa, las pruebas que él pueda presentar para hacer ver su inocencia.

—¿Y si el juez no ha clasificado bien el delito?

—Para eso están los tribunales superiores. Pero desengáñese usted, amiga mia, y perdone el que yo la haya arrastrado á esta controversia: mientras lo que hoy se llama defensa no esté confiada esclusivamente á la parte interesada, haciendo que el procesado se presente solo ante el tribunal, la justicia dependerá del mayor ó menor talento del abogado, ó del aturdimiento que sepa producir sobre los jueces... Usted habrá oido muchas veces que en el momento de cometerse un delito, cien personas se llegan al oido del criminal á aconsejarle que nombre por defensor á tal ó cual abogado, que tiene mucha reputacion en los tribunales... ¿De qué es esa reputacion? me he preguntado yo muchas veces. ¿De saberles decir á los jueces dónde están las leyes que les permiten, sin faltar á la justicia, ser mas benignos con el acusado?... No, porque eso seria suponer que las leyes no eran unas mismas siempre, y que necesitaban una llave *diestra* para sacarlas del arcon de la misericordia... ¿Será que el abogado logre desvanecer los cargos que se le hicieron á su defendido en el sumario?... No, porque eso ha podido hacerlo mientras la formacion del proceso, y en la defensa oral deberia probar su aserto, que no valdrá nunca mas que las pruebas en contrario... Con que esa reputacion consiste en tener mayor habilidad que otros para probar que es negro lo blanco, ó para que los jueces digan despues de oir su magnífica perorata: «Tiene razon

la parte contraria; pero la elocuencia de este letrado bien vale la pena de perdonar á su defendido.»

—Oyéndole á usted hablar,—interrumpió Laura,—me parece que tiene usted razon.

—No sé si la tengo; pero lo que puedo asegurar á usted es que no la tienen los que dicen lo contrario... Vea usted lo que hubiese sucedido si el asesino de Elisa hubiese sido preso, y en vez de dirigirse á otro abogado me hubiera elegido á mí.

El sarcasmo con que Genaro pronunció estas palabras indicaba bien claramente que en todo lo que habia hablado hasta entonces, no habia tenido otro objeto que el de ahogar el dolor que le produjo la noticia de la muerte de Elisa.

Hablando con su amigo Daniel Mendoza, le dijo que el agravio que habia recibido de Elisa lo pudo perdonar el corazon, pero que no lo olvidaria jamás la cabeza. Y esto indicaba que la desgracia que le refirió Laura le hirió en el corazon, pero que el recuerdo del agravio sufrido y el orgullo de no demostrar su debilidad á los ojos de nadie, le hacia aparentar aquella horrible serenidad.

Laura, por su parte, no sabia qué pensar de aquella calma en un hombre á quien hacia mucho tiempo que no veia, y con quien siempre habia tenido un trato nada íntimo. Era una de las víctimas de la desenvuelta veleidad de su difunta amiga; se habia portado con caballerosidad en su casa, y hé ahí todo lo que de él sabia.

—¿Quién tiene la culpa de que volvamos á la misma conversacion que usted queria olvidar?...—le dijo, esforzándose por sonreir.

—Verdad es, señora; pero ha sido incidental... Continúe usted su historia, que no volveré á interrumpirla.

—¡Oh!... ¡No tal! ¡No lo digo yo por que usted me interrumpa... sino porque se afectó tanto cuando le participé la muerte de Elisa!...

—¡A ella le habria sido indiferente la mia!—repuso Genaro.

—No lo crea usted... Elisa era demasiado ligera, pero tenia muy buenos sentimientos.

Genaro palideció de nuevo, y de nuevo tambien volvió á pasar la mano por su frente, diciendo:

—Suplico á usted que me siga contando su historia... Estábamos...—añadió con cierto aire de distraccion.

—Empezando...—replicó Laura sonriendo, y apercibiéndose del estado violento en que al parecer se hallaba Genaro.

Este se dejó caer sobre el respaldo de la silla, y alzó la cabeza, como si quisiera con un gesto manifestar á Laura que aguardaba á oir lo que quisiera decirle.

Laura lo comprendió así, y relató lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO CXXXVII.

La historia ofrecida en el capítulo anterior.

Laura, cuyo nombre romancesco quizá haya despertado en nuestros lectores la idea de una heroina de novela, era en efecto una mujer original por su carácter, no menos que por su aire sentimental y lúgubre. Dotada de esa viveza superficial propia del sexo femenino, y que algunos escritores han querido elevar al rango del verdadero talento, su estremada aficion á la lectura le habia hecho imprimir en su mente una multitud de tradiciones absurdas y de cuentos disparatados. Aun no habia cumplido quince años de edad, cuando ya le eran familiares los personajes fantásticos de Hoffman, los palacios de las *Mil y una noches*, y la sangre de la *Galería de espectros*. Entraba y salia como por su casa en los castillos de Walter Scott; con Bernardino de Saint-Pierre asistia á las pláticas amorosas de Pablo y Virginia, y despues de haber leido diferentes veces desde la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro hasta el último romance del siglo XVIII, sabia de memoria la desgracia del *Curioso impertinente*, único capítulo de la obra inmortal del manco de Lepanto que la generalidad de las mujeres cree digno de leerse. Para ellas los demás pasajes del libro son de escaso

mérito, y así las aburre y las cansa el autor disertando sobre literatura, como las fastidia y las incomoda el precioso repertorio de refranes que pone en boca del escudero Sancho. Pero desgraciadamente no son las mujeres las únicas personas á quienes ha parecido inmerecida la alta gloria que ha alcanzado en todos los pueblos y en todas las generaciones el famoso libro, sino que algunos críticos se han atrevido á pensar del mismo modo, y han osado quebrar su envidioso aguijon contra el invulnerable pedestal que ha levantado el mundo á Miguel de Cervantes. Muchos de estos han creido llamar de ese modo la atencion hácia sus personas, y bien se le puede permitir á la sabandija que escale la torre para ver desde la cúpula la vivísima lumbre del sol.

Pero tente, pluma, y no te remontes por esas regiones, no digan de tí otros críticos que has querido acogerte á sagrado, escribiendo en tus mal apergeñados renglones el nombre del príncipe de nuestros ingenios. Precisamente no es ese tu ánimo, ni cuando de tales grandezas te ocupes lo harás con maneras tan pequeñas. Mucho menos ahora, que no hace tres dias que saliste del gabinete donde se escribió una gran parte del *Don Quijote*, y que el humilde pueblo de Esquivias conserva como una de sus mejores glorias. Si Laura y el lector no nos esperasen con sobrada y justa impaciencia, algo diríamos de ese gabinete y de la carta dotal de doña Catalina Palacios, esposa de Miguel de Cervantes, cuya firma es otro monumento que asimismo conserva con orgullo el citado pueblo de Esquivias, de donde no há mucho vinimos para asistir á la entrevista de Laura y de Genaro.

Y ya que la tardanza ha sido larga, no nos detengamos ahora mas de lo regular para decir que apenas Laura, invitada de nuevo por Genaro para contar la historia de su matrimonio, hubo tomado su aire novelesco, cuando dijo:

—Huérfana desde la infancia, y confiada mi educacion al cuidado de un hermano de mi pobre madre, su esposa

fué la que concertó mi matrimonio con Espoleto, ayudada en esa intriga por un italiano amigo y compatriota de mi esposo. Ambos habian ganado mucho dinero en España, adonde llegaron como simples aventureros, y mi marido necesitaba enlazarse con una familia distinguida, para adquirir la posicion social, que entonces no se compraba tan fácilmente como ahora.

Laura alzó la cabeza con orgullo, satisfecha, al parecer, de haber valido mas que los millones que constituian el capital de su esposo, y continuó:

—Mi boda mejoró la situacion pecuniaria de mis tios, y el hermano de mi madre murió pocos meses despues de mi enlace, arrepentido de haberle autorizado con su vergonzosa obediencia á todos los caprichos de su esposa.

—Su tia de usted era en estremo dominante,—interrumpió Genaro.

—¿La conoció usted?—preguntó Laura.

—No, señora; pero un amigo mio, que lo habia sido mucho suyo, me dijo que su ambicion y su altanería la hacian capaz de las mas terribles ideas.

—¡Usted no sabe hasta qué punto era cierto lo que decia su amigo!... Es preciso haber vivido á su lado como yo, para comprender toda la perversidad de aquella alma fria, egoista, y desnuda de todo sentimiento de bondad y de ternura. Pero ha muerto, y no está bien que me entretenga á hacer un discurso necrológico, que no podria ser nunca *apologético*.

Laura creyó al pronunciar esta palabra haber dado una gran muestra de erudicion, y miró á Genaro, que la sorprendió, diciéndola:

—¡Pero cuando yo la conocí á usted vivia en buena armonía con su esposo!...

—Todos lo creian así, y sin embargo, ¡jamás he sufrido tanto como entonces!... Persuadida por mis propias reflexiones, y por las de algunas personas que compadecian

mi desgracia, de que el lazo que acababa de formar era indisoluble, traté de resignarme, imponiéndome la obligacion de amar al hombre con quien habia de vivir eternamente. Pero ¡ay! que es imposible el fingimiento cuando no está alimentado por una sombra siquiera de esperanzas. El amor y el aborrecimiento no caben á la vez en el corazon, porque para cada una de ambas pasiones es cárcel estrecha el alma... Yo lo conocia así, y lo único que creia posible, aunque no fácil, era adormecer uno de esos afectos mientras durase la lucha del corazon con la cabeza... ¡pero me engañaba! Para alcanzar esa dicha, era preciso que Espoleto se hubiese propuesto lo mismo, y que persuadido de que no le amaba, hubiera procurado hacerse cada vez menos aborrecible á mis ojos... Antes de crear una pasion que parecia improbable, era necesario desalojar otra enteramente opuesta, que empezaba á enseñorearse del corazon. A pesar de la repugnancia que me inspiraba su aspecto, y las escasas noticias que entonces tenia de su carácter, le hubiese sido muy fácil escitar mi compasion, ya que no mi amor. Pero hizo todo lo contrario, y la noche de boda fué horrible... Trató de alcanzar mi amor por medio de las amenazas, y para probarme que no serian estériles sus promesas, me refirió la historia de sus crímenes.

—¿Sus crímenes?—interrumpió Genaro.

—Sí,—repuso Laura, bajando la voz.

—¿Pero su tia de usted ignoraria quién era el hombre que la daba en matrimonio?

—Habia sido su amante en Italia antes de casarse con el hermano de mi madre.

—¡Qué horror!—repuso Genaro.

—Sus revelaciones,—continuó Laura,—alcanzaron de mí lo que no hubiese logrado nunca con mi reflexion ni con mi talento... Me resigné en silencio á sufrir el suplicio á que me condenaba el destino, y antes de cumplir diez y siete años me abandoné en los brazos de un parricida.

Genaro se incorporó en la silla al oir las últimas palabras de Laura, y esta guardó un momento de silencio, enjugando una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—¡Parricida!...—repitió Genaro asustado; pero mirando á Laura, como si dudára de lo que acababa de oir.

—Parricida...—repitió Laura.—Viudo en Venecia de una mujer muy rica, con quien solo habia vivido un año, asesinó á su hijo por recoger una herencia, que fué la base de su fortuna.

—¿Y él mismo la confesó á usted ese crímen?

—Me lo hizo saber por medio de Bertollini.

—Bertollini,—repitió asombrado Genaro.—¿Conocia usted á ese hombre?

—Sí... es el amigo íntimo de mi marido.

—Ha muerto,—repuso Genaro.

—¿Cuándo?—preguntó con ansiedad Laura.

—Hace poco tiempo que le asesinaron.

—Era de esperar que un hombre tan malvado acabára de ese modo... ¿Pero usted le conocia?

—Sí,—contestó secamente Genaro.

—¿Le vió usted en mi casa?

—No, señora,—dijo Genaro, pasando la mano por la frente.

Y acercándose con impaciencia á Laura, añadió:

—Siga usted su historia... Esa revelacion del parricidio, ¿la supo usted en los primeros dias de su matrimonio?

—No me la dijeron nunca de una manera clara.

—¿Y usted no la ha contado á nadie nunca?

—¡Jamás!

—¿Su esposo de usted está en Madrid?

—Creo que sí.

—Aun estamos á tiempo.

—¿Qué piensa usted hacer?—dijo Laura sobresaltada.

Genaro guardó un momento de silencio, y con aire de distraccion, dijo:

—Ya encontré la llave.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, señora; Bertollini ha sido el agente secreto de todos los crímenes de un hombre á quien queremos arrojar á la cara las pruebas de sus maldades... Espoleto...

—Es el padre de mis hijas,—interrumpió Laura asustada.

—Lo sé, señora; pero no será estraño á la amistad del hombre de quien yo hablo.

—¿Cómo se llama?

—El abad de Maqueda.

—¡Dios mio!—gritó Laura horrorizada.

—¡No me habia engañado!—dijo Genaro.

—¿Conoce usted al abad?—repuso Laura.

—Ahora mismo,—dijo Genaro,—acaban de salir de aquí dos víctimas que hemos arrancado á su infame yugo.

—¡Razon tenia yo para decir que mi historia parecia una novela!—esclamó Laura.

—Pero una novela cuyo desenlace corre á mi cargo desde este momento. Déme usted todas las noticias que sepa del crímen de su esposo...

—¡Ah... no!... ¿Y mis hijas? Mi pobre Marcela...

—No tema usted nada... tambien la duquesa de Mont-Marsan nos ha prohibido que entreguemos el nombre de su familia á los tribunales, y respetaremos su voluntad. Haremos lo mismo con Espoleto, pero no quedarán impunes ni el crímen del uno ni los del otro... Cuénteme usted todo lo que sepa.

—No sé nada mas que lo que acaba usted de oir.

—Como usted guste, señora; me basta con las noticias que tengo.

—¡Piedad, amigo mio, piedad!

—¿De quién?

—Del padre de mis hijas.

Genaro se alzó en pié, dió algunos pasos por la sala

con el semblante visiblemente alterado, y acercándose á Laura, la dijo sonriendo:

—¿No quiere usted encargarme de su defensa?

—¿Y contra quién voy á pedir?

—Contra el ladron de la honra de Marcela.

—¿De mi hija?—esclamó Laura aterrada.

—Sí, señora; Espoleto ha querido levantar una muralla de sangre inocente entre su crímen y el tribunal de la justicia, y es preciso que la honra de esas criaturas y la de su esposa, le salven de la infamia de una muerte afrentosa...

—¡Ah... sí... sí... que nadie sepa lo que acabo de referir á usted!

—Es imposible, señora; mas tarde, ó mas temprano, todo se descubriria, y entonces no podriamos evitar que la sangre que enrojeciera el patíbulo empañase la pureza angelical de las hijas del reo de muerte...

—¡Qué horror!—gritó Laura.

—Pues bien, señora; para impedir esa desgracia, es preciso que antes que Espoleto comparezca ante el tribunal de la opinion pública, se juzgue á sí propio ante el de su conciencia.

—¡Su conciencia!...—dijo Laura con amarga sonrisa.

—No la tiene,—repuso Genaro;—lo sé; pero tampoco la tenia el abad, y sin embargo, no le damos otro castigo.

—El recuerdo de ese hombre me es mas horrible aun que el de mi esposo.

—¿Cuándo conoció usted al abad?

—En un viaje que hice á Paris con Espoleto.

—¿Le trató usted allí mucho tiempo?

—Solo le ví cuatro veces, porque, á pesar de las amenazas de Espoleto para que le permitiera frecuentar mi trato, no tuve fuerzas para soportar su amistad mas tiempo... Repugnancia de que debí arrepentirme muy pronto, porque sus pérfidas y continuadas sugestiones empeoraron mi situa-

cion, haciéndome sufrir nuevos tormentos. Mi pobre Marcela tenia entonces pocos meses, y sus inocentes caricias eran el único alivio en mis horribles padecimientos... Parecia que Dios inspiraba al pobre ángel mio para que con sus besos endulzára mi agonía... Sus ojos eran mi faro de salvacion, que alumbraba una esperanza remota de ser algun dia menos infeliz que entonces... ¡Ay! ¡Ese dia ha llegado ya!... En medio de la miseria que me aflige... imposibilitada de poderme mover de esta silla, el placer de estrechar á mis pobres hijas me llena de alegría.

Laura estaba cada vez mas afectada, y las lágrimas, que hasta entonces habia reprimido con trabajo, se desbordaron sobre sus mejillas, y al enjugarlas dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Genaro la observó en silencio por espacio de algunos minutos, y acercándose de nuevo á hablarla, la dijo:

—¡Laura!... amiga mia, destierre usted esa tristeza que empeora su situacion sin necesidad... Hoy precisamente han terminado las desgracias que la han afligido hasta aquí, y sin la revelacion que acaba de hacerme, las señoras que ha recibido usted hace un momento habrian cambiado su suerte asegurando la felicidad de esas pobres niñas.

—¿Quiénes son esas señoras?—preguntó Laura.

—La duquesa de Mont-Marsan y una amiga suya, que renunció al condado de Baza por tomar el hábito de las hermanas de la Caridad. La duquesa dá hoy su mano de esposa al jóven que vino en mi compañía.

—¡Se casa!...—esclamó Laura, estremecida.

—Sí, señora; pero es una eleccion del corazon, sancionada por la cabeza. Difícilmente se hallará un matrimonio mas perfecto.

—¡Todos parecen lo mismo la víspera de realizarse!—dijo Laura con amargura.

—Sí; pero la union de Adelaida con Fernando no se parece á ninguna otra.

—Lo creo muy bien, y no dudo que serán felices.

—Lo serán indudablemente, porque han cimentado su felicidad en la de todas las personas que los rodean.

—Muy buena debe ser esa señorita, cuando con tanto entusiasmo habla usted de ella.

—Adelaida, —dijo Genaro con alegría, —no es una mujer... es un ángel... Perdóneme usted que sea tan poco galante hablando así de una señora delante de otra.

—¡Oh!... Mi hija me ha contado lo bastante para que crea justos los elogios de usted, y además la visita que se ha dignado hacernos habla mucho en su favor.

—Hoy, —repuso Genaro, —dia de su boda, le ha destinado esclusivamente á ejercer la caridad, distribuyendo la mayor parte de las rentas entre una porcion de familias necesitadas... Pero no con la humillacion que suele imponer ordinariamente la limosna, sino con una nobleza y un desprendimiento dignos del ángel de la Providencia... Se llenará de alegría cuando sepa que yo me he encargado de aliviar la suerte de ustedes, librándolas del funesto influjo de ese hombre.

—¡Por Dios, amigo mio, no olvide usted que Espoleto es el padre de mis hijas!

—Tranquilícese usted, y nada tema... Mañana me dará usted todos los pormenores de lo que hoy me ha indicado, y en adelante nada tiene que temer.

Laura volvió la cabeza, y señalando con la mano un viejo arcon de nogal que habia detrás de la puerta de entrada, dijo:

—Hágame usted el favor de abrir ese baul y sacar una cartera encarnada que hay en el fondo.

Genaro obedeció la órden de Laura, y la llevó una cartera de tafilete carmesí.

—Guárdela usted, —le dijo Laura; —en ese libro de memorias está escrita toda la historia de mi matrimonio, aunque omitiendo los nombres... Nadie la ha visto mas que

usted... A mí misma me han faltado las fuerzas para leerla.

—Descuide usted, señora, que nadie mas la leerá tampoco,—dijo Genaro, guardando la cartera.

Y cogiendo el sombrero, tendió su mano á Laura, y la dijo:

—Mañana volveré á ver á usted... Ahora me retiro, porque debo asistir como testigo á la boda de la duquesa, y á pesar de ser un acto de verdadera confianza, y propiamente íntimo, el conde de San Fabian, que es el padrino, ha dispuesto que la ceremonia sea de gran etiqueta, para dar toda la solemnidad posible á un enlace notable por las circunstancias que concurren en los contrayentes, y por las dificultades que han debido vencerse para llevarle á cabo.

—Adios, amigo mio,—dijo Laura, estrechando la mano de Genaro;—yo me quedaré aquí mientras tanto haciendo votos por la felicidad de los nuevos esposos.

Genaro hizo un saludo, y salió de la habitacion de Laura antes que volviesen Marcela y su hermana, que, como sabe el lector, se habian dirigido á casa del doctor Espinosa.

CAPITULO CXXXVIII.

Eugenia en el tocador de Adelaida.

El 10 de Marzo de 1840 fué el dia señalado por el conde de San Fabian y la condesa de Baza para la realizacion del matrimonio del hijo de don Lorenzo Vargas con la jóven duquesa de Mont-Marsan.

Ambos viejos aristócratas habian solicitado con entusiasmo la honra de ser los padrinos de los desposados, y ayudados de la duquesa de Monte-Oscuro y de Mendoza, se habian ocupado con algunos dias de anticipacion de los preparativos para la ceremonia.

Nada habian omitido de cuanto pudiese contribuir á la mayor brillantez de la fiesta, y perfectamente amalgamados el buen gusto de Daniel Mendoza y de la duquesa de Monte-Oscuro, con las tradiciones aristocráticas del ceremonioso conde de San Fabian, todo quedó preparado de una manera espléndida y digna de los mejores tiempos de la córte de Felipe IV.

Pero mas aun que por la riqueza y el lujo, se hacian notables las disposiciones citadas por el carácter especial que las habia impreso el exagerado sentimiento religioso de la condesa de Baza.

Mas adelante, quizás en este mismo capítulo, podrá juzgar el lector de la verdad de nuestro aserto, aunque ya habrá adivinado lo bastante con la descripcion que le hicimos de la ceremonia religiosa que se verificó en la capilla del palacio en la mañana de aquel mismo dia.

Nuestro propósito al empezar á escribir esta novela fué el de pasar por alto ciertos pasajes de la historia de donde tomamos las principales noticias; pero la circunstancia de irse publicando al propio tiempo que la escribimos, nos hace cambiar de opinion en obsequio á las diferentes exigencias con que nos honran los lectores. Y son tantos los que han acudido á pedirnos que no omitamos la descripcion de la boda de Fernando con Adelaida, que nos hemos decidido á abrir de par en par las puertas del palacio de Baza para que nadie deje de ver la solemne ceremonia que colmó la dicha de la jóven duquesa de Mont-Marsan, realizando el pensamiento constante de su desgraciada existencia.

Diferentes veces, con esceso quizás, hemos esplicado al lector la vehemencia del amor de Adelaida, y las razones que tenia para cifrar su dicha en unirse eternamente con un hombre á quien siempre habia amado, única persona que la habia consagrado su existencia.

Imprudentes en demasía, la hemos sorprendido invocando el nombre de su amante en medio de sus desgracias, con esa pureza angelical con que los niños pronuncian el nombre de sus madres al exhalar un grito de dolor tendidos sobre su regazo.

Grabando el nombre de Fernando en las oscuras paredes de la Torre del Duende, mezclándole en sus oraciones al pié del lecho de su querida hermana Eugenia, encerrándole en su corazon cuando silbaban sobre su cabeza las balas de los bandidos de la Peña Sacra, y sin tener otra áncora de salvacion para todos sus trabajos, siempre se leia en sus lábios el nombre de Fernando, sin que sus mejillas se cubrieran con la púrpura de la vergüenza, que distingue

las pasiones amorosas de los demás afectos del corazon.

El cariño de sus padres, que, respetos de sociedad antinaturales, la habian robado; las dulzuras de una niñez tranquila que huyeron de su lecho infantil, y la ilusiones de la juventud, que no la embriagaron jamás, todos eran sentimientos de ternura concentrados en el amor de Fernando, y todos se presentaban en su imaginacion cuando soñaba que algun dia podria vivir á su lado.

Aquella terrible palabra, tantas veces repetida por don Lorenzo, y que penetró en lo íntimo de su alma cuando ya no podia desalojar del pecho la pasion que formaba su existencia, habia combatido de tal manera su espíritu, que cuanto mas se acercaba la realidad de sus ensueños, tanto mas difícil la parecia su presente felicidad.

Nunca habia creido mas *imposible* su union con Fernando que en la ocasion presente.

Si el dia de que hablamos se hubiese detenido Adelaida á pensar en su dicha, hubiera creido que soñaba en un mundo ideal, en el que todas las personas que contribuian á labrar su felicidad se movian á impulso de su corazon, por engañarla haciéndola gozar á fuerza de ilusiones.

Y hubiera tenido razon al pensar así, porque tanto se habian identificado con su corazon sor Clotilde, Mendoza, la condesa, Genaro, y cuantas personas la conocian, que cada cual creia suya la felicidad de Adelaida, y todos gozaban viéndola dichosa, como si lo hubieran sido ellos propios.

Pero la jóven duquesa de Mont-Marsan hizo mejor aun en no detenerse á pensar en la felicidad que habia alcanzado, y ocupando los breves instantes que la separaban del término de sus desgracias en aliviar las de sus semejantes, engrandeció su victoria inundando de placeres su alma.

Nosotros, que la hemos conocido íntimamente, y que no nos hemos separado de ella en ninguno de sus conflictos, podemos asegurar que solo obrando de ese modo podia ser

menos desgraciada, y repetimos por última vez: que Adelaida no podia ser feliz mientras tuviese noticia de que alguien sufria por su causa.

El lector podrá imaginarse, sin que nosotros se lo digamos, si seria completa su dicha el dia de su boda, recordando lo que sufria entonces su infame tio el abad de Maqueda.

Sin embargo, no es esta ocasion de acordarnos de este funesto personaje, ni es bien que su nombre pase los umbrales del palacio de la condesa de Baza, adonde mas de una lectora nos llama ya impaciente.

Ventura y Mendoza, comisarios de órden en la gran fiesta que allí se preparaba, no omitieron detalle alguno por insignificante que pareciera, y emplearon la mayor diligencia en disponerlo todo con arreglo al ceremonial presentado por el conde, y aprobado por la duquesa de Monte-Oscuro.

El de San Fabian habia distribuido los papeles que cada cual debia representar en la ceremonia, y en el reparto le correspondió á Genaro el encargo de acompañar á Fernando, en cuya tarea le ha visto el lector en los capítulos anteriores.

Igual comision habia solicitado Eugenia para con su querida hermana Adelaida, y el no acompañarla en las visitas que hizo á casa del dorador de metales y de Laura, consistia en que se hallaba ocupada arreglando las prendas con que debia engalanarse su amiga para ir al altar á prestar el juramento de amor.

A la señora María, la inquilina de la casa número 75 de la calle de Leganitos, la habian otorgado la gracia de asistir al tocador de la jóven duquesa, y para ello, desde muy temprano, acudió al palacio, engalanada con las mejores ropas que la quedaron á la muerte de su marido.

Todos, en suma, tenian un puesto, y mejor diremos una parte activa en la ceremonia, inclusa la señora Crispina,

que con su marido Trifon habia recibido el encargo de estar en la repostería, ayudando á los criados de la condesa en el servicio del refresco.

Semejante destino no habia colmado los deseos de la zapatera, porque retirada á las piezas del ambigú, no podia observar todo lo que ocurriera en los estrados; pero pensó con tiempo en hacer amistad con el mayordomo de la casa para que la permitiera deslizarse y esconderse en algun rincon, desde donde pudiera satisfacer plenamente su curiosidad.

Para ella empezó la fiesta á la madrugada, y desde dos horas antes de la misa que se celebró en la capilla, ya no volvió á salir del palacio, donde tuvo á su lado al señor Trifon, que, aburrido por haber abandonado su trabajo, y entumido con la ropa de los dias festivos, apenas acertaba á moverse.

Crispina, por el contrario, iba de un lado á otro sin dejar de hablar de todo y con todos, acercándose alguna vez á su marido para decirle:

—Trifon, no estés así, que pareces un ave fria...

—¿Pues qué quieres que haga?—decia el pacífico maestro de obra prima.

—Lo que hacemos los demás... Andar de un lado para otro... bullir... hablar... moverte... estar alegre... ¡Jesús! ¡Me avergüenzas!... ¡Parece que no has visto nada nunca!

—Parece la verdad; ni tú ni yo hemos estado nunca en un palacio como este.

—Alguna vez ha de ser la primera.

—Sí, pero yo estaria mejor trabajando... dejé la suela en remojo anoche para la remonta del boticario, y todo lo he abandonado por venir aquí.

—Bien, ¿y qué?

—Nada, mujer, sino que no me gusta salirme de mi esfera. Aquí estamos como vendidos entre tanto lujo.

—Pues déjalo, que pronto has de dejar de remendar zapatos si me sale un plan que tengo acá en el magin.

—¿Qué cosa es?—dijo el zapatero.

Y la Crispina se llevó el dedo pulgar á los lábios para imponer silencio á su marido, retirándose con él á un rincon de la repostería, donde en voz baja le confió su secreto proyecto.

Nosotros la dejaremos pavonearse entre la servidumbre de la condesa con los *trapitos de cristianar* que adornaban su cuerpo, para acompañar á Eugenia, que está esperando la vuelta de Adelaida.

Tiempo há que no nos hemos acercado á la hermosa jóven, que con sus desgracias y sus virtudes entretuvo las primeras páginas de nuestra obra. Larga série de infortunios la han acontecido en el trascurso de esta historia, y en todos ellos hemos procurado llegarnos á consolarla, acompañando con nuestro silencio sus ayes de dolor, y reanimando con nuestras reflexiones los débiles restos de su desgraciada existencia.

La orfandad que la amenazaba entonces se ha cumplido ya de una manera terrible, y al cerrarse para siempre los ojos de su anciano padre, se ha estinguido en el corazon de su amante la hoguera cuya llama habia ella creido que no se apagaria sino con la muerte.

Ya no tiene que pasar las noches velando para ganar un pedazo de pan; pero en cambio no tiene á quién ofrecer la abundancia y el lujo en que hoy vive, gracias á la generosidad de su querida hermana Adelaida.

El amor filial la resarcia cumplidamente de las privaciones que le imponia su miseria, y al arrojarse en los brazos de su pobre padre, sentia reponerse sus cansados miembros de las fatigas del insomnio.

La dulce memoria de sus amores distraia sus largas horas de vigilia, y el nombre de Cárlos era para ella el bálsamo consolador que reanimaba su debilitado espíritu. Le-

yendo y releyendo las cartas en que le atestiguaba su amor eterno, cobraba fuerzas para luchar frente á frente con su implacable destino.

En el palacio de la condesa, donde á pesar de su insistencia y de la de Fernando se hallaba instalada, habian cesado completamente las privaciones del cuerpo; pero en cambio se habian acrecido considerablemente las del alma.

Su traje negro era un testigo constante de la orfandad á que la redujo la muerte de don Lorenzo, y la horrible palidez de su semblante y la angustiosa intranquilidad de su espíritu, revelaban el luto eterno de su corazon.

Todas las veces que á solas pensaba en su propia suerte, luchaba en vano por combatir los funestos recuerdos de su inolvidable amor, sin hallar un asilo sagrado que amparase su desgarrado pecho.

Ni el amor que la profesaban Fernando y Adelaida, ni el cariño de sor Clotilde y de la condesa, eran suficientes para tranquilizar su espíritu, borrando la triste memoria de la infidelidad de Cárlos.

Inútilmente pretendia entregarse á la dicha con que la brindaba la próspera mudanza de su adversa fortuna. La felicidad de sus queridos hermanos henchia de gozo su corazon; pero no era bastante á desvanecer la tinta melancólica y triste que nublaba su rostro.

Para que así sucediese, habria sido preciso que la union de Adelaida con Fernando hubiera exigido tan costoso sacrificio. Si Eugenia hubiese creido que para la felicidad de sus hermanos era indispensable que ella olvidase sus penas, habria sonreido constantemente sin que nadie pudiese traslucir el dolor que la devoraba el alma.

Pero semejante sacrificio era inútil, y Eugenia se alegraba interiormente de no tenerse que hacer una violencia superior acaso á sus débiles fuerzas. Por eso al encerrarse en el gabinete destinado para tocador de Adelaida, se entregaba con libertad á desahogar su pecho de los terribles

afectos que le combatian cuando se hallaba al lado de sus amigas.

La lágrima que rodaba sobre su mejilla izquierda en el momento que hemos elegido para que la vea el lector, llevaba envuelto en su diáfano y cristalino seno un suspiro de amor, que caia sobre su pecho, como el plomo asesino, que marchita con su pesadez el tierno capullo de la rosa, despues de haber atravesado y roto una existencia querida.

Aquella lágrima abrasadora, que abortó la ardiente pupila, cayó helada sobre el corazon de Eugenia, para avivar la llama de una pasion reducida á cenizas.

Mucho ha debido sufrir su alma antes de verter una gota de su único gérmen de vida; y la presteza con que la enjuga, como si temiera que alguien la acusára por haberla derramado, revela los secretos esfuerzos de su corazon por reprimir su pena.

La estancia en que Eugenia dispone todo lo necesario para el tocado de su querida hermana Adelaida, ha sido preparada por Daniel Mendoza, de acuerdo y por encargo de la condesa.

Todos los muebles del tocador, testigos ahora de los suspiros que lanza Eugenia á la memoria de Cárlos, han sido colocados allí por el hombre que no sabe vivir sino por Eugenia y para Eugenia.

Grandes pruebas tiene ella de su amor, y no pocas deudas de gratitud que pagar; pero preocupada con su desgracia, no ha consagrado un solo momento á pensar en el amor de Mendoza, á quien solo ha hablado una vez, aquella misma mañana, despues de la ceremonia de la capilla.

Pero Mendoza no la declaró entonces su amor, ni la pidió que le correspondiera, ni la dijo, en fin, nada de lo que seguramente le habria dicho si no hubiera temido anticiparse una derrota, que él creia mensajero de su muerte. Habia preferido vivir en la incertidumbre amándola en se-

creto, antes de saber lo que con fundamento sospechaba, lo que su corazon le repetia á cada momento.

Galante con las señoras, en el desayuno que la condesa hizo servir á todas las personas que asistieron á la capilla, cualquiera que hubiese reparado en la agitacion con que se acercaba á Eugenia, habria comprendido lo que pasaba en su alma. Sin embargo, repetimos que no la dijo ni una sola palabra de amor, y que antes por el contrario, halagó de tal manera el secreto dolor que motivaba la tristeza de Eugenia, que esta dudó si deberia abrirle su pecho y desahogar su pena. Próxima estuvo la inocente jóven á elegir para su confidente á la víctima de aquella propia confianza; pero temió agravar su martirio al renovar la historia de su desgracia, y solo correspondió con dulces sonrisas á la afectuosa solicitud de Mendoza.

Este, por su parte, embriagado de placer con la idea de estar al lado de la prenda de su corazon, nada exigia de ella, y aquellas sonrisas le llenaron de felicidad.

Natural era que sucediese así. Ninguna de las infinitas aventuras de su vida calaveresca y disipada le habia podido eximir de esa sentencia que el código del amor impone á todos sus vasallos. Los diversos afectos que habia sentido por las mujeres que amó antes de conocer á Eugenia, no podian cambiar su corazon; y el moderno don Juan Tenorio, como le llamaban sus amigos, estaba condenado á ambicionar hoy lo que habia de parecerle mezquino mañana.

Hoy una mirada, mañana un recuerdo, mas tarde un suspiro, y un beso de amor despues, son el término de la veleidosa é insaciable ambicion de los enamorados. Siempre tras de nuevos placeres; lo que ayer creyeron supérfluo, hoy lo consideran de absoluta necesidad.

A esos deseos crecientes estaba condenado Daniel Mendoza, que se consideraba en el colmo de la felicidad, por haber merecido una fria sonrisa de los virginales lábios de Eugenia. Si alguien le hubiese dicho que mas tarde no le

bastaria ese favor para ser feliz, habria creido que no comprendia su amor, ó que profanaba su pureza.

Por eso al separarse de ella para dedicarse á preparar lo necesario para la ceremonia que debia verificarse aquella misma noche, lo hizo con un aire de satisfaccion que hubiese engañado aun á las mismas personas que presenciaron su primera entrevista con la señora de sus pensamientos.

Eugenia contribuyó inocentemente á aumentar la dicha de Mendoza, dirigiéndole una mirada de agradecimiento al salir del comedor para dirigirse al gabinete en que ahora le encontramos.

Ella no ignoraba que aquel aposento habia sido preparado los dias anteriores por Daniel Mendoza, y sin embargo, repetimos que ni una sola vez pensó en él al encontrarse allí, y que al huir de la presencia de todos, borró tambien de su memoria, sin esfuerzo alguno, la imágen del Vizco. ¡El Vizco!... cuyo amor habia olvidado, y cuyo afecto consideró como impulsado únicamente por la amistad que profesaba á su hermano.

Apenas se vió sola en el tocador de Adelaida, se dejó caer sobre uno de los divanes de terciopelo morado que rodeaban las paredes, y comenzó á suspirar hasta el momento en que, haciendo un gran esfuerzo, se alzó en pié, y enjugó la última lágrima que entonces pensó verter por la infidelidad de Cárlos.

El gabinete que habian destinado para tocador nupcial de Adelaida era ochavado, y sus paredes estaban vestidas de moaré blanco con molduras doradas; en el centro del techo, pintado al fresco, se veian las tres Gracias sobre un trono de flores, y en los ángulos cuatro hermosas ninfas, que el pintor no pudo dejar con los hombros desnudos, por haberse opuesto á ello la condesa, en la revista de inspeccion que pasó á todos los preparativos de la casa.

En una de las paredes del gabinete se abria una venta-

na, cubierta con un trasparente, en el que estaba pintada la fábula de Narciso mirándose en las aguas de un arroyo, y diferentes adornos orientales, todos alusivos al destino que se habia dado al gabinete.

La madera de los divanes y de los demás muebles era blanca como el alabastro, y únicamente la mesa del tocador, y el sillon que estaba enfrente de ella, eran de talla dorada.

Detallar todos los juguetes y adornos que cubrian el mármol blanco de esa mesa, seria prolijo, y no conviene á nuestro propósito. Bastará decir que Mendoza no habia omitido nada de cuanto pudiera convenir, no ya para el tocador de una duquesa, sino para el de una reina.

En el fondo del aposento habia un magnífico espejo de vestir, sostenido por dos graciosas columnas blancas con molduras doradas, y sobre dos elegantes pedestales, cubiertos de flores naturales, vertian un vapor aromático, pero suave, delicado y casi imperceptible, dos elegantes pebeteros de oro.

El sillon en que habia de reclinar su cuerpo la jóven duquesa, estaba cubierto con un peinador de finísima batista, primorosamente bordado de blanco y guarnecido de encaje valencienne.

Eugenia puso en órden todos los juguetes del tocador, arregló los aderezos que habian de servir para el tocado de Adelaida, y una sonrisa de verdadero placer bañó sus lábios mientras se ocupaba de esos preparativos.

Su traje negro contrastaba visiblemente con la estraordinaria alegría de su semblante y con la voluptuosidad oriental que se respiraba allí.

Una vez, al pasar Eugenia por delante del espejo de vestir, reparó en su traje, que se retrataba en el cristal destacándose de los demás adornos del gabinete, y no pudo reprimir un suspiro de dolor que se escapó de su pecho.

En aquel momento pensaba la inocente huérfana en su difunto padre, y se vió obligada á reclinarse sobre el sillon

en que su hermana habia de engalanarse para recibir la bendicion nupcial.

Entonces cogió maquinalmente en sus manos el cofrecillo de las alhajas preparadas para la jóven duquesa, y abriendo un medallon de brillantes que adornaba una pulsera, llevó la mano á su pecho, y sacó una bolsita de terciopelo, que el lector recordará haberla visto estrechar con ahinco cuando la desnudaron las enfermeras del hospital.

En aquella bolsa no se encerraba ya solamente el escapulario de la *Fé* que al morir la entregó su madre, sino que allí habia depositado otra memoria no menos querida... Algunos cabellos blancos, que ella propia cortó á su anciano padre dias antes de morir.

Sin soltar de la mano la pulsera llevó á sus lábios la preciosa reliquia, y dividiéndola en dos partes iguales, puso una de ellas en el secreto broche de brillantes, no sin haberla envuelto primero en un papel, en el que escribió estas palabras:

Adelaida, querida hermana mia, guarda sobre tu pecho esta reliquia como un talisman en tus desgracias, y como el regalo de boda de tu querida —EUGENIA.

Volvió á dejar la alhaja en el cofrecillo, y cuando se disponia á salir del tocador para dirigirse al gabinete de la condesa, oyó tocar suavemente la puerta, y al propio tiempo conoció la voz de Mendoza, que dijo:

—¿Se puede entrar?

Eugenia se estremeció sin saber por qué, y cubiertas de rubor sus mejillas, respondió con voz temblorosa y dulce:

—Adelante.

Mendoza abrió la puerta, y se presentó en el dintel no menos avergonzado y confuso que la jóven, á cuya memoria acudió entonces, por primera vez, todo lo ocurrido en la primera entrevista que acababa de tener con el hombre que tanto la amaba, y á quien debia tanto agradecimiento.

CAPITULO CXXXIX.

El Vizco y Eugenia.

—Dispense usted, señorita,—dijo Mendoza turbado, y sin moverse del dintel de la puerta.

—No hay de qué,—respondió Eugenia con voz dulce, pero sin alzar los ojos del suelo.—Pase usted adelante,—añadió, observando la cortedad de Mendoza.

—Yo ignoraba,—repuso este sin pasar adelante,—que estuviese usted aquí... Usted dispense...

—¿De qué?—volvió á decir Eugenia.

—De que haya venido á interrumpirla...

—¿Usted?...—repuso Eugenia.—Yo soy la que debiera pedirle que me dispensára por haberme entrometido en este gabinete, donde nada me ha dejado usted que hacer... ¡Todo está tan bien dispuesto!...

—¿De veras?—esclamó Mendoza con alegría, y dando un paso hácia adelante.

—Sí, de veras. Parece imposible que en tan poco tiempo haya usted podido disponerlo todo de una manera tan completa...

—¿Lo cree usted así?—dijo Mendoza, entrando por fin en el gabinete.

—Sí que lo creo... —contestó Eugenia, admirada del tono con que la hablaba Mendoza.

—La aprobacion de usted era lo que yo deseaba...

—¿Mi aprobacion?

—Sí, señorita... Mientras he estado adornando este aposento, nada me gustaba... todo me parecia estravagante... ridículo... Ahora que usted lo encuentra bien todo, me parece que no puede haber nada mejor...

Eugenia bajó los ojos ruborizada por el entusiasmo con que hablaba Mendoza, y este, sorprendido de la turbacion que le causaba la presencia de aquella jóven, tampoco se atrevia á alzar los suyos.

Así pasaron algunos minutos, hasta que por fin sus miradas se encontraron, cayendo de nuevo, y á la vez, ambas al suelo.

Mendoza, con aire tímido, y con una vergüenza propia de un niño de quince años, se acercó á la mesa del tocador, y cambió los frascos de un lado á otro diferentes veces, como si se buscára á sí mismo un pretesto para permanecer allí.

Eugenia, que, como hemos dicho antes, en todo el tiempo que pasó en el tocador no habia pensado un solo momento en la entrevista que tuvo con Mendoza aquella misma mañana, recordaba en aquel momento la amabilidad con que la habia hablado, y la indiferencia con que ella le habia correspondido, y estaba dispuesta á reparar su falta. Pero un sentimiento de vergüenza, que no acertaba á esplicarse, la impidió alzar los ojos del suelo, ni decir una sola palabra, siéndole preciso á Mendoza romper el silencio para que Eugenia le dirigiese una nueva mirada.

—¿Con que usted cree que no falta nada?—la dijo, sin dejar de mover los frascos.

—Nada... todo está muy bien.

—Me alegro haber hecho una cosa á gusto de usted.

—A gusto mio ha hecho usted muchas cosas,—dijo sencillamente Eugenia.

—¿De veras?—esclamó Mendoza alborozado.

—¿No fué usted el que destruyó la acusacion que hicieron contra mí aquellas gentes, suponiendo que habia robado unas camisas?...

—Sí... señorita...—respondió Mendoza, helado al oir las palabras de Eugenia.

—¿No es usted tambien,—añadió esta,—el principal autor de la felicidad de mis queridos hermanos?

Mendoza guardó silencio, arrepentido de haber dado una interpretacion demasiado favorable á las primeras palabras de Eugenia, y esta añadió:

—¿No quiere usted que le esté agradecida por tanto como se ha interesado en nuestra suerte?

—No, señora,—repuso Mendoza.

—¿Por qué no?

—Usted no debe agradecerme nada... Me basta con que se digne admitir mis servicios...

—¿Y cómo podria rehusarlos?... Usted se oculta para hacerlos...

—¡Ojalá me hubiese ocultado siempre!...—esclamó Mendoza con amargura.

Y retirándose de repente de la mesa del tocador, se volvió hácia Eugenia, y la dijo:

—Señorita... tiempo es ya de que me atreva á romper un silencio que me habia propuesto que fuese eterno... Yo deseaba con ánsia una entrevista como esta, y voy á hacer á usted una confianza... voy á revelarla un secreto, que no cabe por mas tiempo dentro del pecho...

Eugenia no tuvo valor para retroceder, porque Mendoza cayó á sus piés de rodillas, diciéndola:

—Antes de todo quiero que usted me perdone...

—¡Perdonarle!...—esclamó Eugenia asustada.—¿Y de qué?

—Perdóneme usted...—repitió Mendoza.

—¿Pero de qué?... Usted no me ha ofendido.

—¿Es usted tan buena que ha olvidado ya la constancia con que la he perseguido por espacio de un año?

Mendoza alzó los ojos para mirar á Eugenia que volvia la cabeza, diciendo:

—Alcese... usted... por piedad.

—¿Usted me perdona?

—Alcese usted,—repitió Eugenia angustiada.

Mendoza se alzó en pié, y acercándose á Eugenia, que permanecia inmóvil en medio del gabinete, la dijo:

—Señorita, yo deseaba esta entrevista, porque usted no sabe todo lo que he sufrido al verme en su presencia sin poderme sincerar de mi vida pasada.

—Mi hermano me ha presentado á usted como uno de sus mejores amigos, y eso me basta,—dijo Eugenia con dignidad.

—Fernando es demasiado bueno,—repuso Mendoza.

Y viendo que Eugenia guardaba silencio, añadió:

—¿Nada la dijo á usted al anunciarla mi primera visita?

—Me dijo que ya conoceria á usted de haberle visto alguna vez en la calle.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Comprendo su reserva... Como usted tenia preocupada su memoria con recuerdos sagrados... creeria indigno de su atencion el hablar de mí...

Eugenia se inmutó al oir aquellas palabras que la recordaban la infidelidad de Cárlos, y de nuevo bajó los ojos, mientras Mendoza se retorcia las manos como si esperára hallar en ellas las espresiones mas adecuadas á la penosa situacion en que se veia.

El desalmado estudiante de Alcalá, el atrevido capitan de la Partida del Trueno, temblaba en presencia de una niña, y estaba tan aturdido al hablarla, como un rústico labriego introducido de improviso á la presencia del monarca.

Y su turbacion era tanto mas notable, cuanto que aquella entrevista no era casual, y al dirigirse allí habia luchado por dominar su aturdimiento, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

Pero el capitan Centellas, notable por su intrepidez y por su talento, era en esta ocasion un hombre enamorado, y estaba sujeto, como hemos dicho en el capítulo anterior, á todas las debilidades de la calentura del amor.

Ni edades, ni génios, ni condiciones, nada respeta esa fiebre que acomete sin distincion de sexos, y que, como las dolencias físicas, tiene el grave inconveniente de no invadir, á la vez que al enfermo, al médico que ha de curarla.

Si la mujer que inspira una pasion en el alma de un hombre sintiese, á la par que éste, los mismos sobresaltos, los mismos recelos y las mismas inquietudes, no se divertiria en atormentarle, haciéndole desprecios, oyéndole la historia de la enfermedad con indiferencia, y aplicándole por mero capricho la nociva medicina de los celos.

La medicina, y permítannos esta comparacion los enamorados, seria una ciencia exacta en poder del *contraria* y del *similia*, si el médico sintiese el dolor cuyo grado de intensidad pregunta con desden al paciente.

Pero no sucede así en ninguno de ambos casos, y por eso vienen á ser tan incurables las dolencias del alma como las del cuerpo.

La simpatía es una especie de fantasma que nadie conoce, porque en realidad no existe, y difícilmente, en las afecciones morales sobre todo, se encuentra esa identidad perfecta que todos los enamorados creen tan fácil y tan segura.

Sucede, por el contrario, que como la ambicion es el móvil de nuestros pensamientos, siempre anhelamos lo que no podemos alcanzar, y nuestro propio deseo nos hace enfermos incurables en el vasto hospital de las pasiones.

Mendoza y Eugenia estaban precisamente en ese caso, y el mal de ambos era incurable.

Eugenia, preocupada con su malogrado amor, no veia otra felicidad sino la que el perjurio de Cárlos habia hecho imposible. Mendoza, por el contrario, amaba á Eugenia sin esperanza; pero no queria huir las ocasiones de avivar esa pasion, porque creia que apartarse de ella era morir.

La felicidad de ambos no tenia mas camino que uno; el de que Eugenia olvidase á Cárlos, y convirtiese todo su amor hácia Mendoza. Pero para esto habria sido preciso que Eugenia no hubiese alimentado tanto tiempo aquella pasion, y mejor aun, que seis años antes, en vez de conocer á Cárlos Sandoval, hubiese conocido á Daniel Mendoza.

Pero ¡ay! que entonces ella habria sido la víctima, no ya de una indiferencia cortés y decorosa, sino de una seduccion infame y villana.

Entonces la honrada jóven, la pobre niña, habria pasado por las horcas caudinas de la inmoralidad del estudiante libertino, y su nombre se veria inscrito en el gran libro de la Partida del Trueno.

Eugenia, flor perfumada, escogida en el haren del universo entero por el capitan Centellas, para purificar con su aroma su corrompida existencia, seria ya un lirio marchito, agostado sobre el sepulcro de los placeres.

La hermosura que ahora admiraba... la pudorosa mirada que le hacia bajar la suya al suelo... el aliento que le embargaba la voz, y la virtud que le hacia caer de rodillas, todo habria sido reducido á polvo por el huracan del libertinaje y del vicio.

El cielo fué justo permitiendo que Mendoza no fijase sus ojos en Eugenia, cuando el corazon de la jóven, sediento de amor, no habia conocido aun otro hombre.

Mendoza tenia faltas que espiar, y era justo que el ariete que cruzó la ciudad, atravesando las murallas de los castillos, cayese frio ante los débiles pétalos de la azucena.

Si alguien le hubiese recordado, al verle temblar en presencia de Eugenia, los tormentos que hizo sufrir á las mu-

jeres que creyeron en su amor, quizás habria desistido de su pasion, ó cuando menos la hubiese conservado siempre encerrada en su pecho.

Pero el enamorado capitan Centellas no pensaba en otra cosa entonces sino en que amaba á Eugenia con delirio, y en que le era preciso aventurar todo su capital á un solo golpe. Le era indispensable ganarlo todo ó perderlo todo de una vez, y no queria vivir mas tiempo en la incertidumbre.

Sin embargo, probó fortuna aludiendo ligeramente á los amores de Eugenia con Cárlos, y se estremeció al ver el efecto que habian producido sus palabras.

El silencio de Eugenia le dió fuerzas para repetir su alusion, y dijo:

—Yo me he compadecido mucho de la situacion de usted.

—¿Usted?—repitió Eugenia, alzando los ojos con alegría.

Mendoza bajó los suyos estremecido, y contestó:

—Yo... sí, señora... ¿Se admira usted?

—No tal... Me alegro mucho de haber acertado...

—¿En qué?...

—En la idea que habia formado...

—¿Usted se ha ocupado de mí?

—Sí, amigo mio...

—¡Amigo!—esclamó Mendoza con pena.

—¿No quiere usted ser mi amigo?—dijo Eugenia con voz débil.

—Sí... sí...—replicó Mendoza con amargura;—era un esclavo, y gano mucho siendo un amigo.

El acento de fuego con que Mendoza pronunció estas palabras, y la mirada de amor que dirigió á Eugenia, hizo que esta se estremeciera cubriendo sus mejillas de un vivísimo carmin. Recordó en aquel momento la constancia con que la habia seguido á todas partes el hombre que tenia de

lante de sí, y ese recuerdo la llenó de rubor. Desde que Fernando se le presentó como á uno de sus amigos, dejó de mirarle con la repugnancia que antes; ya no la inspiraba terror ni miedo, como cuando para huir de su vista se hacia acompañar de la señora María.

Y tanto habia cambiado su opinion con respecto á Mendoza, que en la entrevista que tuvieron aquella misma mañana poco faltó para que le abriera su pecho, haciéndole confidente de sus mas íntimos pensamientos. Pero las palabras que acababa de oir la hicieron conocer que su reserva habia sido prudente, y que el afecto que la demostraba Mendoza era de índole diversa al que ella podia devolverle.

Sin atreverse á alzar los ojos permaneció largo rato, hasta que Mendoza, adivinando lo que estaba sufriendo, y decidido á no perder aquella coyuntura para dar algun paso favorable ó adverso en su amorosa empresa, la dijo con timidez:

—Sí, señorita, tiempo es ya de sincerarme á los ojos de usted de mi vida pasada. Ignoro si alguien se habrá ocupado en hablar á usted de mí, ni menos sé la manera con que lo han hecho... De dos distintos modos me juzgan los que me conocen... Los que solo han tenido en cuenta los actos de mi vida esterior, me creen un calavera, libertino, pendenciero y desalmado; un don Juan Tenorio... Mis amigos íntimos, los que conocen á fondo mi carácter y mis inclinaciones, han formado de mí una idea enteramente contraria... No diré yo ahora quiénes van acertados en su juicio; pero déjeme usted suplicarla que no forme ninguno hasta despues de haberme escuchado un momento...

Eugenia hizo un gesto de impaciencia; pero con tal dulzura, que Mendoza comprendió fácilmente que no era por desagrado de escucharle, sino por temor de que pudiera fascinarla.

Semejante interpretacion, que nosotros no calificaremos ni de acertada ni de errónea, le dió nuevo aliento para con-

tinuar su comenzado discurso, y acercándose mas para hablarla, la dijo con respetuoso acento:

—Hágame usted el gusto de tomar asiento, que procuraré ser muy breve.

—No se moleste usted en contarme nada, —dijo con voz débil Eugenia. —Nadie me ha hablado de usted sino mi hermano, y para mí es usted uno de sus mejores amigos... Esto me basta.

—Sin embargo, —replicó Mendoza, —yo quiero ganar por mí mismo la amistad de usted.

—¡Pues no la tiene usted ya!

—¡Pero se niega usted á oirme!

—Yo no puedo negar nada al hombre que ha salvado mi honra dos veces, —dijo Eugenia, sentándose temblorosa en el divan que estaba frente al espejo de vestir.

—¿Dos veces? —repitió Mendoza, encogiéndose de hombros.

Y al ver que Eugenia se habia inmutado, recordó lo que hizo por salvar á Cárlos, y bajando los ojos, esclamó:

—¡Ah!... ¡Lo habia olvidado!... ¡Cárlos!... ¡Siempre ese hombre!...

Eugenia volvió la cabeza avergonzada, y Mendoza añadió:

—Le ama usted aun... ¿no es verdad?

Nada respondió Eugenia, y sus hermosos ojos negros se anublaron de repente, como si se sintieran preñados de lágrimas.

Mendoza sintió tambien asomar las suyas, y dando una sacudida á la cabeza, como si le pesára de su debilidad, quiso cambiar bruscamente de conversacion y de lenguaje, y dijo:

—¿Con que nada ha añadido usted en el tocador de la novia?... ¿Cree usted que está todo completo?

Y viendo que Eugenia no le decia nada, cogió maqui-

nalmente el cofrecillo de las alhajas, le abrió, y examinó una por una las joyas que en él se encerraban.

La pulsera de brillantes en que Eugenia habia depositado una parte de los cabellos que cortó á su moribundo padre no llamó la atencion de Mendoza, que seguia distraido jugando con las demás alhajas, hasta que Eugenia alzó los ojos, y viendo el peligro que corria de ser descubierta la memoria que ella habia dejado para Adelaida, se levantó con prontitud del asiento, y cogió la pulsera.

Mendoza la miró sorprendido, y lleno de alegría el semblante, dijo:

—¡Señorita!...

—Dispense usted; esta alhaja encierra una memoria muy querida para mí, y no quiero que nadie la vea.

—¿Qué oigo?—esclamó Mendoza, pasándose las manos por la frente, como si quisiera despejar su imaginacion de una idea estraña.

—Es una reliquia que he jurado tener siempre conmigo...—dijo Eugenia.

Y Mendoza abrió los ojos con espanto, como el que no acierta á despertar de un sueño dichoso.

Volvió á mirar la alhaja que aun tenia en la mano, y la dijo:

—Señorita... mire usted bien lo que dice... esa alhaja no es la que usted buscaba... esta pulsera es un simple regalo de boda.

—¿Usted lo ha visto?—dijo Eugenia, creyendo que Mendoza habia penetrado su secreto.

—Sí, señorita, lo he visto, y la aseguro á usted que se engaña... ese brazalete no encierra sino un nombre.

—Un nombre... sí, pero un nombre que ha quedado para ser mi salvaguardia eterna.

—¡Qué oigo!...—gritó Mendoza, cayendo de rodillas á los piés de Eugenia, que corrió temblorosa hácia la puerta, dejando caer al suelo la pulsera.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—¡Qué oigo!—gritó Mendoza, cayendo de rodillas á los piés de Eugenia...

Mendoza la recogió presuroso, y examinándola de nuevo, dijo:

—No hay duda... ¡Es la mia!... Mi regalo de boda... ¡Aquí está mi nombre!...

—¡Su nombre!... ¡Dios mio!...—gritó Eugenia.

Y salió corriendo del tocador, dejando á Mendoza de rodillas con la pulsera en la mano.

Y así permaneció largo rato, hasta que el rumor de pasos que oyó en la sala contígua le sacó de su distraccion, y alzándose en pié, dijo en voz baja y con acento terrible:

—¡Pero es un sueño, Dios mio!... ¿Es un sueño lo que por mí pasa?... Un nombre...—dijo,—sí... un nombre que será su salvaguardia eterna... ¡Y ese nombre es el mio!... el mio, sí.

Y abriendo el medallon del brazalete, tropezó su vista con el papel que cubria las canas de don Lorenzo, y cogiéndole con impaciencia, añadió:

—¡Un papel!... Veamos.

Pero al descubrir lo que el papel ocultaba, llevó la mano á la frente, y esclamó:

—¡Ah! ¡Me he engañado!... ¡No era mi nombre!... ¡Era el de su padre!... Estos cabellos, emblanquecidos por los años, son la reliquia de que hablaba...

Despues quedó un largo rato pensativo, y volviendo á clavar sus ojos en la pulsera, añadió:

—¿Pero por qué habrá elegido esta alhaja para depositar en ella su sagrado recuerdo?... ¿Ignoraria que este brazalete era el regalo que yo habia ofrecido á la duquesa?... ¡Ah! ¡No es posible! Al colocar en él los cabellos de su pobre padre ha debido leer mi nombre... como le leyó quizás sobre la losa del cementerio... ¿Pero qué importa que le haya leido?... Lo habrá mirado con indiferencia, y eso es peor aun... O al cubrirlo con las cenizas de su padre, ha querido negarle la entrada en su corazon.

Todas estas palabras las pronunció Mendoza con un aire

de vaguedad que hubiera estremecido á los que conocian el profundo amor que tenia á Eugenia.

Afortunadamente, pronto se sintió mas próximo el ruido de las pisadas en la sala contígua, y á sacarle de su distraccion entró en el gabinete el aturdido calavera Ventura, el cual andaba por el palacio de la condesa como por su propia casa, sin que á pesar de la franqueza que usaba, cometiese la menor inconveniencia.

CAPÍTULO CXL.



La pulsera de brillantes.

El que malas mañas há, tarde ó nunca las olvida. Estas fueron las palabras con que Ventura saludó á su amigo, riéndose al verle estrechar entre sus manos la pulsera de brillantes.

Mendoza alzó los ojos para ver quién era el que entraba, y nada respondió.

—Buen amigo hubiese sido esa pulsera si la hubieras cogido en aquellas noches de desgracia en que no acertábamos una carta siquiera... Pronto la habriamos mandado cautiva á las mazmorras del judío Cachinari.

—¿Qué dices?...—preguntó con indiferencia Mendoza, sin soltar de las manos el brazalete.

—¿Tan enamorado estás de esa prójima que no me oyes?...—replicó Ventura, acercándose á examinar la alhaja.—¡Hola!... No me estraña ese amor, porque los diamantes valen la pena de entusiasmar á cualquier hombre... Mira tú unos ojos que no lloran ni están tiernos nunca, y que son capaces de ablandar un corazon de bronce... Enamórate siempre de niñas por el estilo de esta, y no te faltará quien te saque de un empeño, ó mejor dicho, quien se *empeñe* por sacarte de un apuro...

—¡Eh!... Calla, no digas tonterías...—repuso Mendoza, saliendo por fin de su distraccion.—Esta alhaja la he comprado yo...

—¿Tú?

—Sí.

—Dáme los brazos, querido capitalista... ¿Con que ya pones tus rentas en pedrería?... ¡Oh!... ¡Bienaventurado jóven!... ¿Pero para qué has comprado esa alhaja?

Mendoza no respondió nada, y siguió fijando su vista en el brazalete.

—Calla... no me lo digas... ya adivino adónde vas á parar... Te dirá que sí.

—¿Quién?

—No existe mujer que resista á un argumento tan sólido... El diamante es el cuerpo mas duro de la naturaleza.

—Lo de menos valor que tiene esta alhaja son las piedras,—dijo Mendoza.

—¿Sí?...—replicó vivamente Ventura.—Pues estoy por lo menos... guárdate lo mas... partamos... Dáme las piedras, y te regalo el oro.

—El oro no vale nada tampoco en comparacion de un papel que hay aquí dentro.

—¿Algun billete del Banco?

—No,—dijo Mendoza sonriendo.

—¿Algun *talon*?... Estoy por los talones... Me gustan mas que las pantorrillas.

Mendoza se sonrió de nuevo, y abriendo el medallon, mostró á su amigo el papel que habia escrito Eugenia, y le dijo:

—Mira.

—¡Eugenia!...—esclamó Ventura leyendo.—Esta firma no es corriente en la plaza... te protestan el talon.

Y despues de haber leido todo lo que escribió Eugenia, continuó diciendo:

—Tiene razon... el oro es un talisman seguro contra toda clase de desgracias... Pero díme, Daniel, ¿es verdad que tú has pagado esta pulsera?

—Sí.

—¿Con que ya corren de tu cuenta los regalos de esa señorita?

—¡Eh!... No seas tonto... Lo que estás diciendo ahora viene muy mal con lo que hablamos esta mañana... ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

—Sí.

—Pues bien, en ese caso, lo que ahora dices es solo hablar por hablar.

—No tal... Tú me has dicho que has pagado esta pulsera, y veo que la regala Eugenia.

Mendoza sacó el pelo, y mostrando á Ventura el fondo del medallon, le dijo:

—Lee y verás.

—*Daniel Mendoza, al Angel de la Caridad, 10 de Marzo de 1840*,—dijo Ventura leyendo.—¡Hola!...—añadió.—¡Es tu regalo de boda!... Me alegro de que hayas echado el resto en esta ocasion... Así sabrá esa cuadrilla de aristócratas quién es el capitan de la Partida del Trueno...

—¡Calla!... No pronuncies mas ese nombre.

—Tienes razon; me habia olvidado de que ya no hay partida ni capitan... Hoy estamos convertidos en unos pisaverdes, alfombrando salones y preparando *buffets*, como dicen nuestros elegantes *lions*... Pero volviendo á lo de la pulsera, ¿cómo es que siendo regalo tuyo, ha escrito Eugenia ese papel?

—Porque lo que ella regala no es el brazalete, sino el pelo que hay dentro.

—¡Ah!... Ya entiendo... Es decir, que tú eres la *rica* bandeja de ese *frugal* obsequio; ¿pero cómo os habeis puesto de acuerdo en tan poco tiempo?

—No digas disparates, Ventura... Eugenia ha querido

dejar un recuerdo á su amiga, y lo ha colocado en esta alhaja sin saber que fuese presente mio....

—O sabiéndolo mejor que tú.

—¡Ojalá!...—esclamó con entusiasmo Mendoza.

—Pues oye,—repuso Ventura.—¿Quieres que te hable con formalidad?

—¡Si puedes!...—dijo Mendoza sonriendo.

—Esta mañana cuando fuí con el conde de San Fabian á visitar al señor arzobispo para convenir en la hora á que se habia de celebrar el desposorio, me dijo el buen señor:—Lástima que no hayan pasado seis meses al menos de la ocurrencia de Cárlos Sandoval.—¿Por qué? le pregunté.—Porque en ese caso, me respondió riendo, de un tiro matábamos dos pájaros.—Yo le dije que no entendia lo que queria decir, y él me replicó:—No me engaña usted, amiguito... algo mas que yo sabe usted de los amores de Eugenia con Mendoza.

—¿Y tú que le dijiste?

—¿Qué le habia de decir?... La verdad; que era cierto que tú estabas enamorado de Eugenia; pero que no tenias esperanzas de que correspondiese nunca á tu amor.

—¿Y qué dijo el conde?

—Que no fuésemos tan bobos en materia de amores, que nos dejásemos engañar por una niña de veinte años.

—Es falso...—gritó Mendoza con indignacion.—El conde no ha podido decir semejante cosa.

—Pues, señor, muchas gracias... no lo ha dicho...—contestó Ventura picado.—La culpa tiene quien se emplea en hacer nada por un hombre que quiere casarse... Ningun novio tiene sentido comun, y tú estás tan arrocinado que no se puede hacer nada contigo.

—Pues ea, dí... ¿qué has hecho?—replicó Mendoza con tono suave.—Siempre habrá sido alguna tontería...

—Tienes razon, una tontería, porque todo lo que sea contribuir á facilitar tu boda, es una verdadera tontería...

Cada vez estoy mas firme en mi propósito de no casarme; y te juro que si alguna vez llego á ser ministro, ¡Dios no lo permita! el primer decreto que pongo á la firma de su majestad es el de...

—¿Abolir el matrimonio?...—interrumpió Mendoza riendo.

—No tal; eso seria atentar á la vez contra dos sacramentos de la Iglesia... Tanto valdria suprimir la penitencia y la expiacion.

—Pues ea, oigamos el primer decreto del ministro Ventura.

—«Atendida la escesiva abundancia de los tontos,—dijo Ventura,—y para premiar como es debido la sensatez de los hombres que, resistiendo á la perniciosa seduccion de las mujeres, saben conservarse solteros, su majestad ha tenido á bien conceder una pension vitalicia de 6.000 duros anuales á los celibatos mayores de cincuenta años.»

—¡Famoso decreto!...—dijo Mendoza riendo.—¿Esa seria la base de la felicidad social que nos prometeria tu ministerio?

—Sí.

—Pues avísame con veinticuatro horas de anticipacion cuando te llegue la de ser ministro.

—¿Para qué?... ¿Para solicitar la pension?

—No... para emigrar... Pero vaya, déjate de bromas, y díme lo que has hecho.

—Convenir con el conde en que Eugenia acabará por enamorarse de tí, si ya no lo está, que será lo mas probable.

—¡No lo creas, Ventura!...—esclamó Mendoza con acento de profunda conviccion.

—¿Por qué no lo he de creer?

—Por muchas razones, y principalmente por una.

—Cuál, ¿la de que Eugenia está enamorada de Cárlos?

—Sí.

—Pero no puede casarse con él.

—¿Y eso qué importa?... Las grandes pasiones...

—Son lo mismo que las pequeñas,—interrumpió Ventura;—las mujeres no aspiran á otro fin sino á casarse... Todos sus males de nérvios se curan en el palacio de la calle de la Pasa...

—¿Qué palacio es ese?

—¿Y tú me lo preguntas?

—No sé ni aun hácia qué parte de Madrid está esa calle.

—¡Quiera el cielo que no lo sepas jamás!

—¿Pero qué palacio es ese?

—El verdugo de las palmas, hombre... el panteon de la libertad; el taller de los parentescos... la vicaría eclesiástica, en suma.

—¡Acabáras!...—dijo Mendoza riendo.—¿Y ese es el palacio de la calle de la Pasa?

—Sí, amigo mio... Figúrate un portal grande... muy grande, como la boca del infierno... frio, súcio, enlosado de piedra, dura como los espedientes de divorcio, y silencioso y grave como cara de condenado... La escalera es ancha... muy ancha, á propósito para que suban de seis en fondo los novios, los cuñados y las suegras... La mampara está forrada de hule negro... ¡el lance no es para menos!... y se cierra por sí sola apenas se ha tragado algun neófito. En cuanto á la oficina, está montada con bastante sencillez, y en esto me parece que obra la curia con acierto, porque si hubiera mayor seriedad, impondria respeto y miedo á los candidatos. Las ceremonias que allí se practican son tambien de confianza, como entre familia... y...

—Oye, Ventura,—dijo Mendoza sonriendo,—deja esa descripcion para cuando estemos mas despacio. Ya es cerca de anochecer, y antes de comer y de vestirnos para volver aquí, hemos de pasar por la calle del Nuncio á ver cómo sigue la fiera.

—¡Y tan fiera!...—esclamó Ventura.—Yo he visto pocos hombres tan desalmados como ese... Esta mañana dicen que ha estado insufrible... Yo no sé quién tuvo la sana intencion de decirle que hoy se casaba su sobrina.

—Yo,—interrumpió Mendoza;—y si por mi gusto fuera, habia de estar amarrado á una reja en las tribunas de la capilla mientras durase la ceremoria de esta noche.

—Famosa idea,—dijo Ventura;—es preciso hacerlo.

—No puède ser.

—¿Por qué?... ¡En no sabiéndolo Adelaida!

—Ya; pero lo sabe la condesa, y dice que no quiere que en su capilla se hagan esas irreverencias.

—Pues lo siento... aunque bien mirado tiene razon la condesa, porque si le daba por aullar, habria un escándalo. Esta mañana dice el Richano que le daba lástima y miedo oirle rechinar los dientes á la hora en que estábamos en la capilla.

—No hablemos mas de ese hombre,—interrumpió Mendoza,—porque se me arde la sangre... Vamos á verle...

—Vamos,—repuso Ventura, saliendo del gabinete.

Y Mendoza le siguió, despues de haberse ocultado para besar la firma de Eugenia, dejando la pulsera en el cofrecillo de las alhajas.

CAPÍTULO CXLI.

Las dos hermanas.

Antes de que Mendoza y su amigo salieran del palacio de la condesa, habian vuelto á él sor Clotide y Adelaida que desde la habitacion de Marcela se dirigieron á la del doctor Espinosa para informarse de la salud de Cabezota.

La alegría que se retraba en el semblante de Adelaida daba á entender que el generoso bandido seguia aliviado, y lo que es mas aun, que el médico no desesperaba ya de salvarle la vida.

Así era en efecto. La exaltacion febril y el insomnio perpétuo que atormentaban al pobre enfermo habian cesado desde que la naturaleza hizo por sí sola el esfuerzo que nuestros lectores conocen, y que el sábio doctor estuvo á punto de calificar de maravilloso ó sobrenatural. Dos dias seguidos habia logrado dormir algunas horas, y el reposo habia reparado considerablemente sus fuerzas.

En ese tiempo estuvo privado de toda clase de emociones, y alejando de su presencia la de todas las personas que pudieran afectar su espíritu, consiguió Espinosa el alivio del enfermo.

Adelaida fué una de las pocas personas esceptuadas de tan prudente disposicion, porque su presencia la conside-

raba Espinosa como el único agente natural, ó sobrenatural de aquella milagrosa curacion.

La jóven duquesa de Mont-Marsan llegaba á la cabecera del enfermo para comunicarle, ó mejor dicho, para imponerle como preceptos las indicaciones del doctor Espinosa.

Nuestros lectores, que saben la eficacia de las palabras del Angel de la Caridad sobre el corazon del bandido, nos ahorrarán de referirles lo que pasó en la visita que le hizo antes de volver á casa de la condesa, donde la esperaban las galas con que habia de ataviarse para ir al altar.

Por otra parte, los momentos son demasiado preciosos para gastarlos en la repeticion de lo que tantas veces hemos dicho, y habiendo prometido al lector que nos ha de acompañar en todos los detalles del matrimonio, justo será que no le apartemos ni un solo momento del palacio de la condesa de Baza, en el que trabajan á la vez mas de cincuenta personas para preparar todo lo necesario.

El conde de San Fabian ha pasado allí la mayor parte del dia, yendo de un lado para otro, acompañado unas veces de la duquesa de Monte-Oscuro, y ofreciendo otras su débil brazo á la anciana condesa.

Pero los achaques de esta señora no la permitieron abusar de la galantería del conde, y esto redundó en perjuicio de los artístas, que se vieron obligados á ir con frecuencia al gabinete de la condesa para consultarla hasta el mas insignificante adorno. Lo propio hizo su repostero con los preparativos del ambigú, aunque esta parte de los festejos mereció una visita personal de la condesa.

Nada estaba á su gusto de cuanto halló puesto, y fué preciso que los criados se armasen de paciencia para sufrirla.

Apoyada en el brazo del conde, seguíala á corta distancia su derrengada é inseparable doncella, á la que de vez en cuando se volvia para decirla:

—Mónica... tú que tienes mejor vista que yo, díme de qué color es esa cortina.

Doña Mónica llegaba medio cojeando, y despues de clavarse sobre las narices sus gafas de plata, decia:

—Verde y amarilla, señora.

—Pues que la quiten, y pongan otra azul y blanca.

—¡Pero, señora!

—No me repliques...

—¡Es que vuestra escelencia la mandó poner así!

—No importa, ahora veo que no está bien.

—Sí, veo,—gruñia doña Mónica,—veo, y no sabia de qué color era.

—¿Qué gruñes, Mónica?... Has tomado un vicio muy feo... te vas maleando.

El conde se desesperaba con las impertinencias de la condesa; pero estaba de acuerdo con ella en cuanto á la manera de adornar los salones, porque el gusto de ambos era del mismo siglo, y de la propia escuela aristocrática.

La divergencia solia ser entre los dos condes y la de Monte-Oscuro, aristócrata mas moderna, y de consiguiente mas aficionada al aparato deslumbrador que al verdadero lujo.

Pero afortunadamente la intervencion de Mendoza, jefe supremo de todos los preparativos, equilibró las opuestas disposiciones de ambas etiquetas: la del siglo XVIII y la del XIX.

Salvas algunas pequeñas concesiones, hechas á las diferentes exigencias de los condes y de la de Monte-Oscuro, todo se arregló á gusto del antiguo capitan Centellas, cuya elegancia era esquisita y proverbial entre sus amigos.

La condesa enmudecia cuando la contestaban que tal ó cual cosa, que no era de su gusto, la habia ordenado Mendoza, y se contentaba con volverse al conde para decirle:

—¡Pobre gente!... Han nacido en un siglo de miseria, y todo lo ven por un prisma de cobre. ¡Si hubieran alcan-

zado las épocas que nosotros, ya pensarian de otro modo!

—Sin embargo,—replicaba el conde, que, aunque aristócrata rancio, tenia mas aspiraciones que la condesa á rejuvenecerse,—preciso es confesar que hoy hay mucho mas lujo que en nuestros tiempos.

—Verdad es,—respondia la condesa con ironía;—los magníficos troncos de nuestras caballerizas, y los trenes de nuestro guarnés, se los han repartido entre sí una turba de artistas y de jugadores de Bolsa... Antiguamente habia en una casa catorce ó quince carruajes, y ahora cada coche busca para sí solo una casa... ¿Cuántos caballos de tiro habia en la casa de usted á la muerte del conde su padre (que Dios haya)?

—Entre mulas y caballos pasaban de doscientos,—dijo el de San Fabian.

—Pues vea usted...—replicó la condesa;—doscientas *medias fortunas*, como ahora dicen, podian haberse improvisado en las caballerizas de la casa de San Fabian... Habia para adornar el pórtico de cuatro *Bolsas*...

La condesa se sonreia al seguir hablando de esa manera con el conde, y de vez en cuando se paraba para quejarse del histérico y llamar á doña Mónica, que la seguia á respetuosa distancia, con el frasco del vinagrillo de los *cuatro ladrones*.

Así giró dos visitas por toda la casa mientras Eugenia estuvo en el tocador de Adelaida, y al volver á su gabinete en la segunda, se halló en él á sor Clotilde, que la informó de las visitas que habian hecho aquella mañana.

La jóven duquesa se habia retirado con Eugenia al gabinete de esta, desde donde pasaron ambas al tocador, una hora despues de haber salido de allí Ventura y Mendoza.

Pero ese corto intervalo fué suficiente para que la decoracion cambiase por completo.

Las sombras del crepúsculo vespertino, que velaron la entrevista de los dos amigos, habian desaparecido, ahuyen-

tadas por el resplandor de doce bujías de esperma colocadas en cuatro candelabros de plata.

Dos jóvenes hermosas admitidas en calidad de doncellas para el servicio de la jóven duquesa, se habian posesionado ya del tocador, y con el paño de batista en la mano esperaba una de ellas la llegada de su señorita, mientras la otra atizaba la lumbre de los pebeteros, preparaba los aceites con que habian de ungir los cabellos á la novia, y aromatizaba el agua, que reposaba tranquila en magníficas palanganas de plata.

Adelaida entró en el tocador apoyada en el brazo de Eugenia, como una víctima que camina al lugar del sacrificio; pero su paso tardo y perezoso no provenia del rubor que le causára la proximidad de la ceremonia, ni de su aversion á las galas y á la compostura, sino que pensaba en que iba á ser feliz sin haber conseguido que lo fuesen todos sus amigos.

No era el esceso de una modestia fanática é insocial lo que la hacia dirigirse con paso trémulo al gabinete de las Gracias, sino el recuerdo de los infelices á quienes habia visitado aquella misma mañana, el de su tio el abad de Maqueda, y principalmente el de Cabezota, herido de muerte por causa suya.

¡Ah!... Ya lo dijo así resueltamente á sor Clotilde: si no hubiera desaparecido el peligro de muerte en que estaba el bandido, no habria consentido en la realizacion de su matrimonio, y sobre todo, en la solemnidad con que lo habian preparado sus amigos.

La muerte de Pestaña, siempre presente en su memoria; las escenas de la Peña-Sacra, y el doloroso estado en que veia á su querida hermana, eran la causa principal de la tristeza que se advertia en su rostro. Sin esos tristes sucesos se habria entregado en manos de sus doncellas, con la alegría de una jóven de mundo que solo fiára su porvenir á la compostura y á la elegancia de su persona.

Adelaida tenia á la sociedad todo el respeto necesario para acatar sus costumbres, y lejos de rehusar el lujo que la habian preparado, hubiese sentido presentarse en los salones de la condesa desmereciendo del rango en que la habia colocado su nacimiento y su fortuna.

Por eso, al presentarse en el tocador, no la causó admiracion el lujo con que estaba adornado, y se limitó á elogiar el buen gusto que habia presidido en todo lo que se presentaba á sus ojos.

Eugenia bajó los suyos como si á ella y no á Mendoza fuesen dirigidas aquellas alabanzas, y Adelaida, sentándose en el sillon que la estaba preparado, la dijo:

—Siéntate á mi lado, querida hermana mia, y mientras me arreglan el cabello, examinaremos las dos estas alhajas, de las que solo me pondré las que tú elijas.

Eugenia obedeció á su amiga, y esforzándose por dominar su tristeza, tomó asiento á su lado, pero sin atreverse á presentarla el cofrecillo de las alhajas. Ignoraba si Mendoza se habria llevado consigo la pulsera, pero temia que no hubiese sido así, y no queria esponerse á sufrir las preguntas que Adelaida la dirigiera al encontrar su recuerdo dentro de aquella alhaja.

Pero Adelaida tomó en sus manos el cofrecillo, sin que Eugenia se atreviese á impedirlo, y sus ojos se fijaron en el regalo de Mendoza.

—¡Qué magnífico es este brazalete!—dijo examinándolo detenidamente,—¿no es verdad, Eugenia?

—Sí,—respondió esta toda ruborizada.

Y viendo que su amiga se disponia á abrir el secreto, la detuvo, diciéndola:

—No... no... Déjalo.

—¿Por qué?—preguntó Adelaida, sorprendida.

—Porque... es un secreto...—dijo Eugenia, alterada.

—¿Tuyo?

—Sí.

—¿Tienes secretos para tu hermana?—dijo Adelaida, riendo;—pues perdóname si te digo que, estando en mi tocador, es un secreto que me pertenece.

—Mas tarde... cuando estés sola.

—Como tú quieras,—repuso Adelaida;—¿pero supongo que esta alhaja no será regalo tuyo?

—No.

—De otro modo te reñiria.

—Si vuecencia me permite...—dijo una de las doncellas, que habia manifestado deseos de hablar desde que empezaron á ocuparse de las alhajas.

—Hable usted,—contestó Adelaida.

—Esa pulsera la trajeron esta mañana con una tarjeta del señorito don Daniel Mendoza.

—¡Eugenia!—dijo Adelaida, sin poder reprimir su alegría.

Y Eugenia bajó los ojos avergonzada, dando con su turbacion nuevos pretestos á su amiga para que creyera lo que en realidad no existia; la correspondencia de Eugenia al amor de Mendoza.

—Y ahora, ¿me pertenece ya el secreto?—dijo riendo.

—No,—replicó Eugenia;—no es lo que tú te imaginas.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé que no puedes adivinar lo que encierra ese medallon... Solo te diré que yo lo he colocado ahí, ignorando que fuese regalo de nadie esta alhaja.

—*Prevencion con tiempo, malicia arguye*,—dijo Adelaida, sonriendo.

Y estrechando entre sus manos las de Eugenia, se inclinó para besarla en la frente, y la dijo:

—El secreto durará hasta despues que esté casada, ¿no es cierto?

—Antes... si quieres... cuando estés sola.

—Bien, pero quiero decir que cuando esté casada, ya no tendrás secretos para mí...

—Nunca los he tenido, —esclamó Eugenia.

—Ahora los tienes; pero te perdono si me prometes enmendarte... Vas á vivir á mi lado siempre, y ya me pertenece cuanto sea tuyo... Vamos á ser dos veces hermanas.

—Sí, pero yo no podré vivir contigo.

—¿Por qué? —replicó Adelaida con alegría, engañándole otra vez la idea de que Eugenia aludia á sus amores con Mendoza. —¿Por qué? —la volvió á preguntar, viendo que guardaba silencio.

—Ya te lo diré mas tarde.

—¿Otro secreto? Sea en buen hora, —dijo Adelaida.

Y creyendo que Eugenia guardaba tanta reserva por las doncellas que estaban allí, no insistió en sus preguntas, y siguió examinando en silencio las alhajas del cofrecillo.

La doncella, que hasta entonces habia estado preparando las aguas de olor, se arrodilló á los piés de la duquesa, y descalzándola su pié breve y ligero de una bota de terciopelo azul, la ajustó otra elegante de raso blanco, guarnecida de encaje.

Adelaida, mientras tanto, seguia sentada en el sillon frente al espejo, cubierta con el riquísimo peinador de batista, y sueltos por la espalda sus negros cabellos, entre los que se enlazaban las blancas manos de su doncella.

. . . . . .

. . . . . .

Y aquí el autor de esta historia cree que debe cesar su impertinente visita, retirando á los lectores del tocador de la jóven duquesa, para dejar que á su solas termine el tocado con que ha de presentarse á recibir la alta investidura de *señora*.

CAPITULO CXLII.

La llegada de los convidados.

La hora en que debia verificarse la boda habia sido uno de los puntos de mayor discusion entre los directores de la fiesta, y despues de esponer cada uno de ellos las razones que tenia para que fuese mas tarde ó mas temprano, prevaleció la opinion de la condesa, que señaló la hora de las nueve de la noche.

Esto tenia un objeto, y era el de que, siendo al dia siguiente una de las vigilias de ayuno en el calendario especial de la condesa, no queria esta que el ambigú terminase despues de las doce, para no inducir á su familia á la tentacion de pecar comiendo algo en aquella madrugada.

Los convidados fueron por lo tanto invitados para las ocho, y ¡cosa rara en nuestro país! á las ocho y cuarto apenas faltaba alguno de ellos. Semejante puntualidad inglesa consistia en el objeto de la reunion; si en vez de ser convidados para una boda lo hubiesen sido para un entierro, ó habrian acudido tarde, ó nunca.

Pero precisamente una boda es la fiesta que escita mayor interés; y graves, muy graves han de ser las ocupaciones del convidado que se escuse de asistir á ella.

Las jóvenes á suspirar de envidia, las viejas á alegrarse de rábia, y los hombres á saciar su curiosidad, todos asisten con empeño á semejantes funciones.

Para los solteros enamorados la ceremonia del matrimonio es la corona de laurel que ofrecen en el torneo del amor á los mártires de la constancia; para los casados viejos es el sacrificio de dos víctimas inocentes, que no supieron arrancarse á tiempo la venda con que el niño alígero les cubrió los ojos.

Pero los convidados de la condesa pertenecian en su mayor parte á la clase mas elevada de la sociedad, y esto amenguaba mucho el carácter que ordinariamente suelen tener esas reuniones.

Sin embargo, el matrimonio es uno de los sucesos de la vida humana que mejor nivela las condiciones de las diversas clases de la sociedad, y si todos los novios se parecen entre sí como dos gotas de agua, la fisonomía de los convidados á esas fiestas es casi igual entre los de la clase pobre y los de la aristocracia.

Vergüenza en la novia, alegría en la madre, pesar en los parientes, y burla en los amigos... A eso está reducido el cuadro de una boda. Nosotros creemos que aquel de nuestros lectores que no haya sido una vez siquiera protagonista del drama, no habrá dejado de ser actor ó espectador cuando menos, y esta consideracion nos haria dispensarle de leer el presente capítulo. Pero el carácter de nuestra novia, y las circunstancias especiales de su matrimonio, hacen que en nada se asemejen á los que el lector habrá visto, y no queremos ahorrarnos el trabajo de escribir el presente capítulo.

Aquí no hay madre que se alegre, ni hermana que tenga envidia, ni amigos que se burlen; las únicas gentes á quienes pudiera causar pena esta ceremonia, son el abad de Maqueda y su infame cómplice doña Inés Montilla, y ambos están por su culpa lejos del palacio de la condesa. A

las demás personas, que mas ó menos directamente han intervenido en este matrimonio, les llena de satisfaccion la justa felicidad de los futuros esposos.

En cuanto al resto de los convidados, mas que á la novia envidiarán á la poderosa duquesa de Mont-Marsan.

El autor de esta historia quiere que sus lectores tengan presente lo que acaba de decir, y que en el matrimonio de Adelaida con Fernando no vean dos novios cualesquiera que van á recibir la sancion de sus amores.

Que no se olviden de la virtuosa jóven, que si pensaba en el amor de Fernando era para acercarse con mayor dulzura á la cabecera de los enfermos; que tengan presente á la desgraciada huérfana, que solo demandaba al cielo el nombre de sus padres para adorarlo y bendecirlo; que recuerden la resignacion con que supo la supuesta muerte de Fernando, la alegría tranquila con que recibió la noticia de su existencia, y últimamente, la humildad con que se resignó á ahogar en su pecho el amor de toda su vida, cuando sor Clotilde la dijo que el que hasta entonces habia adorado como amante era su hermano.

Que piensen en la constancia con que se entregaba á la práctica de la caridad y de todas las demás virtudes, y solo verán en ese consorcio la mano de la Providencia, que busca un apoyo para tenderse con seguridad sobre la cabeza de los desgraciados.

El matrimonio de Adelaida y de Fernando es el consorcio perpétuo de la enredadera y el olmo... Es la débil planta que busca un muro por donde elevar sus hermosas flores hácia el trono del Señor.

Adelaida, huérfana, sin parientes y sin amigos, pretenderia en vano consagrar su existencia al alivio de los desgraciados; el mundo se habria mofado de su caridad, y habria escarnecido sus obras piadosas y buenas.

Esto es lo que conviene que tenga presente el lector antes de presentarse en los salones del palacio de la condesa.

Son las ocho de la noche, y la mayor parte de los convidados van llegando al palacio, cuya fachada está iluminada por multitud de hachas de cera.

La plaza del duque de Frias se vá llenando de curiosos y de carruajes, confundidos y revueltos con la mejor armonía, como sucede siempre en semejantes casos. No hay tolerancia como la de los caballos de tiro, cuando, parados á la puerta de una casa, les rodea con oficiosa impertinencia el novelero público de Madrid. Con solo cejar un paso podrian causar multitud de desgracias; pero rara vez ocurre semejante accidente, y los ociosos y los carruajes se respetan recíprocamente.

En el portal del palacio, iluminado con brillantez por cien bujías repartidas en cuatro magníficas arañas de cristal, hay un piquete de infantería, y los centinelas no tienen poco que hacer para contener á los curiosos.

Con ese motivo refieren algunos el lance que ocurrió en aquella misma casa con un hombre que atropelló á un centinela, y todos convienen en que tuvo razon el hombre. Vicio de la condicion humana es no atreverse contra el fuerte, pero alegrarse de su derrota.

Las macetas que adornan el portal pudieran por su tamaño y por el de las plantas que sustentan ser tenidas por jardines; pero están colocadas con graciosa simetría, y contribuyen á dar vida y lozanía á las flores los juegos de aguas que saltan entre ellas.

La escalera, tapizada por una elegante alfombra carmesí, luce tambien hermosas flores en dos hileras de macetas, siendo de admirar el buen gusto con que han sido colocadas para la mejor armonía de los colores. Entre esas plantas se alzan de vez en cuando graciosas columnas de bronce dorado, que rematan en un magnífico candelabro del mismo metal.

En la última meseta de la escalera, á la entrada de los salones, hay tambien una porcion de plantas formando gra-

ciosos dibujos, y las colgaduras de las tres puertas que conducen á las habitaciones son sencillas, pero de una elegancia tal, que apenas ha habido un solo convidado que no se detuviera á examinarlas, haciendo despues repetidos elogios y preguntando el nombre del artista.

Error harto comun, pero siempre error, porque los artistas, abandonados á sí propios, no hacen nunca lo mejor, sino lo mas caro, y el buen gusto no consiste en la abundancia, sino en la buena eleccion.

Mendoza dió mucha importancia á todos esos detalles, y despues de determinar los colores que debian usarse en cada sala, atendidas las diversas tintas de las paredes, de los muebles y de las alfombras, objetos que no permitió la condesa que se renováran, indicó la forma en que habian de colocarse las colgaduras, y estuvo presente á todas esas operaciones.

Enumeraremos ligeramente los principales adornos de los salones:

La primera antesala, cuyas paredes estaban cubiertas de lienzos artísticos, se veia colgada de grana, siendo del propio color las banquetas corridas que formaban el zócalo de aquellos muros.

En cada puerta de las cuatro que tenia la sala se veia un criado vestido de gran librea, cuya obligacion era alzar el tapiz-portero, ó el *portiere*, como dicen nuestros modernos hablistas.

Los adornos de la segunda antesala eran de mas lujo, aunque las paredes estaban asimismo cubiertas de cuadros; la colgadura era de damasco amarillo, y las banquetas del mismo color, con los piés dorados.

A este salon seguia el primer estrado, todo entapizado de azul y alumbrado con profusion por una magnífica lámpara de bronce. Los criados que habia en él no vestian la librea de la condesa, sino traje negro con corbata y guante blanco, y un lazo del mismo color sobre el brazo derecho.

El salon principal, destinado para el baile, estaba adornado de una manera verdaderamente régia. La condesa habia permitido que se hicieran en él mayores innovaciones que en los demás del palacio, y la de Monte-Oscuro y Mendoza no omitieron nada de cuanto pudiera hacerle digno de la gran fiesta que allí se preparaba.

Las paredes estaban ya desde muy antiguo cubiertas de raso granate, y á ellas hubieron de subordinar su gusto los directores de la tapicería; pero tuvieron la feliz idea de colgar de raso blanco los huecos de las puertas y de los balcones, y esto les permitió alfombrar el pavimento de paño blanco. Circunstancia que les pareció precisa, atendido el objeto de la fiesta.

Ninguna de las magníficas, pero vetustas mesas doradas logró quedar allí, y banquetas de raso, color de fuego, se estendian al rededor del salon, cuyas paredes, llenas de espejos, multiplicaban las infinitas luces que ardian en tres elegantes arañas de bronce dorado que pendian del techo.

Las arandelas que habia en las paredes y los candelabros que sobre alegantes columnas de talla dorada alumbraban los ángulos de la sala, todo era de bronce dorado, y todo contribuia á formar un conjunto deslumbrador y régio.

Los criados que servian las puertas de este salon no vestian librea ni traje negro como los anteriores, sino que llevaban el uniforme de los antiguos pajes del condado de Baza.

Novedad que causó gran estrañeza á muchos convidados, hallando en esto un motivo para empezar la murmuracion, que en una noche como esa no terminaria por cosa tan leve.

El nacimiento de Adelaida, su educacion oscura y mercenaria, sus virtudes calificadas de hipocresía, y la eleccion que habia hecho de esposo, prestarán pábulo suficiente para que la maledicencia y la envidia se despachen á su

gusto. Pero mucho han de esforzar su voz los murmuradores si quieren que el lector oiga lo que dicen. Nosotros tenemos bastante que hacer con atender á nuestros personajes, y de sus lábios palabras de bendicion y de alegría oirán los esposos.

La condesa está recibiendo ya á los convidados, y lo hace con toda la majestad y la dulzura del siglo en que vino al mundo, sin acordarse en esos supremos instantes ni del histérico, ni del vinagrillo de los *cuatro ladrones*. Sin embargo, á corta distancia está doña Mónica, observándola con atencion, como un corneta de órdenes cuando marcha al lado del general en jefe.

En cuanto á su traje, no parece sino que ha recibido una inspiracion directa de Lucifer, ó que sus enemigos han seducido á las doncellas para que la vistiesen. Una basquiña de color de barquillo con volantes de encaje negro, una manteleta verde guarnecida de negro, un ramo de flores azules en el pecho, y una guirnalda de lo mismo sobre las sienes: hé ahí el *retablo* que presenta la condesa.

Y aunque pudiera suponerse que no habia tenido la debilidad de consultar su tocado con el espejo, sabia bien lo que llevaba encima, por lo que pasó entre ella y doña Mónica antes de salir al salon.

—Pero señora,—se atrevió á decir su doncella,—¿por qué se pone vuecencia de ese modo? A nuestra edad no sientan bien ciertas cosas.

Y por toda contestacion la dijo la condesa:

—Te vas haciendo insufrible, Mónica. ¡Por todo has de gruñir!... ¡Pues no sabes que soy la madrina!...

De consiguiente, el traje de la condesa, sobre el que nos hemos olvidado de advertir que lucia un magnífico aderezo de brillantes, era *traje de madrina*... ¡Oh! ¡Cuál se hubiera vestido si hubiese sido la novia!

Pero la novia seguia mientras tanto en el tocador, acompañada de Eugenia y de la duquesa de Monte-Oscuro, la

primera modestamente vestida de negro, y la segunda lujosamente ataviada con un traje glasé sobre lila, un aderezo sencillo de gruesas perlas, y un adorno de pluma en la cabeza.

Tambien la honrada señora María, con su basquiña de lana negra, su pañuelo de pelo de cabra blanco al cuello, y una peineta dorada, que heredó de su difunta suegra, estaba de pié en un rincon del aposento presenciando el tocado de la señorita.

De vez en cuando fijaba la vista en su antigua vecina Eugenia, y en su semblante se traslucia fácilmente que su alegría era la mas sincera de todas. Solo una sombra de pesar nublaba de vez en cuando su rostro, y era producida por el dolor que la causaba el desenamoramiento de Eugenia. Habia simpatizado de tal manera con el Vizco, que hablando del asunto con la Crispina, la dijo que daria gustosa un dedo de la mano derecha por que se casára con la señorita.

Crispina, que abundaba en las mismas ideas, no hubiese tenido tanta prudencia como la señora María, y algo habria dicho, si los criados de la condesa la hubiesen permitido entrar en el tocador de Adelaida; pero la negaron esa gracia, y se contentó con pedir que la dejasen permanecer en una de las salas de paso, para ver á la novia antes de que entrase en el salon del baile.

No era ella la única que solicitó ese permiso, y varios dependientes de la condesa la acompañaban, viéndose tambien en ese grupo de gente que invadia el gabinete contiguo al tocador, una familia de aldeanos que escitaba la curiosidad de todos por su traje, y por la recomendacion especial que Mendoza hizo de ellos al decirle al mayordomo de la casa que les permitiese entrar á ver á la duquesa.

Crispina, como la mas osada de todas, y á pesar de que tenia á su lado al conocido y respetuoso señor Trifon, no pudo aguantar por mas tiempo su curiosidad; y dirigiéndo-

se á la única mujer que habia entre los aldeanos, la dijo:

—Aunque sea descortesía, ¿me quiere usted decir quién es?

—Una mujer,—respondió secamente y con voz bronca la aldeana.

—Me alegro,—dijo el señor Trifon en voz baja;—te está bien empleado.

—¿De qué te alegras?—replicó la Crispina.

—De lo que te ha dicho.

—Pues yo tambien, porque me ha sacado de una duda diciéndome que es mujer... parece un lobo... Mira tú qué cara y qué manos... ¡y qué voz! Y estos lobeznillos deben ser hijos suyos, porque se parecen como una gota de agua á otra... Los hombres son los únicos que tienen figura de racionales.

Las gentes de que hablaba la Crispina eran la familia del guarda de la Peña-Sacra.

Cerezo, su mujer, sus dos hijos y Bocanegra, llamados á Madrid por Adelaida, hacia pocos momentos que se habian presentado en el palacio de la condesa, y Mendoza dió órden para que los introdujesen á la presencia de la duquesa; pero esta no habia terminado su tocado, y por eso los hicieron esperar en aquel gabinete con las demás personas que asimismo deseaban verla.

La guardesa, que desde que nació apenas habia visto otra cosa sino las escabrosidades de la Peña-Sacra, estaba asombrada de cuanto veia, y como, por otra parte, no habia perdido nada de su natural rudeza, esa fué la causa de que respondiera de una manera tan brusca á la pregunta de la señora Crispina, que no dejó de murmurar largo rato.

—*Quien con lobos anda, á aullar se enseña*,—decia por lo bajo á su marido.

—Calla,—la replicaba el señor Trifon.

—No quiero... la cabra siempre tira al monte; y *aunque la vistan de seda la mona, mona se queda*... Para esas gen-

tes lo mismo dá un palacio que una barraca de pastores.

La guardesa mientras tanto seguia de pié detrás de sus dos niños, que, con la boca abierta, no apartaban su vista de la araña que pendia del techo, y de vez en cuando tiraban del vestido de su madre para obligarla á bajarse y decirla algo al oido.

Pero ella les imponia silencio con una mirada severa, y del mismo modo se volvió á su marido, diciéndole:

—Esto vá muy largo; vámonos.

—Pero, mujer, tantas ganas como tienes de ver á la señorita... —dijo Cerezo. —Esperemos un momento.

—Tú no sabes lo que sufro desde que hemos venido aquí, —replicó la guardesa; —temo que si la señorita nos manda entrar, voy á temblar como una azogada en su presencia... Y tú sabes que no me gusta temblar.

Estas últimas palabras las pronunció la guardesa con un gesto terrible, aunque en voz baja, y apenas acabó de hablar, cuando se presentó en el gabinete una de las doncellas de Adelaida, y dijo:

—¿Los guardas de la Peña-Sacra?

Cerezo y su mujer se miraron recíprocamente sin atreverse ninguno de ellos á contestar á la pregunta, hasta que la doncella, adivinando quiénes eran, se dirigió á la guardesa, y la dijo:

—La señora duquesa recibe á ustedes en el tocador.

Tampoco contestaron ni se dieron por entendidos, hasta que la doncella añadió:

—Vamos, vengan ustedes conmigo.

La guardesa cogió de la mano á sus dos hijos, y seguida de su marido y de Bocanegra, se dirigieron todos al tocador de Adelaida, precedidos de la doncella.

La señora Crispina se mordió los lábios, y viendo que nadie decia nada, esclamó, torciendo el gesto:

—Siempre dá Dios pañuelo al que no tiene narices.

CAPITULO CXLIII.

El enlace de Adelaida y de Fernando.

Los guardas de la Peña-Sacra se pararon asombrados á la puerta del tocador, adonde los habia conducido la doncella, sin atreverse á pasar adelante á pesar de la dulzura con que Adelaida se adelantó á recibirlos.

La duquesa de Monte-Oscuro, Eugenia y la señora María volvieron la cabeza con curiosidad para conocer á los generosos defensores de su amiga, mientras esta cubria de besos con solícito afan la frente de los dos niños, que la miraban con estupidez.

Despues tendió la mano á la guardesa, que se arrodilló para besarla, haciendo lo propio su marido, Bocanegra y los niños.

La jóven duquesa de Mont-Marsan se apresuró á rogarles que se alzáran en pié, lo que no consiguió sino despues de muchas instancias, y llena de vergüenza estrechó en sus brazos á la mujer del guarda-bosque, que retrocedia asustada.

Si los lectores recuerdan la admiracion y el respeto que infundió la presencia de Adelaida en las gentes de la Peña-Sacra, y principalmente en la guardesa, no estrañarán la

timidez con que se presenta de nuevo delante de la cariñosa enfermera de Pestaña.

Habíanla respetado por santa entonces, y natural era que ahora, al saber que los llamaba á la córte para que vivieran á su lado, se arrodillasen á besarla la mano, si no como á una imágen de la Divinidad, como el ángel de la Providencia.

Pero no eran necesarios esos antecedentes para que unos labriegos rústicos se asombráran al ver á Adelaida, despues de concluido su tocado.

Muchas veces en el trascurso de esta historia nos hemos detenido á hacer su retrato; pero si ahora dejásemos de bosquejarlo de nuevo, y acaso por la última vez, creeriamos incompleto nuestro trabajo.

Que el lector nos perdone si abusamos de su paciencia; pero que no atribuya nuestro empeño á mero lujo de colorido, sino á irresistible necesidad. Cualquiera en nuestro caso haria lo propio, y testigos de esto son todas las personas que la vieron en el salon del baile y en la capilla donde se celebró la ceremonia.

Una elegante falda de glasé blanco ceñia su cuerpo, sujeto además por un corpiño de la propia tela, cuyas mangas perdidas bajaban hasta la mitad del brazo, dejando ver la blancura de este á través de un finísimo cendal bordado, que remataba en una rica guarnicion de encaje, graciosamente rizada sobre la muñeca. Sus manos estaban cubiertas por la impertinente cabritilla del guante blanco.

El jubon del vestido se escotaba sobre los hombros, dejando apenas descubierto el cuello, cuya incomparable blancura, encerrada en los pliegues de la blonda, parecia la ligera pluma del cisne que surge de entre la blanca espuma del lago.

Su negra cabellera, rizada toda en redondo, resbalaba sus menudos bucles en derredor del nacarado cuello, y una graciosa corona de jazmines ceñia su cabeza, tiñen-

do sus blancas hojas con el rubor que sombreaba la frente.

El color de sus mejillas parecia un reflejo del vivo carmin que cubria sus lábios, y la opalina trasparencia de sus dientes, asomaba de vez en cuando, como los primeros rayos de la luna entre las nubes de fuego que deja el sol en el horizonte.

Habria sido suficiente examinar de por sí cada una de sus facciones, para conocer la vergüenza de que se hallaba poseido aquel corazon de ángel al acercarse el momento de unir para siempre su alma con la del hombre á quien tanto amaba.

Pero donde se podia leer toda completa la historia de su vida, y el sobresalto de su candoroso espíritu, era en sus ojos grandes y hermosos, cuya negra pupila brillaba radiante de belleza en la célica blancura de sus cristalinas órbitas.

En su dulcísima mirada, modesta pregonera del rubor angelical que guardaba en el pecho, fué donde halló la guardesa la luz de fuego que hirió su vista, fascinándola hasta el punto de doblar en tierra las rodillas.

La misma duquesa de Monte-Oscuro, que, ocupada en perfeccionar el traje de Adelaida, no la habia mirado con atencion hasta ese momento, quedó llena de admiracion al fijar en ella su vista, y si un sentimiento de orgullo no se lo hubiese impedido, habria besado la mano á la futura esposa.

Pero semejante adoracion no convenia ni al carácter ni al rango de la duquesa, y solo la señora María fué la que, deshecha en lágrimas, hincó en tierra una rodilla y la besó la mano, diciendo con entusiasmo:

—¡Oh!... ¡Tienen razon los frailes cuando dicen que no falta nunca la comunion de los santos sobre la tierra!

Estas palabras avergonzaron de tal modo á Adelaida, que se vió obligada á dejarse caer sobre el sillon dorado, á tiempo que una de las doncellas la prendia un ramo de violetas blancas y naturales sobre el pecho.

La duquesa de Monte-Oscuro no quiso que se pusiera ninguna alhaja, por creer (y así era la verdad), que la luz de sus ojos habria eclipsado la de las mas ricas piedras.

Entonces Adelaida abrió el medallon de la pulsera que la habia regalado Mendoza, y sacando el cabello de don Lorenzo, que Eugenia habia puesto allí, lo llevó á sus lábios sin ser vista de nadie, y del mismo modo lo ocultó en el pecho.

La guardesa, vuelta de su primer asombro, entró por fin en el gabinete, y despues de haber hecho grandes esfuerzos para hablar, dijo:

—Señorita... parece usted una imágen.

—¿Estoy bien?...—repuso Adelaida, esforzándose por dominar su turbacion.

—¡Como una santa!—esclamaron casi á la vez el guarda y Bocanegra.

—No digan ustedes esas cosas,—dijo Adelaida ruborizada.

—Tienen razon,—replicó la vieja María.—Mucho vale el señorito don Fernando; pero no creo que hay hombre en el mundo digno de casarse con vuecencia.

—¿Cómo ha dicho usted?—repuso el guarda con asombro.—¿Vuecencia?

—Sí, señor... Ese es el tratamiento de la señorita... digo, de la señora duquesa, porque ya...

—Dispénsenos vuecencia, señora, porque no sabiamos nada.

—Al contrario,—replicó Adelaida,—yo quiero que me traten ustedes como hasta aquí.

—No, señora... ¡Pues no faltaba mas!...

—Ea... pues lo mando...—dijo Adelaida.—Y lo mismo á usted, María; ya se lo he dicho...

—Pero, señorita...

—Nada, es mi gusto... ¿Y ustedes vendrán cansados?

—No, señora.

—Ya habia yo dicho que preparasen la habitacion.

—Sí, señora,—dijo el guarda;—ya nos han llevado á un palacio muy grande; pero no hemos querido ver el cuarto que nos tenian preparado sin venir á saludar á su merced. Tenia mi Zagala tantas ganas de ver á su merced y á la madre priora. ¿Cómo está la reverencia?

—Buena,—respondió Adelaida;—ahora la verán ustedes... aunque tendrán ganas de descansar...

—Si su merced manda que nos vayamos...—dijo con pena la guardesa.

—Yo no mando nada.

—Pues en ese caso, ya nos ha dicho el señor que nos ha recibido que nos dejarán estar en un rincon para ver la boda.

—Vendrán ustedes conmigo,—dijo la señora María.

—Pero, señorita,—esclamó la guardesa,—¿y lo que me han dicho de Paco Serrano?

—¿Qué la han dicho á usted?—preguntó con viveza Adelaida.

—Que está muy enfermo.

—Verdad es,—dijo Adelaida con amargura.

—Pero parece que piensa venir aquí esta noche,—repuso la señora María.

—No hará semejante locura,—replicó Adelaida;—el doctor se lo ha prohibido.

—Mucho lo sentirá, si no viene,—dijo Eugenia.—¡Te quiere tanto!

—No lo sabe su merced bien, señorita,—interpuso la guardesa.—Los que le hemos conocido antes, y le vemos ahora, somos los que podemos decir cuánto quiere á la señorita...

—Pues lo mismo te ha sucedido á tí,—dijo el guarda.—¿Has vuelto á disparar un tiro desde que murió Pestaña?

—Ni para matar una alondra,—repuso Bocanegra.

—Ya lo sé,—dijo Adelaida,—y me alegro mucho de que sea así.

—Gracias á su merced, señorita,—dijo la guardesa.

—Gracias á Dios,—replicó Adelaida,—que ha querido disponerlo así.

La duquesa de Monte-Oscuro miró el reloj que llevaba colgando sobre la cintura, y dirigiéndose á Adelaida, la dijo:

—Las ocho y media van á dar... vamos, que ya estará impaciente la condesa.

Y antes de que hubiese acabado de pronunciar esas palabras, se oyeron en el pasillo estas otras:

—Si hubieras venido á avisar cuando yo te lo mandé, no tendriamos que estar esperando ahora.

La condesa, seguida de su inseparable sombra, doña Mónica, entró en el tocador, diciendo:

—Vamos, hija mia, que ya están en la sala todos los convidados y el novio, que es la parte mas esencial para la funcion de esta noche... La dije á Mónica que viniera á avisar á ustedes; pero como hace tiempo que esta señora se ha propuesto hacer en todo su santa voluntad, no quiso venir.

—Pues ya vé vuecencia cómo no habia necesidad de venir...—replicó doña Mónica.

—Calla, no repliques,—dijo la condesa.

Y reparando en los aldeanos, que se retiraron para dejarla el paso libre, los miró de arriba abajo con orgullo, y dijo:

—¿Qué gente es esta?

—Son los guardas de la Peña-Sacra,—respondió Adelaida.

—¿Los que te robaron por órden del bribon de tu tio?

—No, señora; los que me salvaron de su furor.

—¡Hola!... Pues que bajen á la cocina y los den de comer.

—Muchas gracias,—dijo con voz áspera y bronca la guardesa.

—Y esta mujer, ¿quién es?—dijo la condesa reparando en la señora María.

—Es mi vecina,—repuso Eugenia.—¿No la conoce usted?

—¡Tambien está aquí!—murmuró la condesa.

—Vaya, con permiso de vuecencia,—dijo la señora María, haciendo un reverente saludo á Adelaida.

Y dirigiéndose á los guardas, añadió:

—Vengan ustedes conmigo... ¡Qué diferencia de señoras!—murmuró en voz baja.—La una tan amable, y la otra...

La guardesa y su marido volvieron á besar la mano á Adelaida; y esta, cogida del brazo de Eugenia, despues de abrazarla con efusion y de verter ambas algunas lágrimas, salió del tocador precedida de la condesa y de la de Monte-Oscuro.

Así atravesaron la sala contígua, donde ya no estaba la señora Crispina ni ninguno de los criados de la condesa, porque esta mandó que los hicieran retirarse de allí, y llegaron por fin al salon del baile, donde, segun habia dicho la condesa, esperaban todos los convidados.

Al presentirse en el salon la llegada de la novia hubo un ligero murmullo, parecido á las oleadas sordas de la muchedumbre que espera con impaciencia la llegada del héroe de una funcion cualquiera. Ora sea esta el suplicio de un reo de muerte, ó la coronacion de un príncipe de la sangre real.

Pero al presentarse la jóven duquesa en el dintel de la puerta enmudeció la concurrencia, y una mirada general de asombro fué el saludo con que recibieron á la jóven, en quien las mujeres pensaban hallar mil defectos que diesen pábulo á su murmuracion, y los hombres motivo para cien epígramas y otras tantas palabras de doble sentido.

Los primeros que se acercaron á presentarla sus respetos, fueron el eminentísimo prelado que habia de dar-

la la bendicion, Genaro, Ventura y el doctor Espinosa.

Este último, que tal vez hacia veinte años que no habia asistido á otro sarao por el estilo, se hallaba vestido con el gran uniforme de la Academia de Ciencias de Berlin, y en su semblante se advertia una alegría tan estraordinaria coco su presencia en aquel lugar.

Genaro y Ventura vestian trajes negros de etiqueta, ni mas ni menos que Mendoza y Fernando, que, cogidos del brazo, se hallaban al otro estremo del salon.

Eduardo, el antiguo vizconde de la Torre-Parda, ya duque de Alcira, vestido con el uniforme de la grandeza española, llevó del brazo á su jóven esposa para presentarla á Adelaida, riéndose, aunque de mal grado, al pasar junto á Ventura, que le dijo en voz baja:

—Así me gusta, señor *primo donno*; ya estará contenta la suegra.

Tambien la marquesa de Santa Rita, convidada á pesar del conde, su suegro, corrió á saludar á Adelaida, con el solo objeto de hacer ver á las demás señoras que la nueva duquesa era ya su amiga.

El marqués la acompañó, sonriendo como siempre, y en las pocas palabras que habló con Adelaida, no lo hizo sin dirigir primero una mirada á su esposa. El lector sabe las causas de ese exagerado respeto conyugal.

Despues de terminados los saludos de las personas mas íntimas, que para la pobre Adelaida eran sus únicos parientes, la condesa la sentó á su lado y al de sor Clotilde, inmediata á la silla en que se habia colocado Eugenia.

Y el prelado, que no era sino una de las primeras dignidades de la Iglesia española, se retiró del salon acompañado de Genaro, para dirigirse á la capilla en que debia celebrarse el matrimonio.

A ese tiempo, el conde de San Fabian, que galante y esbelto como un hombre de treinta años, ocultaba sus setenta y cinco bajo el pesado uniforme de los gentiles-hom-

bres de su majestad, se acercó á Adelaida, llevando del brazo á un caballero estranjero, y la dijo con acento respetuoso, pero jovial y alegre:

—Señorita duquesa de Mont-Marsan, tengo el gusto de presentar á usted el secretario de la embajada de Francia.

—Señorita,—se apresuró á decir el caballero en mal castellano,—me creo muy honrado de poder presentar mis homenajes á la hija de nuestro querido amigo el noble duque de Mont-Marsan. Mi jefe me envia *de* usted para ofrecerla sus respetos y sus servicios, rogándola que le dispense el no haber venido él mismo á hacerlo, pero... está enfermo...

El diplomático no lo fué bastante al escusar á su jefe el baron del Arfil, cuya falta en el palacio de la condesa fácilmente adivinará el lector.

—Me pesa mucho de la enfermedad del señor baron,—respondió Adelaida,—y agradezco los ofrecimientos que usted me hace en su nombre.

—Señorita,—replicó el secretario,—el duque, su difunto padre, era uno de los mejores hombres que tenia la Francia.

—¡Buenos serán los otros!—murmuró el conde, mientras Adelaida movia sus ojos para reprimir las lágrimas, que asomaron á ellos al oir hablar de su padre.

El secretario hizo una profunda cortesía á Adelaida, y se retiró á hablar con la marquesa de Santa Rita, á tiempo que un criado de los que vestian el uniforme de los pajes del antiguo condado de Baza, apareció en la puerta por donde habian salido el arzobispo y Genaro, y con voz respetuosa, pero fuerte, dijo:

—Su señoría ilustrísima espera en la capilla.

El semblante de Adelaida se cubrió de un encendido carmin, y bajó los ojos al suelo, donde pudieran haberse hallado con los de Fernando, que continuaba inmóvil al otro estremo del salon.

El conde de San Fabian se acercó á ofrecerla el brazo, y la jóven se arrojó en los de sor Clotilde, despues de haber intentado en vano arrodillarse para que la diera su bendicion.

—¡Madre mia!...—la dijo con voz ahogada por el llanto, que reprimió dentro del pecho.

Sor Clotilde hizo un esfuerzo violento para sostenerse en pié, recordando lo que ocurrió en Paris cuando nació en sus brazos aquella jóven, y no pudo pronunciar una sola palabra.

Eugenia, anegada en llanto, recibió otro tiernísimo abrazo de Adelaida, que dió por fin el brazo á su padrino de boda, siendo ámbos los primeros que salieron del salon.

Fernando, conmovido como un niño, ofreció su brazo á la condesa, segun le habia advertido Mendoza, que hizo lo propio con sor Clotilde, y la cuarta pareja la formaban Eugenia y Ventura.

El doctor Espinosa, haciendo de caballero sirviente con la de Monte-Oscuro; la marquesa de Santa Rita, apoyada en el brazo del secretario de la embajada francesa; los duques de Alcira y todos los demás convidados, hasta el número de sesenta, se dirigieron á la capilla, riéndose de las impertinencias de la condesa, que se separaba á cada momento para regañar á sus criados y preguntar por su inseparable corneta de órdenes, la vetusta doncella doña Mónica.

Así entraron en la capilla, que estaba perfectamente iluminada, y cuyas paredes se veian cubiertas de blanco, siendo del propio color todo el recado del altar.

Delante de este habia dos riquísimos almohadones de terciopelo blanco, dispuestos para los novios, y un magnífico sillon de talla dorada, en el que estaba sentado el arzobispo, mientras sus asistentes le colocaban las últimas prendas de la sagrada investidura.

Los convidados invadieron la capilla, colocándose cada

cual donde mejor pudo para presenciar la breve ceremonia, y el conde de San Fabian cogió de la mano á la novia y la llevó al altar, advirtiendo á la condesa que hiciera lo propio con Fernando, á cuyo lado se puso el conde.

Entonces el prelado recibió un libro de terciopelo blanco con relieves de oro, y leida la no muy decorosa epístola de San Pablo, preguntó á la escelentísima señora duquesa de Mont-Marsan si queria por esposo á don Fernando Vargas, si se otorgaba por su esposa y si le recibia por su esposo.

Y á las tres preguntas respondió afirmativamente y con voz clara, aunque débil, Adelaida.

Casi todas las mujeres que habia en la capilla repitieron entre dientes, y como por máquina, lo mismo, y el arzobispo hizo iguales preguntas á Fernando, que contestó del mismo modo que la duquesa.

Entonces dió el prelado su bendicion á los novios, que, con las manos derechas cogidas, se habian arrodillado á sus piés. Y así terminó la ceremonia.

. . . . . .

A ese tiempo se oyó un grito en la capilla, que sobresaltó á todos, sin que nadie pudiese saber la causa.

. . . . . .

El conde de San Fabian abrazó á Adelaida, que corrió á estrecharse sobre el pecho de sor Clotilde y Eugenia; mientras Fernando salia de los brazos de uno de sus amigos para arrojarse en los del otro, y los demás convidados se agrupaban en derredor de los nuevos esposos para satisfacer su insaciable curiosidad.

El hermoso grupo que ofrecia la cándida figura de Adelaida entre los brazos de sor Clotilde y Eugenia, ambas vestidas de negro; la dulcísima ternura que brillaba en los semblantes de todas ellas, y las lágrimas que corrian mezcladas sobre sus mejillas, formaban una escena demasiado interesante para que nos ocupemos de escuchar lo que mur-

muraban en derredor suyo las damas del gran tono, cuyos corazones, marchitos por los falsos placeres, no podian comprender la felicidad de las tres amigas.

La condesa de Baza era la única que, á pesar de sus muchos años, comprendia la emocion de la jóven desposada, y queriendo abreviar su sufrimiento, abandonó la capilla, invitando á los convidados para que la siguieran al salon de baile, donde ya esperaban los lacayos para servir la primera tanda de helados y de dulces.

Todas las parejas volvieron por el mismo órden que habian llevado al dirigirse á la capilla, y Adelaida, que desprendida de los brazos de sus amigas se apoyó en el del conde, se vió rodeada por una porcion de criados de la casa, que acudian á besarla la mano.

Ella abrazaba á las mujeres con la mayor ternura, deteniéndose particularmente con la señora María y con la Crispina, que fueron de las primeras en salirla al encuentro.

La guardesa de la Peña-Sacra, que habia asistido á la ceremonia desde una tribuna, salió tambien á la entrada donde estaba la zapatera, pero no se atrevió á acercarse á Adelaida, y permaneció en un rincon haciendo varios esfuerzos por reprimir las lágrimas que por la primera vez de su vida asomaban á sus ojos.

El doctor Espinosa, que dando el brazo á la de Monte-Oscuro, marchaba al lado de Adelaida, sonreia de gozo al ver el entusiasmo con que aquellas gentes saludaban al Angel de la Caridad, como él la llamaba, y sentia verse obligado á abandonarla en esos momentos para volver al lado de Cabezota. Pero así se lo habia ofrecido, no como médico, puesto que la salud del enfermo estaba casi asegurada, sino como amigo, y el doctor no podia dejar de cumplir su palabra.

Sin embargo, no pudo llevar á cabo su propósito, porque el intrépido bandido lo habia dispuesto de otro modo.

Apenas habian entrado todos los convidados en el salon, cuando llegó un criado buscando con ansiedad á Mendoza.

—Señorito,—le dijo, acercándose á hablarle,—en la antesala hay un hombre que á todo trance quiere hablar con usted.

Mendoza no se detuvo á preguntar quién era el que deseaba hablarle, y sospechando que fuese alguno de los centinelas del Duende, salió precipitadamente á la antesala, donde se encontró con Cabezota.

—¡Paco!—le dijo sorprendido.—¿Qué has hecho?

—No me riña usted, señorito; precisamente no he querido avisar al señor Espinosa, y me he valido de usted... porque la verdad... con usted tengo mas confianza que con nadie... Usted conoce mi génio, y sabe lo que es un hombre como yo, cuando se empeña en hacer una cosa... Si hubiese tenido que venir arrastrando como las culebras, y sabiendo que despues de besar la mano á la señorita Perla me habian de quitar la vida á puñaladas, aun así no habria dejado de venir... ¡Oh! El soldado que se sabe batir en la accion, debe hacer el último esfuerzo para acompañar á su regimiento cuando llega la hora de entrar en la ciudad conquistada. Yo he peleado con todos ustedes para lograr que la señorita fuese feliz, y hoy no quiero dejar de pasar por el arco del triunfo... La señorita no ambicionaba otra cosa sino casarse con don Fernando; pues bien... yo quiero verla despues de cumplido su deseo.

—Ya se han casado,—interrumpió Mendoza.

—Lo sé... He presenciado la ceremonia.

—¿Tú?... ¿Y cómo?...

—Oculto detrás de una cortina del presbiterio.

—¡Ah, ya caigo!—esclamó Mendoza.—Aquel grito que se oyó al terminar la ceremonia...

—Era la primera voz que se alzaba para felicitar á la señorita, y el primero tambien... el único grito de dolor que exhalaba mi pecho.

El acento desgarrador con que Cabezota pronunció esas palabras, hizo que Mendoza le preguntase con presteza:

—¿Te pesa de que se haya casado la señorita?

—¿Sabe usted si á ella le pesa el haberse casado?

—Claro es que no, —dijo Mendoza, sonriendo.

—Pues á mí tampoco.

—En ese caso, ¿por qué exhalaste un grito de dolor?

Cabezota miró en derredor suyo, como si temiera que alguien escuchára lo que iba á decir, y con el semblante descompuesto, replicó:

—Porque la adoro como á una Vírgen, y creo que no hay nadie en el mundo que merezca ser su esposo.

—¿Y qué pretendes ahora?... ¿Quieres verla?

—Sí, señor; quiero besarla la mano por última vez.

—¿Piensas morirte? —dijo Mendoza, sonriendo.

Cabezota se encogió de hombros, y procurando sacudir la tristeza que le aquejaba, dijo:

—¿Decididamente se van á Paris?

—Sí, es preciso que Fernando vaya á tomar posesion del ducado, y Adelaida quiere visitar el sepulcro de su padre.

—¿Y cuándo se van?

—Esta misma noche.

—Pues hágame usted el gusto de preguntar á la señorita si puedo verla.

—Voy corriendo, —repuso Mendoza. —¿Pero qué traes ahí? —añadió, reparando en un bulto pequeño que ocultaba debajo del brazo.

—Mi regalo de boda para la señorita.

—¿Se puede ver? —dijo Mendoza sonriendo.

Y Cabezota mostró en seguida el pañuelo que traia debajo del brazo, dentro del cual estaba la caja de marfil, de que el lector tiene tantas noticias.

—Yo conozco esta caja, —dijo Mendoza.

—Ya lo creo, —repuso Cabezota; —¡si usted no la conoce!...

—¿Y cómo ha venido á parar á tus manos?

—Porque me ha parecido que no estaba bien en las del padre Romualdo.

—¿El fraile tenia esta caja?

—Sí, señor; se quedó con ella cuando entregó los papeles.

—¿Y tú?

—Yo le he suplicado que me la diese.

—Y él ha accedido.

—Al momento... me quiere mucho el frailecito... Sobre todo desde un dia que le encontré en casa de la Peregrina.

—Pues mucho se vá á alegrar Adelaida de que la des esa caja.

—Mas la vá á gustar lo que hay dentro de ella,—repuso Cabezota.

Y abriendo la caja de marfil, sacó un pañuelo de batista guarnecido de encaje, con un anillo de oro atado en una de las puntas.

Ambas prendas recordará el lector haberlas visto en manos de Adelaida el dia en que, instada por sor Clotilde, abrió la caja de marfil en casa del guarda en la Peña-Sacra. Por un sentimiento de escesiva delicadeza las volvió á dejar en la caja al entregarla al padre Romualdo, y esperó en vano que este se las devolviera al presentarla los papeles de su nacimiento.

Mendoza habia oido hablar mucho de esas prendas que en tanta estima tenia Adelaida, y abrazando á Cabezota, le condujo por detrás del salon de baile á un gabinete secreto, en el que el bandido besó la mano á la jóven duquesa de Mont-Marsan en presencia de Fernando, de sor Clotilde y de Espinosa.

Todos reprendieron á Cabezota por haberse levantado de la cama para ir allí; pero todos se alegraban de verle tan tranquilo, al parecer, como si nada hubiese sufrido.

Espinosa fué el único que insistió en rogarle que se volviera con él á su casa; pero Mendoza, á quien un criado de la condesa acababa de entregar una carta *urgente*, cogió del brazo al médico, y llamándole aparte, le dijo en voz baja:

—Necesito que se venga usted conmigo á la calle del Nuncio.

—¿Pues qué ocurre?

—Lea usted esta carta.

El doctor leyó el papel que le presentó Mendoza, y dijo:

—¡Justicia de Dios!... Ha muerto á la misma hora de estarse celebrando el enlace que tanto aborrecia, y por el que ha cometido tantos crímenes!...

La esquela que recibió Mendoza estaba escrita por el Richano, y concebida en los términos siguientes:

«Despues de una hora de horribles aullidos, á las nueve »en punto ha caido al suelo con un accidente, y no dá se»ñales de vida. Se lo aviso á usted por si quiere que venga »algun médico, pero creo que es inútil.»

Mendoza y el doctor salieron corriendo del gabinete, y atravesando el salon del baile para enterar á Genaro de lo que ocurria, abandonaron el palacio de la condesa, y al escape se dirigieron en un coche á la casa chica de Alcira.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO CXLIV.

La Torre del Duende.

Tres meses escasos habian pasado despues de la boda de la duquesa de Mont-Marsan, cuando á la puerta de una casa que el lector conoce, situada al estremo de la calle de Hortaleza, se detuvo una berlina mas que elegante cómoda, tirada por dos caballos de la pura raza española.

Cuando el lacayo se bajó de su asiento para abrir la portezuela del carruaje, uno de los caballeros que iban dentro le habia ahorrado ese trabajo.

El otro salió tambien con ligereza de la berlina, y antes de seguir á su compañero, entrando en el portal, se dirigió al lacayo y le dijo:

—Vuelve.

Y mientras el cochero estremecia la calle dando vueltas al carruaje, los dos caballeros subian con precipitacion la escalera.

El que habia dado al lacayo la órden para que volviese el carruaje era su dueño, el jóven duque de Alcira; el que iba en su compañía era Ventura.

Una fuerte sacudida que dió este al cordon de la campanilla, en la primera puerta del piso principal, anunció la visita de los dos amigos al dueño de aquel cuarto, Daniel Mendoza.

El criado que acudió presuroso á abrir la puerta, les permitió la entrada, sin decirles, y sin que ellos le dijeran una sola palabra, y así, atravesando la antesala y un largo corredor, entraron en el gabinete, donde se hallaba Mendoza envuelto en una bata de cachemir azul, y cubierta la cabeza con un gorro argelino.

Las paredes del gabinete eran las mismas que vió el lector cuando resonaron en ellas los primeros gritos del arrepentimiento del Vizco; pero los muebles habian variado completamente. Reinaba en ellos el mayor órden, y habian desaparecido una gran parte de los que atestiguaban la vida calaveresca y disipada de su dueño.

Ya no se veian sobre el velador los restos de la pasada orgía: los naipes no adornaban, como antiguamente, la meseta de la chimenea; los floretes habian sido reemplazados por un manojo de plumas, y Daniel Mendoza, en vez de hallarse tendido sobre una butaca saboreando una copa de ron, estaba delante de una mesa de despacho secando el tintero que tenia á la derecha.

Al ruido que hicieron sus amigos abriendo la mampara alzó la cabeza, y sin soltar la pluma, les dijo sonriendo:

—Dios los cria y ellos se juntan.

—Díme con quién andas te diré quién eres, y vaya de refranes, —contestó Ventura.—Desde que andas en correspondencia con abogados, todo el dia se te pasa escribiendo.

—Pues lo has acertado, —repitió Mendoza: —estaba contestando á una carta de Genaro que recibí esta mañana.

—¿Qué dice? —preguntaron á la vez los dos amigos.

—¿Es la carta circunstanciada que ofrecia el correo anterior? —añadió Ventura.

—Es una carta de tres pliegos, —contestó Mendoza.

—¡Cáspita!...—esclamó Ventura.—¡Y la letra de Genaro,—añadió riendo,—que es menuda como mostacilla!

—Pues aun le sobró materia, y puso cuatro ó cinco líneas en el sobre.

—Veámoslo,—dijo el duque.

—Tomad,—repuso Mendoza, alargando unos papeles que tenia sobre la mesa.

—Léela tú,—dijo Ventura,—porque ya la habrás traducido, y la letra de Genaro necesita eso y mucho mas.

—Pues oid,—replicó Mendoza.

Y reclinando el cuerpo sobre el respaldo de la silla, leyó lo siguiente:

«*Torre del Duende* 20 *de Mayo de* 1841.

»Querido Daniel: Comprendo tu impaciencia y la de los amigos por saber todos los pormenores de mi viaje á esta, con lo demás que ha ocurrido, y de que sucesivamente os he dado noticia; pero este es el primer momento que tengo libre desde que me separé de vosotros. ¡Pasado mañana se cumplen dos meses!... Cito con dolor esta fecha, porque, la verdad, si hubiera sabido todo lo penoso de mi comision, la habria rehusado con mayor instancia.»

—Tiene razon,—interrumpió Mendoza, suspendiendo la lectura.—Fué una iniquidad el encargarle á él solo la custodia de tanto bellaco.

—Para eso le dimos facultades omnímodas, discrecionales,—replicó Ventura.—Si se le suben á las barbas puede publicar la ley marcial, y declarar la torre en estado de sitio... Allí no hay cuerpos legisladores que le pidan cuentas... Y aun si las pidieran, no seria el primer ministro que dejase de darlas.

—Sí; pero ya sabes que no puede hacer daño ninguno al Duende...

—¡Ay... eso no!... ¡Pobre abad!...—esclamó el duque.—Genaro me dió palabra de despreciar sus insultos y

de respetar su desgracia, hasta que el sufrimiento le quite la vida, de que tan mal uso ha hecho siempre.

—Sigue leyendo, —repuso Ventura, —y no interrumpamos, porque la carta es larga, y no se acabará nunca.

«Pero me consuela la idea, —añadió Mendoza leyendo, —de que pronto volveré á vuestro lado; porque os juro, que si el Duende vive cinco dias mas, será un milagro, y yo, de todos modos, me marcho de aquí.»

El jóven duque de Alcira movió la cabeza con pena al oir el pronóstico de Genaro sobre la salud de su tio, y Ventura dijo:

—¿Te pesa de que se muera ese monstruo?

—Es natural, —interpuso Mendoza antes de que el duque de Alcira dijera nada; —al cabo es hermano de su padre.

—Sí; pero su existencia es la deshonra de la familia, —dijo Ventura.

—Pues bien, —replicó el duque; —me pesa de que no muriera antes de hacerse criminal, y siento que no viva ahora para que Dios le iluminase y se arrepintiera.

—Eso es algo difícil, —repuso Mendoza; —vereis lo que dice Genaro:

«A lo que os dije que habia ocurrido en el camino, solo tengo que añadiros que el Duende se apercibió de que yo le hacia pasar por loco en las paradas de postas, para evitar que nadie me preguntára por qué le llevaba de aquella suerte, y me comprometió de tal modo con el oficial de un destacamento que hallamos á la entrada de la Sierra, que estuvimos á punto de andar á estocadas. Cuando entró aquí, le habia acometido un fuerte desmayo, y me fué fácil encerrarle en el gabinete de *La Culebra*, donde él tuvo presa á nuestra querida Adelaida. Seis horas tardó en volver en sí, y ya me iba alarmando su estado, cuando dió un suspiro, y luego otro mas fuerte, incorporándose al fin en la cama. Yo habia puesto mientras tanto á doña Inés y á la Pe-

regrina en dos aposentos distintos, y fuí á espiar todos los movimientos del Duende por el agujero de la cerradura.

»Otra vez os he hablado ya de esta escena, pero permitidme que os dé algunos pormenores mas... Los cabellos se me erizan aun al recordarla, y sin embargo, no puedo dejar de escribiros todas sus circunstancias.

»Conservaba el mismo traje con que le vísteis subir á la silla de posta, pero su semblante era mas horrible que entonces.»

—¡Imposible!...—interrumpió Ventura.—Cuando salió de Madrid parecia un cadáver.

—Oye y verás,—repuso Mendoza.

Y continuando la lectura, añadió:

«Su cútis no era ya amarillo, sino azul y verde, como el satánico resplandor del azufre; sus ojos, sepultados muy adentro del cráneo, brillaban como las luces fosfóricas de un cementerio; sus lábios, cárdenos y secos, parecia que al juntarse buscaban en sí mismos el jugo que les negaba la boca, y sus cabellos se erizaban sobre la cabeza como si obedeciesen á la atraccion de una corriente eléctrica suspendida en el aire.

»Yo, no me avergüenzo de confesároslo, tenia delante de mí una gruesa puerta, y sin embargo, retrocedí asustado al ver incorporarse sobre la cama aquella cabeza verdaderamente infernal.

»Cuando el Duende volvió en sí serian las diez de la noche... Su encierro estaba escasamente alumbrado por el trémulo resplandor de una luz de aceite, que ardia en un vaso de vidrio sobre una mesita de nogal. Esa modesta lamparilla es la que, segun me han dicho las gentes de la Torre, sirvió á Adelaida mientras estuvo presa en aquel aposento. Tambien los muebles son de aquella época, y se reducen á una cama de nogal, á tres sitiales de lo mismo, y á la mesa de que os he hablado.

»El Duende se incorporó con trabajo sobre la cama, cla-

vando en ella sus descarnadas manos, y miró con espanto en derredor suyo... Durante el viaje apenas habia querido probar bocado, y yo temí que no se pudiera sostener sentado sobre la cama; pero le ví con asombro alzarse en pié, y dirigirse con paso seguro á examinar con minuciosidad todos los rincones del aposento.

»Su mirada era estúpida, y se encogia de hombros, como si se demandára á sí mismo dónde se hallaba... Varias veces se detuvo, llevando el dedo pulgar á los lábios y alzando los ojos al techo, como si quisiera recoger su memoria; pero volvia á encoger los hombros, y así permaneció largo rato, hasta que de repente clavó sus ojos en la ventana, y retrocedió asustado, lanzando un espantoso aullido.

»Yo me estremecí, porque ignoraba entonces la causa de aquel sobresalto, y no podia sospechar lo que el Duende habia visto en aquella ventana... Mas tarde lo supe, y hallé justificado su terror. El desgraciado acababa de reconocer el lugar de su encierro... La ventana tenia en vez de cristales un bastidor de lienzo, en el que habia abierto Adelaida un agujero para saludar la aparicion de la aurora, y contemplar desde su retiro las galas de la naturaleza... y el Duende acababa de fijar su vista en aquel recuerdo de la víctima que se le habia escapado de las manos.

»Un sudor copioso bañó su azulada frente, y sus cabellos se erizaron con mayor fuerza, semejando un grupo de agujas atraidas por una corriente magnética... Sus brazos, descarnados y secos, se apartaron del cuerpo, adelantándose como si quisieran rechazar una vision horrible, y enclavadas sobre el pavimento de yeso sus débiles plantas, hacia los mayores esfuerzos para hablar... Pero sus lábios se movian en vano, y cada vez mas enjutos se abrian con angustioso afan. Yo no podia sufrir por mas tiempo el tormento de este desgraciado, y tratando de distraer su imaginacion del recuerdo que le afligia, hice ruido en la puerta, hácia la cual volvió rápidamente la cabeza.

»La reaccion que se obró en su cuerpo prestó algun vigor á sus lábios, y lanzó un grito de rábia, seguido de una horrible imprecacion, con la que mezcló el nombre de Adelaida.

»Despues se paró á escuchar un momento marchando hácia la puerta, y yo recogí el aliento, hasta que, devorado por la sed, se dirigió á la mesa de nogal, y cogió con avidez una jarra que habia sobre ella. Estaba llena de agua, y el primer impulso del Duende fué llevársela á los lábios; pero la apartó con repugnancia, y volviéndola á dejar sobre la mesa, se registró presuroso los bolsillos, haciendo estremos de desesperacion por no encontrar nada en ellos... Sin duda buscaba alguna moneda para analizar el líquido de la jarra, porque, acosado de nuevo por la sed, vertió una gota de agua sobre la mesa, y humedeciendo con ella los dedos la paladeó largo rato, pero sin atreverse á beber... Hasta que dándose una palmada en la frente, llevó las manos á la espalda por debajo del frac, sacó una hebilla de plata que le sujetaba el chaleco, la mojó en el agua de la jarra y la espuso al calor de la lamparilla. Semejante esperimento no podia serle enteramente satisfactorio; pero por fin llevó la jarra á los lábios y bebió con avidez una gran parte del líquido.

»Su fisonomía perdió entonces algo de su espantosa fiereza, sus cabellos se doblaron sobre el cráneo, y sus lábios articularon algunas palabras que no pude comprender... Pero de repente, y al volverse con direccion á la ventana, dió una sacudida con todo su cuerpo, crispó los puños, se le erizaron de nuevo los cabellos, y clavando los ojos en la pared, retrocedió asustado hasta en medio del aposento.

»Allí enclavó sus plantas avanzando los brazos hácia la pared, como si quisiera rechazar alguna nueva vision, y con acento desesperado, dijo:

—»¡Fernando!... ¡Fernando!... ¡Oh! Siempre ese hombre delante de mí... Maldito seas, miserable bastardo, y

malditos los hombres que conjuraste para mi perdicion... ¡Oh! ¡Yo elegí á tu padre para instrumento de mi venganza destructora, y su sombra se alza del sepulcro para perseguirme!... ¿Quién eres tú, reptil miserable, que así te atreves á luchar conmigo?... ¿Vienes á cumplir la palabra que diste al nécio duque de Mont-Marsan?... ¿Quieres verter mi sangre en un duelo?... Pues bien; yo te la doy sin defenderme... Tómala... tómala; pero déjame derramar primero la de esos miserables restos de mi inestinguible familia...»

El duque de Alcira, que oia con la mayor angustia la lectura de la carta, se afectó demasiado al escuchar lo que tan vivamente le interesaba, y Mendoza, que advirtió lo que sufria, dejó de leer un momento, y dijo:

—Ese hombre es de hierro; pero tambien Genaro tiene una manera de detallarlo todo, que estremece.

—Nadie diria que esa carta está escrita por un abogado,—repuso Ventura.—Cualquier poeta francés, de los de la escuela romántica, daria un dedo por pescarla para un drama de linterna y puñal.

—Pues no lo digas en broma,—replicó Mendoza, procurando sonreir para distraer al jóven duque,—la Torre del Duende es un gran asunto para un drama.

—¡Vaya si lo es!—dijo Ventura.—Pero no lo digas en los alrededores del café del Príncipe, porque á los ocho dias te espones á verte en escena, sacando al Duende del Sótano de la nieve.

—Tú harias un escelente personaje cómico,—esclamó Mendoza riendo.—Mira que una escena entre el padre Romualdo y tú, tendria que ver.

—Ya lo creo; pero serian mas graciosas las de nuestros zapateros Trifon y Crispina.

—No tal; esos no caben sino en una comedia, y lo que deberia hacerse de la Torre del Duende es un drama.

—Pues que le hagan,—dijo Ventura;—pero que sea

en prosa, porque sentiria que me hiciesen hablar en verso.

—¿Y si te casan al final del drama?... Porque ya sabes que este es el desenlace que está á la órden del dia...

—Me resigno gustoso con tal de que la boda no salga del escenario... Así podré decir que me han fusilado en estátua.

Nada de lo que decian Ventura y Mendoza distraia la pena que abrumaba al duque; pero deseoso de abreviar el tormento que le ocasionaba la lectura de la carta, rogó á Mendoza que la continuase, diciéndole:

—Sigue, Daniel, y no omitas nada; deseo conocer todos los pormenores de la desgraciada situacion de mi tio.

—No me parece bien que le des ese nombre,—replicó Mendoza.

—¡Tienes razon!...—esclamó el duque con pena.—Sigue leyendo.

—Sea como tú quieras,—dijo Mendoza;—pero no te aflijas, aunque oigas que habla de tí...

—¿De mí?...—preguntó con viveza el duque.

—Sí; tu cabeza es una de las que ofrecia en cambio de la suya...

—La otra no hay que preguntar...—interrumpió Ventura,—¿será la de Adelaida?

—No... esa se la ofrecia tambien á Fernando, en cambio de la del doctor Espinosa.

—¿Pues no decia siempre que su felicidad consistia en sobrevivir un instante á la muerte de toda su familia.

—Sí; pero has de advertir que lo que oyó Genaro era un delirio, y tal vez lo haria por engañar á Fernando, á quien parecia tener delante de sí... por lo demás, eso mismo que tú dices repitió tambien... Voy á seguir leyendo:

«Entrégame á Adelaida y á Enrique, y mi cabeza es tuya,—añadió Mendoza, continuando la lectura.—Pero no, yo te cedo á mi sobrina, si me das en cambio á ese infame médico y al viejo Gregorio... ¡Oh! ¡A este último sobre todos!»

—¡Pobre hombre!...—gritó el duque.

—Y á propósito,—dijo Ventura;—¿qué has hecho con ese pobre viejo?

—Tenerle á mi lado, y darle en mi casa, á pesar de su resistencia, casi el mismo rango que si fuera mi padre... ¡A él le debo la vida!...

—Yo no lo he vuelto á ver desde el dia en que se marchó Genaro,—dijo Mendoza.

—Tú no has visto á nadie desde entonces,—replicó Ventura;—encerrado con el doctor, os pasais ambos los dias enteros en barajar la sociedad, poniendo lo de arriba abajo... ¿Cómo vá vuestro plan de beneficencia domiciliaria?

—Bien, muy bien; ya casi concluido. Ahora tenemos en planta un hospicio para pobres forasteros...

—¿A imitacion del que tiene establecido la hermandad del Refugio?

—No; nosotros no hemos pensado en imitar nada de lo existente, sino en remediar los males que á nadie le ha ocurrido remediar, ó que por inobservancia de lo dispuesto, ó cualquier otro motivo, no se han corregido aun... Pero ya os hablaré de eso en otra ocasion; dejadme continuar leyendo, y no me volvais á interrumpir, porque seria interminable la lectura.

»Si ese hombre,—añadió Mendoza leyendo,—no me hubiera sido infiel, no estrecharias ahora entre tus brazos á Adelaida, ni Enrique se presentaria á usurparme la posesion del ducado... ¿Pero te ries de mí por que estoy preso?... ¿Y me desprecias por que crees que el poder del capitan Centellas ha de ser eterno?... Pues no lo creas, no; he tomado mis medidas, y un asesino sigue tus pasos y los de Adelaida... Si no me das á beber la sangre que te he pedido, pronto vendrá la tuya y la de mi sobrina á refrescar el aire que respiro en este calabozo... ¡Oh!... El hombre que ha jurado vengarme no faltará esta vez á su juramento... Su vida depende del cumplimiento de su palabra...

»Yo me estremecí al oir esas palabras, y quise entrar, como ya os dije, á arrancarle ese secreto; pero el Duende sintió introducir la llave en la cerradura, y corrió hácia la puerta, diciendo:

—»¿Quién anda ahí?... ¿Quién espía mis secretos?... Abrid la puerta al amo de esta Torre...

»Yo volví á contener el aliento, y él se fué alejando poco á poco, arrimado á la pared, hasta que al llegar al mismo sitio donde yo creí que se le habia antojado ver la sombra de Fernando, retrocedió horrorizado, y crispando los puños, gritó con risa sardónica:

—»Gracias... Fernando, gracias... al fin me la entregas tú mismo... ¡Oh! Tráeme corriendo á Enrique, y vuelve despues por mi cabeza... te la daré yo propio... Déjame verter por mis manos la sangre maldita de los últimos vástagos de mi familia, y yo te cedo todos mis bienes... Este era el sitio que yo habia elegido para que pereciesen ambos: pues bien; aquí morirán... yo te lo juro...

»Al pronunciar estas palabras, esforzó la voz estraordinariamente, y lanzando una imprecacion horrible... con el cabello erizado, la cabeza erguida y las manos crispadas, se arrojó sobre la pared, clavó en ella con furor las uñas, y cayó de espaldas, gritando:

—»¡Maldito seas!

»Yo entré precipitadamente en el aposento, pero no pude impedir el golpe, y antes de llamar á Cerezo y á Bocanegra para que me ayudasen á llevarle á la cama, me acerqué á examinar el sitio en que habia clavado las uñas, y ví que su delirio no habia sido enteramente falto de fundamento... En la pared estaban grabados con un alfiler repetidas veces por Adelaida, su nombre y el de Fernando.

»El médico que vino con nosotros subió al momento, y dijo lo mismo que nuestro amigo Espinosa la noche que se casó Adelaida... No se atrevió á sangrarle, y le colocamos sobre la cama, pasando la noche á su lado el intrépido

Bocanegra, sin que ocurriera otra novedad que la de haberle acometido el delirio tres ó cuatro veces, pero con tranquilidad, y sin abrir los ojos hasta la madrugada, que volvió en sí y le dejamos otra vez solo.

»Estos últimos dias ha comido, aunque poco, pero cada dia se vá quedando mas flaco... Al principio solia entrar á visitarle algunos momentos, sin obtener nunca otro resultado que el de exasperarle cada vez mas... Ahora ya no me atrevo á verle... me dá lástima su estado... Su debilidad es estremada; pero el corazon no le abandona un solo momento, y sus pensamientos son tan feroces y tan vigorosos como cuando en vez de estar preso en el calabozo de la Culebra era el carcelero de la Torre.

»Su infame cómplice la de Montilla, se ha convencido ya de que todo el mal que pensamos hacerla es tenerla encerrada eternamente, comiendo y durmiendo á su antojo, y cada vez está mas gruesa... Cuando me vé dá muestras del mayor arrepentimiento; pero la digo que no se incomode, y que lo aplique todo en sufragios por su alma.

»En cuanto á la prision de la Peregrina, cada vez me convenzo mas de que el traerla aquí fué una locura propia del botarate de Ventura.»

—Gracias por la lisonja, —interrumpió Ventura.

«Verdad es que á ella no le dá gran pena estar aquí; pero es porque yo la consiento salir del encierro de vez en cuando... En suma, amigo Daniel, con las unas y con las otras se me pasa el dia hecho un comandante de presidio, y mejor diré un calabocero. Este es el único momento que he tenido desocupado, y lo he dedicado á escribirte... Haz tú lo mismo conmigo, y sobre todo díme cuándo vuelven á Madrid nuestros duques de Mont-Marsan, y si está ya arreglado el palacio, y en fin, todo lo que sea digno de saberse.

»Háblame de Espinosa y del amigo Enrique, antes Eduardo, y díme cómo está el pobre Cabezota, sin olvidar-

te de saludar en mi nombre á la interesante Crispina y al noble veterano señor Trifon.

»A Ventura díle que no se case hasta que yo vaya, y dispon siempre del cariño de tu amigo, —GENARO.»

—¿No te dice nada para sor Clotilde ni para la condesa su amiga?—preguntó Ventura.

—¡Sí, me habla en un párrafo por separado.

—¿Contestándote á lo que decias sobre la resolucion de Eugenia?

—Sí,—respondió con pena Mendoza.

Y su semblante, que hasta entonces habia parecido tranquilo, dió muestras de un gran sufrimiento.

—Daniel,—le dijo Ventura,—de almas como la tuya es digna una gran fortaleza.

—No lo creas, hace ya tres dias que nadie que no estuviera en antecedentes, habria conocido lo que estoy sufriendo, y esto me hace temer...

—¿Qué?—interrumpió asustado Ventura.

—Nada,—dijo Mendoza, sonriendo.

Y alzándose en pié, como si de repente le hubiese ocurrido ir en busca de alguna cosa, se entró en la alcoba para ocultar el llanto que asomaba á sus ojos.

—¡Infeliz!—dijo el duque.—¡Me dá lástima su estado!...

—¡Malditos amores!—esclamó Ventura con muestras de verdadero pesar.

—¡Y parecia tan tranquilo cuando entramos!—replicó el duque.

—Esa calma me horroriza,—dijo Ventura.

Y corrió hácia la alcoba, gritando:

—¡Daniel, Daniel!... ¿Dónde está el corazon del antiguo capitan Centellas?

CAPÍTULO CXLV.

Dos cartas y una postdata.

Fuertemente impresionado por el contenido de la carta de Genaro, el jóven duque de Alcira no siguió á Mendoza ni á Ventura, y quedó solo en el gabinete repasando en su memoria los estraordinarios sucesos de que habia sido actor y testigo á la vez en el trascurso de cuatro meses escasos.

Sin otras noticias de su nacimiento que una fábula completamente absurda, inventada por su supuesta tia la marquesa de Monte-Oscuro, habia pasado de repente á ser el primogénito de la casa de Alcira, y el único poseedor de todos sus Estados. Su conducta moral habia asimismo cambiado desde entonces, y olvidado y arrepentido de sus relaciones con las actrices del teatro de la Opera, se habia consagrado esclusivamente al cariño de su esposa y al cuidado de su casa. Pero no fué el amor de la jóven vizcondesa de la Torre-Parda el móvil único de un cambio tan radical en las costumbres del inesperto jóven Enrique, sino el primer fruto de este amor... El hijo de que habia hablado con tanta indiferencia, y hasta con burla, á sus amigos Genaro y Ventura, fué la prenda de reconcilia-

cion entre ambos esposos. Al saber el jóven duque la breve historia de su vida, se estremeció de tal modo, que, temiendo por la existencia de su hijo, juró no apartarse nunca de su lado y consagrarse esclusivamente al amor de su esposa.

Sin embargo, esta transicion habia sido tan rápida, que aun bullian en la mente de Enrique las heterogéneas ideas de su vida pasada y las de la presente, ó mejor dicho, de la que se proponia observar en lo sucesivo. Su jóven esposa y todas las personas que le acompañaron en aquellos momentos contribuyeron eficazmente á su rehabilitacion, guardando el mas profundo silencio acerca de los sucesos pasados, y admitiéndole en la nueva vida como si jamás se hubiese separado de ella. Ventura fué el único que se atrevió á gastar alguna chanza, pero de buen género, y sin que nunca llegase á exasperarle ni á herir su orgullo.

Esto último, sobre todo, era lo principal en la situacion del duque. Por humillar y reprender antes de tiempo á las personas que por conviccion quieren apartarse de la senda del vicio, se malogra las mas veces su arrepentimiento.

Tambien el doctor Espinosa habia tenido alguna parte en la conversion del atolondrado Eduardo, y al recobrar el jóven Enrique su verdadero nombre de pila, habia adquirido nuevos hábitos, haciéndose digno del aprecio de todos, y honrando la memoria de su difunto padre.

En las pocas veces que tuvo ocasion de hablar á su sobrina Adelaida comprendió todo el precio de sus virtudes, y se avergonzaba de su vida pasada, sintiendo un verdadero pesar por no haber sido él el libertador de la hija de su hermana Margarita.

Todas estas ideas cruzaron por la imaginacion del duque en el corto espacio de tiempo que estuvo solo en el gabinete de Mendoza; cuando volvió este acompañado de Ventura, les dijo sonriendo:

—¿Habeis ido á poneros de acuerdo para preparar algunos festejos á la vuelta de mi sobrina?

—No,—repuso Mendoza;—ya está todo dispuesto, y para tratar de ese asunto no nos habíamos de ocultar de tí, que eres la figura principal del cuadro.

—¿Supongo que iremos juntos á recibirlos?

—Sí.

—¿Y hasta dónde piensas que vayamos?

—Ya lo dijimos ayer... á Buitrago... Tu administrador en este punto tiene aviso ya, segun me dijo el apoderado de tu casa, y todo estará corriente para recibirlos.

—El conde de San Fabian, ¿será de los nuestros?—dijo Ventura.

—¡Por supuesto!—contestó Mendoza.—Iremos los cinco... el conde, Espinosa y nosotros tres...

—¿Y Cabezota?—preguntó el duque.

—Ese salió ayer de Madrid.

—Temprano la toma... ¿Pues cuándo vienen?... ¿No dijeron que pasado mañana?

—Sí; pero él dice que eso lo hace Adelaida para sorprendernos, y que no salgamos á recibirlos... El espera que lleguen hoy, ó cuando mas mañana.

—Puede que tenga razon.

—No sé; yo espero el correo de hoy... Si no tenemos carta es señal de que están en el camino, en cuyo caso salimos de aquí esta misma tarde.

—Pues ya habrá venido la mala de Francia,—dijo el duque.

—No,—replicó Mendoza;—mi criado está allá esperando á que venga.

—Son las tres,—dijo el duque,—y debió llegar esta madrugada.

—Razon demás,—repuso Ventura,—para que no haya llegado. En España basta que una cosa deba suceder para que no suceda... Y en cuestion de carruajes y de caminos,

es cosa perdida... Si no se detiene el correo por que la señora del administrador no estaba vestida cuando llegó el coche, y quiere escribir una carta á una amiga que tiene en Madrid, no falta un bache que dé sepultura á una rueda y tengan los viajeros que tirar del coche... ó se rompe la lanza, y hay que mandar al pueblo mas próximo, que está veinte leguas, á buscar un juego delantero...

—¡Si te dejan hablar!...—replicó Mendoza.

—Pues qué, ¿no es cierto lo que digo?

—Sí; pero teneis la manía de no hallar nada bueno en vuestro país.

—No lo creas... Es el país el que se ha empeñado en hacerlo todo al revés... Y si no, dime tú, ¿qué razon hay para que tres hombres como nosotros estemos aquí esperando un correo que debió haber llegado doce horas há?

—¿Y sabes tú lo que habrá sucedido?

—No; pero me lo figuro. Que un maestro de postas tardó en enganchar; que otro no tenia tiro disponible, porque acababa de servir una silla particular; que el administrador de tal estafeta estaba almorzando, y tardó en salir á despachar la silla, ó que no se le encontraba en el pueblo... O cuando mucho, y este es el motivo mas legítimo, que se durmió el delantero y volcó el carruaje.

Aun no habia concluido de hablar Ventura, cuando se abrió la puerta del gabinete, y entró un criado con tres cartas en la mano, que entregó á Mendoza, diciéndole:

—Señorito, hasta este momento no llegó la mala de Francia, porque, segun dijeron en la casa de postas, robaron el coche los facciosos.

—Otro vuelco de carruaje de que me habia olvidado,—dijo Ventura.

Mendoza examinó con presteza los tres sobrescritos, y reparando en que todas las cartas eran de Francia, dijo:

—Mucha gente se acuerda de mí en el vecino reino... ¡Y no conozco ninguna de estas letras!

—Esta es de Ricardo...—esclamó Ventura, acercándose á examinar una de las cartas por encima del hombro de Mendoza.

—Tienes razon,—replicó este:—le escribí recomendándole á los duques, y ya estrañaba yo que no me hubiese contestado.

—No te hablará de eso solamente,—dijo Ventura riendo.—Aprovechará el correo para anunciarte el décimosesto feliz alumbramiento de su esposa... Cada año le regala tres ó cuatro hijos...

—Echa hijos...—replicó Mendoza;—aun no tiene mas que cinco...

—¿Te parecen pocos?

—No; pero hasta diez y seis, que serian por tu cuenta, aun faltan once.

—Al paso que vá, no se morirá sin tener los que yo he dicho... Pero dejemos en paz á ese desdichado, y leamos la carta de Fernando, porque supongo...

—Sí, esta es letra suya,—contestó Mendoza, abriendo una de las cartas, cuyo contenido leyó en voz alta de la siguiente manera:

«*Paris* 21 *de Mayo de* 1841.»

—¿Qué fecha tiene la carta de Genaro?—interrumpió Ventura.

—Es del dia 20,—repuso Mendoza...—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada; por saber que hay un punto en España desde donde tardan mas en venir á la córte las cartas que desde Paris; y cuenta que la Torre del Duende dista de Madrid cincuenta leguas escasas... ¡Qué rápidos somos para todo!...

—Bien, sea lo que quieras; pero te suplico que no me interrumpas, si he de leer la carta de Fernando.

—No volveré á decir esta boca es mia.

«Mis queridos Daniel y Ventura: Mañana salgo por fin de este infierno para volver á vuestro lado, del que difícilmente me separaré nunca. Si como os he manifestado en mis anteriores, no hubiera dispuesto mi viaje tan pronto, lo habria apresurado para librar á Adelaida de un lazo infame que la habian tendido sus enemigos. Vuestro apreciable amigo Ricardo, á quien ya tengo el gusto de contar entre los mejores mios, ha sido el que lo ha descubierto todo, y sin su esquisita vigilancia, un golpe traidor, que nunca menos que ahora debíamos temer, hubiese destruido todos vuestros trabajos. Creedme, amigos mios, cuando me detengo á pensar en la implacable tenacidad con que el destino persigue á Adelaida, me faltan las fuerzas para luchar, y me parece que mi arrojo es un reto insensato al poder divino.»

—¿Qué les habrá sucedido?...— dijo Mendoza estremecido, y recorriendo con avidez todo el contenido de la carta.

—Fernando se ahoga en poca agua,—replicó Ventura.

—No lo creas,—dijo Mendoza.

—Sigue leyendo,—interpuso con ansiedad el duque.

Y Mendoza continuó:

«Preso el infame mónstruo que habia sido la causa de todos nuestros infortunios, y próximo á morir la víspera de nuestra salida de esa, emprendimos el viaje, confiados en que nada podiamos temer de un hombre que, si no arrepentido, estaba incapacitado al menos para continuar en la senda del crímen, que con tanta crueldad habia corrido. Pero ¡ay, amigos mios, y cuán engañados estábamos al pensar de ese modo! Ese mónstruo ha jurado el esterminio de toda su estirpe, y mientras él viva, su aliento envenenará la atmósfera en que respire algun individuo de su familia. Yo me vuelvo el juicio por adivinar cómo, encerrado en la Torre de Segura, ha podido llegar hasta aquí su brazo, para suspender el puñal homicida sobre el pecho de la inocente Adelaida...»

—¡Qué horror!...—gritó el duque, alzándose de su asiento.—Guerra á muerte á ese mónstruo. Yo mismo quiero abrir esas venas que han envilecido la sangre de mis abuelos.

—Cálmate, Enrique,—dijo Mendoza, conmovido por la lectura de la carta.—Ese funesto accidente, del que por fortuna, segun la carta de Fernando, han escapado nuestros amigos, es el que presagió el Duende en el delirio que nos refiere Genaro.

—Verdad es,—repuso Ventura;—sigue leyendo.

«La generosidad que usásteis con Sotana y con Simon Dupré,—continuó Mendoza leyendo,—ha podido sernos muy funesta...»

—¡Bien lo temia yo!...—esclamó Mendoza, suspendiendo la lectura.—Espinosa será un sábio á la cabecera de los enfermos del cuerpo, pero es un pobre hombre para conocer á los incurables del alma... Se empeñó en que diésemos libertad á Sotana, á pesar de haberse obstinado en negar los planes que habia concertado con el Duende, y hé ahí el resultado.

—Pero sigue leyendo,—dijo Ventura,—porque estoy ansioso de saber lo que ha sucedido.

Mendoza volvió á continuar la lectura, ofreciendo todos no interrumpirla hasta su conclusion, y leyó lo siguiente:

«Voy á referiros lo que estoy seguro de que ha de estremeceros... Desde el mismo dia que llegamos á Paris, y antes de pasar al palacio de Mont-Marsan, que nos tenian preparado al efecto, Adelaida visitaba con frecuencia el cementerio de Pere Lachaisse, donde en un modesto sepulcro reposan las cenizas del duque... Yo la acompañaba constantemente, y de rodillas á su lado, mientras ella oraba por el alma de su padre, rogaba al cielo que me conservase la vida de ese ángel que la Providencia ha querido poner eternamente á mi lado... Allí pasábamos largo rato, y volviamos al palacio, sin que la mas leve sombra de temor vi-



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—... y asestó un par de pistolas al pecho de los asesinos...

niese á turbar nuestra felicidad.... cuando un dia, hoy se cumplen cuatro... el general de la division carlista á que yo pertenecia cuando entramos en Francia, me rogó que le acompañase á comer, y me fué preciso dejar sola á Adelaida... ¡Era la primera vez que nos habiamos separado despues que salimos de esa!... Adelaida quedó sola en el palacio, y acompañada de Cármen, la doncella que trajo de Madrid, se dirigió al cementerio... Llegaron ambas al sepulcro del duque, y Adelaida se arrodilló para dirigir al cielo la plegaria de todos los dias, y regar la sepultura con sus lágrimas, cuando la doncella advirtió que dos hombres, cubierto el rostro con un cuello de pieles, paseaban á corta distancia, sin hacer gran atencion en los sepulcros, ni dar muestras del recogimiento debido á semejante lugar. Pero nada quiso decir á Adelaida, y la dejó que continuase orando... Miró sin embargo á un lado y á otro, recelosa de la permanencia de aquellos hombres, y descubrió otro al lado opuesto y oculto entre los cipreses de un sepulcro... Entonces se llegó sobresaltada á su señora, y la dijo:

—»Vámonos de aquí...

»Adelaida quiso preguntarla la causa de su temor, poniéndose en pié, y los dos hombres se dirigieron hácia ellas, blandiendo el uno un puñal antes de llegar á distancia de poder herirlas... Pero á ese mismo tiempo, y ligero como el rayo, salió el que estaba oculto detrás del sepulcro, y asestó un par de pistolas al pecho de los asesinos... Adelaida se abrazó al sepulcro de su padre sin proferir una sola palabra, y la doncella corrió por el cementerio pidiendo auxilio... Pero todo era inútil, porque el hombre que estaba oculto no era el tercer asesino, como ella habia creido, sino nuestro querido y generoso amigo Ricardo...»

—¡Ricardo!...—esclamaron á la vez Mendoza y Ventura.

—¡Oh! ¡Siempre el mismo!...—dijo Mendoza lleno de gozo.

Y continuó leyendo:

«Cuando llegó el conserje del cementerio, Ricardo habia logrado apoderarse de uno de los asesinos; el otro pudo escapar, sin que hasta ahora haya podido ser habido por la policía... Sin embargo, sabemos su nombre; es Sotana: le ha delatado su infame cómplice Simon Dupré... Mi compañero de calabozo... ¡Oh!... ¡Cárlos!... ¡Cárlos!... No contento con haber labrado la infelicidad de mi hermana, ha sido la causa de este atentado...»

—¿Cárlos?—preguntó el duque asombrado.

—Sí, Cárlos,—replicó con amargura Mendoza.—Para librarle de la deshonra del presidio, nos fué preciso salvar tambien á sus cómplices... De otro modo, Simon Dupré no habria recobrado la libertad... Pero me estraña,—añadió Mendoza,—que Dupré se haya prestado á ser instrumento de la venganza del Duende... ¡Le odia tanto!...

—Eso no tiene nada de particular,—repuso Ventura;—lo que yo no comprendo es cómo ha podido recibir instrucciones de él para nada... ¿Se vieron alguna vez despues de salir de la cárcel?

—No,—dijo Mendoza.

—¡Pues en ese caso no comprendo!

—¡Qué bobo eres!... El que se comunicó con el Duende fué Sotana... ¿No os dije que me daba mucho que sospechar su reserva?... ¿Tú mismo no le viste hablar con él cuando trató de sacarle del Sótano de la Nieve?

—Sí.

—¿Nos dijo lo que le habia dicho?

—No... Juró y volvió á jurar que no habian hablado nada.

—Pues ahí tienes la historia de ese crímen.

—No lo creas; el Duende dice que al asesino le iba la vida en el cumplimiento de su palabra.

—No importa; diga el Duende lo que quiera, Sotana ha sido su cómplice.

—¿Y Simon Dupré?

—Simon Dupré es una máquina para todo, y principalmente para hacer daño á Adelaida, con quien el Duende habia ofrecido casarle.

—¡Horroriza tanta maldad!...—dijo el duque profundamente afectado.

Y Mendoza, recorriendo el resto de la carta de Fernando, dijo con estrañeza:

—¿No refiere Fernando cómo descubrió Ricardo esa trama, ni dice lo que ha sido de Dupré?...

—Ricardo nos dará mas pormenores en su carta,—dijo Ventura.

—Es probable,—repuso el duque.—¿Qué mas dice Fernando?

—Nada mas,—replicó Mendoza profundamente afectado.

—No es cierto,—dijo Ventura;—habla de su hermana... Lo he conocido por el efecto que te ha hecho el último párrafo... Déjamelo leer...

—Toma,—repuso Mendoza dándole la carta.

Ventura la leyó para sí, y dijo:

—Tiene razon, ha sido una estravagancia lo que ha hecho Eugenia... Ya ves cómo, á pesar de ser su hermana, te aconseja lo mismo que yo, y desaprueba altamente que sin su permiso haya tomado una resolucion tan grave, como es la de encerrarse en un convento para toda su vida.

Mendoza metió las manos en los bolsillos del pantalon, y tendido sobre la butaca, dejó caer la cabeza sobre el pecho sin decir una sola palabra.

Ventura se mordió los lábios, como si le pesára ver sufrir de ese modo á su mejor amigo, y tratando de distraer su pena, abrió la carta de Ricardo, y repasándola en su interior, dijo:

—Este añade algunos pormenores mas á la escena del cementerio...

Mendoza no replicó nada, ni aun dió muestras de haber oido lo que dijo Ventura, y continuó tendido sobre la butaca sin alzar los ojos del suelo. Pero el duque de Alcira, que tenia gran afan por saber todo lo concerniente á su desgraciada sobrina, preguntó:

—¿Qué dice?

—Refiere el lance poco mas ó menos que Fernando; pero añade, y esta circunstancia la ignorará el duque, que Sotana al huir juró consumar mas tarde su horrible atentado.

—¿Pero no dice quién ha armado el brazo de esos asesinos, ni cómo logró Ricardo descubrir que se proyectaba ese crímen?

—Sí,—repuso Ventura;—han obrado por inspiracion del Duende... Oye cómo lo esplica Ricardo en este párrafo de su carta:

«Por lo que tú me escribiste,—dijo Ventura leyendo,—y por la relacion que me hizo el duque de las estraordinarias aventuras de su esposa, comprendí que mientras existiera ese hombre tan perverso, á quien llamais el Duende, no podria esta virtuosa jóven estar completamente tranquila. Yo no sé cómo á vosotros no os ha asaltado el mismo temor, ni cómo, despues de tantos y tan abominables crímenes, habeis podido conservar la vida á ese mónstruo. Verdad es que, el duque me lo ha dicho, la duquesa os prohibió que le hiciérais el menor mal... Pero de todos modos, á tí, Daniel, no se te puede perdonar el que dieses libertad á Simon Dupré, sabiendo que, tarde ó temprano, habia de volver á ser instrumento de un hombre que aun podia comprar su puñal con el oro... Sé que teníais al Duende en una completa incomunicacion; pero el resultado de lo ocurrido en la tarde del lunes prueba que supo burlar vuestra vigilancia. Voy á contaros por qué milagrosa casualidad supe el crímen que se meditaba y logré impedirlo.

»Pasaba yo un dia por el boulevard Monmartre, cuan-

do advertí que los dos hombres que iban delante de mí hablaban español. A pesar de que este idioma, gracias á nuestras intolerancias políticas, no es hoy tan estraño aquí como cuando yo vine de España, sin embargo, cada vez que le oigo hablar siento un gran placer, y si son españoles, casi siempre me acerco á saludarlos, y nunca dejo de oirlos... En esta ocasion iba yo de prisa, y no pensé en saludar á los dos hombres; pero antes de pasar delante de ellos oí pronunciar tu nombre, seguido de una imprecacion tremenda. Esto me dió á entender que no debian de ser amigos tuyos los que así hablaban, y me propuse escuchar lo que decian. A tu nombre mezclaron el de Adelaida, á quien yo habia visto hacia un momento, y semejante circunstancia acabó de decidirme á marchar detrás de ellos...»

—¡Qué casualidad haberlos encontrado!...—esclamó el duque con alegría.

Y Mendoza, que continuaba inmóvil sobre la butaca, y que parecia no haber entendido nada de lo que estaba leyendo Ventura, dijo:

—Cuando el Sér Supremo se empeña en proteger á una criatura, todas las providencias parecen casualidades... cuando caen de su gracia, todas las casualidades son providencias.

—¿Oyes lo que estoy leyendo?—le preguntó Ventura.

—¿Lo que lees ahora? No,—contestó Mendoza sonriendo.

—No seas tan material,—repuso Ventura.

Y siguió leyendo:

«Para no escitar sus sospechas, tropecé de intento con una mujer que pasó á mi lado, y la dí mis escusas en mal francés y con acento inglés... Pero ellos iban tan preocupados con lo que hablaban, que no se apercibieron de nada, y yo no podia oir todo lo que decian, aunque fácilmente comprendí que su conversacion podria seros de gran provecho, con especialidad á tí... Hasta entonces solo habia crei-

do que se trataba de jugarte alguna mala partida... Por fortuna mia, despues que hubieron salido del boulevard de los Italianos, se dirigieron por la calle de Monmartre á la de Jusiene, y entraron en un cabaret sin apercibirse de que yo les seguia... Esta circunstancia me facilitó el poder entrar en el cabaret poco despues que ellos, y tomar asiento en una mesa frente de la suya... Desde allí oia perfectamente lo que hablaban, y despues de haber alejado nuevamente sus sospechas, dirigiéndome á la dueña del cabaret en mal francés y con maneras inglesas, me puse á adorar el licor que acababa de servirme... En suma, no quiero cansaros con la relacion de todo lo que hice para que mi presencia no infundiese recelo alguno á aquellos hombres; os diré únicamente lo que hablaron, ó mejor dicho, lo que yo pude oir, porque no siempre lo hacian de manera que pudiese entenderlos.

»El uno de ellos era español, se conocia perfectamente, y aun se traslucia que su orígen no habia sido enteramente humilde.»

—Ya lo creo,—interrumpió Mendoza.—Satana es hijo de una de las primeras casas de Murcia; pero villano, rencoroso y testarudo.

«Ese era el que mas hablaba, y le dijo á su compañero:

—»No tengas reparo de ninguna especie, tocante á la recompensa de ese negocio... Cien mil francos lo menos para cada uno, con cuya cantidad seremos unos príncipes en los Estados-Unidos.

—»¿Y quién nos responde de esa suma?

—»El Duende.

—»Está en poder de una gente muy lista; no le sueltan...

—»¿Y si yo te pruebo que está en libertad, y su firma te garantiza ese dinero?

—»¡Ya!... ¡Pero como eso no es posible!...

—»¿Y si lo fuera?

—»¡Si lo fuera!...

—»¿Qué?

—»Esta tarde misma la asesino.

—»¿Dónde?

—»En el cementerio, para que no se tengan que incomodar en llevarla allí los enterradores,—dijo el francés con horrible sonrisa.

—»¿Pero sabes que vá el duque con ella?

—»No importa... garantízame el pago, y ven conmigo esta tarde.

»Esto fué todo lo que pude entenderlos, y alguna otra palabra, por la que adquirí una certeza completa de que se trataba de asesinar á Adelaida y á Fernando, en el caso que este opusiese alguna resistencia.

»Salieron antes que yo del cabaret, y me dirigí en seguida al palacio de los duques, no con ánimo de revelarles lo que acababa de descubrir, sino con el de saber si pensaban hacer aquella tarde su visita diaria al cementerio, para tomar mis disposiciones.

»Dijéronme que sí, y yo me oculté detrás de un sepulcro, desde donde podia ver sin ser visto todos los movimientos de los asesinos, que llegaron puntualmente allí... Pero esa tarde habia demasiada gente en el cementerio, á causa del entierro de un banquero muy rico de Paris, cuyo cadáver fué conducido con toda pompa á la última morada, y este incidente les hizo tal vez aplazar su propósito para la tarde del siguiente dia en que tuvo lugar lo que os he referido.

»El mismo Simon Dupré, que era el francés, cuyo nombre ignoraba cuando descubrí su horrible proyecto, me ha confesado que no cabian en sí de gozo al ver que Adelaida iba ese dia sola con una criada... Escuso deciros que está en poder de la justicia, y que se practican las mas esquisitas diligencias por descubrir el paradero de su cómplice, á

quien él delató al momento, diciendo que se llamaba Sotana.

»Nuestro embajador en esta córte, á quien yo enteré de lo ocurrido, trabaja con incansable celo en activar la formacion del sumario, y ha prometido á los duques que no quedará impune ese atentado.»

Ventura dejó de leer en voz alta, y pasando la vista por el resto de la carta, esclamó:

—¡Imbécil!... Ni aun ha sabido hacerlo á tiempo.

—¿Qué es eso?...—preguntó Mendoza.

—Nada,—repuso Ventura.—Un tonto que ha vivido un año mas de lo que debiera.

—¿De quién hablas?...

—Oid esta postdata que escribe Ricardo.

«En el momento de cerrar esta carta he sabido una desgracia que aquí es harto frecuente; pero que no quiero dejar de comunicaros, porque la víctima era amigo vuestro, ó por lo menos una de las personas en cuyo favor os habeis interesado recientemente... Cárlos Sandoval, el presunto cuñado del duque, se ha arrojado al Sena esta madrugada...»

—¿Qué escucho?—gritó Mendoza con una espresion de melancólica alegría, bien difícil de esplicar.

—¿El novio de Eugenia?—interrumpió el duque.

—Sí,—contestó Ventura;—hasta en la hora que eligió para suicidarse ha dado muestras de ser un imbécil.

—¡Infeliz!...—esclamó Mendoza.—No ha podido gozar un amor que le ha acompañado hasta el sepulcro.

—¿No dice Ricardo el motivo de ese suicidio?—dijo el duque.

—Dice,—contestó Ventura,—que no se sabe nada aun, y que él ha procurado que no llegue á oidos de los duques.

—Bien hecho,—repuso el de Alcira.

Y Mendoza, como si hubiese adivinado al punto de quién era la tercer carta que habia recibido de París, la abrió con presteza, y leyendo la firma, dijo:

—«El desgraciado Cárlos Sandoval.»

—¿Es del difunto esa carta?—preguntó el duque.

—Sí,—replicó Mendoza con pena.

—No se despedirá de nosotros para dejarnos nada en el testamento...—interrumpió Ventura.—Como no nos mande la receta para hacer moneda falsa.

—Calla, imbécil,—gritó Mendoza;—me indigna oirte gastar chanzas, sobre todo... Yo quisiera no amar tanto á Eugenia para sentir con mayor dolor la desgracia de ese infeliz, á quien la noble vergüenza de un mal pensamiento ha conducido al sepulcro.

—Yo tambien siento esa desgracia,—replicó Ventura, avergonzado por la reprension de Mendoza;—pero no puedo perdonarle que haya sido la causa de tu abatimiento.

—¡Otro disparate!—dijo Mendoza.—¿Tuvo él la culpa de que le amase tanto Eugenia?... ¡Ah, yo envidio su suerte!... ¡Ha muerto amado por la única mujer digna de ser correspondida!...

Y Mendoza se volvió á sentar en la butaca para leer la carta de Cárlos, accediendo á los ruegos del duque, que le pidió que lo hiciera en voz alta.

CAPITULO CXLVI.

Dos horas antes de morir.

Este era el título de la carta que acababa de abrir Mendoza, y en la que habia leido la firma de Cárlos Sandoval. Debajo de ese funesto epígrafe se veian estas dos líneas, trazadas, como el resto de la carta, con mano segura y en claros caractéres:

Señor don Daniel Mendoza.—Paris 21 de Mayo de 1841, á las dos de la madrugada.

«Cuando reciba usted esta carta,—dijo Mendoza leyendo,—ya habré dejado de existir... Las aguas del Sena arrojarán dentro de breves momentos mi cadáver... Es la única tranquilidad que le era dado esperar en este mundo al perjuro, al ladron y al parricida.»

—¿Al parricida?—gritaron casi á la vez Ventura y Mendoza.

—¡Parricida!—repitió el duque asombrado.

—No sabia nada,—repuso Ventura;—el padre de Cárlos murió en la emigracion en Lóndres...

—¡Y su madre,—añadió Mendoza,—vive en Ponferrada!...

—¡Verdad es... sigue leyendo!

«Empiezo por dar á usted cuenta de mi funesta resolucion, —dijo Mendoza continuando la lectura, —para que se tome ó no el trabajo de leer mi carta... Ignoro la opinion de usted con respecto al suicida... Los mas le tienen por un loco, sin religion, sin creencias, y por lo tanto sin esperanzas... Muy pocos son los que le creen un héroe... Yo le considero un cobarde, indigno de la memoria de los hombres... Bórreme usted de la suya, pero permítame el consuelo de morir creyendo que habrá leido estos renglones antes de condenarme... No pienso hacer en ellos la justificacion de mi funesto designio, porque sé que es imposible, y porque cualquiera que fuese el fallo de la sociedad, no dejaria de consumarle... Estoy en este momento tan tranquilo, como si me esperára un porvenir risueño, en vez de la horrible calma que me ofrece la muerte, aplazada por mí para la hora del alba... Al dirigirme á usted ahora, no lo hago con otro deseo sino con el de darle una señal de mi reconocimiento al inmerecido favor que me hizo, devolviéndome la libertad y la honra... ¡La honra!... Digo mal... La honra una vez perdida, no se recobra jamás... Es una prenda tan delicada como la vida... Todos los hombres se creen autorizados para arrancarla, y ninguno puede devolverla... Usted comprenderá, sin embargo, que esto no es una reconvencion, ni rebajar el precio de mi deuda... Estoy, por el contrario, tan convencido de que lo que usted hizo por mí es inestimable, que solo me decidiria á conservar la vida la idea de que algun dia pudiese pagarle lo mucho que le debo... Pero ¿qué puedo hacer yo, miserable criatura, maldecido de los hombres y abandonado de la misericordia divina, por un hombre tan generoso y tan bueno, que, sin obligaciones de ninguna especie, rompió mis degradantes ligaduras, sacándome del antro tenebroso del vicio para trasladarme al paraíso del honor y de la virtud?... ¡Por un hombre, que, ahogando con una generosidad increible

el amor que ardia en su pecho, rehabilitó al único rival que podia disputarle la prenda de su cariño!»

—¿Sabia que tú amabas á Eugenia?—dijo el duque conmovido por la lectura de la carta.

—Veo que sí... pero yo lo ignoraba,—contestó Mendoza, profundamente afectado.

Y cada vez con acento mas angustioso, continuó leyendo:

«Nadie me dijo al salir de la cárcel á quién debia aquel favor, y el rápido viaje que emprendí aquella misma noche me impidió informarme, como de otro modo lo hubiese hecho... Fernando fué la única persona cuya mano besé al salir de Madrid; mi desgraciada madre me negó esa gracia, porque me juzgaba con razon indigno de ella... ¡Pobre señora!... El dolor de la deshonra ha abreviado sus dias... y sin embargo, yo, que la he asesinado, puedo sobrevivirla un solo momento...»

Mendoza suspendió la lectura por algunos minutos, al cabo de los cuales dijo:

—¡Infeliz!... ¡La pena no le dejaba continuar!... ¡Mirad cuántas lágrimas vertió sobre el papel!...

Ventura y el duque, ambos muy afectados, se acercaron á examinar la carta, y observaron que las líneas que acababa de leer Mendoza estaban casi borradas.

Este enjugó el sudor que corria por su frente, y esforzándose por dominar su angustia, continuó leyendo:

«Desde que llegué aquí, no he salido un solo dia á la calle... Temia que todos los que me vieran huirian de mi lado, y he pasado tres meses contando hora tras hora las de mi horrible agonía... La idea del suicidio no es en mí un pensamiento de ayer... La tuve desde que me prendieron para conducirme á Madrid, y no se ha apartado de mi imaginacion un solo momento... La quise realizar en el camino, en el calabozo, en todas partes en donde creia tener algun medio seguro de poner término á mi existencia. Solo

el cariño de mi madre pudo alejar de mí esa idea; pero la ví... y me negó sus brazos... me dijo que no era digno de darla el nombre de madre... y mi designio tomó unas proporciones gigantescas. Sin embargo, temia que ese atentado pusiese término á sus dias, y traté de rechazar el horrible pensamiento que tanto me atormentaba, y que... ¡me horroriza decirlo!... pero es muy cierto... me habia preocupado de tal modo, que lo halagaba muchas veces con placer... Me he encariñado tanto con la idea del suicidio, que cuento con afan los minutos que faltan para el plazo irrevocable que me he señalado... Hoy hace ocho dias que mi pobre madre bajó al sepulcro, asesinada por el horrible dolor de la deshonra, que yo arrojé sobre su anciana y noble cabeza... Esta mañana he recibido esa cruel noticia, y esto ha decidido mi suerte... Su amigo de usted, Ventura, que conocia á mi pobre madre, dirá á usted si podia sobrevivirla el parricida...»

—Era una señora escelente, —dijo Ventura profundamente conmovido. —Pero muy rara, —añadió del mismo modo, —y tan exagerada en asuntos de honra, que habria sido capaz de dar la muerte á su hijo primero que verle infamado...

—¡Estraordinaria mujer era esa! —esclamó el duque.

—Pregúntaselo á la señora María, que se escandalizó de oirla cuando su hijo estaba preso.

—¡Pobre jóven! —dijo el duque.

—¡Infeliz! —interpuso Mendoza.

Y despues de un momento de silencio, continuó la lectura de la carta:

«Pero dispénseme usted, —dijo Mendoza leyendo, —que no continúe hablando de mí ni de mi desgraciada madre... He dicho á usted ya que considero el suicidio como un acto de inícua cobardía, y no estrañará que en este momento flaquee mi espíritu y no me sienta con fuerzas para continuar escribiendo como me propuse al empezar esta carta... Ha-

bia pensado consagrar á usted las dos últimas horas de mi vida, y aun no ha corrido cuarenta minutos la mano del tiempo, cuando siento que me falta el vigor para llevar á cabo mi propósito. Voy pues á terminar diciendo á usted dos palabras acerca de otra de las víctimas de mi depravada conducta...

«Desde que empecé á escribir esta carta ha estado su nombre constantemente en mis lábios, sin que se atreviera á trazarlo la pluma... Me cuesta gran trabajo el escribirlo ahora; pero es preciso, y no moriré tranquilo sin hacerlo... Eugenia... ya habria usted adivinado que ese era el ángel cuyo recuerdo no osaba profanar mi torpe lengua... Eugenia es la víctima de mi perjurio, y yo no puedo hablar de ella á nadie mas que á usted... A usted, que ha comprendido mejor que yo su corazon de ángel, y que lejos de arrojar su amor en medio de la deshonra y del crímen, ha borrado de su pecho todos los afectos que pudieran empañar la pureza de ese amor celestial...»

Mendoza dejó caer sobre la rodilla la mano con que sostenia la carta, y despues de haber procurado en vano dominar su turbacion, entregó el papel á Ventura, y le dijo:

— Toma, y sigue leyendo... si quieres... Yo no puedo mas.

Ventura no estaba menos afectado que Mendoza y que el duque; pero el deseo de saber lo que decia Cárlos de Eugenia, le dió fuerzas para concluir la comenzada lectura:

«Mi pobre madre me habló el dia en que la ví por la vez postrera del escesivo dolor que afligia á Eugenia, y de lo mucho que me amaba... Mi madre me dijo que era indigno del amor de ese ángel, y yo lo conocia así... pero entonces ignoraba que un corazon honrado y bueno latia por el amor de Eugenia, y no podia sospechar, ni remotamente, que ese hombre, que debia considerarme como un obstáculo á su pasion, fuera tan generoso que me devolviese la honra y la libertad... Si lo hubiera sabido, me habria arrojado á

los piés de Eugenia para rogarla que premiase con su amor tan noble sacrificio... A mí me basta para morir contento el perdon de Eugenia... Pero nada supe, y hoy abandonaria el mundo ignorándolo, si una circunstancia horrible no me hubiera impuesto de todo... Simon Dupré, mi compañero de prision, vino hace pocos dias á proponerme un nuevo crímen, que no quise escuchar, y me refirió todos los sufrimientos de Eugenia durante mi emigracion, la causa de nuestra libertad, y el nombre de nuestro generoso libertador... Entonces cogí la pluma para escribir á Eugenia; pero no me atreví á hacerlo, porque me creia indigno de una honra tan alta... ¡Ay! en medio de mi repugnante degradacion, siempre he tenido un alto concepto de ese ángel, que Dios no ha querido conservar eternamente á mi lado.

»Yo no he sentido las privaciones ni los horrores de la guerra, porque su memoria vivia en mi pecho... He sufrido con valor la miseria de la emigracion, invocando su nombre... pero de repente... ¡No quiero recordar aquel infausto momento!... El orígen de mis desgracias ha sido ese mismo amor, que habia labrado mi felicidad por espacio de cinco años, sin que se borrase de mi imaginacion un instante... El afan de adquirir una posicion digna del cariño de Eugenia, fué el que me arrastró á cometer un delito que para siempre me hacia indigno de ese amor, cuya memoria solo la muerte podrá borrar de mi corazon... Sé que Eugenia ha creido mi crímen una consecuencia de la infidelidad que hice á su amor, y ha sido todo lo contrario... Yo no la habria sido infiel mientras me hubiese creido digno de ella.

»Pero es inútil que insista en referir á usted la historia de mi envilecimiento... El reloj que tengo sobre la mesa señala las tres de la madrugada, y solo me restan breves momentos de vida, que quiero emplear en disponer mis cosas para que no se culpe á nadie de mi muerte... Por otra parte, la cabeza no me permite continuar escribiendo, y ni aun tengo valor para leer lo que llevo escrito...

»Solo me resta pedir á usted un favor... Cuando Eugenia... haya premiado con su mano el amor que usted la profesa... procure usted alcanzar su perdon para... el desgraciado, — *Cárlos Sandoval.*»

Los tres amigos guardaron un profundo silencio apenas se hubo terminado la lectura de la carta, y Ventura, que habia cogido de nuevo la de Ricardo para confrontar una fecha, dijo:

— Mira lo que añade Ricardo.

— ¿Qué dice? — preguntó el duque.

— Que Fernando habia hecho desde que llegó á Paris las mas activas diligencias por averiguar el paradero de Cárlos, y que no habia hallado quien le diese la menor noticia... Solo sabia que rehusó la pension que le habia señalado Adelaida...

— Esa accion le honra mucho, — interrumpió el duque.

— Bien sabia yo, — dijo Mendoza, — que Eugenia no podia amar con tanto delirio sino á un hombre que fuese enteramente digno de ella...

— Cárlos no lo ha sido, — replicó Ventura.

— ¿Por qué? — repuso Mendoza. — Era mi rival, y si en mi mano estuviese devolverle la vida y la honra, le daria ambas cosas para rehabilitarlo de nuevo á los ojos de Eugenia.

El acento de verdad con que Mendoza dijo esas palabras hizo enmudecer á sus amigos, y el duque, deseoso de sacudir la impresion que les habia producido á todos el contenido de la carta de Sandoval, propuso pasar á casa del doctor Espinosa, para convenir en la hora de salir á esperar á los duques.

A Mendoza no le era muy grato el levantarse en aquel momento de la butaca, donde sin embargo sufria demasiado; pero no quiso negarse á la proposicion del duque, y alzándose en pié, se dirigió al cuarto de vestir para disponerse á salir de casa.

Ventura se acercó al duque apenas quedaron solos ambos, y le dijo:

—Confieso que me ha afligido la carta de Sandoval; pero me mantengo en decir que habria hecho mejor en quitarse la vida hace un año.

—¿Y por qué?—repuso el duque.

—Porque ahora su muerte causará la de Eugenia y la del pobre Daniel.

—¡Está muy enamorado!...

—¡No lo sabes tú bien!

—Pobrecillo... Me dá lástima... Y si pudiéramos impedir que Eugenia profesára en el convento, tal vez...

—No lo creas; Eugenia está herida de muerte; no vivirá ni en el siglo ni en el cláustro.

—Puede que tengas razon.

—Lo que te digo... ¡Nuestra victoria ha sido demasiado cara!... Pero calla, porque ya viene Daniel.

Ventura tenia razon... Mendoza, vestido con negligencia, pero en traje de calle, volvió al gabinete, y dijo:

—Cuando gusteis.

—Vamos,—repusieron á la vez Ventura y el duque, saliendo todos de la habitacion.

CAPITULO CXLVII.

El palacio de los duques de Mont-Marsan.

Si Adelaida hubiera seguido el parecer de Mendoza con respecto al palacio en que debian vivir al establecerse definitivamente en Madrid, habia mandado construir uno de nueva planta, mas suntuoso y magnífico que cuantos existian á la sazon en la córte. Pero la jóven duquesa se opuso á semejante proyecto, y solo autorizó á sus amigos para que comprasen en su nombre una casa decente y que no menoscabára el rango de su elevado orígen, encargándoles que las cantidades que presupusieran para la construccion del palacio las empleasen en edificar un hospicio destinado á los forasteros pobres.

A esa masa flotante de las grandes poblaciones, verdadero gérmen del vicio y plantel fecundo de criminales.

Despues de varias conferencias que Fernando tuvo con el doctor y con Mendoza, y oido en todas ellas el importante parecer de Cabezota, convinieron todos en que nada llenaria mejor las intenciones piadosas de la duquesa que el establecimiento de un hospicio donde pudieran acogerse temporalmente los artesanos honrados que, huyendo de la

miseria de los lugares pequeños, vienen á la córte á negociar el sudor de su cuerpo por un pedazo de pan.

Todos estuvieron conformes en que el noviciado de estos infelices es una prueba tremenda de su virtud y de su honradez, y en que nada mas fácil que sucumbir á los halagos del lujo y de la vagancia con que brinda á los forasteros el fastuoso tumulto de las grandes poblaciones.

Pero no es eso todo lo que puede temer el artesano honrado que entra en la córte, casi desnudo, hambriento y sin un techo bajo que guarecerse hasta encontrar quien quiera poner precio á su cuerpo para remediar su miseria. Si la honradez y la laboriosidad fuesen mercancías corrientes en las plazas de los especuladores; si les bastára á esos infelices ponerse en venta para que al punto hubiese quien los comprára, no seria tan lamentable su destino ni tan desigual el reto que la sociedad les hace. Pero ofrecen un género nuevo, se presentan sin que nadie les garantice, y es necesario que lo vendan á plazo y á descubierto por parte del comprador.

Se les hace esperar un mes ó dos antes de ponerles precio, y se quiere que en ese tiempo se conserven honrados, prefiriendo la muerte á la vagancia en la horrible disyuntiva que se les ofrece.

Pero tampoco es ese todo el peligro que acosa á los jornaleros en los momentos de estar solicitando trabajo. Si la sociedad les dejára abandonados á sí mismos en ese plazo terrible; si cuando están engañando el hambre con la esperanza de encontrar trabajo, no hubiera quien se acercára á ofrecerles el pan del crímen, seduciendo su inesperiencia, aun triunfaria la virtud en el combate á muerte que sostiene con el vicio.

No sucede así, por desgracia, y mientras los especuladores de buena fé se informan de la bondad del género que les brindan, el criminal lo solicita con ánsia, sin cuidarse de averiguar su procedencia, y le basta con llevarle á cie-

gas á la sinagoga del vicio, para inmolar si fuere necesario una víctima.

El neófito ignora que el lujo que le brindan y el pan con que le alimentan, y la ropa que le visten, es todo fruto del robo, en que tal vez sin saberlo ha sido cómplice, y cuando quiere desertarse de tan funesto consorcio, no halla el camino por donde le condujeron hasta allí, ó le encuentra cegado por sus propias pisadas.

Los que sitiados por la mas espantosa miseria, perseguidos por la policía, ejecutora de la ley de vagos, y sin esperanza de hallar quien quiera comprarles el sudor de su cuerpo, conservan una virtud que nadie les recompensa y una honradez que no les proporciona el alimento que necesitan para sí y su familia, esos son los que permanecen dignos de sí mismos, y á los que la sociedad no tiene que encerrar mas tarde en el hospicio penitenciario de la vagancia y del crímen.

¿Pero pueden todos los hombres conservarse dignos en tan apuradas circunstancias? ¿Puede un padre de familias ver morir de hambre á sus hijos despues de haber solicitado en vano trabajo para darles un pedazo de pan? Y en el caso de que esa virtud fuera tan fácil, ¿seria prudente ensayarla en el crisol del infortunio?

Los amigos de Adelaida creyeron que no, y Cabezota, con sus frases rudas, pero siempre exactas y elocuentes, opinó lo mismo, formulando su voto en estas palabras, harto conocidas por cierto:

Que no juegue con la pólvora quien anda cerca del fuego.

Espinosa, nombrado por Adelaida director único del *Hospicio de jornaleros*, fué el encargado de redactar las bases bajo que deberia fundarse el establecimiento; pero el sábio doctor no quiso hacer nada sin asesorarse de Mendoza, y escuchar la opinion de Paco Serrano.

De comun acuerdo del triunvirato, se formó el reglamento que debia ser presentado para su aprobacion á la

fundadora del hospicio en el momento que volviera de su viaje á Paris.

Nosotros haremos gracia á nuestros lectores de esas bases, por ser un trabajo harto minucioso é impropio de este lugar, y solo les diremos que con el establecimiento del hospicio cesaba enteramente la necesidad de las gentes honradas, sin grandes dispendios por parte de la fundadora, quien, sin embargo, abrió al efecto un crédito ilimitado.

Pero Espinosa lo dispuso con tanto acierto, que habiendo recogido al momento á todos los jornaleros que por falta de trabajo andaban mendigando el pan de la caridad, dió con ellos principio á la construccion del establecimiento, logrando de este modo una economía considerable en la obra, y ahorrando á los acogidos la vergüenza que de otro modo les habria causado el recibir una limosna.

El proyecto del doctor era mejorar la condicion y la recompensa del trabajo, y este pensó conseguirlo fácilmente, reponiendo á los acogidos del hospicio de los desastres que les habia causado la miseria, y educando su fuerza bruta para economizar su vitalidad y proporcionarles mayor lucro.

Una de las primeras bases del reglamento era, que el número en la admision de los pobres fuese ilimitado; pero que nunca escediese de un número fijo el de los acogidos, y esto se conseguiria con facilidad, procurando activar la colocacion de los mas diestros en las diferentes obras y talleres de la capital.

El hospicio, en suma, se proponia dar trabajo á sus acogidos, negociando el sudor de sus cuerpos para regateárselo al poderoso, y para que esa mejora del trabajo redundara en beneficio de los pobres mismos. Al efecto se establecia allí una caja de ahorros para los que deseasen continuar siempre afiliados al establecimiento. Los que no quisiesen hacerlo así, y prefirieran trabajar por su propia cuenta, recibirian, al salir, los ahorros que les correspondiesen por su trabajo, si hubiesen prestado alguno en la

obra del edificio, ó en los diferentes talleres que mas tarde se planteáran allí.

El sitio en que se habian abierto los cimientos para el edificio habia sido elegido por el conde de San Fabian, que, queriendo tener alguna parte en tan filantrópica empresa, cedió una casa de su pertenencia para que la demolieran, y en su lugar se edificase el hospicio. Pensamiento que agradó mucho á Mendoza, porque no aprobaba la idea de Adelaida, que queria que un establecimiento de esa especie se construyera á la inmediacion de su casa.

La que para este fin habia elegido Mendoza era el antiguo palacio de la condesa de Campo-Amarillo, situado al estremo de la calle Ancha de San Bernardo, y que se sacó en venta á pública subasta por el concurso de acreedores de la condesa.

El terreno que el de San Fabian cedió para la construccion del hospicio estaba al otro estremo de la poblacion, entre la calle de Atocha y la del Ave María.

Mes y medio hacia que se habia colocado con toda solemnidad la primera piedra, y la obra estaba bastante adelantada; sin embargo, aun no era fácil conocer el destino que se pensaba dar al edificio, y las gentes del barrio se perdian en conjeturas mas ó menos acertadas.

Nosotros no tratamos de satisfacer su curiosidad, dirigiendo el rumbo de nuestra péñola hácia aquella parte de la poblacion. En el modesto palacio de la duquesa es donde pensamos instalarnos por ahora para saludarla á su vuelta de Francia, y despedirnos de ella, dejándola que desde los brazos de su querido esposo tienda una mano generosa y benéfica á los infelices necesitados.

La obra que há tiempo estamos escribiendo toca á su conclusion.

Los hechos históricos de que hemos sacado nuestra fábula están casi agotados, y poco nos falta para abandonar á los personajes con quienes hemos vivido hasta el capítulo

presente. Pero debemos revelar al lector algunos sucesos de importancia, y es preciso que aprovechemos los escasos límites que nos restan.

Digno es el palacio de los duques de Mont-Marsan de que le hagamos estos honores, y por mas que su fachada sea modesta, atendida la opulencia de sus dueños, ha sido recientemente adornada con elegancia y buen gusto.

No es de piedra sillería, ni se ven en ella magníficas balaustradas, ni chapiteles, ni estátuas. Una docena de balcones, simétricamente abiertos en una fachada de ladrillo, forman el piso principal; encima de cada uno de ellos hay una ventana mezquina, y debajo unas rejas colosales, á un lado y á otro de la puerta principal.

El portal es mas que grande, inmenso; está dispuesto de manera que el coche de la casa pueda entrar y volver con holgura hasta el pié de la escalera. Esta es de piedra, ancha, pero sencilla, y cubierta en el centro por una alfombra que se colocó allí, desde que los tapiceros dejaron arreglado el palacio para recibir á los duques.

Todos los criados admitidos para el servicio de la casa ocupaban sus respectivos puestos desde que Mendoza y sus amigos salieron á encontrar á los duques. A algunos de ellos los conoce el lector, por haberlos visto en otras partes de esta novela, pero no queremos que se incomode en registrar la casa para encontrarlos. Le basta con pasar por la calle Ancha de San Bernardo y asomar la cabeza al portal del palacio.

Apenas haya entrado su aliento, nada mas que su aliento, por el umbral de la puerta, oirá crugir una trampilla de madera que gira sobre sus goznes, y escuchará al propio tiempo una de las voces que mas le han entretenido en el trascurso de esta obra. Que vuelva la vista hácia la derecha, y se encontrará con medio cuerpo de mujer sobre la trampilla de la portería. Por detrás de esa figura asomará tambien una cabeza masculina, cubierta por una gorra de

charol negro con galon de plata. Que prescinda de la gorra, y reconocerá al punto la cabeza... Pero que no prescinda de ninguna de ambas cosas, porque todo lo reconocerá en cuanto fije bien su vista en la mujer que se asoma para ver quién osa respirar allí sin su permiso.

Verdad es que el lector no la ha visto nunca vestida como ahora: pero ¿necesitará que le demos mas esplicaciones para adivinar quién es esa portera?... ¿No habria pensado ya, sin que nosotros se lo dijésemos, quiénes podrian ser los porteros del palacio de los duques?... Si el lector hubiese necesitado una portera perspicaz, inteligente, curiosa, habladora, limpia y puntual en el servicio, ¿no nos habria suplicado que le prestásemos para desempeñar tan importante empleo á la mujer del señor Trifon, la zapatera de la casa número 75 de la calle de Leganitos?

Pues bien, lector; los amigos de Adelaida han adivinado tus deseos, y te han dado gusto.

Crispina es la portera del palacio de los duques de Mont-Marsan, ó mejor dicho, la mujer del portero, porque al veterano señor Trifon es al que le han confiado la custodia y el aseo del portal.

Pero á partes contentas no hay juez querelloso, como dice el vulgo, y el señor Trifon lo está, y mucho, de que su esposa tome la iniciativa en el desempeño del destino, que tal vez de otro modo no hubiese admitido. Porque acostumbrado, como él decia, á no alzar nunca la cabeza del trabajo, se le entendia tan poco de las cabezas ajenas, que todas le parecian iguales, y esa para un portero era una falta terrible. Allí no se trataba ya de remendar zapatos mientras entraban y salian los vecinos, sino de observar bien las fisonomías de los que llegasen al palacio, para no equivocar las campanadas al anunciar la clase de visita á los demás criados de la casa.

De todo esto se impuso bien pronto la señora Crispina, y se desesperaba al ver que su marido era cada dia mas torpe.

Examinábale á cada momento de sus deberes, y al efecto habia formulado una cartilla, que comprendia todo el ceremonial de la casa.

—Trifon,—le decia,—¿cuántas campanadas se dan cuando llegan los amos?

—Ninguna,—respondió el zapatero, despues de pensar un rato.

—¡Jesús qué hombre!... ¡Me desesperas!... ¿Pues no te he dicho mil veces que tres?... Tres, hombre, tres.

—Pues yo creia que ninguna, porque como vienen á su casa, me parece escusado que avisen á nadie.

—Sí; pero los amos lo tienen dispuesto así.

—En ese caso, Crispina, no hay mas que obedecer... Cartuchera en el cañon, como decia mi difunto sargento.

—¡Eh!... ¡Ya salimos con la guerra de la Independencia! Calla, hombre, calla, que pareces un siglo andando.

El zapatero se sonreia siempre que su mujer le replicaba de esa manera, y ella continuaba examinándole acerca de sus deberes en el nuevo destino que le habia sido confiado.

La hora á que debia abrir y cerrar la puerta, segun las diferentes estaciones del año; los dias en que debia vestirse la librea de gala; el número de campanadas con que se anunciarian las visitas particulares de caballeros y de señoras, y hasta las diversas maneras con que deberia saludar á las personas que llegasen á la portería.

A esto daba gran importancia la señora Crispina, y sostenia fuertes reyertas con su marido, que creia que debia saludar á todos de la misma manera.

—Trifon,—le decia,—no me sofoques; acuérdate de que ya no estás remendando botas y zapatos... tu posicion es muy distinta de la de antes... En buen hora que cuando estabas en la miserable casa de la calle de Leganitos alzases la cabeza para saludar á los jornaleros que vivian en las boardillas, que no eran mas que tú sin embargo, y que

te pusieses en pié cuando entraba el hambron del administrador y la tonta de su mujer; pero ahora no, Trifon; ahora debes darte tono y hacerte respetar. No por tí, bobo, sino por los amos á quienes sirves...

—¿Pues no dices que son muy llanos los señores?

—¿Y qué importa que sean llanos?... ¿Dejarán por eso de ser señores?... Desengáñate, Trifon, por la muestra se conoce el paño, y la ropa del criado dice quién es el señor.

—Mira, Crispina, la manera de no faltar á nadie, es ponerse en pié siempre que entre alguien en el portal...

—No harás tal mientras yo viva, Trifon, ó nos oirán los sordos... Pues podias levantarte cuando entrasen las visitas del mayordomo y de las doncellas, y...

—Vaya si me levantaré para saludarlas... ¡Pues no faltaba mas!...

—¿Te levantarás?... ¡Eh! Lo veremos.

—Crispina, calla, que no estamos ya en la portería de la calle de Leganitos.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que no quiero escándalos.

—¿Y quién escandaliza sino tú?... ¡Habrá bestia!... Si digo bien, que algun diablo me aconsejó el casarme contigo para que pasára la vida rabiando... ¡Pues díme, demonio!... ¡Jesús, Dios me perdone!... ¿Por quién estás en este destino?... ¿Cuándo habrias dejado de echar punteras y de ser un criado de todo el mundo, sino hubiera sido por mí?... Por tu esposa, que no te ha engañado como la bruja, cuando te ofreció colocarte en palacio.

—No hablemos mas de esa mujer, Crispina.

—¡Hola!... ¡Parece que ya caiste del burro!... ¿Te has convencido de que fué ella la que envenenó al general?

—Me he convencido de todo, pero calla.

—¡Qué fresca estará ahora en la Torre del Duende!... ¡Y con qué gusto verá delante de sí á don Genaro!...

—Crispina... ¿quieres callar?...

—Ya callo, —replicaba la zapatera.

Y así, en estas pláticas ó en otras parecidas, pasaban los nuevos porteros la mayor parte del dia, esperando con ánsia el señalado para la llegada de los duques.

Este dia es precisamente el que nosotros hemos elegido para entrar en el palacio.

Crispina está desde muy temprano peinada y limpia, sin su inveterado pañuelo de yerbas á la cabeza, cubierto el cuerpo con una basquiña de alepin negro, un delantal de coton azul, y un pañuelo de Madrás, encarnado y verde, sobre los hombros.

El señor Trifon, ocupado en barrer el portal, conserva aun la librea diaria, chaqueta y pantalon grís con botonadura de plata, chaleco grana, corbatin blanco, y una vigorriana de hule á la cabeza.

Su mujer le dá prisa para que se vista de gala, y sostiene al propio tiempo conversacion con cuantas personas entran y salen, y aun con las que pasan por delante de la portería.

—Trifon, por los clavos de Cristo... ven á vestirte; mira que es muy tarde.

—Ya voy, mujer; no hay prisa; los señores no llegarán hasta la noche.

—¿Y si vienen antes?

—No lo creas; el señor don Daniel dijo que no entrarian antes de anochecer.

—Pues bien, no importa; pónte la librea de gala... Cualquiera que pase por la calle y te vea en ese traje, dirá...

—¿Qué ha de decir? Que estoy como todos los dias.

—¿Y te parece regular estar así en un dia como este?

—Pero, mujer, ¿y qué saben los que pasan?

—Pues precisamente por eso quiero que te vistas, para que lo sepan, y para algo mas... Yo me entiendo...

—¿Para qué mas? Dílo.

—Para que rabie la portera de enfrente, que su marido no tiene librea de gala, ni baston con puño de plata.

—¿Y qué te importa de la señora Juana y de su marido?... A fé que son unas gentes muy buenas.

—Los defiendes tú y basta... ¡Tengamos otra como la de la bruja!...

—Ya salió la bruja; no sabes hablar de otra cosa...

—Hago bien: ¡como que tengo un ojo para echar el fallo á las personas!... Se me ha puesto en la cabeza que esos porteros son gente *non sancta*, y malo será que yo me equivoque.

—Pues bien, dejálos en paz, y no te metas en averiguar las vidas ajenas.

—¡Como sea verdad lo que yo me figuro!

—¿Qué te figuras?

—¿Me das palabra de no decir nada á nadie?—dijo la Crispina, corriendo al lado de su marido.

—Sí,—repuso este.

—Pues oye; me parece, no es mas que una figuracion, me parece que venden cajetillas de cigarros.

—Bien, ¿y qué?...

—¡Friolera! ¡Qué es contrabando!...

—¿Y á tí que te importa?

—¡Vaya si me importa!... ¿Y si los prenden por contrabandistas?...

—Deja que los prendan; á tí no te han de decir nada.

—¡Ya!... ¿Pero y el decoro de la clase?... Al cabo y al fin son porteros, y luego se creeria que todos éramos iguales.

Trifon hizo un gesto de sufrimiento, y entró en la portería á ponerse de tiros largos, mientras su mujer, con los brazos cruzados debajo del pañuelo que la cubria los hombros, se recostó en el quicio de la puerta, y tendió una mirada por todo lo largo de la calle.

Con el tendero de la esquina, con la portera su antago-

nista, con el farolero que limpiaba los del alumbrado público, con todas las personas que habia en la calle, cambió un saludo, y con cada uno de ellos sostuvo un largo diálogo.

—¡Como esperamos hoy á los señores!...—decia sin que nadie la preguntase nada, y con ánimo de enterar de ello á todas las gentes que pasaban por la calle.—No vendrán hasta el anochecer... y han ido á recibirlos muchos personajes.. Se vá á llenar la calle de coches cuando vengan.

Interrumpió diferentes veces su diálogo para interpelar á Trifon por su tardanza en vestirse la librea, y otras tantas veces, *oyendo* que la llamaban desde arriba, dijo en voz alta, y dirigiéndose á los vecinos:

—¡Ya voy!... ¡Jesús qué infierno!... ¡No saben hacer nada sin mí!... Esta casa es una Babilonia...

Y una de las veces que se retiró de la puerta para ver quién la llamaba, se encontró con la señora María, que con sus tocas blancas, y con un traje de verdadera dueña ó ama de gobierno, bajaba á la portería á tener un rato de conversacion con su amiga Crispina.

El semblante de la antigua inquilina de la casa número 75 de la calle de Leganitos habia perdido su habitual viveza, y fácilmente se advertia que algun pesar le aquejaba en aquellos momentos.

Saludáronse recíprocamente ambas amigas en presencia del señor Trifon, que estaba terminando su *toilette* de portero, y la señora María tomó asiento en una silla de Vitoria que le ofreció la portera.

Todas las dependencias del rejuvenecido palacio habian sido pintadas y amuebladas de nuevo, y sin embargo, la habitacion de los porteros tenia ya un carácter especial y propio de esa clase de dependencias. Cierto es que las paredes de la portería habian entregado su virginal blancura á un papel amarillo con casetones azules, y esto daba al aposento un carácter mas propio de una horchatería que de la vi-

vienda de un conserje; pero en cambio la señora Crispina habia llevado allí los muebles de su primitiva habitacion, y ellos bastaron á eclipsar los arranques de lujo del papel pintado.

A pesar de haber forrado sus carnes, no se eximieron las paredes de sostener un pequeño retablo de pino, recientemente pintado con ocre y almazarron, y sobre el que se veia una Vírgen del Cármen de barro, dos candeleros de hoja de lata, cuatro floreros, un perrito de alabastro, y un San Juan de cera.

Al rededor de este retablo, y clavadas en la pared, se veian algunas estampas de Robinson Crousoé, los retratos de Fernando VII y de la reina Amalia, y la heróica defensa del parque de Madrid del dia 2 de Mayo de 1808. Este cuadro era la alhaja de mas precio para el veterano señor Trifon.

Debajo de esas estampas estaba colgado el calendario del año presente, y el librito del jubileo de las Cuarenta Horas; esto último, no por la devocion de la portera, sino porque, como ella decia, era una curiosidad digna de saberse la iglesia en que estaba el jubileo.

Una cómoda, seis sillas con su correspondiente sofá, una mesa de pino pintada de color de café, y dos rinconeras de lo mismo, completaban el mueblaje de la portería. Sobre estos últimos muebles se veian diferentes objetos de porcelana y de yeso, cuyo detalle seria impertinente y prolijo.

Lo único que merece especial mencion, es el reloj de *cuco*, que la señora Crispina tenia en alta estima, y que por esa razon le habia colgado enfrente de la puerta de entrada. Curiosa era la historia de ese mueble, y el autor de esta novela la ha oido referir á su dueño diferentes veces. Se le dejó en el testamento un amo que tuvo antes de casarse, y cuando despues de un litigio se le entregaron los testamentarios, el reloj regia, pero el cuco no cantaba las horas; ningun relojero de Madrid acertó á componerle, y solo el

señor Trifon, que nada entendia de relojes ni de cucos, fué el que supo arreglarle, siendo novio de la Crispina. Verdadero milagro del amor, que dió mucho en que pensar á la zapatera, y acrecentó la estima en que ya tenia la manda de su difunto amo.

Pero dejemos el reloj, del cual nos hemos acordado porque en el momento de entrar allí la vieja María daba el cuco las doce, y volvamos la vista hácia nuestros porteros.

El señor Trifon ha concluido ya de encerrar sus espaldas en una casaca de paño amarillo, sus piernas en unos calzones de punto encarnados, sus pantorrillas en unas calzas blancas, y sus piés en unos zapatos de charol con hebillas de plata. Su esposa Crispina le completa el traje, cruzándole el pecho con una ancha banda de terciopelo verde, bordada de plata, y ajustándole á la cabeza una gran peluca empolvada y con coleta, á lo Cárlos III.

Trifon recoge un sombrero de candiles con galon de plata, y un gran baston con puño de plata y grandes borlas de lo mismo, hace una profunda reverencia á la señora María, y sale con paso majestuoso de la habitacion.

Crispina le mira de arriba abajo, y sonrie de gozo, diciéndole:

—A ver si eres tan bonachon como ayer.

—¿Pues qué hizo?—preguntó la vieja María, sonriendo al ver la trasformacion que habia hecho el traje en el viejo zapatero de idem.

—¡Una friolera!... Dejar que los chicos de la taberna de enfrente entrasen hasta el portal jugando al toro...

—¿Y qué mal hay en eso?—dijo la señora María.

—¿Lo oyes, Crispina? Lo que yo te dije: ¿qué mal hay en eso?

—Pues aunque lo diga la señora María, no quiero que entren... que los tenga su madre mejor educados... La fortuna que ella tuvo fué que yo no estaba en la portería, que si llego á estar, quien la dice *una fresca* soy yo.

—Habria usted hecho mal en decirla nada, amiga Crispina; es preciso llevarse bien con los vecinos.

—Yo no regaño con nadie; pero quiero dar gusto á mis amos, y no me acomoda que cuando vengan hallen el portal de su casa peor que un cuartel... ¡Y precisamente los chicos de la taberna!... ¡Para que creyesen los señores que mi marido los toleraba porque era parroquiano de la casa! Eso sí que no... en buen hora lo diga, ni él ni yo hemos tenido nunca ese vicio... Cuando estábamos en la calle de Leganitos, solíamos traer á casa medio cuartillo alguna que otra vez; pero ahora, ni eso siquiera... que la honra del criado hace la del amo, y en cada lugar hay su manera de rezar.

—Todo eso está muy bien, Crispina; pero los señores saben quiénes son ustedes, y no les dirán nada nunca.

—Así lo creo; pero ¡ay, señora María! usted no sabe lo que son las gentes de estas casas, y los golosos que tiene la plaza de mi marido... En cuanto nos descuidáramos tanto así (y señaló la uña de un dedo), nos armaban un caramillo.

El señor Trifon hizo un gesto de impaciencia, como si le pesára el demasiado hablar de su mujer, y salió de la portería, dirigiéndose hácia la puerta de la calle.

CAPÍTULO CXLVIII.

Crispina y la vieja María.

—Haz gestos, hombre; ya te he visto...—dijo la Crispina á su marido, viendo que se alejaba de su lado.—Se necesita tener mas paciencia contigo que la que tuvo Job... Pues anda, y no cumplas bien con tu obligacion, y verás lo que haces si te quitan el destino... Tú no estás ya en disposicion de machacar suela muchos años.

—Déjele usted, Crispina,—interrumpió la señora María;—es usted demasiado escrupulosa... Y si no conociera á la que vá á ser nuestra ama, podia pasar... pero conociéndola y sabiendo que es un ángel...

—No tengo yo miedo por ella.

—¿Pues por quién?... ¿Por el señor duque? Es un bendito de Dios... Mejor pareja es imposible hallarla.

—Ya lo sé; pero en estas casas nadie manda menos que los amos... Verá usted lo que tarda en venir un apoderado general á cambiarlo todo.

—Ya le tenemos.

—Sí; ¿y quién es?

—El señorito don Genaro.

—¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!

—Pues sí,—dijo la vieja María, bajando la voz;—yo lo sé, porque anoche, antes de marcharse los señores á Buitrago á esperar á los amos, estuve hablando mas de dos horas con el doctor... Y por cierto que me afligió bastante lo que me dijo...

—¿La habló á usted otra vez del lance ocurrido á la señora en Paris?

—No, amiga mia; eso ya me lo habia dicho el señorito don Daniel.

—¿Pues qué fué lo que la dijo á usted?—preguntó impaciente la Crispina.

Y viendo que la señora María tardaba en responder, añadió:

—Digo, si no es un secreto que yo no pueda saber.

—Al contrario, he bajado para hablar á usted de ello.

—Muchas gracias,—contestó la portera.—¿Quiere usted que cierre la puerta?—añadió llena de gozo el semblante.

—No tal, así estamos bien.

—Ponga usted los piés sobre el ruedo, estará usted con mas comodidad... He quitado ayer la estera, porque creí que haria calor; pero Marzo ha vuelto el rabo, y aunque ya estamos casi en el mes de Junio, hace frio.

—Yo no le tengo,—dijo la señora María.

—Mas vale así,—replicó la portera.—Pero ahora que me acuerdo, ¿quiere usted un bollito?...

—Muchas gracias.

—Son muy buenos; me los envió ayer desde Segura la mujer del guarda-bosque. ¡Nos hicimos muy amigas antes de marchar!... Todo lo que tiene de fiera antes de hablarla, despues que se la trata es una infeliz... Yo me alegré de que el señor Espinosa los encargase de la Torre del Duende, y á ella la dije lo que hacia al caso acerca de la maula que iba en su compañía... ¡Recomendada fué por mí la tal doña Inés!...

—Dejémosla en paz ahora, que bastante trabajo tiene la infeliz con estar presa por toda su vida, y oiga usted lo que quiero decirla, porque no me puedo detener mucho; arriba hago falta.

—Ya lo creo, como que todo lo tiene usted á su cargo... ¡Mejor idea que la de haber nombrado á usted ama de gobierno!...

—No lo crea usted... Crispina... Yo agradezco mucho á todos estos señores el que se hayan acordado de mí para darme mas de lo que merezco; pero quisiera no tener semejante comision... Estoy temblando que vengan los señores...

—¿Por qué?

—Por no presenciar el dolor de la señora al verse sin la señorita Eugenia y sin sor Clotilde... Razon tenia en no querer marchar á Paris sin llevarlas consigo.

—¡Pero cómo ha de ser!... Era natural que sor Clotilde volviese á su convento.

—¡No hay tal naturalidad!... Diga usted que ha sido un capricho de la condesa de Baza y del conde de San Fabian, y es lo cierto.

—¡Ya; pero si ella no hubiese querido!...

—Verdad es; pero acaso por el qué dirán.

—Pues ha hecho muy bien, y yo se lo apruebo, —dijo Crispina, bajando la voz con aire de misterio,—porque, hablando con franqueza, y ya que esto se ha de quedar entre nosotras, de usted para mí la diré que hablaban las gentes, y decian...

—¿Qué?

—Que si habia sido un pretesto lo de que la robaron del hospital, y que si ella no tenia una vocacion muy decidida, y... qué sé yo cuántas cosas mas...

—Pues eso es un disparate... porque si sor Clotilde no quisiera estar en la hermandad, todos los años es libre para salirse; y en cuanto á lo del robo, usted lo sabe lo mismo que yo.

—Claro es... y ya se lo he dicho yo á mas de cuatro... ¡Pero vaya usted á tapar la boca á las gentes!

—En fin, la resolucion de esa señora no me dá tanto cuidado; pero la de la señorita Eugenia me tiene estremecida... ¡Yo no sé lo que vá á pasar aquí cuando venga la señora duquesa!

—¿Pues no sabe ya que entró monja?... ¿No se lo escribieron á Paris?

—No lo sé; pero es igual: no podrá vivir sin ella... ¡Como me sucede á mí!...

Y la señora María lloraba como una niña al hablar de Eugenia, impacientando mientras tanto á la portera, que deseaba oir el secreto ofrecido.

—Tranquilícese usted,—la dijo;—yo tambien siento el disparate que ha hecho la señorita, porque, bien mirado, no merece otro nombre la idea de hacerse monja; pero confio en que su hermano la hará que no profese... y...

—No lo crea usted.

—¡Luego los amores del señorito Mendoza!... Porque yo no quiero creer que la señorita siga siendo tan ciega, que no piense alguna vez en lo que vale ese jóven, y olvide al otro pillo...

—¡No hable usted así del pobre Cárlos,—dijo con pena la señora María.

—¿Por qué no? No merece otro nombre.

—Hoy merece la compasion de usted, la mia, la de todos.

—La mia... perdone usted que la diga que no; para mí es un pillo.

—Seria todo lo que usted quiera... Pero ha muerto, y...

—¿Ha muerto?

—Sí... Se ha arrojado al rio...

—¡Al rio!—repitió con asombro la portera.—¿Pues no estaba en Paris?—añadió con una candidez admirable.

—Pues bien, mujer,—repuso la señora María,—se

ha arrojado en el rio de Paris... ¿Cree usted que no hay rios en Francia?

—Sí, señora... Pero vamos al decir... como dijo usted al rio secamente.., ¡Pero qué atrocidad! ¡Ese hombre estaba condenado!... Yo lo siento... ¡Pobrecillo! Aunque no le conocia; pero por otro lado me alegro... porque así la señorita...

—Se morirá de dolor apenas reciba la noticia, —interrumpió la señora María.

—¿Cree usted que se morirá?

—Sí, señora, lo creo, y el señor Espinosa es de mi misma opinion. Ayer fué á visitarla al convento, y salió muy afligido.

—¿La dejan ver?

—A nadie le permiten la entrada allí; pero como el doctor visita á las madres Capuchinas de limosna hace muchos años, entra siempre que hay alguna enferma.

—¿Y lo está ahora la señorita Eugenia?

—Ella dice que no, pero la superiora del convento avisó al médico, porque dice que se pone á morir todas las noches... No come apenas, y hasta las tres y las cuatro de la madrugada la encuentran de rodillas haciendo oracion. ¡Oh! ¡Es una santa!

—Verdad es... pero si quiere usted que la diga lo que siento, me parece...

—¿Qué?

—Demasiada virtud... Todos los estremos son viciosos...

—En la señorita Eugenia no hay nada de eso, —repuso la vieja María; —usted la ha visto asistir á su padre con el mayor afan, sin que nunca dejase de hacerlo, ni por ir á la iglesia como hacen otras, ni por estarse atracando de rezar... No solia faltar á oir misa en los dias festivos; pero me acuerdo que si alguna vez dejaba de hacerlo, por no poder abandonar al pobre anciano, lejos de afligirse, decia con la mayor despreocupacion, que á Dios le seria mas

grato el que ella asistiese á su padre que el que le dejára perecer por no faltar al precepto divino... ¡Oh, es una jóven como pocas!... ¡Como yo no espero ver ninguna otra!...

—Tambien yo lo creo así, señora María; pero me parece exagerado lo que está haciendo... En buen hora que sintiese la infidelidad de su amante, y que tardase mas ó menos en quemar los lutos, como suele decirse; pero al cabo y al fin... ¡qué diablos! *A rey muerto, rey puesto,* que dice el refran... Y luego, bien mirado, ¿qué es lo que le ha sucedido?... ¿Que el novio se casó con otra y la dió calabazas?

—No tal; no estaba casado.

—Bien, mas en mi favor; estaba casado por detrás de la iglesia... Pero que no contento con eso el muy bribon, se hace monedero falso, y la quiere quitar la vida con un nuevo disgusto... Pues á no darle esa satisfaccion, y á vivir mas años que Matusalem... y á divertirse, y á gozar...

—Todo eso está muy bien,—replicó la señora María,—y así lo hacen otras; ¡pero váyale usted á la señorita Eugenia con esas filosofías! ¡Ya... ya!... ¡Olvidar el amor de don Cárlos! ¡Imposible!

—Pues, amiga mia, esa es una rareza, porque yo, aquí donde usted me vé... he sido jóven, y...

—Ya lo supongo,—repuso la vieja María, riendo.

—No, pero vamos al decir, que he sido jóven, y he tenido mi corazon tan bien puesto como otra cualquiera... ¡Vaya!... ¡Poquito enamorada era yo!... Me acuerdo que por aquel entonces se usaba el pelo *á lo inocente,* y unos sombreros de majo con presilla, que daba envidia ver á los jóvenes vestidos... Pues á mí se me iban los ojos detrás de todos los de mi edad... El moreno me gustaba por moreno, el rubio por rubio, y... verdad es, que una mano que es una mano, no se la he dado á ningun hombre en el mundo mas que á mi Trifon... ¡Así Dios me salve cuando llegue mi últi-

ma hora!... Pero tuve muchos novios, y me dieron calabazas mas de una vez... ¡A qué mujer no la habrá sucedido lo mismo! Y sin embargo, un novenario de tristeza, por el que mas, y eso con el fin de ver si otra vez volvia al reclamo, y vuelta á poner los ojos tiernos y á echar el gancho... No hay que darle vueltas, señora María, las mujeres no tenemos mas oficio ni beneficio que el de casadas... La que crea otra cosa se equivoca. ¡Si tuviera yo tantos ángeles para mi alma como veces la ha de pesar á la señorita el no casarse con el señor don Daniel!... Digo, si es que no se casa, que eso está por ver aun.

—¡Pues délo usted por visto, Crispina; ni se casan, ni se vuelven á ver!...

—¿Qué dice usted?—preguntó la portera sobresaltada al ver la amargura con que la señora María habia pronunciado su pronóstico.—¿Cree usted que profesará por fin?—añadió del mismo modo.

—Creo que no,—contestó con pena la señora María.

—Pues estamos conformes; pero en ese caso... no comprendo por qué dice usted que no se volverán á ver don Daniel y la señorita... Si usted me asegura que doña Eugenia no se queda en el convento, yo hago una apuesta, y la gano, á que se casa con nuestro antiguo coco el Vizco... ¡Qué tontas éramos entonces!... ¿Se acuerda usted, señora María?

Y la portera se reia recordando la época en que conocieron á Mendoza, y en que le tenian tanto miedo.

—¿Quién nos habia de decir entonces,—añadió sin dejar de reir,—que seríamos luego tan amigas suyas, y que habíamos de desear que se casára con la señorita?... ¡Qué cosas pasan en el mundo!

—No tiene nada de estraño; entonces no le conocíamos, al paso que ahora le conocemos demasiado.

—¡Demasiado!... ¿La pesa á usted?

—Sí, Crispina; quisiera no haberle conocido; me dá

lástima verle, porque sé lo enamorado que está, y me temo una catástrofe.

—¿De veras?... Yo creo que no, porque, aunque está enamorado, me parece un hombre de mucho juicio, y no creo que vaya á hacer un disparate...

—De manera que yo no digo que se quitará la vida como el pobre don Cárlos; pero que no vive mucho tiempo si doña Eugenia se muere, tambien es verdad.

—Sí; pero no creo yo que la señorita esté en ese caso.

—El doctor no las tiene todas consigo, por lo que me ha dicho.

—¿Qué dice usted, vecina?... Pues qué, ¿tan mala está?

—Muy mala; si al momento no se hace lo que quiere el señor Espinosa, es casi segura una desgracia...

—¿Y qué es lo que quiere el doctor?

—Sacarla del convento.

—Pues que la saquen... Ahora verá usted en viniendo los señores como la sacan.

—Lo veo muy difícil... ella no querrá...

—¡Ya, pero si está enferma, no tendrá mas remedio sino salir!

—No lo crea usted; si se empeñan las monjas en que no salga, y en hacer creer que está buena, como cuentan con el apoyo de la interesada, lo conseguirán... Además, hay por medio una persona que... ¡Dios me perdone!... pero me hace tener miedo.

—¿Y quién es?... ¿Se puede saber?

—El dichoso padre Romualdo...

—¿Quién?... ¿El bendito religioso que se fué á comer mientras se moria don Lorenzo, y que mas tarde se hizo amigo del Duende?

—El mismo.

—Pues perdóneme doña Eugenia; pero es boba, por-

que mire usted que fiarse de ese fraile, despues de lo que sabe que hizo con mi señora la duquesa...

—Yo le diré á usted, —dijo la señora María con misterio, —como el padre Romualdo es el confesor de muchas religiosas de ese convento...

—Entonces no me diga usted mas... él ha sido el que la ha imbuido la idea de tomar el hábito.

—Alguna parte habrá tenido en ello, aunque no tanta como usted supone.

—¿Pero cómo se ha ingeniado ese fraile para volver á entablar relaciones con la señorita? Esas gentes son como los gatos; siempre que caen quedan en pié.

—El señor conde de San Fabian ha tenido algo de culpa en eso.

—¿El conde?

—Sí; porque, segun me dijo Ventura, como es su confesor, no han podido convencerle de que es uña y carne del Duende.

—Ya; pero doña Eugenia, ¿qué tiene que ver con el conde?... ¿No se acuerda de lo que hizo cuando murió don Lorenzo?... ¿Y no sabe además lo que ha hecho con su hermana? ¿Y que el señorito don Daniel le vió en casa del Duende?...

—Todo lo sabe; pero, ¿qué quiere usted que le diga?... No sé qué pensar de lo que pasa. Lo cierto es que el conde de San Fabian es el padrino de la dichosa toma del hábito; que por esa razon se ha indispuesto con la señora condesa de Baza, y...

—¡Mire usted lo que son los malos juicios!...—dijo la portera, haciéndose cruces.—Yo creia que esa señora era la que habia levantado de cascos á la señorita para que se hiciese monja...

—Yo tambien lo creí al principio, pero no hay nada de eso, y todo se ha hecho contra la voluntad de la señora condesa... ¡Jesús! Mire usted, Crispina, eso me ha recon-

ciliado con la tal condesa... porque, la verdad, no era santa de mi devocion.

—¿De veras?... Pues estamos iguales, porque á mí me sucedia lo propio... Si no hubiera sido porque una... ya se vé... es pobre, y tiene que sufrir mas de cuatro desprecios; crea usted que la noche que se casó mi señora la digo yo cuatro claridades bien dichas... ¡Pues no pasó por el gabinete en que estábamos mi Trifon y yo esperando á que pasase la señorita para verla, y con ese aire orgulloso que tiene, y aquella voz de chicharra resfriada, se vuelve y la dice á su doncella: —«¡Mónica... Mónica... que echen de aquí á esas gentes!...» —¡Vaya!... ¡Esas gentes!...

La señora María no pudo contener la risa al ver la propiedad con que la Crispina remedaba la voz y las maneras de la condesa, y la dijo:

—Conmigo hizo poco mas ó menos.

—¿Y usted no la dijo nada?

—Callé por prudencia, y porque estaban delante las señoritas.

—Pues yo estuve en muy poco de decirla: —Mire vuecencia, señora, estas gentes casi somos los porteros nombrados para el palacio de la señorita, y no nos hace falta pisar estas antesalas para nada...—Pero mi Trifon me pidió que callára, y así lo hice... no sin tragar mucha bílis, porque... la verdad, no he nacido para sufrir esos desprecios.

—Yo todo se lo perdono al saber que se ha opuesto á la resolucion tomada por la señorita.

—Pero dígame usted, señora María, —esclamó la portera, despues de darse una palmada en la frente.—Una cosa me ocurre....

—¿Cuál?

—¿Sabe usted que no es válida la vocacion de la señorita?

—Por qué?

—¿No está prohibido el que admitan monjas en los conventos?

—Verdad es... pero ya vé usted, ¡cuando han admitido á la señorita!

—No hay admision que valga; eso no importa... O está prohibido ó no el entrar monjas... Si lo está, en cuanto vengan los señores pueden sacar á doña Eugenia.

—¡Ay! ¡Ojalá!... De lo contrario, me temo que se nos muera,—esclamó con pena la señora María.

Y ambas amigas suspendieron la conversacion por haber sentido parar un carruaje á la puerta.

La portera se dirigió corriendo hácia el portal, y vió á su marido con el sombrero en la mano, saludando respetuosamente á una señora que asomaba la cabeza por la portezuela de una elegante berlina.

—¿A qué hora llegan?—oyó preguntar á la señora.

—No se sabe,—contestó la portera sin poderse contener, y sin dar lugar á que su marido entendiera lo que solo á él le preguntaban.

La marquesa de Santa Rita, que era la señora que acababa de llegar á informarse de la hora en que vendrian los duques, y que habia ido en persona, porque creyó hallarlos allí, hizo un gesto de desagrado al oir la estemporánea y poco atenta contestacion de la Crispina, y dirigiéndose á su lacayo, le dijo:

—Sube, y dí al mayordomo, ó á cualquiera otro criado mayor, que baje al momento.

Y la marquesa abandonó de nuevo su cuerpo sobre el asiento de la berlina, mientras su lacayo, á quien el señor Trifon no habia puesto impedimento alguno, tropezaba con la Crispina, que le puso una mano al pecho, diciéndole:

—¡Eh!... ¿Adónde vá usted?

—Arriba,—contestó secamente el lacayo, con ese tono omnipotente con que los asturianos, cuando llevan librea, repiten las órdenes de sus amos.

—Pues no se puede subir.

—¿Por qué?

—Porque lo mando yo, y basta... ¡Oiga el lacayuelo!...

—¡Oiga la vieja!...—repuso el lacayo, queriendo á viva fuerza pasar adelante.

—¡Trifon, Trifon!—gritó la portera encolerizada.

Y el señor Trifon, que aun no se habia atrevido á cubrirse la cabeza, no ya en presencia de la marquesa, sino del carruaje, voló al lado de su esposa, preguntándola:

—¿Qué quieres?

—Este insolente...

—¿Qué te ha hecho?

—¡Y me lo preguntas! ¡Imbécil! ¿Pues no ves que quiere entrar?

—Bien, ¿y qué?

—¡Jesús qué hombre!... ¿Pues no sabes que está prohibido que suba nadie?... ¿No te dieron esa órden esta mañana?...

—Verdad es,—contestó el señor Trifon.—Amiguito,—añadió, dirigiéndose al lacayo,—lo siento mucho, pero no puede usted subir.

—Lo manda su escelencia,—repuso el lacayo con orgullo.

—¿Y quién es su escelencia?—replicó la portera.

—Mi ama, la señora marquesa de Santa Rita.

—Pues diga usted á su escelencia, su ama, la marquesa de Santa Rita, que no puede subir ni su escelencia, ni el lacayo de su escelencia, ni nadie, hasta que vengan los señores.

—En ese caso,—dijo el lacayo, dirigiéndose al señor Trifon,—suba usted á llamar al mayordomo.

El portero se cubrió la cabeza, resuelto á obedecer la órden del lacayo, y la Crispina le detuvo, diciéndole:

—Trifon, no seas torpe... tú no eres criado de nadie... ya sabes lo que nos ha dicho el señor Mendoza... Que por aquí no entre nadie hasta que vengan los señores.

—¿Y cuándo vienen?—preguntó el lacayo.

—No se sabe,—dijo secamente la Crispina.

La marquesa se mordió los lábios, y murmuró:

—¡Oh! ¡Al fin criados de una beata del Hospital!...

Y hablando en voz alta con el lacayo, le dijo:

—Al palacio de Baza.

Trifon hizo una reverencia, y su mujer le dijo:

—Pareces bobo; ¿no te acuerdas de lo que nos encargó don Daniel por si venia la marquesa?

—Sí; nos dijo que si enviaba á preguntar, que la dijésemos que no sabíamos cuándo llegaban los señores.

—¿Y tú se lo ibas á decir?

—Como venia ella misma... ella en persona.

—Tanto mejor; así la hemos *dado el feo* en los hocicos.

—Es una atrocidad,—repuso el portero.

—No lo crea usted, señor Trifon,—dijo la vieja María, que enterada de lo ocurrido se acercaba á tomar parte en la conversacion del matrimonio;—cuanto menos venga á esta casa la marquesa, será mucho mejor.

—¿Pues qué hay?—dijo el señor Trifon sorprendido.

—Nada... ciertas cosas...—contestó la señora María.

—Vaya, algun secreto,—replicó el portero, volviéndose con calma hácia la puerta.

—Este hombre me aburre,—dijo la Crispina.

—¿Por qué?—replicó la vieja María.

—Pues no vé usted con qué calma dice... ¡algun secreto! y se vuelve á su puesto sin saber lo que es, y sin preguntarlo siquiera... ¡Me tiene frita la sangre!

—Mas vale así; déjele usted con su génio, que al cabo y al fin es un buen hombre.

—Sí, señora, ¡un buen hombre! ¡Mire usted qué recomendacion! Un buen hombre es cualquiera.

La señora María se sonrió como siempre que oia á la Crispina quejarse de su marido, y ambas entraron de nuevo en la portería.

CAPÍTULO CXLIX.

La llegada de los duques.

Despues que las dos amigas hubieron hablado largamente de los sucesos que el lector conoce, y comentado esos mismos acontecimientos, se entregaron cada una á sus respectivas ocupaciones, siendo comun en ambas la de contar con impaciencia el tiempo que pasaba sin llegar los duques.

Sonó la hora de anochecer, y con ella la de preparar el alumbrado de la casa, y cuanto mas se iba acercando el momento, mas puntuales se hallaban los criados del palacio en sus respectivos puntos.

No se sabia con exactitud la hora; pero casi se tenia certeza de que no seria antes de que entrase la noche, y eran pasadas dos horas de esta, y aun no habia señal alguna de que hubiesen llegado á Madrid los ilustres viajeros.

La entrada estaba iluminada por dos grandes faroles de reverbero, y en el portal ardian doce hachas de cera, que, ocultas á la vista del público, daban un brillante resplandor á la escalera.

Las gentes, que, á falta de otro espectáculo mayor, y aburridas por que hasta el dia siguiente no encontrarian por

las calles algun organillo que disculpára su ociosidad, se paraban á la puerta del palacio á ver la luz, como verdaderas mariposas de la vagancia.

El señor Trifon, inmóvil en su puesto, temia que los muchachos osáran llegar al umbral de la puerta, no por el desacato que cometieran al hacerlo así, sino por miedo de que su mujer saliera á regañarlos dando voces.

Pero ella iba mientras tanto y sin cesar de un lado para otro del palacio, siendo la primera que oyó á lo lejos el rüido de una silla de posta, que bien pronto llegó y paró allí.

Entonces corrió presurosa á dar las campanadas convenidas de antemano para avisar á las gentes de la servidumbre la llegada de los señores, pero la detuvo la voz del portero, que la dijo:

—¡Eh! No llames, Crispina, que es don Ventura.

Efectivamente, Ventura y el jóven duque de Alcira eran las dos únicas personas que venian en la silla de posta, que mandaron retirar inmediatamente, dando asimismo órden á Trifon para que cerrára las puertas, dejando solamente entreabierto el postigo.

—¿Pues qué ocurre, señorito?—preguntó con impaciencia la portera.—¿No vienen?

—Sí,—respondió secamente Ventura.

Y cogiendo del brazo al duque, subió con él la escalera, despues de haber encargado á Trifon que apagase las hachas y que solo dejase en el portal las luces ordinarias.

—¿Qué habrá ocurrido?—esclamó la señora Crispina.

—¿Qué sé yo?—contestó el portero, cerrando la puerta entre los silbidos de los muchachos y la rechifla de las gentes, que tomaban esa venganza del chasco que se habian dado á sí propios.

Los dos amigos entraron mientras tanto en los salones del piso principal, y fueron dando á los criados órdenes parecidas á las que estaba cumpliendo el portero.

Todo quedó, por lo tanto, sin la brillantez con que estaba dispuesto. Se apagaron las bujías de las arañas, los criados se despojaron de la librea de gala, y Ventura no fué mas esplícito con los que osaron preguntarle que lo habia sido con la portera. Unicamente con la señora María, á la que llamó espresamente á su lado, fué con la que tuvo mayor esparcimiento, comunicándola la causa de tan repentina contraórden.

—Pero ¿cuándo vienen los señores?—preguntó la vieja María.

—Ahora mismo,—respondió Ventura;—antes de una hora tal vez.

—En ese caso, no comprendo...

—Es muy fácil, señora María; la duquesa de Mont-Marsan no es mujer, es un ángel.

Semejantes palabras en boca de Ventura, y el entusiasmo con que las habia pronunciado, sorprendieron á la vieja María, que, como todos los que conocian al jóven calavera, sabia su eterna aficion á decir mal de las mujeres.

Pero Ventura, sin cuidarse del efecto que producia su entusiasmo en la señora María, continuó:

—¡Oh! Es un ángel, porque la mujer es el animal mas vanidoso que existe sobre la tierra, y Adelaida es la humildad misma... Es un ángel, porque ni aun se envanece de ser humilde; porque no tiene la hipocresía de la virtud, porque ni encubre sus buenas acciones ni las publica... Es un ángel, en fin, porque su corazon respira libre sobre la mezquina atmósfera de las debilidades humanas... Porque no envidia nada de nadie, ni quiere gozar el placer de que los demás envidien su grandeza y sus virtudes.

—Yo estoy cada vez mas prendado de Adelaida,—esclamó el duque con entusiasmo.—Siento un placer inesplicable al pensar que por sus venas circula la misma sangre que por las mias...

—¡Cómo me gusta oir hablar á ustedes así!—dijo la

señora María, sin poder contener el gozo que rebosaba en su pecho. —¿Pero ustedes, —añadió con alegría, —han visto ya á la señora?

—Y usted la verá dentro de breves momentos, —repuso el duque.

—Pues corro á disponer... y á encargar...

—Es inútil, —interrumpió Ventura; —precisamente nos hemos adelantado el duque y yo para que se suspendiese ese aparato ostentoso que habiamos dispuesto para recibirlos.

—Pues qué, ¿no quiere la señora?... Ya me lo temia yo, porque ¡como es tan buena y tan sencilla!...

—Nosotros nada la dijimos; pero despues de haberla oido hablar, y al ver lo afectada que viene con el trágico fin de Cárlos y la romántica resolucion de Eugenia, hemos creido que veria con disgusto semejante ostentacion.

—Es muy posible, —replicó la señora María. —¿Y cómo viene de salud?

—Muy bien; pero no me ha gustado verla tan triste, y temo...

—¿Qué?

—Nada... Temo que no sea feliz, á pesar de haber realizado el deseo de toda su vida.

—¿Habla usted de su boda?... ¿No es cierto?

—Sí, señora.

—Pues qué, el señorito don Fernando...

—Fernando, —interrumpió Ventura, —es un ángel tambien; pero cuando Adelaida era sola en el mundo, no tenia necesidad de ocultar sus afectos, y reia si estaba alegre, ó daba rienda suelta al llanto cuando le afligia alguna desgracia... Ahora teme hacer sufrir á su esposo, y se afana por ocultar sus penas... Yo la he visto esta mañana durante el almuerzo contraer los lábios con una sonrisa forzada, para reprimir las lágrimas que, á su pesar, le asomaban á los ojos.

—¡Pobre señora! —esclamó la vieja María; —¡cuándo dejará de sufrir!...

—Nunca, —repuso Ventura; —á cada paso encuentra un nuevo tropiezo. Esta mañana nosotros mismos la proporcionamos un disgusto, que nos ha alcanzado á todos despues, y que me tiene muy afectado en este momento... Mientras hemos venido hácia Madrid, aun tenia esperanza de que por el camino nos diesen razon de su paradero, ó de encontrarle aquí tal vez... pero ahora...

—¿De quién se trata? —preguntó la señora María.— ¿A quién buscan ustedes?

—A Paco Serrano, —dijo el duque.

—¡Pues si salió ayer á encontrar á los señores!

—Pues no le han visto, —replicó Ventura; —y precisamente esa ha sido la imprudencia que hemos cometido con la duquesa... Nos preguntó por él apenas nos vió, y todos la respondimos á la vez que habia salido de Madrid veinticuatro horas antes que nosotros, ofreciéndonos no parar hasta encontrarles, y naturalmente se asustaron... Hicimos las mas vivas indagaciones por descubrir su paradero, pero todo fué inútil... Nadie nos supo dar razon de él.

—Y lo mismo nos ha sucedido en el camino, —interrumpió el duque.

—Verdad es, —repuso Ventura; —en ninguna parte le han visto.

—Pues él salió de Madrid... No hay duda, —dijo la señora María. —Yo no le ví, pero Crispina estuvo hablando con él ya desde el caballo.

—Tambien el doctor le vió momentos antes de partir, —dijo el duque.

—¿Qué le habrá sucedido? —esclamó la señora María.

—La desaparicion de ese hombre, —replicó Ventura, —era lo único que faltaba para completar el cuadro... Yo te digo la verdad, —añadió con amargura, —si hubiese sabi-

do lo costoso que era para el corazon esta clase de vida que hoy hacemos, jamás hubiese consentido en abandonar las antiguas costumbres... Poco cuidado nos habria dado entonces de que un tal Cárlos, residente en Paris, mandase sus cascos al otro mundo en compañía de una onza de plomo; y al saber la entrada de Eugenia en el convento, habriamos dicho... «Vaya con Dios la moza... de los enemigos los menos...» Y á buen seguro que nos hubiésemos tomado siquiera la pena de advertir que faltaba un amigo en una casa de juego. Pero ahora es diferente, y no ganamos para sustos... ¡Cuánto mejor nos hubiese sido no conocer á Adelaida, ni á Eugenia, ni!...

—Calla, y no digas disparates,—interrumpió el duque.

—Tiene razon su escelencia,—repuso la señora María.—Cualquiera que le oyese á usted hablar así, creeria que estaba pesaroso de ser amigo de la señora y del señor duque...

—Y lo estoy,—replicó Ventura.—Ahora mismo siento haber conocido y tratado á ese pobre diablo de Cabezota... ¿Qué le habrá sucedido?

—Yo insisto en creer que sigue camino de Bayona, sin haber tropezado con el carruaje en que venian los duques,—replicó el de Alcira.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Por lo que dijo con mucha razon Mendoza al oirte pensar así... Cuando un hombre como Paco marcha de frente por un camino, ni las moscas pasan sin que él las vea... Además, la silla de posta en que vienen los duques no es fácil de confundir con ningun otro carruaje.

—Pero ¿y si mientras pasó la silla estaba Paco en alguna posada dando un pienso al caballo?

—No te canses, Enrique, eso no es posible... Cabezota habria preguntado en las paradas de posta, y hubiese vuelto grupa.

—¡Pues ya ves cómo no ha preguntado!—replicó el duque.—Ni posaderos, ni arrieros, ni trabajadores... nadie le ha visto.

—En ese caso, tampoco habrá seguido adelante,—interrumpió Ventura.

—¿Si habrá equivocado el camino?

—No lo creas... Yo casi estoy seguro de que le ha sucedido alguna desgracia... Se ha granjeado tantos enemigos entre la canalla, que habrá sido víctima de una traicion; no me queda duda.

—¡Pobre hombre!...—esclamó la señora María.—Pero eso no es posible,—añadió,—porque alguien le hubiese visto, y habria dado á ustedes noticia de ello.

—No lo crea usted, señora María; cuando esas gentes se empeñan en quitar de en medio á un hombre que les estorba, lo hacen sin que nadie los vea.

—Pero á las puertas de Madrid...

—A las puertas de Madrid hay mayor riesgo que en un despoblado... El correo que recibimos antes de ayer fué robado á seis leguas de la córte, entre San Agustin y Cabanillas.

—¡Qué escándalo! ¿No hay tropa por ahí?

—Sí, señora.

—¿Y qué hacen?

—Inspirar confianza á los viajeros, y asegurar la impunidad de los malhechores; porque como estos tienen espías en todos los puntos de la carretera, saben todos los movimientos de los soldados antes de que los ejecuten.

—¿Y qué haremos para saber el paradero de Paco?—dijo el duque á Ventura.

—Salir á buscarle nosotros mismos apenas llegue Mendoza, y si le ha sucedido alguna desgracia, no volver á Madrid hasta haber dado la muerte á sus asesinos.

Ventura pronunció estas palabras con una exaltacion tal, que el duque le miró asombrado, y la vieja María se retiró estremecida.

Pero en ese mismo momento se oyó en la calle el ruido de un carruaje que rodaba lentamente sobre el pavimento, y el duque fué el primero que corrió á asomarse al balcon, y dijo:

—Ahí están.

Los dos amigos, seguidos por la vieja María, se dirigieron á la escalera y llegaron al portal, cuando ya la silla de posta en que venian los duques, acompañados de Mendoza y del doctor, habia parado á la puerta.

Estos últimos fueron los primeros que salieron del coche, dando la mano á Adelaida, que corrió á los brazos de la señora María, saludando afectuosamente, aunque con semblante taciturno, á la portera Crispina.

El señor Trifon hizo á todos un profundo saludo, y los viajeros subieron silenciosos y tristes al gabinete en que se hallaban Ventura y el duque cuando llegó el carruaje.

La jóven duquesa de Mont-Marsan soltó el brazo de Espinosa, que le habia servido de apoyo para subir la escalera, y se sentó modestamente en una silla, apoyando el brazo sobre un velador, que por indicacion del médico, y rápidamente, cubrió la vieja María con un servicio de té.

Mendoza se retiró con Ventura á un estremo del gabinete, y dijo:

—Hemos sido muy torpes.

—¿Por qué?—replicó Ventura.

—Sabiendo lo que habia ocurrido dos dias antes con la silla correo, debimos haber tomado algunas precauciones.

—Tú dijiste que nunca estaban mas seguros los caminos que en los primeros dias despues de un robo.

—Sí lo dije... pero me engañé.

—Pues qué, ¿habeis tenido algun tropiezo?—dijo Ventura asustado.

—Afortunadamente no ha sido mas que un susto; pero gracias... ¡á qué sé yo! á la Providencia, que parece velar siempre oculta por la suerte de esa infeliz criatura.

—Cuéntame lo que ha sido, —repuso con ansiedad Ventura.

—Figúrate que serian las siete escasas cuando salimos de la Cabrera de Buitrago, y apenas habiamos entrado en el maldito pedregal de Cabanillas, cuando el postillon refrena los caballos y vuelve la cabeza hácia el coche.

—¿Qué ocurre?—le dije, asomándome por el ventanillo.—Que vienen corriendo hácia el coche tres hombres armados... Son ladrones...—añadió asustado.—Arranca y no temas,—le dije, despues de observar que tenia razon en sus sospechas.—Y apenas habia puesto en ejecucion mi órden, cuando nos dirigieron dos tiros, que por fortuna pasaron por encima del carruaje... A esas detonaciones siguió otra mas lejos, y como de arma mayor que una escopeta, y á mí me pareció ver caer al suelo uno de los tres hombres que nos hicieron fuego... De lo que no me queda duda, es de que los otros dos huyeron por distintos lados, acosados por unos ginetes que seguian haciendo fuego sobre ellos.

—Serian los soldados del destacamento de Cabanillas,—dijo Ventura.

—No,—replicó Mendoza,—porque cuando llegamos allí á mudar el tiro dormian muy sosegados, y con nuestro aviso pensaban salir en busca de los malhechores.

—¡A buena hora!

—No es eso lo peor, sino que por fuerza querian el sargento y el alcalde del pueblo que uno de nosotros volviese con ellos para señalarles el sitio en que nos habian acometido los ladrones.

—¡Pues no habeis tenido mala suerte!... Pero dí, ¿quiénes podrian ser esos hombres?

—¿Tú no sospechas de nadie?

—¿Cabezota tal vez?

—El mismo. A nadie le ha ocurrido pensar en que pudiera ser él, y yo no he querido decir nada; pero apostaria cualquier cosa á que no ha sido otro.

—En Madrid no está, y nadie nos ha dado razon de haberle visto en el camino.

—No hay duda; es él.

—¿Pero si dicen que salió solo?

—¿Y qué?

—Tú viste dos...

—¿Tanto trabajo crees tú que le cuesta á Paco encontrar compañía?... Si no se la dán por bien, se la toma por fuerza.

—Mucho me alegraria de que fuese lo que te figuras, porque estaba intranquilo con la desaparicion de ese hombre, —dijo Ventura.

Y mientras así hablaban los dos amigos, Espinosa procuraba distraer á Adelaida de la multitud de recuerdos funestos que afligian su espíritu, y la preparaba una taza de té. Infusion aromática, en cuyas virtudes tenia el doctor tan poca fé como en todas las aguas cocidas del formulario médico-casero. Cuando le preguntaban si seria útil al enfermo tal ó cual agua cocida, solia encogerse de hombros, y decir en su interior: —Todas son iguales; por donde pasan mojan, y lo que mojan abrigan.

Fernando miraba con pena á Adelaida, y esta, que se esforzaba por dominar su tristeza al encontrar con su mirada la de su esposo, dijo despues de un largo silencio, y volviéndose hácia la señora María:

—¿Con que todos nos han abandonado?

La señora María bajó la cabeza, sin acertar á responder, y Espinosa se apresuró á decir:

—Todos, menos la Providencia, que nos acaba de librar de un grande peligro.

—¿Pues qué ha ocurrido? —preguntó la vieja María.

—Nada, —replicó Adelaida: —unos desdichados que quisieron robar el carruaje, y á quienes hubiese socorrido de buena gana por ahorrarles que sigan esponiendo su vida y atentando contra sus semejantes, para ganar un pedazo de pan tal vez.

—No hable usted así, duquesa, —dijo Espinosa; —la verdadera miseria no sale armada á los caminos.

—Lo sé muy bien, amigo mio; pero usted no me negará que el orígen de esos crímenes es siempre la miseria.

—O el vicio, —replicó el doctor.

—¿Y qué es el vicio sino una degeneracion de la miseria? —repuso Adelaida con exaltacion.

—Yo diria lo contrario, —dijo Espinosa.

—Usted tendrá mas razon que yo, pero no me negará que si esas gentes no tuvieran privaciones, no saldrian á saltear á los pasajeros.

—En ese caso, ¿admite usted como un principio de equidad el que las gentes se roben las unas á las otras, en vez de vivir á espensas del trabajo mútuo?

Adelaida quedó suspensa al escuchar las justas hipótesis que el doctor sacaba de sus argumentos, y Espinosa continuó:

—¿Le pareceria á usted preferible que el artesano, en vez de ofrecer un trabajo honrado en cambio de un pedazo de pan, arrancase este asestando un puñal al pecho del infeliz traginante que vuelve á su casa, donde una familia miserable espera el fruto de sus afanes?... ¿Querria usted que, asegurada la impunidad del robo, ó mejor dicho, reconocido como un acto de equidad y de justicia, el hombre pudiera dar un ensanche ilimitado á sus vicios, arrancando de una vez el oro, que representa á veces el sudor de tres ó cuatro generaciones laboriosas y honradas?... Pero calla usted, amiga mia, y su silencio me prueba que no son esas las deducciones que usted quisiera hacer de lo que acaba de decir.

—¡Ah... no! ¡Jamás!... Yo no he querido ir tan lejos en mis argumentos... —dijo Adelaida aturdida.

—Lo sé, señora; usted ha tratado de disculpar el crímen, porque la horroriza la idea de imponer el castigo... Por no cortar el brazo enfermo, sostiene usted que no existe la gangrena.

—Así es la verdad, amigo doctor; yo no quisiera que hubiese ningun criminal, y por eso creo que si nadie tuviera privaciones no existiria el robo.

—¡Hola!...—dijo el doctor sonriendo.—Ya tenemos aquí una duquesa socialista.

—¡Es un verdadero fenómeno!...—esclamó Ventura, que con Mendoza acababa de acercarse á oir lo que hablaban las demás personas que habia en la sala.

—¡Fenómeno!...—repitió la duquesa.—¿Y por qué?

—Porque es muy raro que el poderoso se acuerde del mendigo,—repuso Ventura:—y en eso de nivelacion de fortunas, jamás he visto que al que tiene la mayor se le ocurra confundirla con las menores, para hacer luego un reparto equitativo... ¿Qué te parece, Mendoza? ¿Sabes de alguno que, habiendo desbancado en una partida de monte, haya querido luego que las ganancias se repartiesen por igual entre todos los puntos?

A Mendoza no le agradó la interpelacion de Ventura, que le recordaba su vida pasada, y no le dió respuesta alguna.

La duquesa, que, repuesta de la postracion que se advertia en todo su cuerpo cuando entró allí, seguia hablando cada vez con mayor exaltacion, fué la que replicó á Ventura, diciéndole:

—¿Pues qué, presume usted que seria mejor que en la nivelacion de fortunas tomase la iniciativa la clase pobre?

—No, señora; pero los pobres son los únicos que la quieren, y esa es la razon de que yo me ria de semejante utopia: mientras trate de comer á escote el que no tiene dinero para pagar su cuota, no entraré en esa moda inglesa.

—Pues bien, amigos mios, es preciso que suceda todo lo contrario, y que las sociedades civilizadas no toleren por mas tiempo la tiranía del oro... En el siglo en que vivimos, la circunstancia de haber nacido de tal ó cual padre, no

debe ser un título suficiente para pretender la esclavitud de nuestra propia raza... Antes de que el mendigo se alce para arrancar al poderoso lo que posee, sin razon alguna de equidad ni de justicia, es preciso que el segundo se lo ofrezca graciosamente al primero, y que no sean las riquezas las que establezcan jerarquías entre la especie humana.

Mientras así hablaba Adelaida, con estraordinario calor y con un acento tan persuasivo que habria seducido á los mas ardientes antagonistas del comunismo, Espinosa se entusiasmaba oyéndola, aunque sonreia desdeñosamente como si se preparára á refutar su doctrina.

Pero Adelaida se le anticipó, diciéndole:

—No me sorprende, querido doctor, que usted se ria de lo que estoy diciendo... Yo me he entrometido, sin saber cómo, y bien á mi pesar, en una materia demasiado sublime para mí, atendida mi ignorancia y mi escasa esperiencia; pero ustedes todos saben la causa de que me esprese de esta manera. Deseo la felicidad del género humano, y cuando sueño en una idea con la que puede realizarse mi pensamiento, no sé dejar de emitirla.

—No es un sueño, —replicó el doctor, —lo que usted acaba de decir, ni yo me he reido de unas palabras que sé todo el fondo de virtud que encierran; pero permítame que le diga que, en mi humilde opinion, como socialista, no es ese el medio de labrar la felicidad universal. No soy yo tampoco de los que tienen por un mal la nivelacion de fortunas... ¡Ojalá fuera realizable!... Pero sí soy de los que creen imposible el conseguirla empezando por repartir á partes iguales las existentes... Pues qué, ¿no fué ese el principio de las sociedades?... ¿Y no se engrosaron al momento los unos con las ruinas de los otros?... ¿El hombre laborioso no mejoró la condicion de sus tierras con el trabajo, mientras el holgazan le vendia las suyas eriales por un pedazo de pan? Y aun en el caso de que todos los hombres fuesen igualmente amantes del trabajo, ¿es igual la

ambicion de todos?... ¿No es para muchos indispensable y necesario lo meramente supérfluo?

—Tiene usted razon, doctor, —repuso Adelaida turbada; —yo no he debido discutir con usted un asunto tan grave; pero usted tiene la culpa, por haber provocado esta cuestion cuando veniamos en el coche.

—Y ahora como entonces admiro las raras virtudes que á usted adornan, y los elevados sentimientos de caridad que abriga en su corazon... Nada mas justo ni mas bello que lo que usted desea... Una sociedad como la que usted nos retrató esta mañana, seria el paraíso celestial que Dios promete á los justos; pero esa sociedad, que yo quiero hacerme la ilusion de que existirá algun dia, no es obra de un momento... La manera de que no se realice jamás tan risueña utopia, seria la de pretender que los hombres de la presente generacion formasen parte de ella... El comunismo es obra del tiempo, y á este solo se le debe confiar ese trabajo... A las generaciones que pasan mientras se consuma esa metamorfósis, no les toca hacer otra cosa sino ayudar á la incubacion del gusano del egoismo, para que llegue mas pronto la crisálida de la verdadera civilizacion... Pero mientras la avaricia se encubra con el doble escudo de la ambicion, y el robar se llame adquirir, disfrazando los instintos miserables y mezquinos con las apariencias generosas y desinteresadas, la felicidad es imposible.

—¡Pero eso no se logrará nunca!...—interrumpió Adelaida con desconsuelo.

—Eso se logrará,—la dijo el doctor,—cuando los sábios legisladores dejen de quemarse las cejas haciendo leyes penales, y hagan códigos organizadores; cuando en vez de castigar traten de corregir; cuando curen y no maten; finalmente, cuando en vez de hacer lagunas para estancar el vicio, cieguen las sentinas en que se elabora... ¿Qué necesidad habria de discutir con toda solemnidad cuál

será el mejor género de muerte para un reo, si no hubiese criminales?... ¿Por qué, en vez de gastar un Congreso la sabiduría de trescientos Licurgos en hacer una imperfecta ley de vagos, no forma otra para la organizacion del trabajo?... ¿No le seria mas fácil á la sociedad moralizar sus indivíduos para que no se faltasen mútuamente, que armarse luego todos para castigar al que cometió un delito, impulsado de una manera indirecta por los mismos jueces?... Pues qué, ¿la medicina, y permitan ustedes á un pobre Esculapio que busque ejemplos en sí mismo, la medicina habria acudido á la química para que le diera la esencia de la quina, si supiese impedir el desarrollo de las fiebres intermitentes? ¿Cuánto mas fácil no es evitar una batalla que alcanzar la victoria en ella?... Esta es mi opinion respecto á la sociedad, querida duquesa... Mientras la ambicion, el egoismo y la inmoralidad sean los ídolos de las naciones, es imposible la felicidad social... En vano se afanarán los pueblos por reconquistar en un dia los derechos que ellos mismos cedieron en un puñado de siglos... Inútil es que se les quiera dar lo que no alcanzan á merecer... lo que no sabrian usar... Darle á un pueblo educado en el despotismo la libertad por medio de un decreto, es como entregar la Biblia á un niño árabe que no sepa leer el hebreo... Todos nuestros pensamientos son hijos de los hábitos que adquirimos desde el nacer, ó están cuando menos halagados por ellos, y nos cuesta gran trabajo el desecharlos... Las costumbres de los pueblos son como el curso de un rio, que sigue la direccion que le marca la pendiente por donde corre: querer cambiarlo de repente es desbordarlo para que inunde la pradera.

Fernando, Ventura y el duque escuchaban al doctor con no menos placer que Adelaida, y Mendoza era el único que, sentado en un rincon del gabinete, parecia estar distraido con recuerdos poco gratos, á juzgar por la sombría tristeza de su semblante.

Espinosa lo advirtió así, y suspendiendo su discurso, le apostrofó, diciendo:

—¿No es verdad, amigo Mendoza, que es preciso tomar el tiempo conforme viene, y que no es obra de un minuto la de regenerar el mundo?...

—Verdad es, —repuso Mendoza, y volvió á guardar silencio.

—Apostaria, seguro de ganar, —le dijo el doctor acercándosele afectuoso, —á que sé en lo que está usted pensando.

—Difícil me parece.

—¡Hola!

—Estaba oyendo lo que usted decia, —repuso Mendoza, —y pensaba en que la vida es el suplicio perpétuo que Dios ha inventado para castigar la soberbia del hombre.

—Pues hágame usted el favor de no volver á pensar en semejante cosa, —dijo el doctor sonriendo, —y pensemos en lo que hemos de hacer con esta pobre señora... Hemos empezado una obra, y es preciso acabarla.

—Es imposible; se nos han hundido los cimientos.

—¿Y qué importa?... Empezaremos á edificar de nuevo... Al hombre deben servirle los reveses de la fortuna para aprender á vivir, y la primera desgracia es el arma con que se ha de luchar contra la segunda.

—Envidio á usted esa filosofía... —dijo Mendoza.

—No la envidie usted, y logrará tenerla... Ea, despidámonos de los duques, y veamos la manera de averiguar el paradero del pobre Paco.

—No me queda duda de que él era uno de los dos ginetes que hicieron fuego á los ladrones.

—Usted me ha hecho concebir esa esperanza de hallarle, —dijo el doctor; —pero de todos modos, es preciso mandar alguien en su busca.

—Pues vámonos, —repuso Mendoza, alzándose en pié.

Y al despedirse de la duquesa se oyó en la calle el ga-

lopar de un caballo, y pocos momentos despues llamaron suavemente á la puerta.

Mendoza corrió á abrir uno de los balcones, y á ese tiempo sonó en el portal la campanada que anunciaba una visita.

—¡No es él!...—dijo Espinosa con amargura.

—¿Quién?...—preguntó Adelaida.

—Paco,—repuso el doctor.

—El mismo,—gritó una voz bronca detrás de la mampara del gabinete.

—¡Paco!...—gritaron á la vez todos los que allí estaban.

Y Cabezota, vestido con una modesta chaqueta de paño burdo, calzada la espuela en el pié izquierdo, y con el sombrero en la mano, se presentó en el gabinete.

CAPITULO CL.

La despedida de Cabezota.

A juzgar por la impresion que produjo en el semblante de Adelaida la inesperada aparicion de Cabezota, era fácil presumir que no se habia alarmado gran cosa por su ausencia, ó que pensó como Mendoza, que él era uno de los dos hombres que salieron á librarla de los ladrones. Le saludó con mayor afecto que otras veces, por el mucho tiempo que hacia que no le habia visto; pero sin dar muestras de estrañeza, ni tomar parte en la admiracion de todos los que allí estaban, y que rodearon al generoso bandido, estrechándole con ternura en sus brazos.

—¡Él era!—esclamó Espinosa con alegría y volviéndose hácia Mendoza.

—Sí, yo soy,—repuso Cabezota sonriendo.

Y dirigiéndose á Adelaida, la preguntó:

—¿Que tal viaje ha hecho vuecencia, señorita? ¿Cómo la han tratado los gabachos?

—Bien, muy bien,—respondió Adelaida;—pero no parece sino que hace un siglo que no nos hemos visto, segun se te ha olvidado la manera de hablarme.

—¿Por qué dice vuecencia eso?

—¿Y me lo preguntas?

—¡Claro está!... El que pregunta no yerra.

—¿Pues no te dije que no me dieses nunca tratamiento?

—Verdad es. ¡Se me habia olvidado!...

—No te ha sucedido lo mismo con otra cosa de mas importancia, —interpuso Mendoza... —Bien te has acordado de vigilar el camino... Nosotros hemos sido muy nécios por no haber previsto la escena de esta mañana.

—¿Qué escena? —dijo Cabezota.

—No te hagas el desentendido, —replicó Mendoza.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Paco, —le dijo con dignidad Adelaida.

Cabezota bajó los ojos al suelo, adivinando lo que queria decirle la duquesa, y respondió:

—Pues bien, es cierto; yo sabia que andaba por ahí una partida de miserables bandoleros, y estaba al acecho sin entrar en la carretera, para impedir que intentasen nada contra ustedes.

—¿Quién era el que iba en tu compañía? —dijo Mendoza.

—Uno de ellos era...

—¿Ibais mas de dos?

—Ibamos cuatro. El uno era Gregorio.

—¡Gregorio!... —repitió el duque de Alcira asombrado. —¡Yo le creia en casa!

—Ahora sí... Salió detrás de ustedes para incorporarse conmigo.

—Y los otros dos, ¿quiénes eran?

—No los conocen ustedes... Dos amigos leales y buenos; pero que han vuelto á Madrid sin saber fijamente á lo que habian salido.

—A nosotros no nos acometieron los ladrones, —dijo Ventura.

—Esa fué la causa de que se pudieran acercar á la silla en que venia la señora duquesa... Yo descubrí un carruaje,

y á lo lejos, cada uno por un lado del camino, le veníamos escoltando Gregorio y yo, impidiendo que salieran los foragidos... Luego ya pensábamos dar la vuelta á la córte, cuando oimos lejano el ruido de otra silla de posta... Gregorio me dijo que seria la mala de Francia, y yo me paré, sin embargo, á esperar que pasára... porque... la verdad, sentia una cosa en el corazon que no me dejaba mover de allí. Y afortunadamente hice bien en esperarme... aunque mejor habria sido que no me hubiese confiado tanto, porque si hubiéramos hecho lo que con la silla que pasó primero, los ladrones no habrian osado acercarse ni hacer fuego... ¿Se asustó usted mucho, señorita?

—¿Murió alguno de ellos?...—replicó Adelaida.

—No... señora,—dijo Cabezota con timidez.

—¡Paco!...—le gritó Adelaida en tono de reconvencion.

—Señorita... yo no sé si murió alguno... Los trabucos no iban cargados de algodon; pero solo procuramos asustarles.

—¡Dios mio, Dios mio!—esclamó Adelaida.—¡No doy un paso sin hacer nuevas víctimas!

Fernando se acercó á consolar á la jóven duquesa, y cogiéndola las manos, la dijo:

—Tranquilízate, Adelaida; tú no tienes la culpa de esas desgracias... La defensa propia está recomendada por las leyes divinas y humanas.

—Dios pudo confundir á sus verdugos con solo el pensamiento, y no lo hizo,—replicó Adelaida.

—No lo hizo,—repuso Fernando,—porque su muerte servia á una causa mas grande... porque su sangre se vertia en holocausto de la de todo el género humano.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Pero mi pretendida felicidad ha costado ya la desgracia de muchos!

—¿Volvemos á la conversacion de siempre, querida duquesa?...—dijo el doctor Espinosa.—¿Es posible que una

señora de tanto talento se obstine en sostener una doctrina tan fuera de razon, como la de decir que la virtud engendra el vicio?

—Yo no he dicho, ó no he querido decir por lo menos, semejante cosa...—replicó Adelaida asustada.

—Sí lo ha dicho usted, querida amiga, y no una vez sola, sino muchas. ¿Qué otra cosa significa lo que acaba de decir ahora mismo? ¿La felicidad de usted, no es el triunfo de la virtud sobre el vicio? ¿Pues qué culpa puede usted tener de que los malvados siembren de crímenes el camino de esa dicha modesta que ambicionaba, y que no llega á tocar por completo nunca?... ¿Podrá usted creerse origen del nuevo atentado de Paris?

—¿Qué atentado es ese?—preguntó Cabezota, que, como sabe el lector, habia salido de Madrid la víspera de que Mendoza recibiera las cartas de Paris.

—¿Lo ignoras?—le dijo Ventura.

—Sí,—respondió Cabezota.

—Mejor para tí,—replicó Ventura.

Y Espinosa continuó, diciendo:

—Ese atentado, producido por mi demasiada confianza, ha sido dispuesto por el enemigo mas encarnizado que tenemos, y ha podido usted creer, aunque sin razon, que le cabia una parte de culpa; pero acusarse del de esta mañana, seria el delirio de una susceptibilidad esquisita... Pues qué, ¿se han creado los ladrones por que usted venia de viaje?... ¿Sabian esos miserables quién era la persona que ocupaba la silla de posta? ¿No hicieron lo mismo con la silla-correo? ¿Y podrá acusarse al gobierno ni á los viajeros de sostener á los salteadores? Desengáñese usted, duquesa, semejante teoría es indigna del talento de usted.

El tono algo duro con que Espinosa pronunció estas palabras era impropio de su natural comedimiento y cortesanía, y no era difícil adivinar el objeto que se proponia al hablar de semejante manera.

Profundo conocedor del corazon humano, el sábio doctor Espinosa habia comprendido que el de Adelaida, cansado de luchar con las grandes contrariedades de su destino, estaba próximo á sucumbir, rendido por el peor de los enemigos morales, la desconfianza.

La fé cristiana en que se habia nutrido aquella alma nacida para el dolor y para el sufrimiento, recibió tan duros ataques, que su triunfo equivalia casi á una derrota. Así lo creia por lo menos el doctor.

El comparaba á Adelaida despues de su boda, con el buque que llega á la playa, despues de haber corrido un temporal desecho, desabolado y roto, y cuyo capitan no habria tenido aliento para bogar en una brazada más de agua siquiera.

Pero aun esta terrible comparacion no le parecia completamente exacta á Espinosa, porque veia que Adelaida no habia atravesado todo el revuelto piélago de sus desgracias, y temia que la abandonasen las fuerzas antes de llegar desarbolada y rota al puerto de salvacion.

Por eso, reprendiéndola con aspereza, trataba de despertar su fé de la postracion en que iba cayendo, combatida por los rigores del destino. Antes de decirla que las personas que con ella se habian salvado del naufragio no la acompañarian al llegar á la orilla, queria asegurarse de que tendria valor para saltar en tierra casi sola. Tal era el objeto de la discusion que el doctor acababa de sostener con Adelaida.

Su pronóstico sobre la salud de Eugenia era grave y terrible, y aunque Adelaida sabia ya la resolucion que habia tomado de encerrarse por toda su vida en un convento, traia esperanza de disuadirla de su propósito, y nada sabia del mal estado de su salud.

Lo mismo pensaba acerca de sor Clotilde, y tambien ignoraba que esta hermana de la Caridad habia vuelto á tomar el hábito, haciéndose un voto secreto de no abando-

nar nunca la clausura, á pesar de los votos temporales que permiten los estatutos de San Vicente de Paul.

Casada ya la hija de su difunta amiga Margarita, sor Clotilde se volvió de nuevo á cuidar de sus enfermos, algo mas tranquilo su espíritu, por haber contribuido á labrar la dicha de la inocente criatura que nació en sus brazos, y de cuyo principal infortunio ella sola era la causa.

Ambas noticias, unidas á la que de un momento á otro esperaban de la Torre del Duende, temia el doctor que diesen en tierra con el combatido espíritu de Adelaida, y por eso queria provocar en ella una reaccion favorable á sus designios.

Con Mendoza, que por el amor que profesaba á Eugenia no era el mas á propósito para esa clase de confianzas, tenia el doctor sus conferencias acerca de la manera con que debian obrar, para prevenir los despiadados golpes que el hado, siempre adverso, reservaba á Adelaida.

El fué el primero á quien se dirigió en esta ocasion para decirle en voz alta:

—Esta señora tendrá necesidad de descanso, y podemos retirarnos, si usted gusta.

—Es verdad,—repuso Mendoza, alzándose en pié con presteza.

Lo mismo hicieron Ventura y el duque, á pesar de las instancias de Fernando y de Adelaida, y Cabezota trató de despedirse, diciendo.

—Tienen razon estos señores... Ustedes querrán descansar... yo tambien me retiro... Tenia que decirla á usted dos palabras... pero...

—Pues quédate, y dí lo que quieras,—repuso Adelaida.

—Mañana es lo mismo, señorita; de ese modo veré á usted una vez mas.

—¿Una vez mas?... ¡No entiendo!... Me verás todos los dias.

—No, señora; la veré á usted mañana. ¡Nada mas que mañana!—dijo Cabezota, esforzándose por dominar la tristeza con que pronunció estas palabras.

Todos le miraron sorprendidos, y Adelaida le dijo con acento del mayor interés:

—Esplícate... no te entiendo...

—Pues nada, señorita: comida hecha, compañía desecha, como dijo el otro... Ya se casó usted con don Fernando, y del Duende no hay peligro... con que sean ustedes felices... y á la par de Dios... Yo me vuelvo á mi pueblo, y pierda usted cuidado... En el momento en que necesite de mí, me tendrá á su lado.

—Yo necesito tener á todos ustedes siempre conmigo,—esclamó la duquesa, sorprendida con lo que acababa de oir.—Necesito que todos vivan cerca de mí siempre... Y tú no puedes dejar de hacerlo así, porque me lo has prometido. Además, tienes un destino en mi casa, y no te es posible dejar de cumplirlo... Eres mi limosnero...

—Perdóneme usted, señorita; pero eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque la limosna recibida por mi mano haria al pobre rico, pero no feliz... al paso que la sola presencia de usted remediará todas sus desgracias.

La sublime distincion que Cabezota hizo de la limosna sorprendió á todos, y con especialidad á Espinosa, que no pudo menos de esclamar:

—¡Bravo, amigo!... No es la primera vez que has pensado en la caridad cristiana.

—¿Es usted de mi opinion?—dijo Cabezota con aparente alegría.

—Lo soy en lo que acabas de decir acerca de la limosna; pero no en que debas renunciar el destino que te ofrece la duquesa, ni menos en que te separes de su lado.

—Pues es preciso.

—¡Preciso! ¿Y por qué?

Cabezota bajó los ojos al suelo, y dijo:

—¿Por qué?... Porque sí.

—Esa respuesta es indigna de un hombre como tú,—le dijo Espinosa.—Estás en tu derecho negándote á decirnos la razon de por qué te quieres ausentar del lado de los duques; pero no le tienes para contestar de ese modo.

Cabezota volvió á guardar silencio, y Adelaida le dijo:

—Creia yo que eran insoportables los sufrimientos que me ocasionaban mis enemigos; pero veo que tambien de las personas que merecian mi confianza me están reservados nuevos disgustos.

—No hable usted así, señorita... por piedad, y deje que cada cual cumpla su destino... El mio es el de vivir lejos de usted, con la memoria de haberla servido algun tiempo, y con la esperanza de que mientras el corazon no me llame á su lado, es señal de que no la amenaza ninguna desgracia.

Todos los esfuerzos que hizo Cabezota fueron inútiles para ocultar la conmocion que se advertia en su semblante, y Ventura, que habia callado hasta entonces, pero que le tenia especial aficion, trató de comprometerle á que renunciára á su propósito, diciéndole con ironía:

—Si siempre que la duquesa corra algun peligro es tan leal tu corazon como esta vez, que ha estado espuesta á ser asesinada en Paris, ya puede estar tranquila.

—¿Asesinada?... —repitió Cabezota. —¡Don Cárlos tal vez!

—¡Oh!... ¡No!—gritó Adelaida. —¡Desgraciado!...

—¿Pues quién ha sido?—preguntó Cabezota con indignacion.

—Sotana,—replicó Mendoza.

—¿Lo vé usted, señor doctor?—dijo Cabezota.—¿Vé usted de lo que vale la generosidad con los villanos?... ¿Y dónde está ese hombre?... ¿Quién le ha visto?—añadió enfurecido.

—Nadie,—interrumpió Ventura.—Solo está preso su cómplice.

—¿Quién es?

—Simon Dupré.

—¡Oh!... Dios los cria y ellos se juntan... ¿Con que es decir, que Sotana anda libre por Francia?

—Es de presumir que ya no esté allí,—dijo Fernando.

—¿En España tal vez?—repuso Cabezota.

Y despues de pensar un rato, añadió:

—Señorita, me quedo... Ya no me marcho.

—¿De veras?—dijo Adelaida.—¿Te quedas á nuestro lado?

—No estaremos muy lejos nunca.

—Aquí... en mi misma casa... ¿No te gusta la habitacion que te ha destinado el señor Mendoza?

—No la ha querido,—repuso este.

—¿Con que no vives aquí?

—No, señora... Ni viviré nunca... Yo no he nacido para habitar en los palacios. Ya que no vuelvo al campo, me encerraré de noche en una choza de la córte, y el dia le pasaré ocupado en mi antiguo oficio.

—¿Qué oficio era el tuyo?—dijo Espinosa.

—Leñador... Nací debajo de una encina, y me crié en un monte; con que *de casta le viene al galgo el ser rabilargo.*

—¿Y dejaste de partir leña para entrar al servicio del Duende?

—No, señor; esa historia es muy larga, y es para mas despacio; cualquier dia que esté usted de humor de oirla, y yo de recordarla, lo cual francamente hoy dia me sucede pocas veces, se la contaré á usted toda.

—Yo tambien tendré gusto en oirla,—dijo Adelaida,—pero es preciso que renuncies á volver á partir leña; yo te necesito para que seas mi limosnero y mi amigo.

—Su criado de usted seré mientras haya una sola gota de sangre en mis venas; pero es preciso que yo vuelva á ejercitar mis fuerzas por si fueren necesarias algun dia... Esa es toda mi ciencia... y el hombre es ni mas ni menos que las fieras... A fuerza de estar encerradas en la jaula, se vuelven corderos.

—Tú me prometiste serlo siempre, y olvidar los instintos cuyos remordimientos tanto te agobian,—dijo Adelaida.

—Así lo hago, señorita... Pero mientras haya lobos que ronden el ganado, no se le pueden arrancar los dientes al mastin.

—De todos modos, tú me has dicho que no sabes hacer nada mas que lo que yo te mande?

—Sí, señora.

—Pues yo te mando que vivas en esta casa, y que te encargues de distribuir mis limosnas.

—¿Obedecer es amar?—dijo Cabezota suspirando.

—Para que ejercites tus fuerzas, y no sufra detrimento tu salud,—repuso Fernando,—vendrás conmigo al campo en calidad de montero... Adelaida nos acompañará á las cacerías.

—Muy bien pensado,—dijo Espinosa;—nada probará mejor á la salud de la duquesa que el ejercicio de la caza.

Adelaida no se atrevió á contradecir los proyectos de su esposo, sancionados por Espinosa, pero hizo un gesto involuntario, que indicaba su desaprobacion á lo que acababan de proponer.

Espinosa volvió á despedirse de los duques hasta el dia siguiente, y al salir del gabinete con sus amigos se volvió á Cabezota, y le dijo sonriendo:

—El montero mayor del duque de Mont-Marsan, ¿se viene ó se queda?

—Me marcho,—replicó Cabezota.

Y haciendo un profundo saludo á los duques, salió, dejándolos solos con la señora María.

CAPÍTULO CLI.

Sor Clotilde y Adelaida.

Cuatro dias despues de la llegada de los duques á la córte, Adelaida se bajaba de una elegante berlina azul á la puerta del Hospital General.

La jóven duquesa de Mont-Marsan no permitió al lacayo que la siguiera, y alzándose el velo de la mantilla que cubria su rostro, subió precipitadamente la escalera hasta el piso principal. Atravesó con igual diligencia una de las espaciosas galerías del edificio, y subió por fin al departamento de las hijas de San Vicente Paul.

La agitacion que se advertia en el semblante de la antigua hermana de la Caridad era tal, que algunos dependientes del establecimiento pasaron á su lado sin reconocerla.

Sor Gregoria, la hermana de la Caridad que el lector recordará haber visto en la sala de Dolores, fué la primera en desconocer á su antigua compañera y amiga, que se vió obligada á pararla para saludarla, preguntándola por sor Clotilde.

—¡Adelaida! —esclamó sor Gregoria.—¡Qué feliz encuentro!... No la habia conocido á usted, ó mejor dicho, á vuecencia... Porque ya...

—No, amiga mia,—repuso Adelaida, dando un tierno

abrazo á la hermana;—háblame usted como siempre, yo se lo suplico.

—Sea como usted quiera, ¿pero qué viento la ha traido á usted por acá?

—Necesito ver á nuestra querida superiora.

—¿A sor Angustias?

—No, á sor Clotilde.

—¡Ah!... ¡Ya! A la ex-superiora.

—¿No está ya sor Clotilde al frente de las hermanas de esta casa?

—No, señora; aquí... ya se sabe... *á rey muerto, rey puesto*... Ahora es una de tantas como todas nosotras... Y por cierto que la eleccion de la superiora actual no ha sido de lo mas acertado que digamos... Pero es igual... De todos modos, no habíamos de salir de obedecer; con que... allá se las hayan.

Y sor Gregoria sonreia estúpidamente, sin reparar en la tristeza que nublaba el semblante de la duquesa, hasta que la volvió á preguntar por sor Clotilde.

—Está de guardia en la sala de Dolores,—dijo sor Gregoria;—allí donde curamos á su amiga de usted... Aquella señorita que trajeron atacada de los nérvios.

—¡Sí... Eugenia!—repuso Adelaida suspirando.

—¿Y cómo está?... ¿Murió su padre?...

—Sí, amiga mia... y pronto irá su hija á acompañarle en la mansion de los justos.

—¡Pobre jóven!... ¿Pues qué tiene?

—¡Una enfermedad incurable!—esclamó Adelaida con pena.

—¡Incurable!—repitió sor Gregoria.

—Sí... La sola medicina que podria curarla no existe ya... Hoy apenas tiene media vida enferma, y la otra media con que podria salvarse ha muerto para siempre.

—¿Está enamorada quizás?—dijo sor Gregoria, sonriendo.

—Sí, —replicó Adelaida con acento digno; —está enamorada del paraíso de la inocencia que abandonó al nacer, y su alma, arrojada al mundo del pecado, vuelve pura al trono del Señor.

Sor Gregoria se encogió de hombros sin entender lo que queria decir Adelaida, y se despidió de esta, que entró pocos momentos despues en la sala de enfermas distinguidas, bautizada con el nombre de sala de Dolores.

Sentada junto á la estufa, á la sazon apagada, que habia en medio de la sala, estaba sor Clotilde hojeando un libro de historia sagrada, cuando, volviendo la cabeza al ruido que hizo la duquesa en el picaporte de la puerta de entrada, arrojó el libro y corrió á estrecharse en los brazos de su querida amiga.

Olvidadas ambas del sitio en que se hallaban, turbaron el silencio que ordinariamente reina en la mansion del dolor con una esclamacion afectuosa y elocuente, que encerraba la historia de sus pasados sufrimientos y de sus comunes desdichas.

Adelaida fué la primera en reparar la imprudencia cometida al hablar en voz alta, y sentándose con sor Clotilde junto á la estufa, la cogió cariñosamente ambas manos, y dijo, bajando la voz:

—¡Qué feliz era yo cuando, cubierta con este santo hábito, velaba á la cabecera de las pobres enfermas!

Sor Clotilde la miró con asombro, y Adelaida añadió:

—Entonces creia que habian muerto todas las personas que pudieran interesarse en mi suerte, y nada esperaba ya del mundo... Vueltos los ojos sin cesar al cielo, allí creia ver á mis padres, á mis hermanos, á mis amigos, al que mi corazon habia elegido por su compañero inseparable.

—Bien... y qué, —dijo sor Clotilde sobresaltada; —¿no eres ahora mas feliz que nunca?

—¡No, señora! —replicó Adelaida con pena.

—¿Fernando acaso?... —interrumpió sor Clotilde.

—Fernando,—repitió Adelaida sin alarmarse por la injusta sospecha de su amiga,—sufre como yo, porque como yo se encuentra abandonado de todas las personas que le son queridas.

—¿Pero no teneis ambos el cariño mútuo que tanto ambicionábais?... ¿No vivís unidos para no separaros jamás?

Sor Clotilde hacia violentos esfuerzos por ocultar á los ojos de Adelaida la pena con que pronunciaba esas palabras, que no eran ciertamente inspiradas por el corazon, y estrechando con entusiasmo las manos de la jóven, la seguia diciendo:

—Desecha, hija mia, esos pensamientos sombríos, y no te acobardes por las pequeñas contrariedades del destino, despues de haber triunfado con el auxilio del cielo del mayor mal que te amenazaba... Piensa en los deberes que te impone tu nuevo estado, y no des entrada en tu pecho al dolor ni á la desesperacion, ahora que una sonrisa tuya puede dar la vida ó quitarla al hombre que solo vive por tí, y que te ha elegido por arbitra y dueña de su destino... En el amor de Fernando deben confundirse hoy todos los afectos de tu corazon, y solo palabras de ternura y de contento han de pronunciar tus lábios mientras estés á su lado... Si él ha de ser tu salvaguardia y tu ayuda, tú estás obligada á inspirarle valor, y á no permitir que el desaliento se apodere de su alma.

Adelaida, que permanecia con los ojos bajos mientras hablaba su amiga, enjugó las lágrimas que corrian por su rostro, y sin poder reprimir los sollozos que ahogaban su voz, la dijo, echándola los brazos al cuello:

—¡Perdon, madre mia, perdon!...

Sor Clotilde volvió la cabeza para ocultar á la jóven las lágrimas que nublaban sus ojos, y procurando dominar su turbacion, la dijo:

—¿Por qué me pides que te perdone?... Yo soy la que

debiera estar de rodillas á tus piés hasta alcanzar esa gracia. Yo, que avergonzada de haberte privado de las caricias de tu pobre madre, me habia impuesto el terrible sacrificio de no volverte á ver.

—¡Dios mio!...—gritó Adelaida asustada.

—Sí, hija mia; perdóname esa vergüenza que no he podido desechar despues de mil combates que he sostenido diariamente conmigo misma... He vuelto á vestir este santo hábito con la firme resolucion de guardar una estrecha clausura, y sin otra comunicacion con el mundo que la que me ordenen los estatutos de nuestra hermandad...

—¿Con que es decir, que ya no os tendré nunca á mi lado?...—esclamó Adelaida con doloroso acento.—¡Ah! ¡Cuán caras me cuestan las dichas que el cielo me permite gozar sobre la tierra!... El secreto de la existencia de Fernando me costó la noticia de la muerte de mi pobre madre... No podia aspirar á su amor sin que muriese el hombre que le habia dado el sér, y que fué mi padre adoptivo. Para librarme del furor de otro hombre, fué preciso que se vertiese sangre en abundancia; y ahora que vuelvo de besar las cenizas de mi difunto padre, me niegan sus brazos mi hermana y mi madre... ¡Mi madre!... ¡La única persona á quien he podido dar este sagrado nombre!...

—¡Hija mia!...—gritó sor Clotilde estrechándola de nuevo en sus brazos.

Y ambas permanecieron así largo rato, sin poder pronunciar una sola palabra; pero comunicándose mientras tanto sus mas íntimos pensamientos con ese lenguaje elocuente del corazon, que con tanta fuerza reproduce el semblante en ciertos momentos supremos.

Hablándose de ese modo las dos amigas, sor Clotilde fué calmando á Adelaida, ofreciéndola con sus miradas cariñosas y tiernas, que su voto no seria obstáculo para que dejase de verla alguna vez.

—Hija mia,—la dijo,—tranquilízate, y no ofendas á

Dios con tus quejas... Estaba escrito que tu dicha habia de estar acompañada de esas ligeras sombras de amargura, y debes dar gracias al cielo por que ha permitido que se cumpla un destino en el que no tienes parte alguna... ¿Por qué razon te acusas de esas desgracias?... Si ellas fueron el resultado de la cólera divina, ¿qué has hecho tú, pobre inocente, sino aplacar con tus virtudes y con tus oraciones esa cólera?... ¿No has pedido sin cesar y en los terribles momentos de tu suplicio por la vida de tus propios verdugos?... ¿No le ofrecias al Señor tu existencia en cambio de la de tus implacables enemigos?... Pues bien, hija mia; Dios no ha querido aceptar tu sacrificio, y debes resignarte para que se cumpla su divina voluntad...

—¡Habré de resignarme con la muerte de nuestra querida Eugenia!...—esclamó Adelaida.

—¿Qué dices, hija mia?...—replicó sor Clotilde.—¿Eugenia está en ese caso?...

—Sí, madre mia; el doctor Espinosa nos ha dicho que solo vivirá tres ó cuatro dias.

—¿Será posible?... ¿Y dónde está?

—En el convento.

—¿Y no la han llevado á su casa?... El doctor me dijo la víspera de tu llegada á Madrid que iba á ordenar su traslacion.

—Así lo deseábamos todos; pero no ha podido ser por temor de que se abreviáran las horas de vida que la quedan.

—¿Y no podremos verla?

—Yo solo me he separado de su lado este momento desde el dia siguiente á mi llegada.

—¿Con que, segun eso, permiten la entrada en el convento?

—En la clausura no, pero la pobre Eugenia ocupa una habitacion en la portería, y allí tenemos el triste placer de asistirla y consolarla... Aunque esto último no es necesario, y sucede al revés, que ella nos infunde valor á todos.

—¿Sabe que se muere?

—Desde que entró en el convento.

—¿Ignora la muerte de Cárlos?

—Nadie la ha dado tan triste noticia; pero ella parece presentirla, á juzgar por el silencio que guarda sobre él, aun cuando se halle á solas conmigo... Y en los momentos de delirio pide á Dios por el alma de Cárlos como si estuviese segura de su muerte... Pero está tan tranquila, que estremece oirla hablar. Yo me retiro á cada momento de su lado, porque no puedo reprimir las lágrimas, y ella me llama de nuevo sonriendo con inefable ternura, como si, adivinando mi sufrimiento, quisiera calmarle... Está sentada en la cama, reclinada la cabeza en unos almohadones que aumentan con su blancura la cadavérica palidez de su semblante... ¡Ay! ¡Estremece mirarla!... De sus hermosas facciones no ha quedado otra cosa sino una sombra leve, que vá á desaparecer al instante...

—Yo quiero verla al momento, —dijo sor Clotilde.

—¡Ah!... ¡Gracias!... Yo no me atrevia á pediros ese favor despues del voto de que me habeis hablado... ¡Pero Eugenia desea tanto veros!...

—¿Se ha acordado de mí?

—A cada momento se acuerda, y os llama como yo su segunda madre...

—Vamos corriendo á verla, —repuso sor Clotilde, alzándose en pié.—Voy á pedir permiso á la superiora, y á rogar á sor Gregoria que venga á cuidar, mientras yo estoy fuera, de estas infelices... Y ahora que me acuerdo... ¿Sabes, hija mia, quién ocupa la cama número 7, donde estuvo la pobre Eugenia?

Adelaida se encogió de hombros, y sor Clotilde añadió, bajando la voz:

—Una jóven que no vivirá muchas mas horas que Eugenia; á pesar de que ya ha escedido en mas de un mes todos los pronósticos de los facultativos... ¡Siempre está re-

cordando y bendiciendo tu nombre, y nunca concluye sus oraciones diarias sin invocar el auxilio del Angel de la Caridad!

—¿Quién es esa jóven?—dijo Adelaida, dirigiéndose hácia el número 7 de la sala de Dolores.

—Lucía, aquella niña de quince años, vecina del hermano de la marquesa de Santa Rita,—respondió sor Clotilde.

Y deteniendo á Adelaida para que no pasára adelante en su propósito, la dijo:

—Tu presencia la haria mucho mal, si antes no la prevengo de que estás aquí.

—Es inútil,—dijo una voz, enfermiza y débil, desde el aposento número 7.

—¡Dios mio!... ¡Todo lo ha escuchado!...—dijo sor Clotilde en voz muy baja.—Síntoma terrible de la enfermedad que sufre la infeliz.

Adelaida corrió hácia el aposento número 7, en cuyo blanco lecho, reclinada sobre unas almohadas, halló á la desgraciada Lucía, y volviéndose á sor Clotilde, la dijo:

—¡Así está la pobre Eugenia!... Y aun es mas sano el color de Lucía... ¡Nuestra amiga parece un cadáver!... ¡Ah!... ¡Si yo hubiera podido presentir la enfermedad que habia de llevarla al sepulcro, cuando en este mismo aposento sintió los primeros síntomas de ella, la habria salvado acaso de la muerte!

Sor Clotilde la estrechó la mano, rogándola que tuviera mayor conformidad con las disposiciones del Sér Supremo, y se despidió para tomar el permiso de la superiora, antes de salir del Hospital.

Lucía hizo entonces ademan de incorporarse para besar la mano de Adelaida, que se acercó rogándola que no se incomodára, y estrechando afectuosamente una de sus manos, la preguntó cómo se encontraba.

—Bien, muy bien,—repuso Lucía:—desde que estoy

aquí he concebido esperanzas de salvar la vida, gracias á los solícitos desvelos de vuestra amiga... Mi hermana, que no queria separarme de su lado, está muy contenta, y me permiten verla todos los dias... Con el dinero que usted tiene la generosidad de darla todos los meses, paga mi pension para sostenerme en esta sala de distinguidas, y ella vive en una casa decente, donde se ocupa con mayor tranquilidad de sus labores. Si tuviera que asistirme, no podria trabajar, y estaria obligada á recibir siempre la pension que usted la ha señalado.

—¿Y por qué no ha de recibirla?...—dijo Adelaida.

—Porque esa limosna puede servir para otra persona mas necesitada que mi hermana... Ella puede trabajar, y hay muchos infelices que no se hallan en ese caso.

—Pues bien; que busque su hermana de usted á esos infelices, y que les entregue el precio de su trabajo... pero que no rehuse el modesto auxilio que yo la envio, porque es una pequeña recompensa de sus virtudes.

—¡Ah! ¡Es usted demasiado buena, señora duquesa!—dijo Lucía con voz fuerte.

Y un violento golpe de tos, que la hizo arrojar una espuma sanguinolenta, la obligó á guardar silencio, esforzándose, sin embargo, por tranquilizar con sus gestos á Adelaida, que se sobresaltó al verla en aquel estado.

Afortunadamente llegó sor Clotilde, que volvia de obtener el permiso de la superiora, y llevó á los lábios de la enferma una cucharada de jarabe de meconio que estaba sobre la mesa.

—No hable usted, hija mia,—la dijo.

—¿Queria usted que no saludára al Angel de la Caridad, que ha prolongado mi existencia mas de tres meses, y que tal vez salvará mi vida? Sin la generosa visita que nos hizo esta señora en nuestra miserable boardilla, yo habria muerto con el desconsuelo de dejar en la miseria á mi hermana, y el relicario de oro, única prenda que conservába-

mos de nuestra pobre madre, se habria mal vendido para apagar la codicia de nuestros acreedores.

Lucía se enterneció al pronunciar estas palabras, y sor Clotilde la pasó la mano por la frente, diciéndola:

—¿A qué vienen ahora esas lágrimas? Tranquilícese usted, hija mia, para no retardar su curacion, y que pueda volver al lado de su hermana.

—¡Mi hermana!...—dijo Lucía sollozando.—No tardará en venir á verme, y sentirá no haberlo hecho antes para besar la mano á nuestra generosa protectora... Ella ignoraba que estuviese usted en Madrid,—añadió, hablando con Adelaida;—de otro modo, ya habria ido á ver á usted... pero se lo diré cuando venga.

—Que no se incomode,—repuso Adelaida.

—¡Incomodarse!...—replicó Lucía.—Nosotras no tenemos nadie en el mundo á quien reverenciar sino á usted; ni otra memoria viva que mezclar en nuestras oraciones sino el nombre del Angel de la Caridad.

—¡No puedo mas!... Vámonos de aquí...—dijo Adelaida con voz penosa y cogiendo del brazo á sor Clotilde.

—Vamos,—repuso esta.

Y besando ambas á la jóven enferma, salieron del aposento número 7, encontrando ya en la sala de distinguidas á sor Gregoria, que, dando una palmada en el hombro á sor Clotilde, la dijo con maliciosa sonrisa:

—Desde que ví entrar aquí á la señora duquesa, dije para mí: no durará mucho el voto que ha hecho sor Clotilde de no salir del Hospital.

—Voy con el permiso de nuestra superiora á asistir á una jóven enferma,—replicó con dignidad sor Clotilde.

—¡Ya! ¡Supongo que será con el permiso de la superiora!... De otro modo no era fácil... Pero me figuré desde luego que seria así.

—Adios, mi querida sor Gregoria,—dijo Adelaida, alargando la mano á la impertinente hermana.

—Sea enhorabuena, mi señora duquesa,—replicó sor Gregoria.

Y la duquesa de Mont-Marsan, marchando al lado de sor Clotilde, volvió á atravesar las galerías del edificio; viéndose detenida á cada momento por los empleados del Hospital, que noticiosos de su estancia allí, corrian presurosos á saludarla con el mayor respeto.

A todos recibió Adelaida con inequívocas muestras de dulzura, y seguida hasta la portería por algunos de ellos, entró, precedida de sor Clotilde, en la berlina en que habia ido hasta allí, diciendo al lacayo:

—Al convento de Capuchinas.

CAPITULO CLII.

La muerte del Duende.

El doctor Espinosa, que iba y venia con frecuencia desde su casa al vecino convento de monjas Capuchinas, se encontró una de esas veces que volvia de visitar á la jóven enferma con Daniel Mendoza, que embozado en la capa, rondaba los alrededores del monasterio.

Eran escasamente las diez de la mañana de un dia de los mas calurosos del mes de Junio, y el traje que vestia Mendoza le dió motivo al doctor para empezar su plática, dirigiendo al embozado la siguiente chanza:

—Hola, amigo invierno, ¿á cómo se vende el frio este verano?

Mendoza se sonrió tristemente, y apretó la mano al doctor, como si quisiera ahorrarse de ese modo una pregunta que le era harto dolorosa.

Espinosa le contestó encogiéndose de hombros, y con un movimiento de cabeza que equivalia á decir: Ni bien ni mal, pero no hay esperanza.

Y cogiendo del brazo á su taciturno amigo, le llevó á su casa, entrando ambos en el jardin y tomando asiento debajo del cenador á la sombra de unas enredaderas.

—¿Ha venido don Genaro?...—dijo el doctor.

—Pasado mañana llega,—repuso Mendoza.—Hoy me ha escrito.

—¿Que dice?

—Lo que ya presumíamos nosotros desde que recibimos la carta de antes de ayer.

—¿Murió el Duende?

—Murió.

—Dios le haya perdonado... ¿Cuándo?

—Hoy hace ocho dias.

—¿Tiene usted ahí la carta?

—Sí, señor, y no he acabado de leerla,—dijo Mendoza.—Tómela usted.

Y al soltar el embozo para sacar la carta, dejó ver un rostro pálido y macilento, que puso espanto en el del doctor, á pesar de lo acostumbrado que estaba á espectáculos de esa especie.

—¿Usted no se ha desnudado esta noche?...—le dijo.

—No, señor.

—Pues ya van ocho dias que hace usted lo mismo, y sin embargo, anoche me dió palabra de acostarse.

—Vive aun esa mujer, y no es culpa mia el estar siempre despierto...—dijo Mendoza con profunda amargura.

—¡Ea!... ¿Volvemos á lo mismo?—replicó el doctor con tono de dulce reconvencion.—¿No convinimos ayer, despues de una larga discusion, bien acalorada por cierto, en que si es prudente tener á media dieta las funciones animales cuando el alma tiene placeres ó dolores que la alimentan, la dieta absoluta equivale á un suicidio?

—Así es la verdad.

—¿Y usted quiere suicidarse?

Mendoza tardó algunos segundos en contestar á la pregunta del doctor, y por fin le replicó:

—Yo no quiero nada, porque no tengo voluntad propia; la cabeza es esclava del corazon que admite alguna

vez sus teorías, pero que no las pone en práctica jamás.

—Y sin embargo,—repuso el doctor,—cuando el amo está enfermo es preciso que prevalezcan los consejos del esclavo, y mejor dicho, que este sea el dueño absoluto.

—¿Y quién determina la enfermedad?—dijo Mendoza.

—La razon,—repuso el doctor.

—¿Y si ella está enferma?

—En ese caso lo estará tambien la cabeza, porque el raciocinio no se pierde nunca sin esa circunstancia.

—Pues segun eso, quiere decir, que mi cabeza está enferma, porque yo he perdido la razon.

El tono de verdadera exaltacion febril con que el antiguo capitan Centellas pronunció esas palabras, habria atemorizado á otro que no fuese el doctor Espinosa. Pero ya hemos dicho que el sábio médico entendia mucho de enagenaciones mentales, y por eso, sin inmutarse ni cambiar de tono, le replicó:

—En ese caso no hay nada que hablar.

—¿Con que cree usted que he perdido la razon?—dijo Mendoza, asustado con la conformidad del médico.

—Usted lo ha dicho,—repuso este con sangre fria,—y la cosa es bien fácil de averiguar.

—¿Sí?—dijo con alegría Mendoza.

—Pues claro que sí; pero ya usted lo habrá examinado antes de aventurarse á creerlo... Usted sabrá si la embriaguez del corazon ha absorbido todas las facultades intelectuales, ó si están simplemente eclipsadas por la demasiada luz de ese afecto que usted ha alimentado en su alma.

—No lo sé, querido doctor,—dijo Mendoza con dulzura;—solo sé que estoy loco, y que no me pesa de estarlo.

—¡Graciosa locura!—replicó Espinosa sonriendo y estrechando con cariño la mano de Mendoza.

—No, amigo mio,—dijo este;—no es locura amar á Eugenia y querer morir por su amor.

—Ningun afecto noble es locura,—repuso Espinosa;—

pero lo seria el querer morir por lograrlo, ó desesperado de no conseguirlo.

—Pues bien; hablemos de otra cosa,—dijo Mendoza aturdido.

—No tal,—replicó el doctor sonriendo,—sigamos hablando de lo mismo, porque he observado que usted se avergüenza de confesarse vencido, y cierra la discusion cuando le llevan en derrota las razones de su contrincante. Ayer convinimos en que no se abandonaria usted á sí mismo, dejando que el afecto que combate su espíritu destruyera la materia, y veo que hace todo lo contrario.

—Hago lo mismo que usted si se viera en mi caso, porque estas cuestiones solo son fáciles de resolver en teoría; y no deja de estrañarme que el doctor Espinosa quiera hacer al espíritu esclavo de la materia.

—De estrañar seria, y mucho, que yo pretendiera semejante absurdo,—repuso el doctor;—pero yo quiero todo lo contrario, y por eso le aconsejo á usted que no se abandone, y que repare sus fuerzas con el alimento y con el descanso? ¿De qué le serviria al ente moral erigirse en soberano, si no habia de hallar sobre quién ejercer su dictadura? Pero en fin, veo que usted se declara vencido, y no quiero insistir en mis argumentos. Voy á leer la carta de Genaro.

Mendoza apoyó el codo derecho sobre uno de los brazos del rústico sofá en que estaba sentado, y dejó caer la cabeza sobre la mano, mientras el doctor se disponia á leer en voz alta la carta en que Genaro participaba la muerte del Duende.

—Puesto que usted no ha concluido de enterarse de su contenido,—dijo Espinosa,—la leeré en voz alta.

—Como usted guste; es un trozo literario digno de la galería de espectros y sombras fúnebres.

—¿Murió blasfemando?—dijo el doctor.

—Como un perro rabioso,—replicó Mendoza.

Y el médico leyó lo siguiente:

«Mi querido Daniel: Como te habia anunciado en mi última carta, el Duende sobrevivió seis horas á la salida del correo... pero seis horas de una terrible agonía, cuyos horribles detalles no tienen comparacion con nada, y yo pretenderia en vano darte una idea de ellos. Por otra parte, hace ya sesenta horas de su fallecimiento, y aun no he logrado cerrar un solo minuto mis párpados al sueño, y oigo zumbar en mi oido el agudo estertor de su pecho, desgarrado por el dolor de una gangrena fulminante. A todas partes me sigue el eco funeral de sus horribles blasfemias, y al pensar en vosotros todos, se me antoja ver caer sobre vuestras cabezas las terribles maldiciones con que os anatematizó al morir... Revolcándose sobre el suelo, á pesar del celo con que procuramos asistirle los honrados guardas de la Peña-Sacra y yo, la última palabra que salió de sus lábios fué la maldicion de sí mismo... Momentos antes de morir, y despues de haberse rebelado contra los que estábamos á su alrededor, luchando como una fiera rabiosa, arrojó alguna sangre por la boca, con la que se manchó los lábios, aumentando la espantosa fealdad de su semblante... Jamás pintor alguno pudo inventar una cabeza tan horrible al retratar las sombras de los condenados... Sus ojos chispeaban en lo profundo, y ocultando por intervalos sus pupilas, parecia que sentian el dolor del cabello, que se erizaba como si intentára desprenderse del cráneo. El color de su tez era amoratado, y sus facciones estaban tan descompuestas, que nadie, aunque le hubiese visto el dia anterior, le habria reconocido. Su traje, completamente desgarrado, descubria parte del pecho, ensangrentado por sus propias uñas, que de vez en cuando enclavaba sobre el suelo ó en las paredes, con un grugido aterrador... En los últimos instantes de su vida quiso incorporarse varias veces, pero le fué imposible conseguirlo, y asimismo trató en vano de cerrar la boca, que apenas le permitia otro juego que el

de mover la lengua para pronunciar algunas palabras ininteligibles. Yo le habia hecho sujetar, como te dije en mi última, por medio de unas ligaduras, compadecido de su situacion; pero viendo que era imposible hacerle tragar ningun alimento, y compadecido de nuevo de lo mucho que rabiaba al verse sujeto, le volví á dar libertad cuatro horas antes de su muerte, sin que lográsemos acercarnos para prestarle algunos auxilios. En suma: para darte una idea de la ferocidad de ese desgraciado y del horror que inspiraba su presencia, te diré que á doña Inés Montilla, á quien hice sacar de su encierro, como á la Peregrina, para que nos ayudáran á asistirle, la acometió un accidente, del cual volvió á las pocas horas; pero aun no ha recobrado el habla, y la parálisis se ha estendido por el lado izquierdo. El médico de Segura ha pronosticado que no curará, y me he decidido á llevarla en mi compañía, seguro de que Adelaida se alegrará de poderla ofrecer una cama en el hospital de incurables.

»En cuanto á la Peregrina, no hace mas que rezar desde que presenció la muerte del Duende, y en todas las gentes de esta comarca ha hecho tal impresion este horrible suceso, que creo indispensable que el duque de Alcira haga demoler la Torre. Aun así no habrá quien quiera este terreno, aunque se ofrezca de balde.

»Mañana saldré por fin hácia esa, adonde llegaré el sábado, si consigo que hoy se dé sepultura al cadáver. He solicitado licencia del vicario eclesiástico de este partido para enterrarlo en el cortijo de la Torre, porque en todos estos pueblos se han negado los curas á darle sepultura sagrada.

»Tampoco los guardas de la Peña-Sacra quieren quedarse aquí, y todos vuelven en mi compañía á la córte...

»Saluda á todos los amigos, y adios, te dice, hasta que tenga el gusto de abrazarte, tu apasionado,—Genaro.»

Espinosa guardó un profundo silencio despues que hubo

acabado la lectura de la carta, y daba muestras de continuar así largo rato, si á sacarle de su distraccion no hubiese acudido su criado Braulio, entregándole unos papeles.

—¡Gracias á Dios!—dijo el doctor, despues de examinar los documentos que le presentó su criado.

—¿Qué cosa es?—preguntó Mendoza.

—La licencia para esa casa de educacion gratuita de niñas pobres que establece la duquesa, y el título de maestra para su directora.

—¿Quién es la directora?—dijo Mendoza.

—Marta, la esposa del dorador de metales... Del hermano de la marquesa de Santa Rita,—añadió Espinosa, viendo que su amigo se encogia de hombros.

—¡Ah! ¡Ya caigo!

—Y á propósito de la marquesa,—dijo el médico,—es cierto que su esposo la ha hecho encerrar en una reclusion?

—Por lo menos trata de ello, y aunque se ha descuidado bastante en pensarlo... mas vale tarde que nunca.

—Cuando los duques estaban en Paris tuvo la pretension de que la condesa de Baza la entregase á la niña Rosa para educarla.

—¡Fuego!—gritó Mendoza.—¿Y qué se ha hecho de esa niña?

—Es la fundadora de ese colegio gratuito, que por disposicion de Adelaida llevará su nombre.

—¡Qué oportunidad tiene la duquesa para todo!—dijo Mendoza.—El otro dia,—añadió...

Y no continuó hablando, porque se oyeron pasos en el jardin, y llegó precipitadamente Ventura adonde estaban el doctor y Mendoza.

El aturdido calavera no espresaba en su semblante la jovialidad de costumbre, y al descubrir á su amigo hizo un gesto, como si se hallára contrariado de repente en el propósito que le llevaba allí.

Sin embargo, trató de sonreir, aunque con marcado esfuerzo, y al pasar junto al doctor, le dijo en voz baja:

—Pronto al convento.

Despues se acercó á Mendoza, y dándole una palmada sobre el hombro, le dijo:

—¿Me acompañas?

—No,—repuso secamente Mendoza.

—Qué amable eres,—replicó Ventura;—ni siquiera has tenido la galantería de preguntarme ¿adónde?

—Es que no quiero moverme de aquí.

—Pues precisamente es aquí donde yo quiero que me acompañes.

—En ese caso,—dijo el doctor,—ustedes están en su casa... Yo me marcho...

—Yo tambien,—interpuso Mendoza, alzándose de su asiento.

—¡Chico, tú estás loco!... ¿Pues no decias que te quedabas?

—Sí, pero he cambiado de opinion... Ahora me marcho.

—Por mí no se mueva usted,—dijo el doctor;—yo vuelvo al momento, y me acompañarán ustedes á almorzar.

—Volveremos,—replicó Mendoza con decision.—Tengo que hacer fuera de aquí.

Espinosa se encogió de hombros, haciendo lo propio Ventura, y los tres salieron á la calle por la puerta del jardin.

—A la disposicion de ustedes, y hasta luego,—dijo Espinosa, tratando de separarse de los dos amigos.

—Hasta luego,—repitió Ventura, queriendo ayudar los designios del médico.

—Adios, Ventura,—dijo Mendoza, disponiéndose á marchar con el doctor.

Con lo cual volvieron á cambiar un gesto entre sí, Espinosa y Ventura, marchándose este último solo, y en direccion opuesta de sus amigos, por no escitar las sospechas de Mendoza.

CAPITULO CLIII.

Ultimo soplo de vida.

El doctor Espinosa temió que Mendoza se obstinára en entrar en su compañía en el convento de las Capuchinas, inmediato á su casa, y no sabia cómo desembarazarse de él, sin dejar de acudir prontamente al auxilio de la jóven enferma, como le habia encargado Ventura. Pero afortunadamente no era ese el ánimo del desdichado amante de Eugenia, que sacó de su ansiedad al doctor, diciéndole:

—Se habrá empeorado... No se detenga usted.

—Voy corriendo, —repuso el doctor.

—¿Era esa la embajada de Ventura?

—Sí.

—¿Estará peor?

—Puede ser.

—Adios, doctor, adios, —dijo Mendoza.

Y estrechándole la mano, hizo ademan de cruzar ligero la plazuela del monasterio hácia la calle del Alamo; pero cuando Espinosa pasaba el dintel de la portería del convento, le vió parado en la esquina rebozado en la capa.

Tambien Ventura, que habia dado la vuelta por la calle de San Bernardino se situó en la esquina opuesta, desde

donde, sin ser visto por Mendoza, podia observar todos sus movimientos. Y es fama, que al verle enjugar disimuladamente sus ojos, enclavados en el convento, el noble calavera vertió una lágrima, dió una patada en el suelo, y tropezando con malos modos á una vieja que pasó por su lado, dijo:

—¡Malditas mujeres!... De esta edad, y con barbas, debieran de nacer todas.

En la plazuela donde el pobre atalaya, Daniel Mendoza, contaba por los tumultuosos latidos de su corazon los breves instantes de la existencia de Eugenia, ó mejor dicho de la suya propia, habia tres carruajes en actitud de esperar con calma á sus dueños.

Era el uno de ellos la berlina de los duques de Mont-Marsan, el otro pertenecia al conde de San Fabian, y el último, de caja antigua, montado sobre altísimas sopandas y servido por dos mulas tordas, aunque parecia el tren de un obispo, no era sino el carruaje de la condesa de Baza.

Este coche acababa de llegar, y no hacia mucho tiempo que esperaba el del conde: la berlina de los duques estaba allí constantemente desde que se habia agravado la enfermedad de Eugenia, como carruaje de recados, y en ella iban y venian los médicos que Espinosa llamó en su auxilio.

La presencia de esos carruajes redoblaba la pena de Mendoza, porque si bien era cierto que sus dueños acudian frecuentemente á visitar á la jóven enferma, era la primera vez que se habian reunido todos. Solo faltaba el del duque de Alcira, y no se hizo esperar mucho tiempo despues de la llegada del doctor al convento.

Mendoza creyó que vendria en él su amigo Enrique, y quiso salirle al encuentro, resuelto á atropellar por todo y á aproximarse lo mas que pudiera á la habitacion en que respiraba la enferma; pero pronto vió que la persona que se apeaba del coche era la antigua vizcondesa de la Torre-Parda, esposa de Enrique, y volvió á quedarse de atalaya, reclinado en el guarda-canton.

Así pasó la mayor parte del dia, redoblando su dolor y su impaciencia el horrible quietismo que reinaba en aquel recinto.

Nadie se acercaba á la puerta de la iglesia, cerrada desde las nueve de la mañana, y en la portería no se observaba otro movimiento que la escasa concurrencia de personas estrañas, entre las que se contaban algunos curiosos, que, escitados por la vista de los carruajes, llegaban á preguntar si profesaba alguna religiosa, ó si iba aquel dia su majestad la reina á visitar el convento.

Mientras tanto, las campanas sonaron dos veces con monótono compás para llamar á las religiosas á dos de sus ordinarios rezos, y cada tañido metálico era una puñalada para el acongojado corazon de Mendoza.

Ninguna persona de las que hubieran podido sacarle de su ansiedad abandonaba el edificio, y ya se resolvia á penetrar allí dentro, cuando Paco Serrano se presentó en el umbral de la portería.

Nadie mas á propósito para satisfacer con sinceridad los deseos del impaciente amante; Mendoza lo creyó así, y corrió á su encuentro, diciéndole:

—¿Cómo está?

Cabezota se sorprendió al ver delante de sí á Mendoza, y le replicó:

—Dicen que sigue lo mismo.

—¿Tú la has visto?

—¿Yo?... No, señor... En la alcoba no entra nadie mas que el médico, la señorita y la señora María, que no se aparta de dia ni de noche de la cabecera.

—¿Qué dice el médico?...—preguntó Mendoza.—La verdad...—añadió, viendo que Cabezota titubeaba al responderle.

—¿Qué ha de decir?...—replicó Cabezota.—Que está muy mala... que se muere...—añadió con ruda franqueza.

—¡Se muere!...—repitió Mendoza, alzando los ojos al cielo.

—Quizás no viva muchas horas mas...—añadió con acento doloroso el noble bandido.

—Yo quiero verla...—dijo Mendoza, dando un paso hácia la portería.

Pero se encontró con Ventura, que se habia ido acercando lentamente, y que, poniéndole una mano sobre el pecho, le dijo:

—¿Adónde vas, desgraciado?

Mendoza insistió sin grandes esfuerzos en querer pasar adelante, y Ventura le cogió del brazo, diciéndole:

—Vámonos de aquí, Daniel, porque ya sabes que te está prohibida la entrada en este lugar.

—No importa, quiero entrar,—replicó Mendoza con desesperacion.

—¿Para qué?...—le dijo Ventura.—¿Para abreviar su vida?...

—¡Oh! ¡No!... ¡Eso no!

—Pues vámonos á casa.

—Tú ves dónde quieras,—repuso Mendoza con resolucion;—yo, mientras respire ese ángel, no dejaré de contemplar la última luz que alumbra su frente.

Y volviéndose con calma al guarda-canton en que se situó al llegar allí, enclavó de nuevo sus ojos en el balcon que se abria sobre la portería.

Cabezota le contemplaba con pena, y hablando en voz baja con Ventura, le dijo:

—¡Pobre don Daniel!... ¡Oh! ¿Por qué nacen los hombres sujetos á estas miserias?... Y el capitan se muere sin remedio... ¡Mire usted qué cara tiene!... ¡No le han quedado mas que los ojos!...

—¡Malditos amores!—esclamó Ventura, rechinando los dientes.

—No diga usted eso...—repuso Cabezota.—Yo soy un

bárbaro rústico, y creo que don Daniel hará bien en no querer vivir despues que se haya muerto doña Eugenia. ¡Asombrado estoy de lo que por mí pasa con solo haberla conocido!... Si se muriera ¡Dios no lo permita! la señorita Perla, tambien se moriria Paco Serrano... No sé lo que el Señor dispondria, pero casi puedo asegurar que verla morir y caer á sus piés como un perro, todo seria una misma cosa... Estoy atontado desde que la ví en la Peña-Sacra... Yo no sé lo que pasa en mi interior cuando la veo; pero sé que nada podria consolarme de su muerte. Hoy vivo, y puedo verla á todas horas... y sin embargo... á usted se lo confieso, señorito, no tengo humor de hacer nada, y casi deseo morirme... Si no me diese fuerzas el pensar que algun dia puedo servirla de algun provecho, ya me habria muerto.

Ventura, ocupado en contemplar á su amigo, apenas oia á Cabezota, que observando que Mendoza no le escuchaba, dijo:

—Me voy al Hospital á llevar á la superiora una esquela de sor Clotilde.

—¿Está dentro?—preguntó con indiferencia Ventura.

—Sí, señor, y creo que se quedará toda la noche; por lo cual avisa que no la esperen... Aunque, segun dice el médico, es escusado, porque no pasará del anochecer.

—¿Se morirá tan pronto?

—Sí, señor... ahora tratan de convencer á la señorita para que se vaya á su casa... Ya no puede hablar la enferma, y el doctor no quiere que la vean morir... Pero la señorita se niega á separarse de su hermana, por mas que se lo ruegan el conde de San Fabian y la condesa de Baza.

Ventura se acercó á su amigo, que no apartaba la vista del monasterio, y Cabezota se despidió, diciendo:

—Señorito Mendoza, para estos momentos es para los que han nacido los hombres con mas corazon que las mujeres.

Mendoza no se dió por entendido de estas palabras, ni

de las que le dirigia Ventura, rogándole que se retirára.

Mientras tanto, las escenas que pasaban en el interior del convento iban siendo cada vez mas dolorosas, y por instantes se agravaba la situacion de la enferma.

Ya hacia dos horas que no la administraban medicamento alguno, ni aun los que solo servian para hacerle mas dulce su inevitable muerte.

El aposento que habian destinado las monjas para su novicia, al consentir en que se esclaustrára, era la habitacion de uno de los capellanes del monasterio, reducida á un modesto gabinete con una alcoba algo pequeña.

En ella, y en derredor del lecho de muerte, se hallaban la duquesa de Mont-Marsan y sor Clotilde á ambos lados de la cabecera. Espinosa y la señora María detrás de las dos amigas, y el conde de San Fabian y Fernando á los piés de la cama. La condesa de Baza se habia retirado á la iglesia, donde, sentada en un sillon, con su inseparable doña Mónica, unia sus votos con los de las monjas, que en el coro pedian á Dios por la salud de la novicia.

La enferma estaba sentada sobre el lecho, reclinado su cuerpo en unos almohadones blancos, con los que hacia un doloroso contraste su macilenta y pálida figura.

De sus hermosas facciones apenas quedaba otro recuerdo vivo que los ojos, siempre grandes y hermosos, aunque sin la luz que los animaba otras veces; y á medida que el semblante se amenguaba, ellos crecian de volúmen, como las últimas chispas de fuego que brillan al reducirse á cenizas un cuerpo inflamado.

Pero aquellas pavesas de la vida, impotentes alardes de la materia por recobrar el vigor que la negaba el espíritu, no dejaban duda de que el alma, pronta á abandonar el cuerpo de la jóven, retiraba ya los centinelas avanzados que la tuvieron en contacto con el mundo.

En los semblantes de todas las personas que allí habia se retrataba el mas profundo dolor; pero en ninguno ellos

se advertian los desesperados estremos que en situaciones semejantes turban la majestuosa tranquilidad de la muerte.

Ni un ay... ni una lágrima, ni un sollozo siquiera, se oia en aquella silenciosa atmósfera del dolor, que iba absorbiendo aleve la vaporosa esencia de la vida.

Próxima estaba la hora del crepúsculo vespertino, y los últimos rayos de luz, que, juntos con los suspiros que Mendoza enviaba á su amada, siempre fijo en la esquina de la plazuela, atravesaban los cristales del gabinete, esparcian un resplandor de fuego sobre la frente de la jóven y la de su hermana Adelaida, cuyas cabezas casi formaban una sola.

Tambien el sol iba á morir, y sus rojos destellos eran las últimas miradas que su alma de fuego dirigia al horizonte en que habia vivido.

. . . . . .

El doctor Espinosa, que alzó la vista al cielo en esa hora suprema, pensó en que cuando saliera la luna á recoger el frio cadáver del sol tambien habria en aquel aposento otro cadáver.

Habia trabajado inútilmente para que Adelaida se retirára de allí antes de que Eugenia exhalase el postrer suspiro, y como veia cada vez mas próximo ese angustioso y terrible momento, volvió á insistir con Fernando y con el conde para que llevasen á cabo el deseo de todos.

La jóven enferma habia recibido el dia anterior todos los sacramentos; mientras pudo hablar estuvo conversando con un sacerdote, y no habia nada que pretestar para que Adelaida abandonase aquella mansion sin recoger el último aliento de su querida hermana.

Fué preciso que Eugenia, advirtiendo lo que deberian sufrir las personas que allí estaban, y conociendo que era llegada su última hora, les rogase que se retirárán y que la dejasen sola con el sacerdote.

Hizo señal de que queria hablar, y despues de haber tomado con pulso trémulo una cucharada de agua de ma-

nos de Adelaida, estrechó á esta contra su pecho, y la dijo con voz apenas perceptible:

—¡Adios, querida hermana mia!... ¡Adios!... El Señor me llama hácia sí... y no puedo desoir su voz por mas tiempo... Alégrate de mi muerte, porque llevo la confianza de haber alcanzado el perdon de mis culpas... y de que no hallaré cerradas las puertas de la gloria... Ya veo los ángeles que me acusan por mi tardanza en dejar el mundo... ¡Adios, hermana mia!... ¡Adios!

Hizo una breve pausa, durante la cual ninguno de los circunstantes osó respirar, y continuó con pena:

—Por última vez te pido que me perdones... Dios me dejó en el mundo despues de la muerte de nuestra madre, para que cuidase de la salud del pobre anciano... Mi destino estaba cumplido hace tiempo... El Señor me perdonará si otro pensamiento robó una parte del cariño... que entero debí consagrar á mi buen padre...

Eugenia no pudo seguir hablando, porque un desvanecimiento, precursor infalible de su muerte, la turbó los sentidos, y Adelaida cayó de rodillas con los lábios fijos sobre la mano de su amiga.

El doctor aprovechó este momento para sacarla de allí, como asimismo á sor Clotilde, y sin que pudieran oponer resistencia alguna, las encerraron en la berlina de los duques, acompañadas del conde de San Fabian, y dando órden al cochero para que guiase el carruaje al palacio.

Mendoza, que observó esta rápida escena, se dejó caer sobre los hombros de Ventura, que, llamando hácia sí uno de los coches que allí habia, hizo con su amigo lo que el doctor acababa de hacer con Adelaida.

Pero Eugenia no habia muerto aun, y á recoger su último soplo de vida quedaron solos en la alcoba el duque de Mont-Marsan, Espinosa, un sacerdote y la señora María.

CAPITULO CLIV.

Conclusion.

Contra los pronósticos del doctor Espinosa y de los otros médicos que la habian asistido, Eugenia no murió hasta la madrugada del siguiente dia... Diez horas despues de haberse despedido de Adelaida, á la que el doctor y el duque hallaron haciendo oracion cuando entraron á anunciarla con su sola presencia la muerte de su hermana.

Un abrazo silencioso y prolongado fué la única palabra que cambiaron entre sí los esposos, cayendo despues ambos de rodillas en el oratorio de la duquesa, y retirándose de su vista el doctor, sin pronunciar una sola palabra.

Desde el palacio de los duques se dirigió Espinosa á la casa de la calle de Hortaleza, y al entrar en ella por la de San Mateo, se encontró con Genaro, que, ignorante de lo ocurrido, corria á abrazar á su amigo sin limpiarse el polvo del camino.

En la escalera le impuso el doctor de la reciente desgracia y de la muerte de Cárlos, y Genaro le refirió á su vez el lamentable estado en que habia llegado á Madrid doña Inés Montilla, y el prodigioso arrepentimiento de la Peregrina, aterrada por la muerte del Duende.

—¿Dónde están esas mujeres?...—preguntó Espinosa.

—En el parador de la puerta de Toledo.

—¿Y los guardas de la Peña-Sacra?

—Allí con ellas.

—Pues que no entren en Madrid, y sobre todo, que no se presenten á la duquesa hasta que yo les avise.

—La guardesa estoy seguro de que ha llegado detrás de mí,—dijo Genaro.

—¿Y pensará dirigirse al palacio de los duques?

—Es indudable.

—Pues corro á impedir una imprudencia,—repuso el doctor.—Usted suba á ver á ese desgraciado, cuya suerte me tranquiliza estando usted aquí...—añadió, estrechando la mano á Genaro.

Y volviendo á bajar la escalera, se dirigió al palacio de los duques, en cuyo portal halló á la Zagala disputando con la señora Crispina, por querer subir á ver á la duquesa.

Genaro mientras tanto llegó hasta el gabinete en que se hallaban sus amigos Mendoza y Ventura, y abrazando al primero en silencio, esperó en vano á que él le dirigiera la palabra.

Mendoza, tendido sobre una butaca, con el embozo de la capa caido, y el semblante oculto sobre el pecho, no habia pronunciado un solo acento desde que llegó allí remolcado por Ventura.

Este fué el que, despues de haber abrazado al recien-venido, le dijo:

—¡Ya ves, Genaro!

—Todo lo sé,—repuso éste.

Y volviéndose al antiguo capitan de la Partida del Trueno, le dijo:

—¡Daniel... Daniel!... Te permitimos el dolor; pero no la desesperacion ni el abatimiento.

Mendoza alzó la cabeza para mirar á su amigo, y procurando disimular su pena, le dijo:

—¿Con que murió aquel hombre?

—¿Qué te importa?—le replicó Genaro.—¿Piensas hacerme creer que esa idea es la que te preocupa en este momento?

—¿Y en qué otra cosa puedo pensar?—dijo Mendoza sonriendo, con un gesto terrible.—Todas las luces que deslumbraron mi vista en la borrascosa tormenta de mi juventud, ardieron por mi mal hasta abrasarme las entrañas... El único faro de luz purísima que iluminó el sendero de mi destino, se ha eclipsado para siempre... ¡Para siempre!—repitió con doloroso acento.—¿Qué me resta ya en el mundo? ¡Nada!...

—Tienes razon,—le replicó Genaro, despues de un momento de silencio, y con tono irónico,—¡no te resta nada!... La memoria de esa luz purísima no es nada para tí... El cielo ha sido justo al privarte de ella.

—¿Y la habria gozado viviendo?—dijo Mendoza con desesperacion.

—¡Tal vez no!—repuso Genaro con calma.

Y viendo que su amigo no le replicaba, añadió:

—Si es nada para tí el haber gozado esa luz mientras purificaba tu alma, dándote la vida y disipando las tinieblas de tu razon, ofuscada como la de todos nosotros... en ese caso...

—¿Qué?

—Eras indigno de haber hallado ese faro en el camino de tu existencia...

—¿Y por qué?—preguntó Mendoza.

—Porque crees que su memoria es hoy nada para tí, y no tienes fé en que ella sea bastante á hacerte feliz... Y sin embargo, ahora que esa luz se ha eclipsado, ¿vuelves á creer en el falso resplandor de las hogueras que marchitaron tu juventud? No... Por mas que calles, yo sé que esa luz no se ha estinguido sin dejar asegurado tu porvenir... Permíteme, querido Daniel, que sea algo místico en esta

ocasion; pero el conocimiento de Eugenia ha sido la aparicion del ángel de tu guarda para purificar tu existencia... Dios no ha querido que el rayo de luz durase mas tiempo que el necesario para mostrarte el sendero de tu salvacion.

—Tiene razon Genaro,—esclamó Ventura, embriagado de gozo al oir á su amigo, y mas aun al ver el efecto que sus palabras producian en el ánimo del desgraciado Daniel.—Eugenia no era mujer,—añadió,—era un ángel, y los ángeles no se hallan bien en esta tierra de diablos.

Genaro temió que tras de esas palabras le ocurriera decir algunos de sus acostumbrados chistes, y aunque no tenia razon para pensar así de su amigo, le hizo seña de que callára, se volvió á Mendoza, y le dijo:

—Daniel, retírate á descansar... y piensa en que estoy decidido á que la memoria de Eugenia nos sirva á todos para volver á la sociedad dignos de ella... No olvides que hemos dado palabra á Espinosa de ayudarle en las empresas filantrópicas que le ha confiado Adelaida.

—¡Ay, amigo mio!..—repuso Mendoza, arrojándose en sus brazos.—Eres demasiado bueno para que yo me atreva á rehusarte nada.

—Ahora,—le dijo Genaro despidiéndose,—puedes entregarte al dolor... nada mas justo... Hasta luego.

Ventura no quiso separarse de allí, y Genaro se fué á encontrar al doctor Espinosa.

. . . . . .

Para el dia siguiente al del novenario de la muerte de Eugenia, de cuyos funerales se ocuparon Genaro y Espinosa, este dispuso la inauguracion del *Hospicio de jornaleros*, y la del *Colegio gratuito de niñas huérfanas*, y la definitiva instalacion de algunos personajes de esta obra en el palacio de los duques de Mont-Marsan.

La jóven duquesa recibió ese dia á Cabezota, á los guardas de la Peña-Sacra, á Laura, á Marcela, á Marta y á su

esposo, y á todas las personas que habia conocido en los diferentes infortunios de su vida.

El doctor habia dispuesto esta entrevista para combatir el profundo dolor que afectaba el corazon de Adelaida despues de la muerte de Eugenia.

La duquesa de Mont-Marsan, vestida de luto, traia de la mano á su hija adoptiva, la niña Rosa, en cuyo nombre se fundaba la escuela gratuita, y al presentarse en la sala, donde la esperaban con ansiedad todos sus amigos, la dijo el doctor:

—Eugenia nos reveló al morir que su mision en la tierra habia terminado despues de la muerte de su buen padre. El destino del *Angel de la Caridad* no se habrá cumplido hasta que sean felices estos séres desgraciados que la fé de ese ángel arrancó de la senda de la miseria y del crímen... Duquesa de Mont-Marsan,—añadió, cogiendo de la mano á Adelaida,—vamos á aplacar el hambre del pobre sin humillarle arrojándole una limosna.

Todas las personas que allí habia derramaron abundantes lágrimas, y siguieron al doctor y á los duques, que, acompañados del conde de San Fabian, del duque de Alcira, de Genaro y de Ventura, marcharon á la inauguracion del nuevo hospicio.

. . . . . .

Entre los convidados se advertia la falta de Daniel Mendoza.

Por indicacion del doctor, y sin que él pudiera rehusarlo, habia sido nombrado director del hospicio, y se hallaba á la puerta del edificio aguardando la llegada de los duques.

En su semblante se leia el profundo dolor que desgarraba su pecho, y quizás no habria sido aventurado pronosticarle una muerte próxima.

FIN DE LA NOVELA.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA PALENCIA

INDICE.

LIBRO SÉTIMO.

		Páginas.
Cap. LXXXII....	Una miradá retrospectiva. . .	3
— LXXXIII...	El conde de San Fabian y el médico.	13
— LXXXIV...	La casa del doctor Espinosa. .	24
— LXXXV....	El criado del Duende.	31
— LXXXVI...	El doctor Espinosa.	38
— LXXXVII..	Hipocresía.	48
— LXXXVIII.	Una traicion.	65
— LXXXIX...	Crispina y su marido.	74
— XC.....	La vieja María.	91
— XCI.....	Los tres amigos.	98
— XCII.....	La Peregrina en casa del Vizco.	112
— XCIII.....	El Sótano de la nieve.	119
— XCIV.....	El juramento de Cabezota. . .	132

LIBRO OCTAVO.

Cap. XCV.....	Una de escalera abajo y otra de escalera arriba.	141
— XCVI.....	La pasion de Eugenia.	152
— XCVII.....	Los consejos del gran mundo. .	166
— XCVIII.....	Ventura y el padre Romualdo. .	181
— XCIX.....	Los secretos de una comida. . .	190
— C.....	La Cárcel de Córte.	201
— CI.....	La posada del verdugo.	207
— CII.....	Genaro y doña Inés Montilla. .	218
— CIII.....	La señora Crispina en la Cárcel de Córte.	235
— CIV.....	Cuatro presos.	242
— CV.....	El calabozo de la Libertad. . .	250

Páginas.

Cap. CVI. ..... La declaracion de Simon Dupré. 257
— CVII..... Genaro y Fernando. 268

LIBRO NOVENO.

Cap. CVIII..... El tribunal de los cinco. . . . 275
— CIX..... El Duende en el Sótano de la nieve. 285
— CX..... Proyecto de fuga. 297
— CXI..... Un diplomático sin diplomacia. 307
— CXII..... Detalles de lo ocurrido en el Sótano de la nieve. 314
— CXIII..... La viuda de Sandoval. 324
— CXIV..... Espinosa y Adelaida. 336
— CXV..... Cabezota en presencia de Adelaida. 349
— CXVI..... Reconvenciones. 360
— CXVII..... El gabinete de la condesa. . . . 372
— CXVIII..... Un amor sin esperanza. 383
— CXIX..... Una entrevista de amor. 390

LIBRO DÉCIMO.

Cap. CXX..... El Vizco y el doctor. 401
— CXXI..... Una carta y una postdata. . . . 412
— CXXII..... El piso bajo de la casa de Alcira. 423
— CXXIII..... La firma del Duende. 435
— CXXIV..... Desesperacion. 445
— CXXV..... Dos médicos. 456
— CXXVI..... El Angel de la Caridad. 465
— CXXVII..... El dorador de metales. 475
— CXXVIII... La historia prometida. 483
— CXXIX..... Presentimientos favorables. . . . 496
— CXXX..... El influjo del espíritu sobre la materia. 503
— CXXXI..... En la capilla del palacio de Baza. 514
— CXXXII..... Ejercicios de caridad. 526

Páginas.

LIBRO UNDÉCIMO.

Cap. CXXXIII... Beneficencia domiciliaria. . . 533
— CXXXIV... Marcela y su madre. 549
— CXXXV.... La Peregrina. 559
— CXXXVI... Una entrevista casual. . . . 572
— CXXXVII.. La historia ofrecida en el capítulo anterior. 581
— CXXXVIII. Eugenia en el tocador de Adelaida. 591
— CXXXIX... El Vizco y Eugenia. 603
— CXL..... La pulsera de brillantes. . . . 615
— CXLI..... Las dos hermanas. 622
— CXLII..... La llegada de los convidados. . 630
— CXLIII..... El enlace de Adelaida y de Fernando. 640

LIBRO DUODÉCIMO.

Cap. CXLIV..... La Torre del Duende. 657
— CXLV..... Dos cartas y una postdata. . . 670
— CXLVI..... Dos horas antes de morir. . . 686
— CXLVII..... El palacio de los duques de Mont-Marsan. 694
— CXLVIII.... Crispina y la vieja María. . . 709
— CXLIX..... La llegada de los duques. . . 722
— CL..... La despedida de Cabezota. . . . 739
— CLI..... Sor Clotilde y Adelaida. . . 749
— CLII..... La muerte del Duende. . . . 460
— CLIII..... Ultimo soplo de vida. 768
— CLIV..... Conclusion. 776

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Páginas.

Atáronle las manos despues de haberle tapado la boca y los ojos con unos pañuelos. 67

—No hay mejor justicia que la de Dios y la que el hombre se toma por su mano. 140

...y quedó dormido sobre una butaca. 200

—¡Magnífico!... —esclamó Dupre, volviendo la cabeza hácia el lado donde se sentó Fernando.. . 259

—Átese usted por debajo de los brazos. 305

—¡Paco,—le dijo por fin Adelaida,—cuánto sufres! 366

—En ese caso, firmo, aunque sea mi sentencia de muerte. 444

—¡Yo no veo nada hace mucho tiempo! 469

...la superiora y Adelaida quedaron solas á la cabecera del enfermo. 506

—¡Miserable!... ¿Qué has hecho?. 562

—¡Qué oigo!—gritó Mendoza, cayendo de rodillas á los piés de Eugenia.. 612

...y asestó un par de pistolas al pecho de los asesinos... 677

38

FÉ

ESPERANZA

Y CARIDAD

2

3838(II)